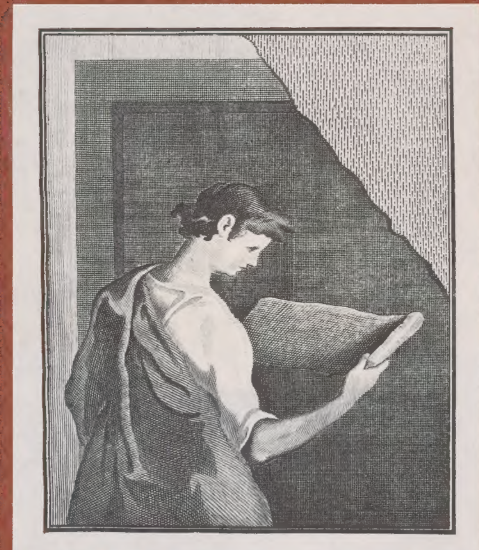
LA ILUSTRACION ARTISTICA





AÑO VIII IX — BARCELONA 6 DE ENERO DE 1890 — NÚM. 419

EL SUEÑO DE LA NOCHE DE REYES, cuadro de Adriano Marie

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

EL SUEÑO DE LA NOCHE DE REYES

cuadro de Adriano Marie

Todos los deseos, todas las ambiciones infantiles mal contenidas durante un año se desbordan al aproximarse el día de Reyes ante la fundada esperanza de ver satisfechos unos y otras. Y estos deseos torturan la imaginación haciéndola buscar los conceptos que más al alma pueden llegar á los pródigos magos; combinan con la mayor habilidad posible la trascendental carta para que ni el exceso de peticiones predisponga mal á los regios visitantes nocturnos ni la sobrada modestia les haga incurrir en omisiones graves; exageran méritos y ocultan faltas para que el rey negro no deposite en las lindas cestas sus tan temidas y abominadas provisiones. Ya la misiva, cien veces empezada y otras tantas desechada por deficiente, ha partido para su destino y el inocente niño, seguro de que misteriosos mensajeros la han depositado en las propias manos de sus destinatarios y no menos seguro de que éstos han de atender sus moderadas y justas demandas, se acuesta la víspera de Reyes lleno de ilusiones y ve en sueños desfilar en confuso tropel los más preciosos juguetes extrañamente animados por su exaltada fantasía. Y á la mañana siguiente ¡cuán dulce despertar el suyo! El sueño se ha cumplido: los repletos canastillos no dan lugar á la menor duda; los Reyes han pasado y depositado en ellos sus ricos presentes.

¡Dichosa edad aquella en que la felicidad soñada no se desvanece ante las sombrías tintas de una realidad triste!

SANTA ISABEL reina de Hungría, cuando niña

cuadro de G. Max

El año 1207 la reina Gertrudis, esposa de Andrés II de Hungría, dió á luz una niña que recibió en las fuentes bautismales el nombre de Isabel, en húngaro *Erzsebet* ó *Erzsi*, que según la etimología hebraica, significa *llena del Señor*. Cuando esta niña pudo hablar, dice uno de sus historiadores, fué para recitar continuamente oraciones. A la edad de tres años ya expresaba su compasión por los pobres y se esforzaba por aliviar su miseria con toda clase de dones. Toda su vida estaba así en germen en esa vida de la cuna, cuyo primer acto era una limosna y la primera palabra una oración. Poco después de su nacimiento cesaron las guerras que sostenía Hungría y hasta las discordias intestinas se calmaron. Esta tranquilidad pasó en breve de la vida pública á la privada; las blasfemias fueron menos frecuentes, y el rey Andrés vió colmados todos los deseos que podía formar un monarca cristiano.

Isabel contrajo matrimonio con el landgrave de Turingia y empleó la mayor parte de la regia munificencia en obras de caridad é instruir á los ignorantes. Los rasgos de su filantrópico celo fueron tantos que es imposible enumerarlos aquí. Hilaba lana y hacía vestidos para los pobres, daba de comer á los hambrientos y á menudo vendía sus joyas para hacer limosnas. Mandó construir al pie de su castillo un hospital y diariamente bajaba á cuidar á los enfermos y consolarlos. Dícese que un día la encontró su esposo cuando llevaba alimentos á los pobres y le preguntó qué ocultaba en su delantal. «Son rosas que acabo de coger», contestó la Santa temblorosa; y en efecto, abriendo su delantal, vióse que su piadosa mentira se había convertido en realidad. Otros biógrafos atribuyen inexactamente este episodio á Santa Isabel, reina de Portugal.

Después de varias vicisitudes que la hicieron perder su esposo, su rango, su fortuna hasta verse reducida á mendigar su sustento y á dormir en un establo, tomó el hábito de la Orden Tercera y falleció el 19 de noviembre de 1231.

El distinguido pintor Max ha representado en el grabado que reproducimos á la santa reina en su niñez, cuando aun disfrutaba del bienestar que le deparaba su alcurnia, pero rodeada ya de la aureola de beatitud que por sus desgracias posteriores y su religiosa piedad había de alcanzar algun día.

ENRIQUE STANLEY Y EMIN BAJÁ

célebres exploradores del Africa central

Emín Bajá, cuyo verdadero nombre es Eduardo Schnitzer, nació en 1840 en Oppeln, villa de Silesia (Prusia) y estudió medicina en Berlín, estableciéndose más tarde en Turquía en donde ejercía su profesión cuando en 1876 entró al servicio del gobierno turco. Al estallar la insurrección del Sudán, Emín se agregó como médico al estado mayor del infortunado Gordon quien, á poco, le nombró gobernador de aquellas regiones ecuatoriales. Muerto el general y cada día en aumento la rebelión de los mahdistas, Emín se encontró desde 1883 aislado del mundo entero, pudiendo á duras penas sostenerse en sus posiciones y enviar á pedir auxilios á Europa. Dos expediciones se organizaron para acudir en su socorro, la de Lenz y la de Fischer, pero ambas fracasaron.

A Enrique Stanley, al que en 1871 consiguió encontrar á Livingstone, al explorador eminente que conoce, por decirlo así, palmo á palmo el Africa central, estaba reservada la gloria de llevar á cima tan atrevida y colosal empresa.

Salido de Liverpool en 21 de enero de 1887, pasó Stanley por Egipto, tomó una escolta en Zanzíbar y después de doblar el Cabo llegó á la desembocadura del Congo el día 18 de marzo: el 22 se encontraba en la confluencia del Aruwimi y el 20 de junio en las cataratas del Yambuga. El 15 de diciembre llegaba á Kavalli, junto al lago Alberto, desde donde hubo de retroceder para volver al poco tiempo. El 29 de abril de 1888 encontró á Emín Bajá en cuya compañía permaneció hasta el 25 de mayo, fecha en que se separó de él para regresar á Bonalya distante siete jornadas de Yambuga, enviando desde allí sus primeras correspondencias á Europa. Por tercera vez emprendió el camino del Este á fin de juntarse con Emín y volver á Europa por la costa oriental: entonces encontró á Emín vencido por los mahdistas, arrojado de Wadelai y cercado de enemigos por todos lados, habiéndole costado gran trabajo decidir á aquél y á Casati á partir con él para Zanzíbar. Puestos en marcha el día 10 de abril de 1889, llegaron á Bagamoyo el día 4 de diciembre.

Esta expedición de tres años es una serie no interrumpida de luchas con la naturaleza y con los hombres, pero también de triunfos para la ciencia, pudiendo mencionarse desde luego entre éstos el descubrimiento de la nevada cordillera de Ruwonzoni, del importante río Semliki, que es probablemente la verdadera fuente del Nilo Blanco, y de los lagos salados de Kativé; la comprobación de la gran superficie del lago Victoria Nyanza, mucho más vasta de lo que se creía; y el encuentro de varios pueblos completamente desconocidos, entre ellos los onambitis, enanos antropófagos que habitan en las orillas del Yhuru, afluente del Aruwimi.

Pocos son los detalles que de esta maravillosa expedición se conocen, pero no se harán esperar las Memorias de Stanley, y en ellas podremos admirar una vez más las excepcionales aptitudes de ese viajero ilustre y conocer día por día las hazañas realizadas y las impresiones sentidas por ese explorador temerario cuyo retrato moral queda hecho con reproducir algunas palabras de su última carta al *New York Herald*. Después de relatar en ella las enfermedades, las fatigas, las luchas y las privaciones por que han tenido que pasar sus compañeros que, á pesar de todo han llegado sanos y salvos al término de su empresa, añade: «El vulgo atribuirá esto á la casualidad; los que en nada creen hablarán de buena suerte, pero en el fondo de cada alma se irá abriendo paso el convencimiento de que existen – como dice Shakespeare – en los cielos y en la tierra muchas más cosas inexplicables de las que sueña la moderna filosofía.»

TIPOS DE LA ISLA DE CERDEÑA

La dominación que hace tantos años viene ejerciendo Italia en la isla mediterránea de Cerdeña no ha podido borrar totalmente los usos, trajes y costumbres que dejaron establecidos catalanes y aragoneses en el largo período en que aquélla perteneció á la corona de Aragón.

Los escritos del antiguo Cónsul de España en aquella isla, nuestro diligente compatriota el Sr. D. Eduardo de Toda, han puesto de relieve y detallado muchas de dichas costumbres y hecho resaltar su parecido con algunas de las que se observan todavía en la tierra catalana, y las fotografías, que tuvo ocasión de reunir allí, de varios habitantes de los distritos montañosos demuestran patentemente que aun subsiste el tipo español, del propio modo que subsisten frases, nombres, apellidos y hasta prendas genuinas del Principado, entre estas últimas la típica barretina.

Una de las regiones más originales é interesantes de la mencionada isla, así como de las más descuidadas por los gobiernos, y por lo tanto de las menos adelantadas, es la de Ogliastra, cuya cabeza de distrito es Lanusei, población situada en uno de los contrafuertes de la montuosa región de la Barbagia, sobre la cual descuella, como un gigante, el rey de los montes de Cerdeña, el Gennargentú. Aunque cabeza de distrito, como acabamos de decir, y asiento de tribunales civiles y correccionales con todos sus demás anejos, Lanusei no pasa de ser un poblachón, pero su situación amenísima en la falda de una colina poblada de viñedos, el aire puro y saludable que allí se respira, los risueños panoramas que se contemplan y el género de vida sencillo y patriarcal de sus habitantes, hacen deliciosa una residencia más ó menos prolongada en él.

A esta misma ventajosa posición debe Lanusei la preeminencia que alcanzó sobre Tortoli para ser capital de su distrito, pues la *malaria* que reina en esta segunda población hizo que se trasladaran á aquélla las autoridades regionales con sus respectivas oficinas.

Los habitantes de este país, que ascienden á dos ó tres mil, se dividen en dos categorías muy distintas: los *signoriccu* (los señores), esto es, las personas instruídas, que visten con arreglo á las modas francesas, y los *massaius* (campesinos), mucho más numerosos y vestidos á la usanza sarda.

Son los *massaius* gente honrada, sobrios en la comida y bebida, amantísimos de la localidad en que han nacido, cariñosos y fieles á sus mujeres, celosos de su honor, religiosos sin hipocresía, obedientes á la autoridad, escrupulosos observadores de la ley, severos para consigo mismos, y francos, sinceros y de pocas palabras. Casi todos poseen su pedazo de tierra y su caballo, y en los arreos de éstos así como en los aperos de labranza se muestran refractarios á toda innovación, así es que carros, arados, herramientas y hasta utensilios domésticos son casi los mismos que los usados por los antiguos romanos.

Nuestros grabados representan algunos tipos de estos genuinos sardos, de estos *massaius* (calificación que no deja de tener analogía con la catalana de *masover*, colono), y al contemplarlos no se puede menos de convenir en que en sus rasgos fisonómicos se nota cierto parecido con nuestros montañeses del Principado, como ellos robustos, resueltos y de enérgica á la par que ingenua expresión.

SUPLEMENTO ARTISTICO

CARIDAD, cuadro de Luis Knaus

Es tan simpático el asunto en que se ha inspirado el artista alemán para trazar su bello cuadro, que la mayoría de los pintores de todas las épocas han dedicado á la representación de la sublime virtud de la Caridad alguna de sus obras. Por lo común se la ha figurado bajo su aspecto religioso y místico; pero Knaus, apartándose de este trillado sendero, ha procurado dar á su concepción un tinte algo más realista, sin que por esto sea menos simpático y conmovedor el conjunto de su lienzo. Para él la caridad no debe ejercerse sólo con las personas, sino también con los animales, y al mismo tiempo que la principal figura de su cuadro, personificación de la Caridad, acoge en su seno á los pequeñuelos abandonados, cuida de proporcionar el necesario alimento á las aves, que, así como aquéllos, acuden solícitas á recibir los dones que la Caridad les depara.

En esta, como en otras obras, el pintor alemán, se ha mostrado á la altura de su genio y de su bien fundada reputación.

LOS PINTORES DE LA NATIVIDAD DEL SEÑOR

El grande arte ha exaltado, sobre todo la Pintura, el nacimiento de Cristo. Pocas escenas de la religión cristiana pueden ofrecer al pintor asunto de suyo tan artístico y conmovedor. Así los mayores entre aquellos que más descollaran en las artes del dibujo, no dudaron en trasladar á paredes, tablas, lienzos, este idilio religioso. Los ángeles en el cielo y los pastores en la tierra; el Niño-Dios desnudo sobre las amarillas pajas; la mula y el buey, que, á una, con los humos de sus alientos lo abrigan; el varón justo, representado por José, ya viejo; el éxtasis de la Madre, absorta en ver y contemplar al tierno recién-nacido; los cánticos de gloria resonantes en las alturas y mezclados con los rabeles y las zampoñas pastoriles; las estrellas luciendo con luz más viva, como si acabaran de brillar en los espacios inmaculados y no hubiesen recibido el hálito de nuestras culpas en sus espléndidas esferas; todos estos asuntos y todos estos objetos á maravilla en sus combinaciones se prestan para el arte cristiano por excelencia, cual se prestaban los viejos dioses clásicos en su tranquila serenidad para el arte por excelencia heleno. Un verdadero pintor florentino ha trazado este bellísimo argumento en cuadro que guardan las galerías de Florencia. El escenario resulta en esta obra esencialmente italianizado, mejor dicho, de pura y antigua Toscana. Las montañas extendidas en las dos orillas del Arno, que semejan pirámides orientales é intercolumnios griegos, con los hermosísimos valles etruscos, de severa vegetación y de colinas armoniosas, componen el fondo capital de tales cuadros. En segundo término álzase lo que podríamos llamar campesino sombrajo; una choza meridional, á todos los aires abierta, como se necesitan en los territorios de nuestras hermosas regiones, tan estrechamente unidas con el hombre. Aquel pavimento no se parece de ningún modo al árido y abrasado suelo de Palestina. Fresco césped, cubierto por gayas flores, con especialidad por bien olientes lirios, lo alfombra. En tan mullido y verde tapiz bien puede reposar el Niño Dios con su aureola de luz increada en la frente y sus brazos y sus piececillos levantados al cielo en guisa de voladoras alas. A la izquierda tres pastores, que representan la juventud, la edad madura y la vejez, contemplan á una en éxtasis el breve cuerpecillo, donde se compendia la divina misericordia y la humana redención. A la derecha María, como fuera de sí por completo, enajenada en arrobamiento y deliquio superiores á todo lo imaginable por nuestra fantasía, en arrobamiento y deliquio propios de las madres. José, menos interesado en la esencia, con reposo digno de cualquier estatua clásica; en edad que no puede atraer á las mujeres ya; muy anciano; siendo así que ha nacido, no para generar á Cristo, para sostenerlo y alimentarlo, representa bien diversos afectos de los representados por María, y significa una como externa protección y defensa del tierno Niño y de la débil mujer. Compiten á una con la belleza de María la belleza de los ángeles puestos á sus costados. Hay cuatro, dos niños como de siete años, dos jóvenes como de catorce. Ninguno tiene aquel místico resplandor que las aladas criaturas del Angélico parecen traer desde un mundo superior, al cual acaban de abandonar en el momento de su arribo á este nuestro mundo. Los ángeles de Credi tienen alas, pero semejantes á las de muchas aves que no vuelan, y á quienes tan sólo sirven para un paso más alígero por la tierra. Plumas, aureolas, túnicas, no bastan á darles aires místicos. Aquellas figuras tan sólo recuerdan y significan la incomparable adolescencia del Renacimiento florentino, que reza en la cuna de Jesús, pero enardecida por el mosto de Chio, escanciado en copas áureas cinceladas por escultores muy semejantes á los antiguos de Grecia en la hermosura perfecta y en el cincelado increíble. Aunque muy helénico, cual todos estos artistas que han volado entre los crepúsculos vespertinos del siglo décimoquinto y las alboradas hermosísimas del siglo décimosexto, descúbrese muy pronto que Lorenzo Credi pertenece al período henchido por la predicación de Savonarola, en el cual parecía renovarse y rejuvenecerse la vieja religión católica. Tanto es así, que dió á la hoguera, tras un sermón exaltadísimo de aquel extraordinario monje, sus obras profanas. Pero como fuese piadosa la noble «Adoración de los Pastores,» preservóla el autor de aquellos extravíos, guardándola para que pudiésemos admirar en sus religiosas figuras la franca encarnación de los tiernos cuerpecitos y el gesto de candor que brilla en los divinos rostros.

¡Cuántos cuadros de igual asunto podríamos recordar ahora! Los mismos pintores del Norte han tratado tan religioso idilio. Alberto Durero llegó á trazar una especie de mesón germánico donde sucede la Natividad. En la enseña de semejante posada vense con sus propias abreviaturas y cifra el año noveno de la décimasexta centuria en que pintó su cuadro. Todo responde allí al más exagerado naturalismo: paredes ruinosas, en las cuales ha producido el húmedo ambiente norte, musgos, mohos y otras parietarias plantas; arcos vulgares de ladrillo, como los corrientes y usados en Alemania; la mansión helvética, levantada sobre pilotes y dispuesta para contrastar los vientos y las aguas; el vestíbulo donde hay un viejo trabajador, que vierte un pozal de agua recién escanciada en vulgar ánfora. María, de corte muy vulgar, adorando á su hijuelo desnudo sobre unos pañales; José, cuyo aire piadoso desdice de la general vulgaridad; la mula y el buey que miran á Jesús con ojos avizores é inteligentes. Nada sobrenatural, nada inspirado, nada religioso en este cuadro. No se descubre allí figura celestial de ningún género, no se oye allí tampoco la vulgar melodía que suele cerner sus alas en el más pagano cuadro de Italia. Si el pintor no dijera que ha querido representar á Belén, y no se hallasen María de hinojos y José absorto, nadie imaginara este cuadro un cuadro litúrgico.

Así la verdadera nota de la maravillosa escena corresponde al Correggio. No busquéis la perfección clásica de Rafael en sus cuadros; pero quizás hay mayor suavidad y melodía. Este artista representa, como nadie, los afectos de ternura y delicadeza. Sobre todo, parece haberse inspirado en el Verbo alejandrino, y visto cómo ese Verbo significa en esencia y resumen una luz de la luz. Correggio irradia el éter ariano, aquel éter, alma de los dioses indo-europeos en sus composiciones todas. Nadie ha pintado ese resplandor de lo supra-esencial en que van á dorarse las estrellas y á vestirse los ángeles. La irradiación sobrenatural, que todo lo esclarece, con el calor divino que todo lo vivifica, sugiriéronle sus más religiosas y místicas inspiraciones. Por eso es el pintor de San



SANTA ISABEL, reina de Hungría, cuando niña, cuadro del célebre pintor Gabriel Max

Juan, del Evangelista, que ha divinizado el Verbo, y el pintor de los ángeles, que llevan en sus ojos el amor á todo lo criado y sobre sus alas el arquetipo de todos los seres. Hay en Rafael más arte, hay en Vinci mayor ciencia; pero no hay en otro pintor alguno adivinaciones como las suyas de lo que significan así el sol espiritual como el sol material, así el Verbo divino como el éter increado, en que han bebido las cosas su etérea sustancia y las ideas su divina esencia. El vulgo llama «La Noche» al cuadro maravilloso del Museo de Dresde, donde Correggio traza el Nacimiento de Jesús y le llama «La Noche» porque todo está oscuro y tenebroso allí, menos lo alumbrado por la mística luz, desprendida suave y armoniosa del Niño Dios reclinado sobre la paja. Imaginaos que, de pronto, vierais en profunda oscuridad la Vía-Láctea, con sus fajas de mundos y semilleros de soles; pues tal efecto produce aquella luz divina y sobrenatural, reverberada por tan hermoso cuadro. No hay allí nada terrestre ni aun celestial. Todo el resplandor es de una idealidad adivinada por internas intuiciones. Apenas descubre uno allí á Jesús. Pero los rayos que difunde iluminan con luz de sol á los pastores, con luz de pensamiento á los ángeles, verificándose por milagrosas revelaciones del arte la compenetración milagrosa entre la naturaleza humana y la naturaleza divina en la persona de Cristo, compenetración que no ha podido explicarnos la ciencia, siquier se crea y adivine por la cristiana fe.

A cuadro tan sobrenatural poco añadirá nuestro Murillo en su «Adoración de los Pastores.» El sevillano excelso, cuando no traza las Concepciones etéreas que parecen hechura de sus arrobamientos y deliquios personales; cuando no copia un éxtasis monástico, en cuya expresión rivaliza con el mismo Zurbarán, adolece de tendencias prosaicas y positivistas como cualquier literato y pintor, aquejado por desgracia de nuestro ponzoñoso realismo. Para penetrarse de tal verdad no hay como ver la Sacra Familia del Pajarito. Banco y formón de San José, devanadera y ovillo de María; jilguero llevado por Jesús en la manecita; perrillo de lanas puesto á los pies del Niño; los objetos y las figuras copian y reproducen el interior de una casa vulgar, pintada maravillosamente, pero de un realismo cuasi flamenco. E igual sucede, lo mismo, en el cuadro de su adoración pastoril. María, muy hermosa, pero muy doméstica, de ojos andaluces, de traje oscuro sevillano, alza con verdadera sencillez el paño en que descansa jugueteando su hijo. Las dos gallinas del anciano pastor puesto de hinojos, vestido de burda lana y abrigado por tosco pellico, viven, como quien las lleva, pero sin idealidad ninguna. La vieja, con su cesta llena de huevos al brazo, vuelve de cual quier corral andaluz, como vuelve de un aprisco cualquiera el mozo reteniendo al cordero que se adelanta para lamer al Niño. La figura más idealizada en este cuadro de Murillo, como en el cuadro de Durero, es la figura de San José, quien representa y simboliza la madurez de nuestra vida, cuando la inteligencia y el corazón llegan á su completa plenitud. Pero sea de todo esto cuanto se quiera, no dudéis de que jamás la historia verá sobrepujadas las artes pictóricas cristianas, como jamás ha visto sobrepujadas las artes escultóricas helenas. Tales cuadros han idealizado el nacimiento de la criatura humana en este nuestro bajo y triste mundo.

EMILIO CASTELAR.

LOS DOS CAMINOS

SUMARIO.—I. El encuentro. – II. Propósitos. – III. Explicaciones. – IV. La llegada de un opositor á cátedra. – V. Manuel se eleva á las nubes. – VI. La caída de Lorenzo.

I

– Joaquín!

– Manuel de mi alma! tú en Madrid!... abrázame!... ¿desde cuándo en la corte?...

– Desde hace cinco días, que viajando en cinco trenes distintos, llegué con quince horas de retraso!

– Siempre de buen humor!

– Qué quieres, no tengo otro capital...

– Y ¿á qué bueno?... ¿qué te trae por aquí? ¿qué te aparta de nuestro humilde y delicioso valle? de aquellos sitios, siempre frondosos y de ambiente perfumado, donde corrimos juntos la vida de nuestros años primeros?...

– No es el motivo largo de contar; así que si estás libre, por el momento, de mejor ocupación, dame el placer de aceptar un modesto almuerzo en el *hôtel* que más sea de tu agrado.

– Lo acepto con reconocimiento, pero dejándote la elección del sitio.

– ¿Te parece bien el *Inglés?*

– Excelente! su cocina figura hoy en primera línea entre las preferidas por los *gourmets* nacionales y extranjeros.

Y esto dicho, Manuel y Joaquín enderezaron sus pasos á la calle de Echegaray, penetrando á poco en el acreditadísimo *hôtel* que dejamos nombrado.

II

Una vez instalados Manuel y Joaquín ante una mesa, sobre cuyo blanco mantel se destacaban los distintos matices de ese buen número de aperitivos y estimulantes que el refinamiento del gusto hace indispensables en nuestras comidas, dijo Joaquín:

– Espero, querido Manuel, tu relato con verdadera curiosidad; más que eso, estoy por decir, que con punzante impaciencia.

– Pues oye, y tiembla!... Dejo nuestro plácido y delicioso valle, dejo parientes y amigos, dejo cuantas afecciones me ligaban á compañeros y deudos de toda la vida, dejo, por último, roto hasta el lazo que me unía á la que por mucho tiempo creí que había de llamar, más pronto ó más tarde, dulce compañera de mis días, porque... te lo diré sin rodeos: de algunos meses á hoy se ha despertado, desenvuelto y crecido en mí, un sentimiento abiertamente antitético á cuantos venían dominándome, á los que definían mi carácter. ¿Te acuerdas de mis propósitos de siempre de vivir dentro del círculo de lo modesto y tranquilo, de lo pasivo y bienaventurado? ¿Te acuerdas cuantas veces, refiriéndome tú los propósitos que abrigabas de lanzarte á la vida de la agitación y del movimiento, del bullicio y la intranquilidad de la corte, revistiéndome yo con los ornamentos del hombre grave y sesudo, te aconsejaba desistir de arriesgar tu paz y hasta tu honra en empresas que calificaba, nada menos, que de insensatas, de imprudentes, de temerarias, etc., etc.?... ¿Te acuerdas con qué fruición te hablaba de la vida del hogar, de los goces de la familia, del risueño y tranquilo lago por el que se deslizaría la barquilla de nuestra existencia, en medio de nuestro modesto pasar, sin luchas, sin combates, sin amarguras que devorar, ni decepciones que nos martirizasen? ¡Qué lejos estaba yo entonces de sospechar que llegaría un momento en el que había de operarse en mí, transformación tan completa y tan rápida!

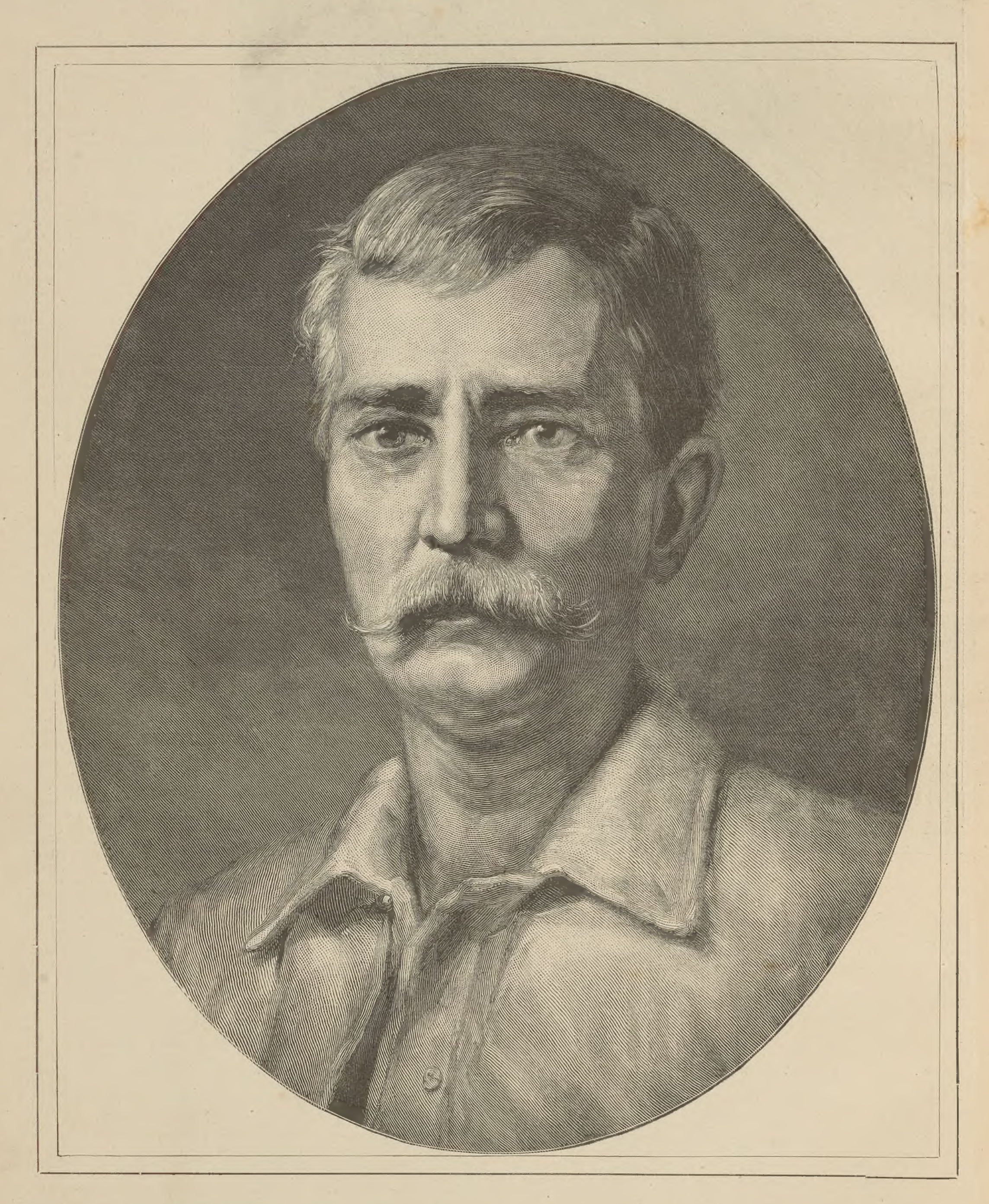
– Por lo visto, Joaquín querido, tú ignorabas que en opinión de ciertos fisiólogos, el hombre cambia, en período más ó menos fijo, de gustos, de inclinaciones y de tendencias, como cambia de rasgos fisonómicos y de color de pelo!

– No ignoraba esa opinión, pero no la daba crédito. Hoy no sólo la creo y confieso, sino que estoy dispuesto á mantenerla á capa y espada, cara al sol y en todo terreno.

– Bravo!... bravo... por el predicador de marras! Pero... sepamos ¿á qué obedece cambio tan brusco y trascendental en tu manera de pensar?

– ¿Quieres que te lo diga con toda llaneza? Pues... guárdame el secreto, porque responde á una mala pasión, tal vez, á más de una: voy á decírtelo en voz muy baja: se ha apoderado de mí... la envidia...

– ¡Hola!...



ENRIQUE STANLEY, célebre explorador del África central y fundador del Estado libre del Congo

De un retrato de F. Moscheles



CARIDAD,



UADRO DE LUIS KNAUS



EMIN-BAJÁ EN CAMPAÑA. - Copia de una fotografía hecha en Kartum



VISTA DE LANUSEI, ISLA DE CERDEÑA

– Sí; la envidia: si fuera menos sincero, te diría, la emulación: pero la emulación es una pasión noble, elevada, de fines plausibles; y lo que yo siento es ambición de obtener, por todo linaje de medios, sean cuales fueren, la posición, los goces, los honores, las distinciones y los provechos con que se enseñorean, viven y triunfan muchos, muchísimos en quienes nadie reconoce ni encuentra justificado el fundamento de su fama, nombre y riquezas.

– ¡Gracias á Dios!... Ya el hombre de los ideales de ayer se ha convertido al positivismo de la vida moderna!

– Sí tal, convertido por completo; mi nueva divisa es hoy la del príncipe inglés: *¡Ser ó no ser!* He roto con la tradición, y estoy resuelto á sucumbir ó *á ser*. Lo que ahora necesito es tropezar con quien me ayude...

– ¡Oh mortal aventurado! inclina la cerviz ante la magnanimidad de la Providencia! El auxilio que buscas, lo tienes á tu lado.

– ¿Quizás tú?...

– Yo, yo en persona; el mejor y más antiguo de tus amigos: voy á gozar el inefable placer de ofrecerte cuanto necesitas para salir triunfante de tus propósitos.

– ¡Tú! ¿será posible?...

– Y tanto, y hasta tal punto, como voy á decirte... Pero no es este lugar á propósito para nuestra conversación. Nuestro almuerzo ha concluído; sígueme, y el café y los cigarros, en sitio mejor elegido, serán los únicos testigos de nuestra conferencia.

III

El lugar no hace al caso.

El hecho es que nuestros amigos ante sendas copas de cognac *Martel (trois etoiles)* y saboreando sus respectivos vegueros de *Partagás*, continuaron su diálogo, en estos ó parecidos términos:

– Manuel, – dijo Joaquín, – digresiones á un lado. Tú *quieres ser* y necesitas quien te ayude. Pues bien, de tí sólo depende el éxito de tus aspiraciones. Existe en Madrid un hombre, entre otros muchos, pero con mayor autoridad que todos, que vive consagrado á la ímproba, pero muy productiva tarea, de improvisar posiciones y celebridades. ¿Quieres ser político ilustre, militar bizarro, juez íntegro, artista eminente, barbero distinguido, y bailarín inconcebible? Pues es cuestión resuelta: no tienes que hacer otra cosa si no es la de ajustarte á la tarifa de la celebridad que persigues.

– Estoy pronto!... Traigo sobre mí cuanto poseo, y estoy decidido á invertirlo...

– Corriente, tienes ganadas las tres partes de la partida, y como supongo que no serás, á pesar de tu condición de español, partidario de dejar *para mañana* lo que puedes hacer hoy, te invito, sin entrar en más explicaciones, á que me sigas, confiando ciegamente en la rectitud de intenciones del amigo que va á guiarte.

– ¡Sea!

. . . .

Los dos amigos abandonaron el café, y emprendieron el camino que, el uno de ellos, se encargaba de trazar.

IV

En el mismo punto y hora en que ocurrían estos sucesos, descendía de un coche de *tercera clase*, en la estación del Norte, un joven de semblante demacrado, de humildísimo aspecto, pero de mirada inteligente y llena de expresión, llevando, por todo equipaje, una flaca y descolorida maleta, de cuyo peso no quiso desprenderse por rudas é insistentes que fueron las ofertas que le hacían para aliviarle de tal carga los innumerables mozos de cuerda y *ganchos* de casa de huéspedes, que como enjambre de hambrientos obstruyen el paso de los viajeros á la llegada de los trenes.

Con perfecta indiferencia de todos y de todo cuanto le rodeaba, con su maleta bajo del brazo, y *pédibus andando*, emprendió nuestro joven el camino de la Cuesta de San Vicente, y sin acelerar en lo más mínimo el paso de su marcha reposada, llegó, al cabo de buen rato, á internarse en una modestísima casa de huéspedes de la calle de los Estudios.

De la villa de Azpeitia, que con su colindante, la de Azcoitia, constituyen el pintoresco y delicioso valle de Loyola, procedía nuestro joven, que pasando por todos los rigores de la desdicha, había llegado á obtener, con las más brillantes notas, su título de licenciado en la facultad de filosofía y letras.

Traíale á Madrid la realización de un plan que venía de muchos años halagando: hacer oposición á una cátedra vacante en el instituto de Vitoria.

Este propósito respondía al de procurarse medios de subsistencia bastante, por exiguos que fueren, para unirse en lazo indisoluble con una encantadora muchacha de su villa, á quien tenía jurada fe de matrimonio con todo el fuego de su corazón generoso y toda la pasión de sus veintiséis años.

«¡Oh! – exclamaba á cada momento: – me siento con fuerzas sobradas para hacer brillantes ejercicios, para luchar con ventaja contra cuantos contrincantes me disputen la cátedra! y... á poco que las buenísimas cartas de recomendación que me acompañan despierten el interés del tribunal, mía habrá de ser la victoria.»

Y no pasaba noche sin que antes de entregarse al descanso, no dijera con verdadera unción: «¡Dios mío! ayudad mis propósitos, vos que, después, habéis de bendecir una unión santa y presidir la felicidad de dos almas cristianas.»

Y diciendo esto, dormía y soñaba el más deleitoso de los sueños.



TRAJE DE LANUSEI

V

Volvamos á nuestros primeros conocidos.

Cambiando durante el camino contadas palabras, Joaquín y Manuel llegaron á encontrarse á la puerta de una casa de grandes dimensiones y reciente construcción, sobre cuyos balcones del piso principal hallábase adosada gran muestra, que en caracteres dorados, sobre fondo ceniciento, decía á todo el que supiere leer: «El Improvisador. – Periódico político-científico y literario.»

Y más abajo *Redacción y Administración*.

Manuel experimentó cierta extraña impresión al subir las pulimentadas escaleras de aquella suntuosa casa.

Momentos después se encontraba, presentado por Joaquín, frente á frente del director del periódico, que por entonces era la verdadera palanca de la opinión enfrente de las cosas y los hombres de gobierno.

Por convenio sobre bases que nuestros lectores no sabrían explicarse, y para cuya descripción no bastan los límites de un artículo, quedó pactado y corriente que *El Improvisador* se comprometía á ser el órgano de la exhibición, popularidad y encumbramiento más rápido posible del aspirante á personaje.

Y allí no se perdía el tiempo.

Acabada la conferencia, salía del despacho del director á las cajas de la imprenta una cuartilla conteniendo los siguientes renglones: «Se encuentra entre nosotros, procedente de las Provincias Vascongadas, el distinguidísimo abogado y hombre de letras, don Manuel de Izanguidi y Choritoquieta, cuyo bufete en esta corte será, á la vez que un centro de discusión de las ilustraciones del foro, un venero de riqueza para su ilustre propietario.»

Así se empezó.

¿Dió fruto la campaña emprendida?

¿Tuvo el moderno *puf!* el éxito que se buscaba?...

Tuvo más: tuvo el que no podía prometerse el más exigente.

Manuel llegó á verse en poco tiempo diputado, director general y por último subsecretario de Ultramar.

Verdad es que practicaba incansablemente el principio famoso «ayúdate y te ayudaré.»

En el Ateneo, en la Academia de Jurisprudencia, en la Económica matritense, en el Fomento de las Artes, en los *meetings*, en los *clubs*, en los pórticos de los teatros durante las noches de estreno, en todas partes, peroraba, discutía, daba conferencias, leía folletos, etc., etc., etc.; era, en fin, objeto de las miradas de todos, de la curiosidad de muchos, y de la maledicencia de no pocos.

Pero faltaba la *bomba final*.



TRAJE DE TORIOLI

El padre de aquella muchacha, á quien en su alegre vallecito de Azpeitia había dejado enamorada el pobre joven que vimos llegar á Madrid en busca de una cátedra, volvió á España procedente de América, con una considerable fortuna, honrosamente adquirida en los negocios de su tráfico.

Supo la suerte alcanzada por Manuel, y deseoso de unir su hija con hombre de tal posición, llegó no sin torturar sus dulces sentimientos y sus primitivas inclinaciones á conseguir de ella el asentimiento para casarse con Manuel, cuya boda corría de su cuenta tratar y realizar.

Y en efecto, Manuel vió en el matrimonio el término de su partida, y se casó con la novia de Lorenzo.

VI.

Lorenzo, tan animado con su saber y las esperanzas que le sonreían para el porvenir, recibió este golpe con desgarradora emoción.

Pero le encontró lógico.

Cierto que obtuvo en los ejercicios de oposición el número primero de la terna, pero... en el segundo fué pro-


TRAJE MIXTO

puesto el *yerno* de un ministro... y éste se llevó la cátedra.

Quedó reducido á la nada.

¿Por qué no había de casarse su novia con un hombre ilustre y de tal significación?

¿Por qué ser fiel al cariño de un pobrete sin nombre, posición, ni fortuna...?

. . . .

Ahora bien, ¿qué camino se debe seguir en la vida? Ustedes dirán.

EDUARDO SACO.

LA TIERRA DE MARÍA SANTÍSIMA

Ningún paisaje despierta impresiones tan duraderas en el ánimo del viajero, convidándole á meditar y á estudiar, como el ofrecido á la continua por el dilatado valle del Nilo. Misteriosa cuna de civilización poderosa, encarecida por los antiguos y presentada al espíritu de los modernos como una brillante revelación, muéstrase á la imaginación del artista cual venero inagotable de creaciones fantásticas merced al material ofrecido por encantadoras leyendas, que parecen brotar de su suelo propagadas por la fecunda inventiva y afición á lo maravilloso, en que se extrema gallardamente el ingenio de los coptos y de los árabes. Allí se inventaron y tejieron durante la Edad media, copia de novelas que reemplazaron á la verdadera historia de los países remotos, con sólo dar acogida á alguna noticia exacta que ayudase á la verosimilitud ante un público poco exigente.


TRAJE DE LANUSEI

No tienen por ventura otro valor las peregrinas relaciones del falso Al-Guaquidi sobre la conquista de España por los muslimes, como tampoco las maravillosas leyendas del rey de Cádiz y de la ciudad de latón, mostrada la predilección de los egipcios por los asuntos tomados de España, al punto de considerarla como teatro de la predicación de Jesús (1).

Durante la primavera del año 1876 caminaban á la caída de la tarde en dirección á Matareah, población situada al Este del Cairo, dos jóvenes viajeros, que distraídos en amena conversación parecían olvidar los desagradables movimientos de sus cabalgaduras. Montaban sendos camellos mabaríes, engalanados con vistosos jaeces de flecos y randas, y á guisa de penachos unos borlones de estambre color azul y rojo.

Al par que conversaban avanzaban rápidamente á poca distancia uno de otro. El que iba delante era un gallardo joven como de veintiocho años de edad, tenía semblante agraciado, tez morena, bigotes largos, barba poblada, y ésta como aquéllos color azabache sedoso. Su traje medio europeo no discrepaba del usado por los turcos militares y por los empleados administrativos del Jedive. Formábalo el característico fez en la cabeza, botas, pantalón grana y en el resto del cuerpo un caftán ó levitón azul abrochado. Más pintoresco el vestido del otro, consistía principalmente en una túnica ó camisón largo, que le llegaba hasta los pies, sujeto á la cintura por faja de seda roja, de la cual pendía un yatagán ó alfanje corto. Llevaba además una especie de gabán ó sobretodo color de tierra, por calzado chinelas tunecíes, y en la cabeza el mencionado fez adicionado con unas varas de muselina blanca, que le envolvían en la dirección de su altura, hasta darle forma de tarbus ó verdadero turbante. Dadas las costumbres usadas en la actualidad en el antiguo país de los faraones, quien fijase atentamente la vista en el color atezado de su rostro, en su estatura prócer y varonil y en la musculatura de sus brazos, fácilmente reconocería en él uno de los hijos del desierto, que suelen servir de guías y ofrecen sus servicios á los extranjeros, que visitan aquellas comarcas.

Serían las seis de la tarde. Un horizonte sin montañas recibía los últimos rayos del astro del día, con una intensidad desconocida en Europa. Donde quiera dirigiesen la vista los viajeros ofrecían los objetos en lontananza un perfil encantador y sobremanera agradable. Dejaban á la espalda El-fostat, la parte antigua del Cairo, que conservó el nombre de Babilonia hasta el fin de los tiempos medios. A la derecha se elevaba El-Alfasieh, suntuoso palacio levantado un día para el regalo de Abbas-Bajá, con destino al presente á servir de local para la enseñanza de los estudios militares. No lejos de él y algo más adelante se destacaba en el espacio vistoso monumento árabe, que guarda las cenizas de Malek Adel (muerto en 1218), soberano un tiempo de Jerusalén y del Cairo y que por un azar de la suerte, previo concierto entre cristianos y muslimes, estuvo á punto de casarse con una hermana de *Ricardo Corazón de León*. Al frente se comenzaban á divisar las ruinas de Heliópolis donde, según la tradición, Moisés dirigió y adoctrinó por espacio de algunos años á los hebreos, y más cerca Matareah, lugar en que venera la piedad cristiana el árbol y el pozo de la Virgen.

No tardaron los dos viajeros en llegar á las puertas de la última población mencionada. Comenzado habían á transitar por sus tortuosas calles, cuando se detuvieron ambos ante un arco de entrada de los que llaman de herradura, el cual daba acceso á un vasto huerto de flores y frutas, cercado de tapias de mucha solidez. Apeáronse de sus cabalgaduras y entrando por el arco se hallaron desde luego en una especie de patio semejante al que se ofrece aún en algunas posadas españolas, con ser incomparablemente más grande, ocupado en buena extensión por atijareros y recueros árabes, que tomaban algún descanso al lado de sus bestias descargadas. Una cúpula pequeña que se mostraba á la derecha con su vistosa cubierta de tejas verdes y azules advertía la existencia de una *mozala*, capilla ó humilladero de muslimes.

Dirigieron allí sus pasos, hasta llegar delante de la puerta principal del oratorio decorada con un *rabah* con su correspondiente inscripción arábiga. En frente había pila y manantial de agua para las abluciones, y al rededor algunos grupos de árboles, debajo de los cuales descansaban ó meditaban varias personas sentadas á la morisca, no sin revelar su procedencia y condición en la forma de sus trajes. Descollaba entre todos por su fisonomía simpática y majestuoso continente un anciano árabe, cubierto á excepción del rostro, por un jaique de algodón rayado. Dase el nombre de jaique en el Oriente á una pieza de tela sin cortar que se recoge al rededor del cuerpo formando pliegues de gran amplitud mediante un cinturón de piel de cabra que se prolonga hasta la cabeza, ocultando la nuca y el turbante á guisa de cofia ó almofar antiguo. Hallábase cerca del anciano, verdadero tipo del jeque del desierto, y en ademán de conversar con él, un tolba ó joven alfaquí de turbante azul y anteojos negros, cuyo traje no exento de elegancia parecía realzado por la gentileza y descuido aparente de su persona, echado á la espalda el ancho *aba* que le servía de sobretodo, mal plegado el camisón interior y calzados los pies con pantuflos de tafilete labrado. A poca distancia se veía cierto personaje con caftán oscuro, almaizares y bonete del mismo color. Tenía un libro cerrado en su mano izquierda que descansaba sobre las rodillas, y en la derecha un báculo de labor tosca, inclinada la cabeza sobre el pecho en actitud meditabunda. Más adelante y bajo las ramas de copudo limonero un sacerdote copto, sin tocado en la cabeza y con modestas vestiduras, parecía absorto en la lectura de su breviario. Al acercarse los viajeros el beduino, que conocía al jeque árabe, le presentó el joven vestido á la turquesca con estas palabras:

– Tenéis delante á un jarife europeo, insigne por sus virtudes y generosidad, conocido en Levante y Poniente por el nombre de Obeidallah el andalusí.

Apenas llegó á los oídos del tolba la última frase, se levantó para honrar á los recién llegados y besando en el hombro á Obeidallah dijo:

– Eres de la patria de mis padres. Mi décimosexto abuelo había nacido en tu tierra y era hijo de Muhammad Abu-Becr Aben-Roxd.

– ¡Bendito sea el suelo de Andalucía! Es la primera de las comarcas del mundo por los aires, por las minas, por los frutos de la tierra, por sus hombres y por sus mujeres; Andalucía aventaja en mucho á Egipto. Ha dicho Ben-Aljatib, el coloso de la elocuencia de la poesía, el último grande historiador que hemos tenido los árabes:

Orgulloso está Egipto por el río Nil,
Vale más que mil Nilos el Genil (2)

A estas palabras el personaje del bonete negro que era un rabino ó *hazan* (3), según habrán adivinado nuestros lectores, levantó la cabeza y se expresó de esta suerte: – Andalucía ó *Sefarad* es la segunda Palestina, adonde fueron desterrados los judíos por el emperador Adriano. Todavía lucen en Toledo (nuestra segunda Jerusalén) las fábricas suntuosas de los templos levantados al Dios de Israel reinando en Edom (Castilla) el insigne monarca que llamaron don Alfonso el Sabio y su descendiente don Pedro I. Cuentan que subsiste otra no menos preciada en la ciudad de Segovia, convertida hoy como aquélla en iglesia para el servicio del culto de las gentes de Edom con multitud de oratorios particulares. En Barcelona he visto yo mismo el lugar en que contendieron con los *casies nazarenos* (sacerdotes cristianos) del Tzarfat (Francia y Cataluña) los sabios israelitas Bar-Najman y Ben Adderet, en Avila el templo donde disputó Mosseh de Tordesillas con Pedro de Valladolid, y no ha cincuenta años visitó un tío mío en Tortosa el palacio donde nuestro gran filósofo Josef Albo, que ha sacado del estudio de la Escritura las reglas del derecho y el conocimiento de las leyes que gobiernan la historia, defendió la bondad de las *agadas* del Talmud contra cristianos é israelitas tibios, en una asamblea presidida por el supremo imám del culto cristiano, pontífice Benedicto XIII. Andalucía bajo cuyo nombre se comprendían en lo antiguo muchas comarcas insignes, es la patria del filósofo Bar-Maimon y de los poetas R. Judah Ha-levi y Abraham Aben-Ezra: aquél, atento á enaltecerlo todo, comparaba el ramaje de los árboles de Granada con la cabellera de los ángeles; éste, menos contentadizo, no se cansaba de combatir la falta de laboriosidad de sus paisanos españoles, en particular de los vecinos de Mora junto á Toledo.


TRAJE DE LANUSEI

El viajero del caftán azul, á quien ya molestaba aquel cúmulo de noticias, creyó poner término á ellas observando sencillamente:

– Andalus ó Andalucía es una comarca de España ó sea la parte meridional de la región designada con este nombre. Señoréanla al presente los cristianos y moran en su término pocos judíos y menos muslimes, puesto que haya entre sus habitantes no escaso número de descreídos.

– Eso no puede ser, – dijo el monje copto, el cual hasta entonces había guardado silencio y parecía no levantar sus ojos del breviario. – Al-Andalus ó Andalucía, la Esbonia ó España meridional á que el nombre gentilicio andaluz se refiere, es una región afortunada que no desdeñaron habitar los querubes; es la tierra de María.

Picada la curiosidad de los circunstantes por lo inesperado de la contradicción, prestaron suma atención á las últimas palabras del copto, en especial Obeidallah y el

(1) Attabari, escritor árabe de los primeros siglos de la hégira, refiere la tradición de que Jesús predicó en una comarca llamada Al-Andalus, no sin narrar al propio tiempo un prodigio verificado en ella, el cual guarda notable analogía con la maravilla realizada en las bodas de Caná.

(2) *Ge* ó *xe* es la pronunciación, que corresponde á la letra *xin* ó *sin* puntuada, que hoy designa el número 300 y por un uso especial mogrebino, que recuerda influencia helénica, ha significado también mil.

(3) Ministro de la sinagoga.



TRAJE DE LANUSEI

jefe árabe, quien ordenó al copto se sirviese exponer las razones, por que había designado el suelo andaluz con el generoso nombre de tierra de María Santísima.

– Oir es obedecer, – dijo el monje, y acercándose á la manera de círculo que se había formado al rededor del jeque, sentados todos sobre sus tobillos, postura habitual en los orientales, les imitó el copto en la actitud, y comenzó su narración en estos términos:

– Cuando el rey de Jerusalén dió sus órdenes con el propósito de perseguir á Jesús recién nacido, atribulada la santa familia dispuso apresuradamente huir á tierras muy remotas, con lo cual no fué posible á San José el



UN MASSAIUS

deshacerse del modesto ajuar de su tienda, ni proporcionarse para el viaje sino una sola caballería, que destinó á su esposa, como quien debía llevar al niño divino en sus brazos. Vestía la Santísima Virgen, al partir de Galilea, una túnica ó caftán azul con rayas blancas que le llegaba hasta el tobillo, pantuflos verdes muy pequeños y una almalafa ó manto largo de color de grana en cuyo rebozo descansaba el niño Jesús. Detrás caminaba José con mal traído albornoz, apoyándose para caminar en un palo, y, sin embargo, dispuesto á acudir con fervorosa diligencia ya á estimular ó templar los movimientos de la caballería, ya á servir las voluntades de María y de su santísimo hijo. Por donde quiera que pasaba aquella caravana tan poco numerosa, los objetos de la naturaleza parecían emular unos con otros para tributarle homenaje. Si un labrador plantaba una viña, y acertaba á ofrecer un momento de descanso ó brindaba con su mesa á la familia bienaventurada, en breve brotaban los sarmientos con hojas, pámpanos y frutos, para el doble efecto de que se ofreciesen las primicias al Rey de los cielos y de que pudiese decir con verdad el labrador favorecido á los emisarios de Herodes, que la familia de Jesús había pasado por allí, á la sazón en que se plantaba la viña, que ostentaba entonces grandes y dorados racimos. Pidió albergue José en una cueva de bandoleros durante oscura y tormentosa noche, y tocada en el corazón la esposa de uno de ellos, entristecida por la dolencia de un niño de pecho, á quien afligía espantable lepra, acogía la sacra familia con regalo y se empeñaba en humedecer los pañales de su hijo en la misma agua, que había servido para lavar los del hijo de María, en quien presentía su alma algo maravilloso. Sentido el contacto de la bendita agua, cayeron las escamas que oscurecían la piel del niño enfermo, el cual desde aquel instante se ofreció á la vista de su madre completamente sano.—En este mismo sitio, donde nos hallamos, había un gigantesco sicomoro del cual se conservan crecidos brotes. Aproximábanse los satélites del príncipe asmoneo, que habían visto á los fugitivos, creían darles alcance, y ya prevenían las ligaduras, cuando una inesperada maravilla los arrancó de sus furores. Oró la Virgen Santísima, miró á su poderoso hijo, turbado gravemente el rostro por la aflicción, y el sicomoro abrió su tronco. Desaparecieron en su interior la Reina de los cielos, el niño Dios, San José y la modesta caballería. Luego una araña extendió tupida tela sobre el sitio de la abertura, con lo cual el sicomoro brindaba asilo seguro á los fugitivos, que dormían allí y se ocultaban, cuando era menester, mientras duraron las persecuciones. De aquí procede el nombre de *marcad*, lugar tranquilo ó de reposo, con que se conocen estos lugares. A las veces salían de su escondite y la Virgen lavaba los pañales en esa cisterna, en tanto que el santo niño dormía en el nicho ó abertura que se conserva aún en la pared. Cuando Jesús era bañado, las gotas de agua que caían en el suelo ofrecían virtudes maravillosas. De cada gota nacía un bálsamo precioso, durando por siglos la reputación de los bálsamos que crecían en estos lugares. El dueño de estos lugares que estimaba como un don del cielo la venida del santo matrimonio con el niño Jesús, mejoró la hospitalidad que les daba, con habitaciones cómodas y bien alhajadas. Noticioso Herodes de aquellas maravillas, volvió á enviar sus esbirros á Matareah, los cuales reconocidos por el que cuidaba de este huerto, avisó inmediatamente al santo matrimonio del peligro, que les amenazaba. Entonces concibieron los esposos una resolución extraordinaria, caminar á Occidente hasta comarcas donde no se hubiese oído hablar de Herodes. Comenzaron á atravesar el desierto de Trípoli, donde deshechas tempestades de polvo amenazaban su existencia de continuo; pero pasaban por encima de los viajeros sin incomodarles lo más mínimo, penetrando éstos con el jumento sin dificultad por entre altas montañas de arena, que sin cesar se formaban á un lado y otro del camino. Con todo, las incomodidades del viaje, no tardaron en debilitar mucho á San José, quien pálido, sediento, descalzos los pies, rendido por la fatiga, con faz demacrada y apoyándose débilmente en el palo ó vara, apenas podía seguir el paso de la caballería. En tan difícil trance un pensamiento ocurrió á la Santísima Virgen. Llevando consigo al Redentor del mundo, ningún peligro real podía sobrevenir á éste en la infancia, ni á la encargada de velar por él, para que se cumpliesen las profecías. Mas la muerte podía arrebatarles á San José, quien no pudiendo caminar más, era seguro que moriría de cansancio ó caería en poder de sus perseguidores. Menester era que ocupase el lugar de la madre y del hijo sobre el jumento; pero ¿cómo consentiría en que la Virgen caminase á pie? Parecía indispensable procurarse un medio de locomoción que le satisficiese.

FRANCISCO FERNÁNDEZ GONZÁLEZ.

(Concluirá)

NOTICIAS VARIAS

EL TRABAJO SUMINISTRADO POR LOS FERROCARRILES.—Hoy ya no se cree posible la vida sin los caminos de hierro, y sin embargo su invención es muy moderna; los trenes ómnibus nos parecen ya demasiado lentos, y sin embargo, ¿qué diríamos si tuviésemos que recurrir al servicio de postas de principios del siglo?

Es curioso averiguar qué suma de trabajo representa el servicio de ferrocarriles, así como el personal y el material que hubiera sido menester en otro tiempo para suministrar este mismo trabajo.

En el *Diario de las Cámaras de comercio de los Estados Unidos* encontramos una indicación acerca de este asunto, pero sólo por lo que respecta á los ferrocarriles de los Estados Unidos de la América del Norte.

En los trasportes efectuados hoy por vías férreas en aquel país se ocupan doscientos cincuenta mil hombres; si en otro tiempo se hubiera querido efectuar el mismo tráfico por medio de carruajes de todas clases, habría sido necesario emplear trece millones de hombres y cincuenta y tres millones de caballos, y por lo menos hubiera sido difícil reunir semejante caballería. Por otra parte, los nuevos medios de trasporte no se contentan con atender á un trabajo, imposible de desempeñar en otro tiempo; sino que tienen además el gran mérito de ocasionar gastos muy módicos comparados con las inmensas sumas que sería menester consagrar al tráfico comercial actual si se le debiera hacer con los medios puestos en uso antes de la invención de las vías férreas.

En efecto, los gastos de explotación de los caminos de hierro de los Estados Unidos no han ascendido, en 1885, más que á 2,612.500,000 francos; para desempeñar este mismo trabajo con el número de hombres y de caballos que antes hemos indicado, habría sido forzoso gastar cincuenta y cinco mil millones, ó sea veinte veces más.



TRAJE DE OGLIASTRA

Vese pues cuán gran revolución se ha realizado en el siglo XIX: esto sólo bastaría para hacernos apreciar los beneficios del progreso.

PAPEL DE MUSGO.—Se acaba de inventar en Suecia el *papel de musgo*. Con el musgo blanco se fabrica, no tan sólo papel de escribir, sino también tablas de doce centí-



CEMENTERIO NUEVO DE LANUSEI

metros de espesor; las cuales tienen la resistencia de la madera y admiten toda clase de barnices, cosa que las hace muy á propósito para emplearlas en adornos arquitectónicos, muebles, puertas, bastidores, ventanas, persianas, macetas y ruedas de ferrocarriles, habiéndose llegado á construir con este material de nuevo género, hasta cortijos enteros. En Breslau se han hecho con este papel hornos, bañeras y utensilios de cocina, que en lo sucesivo estarán á cubierto de las torpezas de las sirvientas.

(De *La Nature.*)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO IX — BARCELONA 13 DE ENERO DE 1890 — NÚM. 420

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



FEDERICO III, REY DE DINAMARCA.–Retrato de Sustermans, grabado por Baude

(Existente en la galería Pitti, Florencia)

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

FEDERICO III, REY DE DINAMARCA

Retrato de Sustermans, grabado por Baude

Federico III de Dinamarca nació en 1609 y en 1648 sucedió á su padre Cristián IV: en los comienzos de su reinado hubo de firmar una capitulación en virtud de la cual entregaba el poder á la aristocracia, creándose de esta suerte una oligarquía con derecho á elegir á los futuros monarcas. Mas las guerras con Carlos X de Suecia en las cuales perdió Dinamarca la Escania, el Haland y la Blekingia (1660), la falta absoluta de recursos y el malestar general que en la nación se sentía trajeron consigo una revolución (1661) cuyas consecuencias fueron declarar la monarquía absoluta y hereditaria y dejar enteramente en manos del rey cuanto afectaba á la otorgación y conservación de privilegios á las distintas clases del reino: todo esto quedó sancionado en la Ley real (14 de noviembre de 1665) que no se conoció públicamente hasta la consagración de Cristián V. Desde entonces Dinamarca se sintió fuerte, reorganizó sus ejércitos de mar y tierra y pudo hacer frente con energía a sus enemigos exteriores.

Federico III murió en 1670 y de su reinado guardaron muy grata memoria los dinamarqueses.

Tal es el personaje histórico cuyo retrato reproducimos tomándolo del que existe en Florencia debido al pincel de Sustermans. De las cualidades artísticas de la pintura sólo diremos que tiene grandes bellezas que recuerdan las obras que en aquella edad de oro produjeron pintores contemporáneos del autor como Van Dyck, Rembrandt, Zurbarán y Ribera. El precioso grabado de Baude avalora aun más sus no escasas excelencias.

EN LAS LAGUNAS, cuadro de Francisco Ruben

Francisco Ruben siente especial predilección por la hermosa Venecia, y en su cuadro nos la reproduce risueña, agradable, animada por tres figuras graciosas y desarrollada delante de las inmensas lagunas cuyas aguas lejos de ser cenagosas y negruzcas como las de los canales venecianos ostentan los azulados matices del hermoso Adriático.

LA CABRA NODRIZA

cuadro de Nicolás Cannicci, grabado por Centenari

Cannicci es uno de los más distinguidos pintores de la escuela toscana, de esa escuela que tan al vivo y tan poéticamente reproduce las agradables escenas de la vida campestre.

La cabra nodriza es uno de sus cuadros más bellos por la naturalidad de la composición y por el sentimiento que refleja: la riqueza de motivos en el fondo que atrae sin distraer el ánimo del asunto principal, la vida y corrección de las figuras, la agradable variedad de tonos realzada por un elegante claro oscuro, la luz y el aire que llenan todo el lienzo son cualidades que denotan una concepción y un pincel privilegiados y revelan al artista que hoy constituye una de las primeras figuras de la pintura italiana contemporánea.

Croquis tomados en las provincias septentrionales del Brasil, por J. Steains

Mr. J. Steains que desde 1881 á 1885 hizo los estudios para el ferro-carril de Alagoas, nos presenta en sus croquis algunas costumbres y tipos de esa provincia del Brasil, situada á los 9 grados de latitud Sud, bañada por el Atlántico y confinante con la provincia de Pernambuco. De todos sus croquis el más interesante es sin duda el que lleva por título *Ingenieros improvisados* y representa un incidente que ocurrió en los primeros días de los trabajos de campo. Los indígenas que nunca habían visto trabajar á un grupo de agrimensores quedaron tan sorprendidos con la novedad de la cosa y grabaron tan bien en su memoria los menores detalles de las operaciones que á su vista se verificaban que con palos improvisaron teodolitos y miras y se pusieron á imitar cuanto habían visto hacer á los ingenieros europeos, dando lugar á la cómica escena que Steains se entretuvo en copiar y que demuestra cuánto partido podría sacarse del espíritu de imitacion de ciertos pueblos naturales dirigiéndolo hábilmente por vías fáciles al par que útiles.

MONUMENTO ERIGIDO EN DUSSELDORF á la memoria de Enrique Heine

La idea de erigir en Dusseldorf, su patria, un monumento al inolvidable Heine, al privilegiado poeta, al eximio autor del *Libro de los Cantos* y de *Alemania*, concibióla la emperatriz Isabel de Austria de quien partió también el deseo de que la ejecución de aquél se encargara al escultor berlinés Ernesto Herter, tan ventajosamente conocido en el mundo del arte por sus famosas obras monumentales. Herter trazó dos modelos, uno en forma de fuente monumental y otro que era simplemente la estatua del poeta. La opinión pública y el comité de Dusseldorf se decidieron por el primero, que es el que se construyó y el que reproducimos en este número.

LA TIERRA DE MARIA SANTISIMA

(Conclusión)

Conocía la tradición que atribuía á Salomón un misterioso secreto, con el cual elevando hasta las nubes una alfombra de su cuarto, había llevado á cima expediciones y viajes á países remotos. De repente, mandó parar á su jumento, y previniendo á San José que no se asustase por lo que viera, colocó la almalafa en el suelo y rogó á su santísimo hijo que la remontase á las nubes. Comenzó á elevarse lentamente la almalafa de la Virgen con la preciosa carga de la madre y del hijo. San José puesto de rodillas pedía explicación de lo que veía, y rogaba á su esposa que no le abandonase. «No te abandono, dijo la madre de Dios. Sube en el jumento vacío que yo adelantaré seis leguas camino derecho, y al llegar al término de la jornada pondré la almalafa en el suelo hasta aguardar tu llegada.» Así caminaron algunos meses hasta llegar á Tingis ó Tánger. Allí preguntaron si conocían á Herodes, y un judío helenizado les dió la triste nueva de que era pariente del rey de Jerusalén el propretor que tenían los romanos en la Tingitana. Mas añadió el israelita: En una comarca vecina y en una ciudad llamada Tarteso gobierna un magistrado enemigo de la familia asmonea.

No pudiendo caminar más á Poniente por impedirlo el mar y oyendo hablar de un país amigo representado como colindante, la Virgen mandó á la almalafa que remontase su vuelo hacia el Norte hasta llegar á Tarifa. No puntualizándose la noticia del helenizado por no haber palacio ni autoridad de importancia en Tarifa, la almalafa se posó sucesivamente sobre el horizonte de Córdoba y de Sevilla. Tampoco comprobó aquí la Virgen nada de la supuesta enemistad del pretor de la Bética con Herodes, pero agradándole lo apacible del suelo, bastante apartado de Egipto y Palestina para que se repitiesen los pasados temores, y el buen trato de los naturales de Andalucía, se aproximó otra vez á Africa y aguardó en los alrededores del Puerto de Santa María la llegada de San José con su jumento. Habiendo atravesado el Estrecho á la altura de las nubes sobre su roja almalafa, no había tenido ocasión de advertir que formaba parte del mar, siendo imposible que la industria humana le hubiese provisto de puente. Averiguada la razón de la tardanza del santo esposo resolvió volver en su busca al Magreb, pero antes de apartarse de aquella tierra de aspecto tan bonancible, rogó á su hijo la colmase de bendiciones. Como tierra no manchada todavía por persecuciones de Jesús, la estancia de la madre y del hijo prestó á la atmósfera innumerables virtudes. Las mujeres misericordiosas que acogieron y regalaron á Jesús, recibieron el beneficio de sus miradas y con ellas un encanto y seducción indefinible; el aliento de la madre y del hijo fecundó la tierra para que produjese frutos copiosos y exquisitos, y la sabiduría no estudiada de María al expresarse con voz dulcísima y regalada comunicó gracia, ocurrencia y sin igual donaire á todos los andaluces. Tornó la Virgen á colocar su almalafa en el suelo y en breves momentos se dirigió á la costa africana. Allí se le ofreció un espectáculo desgarrador y tristísimo. San José yacía desfallecido al lado de su jumento cerca de la orilla del mar, presa de ansias que parecían anunciar el próximo fin de su vida. Los cuidados de la Virgen junto con las miradas de Jesús lograron reanimarle, y después de tomar algunos manjares con que habían obsequiado á María las andaluzas que habían adorado al niño Dios, oyó de boca de su esposa el cuadro de las bellezas y ventajas del suelo de Andalucía.

Para estorbar una nueva separación propuso María á San José que también subiese él sobre su mantilla. Tres veces mandó la Virgen á su manto que los trasladase á España. La tela apenas sentía el peso de San José parecía clavada en el suelo sin moverse de su sitio. Interrogado Jesús por las miradas de su madre, permaneció pensativo. Comprendió San José que no era compatible con su carne mortal participar de aquel beneficio. Como Moisés en otro tiempo ante la tierra de Canaan vió la Andalucía de cerca, pero sin poder penetrar en la bendita tierra de María. Huyendo la sacra familia del gobernador de Tingis, dieron la vuelta á tierra de Egipto. Al llegar á Heliópolis reconocieron á los fugitivos varios vecinos de Matareah, que los contaban por muertos. Los satélites de Herodes que fueron en su persecución habían difundido la noticia en la comarca de haber encontrado en el desierto los cadáveres de un anciano, de una mujer y de un niño. Persuadido Herodes de que había muerto el nacido en Belén, cesó para siempre en sus pesquisas.

Al comenzar el año 1878 viajaba el que escribe estas líneas por el ferrocarril del Mediodía. Llegados á las inmediaciones de Sierra Morena, giró la conversación de los que le acompañaban sobre la ingénita gracia de las aldeanas que se veían en las estaciones, el brillo de sus ojos negros, la esbeltez de su talle y gentileza de su persona. Iba entre nosotros un pintor insigne, honrado con medalla de oro en una exposición extranjera, no siendo pequeño motivo de curiosidad para varios de los viajeros el conocer su modo de pensar y sentir sobre asuntos conexos con el arte. Uno más atrevido que los demás abordó la cuestión de frente y dijo: «¿Creéis, estimado compañero, que Bartolomé Murillo, el generoso artista del misticismo español, aquel que ha depositado su alma en sus cuadros y ha espiritualizado la naturaleza, para que fuese un segundo cielo, hubiera podido idealizar la prosa que desarrolla en nuestros días la vida de los casinos, de los comicios electorales, de la Bolsa y de los ferrocarriles?» Vaciló el laureado en exponer su opinión, pero instado por todos se resolvió á verificarlo, expresándose con un acento de ingenuidad, que parecía revelar una convicción profunda:

– A mi juicio, dijo, sería locura el dudarlo. Escenas de realismo menos tolerables que los objetos nombrados, ofrecían en su edad la intervención de los asentistas que esquilmaban un país empobrecido por las guerras y cada vez más despoblado, el aislamiento y etiquetas de la corte, los castigos aflictivos, la opresión, la ignorancia y el atraso, y sin embargo, lejos de envolverse en ellas el pintor de las Concepciones, mostró la dignidad de su inspiración, elevándose con raudo vuelo, sin que se supiese de dónde procedían sus alas. Murillo, como los grandes artistas, lograba el fin, disimulando la tosquedad de los medios, y de haber representado en nuestros días los efectos del ferrocarril lo hubiera verificado probablemente por medio de un cuadro de familia animado y generoso, no apelando á pintar á este efecto la maquinaria ni el carbón de piedra. La idea de imaginar, por otra parte, medios de rápida comunicación no ha sido peregrina jamás para los poetas ni para los pintores. Pensaron los primeros en la posibilidad de una comunicacion atmosférica, mediante aves domesticadas que trasformó la ficción poética y figurada en caballos alados; los segundos han representado como medios de locomoción para seres superiores la tenue envoltura y movimiento de las nubes. Después de todo, los mantos de armiño con reflejos dorados que aparecen de vez en cuando en la atmósfera, ¿qué son, estimados cual medios de viajar, sino una variante de los recibidos en la leyenda de «La Tierra de la Virgen» inventada por los orientales?

Oía este razonamiento, sin perder una palabra, cierta dama discreta y hermosísima que se sentaba á mi derecha, y tomado motivo de la razón unió sus ruegos á los míos para que el pintor nos refiriese aquella peregrina leyenda. No se hizo rogar el artista, antes bien, como si desease nuestra petición, acogióla con singular complacencia entreteniéndonos agradablemente con el pormenor de su viaje á Matareah y los razonamientos en alabanza de España debidos al alfaquí y al rabino, no sin amenizar la relación, mostrándonos dibujos de trajes y monumentos, según apuntes conservados en su cartera. Al concluir me encargó pusiese la narración por escrito, si así era mi voluntad, para solaz de los aficionados á memorias antiguas, con absoluta prohibición de citar su nombre.

En realidad, no acierto el motivo de tal prevención y tengo para mí que el narrador anónimo se revelará tarde ó temprano con notables pinturas de costumbres orientales, representadas con el pincel ó con la pluma. Al saber que escribo de encargo, espero me perdonarán los aficionados á lo maravilloso, si me he anticipado á exponer el argumento de una obra que, dado á conocer por el verdadero autor sería más de su gusto.

Francisco Fernández González.

MONSTRUO HERMOSO

I

Era en el Carnaval de 1873.

Yo me aburría soberanamente en la capital del Principado, que con ser tan hermosa como ya entonces era, tenía para mí escasos atractivos, por la falta absoluta de afecciones de familia y de amistad y la escasez de relaciones sociales.

Me había llevado allí un asunto entre mercantil y judicial, y las pocas personas á quienes había tenido ocasión de tratar no me hacían formar muy buen concepto del carácter catalán; no ya por lo proverbialmente adusto que es (ó era, ó á mí entonces me lo parecía) sino por el *positivismo* (y dispénsenme la palabra los partidarios de esta escuela filosófica) con que aquellas gentes poco escrupulosas en materias de conciencia y de delicadeza social, trataban todas las cuestiones, así de comercio como de justicia.

Aunque alojado en la mejor fonda de la Rambla, que es como decir la mejor de Barcelona, ningún motivo tenía para estar satisfecho del trato que me daban, sobre todo en la mesa, donde era mucho mayor el aparato que la bondad efectiva del servicio, y muy inferior la calidad al número de los manjares.

Las malas comidas, si no determinaban precisamente malas digestiones, sí que me producían malísimo humor, pues soy de aquellos que tienen en el estómago el más poderoso y seguro regulador del espíritu.

Escasamente comunicativo por naturaleza y variando con bastante frecuencia los huéspedes de la fonda, en términos que á los diez días ya era yo el decano, nunca llegué á hacer amigos, ni aun de esos circunstanciales y someros que suelen crearse en los viajes, en los establecimientos de baños ó en las casas de huéspedes. La fonda, por todas estas razones, se me caía encima, y yo procuraba estar en ella el menos tiempo posible, es decir: sólo para comer y dormir.

Poco aficionado á matar las horas en el café, cuya atmósfera densa me repugna y me hace daño, no siendo socio de ningún círculo, ateneo ni casino; sin conocer más que de nombre las sociedades del *Embut* y la *Caldera*, las horas que me dejaban libres mis asuntos las empleaba, ora en visitar los antiguos y magníficos palacios de varia arquitectura, pero en la que domina el estilo bizantino, escondidos la mayor parte en callejas inverosímilmente angostas, ya en recorrer las anchurosas vías del ensanche, contemplando los soberbios y fastuosos hoteles y palacios de nueva construcción, bien haciendo excursiones á los preciosos pueblecillos de Vallcarca, Puchet, Gracia y demás que rodean á la antigua Barcelona; ó me entretenía viendo las obras del Parque, ó me embelesaba contemplando el mar, y sobre todo el puerto con su animación casi vertiginosa.

Que en estos paseos y entretenimientos tuve más de una aventura amorosa: ¿para qué decirlo? Barcelona es una ciudad en donde abundan las mujeres hermosas y *superabundan* las mujeres galantes; aunque yo no haya sido nunca muy tentado de la risa, era en aquel tiempo joven, tenía dinero, estaba ocioso la mayor parte del día, y, la verdad, si alguna me decía *envido*, yo al punto respondía *quiero*. Género fino, se entiende.

Pero todos estos encuentros fortuitos no dejaban en mi ánimo más huella que sobre la superficie del agua la quilla de un barco cuando sale del puerto.

El fastidio, pues, se había apoderado de mí, y era el aburrimiento mi estado normal.



EN LAS LAGUNAS, cuadro de Francisco Ruben

(Primera exposición anual de obras de arte de todas las naciones, celebrada en Munich en 1889)

II.

No sabiendo qué hacer de mi cuerpo, después de haber pasado la noche en el teatro Romea, algo aturdido por el accidentado traqueteo de una versificación indígena cuya significación en vano me esforzaba por comprender, pasé por delante del Liceo, en cuyos carteles ví anunciado gran baile de máscaras. Recordé que era aquel día jueves gordo y dí por resuelto el problema de retrasar por algunas horas el para mí repulsivo momento de tenerme que ir á la fonda.

Aunque no era más que media noche, tomé billete y penetré en el vasto y magnífico salón de baile. La animación empezaba á ser grande: las voces destempladas y chillonas de innumerables mascaritas y de unos cuantos mascarones, llenaban el espacio con un ruido confuso y atronador. Dando y recibiendo encontrones, dí dos ó tres vueltas por el recinto, hasta que pude atrapar un asiento en uno de los divanes.

Durante cosa de media hora, ví con los ojos medio entornados, pasar por delante de mí como visión fantasmagórica, figuras encantadoras, disfraces abigarrados, tipos ridículos, parejas amarteladas, cuadrillas alborotadoras, valsadores desenfrenados, bastoneros concienzudos; hombres graves, más aburridos que yo; jóvenes ebrios, más de vino que de placer; todo el contingente, en fin, variado y tumultuoso de un baile de máscaras.

Perdido entre tanto bullicio y tanta confusión, ni nadie se acordaba de mí, ni yo pensaba en nadie, cuando vino á sentarse á mi lado una mascarita, mejor dicho un joven... ó más bien una joven vestida de hombre, con su sombrero *clake*, su camisa de batista con cuello alto, su corbata blanca, su chaleco abierto, su pantalón *collant*, y su *monocle*.

No llevaba careta: su rostro era de una beldad perfecta y de una frescura de capullo. Llevaba los cabellos recogidos con arte tal, que parecían cortados á usanza varonil. Andaba con gracioso desembarazo y llevaba metidas ambas manos en los bolsillos del pantalón, conservándolas así aun después de haberse sentado. Nadie la acompañaba.

Su llegada fué como un soplo de brisa que disipara mi soñolencia... Me incorporé, afiancé mi sombrero, atuséme el bigote y me puse á contemplar y considerar aquel raro conjunto de belleza y virginalidad, con el descaro de quien cree estar seguro de ciertas facilidades de relación.

La joven que fumaba tranquilamente un pitillo, no pareció advertir mi movimiento, y desde luego no hizo caso alguno de mí. Para llamar su atención y tener un pretexto de entablar diálogo, saqué de mi petaca un emboquillado y la pedí fuego.

Hizo ella un movimiento de sorpresa al oir mi voz, como si sólo entonces hubiese advertido mi presencia, y volviendo hacia mí su rostro, aunque hermoso, ligeramente severo, alargó los labios con el pitillo, como invitándome á que lo cogiese yo; así lo hice, y cuando se lo devolvía, quedé suspenso al ver que, sin pronunciar palabra, ni sacar las manos de los bolsillos, bajaba un poco la cabeza y volvía á alargar sus sonrosados y finos labios en demanda del cigarro que hube de colocarlo yo mismo en aquella preciosa boca, cuyo aliento me hizo cosquillas en la mano y me abrasó al mismo tiempo el corazón.

Volvióse á quedar tan tranquila después de esta escena muda, pero teniendo ya en cuenta que yo estaba allí, reclinó ligeramente su cuerpo sobre el respaldo del diván, adoptando un continente de correctísima urbanidad.

– ¿No baila V.? la pregunté.

– No.

– Es muy original la idea de ir vestida de hombre y sin mascarilla, pero hay que confesar que hace V. bien por dos razones: la primera, porque sería una lástima privarnos de la contemplación de una belleza tan perfecta como la de V; y la segunda, porque el disfraz le sienta á V. á maravilla y no he visto en mi vida otra mujer que lo vista con más donaire.

– Es V. muy galante, pero pierde el tiempo. – Y al decir esto, una fina sonrisa animó sus labios, libres ya del cigarrillo que había escupido hacía un instante.

– No lo considero yo así, la contesté: nunca he pasado rato más á gusto, ni por consiguiente mejor empleado, que desde que la he visto á V.

– En tal caso, siento decirle á V. que aun ese gusto se le va á acabar, porque me marcho.

– La seguiré á V.

– Imposible. Buenas noches.

Y antes de que yo hubiese podido darme cuenta se perdió entre el torbellino, favorecida en su fuga por el confuso revoltijo que en aquel preciso momento producían las parejas que bulliciosamente corrían á formar los cuadros de un inmenso rigodón preludiado por la orquesta.

III.

En vano busqué á mi bella desconocida: á pesar de mi vista de lince y de mi agilidad, puestas ambas en juego con inusitado interés, no me fué posible descubrirla, ni en el salón, ni en los pasillos, ni en el restaurant, ni en ninguna parte. Eran las tres de la madrugada, cuando mohino y cabizbajo me encaminé á mi solitario y helado cuarto de la fonda, que aquella noche me pareció más triste que nunca.

Costóme mucho conciliar el sueño: la imagen de aquella encantadora mujer, la dulzura de su voz, la figura y elegancia de sus movimientos me habían causado una impresión profunda. Quizás contribuía á preocuparme, y no poco, el chasco que me había llevado en el juicio que de ella formé á la simple vista y con el atolondramiento propio del que, como yo, sin serlo, se juzga *hombre de mundo.*

Además mi amor propio se sentía herido. ¡Qué poco caso me había hecho! ¿Le habría parecido feo, ó cursi, ó fatuo, ú ordinario, ó facha? No podía ser: ¡si apenas me había mirado!

¿Y aquella rareza de tener las manos siempre metidas en los bolsillos? Deseando encontrar una explicación á este detalle y al mismo tiempo, allí en el fondo, vengarme de sus desaires, pensé: las tendrá feas, de seguro.

Me desperté ya muy adelantado el día. La mesa redonda ya se había servido y tuve que almorzar *extra*, pagando suplemento, por no quedarme sin comer.

Menos que los asuntos que me habían llevado á Barcelona y que estaban atravesando uno de esos períodos de forzosa tregua que impone la tramitación, tanto en los asuntos administrativos como en los judiciales, me ocuparon desde aquel día los pensamientos relativos á la incógnita del baile y el interés de encontrarla. No puedo asegurar si lo que en mi pecho se levantaba con fuerza avasalladora era amor, ó sólo deseo, pasión ó capricho; pero lo que sí aseguro es que todo mi ser se hallaba penetrado de aquel movimiento afectivo y que hasta mi salud llegó á resentirse.

Yo parecía un loco buscando por todas partes á la joven del frac. En un mismo día recorría los paseos más distantes, yendo del uno al otro dos y tres veces consecutivas: de la Rambla á Gracia, de Gracia al Parque; volvía por muralla de mar á la Rambla; de allí al paseo de Gracia, y vuelta al revés, otra vez por la Rambla y la muralla al Parque.

Algunas veces me ocurría súbito la idea de si podría estar en alguna torre de San Gervasio ó Sarriá, y tomaba el tren y me pasaba el día recorriendo aquellos deliciosos sitios. Volvía rendido, descorazonado; me aseaba, comía y á las pesquisas nocturnas. En una noche recorría todos los teatros, pasando de uno á otro en cuanto me convencía de que no estaba en los que había visto la mujer á quien buscaba.

¿Sería devota? No dejé desde que esta idea me ocurrió, de recorrer ni un solo día todas las iglesias de Barcelona.

Volví á mi primitiva idea: ¿sería mujer galante? Con el fin de averiguarlo volví á acercarme, ó más bien, á hacerme asequible á las nocturnas aventureras de quienes huía desde que conocí á la de las manos en los bolsillos. Nada: no pude averiguar nada. Nadie la conocía.

Dos meses pasaron de esta suerte, y ya desesperanzado me iba resignando á considerar como un ensueño mi encuentro del baile del Liceo y empezaba á disponerme para regresar á Madrid, casi terminados ya mis asuntos en Barcelona, cuando una noche, saliendo de hacer algunas compras en casa Bach, ví cruzar por la acera de enfrente á una señora de edad, severamente vestida de negro, y á un joven, casi un niño, que con ella iba, llevando sombrero hongo y un sobretodo de color claro. La belleza del muchacho y la circunstancia de llevar las manos metidas en los bolsillos del abrigo, fueron para mí un rayo de luz; el corazón me dió un vuelco y sentí que un ligero escalofrío recorría todo mi cuerpo.

Avancé por la acera de mi lado hasta ponerme á la altura de aquella pareja, y procuré cubrirme con los transeuntes que iban y venían por mi misma acera, conservando yo tenazmente el lado de la pared, para evitar que mi adorada incógnita (si era ella) me viese, temeroso de que, como la otra vez, se me escabullese entre el gentío. Sigue



LA CABRA NODRIZA, cuadro de Nicolás Cannicci, grabado por Centenari



CROQUIS TOMADOS EN LAS PROVINCIAS SEPTENTRIONALES DEL BRASIL, por J. Steains

1. Joven mestizo. – 2. Un mozo de *trapiche*. – 3. Ingenieros improvisados en el ferrocarril de Alagoas. – 4. Una *carroca* ó carro del país. – 5. De camino. Modo de aprovechar las botas. – 6. *Jangada* ó catamarán. – 7. Lavandera.

ron hasta la Rambla, y allí tomaron por la acera de la izquierda, llegando al pasaje Bacardí por donde penetraron en la plaza Real. Yo las seguía á corta distancia, la suficiente para que no advirtiesen mi persecución y la justa para no perderlas de vista. Como se habían detenido ante algunos escaparates y allí la luz les daba de lleno en el rostro, pude contemplarlas á mi sabor y convencerme de que, con efecto, mi primera impresión no me había engañado, y era aquella la mujer á quien con tanto ahinco había estado buscando.

Dieron, es decir, dimos una vuelta por los arcos ó soportales de la plaza, y tomando luego por la calle del Vidrio, salimos á la de Escudillers, pasando luego á la de la Condesa de Sobradiel, en una de cuyas puertas se entraron. Mientras dejaba pasar el tiempo que juzgué necesario para que llegasen á su habitación, estuve considerando la casa que era de muy buen aspecto y revelaba en los inquilinos que la ocupasen una posición, más que desahogada, brillante.

Entré en el portal, y pregunté al portero:

– ¿Ha visto V. entrar á una señora y un joven que acaban de llegar?

– Sí, y no: esa señora y ese joven, son dos señoras.

– Bueno, ya lo sé: ¿viven aquí?

– Segundo derecha.

– ¿Cómo se llaman?

– Pregunta V. más de lo que me creo en el caso de decirle.

Para dar á mi curiosidad un aspecto decoroso y caballeresco, saqué del bolsillo un Amadeo y se lo di al discreto guardián.

– No crea V. que pregunto con ningún mal fin: me interesa vivamente conocer el nombre de *ese joven-señorita*.

– ¡Ah! entonces (guardándose el duro) muchas gracias: diré á V., la señorita se llama Juana, es huérfana, muy rica, vive con la señora mayor que es una tía suya, de pocos medios, y se ayudan: la una paga, la otra da sombra á la casa. Muy buenas personas. No reciben á nadie...

– Yo necesito hablarla: voy á subir.

– Suba V., pero es inútil: no le recibirán.

– Probaré.

Y sin más preámbulos, me lancé escalera arriba, llegando casi sin alientos, más que por el cansancio por la emoción, al segundo piso, derecha. Llamé con mano trémula.

– ¿Quién? preguntó una voz atiplada.

– ¿La señorita Juana?

– ¿Qué desea V.?

– Hablar con ella.

– No recibe.

– Diga V....

– No recibe

Y cerrando de golpe el ventanillo que para sostener este diálogo había abierto, me dejó plantado en el descansillo, corrido, contrariado, y encendido el rostro, no sé si de cólera ó de vergüenza. Bajé pausadamente la escalera, deteniéndome de cuando en cuando, y dirigiendo mis miradas hacia donde estaba la puerta fatal, dudando si volvería á insistir, y pesaroso de alejarme de allí, abandonando la empresa á la primera decepción.

Pasé por la portería en ocasión en que el portero no estaba, y esto me ahorró una humillación. Paseéme un buen rato por la acera de enfrente de la casa, subiendo y bajando la cuesta, en la esperanza de ver abrir algún balcón, escaparse algún rayo de luz, cruzar alguna sombra que me revelase algún acto de la vida íntima de aquella mujer misteriosa.

En medio de todo, sentía una viva satisfacción. ¡Era honrada! Era rica: no era una cualquier cosa. Pero ¿y sus manos? Tentado estuve una vez de entrar á preguntar al portero sobre esta circunstancia, pero me dió como vergüenza: parecióme que iba á cometer así como una acción indigna. Preferí quedarme en la duda, hasta que ella misma me revelase el secreto. Sí; yo conseguiría llegar hasta ella, y conquistar su corazón.

Embebido en estas ideas que habían acabado por tomar un tinte risueño, volví á la Rambla, y percatándome de pronto de que iba cargado con las compras que había hecho, como quiera que en aquel instante pasaba por delante de la fonda, metíme en ella y subí á mi habitación.

No eran más que las diez, pero resolví no volver á salir. Se había vuelto á apoderar de mí por entero el pensamiento de aquella mujer divina, y me ofendía todo lo que me pudiese distraer de él. ¡Me era tan grato!

¡Juana! Ya sabía su nombre: no era muy novelesco por cierto, pero sin embargo, bonito. Juana! Juanita! Y mentalmente pensé en todas las Juanas que pude recordar, para convencerme á mí mismo de que ese nombre le llevan también damas de la más elevada aristocracia, de la más alta distinción en el mundo elegante, y hasta mujeres que han ceñido corona.

Doña Juana la Loca, pensaba yo: que enloqueció de amor por su marido: ¿si será de Juanas el amar mucho? E involuntariamente acudió á mi memoria aquel romance que empieza: «Las Marías son muy frías...;» pero como lo conocía sólo de haberlo oído cantar alguna vez por la calle á los ciegos, no pude dar con la cualidad que el *poeta* había atribuído á las Juanas, y ni aun estuve seguro de que se ocupase de ellas. Renunciando, pues, á adivinar por el nombre la predisposición amorosa de mi amada, me pareció más práctico procurarme una entrevista con ella por medio de una carta.

Y, manos á la obra: aun no había acabado de formular en mi mente esta proposición, y ya mi voluntad había hecho á mi mano asir una pluma, mojarla en el tintero y ponerla sobre el papel.

No recuerdo lo que escribí: lo que sé es que sólo puse una carta, que no tuve que rasgar ningún pliego de papel, ni corregir ninguna frase. Procuré ser breve, conciso, claro y enérgico, cual un Tácito del amoroso estilo epistolar, y supongo que lo conseguí, cuando al presentarme al día siguiente á las tres de la tarde en la casa de la cuesta de Sobradiel, sin necesidad de dar mi nombre fuí introducido por la doncella de la voz atiplada en un precioso gabinete amueblado con el más exquisito gusto y la más extremada coquetería.

Hallábame contemplando con el placer de un inteligente (por tal me tengo) un hermoso cuadro de Urgell, cuando un ligero ruido de faldas me hizo volver la cabeza.

Era Juana: vestida de mujer estaba doblemente hermosa; la belleza de su rostro aparecía realzada por el contraste de la blancura mate de la tez con el oscuro castaño brillante de una cabellera sedosa, fina y abundante, difícilmente esclavizada por trenzas y horquillas en un caprichoso peinado de última moda.

Vestía una elegante bata de casimir con un delantero de encajes, y sobre sus hombros una especie de esclavina ó manteleta de crespón adornada con lazos de raso. Aunque no he estado nunca muy versado en esto de atavíos mujeriles, parecióme algo extravagante la tal manteletita, pero no llegó á grabarse en mí esta momentánea impresión, porque todas á la vez cedieron y se borraron ante el encanto y la suprema emoción que me produjo ver por fin, afable, sonriente, benévola, y casi afectuosa conmigo, á aquella hermosa mujer por la cual tanto había sufrido, y que, rindiéndose á mi primera súplica, accedía á recibirme en su propia casa.

Yo no sabía qué decir: limitéme por de pronto á un ceremonioso saludo que prolongué de intento por ver si entre tanto me ocurría alguna frase feliz, y sentía ya lo ridículo de mi situación, cuando oí la voz de ángel de Juana que me decía, dándome el ejemplo:

– Tome V. asiento.

– Señora...

– He recibido su galante carta, y aunque sé apreciar en lo que valen esas obligadas fórmulas de la cortesía, me creo en el deber de dar á V. las gracias por las lisonjas que me tributa.

– No son lisonjas, señora: y puedo jurar á V. por mi honor, que no he expresado ni un solo pensamiento que no tenga su raíz en mi corazón, y que lo difícil para mí ha sido contener el impulso de mi sentimiento que me arrastraba á mayores alabanzas, siempre inferiores, sin embargo, al mérito real de V.

– Dispense V. que le diga, amigo mío, que usa usted un lenguaje demasiado hiperbólico para que lo crea sincero.

– Puede que tenga V. razón, señora, y hasta me temo estar haciendo un papel ridículo á los ojos de V. No es mía la culpa: crea V. que no he pensado siquiera en escoger mis frases: han salido así, precisamente por la violencia que me he estado haciendo para no decir de golpe lo que constituye el objeto principal de mi visita; pero, puesto que mi torpeza la hace á V. dudar de mi sinceridad, voy á desvanecer sus dudas. No extrañará V. que sienta cuanto la he escrito y cuanto la acabo de decir, cuando sepa que la amo, que...

Una franca, pero cortés y graciosa carcajada, algo como la risa de un niño y la alegría de un pájaro, interrumpió mi arranque, y me hizo volver á mi asiento, del cual ya casi me había salido en actitud de semiflexión.

– Dispense V. que me ría, y no se ofenda, dijo con voz todavía llena de risa; me ha sorprendido tanto esa súbita pasión...! Es esta una materia en la que no concibo las improvisaciones.

– ¿Y quién dice que mi amor por V. sea una improvisación? Recuerde V. el tiempo que hace que tuve el gusto de verla por vez primera; aquella noche dejó V. en mi alma la semilla del afecto que, tomando origen en la admiración de su sorprendente belleza, se ha convertido por la reflexión, por el deseo siempre burlado, por los atractivos de la imaginación durante la ausencia; por el vencimiento de la fantasía á la reaparición de la realidad, muy superior á cuanto aquélla había engendrado; por mil otras causas que yo he experimentado, pero que no acierto ahora á enumerar, en un amor firme, sólido, duradero, eterno. Sí; yo siento aquí dentro, en lo íntimo de mi pecho, la profundidad de este amor que es el primero que he sentido de verdad en mi vida, el único que he de sentir hasta que muera.

– Hágame V. la justicia de creer que no es la primera vez que oigo ese lenguaje, y hasta que he tenido ocasiones repetidas de acostumbrarme á él, en términos que ya no me produce ningún efecto.

– Imposible, señora, imposible que otro alguno la haya amado á V. ni la pueda amar con la fuerza, con la violencia con que yo la adoro.

– Verá V., verá V.; y le ruego que no me interrumpa. La primera vez que escuché declaraciones análogas á las que V. acaba de hacer, – no tan discretas ni tan retóricas, lo confieso; se conoce que es V. maestro; – la primera vez, digo, quedé yo misma impresionada y enternecida, llegando á interesarse mi corazón de suerte que, al venir el desengaño, abrió en él ancha herida que tardó mucho tiempo en cicatrizarse. Pero aquella pena me sirvió de escarmiento para el porvenir, y su recuerdo ha sido desde entonces como una coraza con que he defendido mi pecho de los tiros del ciego dios. Yo he jurado no entregar mi corazón sino al hombre que me demuestre bastante grandeza de alma para amarme no por mi cuerpo, sino por mi espíritu. ¿Le conoce V. acaso? ¿Ha tratado siquiera de investigar lo que existe debajo de esta envoltura carnal, en que V., como todos, cifra, por lo visto, la suma de la belleza digna del amor?

– ¡Oh! no diga V. eso: la cara es el espejo del alma, y una cara de diosa, un cuerpo de hada, han de ser, forzosamente, la cárcel de un alma escogida, de un talento privilegiado, de un corazón de oro.

– Todo eso no pasa de ser pura retórica, y aun, si usted quiere, algo de poética, un poco trasnochada; pero en el fondo, ni lógica, ni seriedad.

– Juro á V....

– No jure V. nada, y déjeme concluir: tomada mi resolución tracé mi plan, y lo he seguido constantemente. Empiezo por no fiarme de ningún amante improvisado: usted no me ha visto más que una sola vez, no habló conmigo en ella ni media docena de palabras; las circunstancias en que me vió no fueron las más á propósito para formar buen juicio de mi modo de ser: ¿qué pudo, pues, impresionarle y seducirle á V.? Sólo mi físico, sólo la parte carnal, la que excita no los afectos, sino las concupiscencias...

– Protesto, señora, de la pureza de mis pensamientos!

– Vuelvo á rogar á V. que no me interrumpa, porque sino, nunca acabaremos. Repito que están Vds. cortados todos por el mismo patrón, y que, filigrana más ó menos, lo mismo que V. me dice me han dicho antes otros muchos, y las mismas protestas é idénticos juramentos he oído de todos ellos. He renunciado, pues, hace mucho tiempo al amor de los hombres, y me he refugiado en el amor á las artes, y hasta estoy por decir de las artes, pues vistos los inefables placeres que proporcionan á mi alma, me inclino á creer que la mitología fué una verdad, y que las musas pagan con su amor el culto que se las rinde.

– ¿Y si encontrase V. un hombre que la demostrase que su amor era eminentemente platónico? dije yo, observando que hacía una pausa.

– ¡Ah! entonces lo pensaría. Pero estoy segura de que nadie resistiría á la prueba. Todos, hasta ahora, se han rendido al ser sometidos á ella.

– ¡Oh! exclamé yo triunfante. ¿Ve V. cómo nadie ha sentido por V. la vehemencia amorosa que á mí me embarga? A la prueba del agua, á la del fuego, á todas las torturas de la Inquisición sabría yo resistir antes que renegar del amor que V. me inspira.

– Nada de agua, ni de fuego, ni de hierro, ni de Inquisición. Es una prueba que podríamos llamar la prueba de la luz.

– Me someto á ella desde luego.

– Le estimo á V., me ha sido V. simpático, creo que podríamos ser amigos; me parece que debe de ser V. artista, ó por lo menos aficionado al arte; cuando entré, se hallaba V. contemplando una obra maestra de Urgell. ¿Por qué romper unas relaciones que llevadas por buen camino pueden ser duraderas?

– Más duraderas serán si V. me otorga su amor.

– Pide V. lo imposible.

– Venga la prueba.

– No; quiero ahorrarle á V. una decepción, y quizás un verdadero dolor.

– No puedo sentirle mayor que el de verme despreciado por V.

– Quiero ahorrarle á V. la vergüenza de sentirse débil y desfallecer ante la prueba.

– Mayor vergüenza y desdoro es huir ante la sola amenaza del peligro.

– No insista V., y permítame que me retire.

No: de ningún modo.

Pero al pronunciar sus últimas palabras, Juana se había puesto en pie; y haciéndome una afectuosa reverencia, se disponía á salir. Yo, verdaderamente conmovido, y temeroso de verla desaparecer de mi vista, quizás para siempre, intenté detenerla, cogiéndola, es decir, buscándola una mano para cogérsela, pues durante toda nuestra conversación ella las había conservado ocultas debajo de su manteleta, cuidadosamente cerrada sobre el pecho.

Tratando, como digo, de cogerla una mano, hube de hacer presa en el crespón de la manteleta, al mismo tiempo que, inadvertida Juana de mi movimiento, daba los primeros pasos hacia la puerta. Yo me puse bruscamente en pie, y sin querer, sin saber lo que hacía, tiré de la esclavina, cuyo nudo saltó, quedándose aquella prenda colgando de mi mano y replegada sobre la alfombra.

Al sentirse así despojada, dió Juana un grito, y colocándose rápidamente en el centro del gabinete, púsose frente á mí, contemplando con aire entre doloroso y burlón mi estúpida actitud de sorpresa, de decepción, y casi diré de espanto.

Juana no tenía brazos: este defecto de nacimiento, que disimulaban cuando iba vestida de hombre, unos brazos postizos, había estado oculto durante nuestra entrevista por la manteleta de crespón.

Aunque su belleza seguía resplandeciendo como antes, aunque su talle era esbelto, aunque todas las proporciones de su cuerpo eran escultóricas, la carencia de aquellos miembros daba al conjunto un aspecto raro, fenomenal, monstruoso. Sobre todo la primera inesperada impresión era fatal: no había nada en aquel momento que atenuase el horror que producía la vista de aquella especie de mutilación.

El ánimo quedaba sobrecogido, la voz expiraba en la garganta, la lengua se pegaba al paladar. Inútil buscar excusas; no acudían á la mente. Yo sentía lo ridículo, lo falso de mi posición; yo sentía la mirada de Juana pesando sobre mí, haciéndome un mundo de reproches, y

no me atrevía á mirarla. Con la vista clavada en el suelo, repasaba uno por uno todos los reparos con que ella había querido contrarrestar mi pertinaz empeño de someterme á *la prueba de la luz;* ahora ya sabía en qué consistía, y en verdad que era tremenda.

Pero yo era caballero; yo me había alabado de tener valor suficiente para resistir la prueba, y no podía quedar bajo la pesadumbre de una justa imputación de cobardía. Me decidí, pues, y haciendo un violento esfuerzo, alcé los ojos, y procurando que el resplandor de la hermosura del rostro no me dejase ver la fatídica silueta del tronco sin brazos, exclamé:

– Señora, la natural sorpresa me ha sobrecogido, pero al fin triunfa mi amor. Tenía V. razón; yo necesito un plazo para acostumbrarme á ver mutilada la obra más perfecta de la creación. Al cabo será V. mi Venus de Milo, con ojos que abrasan, boca que sonríe y corazón que siente.

Y sin esperar su respuesta, saludé profundamente y salí más que á paso, aturdido, loco, anonadado. Corrí á la fonda y me metí en cama. Tuve calentura, delirio... y al día siguiente salí de Barcelona, donde no he vuelto á poner los pies, temeroso de encontrarme por la calle á la mujer sin brazos.

VICTOR NAVARRO



M. PÉGUILLOU

LA FUERZA DE LA COSTUMBRE

Prodújose en el jurado un movimiento de curiosidad cuando M. Péguillou se dirigió al banco de los testigos para declarar en contra del acusado, porque no era costumbre verle hacer el papel de acusador.

En este mismo tribunal había resonado su voz más de cien veces para defender á tunantes de todas categorías, y para disculpar los más espantosos atentados, en períodos palpitantes de emoción. Era la providencia de los malhechores, descubría en los asesinos virtudes invisibles á la simple vista, y tenía la especialidad de hallar circunstancias atenuantes en los parricidas.

Porque M. Péguillou es una de las glorias de nuestro foro, y su nombre figura en casi todos los grandes procesos criminales. Desde el día en que hizo absolver á una lavandera que se deshizo de su hijo, cociéndole vivo en una sartén, su fama es universal, y los asesinos se agarran á él.

Es un *virtuoso* de la palabra: el Paganini de la defensa, y tiene la pasión y hasta la convicción de su arte.

Por medio de una óptica particular ha llegado á no ver los forajidos más monstruosos, sino á través del prisma de la abogacía. Para él un crimen no es un crimen: es una causa.

Cuando acontece uno de esos sucesos sangrientos que aterrorizan á la opinión, M. Péguillou se olvida de compartir la indignación general, y sólo considera el lado profesional del asunto. Al primer golpe de vista, con maravillosa intuición, hácese cargo de los puntos explotables para la defensa, de las dudas que debe hacer resaltar en el criterio de los jueces, y de los efectos patéticos de que echar mano, y sobre este primer objetivo, su inspiración le sugiere admirables deducciones. Teatral más que todo, fíjase especialmente en los golpes de escena.

Por lo demás, todo su contingente de compasión le reserva para los delincuentes. Las víctimas le son indiferentes, ó más bien las considera como enemigos, basándose en que en todo crimen existe algo de culpa por parte de la víctima, aunque sólo sea por la tentación que suscita en el culpable.

M. Péguillou procede por emoción y triunfa por enternecimiento. Su acento grave, caluroso, musical, tiene inflexiones conmovedoras. Sus ojos se humedecen; su fisonomía, de una movilidad irresistible, produce escalofríos en el auditorio, y en ciertos períodos se hace contundente; primero es rumor lejano y después trueno acompañado de relámpagos.

Nadie consigue como él trazar los punzantes cuadros de la miseria, evocando el espectro del hambre:

¡Pobreza, pobreza, eres una cortesana!

Acusa á la sociedad de ser la única responsable del crimen de su cliente, conmina á los jueces con remordimientos eternos y extiende convulsivamente los brazos, exclamando: «Piedad para este desgraciado! Piedad para esta lamentable víctima de la suerte!» Esto conmueve las entrañas, óyense ahogados sollozos, las señoras se desmayan, los jurados se enjugan los ojos, el tribunal siente picazón en los párpados, y hasta el mismo fiscal se suena con estrépito.

Y no es ciertamente que M. Péguillou represente una comedia. No, sino que se deja influir por las razones que invoca, se penetra de ellas, se embriaga, y cuando el resultado no corresponde á sus esfuerzos, siente el doloroso estupor del hombre que ve condenar á un inocente...

¿Y era él, el mismo M. Péguillou, el que se presentaba á confundir con sus acusaciones á un desdichado padre de familia inducido al robo por la necesidad?

He aquí lo sucedido.

Dos meses antes, una noche en que el abogado estaba en su cama vestido, pensando en una vista de causa del día siguiente, oyó ruido en su gabinete; levantóse precipitadamente, abrió bruscamente la puerta y se encontró á un individuo ocupado en forzar su gaveta. Echóse de un salto sobre él, derribóle en tierra, y le oprimió el cuello con sus robustas manos.

– ¡Perdón, caballero! – balbuceó el miserable. – ¡Tengo cuatro hijos!

– Convenido, – gruñó M. Péguillou, atándole los brazos atrás con un cordón.

Luego, vistiéndose de prisa, repuso:

– Vamos, anda delante. Si haces un solo movimiento te ahogo.

Y después que hubo dejado en la prevención al ladrón, volvió á acostarse tranquilamente.

Tentativa de robo con fractura, de noche y en casa habitada. Flagrante delito. Instruyóse el sumario en un abrir y cerrar de ojos, y se puso en disposición de pasar al jurado.

M. Péguillou, citado como único testigo de cargo, sentíase mal y estaba furioso; porque la cosa no era para menos. Un acusado digno de interés, de buenos antecedentes, viudo y con cuatro hijos que mantener, he aquí todo. Con la circunstancia además de que las informaciones le presentaban como trabajador, arreglado y laborioso. Pero habiéndole faltado ocupación, faltóle el pan á él y á sus hijos, y todo el honrado pasado del pobre hombre se había derrumbado en el abismo de la miseria.

¡Oh! sí. M. Péguillou estaba furioso, no porque sintiera compasión hacia aquel desgraciado, sino porque lo ridículo de su situación le saltaba á la vista. Por otra parte, pensaba en el partido que como abogado podría sacar de esta causa: ¡qué magnífica querella en perspectiva! ¡qué soberbia absolución que obtener! Nunca se le había presentado una ocasión semejante para tronar contra la sociedad, esta madrastra, y de hacer derramar torrentes de lágrimas, gritando en tono trágico:

«¡No, vosotros no condenaréis á este hombre, no podéis hacerlo, yo os lo prohibo!»

Todo, hasta los cuatro hijos del acusado, contribuía á hacer excepcional esta causa.

M. Péguillou había tenido muchas veces ocasión de observar la influencia del número cuatro en la sensibilidad de los jueces, aunque por otra parte el efecto pierde un tanto de intensidad, considerando que el padre de familia ha obrado demasiado á gusto, abusando de la procreación. Sin embargo, cuatro hijos es la cifra clásica del enternecimiento.



Sólo una cosa atenuaba la satisfacción de M. Peguillou, y era que este proceso incomparable había caído en manos de su compañero M. Cardevois, abogado sin autoridad, sin talento – un parlanchín. Afortunadamente, con semejante defensor, el acusado estaba seguro de sólo atrapar una condena de cinco años, lo cual era un consuelo. M. Cardevois iba á diser tar torpemente, cuando se trataba de conmover, elevándose por todo lo alto á las cimas de lo patético. ¡El animal! Ni siquiera sabría sacar partido de los cuatro hijos.

Y encogiéndose de hombros al suponer lo que diría su compañero, M. Peguillou rumiaba lo que él iba á decir. Esta querella le preocupaba como una obsesión, sentíase desvanecido y vibraba interiormente.

Mas, como irónico contraste al fracaso de la defensa, él veíase reducido á contestar á las preguntas banales del presidente, cuando le dijera con enérgica voz:

«Decid lo que sepáis.»

¿Lo que sabía? ¡Caramba! esto era bien sencillo y no se necesitaba mucho tiempo para hacer el relato...

Llegó el momento de la Audiencia.

En el banco de la defensa M. Cardevois tomaba notas sentenciosamente, y detrás, sentado entre dos gendarmes, el acusado sollozaba tapándose con su pañuelo.

El presidente insistió, tendiendo á precisar:

– ¿De suerte que eran las tres de la mañana?

– Sí, al rededor de las tres, señor presidente.

– ¿El acusado se introdujo en la habitación por medio de ganzúa ó de llave falsa?

– Lo ignoro.

– ¿Decís que se hallaba en actitud de forzar vuestra gaveta?

– Quizá haya podido equivocarme.

– Pero ¿le habéis sorprendido en el momento en que cedía la cerradura?

– Me parece Estaba yo medio despierto.

M. Péguillou sentíase cada vez más embarazado; hubiera deseado hallarse á cien leguas, multiplicaba las reticencias y se esforzaba en tender un puente de salvación al acusado.

El presidente repuso imperturbable:

– Vuestra primera declaración no deja ninguna duda respecto á este particular.

– Un error se comete pronto, señor presidente, y se es menos afirmativo al considerar que la suerte de un desgraciado puede depender de una palabra imprudente.

– En fin, la fractura está probada.

– Lo que está probado, señor presidente, es la miseria que extraviaba á este padre de familia, hasta entonces irreprochable. Lo que está probado es que tiene cuatro hijos pequeños de los que es único sostén.

La voz de M. Péguillou se ahogaba, con el temblor precursor de los que vuelan alto. No pudo contenerse, y continuó con gran explosión:

– ¿Sabéis, señores, lo que es tener cuatro hijos que lloran de hambre? ¿cuatro pequeños seres, con las mejillas hundidas, con los ojos encendidos por la fiebre? ¡Os hacéis cargo de la espantosa tortura de ese padre, que los estrecha en sus brazos, desatinado, desesperado, próximo á la locura, no hallando siquiera como el ave marina, de que habla el poeta, el supremo recurso de darles por alimento la carne y la sangre de sus entrañas!...

Influído por el demonio profesional, M. Péguillou perdió la conciencia de su papel de testigo. La realidad se desvanecía ante él, y se creía en el banco de la defensa, volviéndose por lo tanto hacia el jurado y levantando, por un movimiento habitual, las ausentes mangas de su toga.

Estuvo admirable, sublime. Durante tres cuartos de hora tuvo al estupefacto auditorio pendiente de sus labios. Se dirigió al acusado, exclamando en una peroración palpitante:

«¡Poneos en pie, desgraciado padre; mostrad vuestro rostro que la angustia y la desesperación han surcado de arrugas llenas de abrasadoras lágrimas; levantaos en presencia de estos que van á ser vuestros jueces, para que vean si es el rostro de un culpable á quien es necesario castigar, ó el de un mártir á quien es preciso compadecer!» – Una emoción indecible se produjo de uno á otro lado de la sala. Según unánime opinión, jamás M. Péguillou habíase elevado á semejante altura.

El ministerio público, desconcertado, replicó tibiamente, no oponiéndose á la admisión de circunstancias atenuantes.

Cuando llegó su turno al defensor, cuyo aspecto sería imposible delinear, M. Cardevois se limitó á decir con acento ahogado por la cólera:

«Supuesto que mi eminente compañero se ha dignado apoderarse de una causa que me estaba confiada, no me queda más que sentarme, después de haberle expresado mi humilde y profunda sorpresa.»

El voto de absolución fué unánime.

Pero he aquí una absolución que M. Cardevois no perdonará jamás á «su eminente compañero.»

CH. GILBERTO MARTIN



MONUMENTO ERIGIDO EN DUSSELDORF A LA MEMORIA DE ENRIQUE HEINE

Modelado por Ernesto Herter

JUZGAR POR LAS APARIENCIAS

I.

Vivía en cierta aldea de Aragón un honrado labriego que tenía un perro para guardar su casa.

Atacado este animal de hidrofobia, antes de que nadie pudiera notar su enfermedad, se manifestó rabioso mordiendo á su amo, que entre horrorosos é indescriptibles sufrimientos murió pocos días después.

La noticia y detalles de su muerte produjeron naturalmente en el lugar gran pánico y gran azoramiento, porque aunque se había ya dado muerte al perro hidrófobo, quedaba el temor de que se hubiera contagiado la enfermedad á los demás animales que tenía en su casa el desgraciado labriego. ¡No eran estos temores infundados!

Quiso la casualidad que pocos días después fuese también mordido por su perro un vecino de la misma calle, y naturalmente él y todos temieron que también estaba hidrófobo este segundo perro; y por consejo del médico y disposición del alcalde, quedó el animal de observación, encerrado en una jaula que colocaron en el patio de la misma casa.

Se pasaron dos semanas sin que en el perro apareciese síntoma alguno de hidrofobia; efectivamente hasta aquel entonces no había contraído ni por contagio ni espontáneamente tan terrible enfermedad.

II.

Había sin embargo sucedido, sin que de ello tuviera nadie noticia, que el primer perro (el verdaderamente hidrófobo), el mismo día en que mordió á su amo mordió también á un gato de la vecindad y este más tarde (una vez hidrófobo) andando de aquí para allá fué á dar en el patio donde el perro sano estaba de observación.

Acertó el gato á descubrir en un rincón dos ratoncillos, pilló á uno de los dos y queriendo dar caza al segundo, se le escabulló el primero, aunque llevando triste recuerdo de la fuerza de las mandíbulas y venenosa baba del hidrófobo cazador.

Aturdido el pobre ratoncillo se introdujo en la jaula del perro sospechoso, entablóse entre los dos encarnizada lucha, pero el ratón defendiéndose, dió un mordisco al perro y se escapó.

Era pues natural que el perro rabiase, como rabió en efecto; y era también lógico que su amo que ya vivía en la mayor angustia sintiera crecer su alarma al ver que el animal se manifestaba abiertamente rabioso. Tal efecto produjo esta alarma en su abatido ánimo que, creyéndose condenado á morir de la más horrorosa de las enfermedades, el desconsuelo, el pesar y la desesperación produjéronle enfermedad de muerte.

Como nadie había visto al primer perro mordiendo al gato y éste al ratoncillo que á su vez mordió al perro, creyó todo el mundo equivocadamente, que este último animal estaba rabioso al morder á su amo, y esta creencia causó la muerte del amo del segundo perro.

III.

Por no reconocer nuestra ignorancia ó por lo menos falta de perspicacia para descubrir ó adivinar todo lo que puede haber mediado en un suceso, caemos con gran frecuencia en la desesperación, que como hemos visto puede ser infundada.

En situaciones como la que acabamos de relatar debe hacerse todo para combatir lo que pueda sobrevenirnos, pero no debemos en ningún caso entregarnos á la desesperación.

No hemos de olvidar jamás que casi todo tiene remedio en este mundo: todo menos la muerte, en el punto y hora en que Dios decide extendernos la cesantía.

ALBERTO LLANAS

NOTICIAS VARIAS

TELEFONIA Y TELEGRAFIA SIMULTÁNEAS. – He aquí el estado de las líneas telegráficas en las que puede telefonearse y telegrafiarse simultáneamente por los mismos alambres conductores, por el sistema Van Rysselberghe. El primer ensayo se hizo en mayo de 1881 entre París y Bruselas (320 kilómetros) y la primera instalación definitiva se inauguró en 23 de octubre de 1883 entre Amsterdam y Haarlem (20'4 km.). En Francia, cuya primera línea se inauguró en 2 de enero de 1885 entre Rouen y el Havre, hay actualmente las siguientes líneas: Rouen al Havre (92 km.), París á Reims (160 km.), Rouen á Louviers (42'82 km.), París á Rouen (140'36 km.), París al Havre (235'66 km.), París á Lille (240 km.), París á Marsella (870 km.), París-Bolsa á la frontera belga (250 km.). Para obtener la longitud kilométrica de los alambres basta doblar las anteriores cifras. En Bélgica el desarrollo del sistema Van Rysselberghe representa 7.206 kilómetros de alambres: de Bruselas parten 11 líneas para Holanda, Francia y Luxemburgo, que representan 929 kilómetros de distancia y 4.022 kilómetros de hilos. Alemania cuenta 5 líneas (4 que parten de Berlín y 1 de Breslau) con 1,032 kilómetros de alambres. La longitud de los alambres en los demás países es: en Baviera 600 kilómetros, en Wurtemberg 880, en Austria 288, en Suiza 536, en Holanda 340, en la isla de Java 56, en España 320, en Portugal 312, en Dinamarca 5. Francia y Bélgica son, pues, las dos naciones que cuentan con más redes de telefonía y telegrafía simultánea del sistema Van Rysselberghe.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO IX ↔ BARCELONA 20 DE ENERO DE 1890 ↔ NÚM. 421

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

OBRAS MAESTRAS DE PINTURA



VOLKERA NICOLA KNOBRET, celebrado retrato de Rembrandt, grabado por Baude

(Expuesto en el Museo Metropolitano de Nueva York)

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

VOLKERA NICOLA KNOBRRT

celebrado retrato de Rembrandt, grabado por Baude

Volkera Nicola Knobrrt fué esposa de Cristián Pablo van Berrsteyn, burgomaestre de Delph, cuyo retrato reprodujimos en el número 404 de esta Ilustración. Como el de éste, es el retrato de la ilustre dama debido al pincel de Rembrandt, y esta sola consideración nos releva de emitir un juicio sobre el lienzo, ya que nada podríamos añadir á lo que entonces dijimos, amén de que las obras del inmortal pintor holandés han sido ya bastante juzgadas y ensalzadas por la crítica que señala á Rembrandt uno de los principales puestos entre los primeros retratistas.

LOS HIJOS DEL EMPERADOR DE ALEMANIA

cuadro de Guillermo Pape

Los cinco hermosos hijos de Guillermo II, emperador de Alemania, forman un grupo delicioso: en ellos brillan los encantos naturales de la niñez, realzados por unas fisonomías simpáticas é inteligentes, y por el interés con que se entregan á sus juegos infantiles. Estos, dadas las aficiones del padre y la predilección con que atiende á todo lo que á la vida militar se refiere, han de ser preferentemente los juegos de soldados, los simulacros de batalla, en una palabra, la guerra en su forma más inofensiva, y jugando á ellos es como los ha reproducido Pape en su notable cuadro. ¡Felices niños si los acontecimientos que en el curso de su existencia ocurran les permiten sustraerse á los horrores de una lucha formal y hacer la felicidad de su pueblo por otro medio que el de las armas! Malo es, sin embargo, que desde sus primeros años encuentren su mayor deleite en simular ataques de fortalezas y en derribar muñecos de plomo ó de madera con menudos proyectiles disparados por diminutos cañones, y decimos que es malo esto porque bien sabido es que lo que en el capillo se toma con la mortaja se deja, y porque dadas las tendencias del actual emperador y la situación de Alemania, es más fácil que con el tiempo aumenten que no que disminuyan esas aficiones bélicas que si dan días de gloria, casi siempre efímera, á una nación, es á costa de muchas lágrimas y de inmensos é irreparables sacrificios.

¡Á TU SALUD, PAPÁ!

cuadro de A. Schroder, grabado por Bong

Muchas veces habrá tenido el noble caballero del cuadro de Schroder ocasión de brindar en suntuosos banquetes y de hacer chocar su copa con las de príncipes y magnates, pero de fijo que los brindis más elocuentes y los votos hechos por sus más ilustres compañeros no habrán producido en su ánimo la impresión que la sencilla y cariñosa frase de su hija: ¡Á tu salud, papá! Bien á las claras dice su semblante el placer que siente oyéndose felicitar por aquel pedazo de su corazón que con la cortedad pintada en el agraciado rostro se adelanta hacia él con paso vacilante y con trémula mano le tiende la copa, mientras la madre se goza en la escena que á sus ojos se ofrece y se sonríe al ver lo bien que la niña ha sabido representar el papel que ella le enseñara y repetir las palabras que le apuntó adivinando el efecto que en el ánimo de su esposo habían de producir.

Schroder ha reproducido un asunto sencillo y tierno que le ha servido para hacer gala de sus cualidades de buen compositor, correcto dibujante y notable colorista que se revelan en la agrupación de los personajes y en cada una de las figuras y de los objetos que entran en el cuadro.

EXPOSICION PUBLICA DE UN CUADRO

reproducción fotográfica del cuadro de Ferrer y Miró

A raíz de la concesión de recompensas otorgadas á los que concurrieron á nuestra Exposición Universal, el conocido y reputado crítico D. Luis Alfonso escribió en *La Dinastía* lo siguiente: «Ferrer y Miró ha sido la sorpresa de la sección de pinturas. Poco antes de abrirse oficialmente la Exposición me encargó persona á quien mucho estimo que fuera á ver un cuadrito que había terminado para la misma Exposición un joven que *se ayudaba* dando lecciones de dibujo y que parecía aventajado. Subí al cuarto ó quinto piso de una modesta casa de la ciudad vieja y allí, en un pequeño desván habilitado para estudio, me encontré con el cuadro y con el autor. Este era joven, en efecto, y modesto á todas luces; no aseguraré que estuviera descontento de su obra, mas tengo por seguro que no soñaba con que pudiera alcanzar un primer premio. Por mi parte, consideré entonces, como luego he considerado, el cuadro de Ferrer y Miró trasunto acabado de la realidad, representación exacta y viva de una escena trivial de las calles de París – un grupo de gentes contemplando el escaparate de una tienda de pinturas y estampas – representación y trasunto avalorados á más por el buen acierto del tamaño, que es reducido, y por un trabajo manual fino sin dar en lamido y suave sin acabar en desmayado...»

Nada debemos añadir á este juicio imparcial del cuadro que con muy buen acuerdo adquirió la Diputación Provincial de Barcelona evitando así que la obra de nuestro paisano fuese á parar á manos de algunos extranjeros que la solicitaban.

LA GLORIA Y EL GENIO

Pinturas decorativas de Ignacio Perricci existentes en el palacio del Quirinal, en Roma

Ignacio Perricci nació en 1824 en Monopoli, vieja ciudad de aspecto oriental y de origen bizantino que se alza en el Adriático, entre Bari y Brindis: á la edad de catorce años era discípulo de un decorador encargado de restaurar las pinturas de la catedral de Milán; más tarde estudió algunos meses en el Instituto de Nápoles que hubo de abandonar muy pronto para ganarse el sustento en el taller de un empresario de trabajos decorativos; á los veintiún años dirigía el decorado del palacio *La Favorita* y en la actualidad es profesor del citado Instituto y quizás el primer decorador de Italia. En colaboración con Maccari y Morelli ha enriquecido la residencia regia del Quirinal y varios palacios de Roma, Nápoles y Corigliano con magníficas pinturas, en todas las cuales ha demostrado, y á ello debe no poca parte de sus triunfos, cuán bien sabe armonizar la arquitectura y aun la escultura con el arte pictórico. Es además notable escultor, y á él se debe uno de los mejores bocetos presentados al concurso para erigir un monumento á Víctor Manuel.

Las dos figuras, *La Gloria* y *El Genio*, que reproducimos, son buena prueba de la vivacidad de su fantasía, de la sobriedad de su estilo, de su potencia creadora y de la distinción que imprime en el arte decorativo.

Escultura decorativa de Pedro Bauer

La elegante figura modelada por Bauer tiene además de su valor artístico, su importancia desde el punto de vista práctico. Como obra de arte hay en ella una corrección de formas y de proporciones y una naturalidad en la difícil posición que guarda, que la hacen merecedora de los mayores elogios. Pero el artista no se ha contentado con ello, sino que ha querido que su obra resulte tan útil como agradable y á este efecto la ha reproducido sosteniendo en equilibrio sobre sus pies ora un juego de surtidor, ora un globo para gas, ya un reloj, ya un vaso para flores á fin de que este modo pueda servir de adorno en un jardín ó en un salón de lujosa morada.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

ESCUELA DE ESCLAVAS BAILARINAS

cuadro de Swedomski

El autor de este cuadro nos transporta á la antigua Roma, al palacio de uno de aquellos patricios cuya relajación nadie ha igualado desde entonces hasta nuestros días y en cuyas espléndidas orgías no podían faltar hermosas bailarinas que distrajeran á los convidados durante la comida. Estas bailarinas eran esclavas enseñadas por un maestro que, provisto del indispensable azote, no vacilaba en herir las delicadas carnes de las discípulas que se mostraban remisas en sus movimientos. La brutal fisonomía de este profesor está admirablemente tratada: á su mirada dura no escapa la menor falta de aquellas infelices sobre cuyos cuerpos envueltos en tenues gasas deja caer sin piedad el látigo al más pequeño descuido. Las pobres esclavas conocen su cruel severidad y por esto no alegra sus rostros la más leve sonrisa: temerosas y angustiadas apóyanse casi exánimes en las paredes esperando la señal para entrar en ejercicio.

Swedomski, de quien hace poco nos ocupamos con motivo de su cuadro 1789: *Aldeanos sublevados*, ha demostrado una vez más en el que hoy reproducimos, su excepcional talento y su especialidad en componer asuntos eminentemente dramáticos, y ha despertado vivamente el interés del mundo artístico que espera con ansia las nuevas producciones de este pintor ruso, actualmente establecido en Roma.

EVOLUCION DE LA NOVELA EN EL SIGLO XIX

Lo que se llama hoy novela de costumbres es de invención bastante moderna. Yo no la haré ascender á *Dafnis y Cloe*, aquella égloga poética con que se extasiaban los espíritus doctos y tiernos, enamorados de la antigüedad, ni al *Asno*, cuento licencioso, que rehizo dándole más desarrollo Apuleyo, clásico decadente.

No me ocuparé tampoco, en este brevísimo estudio, sobre la evolución de la novela moderna, desde los comienzos de este siglo, de lo que se llama romance ó novela de aventuras, que viene de la edad media y que con el nombre de novela caballeresca fué continuada por Mlle. Scudery, modificada más tarde por Federico Soulié y Eugenio Sue, y parece haber tenido su apoteosis en ese narrador de genio que fué Alejandro Dumas, padre.

Algunos hombres todavía hoy se afanan en desgranar historias tan inverosímiles como interminables, pues no sueltan la pluma hasta las quinientas ó seiscientas páginas; pero no los lee ninguno de los que sienten pasión ó siquiera interés por el arte literario.

Al lado de esta escuela de los bufones que exige para gustar á otros que á los iliteratos, las excepcionales facultades, la imaginación y el estro inagotable de aquel volcán en erupción de libros que se llamaba Dumas, se desarrolla en nuestro país una cadena de novelistas filósofos, cuyos tres antepasados principales, bien diferentes de índole, son Le Sage, J. J. Rousseau y el abate Prevost.

De Le Sage desciende el linaje de los fantaseadores ingeniosos, que mirando el mundo desde su ventana, con el lente al ojo y una hoja de papel delante de ellos, sicólogos sonrientes, más irónicos que sensibles, nos han mostrado con un bello talento de observación disfrazado y un arte elegante de escritor, las muñecas de la vida.



Retrato de Balzac, por Luis Boulanger

Los hombres de esta escuela, artistas aristocráticos, parecen tener, sobre todo, la preocupación de hacernos ver su arte y su talento, su ironía, su delicadeza, su sensibilidad, cosas todas que gastan con profusión, al rededor de personajes ficticios, visiblemente imaginados, autómatas que ellos animan.

De J. J. Rousseau desciende la gran familia de los novelistas filósofos, que han puesto el arte de escribir, tal como se comprendía en otro tiempo, al servicio de ideas generales, cuya exactitud ó falsedad han demostrado por medio de una acción concebida, combinada y desarrollada con la mira de sostener su tesis.

Chateaubriand, incomparable *dilettante*, cantor de ritmos escritos, para quien la frase expresa el pensamiento tanto por la sonoridad como por el valor de las palabras,



Retrato de Edmundo de Goncourt, por J. F. Raffaelli

fué el gran continuador del filósofo de Ginebra, y Mad. Sand parece haber sido el último hijo genial de esta descendencia. Como en Juan Jacobo, se encuentra en ella el único cuidado de personificar tesis en individuos, que son en toda la acción los abogados de oficio de las ideas del escritor. Soñadores, utopistas, poetas, poco precisos y poco observadores, pero predicadores elocuentes, artistas y seductores, estos novelistas no tienen ya hoy representantes entre nosotros.

Pero el abate Prevost nos trae la poderosa raza de los observadores, de los sicólogos, de los veritalistas. Con *Manon Lescaut* ha nacido la admirable forma de la novela moderna.

En esta novela, por la primera vez, dejando el escritor de ser únicamente un artista, un ingenioso presentador de personajes, se ha hecho de repente, sin teorías preconcebidas, por la fuerza misma y la naturaleza propia de su genio, un sincero, un admirable evocador de seres humanos. Por la primera vez recibimos la impresión profunda, conmovedora, irresistible de personas semejantes á nosotros, apasionadas, interesantes de verdad, que viven su vida, nuestra vida, aman y sufren como nosotros entre las páginas de un libro.

Manon Lescaut, esa admirable obra maestra, ese prodigioso análisis de un corazón de mujer, el más exacto, el más penetrante, el más completo y revelador que acaso existe, nos presenta tan desnuda, tan verdadera, tan extrañamente animada esa alma ligera, amante, cambiante, falsa y fiel de cortesana, que nos alecciona al mismo tiempo sobre todas las otras almas de mujer, porque todas se parecen un poco de cerca ó de lejos.

En tiempo de la Revolución y del Imperio, la literatura parecía muerta. No puede vivir sino en épocas de calma, que son épocas de pensamiento. Durante los períodos de violencia y de brutalidad, de política, de guerra y de tumulto, el arte desaparece, se desvanece completamente, porque la fuerza bruta y la inteligencia no pueden dominar al mismo tiempo.

La resurrección fué ruidosa y brillante: surgió una legión de poetas que se llamaron Lamartine, Vigny, Musset, Baudelaire, Víctor Hugo, y aparecieron dos novelistas, de quienes data la real evolución de la aventura imaginada á la aventura observada, ó mejor dicho, á la aventura referida como si perteneciera á la vida.

El primero de estos hombres, criado durante las sacudidas de la epopeya imperial, se llamó Beyle de Stendhal, y, el segundo, el gigante de los literatos modernos, tan enorme como Rabelais, padre de la literatura francesa, fué Honorato de Balzac.

Beyle conservará sobre todo el mérito de precursor: es el primitivo de la pintura de costumbres. Este penetrante ingenio, dotado de una lucidez y precisión admirables, de un sentido de la vida sutil y amplio, hizo correr en sus libros una oleada de pensamientos nuevos; pero ignoró tan completamente el arte, ese misterio que diferencia absolutamente al pensador del escritor, que da á las obras un poder casi sobrehumano, que pone en ellas el encanto indecible de las proporciones absolutas y el soplo divino que es el alma de las palabras reunidas por un compositor de frases; desconoció de tal modo la omnipotencia del estilo, que es la forma inseparable de la idea, y tanto confundió el énfasis con la lengua artista, que á pesar de su genio, quedó como novelista en segundo término.

El gran Balzac mismo no llegó á ser un escritor sino á las horas en que parece escribir con una furia de caballo desbocado. Entonces encuentra, sin buscarlas, como hace inútil y penosamente casi siempre, esa flexibilidad, esa exactitud, que centuplican el sabor y gusto de leerlo.

Pero delante de Balzac apenas se atreve uno á criticar.



LOS HIJOS DEL EMPERADOR DE ALEMANIA, cuadro de Guillermo Pape.

¿Se atrevería un creyente á reprochar á su dios todas las imperfecciones del universo? Balzac tiene el poder fecundante, desbordado, inmoderado, pasmoso de un dios, y parece tener también las ignorancias, las prisas, las concepciones incompletas ó abortadas de un creador que no tiene tiempo de detenerse para buscar la perfección.

No puede decirse de él que fuera un observador, ni que evocó exactamente el espectáculo de la vida, como lo hicieron después de él ciertos novelistas; pero estuvo dotado de tan genial intuición y creó toda una humanidad tan verosímil, que todo el mundo creyó en ella y llegó á ser verdadera. Su admirable ficción modificó el mundo, invadió la sociedad, se impuso y pasó del sueño á la realidad. Entonces los personajes de Balzac, que no existían antes de él, parecieron salir de sus libros para entrar en la vida: tan completa había dado la ilusión de los seres, de las pasiones y de los acontecimientos.

Sin embargo, no modificó su manera de crear, como es costumbre hacerlo hoy; produjo simplemente con sorprendente abundancia y vanidad infinita.

Detrás de él se formó muy luego una escuela, que autorizándose con que Balzac escribía mal, no escribió de ninguna manera, é impuso como regla la copia precisa de la vida. M. Campfleury fué uno de los más notables jefes de estos realistas, uno de los cuales, Duranty, dejó una novela muy curiosa: *Malheur d'Henriette Gerard*. Hasta entonces todos los escritores, que habían tenido el cuidado de dar en sus libros un trasunto de la verdad, parecían haberse preocupado poco de lo que se llamaba en otro tiempo el arte de escribir.

Hubiérase dicho que, para ellos, el estilo era una especie de convención en la ejecución, inseparable de la convención en la concepción, y que la lengua, castigada como artista, traería un aire prestado y nada real á los personajes de novela que se querían crear, enteramente iguales á los de las calles.

Entonces fué cuando un joven, dotado de un temperamento lírico, formado en los clásicos, enamorado del arte literario, del estilo y del ritmo de las frases, hasta el punto de no tener otro amor en el alma, y armado también de penetrante mirada de observador, de esa mirada que ve al mismo tiempo el conjunto y los detalles, las formas y los colores, y que sabe adivinar las intenciones secretas juzgando el valor plástico de los gestos y de los hechos, trajo á la historia de la literatura francesa un libro de severa exactitud y de impecable ejecución: *Madama Bovary*.

A Gustavo Flaubert es á quien se debe la reunión del estilo y de la observación de la novela moderna.

Pero el empeño de ir tras la verdad ó más bien de la verosimilitud, trajo poco á poco la investigación apasionada de lo que se llama hoy el documento humano.

Los antepasados de los realistas actuales se esforzaban en inventar, imitando la vida; los hijos se esforzaban en reconstituir la vida misma con piezas auténticas que reunían de todas partes, y las reunían con increíble tenacidad. Por donde quiera van oliscando, espiando, con un cuévano á la espalda como traperos.

De aquí resulta que sus novelas son á menudo mosaicos de hechos sucedidos en medios diferentes, y cuyos orígenes de índole diversa, quitan al volumen en que están reunidos el carácter de verosimilitud y homogeneidad que los autores deberían perseguir ante todo.

Los más personales de los novelistas contemporáneos que han traído á la caza y al empleo del documento el arte más sutil y poderoso son, á no dudar, los hermanos Goncourt. Dotados además de temple extraordinariamente nervioso y vibrante, han llegado á mostrar, como un sabio que descubre un color nuevo, un matiz de la vida casi inadvertido antes de ellos. Su influencia en la generación actual es considerable y puede ser inquietante, porque todo discípulo que extrema los procedimientos del maestro, cae en los defectos de que lo salvaron sus cualidades magistrales.

Procediendo, poco más ó menos, de la misma manera, M. Zola con natural más fuerte, más amplio, más apasionado y menos refinado, M. Daudet, con modo más hábil é ingenioso, en alto grado sagaz y menos sincero acaso, y algunos otros escritores más jóvenes, como Bourget, Bonieres, etc., completan y al parecer terminan el gran movimiento de la novela moderna hacia la verdad. No cito, con intención, á P. Loti, que es el príncipe de los poetas fantaseadores en prosa.

Pero los jóvenes que aparecen hoy, en lugar de volverse hacia la vida con voraz curiosidad de mirarla, con anhelo de gozar de ella ó por ella sufrir con fuerza según su temperamento, no mirando más que en sí mismos, observan únicamente su alma, su corazón, sus instintos, sus cualidades ó sus defectos, y proclaman que la novela definitiva no debe ser más que una autobiografía.

Pero como el mismo corazón, aun visto bajo todas sus fases, no da asuntos sin fin, como el espectáculo de la misma alma repetida en diez volúmenes, viene á ser fatalmente monótono, procuran con excitaciones facticias, con un abandono estudiado á todas las neurosis, producir en ellos almas excepcionalmente raras y se esfuerzan en expresar esta ficción con palabras excepcionalmente descriptivas, figuradas y sutiles.

Llegamos pues á la pintura del yo, del yo hipertrofiado por la observación intensa, del yo en que se inocula el virus misterioso de todas las enfermedades mentales.

Estos libros predichos, si vienen como se anuncian, ¿no serán los descendientes naturales y degenerados del *Adolfo* de Benjamín Constant?

Esta tendencia á la personalidad exhibida – porque la personalidad velada hace valer toda obra, porque es el genio ó el talento – esta tendencia, repito, ¿no es una prueba de la impotencia en observar, en absorber la vida dispersa al rededor, como haría un pulpo de innumerables brazos?

Y esta definición tras la cual se hace fuerte Zola en la gran batalla que sostiene por sus ideas, no sería siempre verdadera, porque puede aplicarse á todas las producciones del arte literario y á todas las modificaciones que trajeron los tiempos. Una novela es la naturaleza vista á través de un temperamento.

Este temperamento puede tener las cualidades más diversas y modificarse según las épocas, pero cuantas más facetas tenga como el prisma, tantos más aspectos reflejará de la naturaleza, de espectáculos, de cosas, de ideas de todas clases y de seres de todas razas, y tanto más grande será, interesante y genial.

GUY DE MAUPASSANT.



¡A TU SALUD PAPÁ! Cuadro de A. Schroder, grabado por Bong



ESCUELA DE ESCLAVAS



S BAILARINAS, CUADRO DE SWEDOMSKY



EXPOSICION PUBLICA DE UN CUADRO. Reproducción fotográfica del cuadro de Ferrer y Miró, grabado por Sadurní.

(Premiado con medalla de oro en la Exposición Universal de Barcelona de 1888, y adquirido por la Diputación Provincial.)



LA GLORIA
Pintura decorativa de Ignacio Perricci, existente en el palacio del Quirinal en Roma.

LA FUERZA DE LA SANGRE

Con ese título escribió una de sus novelas el inmortal Cervantes; pero mi narración – que no es del todo original, sino engendrada por vagos recuerdos que tengo de no sé qué autor francés – en nada se parece á la del gran prosista castellano.

El *problema*, como ahora decimos, es hermano carnal del que Cervantes planteaba. La solución es de otro linaje muy distinto. – No es este el tiempo de las *novelas ejemplares*. Estamos en la época de las *novelas naturalistas*.

Aquellos graciosísimos granujas de la plaza de San Salvador de Sevilla, cuyas morenas frentes iluminaba el sol de Andalucía, ceden el puesto á los holgazanes de la oscura zahurda de París, cuyos pálidos rostros reflejan la tristeza social de nuestros días... Tras de Rinconete y Cortadillo, vienen Coupeau y Santier.

En pos de aquella Esperanza de *La tía fingida*, por quien se peleaban los estudiantes á orillas del Tormes, surge en las del Sena la corrompida Nana, por quien se envilecen y arruinan los hijos del privilegio y la fortuna.

¡Ay!... Al divino humorismo de Cervantes sucede la frialdad analítica de Zola.

I

– Es decir que tú...

– No soy lo que Vds. se figuran, sino otra cosa muy distinta, sí, señor.

– Pero, muchacha, aquí no se figura uno sino lo que eres en realidad... Lola, la *modela* más bonita de Madrid; casi, casi tan bonita como tu mamá, la ilustre Tula, la bailarina más linda del Circo... del teatro aquel que se quemó... ¿sabes? Eso eres tú, muchacha. ¿O es que quieres pasar ahora por alguna princesa de incógnito?

– Princesa... ¿de qué?

– De incógnito, hija mía; como si dijéramos, de contrabando.

– Pues eso es lo que soy yo: una princesa de contrabando. Es decir, princesa precisamente, no; pero algo parecido que tengo que callarme.

– ¡Hola, hola! *Lo que no puede decirse*... ¿eh? Pero hoy estás en vena de confesiones. Te doy licencia para que hables todo lo que quieras. Desembucha, niña, desembucha, mientras yo pinto. Ya sabes que mis *modelas* pueden charlar á su gusto.

– ¡Por eso me alegro tanto cuando V. me llama! Hay que estar tan callada en otros estudios... Y cuando allí se habla se oyen unas cosas... Pero aquí no sucede eso.

– Es que hay pintores más concienzudos que yo. Necesitan poner sus cinco sentidos en lo que hacen. Con que íbamos diciendo, Lolilla, que si no eres precisamente una princesa...

– Soy hija de un conde.

– ¿Qué dices, muchacha? Tu mamá, la ilustre Tula, estaba casada con un gracioso de no sé qué teatro... No digas necedades, Lola. ¿A tí te dijo algo de eso tu madre?

– Mamá, no, señor; no me dijo nada. Pero mi tía Claudia, como es así, me lo ha contado todo.

– ¿Con que tu tía? Canario, vaya una tía!

– Sí, señor; porque lo que ella dice: ¡Quién sabe lo que esto le puede valer á una el día de mañana! Mamá se lo tuvo en vida muy callado. Mi tía Claudia tampoco me ha dicho nada hasta hace pocos días. Pero una debe echar sus cuentas ¿sabe V.? y estar dispuesta á todo; porque siendo hija de un conde...

– ¡Pobrecita Lola! Te han trastornado la cabeza con el condado de ese papá que te ha salido ahora. Pero, calla, me parece que oigo la voz del marqués de Siete Suelas.

– ¿De ese marqués tan rico?

– Sí, *condesa*.

Cesó entonces el duo de barítono y tiple – musicalmente hablando – que se oía en el taller del pintor Sigüenza. La voz varonil del célebre artista y la argentina vocecilla de Lola apagáronse de repente, y sólo se escucharon los caprichosos *pizziccati*, las elegantes *fioriture* de un par de canarios que, al amor de un rayo de sol, se regodeaban en una jaula de oro.

El pincel de Sigüenza se detuvo. La mirada del pintor se apartó del lienzo, donde iban reproduciéndose con artística verdad las líneas delicadas y los matices que presentaba la figura de Lolilla, y se fijó en la puerta del estudio.

Como aquel licenciado Campanario de que nos habla Gil Blas de Santillana, el marqués de Siete Suelas se anunciaba á voz en cuello desde la misma escalera de las casas á que iba de visita.

– ¡Adelante, marqués, adelante! gritó Sigüenza, cuando el *crescendo* de la conversación que el recién venido sostenía quizás con algún criado, le dió á entender que el marqués estaba ya á punto de penetrar en el aposento.

– ¡Aquí estoy, pintor famosísimo, aquí estoy! dijo el de Siete Suelas, cuya plácida y rubicunda fisonomía, orlada por luengas patillas entrecanas, abdomen prominente y olímpica presencia, denunciaban al Creso de nuestros días, para quien el *Struggle for life* que tanto qué hacer da á los sociólogos, no es más que una estúpida quimera. – Aquí estoy, insigne Sigüenza. Me figuro que le hará á usted poca gracia mi presencia; pero, ya V. ve, no siempre ha de venir uno á cubrir de oro esas telas que V. embadurna con tantísima gracia y tantísimo primor. Ahora no se trata del arte ni del negocio. Vengo en nombre de la caridad, amigo Sigüenza, de la mismísima caridad.

– Es decir, en nombre de la marquesa, que es la personificación de esa virtud, añadió galantemente el artista, acercando hacia su opulento amigo un gran sillón de cuero, digno de una celda abacial.

– ¡Pues! dijo el marido de la caridad. Mi mujer se ha empeñado en que yo mismo viniera á recoger algo que usted le prometió para esa rifa que ella ha organizado á beneficio de los pobres; la rifa del Cordero Pascual me parece que se llama... ¿no es eso? Y aquí me tiene usted, queridísimo Sigüenza. El ministro de Hacienda acaba de darme un *sablazo* mayúsculo en nombre del pobrecito tesoro (á todo esto se frotaba las manos el de las Siete Suelas) y quiero ver cómo responde V. al *sablazo* que vengo á darle en nombre de mi pobrecita mujer.

Y el Creso, para celebrar su propio chiste, rompió en una prolongada risa en *i*, indicio de carácter hipócrita y solapado, según cierto ingenioso fisiólogo de la risa.

– Marqués, ¿tiene V. la bondad de esperar cinco minutos? dijo Sigüenza. Voy á buscar en mis cartones un borrón de acuarela que me permito ofrecer para la rifa del Cordero Pascual.

Sonrióse el marqués, hizo un gesto de asentimiento y se arrellanó cómodamente en el sillón de cuero, mientras Sigüenza revolvía los apuntes, esbozos y dibujos que entre cartones conservaba.

Nuevamente camparon por sus respetos los dos canarios y volvieron á alegrar con sus trinos y gorjeos la estancia del pintor. Como acompañamiento del duo de los pájaros – trasunto de un duo de ópera rossiniana, – dejábanse oir en vaga confusión, primero, el sonoro roce de las hojas que revolvía Sigüenza; después, un sordo rumor, entre gruñido y canturreo, que se escapaba de los belfos, digo, de los labios del ricachón, y por fin de cuentas ó de ruidos, una especie de tic-tac acelerado y apenas perceptible, como el nervioso golpear de un piececillo femenil.

Que era el de Lola, queriendo dar á entender:

– ¡Aquí estoy yo!

II

Si yo fuera aficionado á las metáforas clásicas y á los símiles mitológicos, diría que el marqués de Siete Suelas, hombre de pro en las eróticas campañas, era un Júpiter á caza de Danaes, porque para cautivarlas y rendirlas cuidaba siempre de trasformarse en lluvia de oro.

Agitando con una maestría digna de un Fúcar ó de un Rothschild la varita mágica del negocio, sacaba el oro al país, y con él sonsacaba luego á aquellas benditas criaturas, por quienes dijo Shakspeare:

– *Fragilidad ¡tienes nombre de mujer!*

Por eso decía alguien del marqués de Siete Suelas que era como la santa madre Iglesia. Todos los españoles le pagaban *diezmos y primicias*.

Venía el ínclito varón de preparar el cobro de la primera parte del tributo en la casa del erario público. Si aquel día lograba recabar algo de lo que consigna la segunda parte del precepto, ¿para qué mayor ventura ni más colmada felicidad?

Pero el Júpiter *Sonante*, arrellanado en el sillón de cuero; paseando la mirada por los lienzos á medio pintar, por el tapiz flamenco y las viejas armaduras, el crucifijo de madera ennegrecida que pendía junto á una panoplia de armas malayas, ó el búcaro lleno de olorosas flores que, al lado de un cráneo, se veía sobre una repisa de ébano; tarareando entre dientes algo de que él mismo no se daba cuenta, y acariciando con la ancha mano sus patillas, no había aún notado la presencia de la linda *modelo*, – ó *modela*, como dicen los sayones del habla castellana.

Ocultábale la figura fresca y juvenil de Lola un lienzo puesto sobre amplio caballete. Podía, sin embargo, distinguir los menudos pies de la muchacha golpeando levemente el tabladillo. Pero Júpiter estaba distraído. Danae – si es que la condesita de contrabando aspiraba á semejante título – acentuó el tic-tac, eco de su impaciencia y de su coquetería. ¡Aquella Eva de quince años, nacida entre bastidores y educada en el seno de la bohemia artística, soñaba quizás con un Adán, por el estilo del marqués de Siete Suelas!

Júpiter oyó por fin, miró y se puso de pie. El de Lola le había seducido. ¡Ah!... El era muy ducho en materia de pies. Su título nobiliario le obligaba. Y luego, como había tenido la contrata del calzado para dos ó tres ejércitos europeos; y como una vez que se metió á empresario, trajo á Madrid las bailarinas más bonitas de Europa... ¡naturalmente!

– Pero, hombre, exclamó de improviso, ¿querrá usted creer, amigo Sigüenza, que aun no me había enterado de que no estamos solos? A ver, á ver...

Y dobló la esquina del cuadro que le ocultaba á Lola, como si doblase el cabo de Buena Esperanza.

–¡Vaya unas lindísimas obras de Dios que tiene usted á la vista, sátrapa! dijo el marqués. Así salen de sus manos tantas maravillas. ¿Cómo es la gracia de V., niña?

–Esta es Lola, la *modelo* más mona de Madrid, dijo Sigüenza, mientras la muchacha balbucía una respuesta menos laudatoria. Extraño de veras, añadió el pintor, que no conozca V. á Lola. ¿Recuerda V. *La Corte de Carlos IV*, de mi amigo Albacete? Pues Lolilla es la maja aquella que va del brazo de Pepe-Hillo...

El capitalista, en tanto, contemplaba á Lola, sin cuidarse de recordar la semejanza que pudiera haber entre ella y la maja del cuadro de Albacete.

Aquí encajaría como de molde un retrato de Lola, trémula de emoción, sin atreverse á fijar sus ojos en los de Siete Suelas, ora encendida como el clavel, ora pálida como la azucena... Pero no quiero ofender á mis lectores. Su imaginación – piadosamente pensando – ha de aventajar con creces á la mía, y á su antojo pueden conceder á Lola todas las gracias y donaires que sean de su gusto. Para ayudarles en tan grata empresa, les diría quizás que se figurasen una virgen de Murillo, nacida entre bastidores y educada por una tía que se llama Claudia; pero esto de comparar á las niñas hermosas con las vírgenes de Murillo es ya harto añejo. Prefiero comparar á la heroína de mi cuento con una andaluza de Raimundo Madrazo, un poco afrancesada por Grévin.

—¿Con que tan joven, dijo el marqués, y ya la inmortalizan los pinceles de Sigüenza y Albacete? Va V. á ser una segunda... una segunda...

–¿Una segunda Fornarina? exclamó la muchacha, á quien cierto aficionado había dirigido diez ó doce veces el mismo cumplimiento.

–Eso es, eso es...

Y el antiguo contratista de calzado tomaba ya – salvando la distancia que media entre el Olimpo y un hotel de Recoletos – la misma actitud que sin duda tomaría el Padre de los dioses, poco antes de convertirse en lluvia de oro para penetrar en el torreón que guardaba á la señora de sus audaces pensamientos.

Lola, es decir, Danae no pensaba en abrir el paraguas que la librase de semejante lluvia, y á las olímpicas miradas del banquero respondía con cierta sonrisa, entre tímida y maliciosa, que le quitaba todo parecido con las vírgenes de Murillo de que hablábamos antes.

–Aquí está la acuarela, marqués, dijo Sigüenza alargándole una de las más lindas que habían salido de sus manos. Ello es bien poco; pero la voluntad es mucha. Si mi señora la marquesa me hubiera avisado á tiempo, hubiese hecho algo más digno de la rifa del Cordero Pascual.

–Pero esta acuarela es una obra maestra, queridísimo Sigüenza. V. no es ya caritativo, sino derrochador. Goupil daría un dineral por ese tipo de caballista andaluz que usted ha pintado. Sí, señor, un dineral.

–Por Dios, marqués...

–Nada, nada; gracias á V., la rifa del Cordero Pascual va á ser un acontecimiento. Me llevo ahora mismo esta maravilla y...

El Creso dirigió á Lola una mirada que parecía decir: Y lo que quisiera es que esta otra maravilla acompañase á la acuarela. No se atrevió á tanto el de Siete Suelas; pero en cambio dijo:

–Me ocurre una idea. Ya sabe V., amigo Sigüenza, que en el salón de baile del nuevo hotel que estoy edificando en la Castellana, me pintan el techo los dos hermanos Gutiérrez... Aquello va á ser un prodigio. Verdad es que me costará un ojo de la cara; pero bien puede uno quedarse tuerto por amor al arte. ¿No es verdad? ¡Ji, ji! Me ocurre, pues, que esta niña... ¿Cómo ha dicho V. que se llama?

–Lola, contestaron al unísono el pintor y la *modelo*, por regalar el oído al ricachón.

–Lola, sí. Lo había olvidado. Me ha ocurrido, como iba diciendo, que Lola puede ser un excelente modelo para los Gutiérrez. Me alegraría en el alma de ver reproducida la figura de esta señorita allá en el techo de mi salón de baile. Los Gutiérrez no han pintado en su vida nada más encantador. ¿Eh, qué les parece á Vds. mi idea?

–Como de V., marqués, dijo el artista.

–Señor marqués, V. es demasiado amable... mucho más amable que los Gutiérrez, que no me pueden ver... dijo la muchacha.

–¿Que no la pueden ver á V.? interrumpió el capitalista.

–No, señor, ni pintada.

–Pues el marqués de Siete Suelas, continuó el Mecenas dándose un golpe en el pecho, hará que los Gutiérrez no sólo la vean á V. pintada, sino que ellos mismos sean los que la pinten. ¡Caramba, no faltaba más!

Lola miró al noble y leal desfacedor de agravios, como en estos casos miran las precoces hembras de su laya á los Amadises de abdomen abultado y entrecanas patillas.

Sigüenza se entregaba á filosóficas reflexiones. Sin saber por qué se acordaba de la madre de Lola y de aquel conde que la muchacha había sacado á colación.

–Esto es hecho, dijo dándose palmaditas en las manos el marqués. Cuando V. guste puede presentarse á los Gutiérrez con una carta que yo les pondré, Lolita. De diez á doce de la mañana estoy en casa. Si mañana viene usted, al punto le entregaré esas cuatro letras. Nada, nada; tengo empeño en ver á V. convertida en ninfa, en musa, ó en diosa, alegrando con su belleza el techo de mi salón de baile. ¿No sabe V. dónde vivo? Ahí está mi tarjeta.



EL GENIO

Pintura decorativa de Ignacio Perricci, existente en el palacio del Quirinal, en Roma.

Y le entregó el consabido pedazo de cartulina con la inscripción siguiente:

EL MARQUÉS DE SIETE SUELAS,
CONDE DEL VIERZO.

Leyó Lolilla la tarjeta y miró al aristócrata de nuevo cuño. Después miró al artista y luego volvió á leer la tarjeta. Apagóse el brillo de sus ojos; trocáronse las rosas de sus mejillas en tristes y pálidos matices; tembláronle los labios... Por fin dijo con voz entrecortada y balbuciente:

–El conde del Vierzo... ¿es V.?

–¡Ji, ji! contestó el Fúcar, riendo y sin observar la alteración de Lola. Sí, ese es el título que usaba yo antes de que me otorgaran el de marqués hace un par de años. Algunos me dan el de conde todavía; pero conde ó marqués, para V. no soy más que lo que á V. le dé la gana.

–Es que V.... y yo... mi tía Claudia... mi mamá...

No pudo decir más la condesita de contrabando, como la llamaba Sigüenza. Cubrióse el semblante con las trémulas manos y rompió en sollozos amarguísimos.

El pintor adivinó por súbita inspiración la causa de aquellas lágrimas – ¡lágrimas de vergüenza! – y tomando de una mano al marqués de Siete Suelas, conde del Vierzo, le llevó hacia la puerta, diciéndole en voz baja:

–Señor marqués, esa muchacha es la hija de Tula... ¡de Tula la bailarina! y V. es nada menos que su padre. Amigo mío, mañana tenemos que hablar despacio de este asunto. No ha de ser todo negocios con el ministro de Hacienda y rifas del Cordero Pascual.

MARIANO DE CAVIA.

EL ANTIGUO ARTE DE DORAR

Es de uso antiguo imitar y fingir piedras preciosas, dotando á otras que no lo son de algunas de sus excelencias y calidades, habiendo nacido de aquí el difícil arte de colorir vidrios tan á la perfección y de tallarlos con tan soberana maestría, que no pocas veces tomáronse por objetos naturales, fabricados en los mismos senos de la tierra. A la par de esta verdadera industria artística se desarrolla otra, todavía más notable é importante, algunos de cuyos procedimientos, poco ó nada difieren de los ahora usados y prescritos como de mayor eficacia y mejores resultados. Refiérome al dorado, y sobre todo, á las imitaciones de oro con rara habilidad hechas sobre la superficie de los metales, bien con objeto de falsificar aquel estimado cuerpo, ya para preservar otros de la acción del aire ó tratando de dar á las superficies metálicas cierto pulimento y en general inalterabilidad. El dorado de los metales susceptibles de tal operación ha de considerarse, pues, desde diferentes puntos de vista, según se tratare de imitar, en cuyo caso llegan á prescribirse maneras de simular el oro sin que el fraude pueda ser conocido ni de los propios artífices trabajadores del metal, se indaguen los medios puestos en práctica en el caso de depositar leves capas de oro sobre otros cuerpos, como metales y piedras, ó se busquen los procedimientos últimos del arte sublime de la transmutación y los productos, similares del oro, tan cercanos ya del oro mismo que llegar á la codiciada materia primordial parecía fácil trabajo, conforme fuera largo, minucioso y difícil alcanzar el *oro musivo* y otras substancias por el estilo, que si acaso sólo el color tenían del metal precioso.

Que la explotación es antiquísima lo atestigua su empleo; pero desde que el mercurio fué conocido y se advirtió en él la propiedad de amalgamarse, viene el lavar las arenas auríferas de ciertos ríos, emplear luego el azogue y eliminarlo más tarde por el calor, mediante las operaciones que con verdadero lujo de pormenores se relatan en tratados de larguísima data. Pero la misma escasez del oro, su blandura para el trabajo, su hermoso é inalterable color y las condiciones que le hacen tener excesivo precio, fueron causa del empleo de aleaciones más ó menos ricas de oro, del arte del dorado, llevado á prodigiosa perfección y de la industria del similor en sus variedades infinitas, desde la mezcla de plata y oro hasta las que no llevan ni trazas de ambos metales. Cuando se estudian las piedras preciosas artificiales, á veces felicísimas imitaciones, como las de la celebrada y famosa mesa de don Pedro de Castilla, una verde al igual de la esmeralda, dotada de la virtud de ennegrecerse á la proximidad de un veneno, y la otra roja cual el rubí, que brillaba en la obscuridad como la misma luz del sol, ó se consideran los dorados antiguos sobre piedra, las letras y caracteres de papiros y pergaminos, las alhajas de gran tamaño, los adornos primorosos y los objetos de la más adelantada orfebrería, al lado del verdadero trabajo del artífice inteligente, afanoso de hacer á cada punto más perfecta su obra, junto á esta labor detenida que consiste en buscar procedimientos de labrar con ventaja el metal ya puro, ya ligado á otros que en nada alteran, antes mejoran, sus excelencias y calidades, vese siempre el afán, á la continua coronado por el buen éxito, de imitadores y falsificadores, dotados á las veces de tan peregrino ingenio que sus mezclas, aleaciones y ligas pudieran tomarse por el mismo oro, hasta tal punto se confunden lo verdadero y lo con rara habilidad imitado.

Había, en mi sentir, razones potísimas para afanarse en buscar imitaciones del oro y dorar diversos cuerpos. No

era siempre el intento falsificar, sino que se creía haber dado con cuerpos vecinos del oro, especie de antecedentes de aquella materia primordial, fuente y origen de los cuerpos todos, buscada é indagada en todos los procedimientos de la Alquimia y término preciso de sus operaciones y teorías. Casi al comienzo de la ciencia y á poco de conocido y aislado el mercurio que tomaba el color de los metales al amalgamarse con ellos, fué conocido el bisulfuro de estaño y obtenido mediante una serie de operaciones, ahora de fácil práctica, que ningún artífice, ni imitador de la piedra filosofal, dejó de hacer allá en lo más escondido de su laboratorio. Todo se reducía á fundir estaño y fundido mezclarlo con azogue, añadir azufre, sal amoníaco y sublimado corrosivo, poner la mezcla en una vasija denominada sublimatoria y calentar en baño de arena, hasta que no se percibieren humos blancos: la sublimatoria fría se hacía pedazos y en el seno de una masa negruzca veía el experimentador asombrado una capa de hojuelas doradas brillantes, suaves al tacto; mas blandas y nada adherentes: mercurio, estaño y azufre habían desaparecido convirtiéndose en aquel *oro musivo*, que para ser oro sólo le faltaba la cohesión del metal. De igual suerte muchas aleaciones y substancias preparadas para dorar tuviéronse por estados diversos del apreciado cuerpo y á él reductibles.



ESCULTURA DECORATIVA DE PEDRO BAUER

Examinando el conjunto de los métodos antiguos empleados en el trabajo del oro, al punto salta á la vista la estrecha relación entre el orfebrero y el escriba sagrado, encargado de grabar con oro ó plata las inscripciones de los monumentos y las letras en los libros, y de ahí la igualdad de las recetas para ambas operaciones, exceptuando siempre la tintura de los metales, obra ya más subtil y delicada. Todo ello, sin embargo, se practicaba con el mayor secreto, pocos eran los iniciados en aquellas sublimidades y los procedimientos se transmitían á modo de valiosa herencia ó se consignaban en escritos que sólo descifraban y acertaban á comprender los adeptos. Llegó á tanto la petulancia de algunos que todavía en el siglo pasado se publicó en España un famoso libro nombrado *El Mayor Tesoro*, de Ireneo Philateta que se llama adepto de la piedra filosofal, traducido por Theophilo, el cual se titula no adepto, sino apto escrutador del arte y esto en las postrimerías de aquellas peregrinas imaginaciones.

Lo primero que pudo ocurrirse, lo mismo tratando de escribir con letras de oro que de dorar ciertos objetos como la madera pulimentada, debió ser el más sencillo procedimiento, descrito todavía en todos los Manuales y consistente en desleir con goma hojas de oro, que ya se baten desde muy antiguo. Después aparece la amalgama de oro y se prescribe mezclar en una vasija nueva azogue y hojas de oro hasta que el líquido sea amarillo, se añade luego goma y puede escribirse, y si antes de la goma se extiende la amalgama sobre la superficie limpia de un metal y se calienta luego, se está en el caso del procedimiento de dorado más puesto en práctica antes del galvánico. También solía alearse el oro con el plomo y luego disolver éste con vinagre y hay, en punto á ello, una receta curiosísima, que prescribe fundir oro puro y cuando está fundido añadirle un poco de plomo; la aleación retirada del fuego, se mezcla íntimamente en un mortero de jaspe con natrón y vinagre muy fuerte, y al cabo de tres días se le añade alumbre y constituye excelente preparado para escribir letras doradas susceptibles de pulimento. Al lado de estos medios de dorar letras, que nadie podía rechazar, se encuentran las imitaciones y es particular que, antes como ahora, se afanen los artífices en las mismas tentativas de imitar y simular los metales preciosos ya bajando la ley de las aleaciones ya substituyéndolos con mejor ó peor fortuna. De este afán, que ha llegado á constituir una especie de arte con su aprendizaje y leyes fijas, nacieron el dorado y el plateado que anhelaban dar á los metales la apariencia del oro y de la plata y también aquella tintura superficial bien diferente de la operación sublime, indispensable en los laboriosos métodos de transmutar, de muy pocos conocidos y á lo que se ve por ninguno practicados á derechas cuando no dieron jamás con el fin de todas sus ansias que había de colmar deseos, aspiraciones é ideales. Bien es cierto que si á tanto no llegaron fueron descubriendo, al perseguir aquéllas quimeras, procedimientos metalúrgicos, buena copia de cuerpos y los principios de las reacciones químicas que hoy sirven para transformarlos.

El dorado magnífico inalterable que vemos todavía brillante y de hermoso color en muchas inscripciones, cubriendo la superficie del hierro ó del bronce ó adornando las letras de papiros y pergaminos, es una de las más peregrinas obras de alquimistas orfebreros y escribas sagrados. En general sus métodos – hablo de aquellos que no constituyen verdaderas falsificaciones – se reducen al empleo de la amalgama de oro tal y como ha llegado á nuestros días ó á aleaciones, casi siempre líquidas, que permitían fijar el metal precioso sobre otros. A veces se preparaba un barniz de oro, semejante al de las letras, ó un linimento cuya base era el mismo oro, y ya sumergiendo los objetos, ya extendiéndolo sobre ellos y luego pulimentando se lograba adherencia perfecta. Fué este procedimiento muy usado y no sólo en el dorado y plateado sino en la tintura de púrpura; pues los antiguos enseñaban que de tal suerte lograban dar á los metales, á lo menos en la superficie, una tinta como la de las telas y maderas, que si no cambiaba su estructura podía, afectando un poco á su naturaleza, iniciar un comienzo de metamorfosis, manifestada en el hecho de cambiar de apariencia y color, cualidades tenidas por tan esenciales que sin ellas no podía existir el cuerpo. También se depositaba el oro por cementación. Para ello fabricaban aleaciones no muy ricas, de ellas hacían alhajas y antes de pulimentarlas eliminaban de su superficie todos los metales que no fuesen oro, de suerte que éste quedaba visible, ocultando un núcleo pobre cuando no exento de metal precioso. Los medios prescritos son innumerables y se fundan de ordinario en la inalterabilidad del oro y en la condición de disolverse los otros metales en diversos cuerpos como el vinagre ó combinarse con cuerpos contenidos en aquellas famosas mezclas donde entraban la bilis de tortuga, la herrumbre de cobre y mil otras substancias unas oxidantes y otras reductoras. Como siempre variaba el color del metal y se descubría el oro cementado, teníanla por verdadera tintura y de la más exquisita, sobre todo si los metales extraños desaparecían en forma que no pudieran encontrarlos, pues entonces se estaba en el caso de otra de las más sublimes y peregrinas operaciones del arte.

Hasta aquí no hay verdadera falsificación y el dorado ó apariencia de oro dada á la superficie de los metales, á las inscripciones de los monumentos y á las letras de los libros consistía en una capa de oro, más ó menos gruesa, bien adherida y susceptible del pulimento del metal. Ahora mismo se practica el método empleando la electricidad, y muchos objetos de frecuente uso, construídos de metales alterables al aire, se recubren de níquel, plata y aun oro, y tienen el hermoso aspecto de cualquiera de estos cuerpos. Pero al lado de este arte del buen dorado, que consentía al orfebrero dar á sus obras el más bello aspecto, estaba la falsificación y se realizaba el fraude, fundándose en una de las mayores ilusiones de la Alquimia, entre cuyos metales existía la *diplosis* ó arte de aumentar el peso del oro y de la plata sin cambiar su naturaleza, esto que hoy se denomina rebajar la ley del oro y con harta frecuencia se hace. Los antiguos artífices creían que mezclando á los metales preciosos otros, estos, lejos de alterarse, los transformaban dándoles sus cualidades mejores. La facilidad con que el oro y la plata forman aleaciones, el color de ellas, sus propiedades que las hacen más aptas para el trabajo que los metales puros, causaron el fraude. Se creía en algo semejante á la fermentación, que desdoblaba y multiplicaba el peso de los metales y en el afán de realizar un cambio que consideraban de grandes beneficios en la práctica y en la teoría, rebajaban sin cesar la ley de las mezclas, sin cuidarse de los cambios del color del oro, ni parar mientes en que blanqueaba y no tenía el hermoso tono del metal puro y de los buenos dorados. Semejante afán llevó más adelante la falsificación: satisfechos los alquimistas y artífices de las primeras tentativas, diéronse á imitar y fabricaron aleaciones sin oro y sin plata y las tomaron por metales preciosos y creyeron haber dado un gran paso en el camino de la transmutación integral de los cuerpos. Pero la misma Alquimia se encargó de dar medios para reconocer el fraude, como ahora la Química los da para descubrir las falsificaciones. No he de hablar de aquellas antiquísimas destinadas á dar apariencia de oro á cuerpos que no lo tienen: del azafrán, la bilis de vaca, la hiel de toro, el sandaraco, los sulfatos de cobre y de hierro básicos, la orina, la miel y el alumbre y otras mil substancias que, solas ó combinadas, podían fingir en la superficie de los cuerpos y sobre la misma plata el color del oro, aunque nunca tan puro y brillante. El fraude era, además, harto grosero, no se fundaba en operaciones y métodos racionales, y sólo respondía á la codicia de los artífices; aparte de que las imitaciones eran poco duraderas y algunas, hechas con oropimente y otros compuestos arsenicales, resultaban verdaderamente peligrosas.

De los estudios serios de los alquimistas, de aquel hermoso trabajo de los que escribían con letras de oro y de la magnífica labor de los cinceladores y fundidores antiguos, cuyas obras son hoy maravilla y asombro, deriva el arte del dorado y sus procedimientos se reducen á barnices hechos con oro y al empleo de la amalgama de este metal. En un método antiguo, notabilísimo, se empleaba el plomo en vez del mercurio, aun no conocido, y es quizá el procedimiento de más larga data que hasta nosotros ha llegado. Se prescribe, en otra fórmula, aplicar sobre la plata hojas de oro y mercurio, que se elimina por el calor, quedando aquéllas tan adheridas y siendo el dorado de tal fijeza que la piedra de toque no puede descubrir la plata y el objeto se toma como si fuera de oro purísimo.

El dorado y el plateado, tenidos antes como tintura de los metales, constituyen, á lo que se ve en estos ligeros apuntes, uno de los más interesantes capítulos de la historia de las aleaciones metálicas que fueron, desde los primeros bronces, hasta nuestros magníficos metales compuestos, una de las mejores conquistas del hombre, que le aseguraron la posesión de excelentes medios para satisfacer sus nunca extinguidos deseos de dominar la Naturaleza.

JOSÉ RODRÍGUEZ MOURELO.

LA CIENCIA PRÁCTICA

APARATO PARA ESCRIBIR EN LOS VEHÍCULOS EN MOVIMIENTO. – Con el nombre de *Wryteezy* (yo escribo cómodamente) se acaba de inventar un aparato ingenioso para escribir yendo en coche, en ferrocarril ó en buque cualesquiera que sean los movimientos de esos distintos medios de locomoción. Consiste en una especie de pupitre de madera de forma parecida á la *carte* de los restaurants y de dimensiones bastante pequeñas para poderlo llevar en el bolsillo, cuyo mango puede atarse al brazo ó introducirse en la manga del paletó y cuyo extremo superior está sostenido por un cordel provisto de un gancho que se clava en la red del vagón ó en otro punto conveniente del vehículo. En estas condiciones, el brazo, el pupitre, la mano y el papel se mueven sincrónicamente pudiendo escribirse con la misma facilidad que sobre una mesa fija. Este aparato es especialmente útil á los viajantes, comerciantes, industriales y periodistas y en una palabra á todas aquellas personas que pueden utilizar provechosamente el tiempo durante el viaje despachando sus negocios ó su correspondencia.



APARATO PARA ESCRIBIR EN UN VAGÓN DE FERROCARRIL

Este aparato responde á una nueva necesidad que las pequeñas máquinas de escribir sólo á medias satisfacían y el sistema es bastante sencillo para que cualquiera pueda construirlo por sí mismo sin tener que comprarlo, lo cual no es poca ventaja.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO IX — BARCELONA 27 DE ENERO DE 1890 — NÚM. 422

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

¡EJECUTADO! cuadro de Rodolfo de Ottenfeld

(Exposición Internacional de Munich, 1888)

«Todo traidor á la patria ó al soberano será decapitado; sus sesos serán esparcidos, su cadáver no será enterrado sino abandonado al aire libre y su familia será considerada como familia de un maldito.»

Inspirándose en esta antigua ley montenegrina, ha pintado Ottenfeld el cuadro lleno de fuerza dramática y de notables condiciones estéticas que reproducimos y que fué muy admirado en la Exposición internacional de Munich de 1888 y en la que en el propio año se celebró en Viena con motivo del cuadragésimo aniversario del entronizamiento del emperador Francisco José I.

¡AL FIN! Acuarela de Juan Muzzioli

Muzzioli, autor del cuadro *Los funerales de Británico* que publicamos en el número 404 de esta ILUSTRACIÓN, descansa de cuando en cuando de los grandiosos trabajos de asunto histórico que son su especialidad, para trazar alguna página de la vida contemporanea.

¡Al fin! Esta exclamación unida á la alegría pintada en el semblante y á la sonrisa de felicidad que anima los labios de la hermosa joven indica que se trata de un lance amoroso terminado á entera satisfacción de ésta, y bien podría traducirse por cualquiera de estas otras: ¡He vencido! ¡Es mío!

La figura llena de vida está dibujada con tanta soltura como elegancia, pero indudablemente las cualidades que en la acuarela sobresalen son la naturalidad en los menores detalles y la expresión que en el rostro y aun en la postura toda se refleja.



¡EJECUTADO! cuadro de Rodolfo de Ottenfeld

MIGUEL ANGEL
JUNTO AL CADÁVER DE VICTORIA COLONNA
cuadro de Francisco Jacovacci

Victoria Colonna, hija del general Fabricio Colonna, gran condestable de Nápoles, casó á los diez y siete años con D. Fernando de Avalos, marqués de Pescara, general de Carlos V, entre cuyas innumerables victorias merece lugar preferente la famosa de Pavía en que cayó prisionero Francisco I de Francia. Al morir su esposo (1525) marchó á Roma con propósito de hacerse monja, pero hubo de desistir de su intento ante la oposición del Papa Clemente VII. Al poco tiempo conoció á Miguel Angel que á la sazón contaba sesenta años y que se enamoró perdidamente de ella sin lograr ver su amor correspondido, como lo demuestran las sentidas lamentaciones que en sus sonetos vertió aquel genio colosal, pintor, escultor y poeta. En 1547 falleció Victoria Colonna teniendo junto á su lecho al anciano artista á quien se atribuyen las siguientes palabras alusivas á aquel terrible trance: «Me arrepiento de no haberle besado más que la mano, sin que mis labios se posaran en sus mejillas ni siquiera en su frente.»

Jacovacci, inspirándose en esa frase, ha pintado un cuadro que bien puede calificarse de obra maestra: el afilado rostro de Victoria, la dolorida expresión de Miguel Angel que mientras besa á la que fué objeto de su pasión respetuosa, se lleva la mano al pecho cual si quisiera contener los violentos latidos de su corazón, la figura del amigo que en vano intenta arrancarle de aquel tormento, los personajes secundarios que en el lienzo figuran y entre los cuales sobresale la dama que suspende sus rezos ante el conmovedor espectáculo de que es testigo, la tela del traje que viste el cadáver, las luces, las ramas de laurel son otras tantas bellezas de primer orden realzadas por un sentimiento de tristeza que flota en toda la obra y que sólo un alma que sienta mucho es capaz de imprimir en una pintura.

EL TIRADOR DE CUCHILLOS
cuadro de A. Lonza

Tomando pretexto del conocido juego de los cuchillos que ejecutan los juglares japoneses, pintó A. Lonza un cuadro que fué muy admirado en la Exposición Internacional de Munich de 1888.

Un público compuesto de damas y caballeros vestidos á la usanza de fines del pasado siglo se ha congregado en un frondoso jardín y al pie de una gran escalinata para presenciar el peligroso ejercicio. Las figuras del tirador y del que le sirve de blanco estudiadas cuidadosamente y con exactitud reproducidas, el marcado contraste entre los orientales y una sociedad selecta del mundo occidental, la agrupación hábil y animada de los espectadores, la expresión de indiferencia en unos y de angustia en otros, la riqueza de colores y de formas y la magnificencia del lugar de la escena dan al cuadro una virtualidad que nos obliga á mirar con admiración y con respeto las relevantes cualidades de su autor.

EN EL PATIO DE LA ALHAMBRA
cuadro de Antonio Fabrés

Fabrés no puede ser considerado como especialista puesto que á muchos géneros se dedica y en todos produce verdaderas maravillas. Pero sea que su ardiente imaginación se avenga mejor con ellos, sea que sus excepcionales aptitudes como colorista hallen en ellos más ancho espacio para producir toques brillantes, matices atrevidos y tintas de espléndida pureza, es lo cierto que en asuntos orientales pocos pintores le aventajan. Para pintar las figuras de los hijos de Oriente combina en su paleta unos colores bronceados que con la realidad se confunden, para dar fuego á sus ojos sabe grabar en las negras y relucientes pupilas chispas que parecen encendidas por el soplo vital, para imprimir carácter á los personajes les infunde por arte mágica toda la languidez y toda la indolencia del pueblo cuya enseña es el funesto «estaba escrito;» en los ropajes y tapices hace verdadero derroche de fantasía; la arquitectura árabe le es familiar y al reproducir sus azulejos y sus primorosas filigranas su pincel se convierte en finísima pluma de acero.

Buena prueba de cuanto decimos es el cuadro *En el patio de la Alhambra* que nos transporta al soberbio alcázar granadino y nos ofrece una escena típica de la época en que la civilización árabe derramó á manos llenas sobre nuestra patria portentosas bellezas hoy estimadas como preciadísimas joyas y veneradas reliquias de nuestro suelo.

KADRA SAFA, cuadro de Federico Stahl

El cuadro de Stahl está tomado de un episodio de la historia de los drusos, de ese pueblo extraño en cuyas creencias se mezclan las prácticas islámicas con las cristianas y con las idolátricas y que refugiado en la vertiente occidental del Líbano y en el Anti Líbano vive bajo un régimen verdaderamente republicano, bien que pagando un tributo á la Puerta Otomana. Como obra de arte bien merece esta pintura el calificativo de composición inspirada y en cuanto á las bellezas de ejecución no son pocas las que se descubren á primera vista en las figuras de la terraza, en el estrellado firmamento, en la ciudad que se alza en el fondo destacando sus cúpulas y sus torres sobre el oscuro cielo y en el trozo de paisaje que se pierde en el horizonte.

LA EMPERATRIZ TERESA DEL BRASIL

De todos los golpes recientemente sufridos por el emperador del Brasil el más rudo ha sido indudablemente la muerte de su querida y virtuosa compañera que durante cuarenta y seis años compartió con él el trono brasileño y que ahora se aprestaba á endulzarle las amarguras del destierro.

La emperatriz Teresa Cristina María, hija del ex rey de Nápoles y Sicilia Francisco I, nació en Nápoles en 14 de mayo de 1822; en 1843 casóse con el emperador D. Pedro II del Brasil, que entonces tenía diez y ocho años, naciendo de este matrimonio dos hijos que murieron muy niños y dos hijas, la princesa Isabel casada desde 1864 con el príncipe Gastón de Orleans, conde de Eu, y la princesa Leopoldina que en el mismo año que su hermana contrajo matrimonio con el príncipe Augusto de Sajonia-Coburgo-Kohary y que falleció en 1871.

Era la emperatriz esposa amantísima, madre cariñosa y protectora infatigable de los pobres á quienes socorría largamente, y en sus viajes por Europa en compañía del emperador se había captado generales simpatías por sus bondades y por su sencillez extremada. De cómo se la estimaba y respetaba en su país es elocuente prueba el silencio que los periódicos brasileños guardaron respecto de ella á raíz de la reciente revolución, pues la historia nos enseña que en tales casos los revolucionarios no desperdician pretexto alguno, por leve que sea, para censurar y aun injuriar á sus destronados soberanos.

D.ª Teresa Cristina falleció en Oporto el día 28 de diciembre último víctima de una enfermedad de corazón que desde hacía muchos años venía padeciendo y que se agravó con los sucesos ocurridos en 15 de noviembre en Río Janeiro y con el precipitado embarque para Europa. Su cadáver, después de depositado y expuesto en la iglesia de N. S. da Lapa, fué trasladado á Lisboa y enterrado en la catedral de San Vicente, en el panteón de la familia de Braganza.

Cualquiera que sea el juicio que la posteridad emita sobre el reinado de D. Pedro II y sobre la revolución brasileña, la historia no podrá menos de señalar á la desdichada emperatriz uno de los primeros puestos entre las soberanas virtuosas y verdaderamente amantes de sus súbditos.

BOABDIL EN SU ALJAMA DE CÓRDOBA
(FANTASIA)

Clara noche hacía en Córdoba y su campiña. La mustia luna emulaba con sus plateados reflejos la deslumbradora lumbre de un día verdaderamente andaluz. Los objetos crecían á sus rayos y se agrandaban desmesuradamente.

Cuando todos los seres en las altas horas de la noche dormían, Boabdil, vencido en Lucena, y prisionero de guerra en Córdoba, se dirigía sigilosamente á la Mezquita de sus predecesores, trasmudada en Catedral de los cristianos, para verla con sus propios ojos y palparla con sus propias manos.

– ¡Oh, Alah! – exclamó el último rey moro de Granada, viendo la mole del templo agrandada por la mezcla de sombras y de luz en aquella espléndida noche. – Prospera los días de tus creyentes y haz que recobren por tu orden soberana cuanto han perdido por intervención del genio malo, resuelto á perseguirnos y á perdernos. Azazil, hermoso ángel, enviado por el Eterno á sembrar, como áureo trigo, los mundos luminosos en los surcos del espacio desierto, durante los primeros días de la creación universal, y que, habiendo querido prestar homenaje al primero de los Profetas, al viejo Adán, cayó en los infiernos, donde pugna todos los días por volver á su pristina pureza, debió sugerirte con su idea y con su soplo el pensamiento, Abderramán, de levantar este grandioso templo, cuya sombra podía redimirlo y salvarle penetrando hasta dentro de las llamas eternas donde se abrasan los diablos y convirtiéndolas en lumbre celestial donde se doran los soles. Tus enemigos, los abasidas, te habían condenado á muerte segura entre los noventa Omeyas, los noventa deudos tuyos, reunidos en banquete de alegría y degollados al filo de voraces alfanjes. Tú solo te salvaste, sólo tú, entre todos los tuyos, atravesando á nado las aguas del Eufrates divino. Quién te hubiera dicho, cuando ibas errante por el desierto infinito sin cimitarra ni caballo, con la leche de camellas y el dátil de las palmas por todo alimento, las aguas del oasis por toda bebida, las copas de los árboles por toda tienda, fugitivo á la cólera de los califas usurpadores y á la rabia de los animales feroces, que habías de levantar sobre moles de granito este laberinto de intercolumnios y arcos y techos, donde las maderas de alerce y cedro y sándalo debían resplandecer embutidas con guirnaldas de marfiles, con ramos de perlas, con estrellas de oro, con iris de mosaicos multicolores, con hermosísimas entalladuras comparables sólo á las puestas por los ángeles en los tronos del Eterno, por las cimas del Paraíso; quién te hubiera dicho esto, de seguro le crees loco y fascinado por terrible alucinación llena de fantaseados embustes. No, no fuisteis, no, Califas de Córdoba, tan grandes por vuestras victorias; no resplandecíais en la Ruzafa, cuando los capitanes os llevaban atraillados los negros del desierto y los blancos del Afranc; cuando Bizancio y sus emperadores griegos, Aquisgrán y sus emperadores latinos expedían á vuestro palacio ricas y numerosas embajadas; cuando, allá en la fortuna prós pera, desde las ciudades que se miran como en claro espejo en el Estrecho de Gebel-Tarik, hasta las ciudades que se miran en los ríos francos descendidos del alto Pirineo, os prestaban vasallaje; cuando extendíais vuestro imperio de mar á mar, desde la desembocadura del Guadalquivir hasta la desembocadura del Ródano, y teníais temblorosos en vuestra presencia á los Estados italianos, y sospechando Roma caer con toda su majestad y toda su grandeza en vuestros harenes; cuando innumerables ejércitos saludaban las enseñas cordobesas é innumerables siervos besaban las huellas de vuestros pies; sino cuando alzasteis aquí esta selva de columnas, donde se guardaba el santo libro de los muslimes, y se oían resonar, á manera de fragosos truenos en los cielos altísimos, las esplendentes suras del Profeta. Ya veo el vestíbulo poblado de limoneros, donde corre, sonora y clara, la fuente de las abluciones; el alhamí en que los fieles depositan sus babuchas para entrar con pies desnudos y lavados en el recinto sacro; la torre altísima y sus esferas de plata y oro, y sus astrolabios de bronce, á los cuales tantos secretos confiaran los astros; las veinte puertas damasquinadas, relucientes, como si abrieran paso al Empíreo; los alicatados, tan ligeros como grecas de aéreos encajes ó como alas de brillantes mariposas; el suelo, por tan prodigiosa manera labrado, que se retratan en su brillante superficie las bóvedas y techumbres al modo que se retratan los horizontes espléndidos en las albercas cristalinas; los millares de columnas arrancadas á todos los edificios del mundo y puestas aquí de hinojos como un coro de sacerdotes encargados de sostener sobre sus cabezas el sacro templo de Alah y su Profeta; los dobles arcos, estos de horizontal herradura, bizantinos aquellos, semejándose con sus pintadas cresterías á chales persas circuídos de caireles y á tiendas esplendorosas de Katay; las dovelas y archivoltas, los tímpanos y entrepaños, de caprichosas hojarascas, en que resplandecen los lotos indios, los acantos griegos, los lirios y los tulipanes árabes; el santuario precedido de ajimeces, que se asemejan á velos de áureas gasas formados por arreboles del sol poniente y nubes encendidas en el ocaso, santuario embutido en leyendas cúficas, rematado por inmensa concha de nácares, llovido de piedras preciosas desparramadas entre follajes de plantas que diríais traídas de otro mundo á la tierra; la maxura ó el sancta sanctorum cubierta de lapislázuli, que recordaba la Zoba, ó sea el árbol maravilloso, cuyas ramas componen el solio de Dios; y por todas partes las innumerables lámparas componiendo como constelaciones en clara noche de Arabia; los pebeteros, despidiendo mirra é incienso; los fieles, vestidos todos de blanco y levantando los brazos á las alturas eternales; los santones repitiendo el nombre de Dios; con todo lo cual se forma y se condensa en los encendidos aires, como en los cielos de Africa y de Asia los lagos fantásticos y las selvas de vapores y de reflejos, una visión, tras la cual aparecen los arcángeles con sus cascos de luz; las huríes con su hermosura incomunicable; los Profetas leyendo en sus libros eternos; y hasta la faz invisible á las criaturas de nuestro divino Criador.

Por un momento Boabdil sólo había visto la mezquita con los ojos de su espíritu, á pesar de tenerla delante. Las maravillosas descripciones, leídas en el seno de su palacio y guardadas en el fondo de su memoria, trasportábanle al tiempo de la muslímica grandeza. Y así como le hacían olvidar su propio infortunio y su largo cautiverio, hacíale olvidar también los cristianos signos puestos por los vencedores, allí, en la capital obra musulmana. Poco á poco la luz material del nuevo día vino á sacarle de su estupor, y á decirle cuánto habían cambiado los tiempos, y cómo el mirab de los suyos estaba reducido á un mero trofeo más de las victorias cristianas. La luz del alba le mostró los sepulcros de los adalides castellanos sobre los pavimentos hollados tantos siglos por las plantas de sus hermanos; el Evangelio puesto en los mismos sitios donde se hallaba colocado antes el Korán; la Cruz entallada entre las leyendas cúficas; los arcos ojivales subiendo gallardos por alturas inaccesibles; las Vírgenes y los Santos reemplazando á las huríes que había él visto en la fascinación de sus recuerdos y de sus ensueños; los vidrios de colores iluminando el santuario de un Dios espiritual y humano, vencedor, no por haber inmolado con cimitarras cortantes á sus enemigos, sepultados en los campos de cien batallas, por haberse ofrecido en holocausto á los demás hombres, pasando por todos nuestros dolores y muriendo de nuestra misma muerte. Boabdil forcejeaba con furor bajo aquella triste realidad, sin querer ni conocerlo, ni menos proclamarlo. Delante de la victoria conseguida por nuestra fe, aun esperaba que aquel Dios suyo, eterno, infinito, omnipotente, predominase algún día sobre un Dios sujeto á las tristezas humanas como el Dios de los Católicos. Acostumbrado á ver el santo de los santos, el fuerte de los fuertes, el sabio de los sabios, circuído por sus legiones angélicas de combatientes y victorioso en cien guerreras empresas, no podía, no, imaginarse que superara y venciese á este león del desierto, el mísero corderillo del Calvario. Pero bien pronto le sacaron de tales cavilaciones las campanas que repicaban á Pascua florida; los sacerdotes que decían y entonaban aleluyas y hosannas innumerables; los versículos del Evangelio que subían sobre la techumbre de la grande Aljama y sobre las agujas de la Catedral gótica para unir el hombre con el cielo é identificar el Verbo creador con la pobre criatura. Boabdil, por fin, reconoció, tras sus grandes alucinaciones, que prisionero él de los reyes castellanos y prisionera su Aljama de la Catedral gótica, no quedaba esperanza ninguna para el Korán. Y calándose la visera y envolviéndose con cuidado en el rebozo de su manto, volvió de nuevo á su triste prisión y á su desapacible cautiverio.

Emilio Castelar.

POR UNAS BOFETADAS

No hace muchas noches ví representarse en el teatro de Jovellanos un juguete cómico-lírico, especie de sainete, en el cual hay un incidente que me regocijó como á casi todo el público. Figura en dicho juguete ó sainete con música, un personaje dominado por la pasión del juego. Cerca de la casa en que se rinde culto á la diosa fortuna existe una botica y en ella un mancebo cuyas narices son el talismán de la suerte del jugador que en la piececilla figura.

El dicho jugador, cuando desea alcanzar los favores de la veleidosa fortuna acércase á la puerta de la farmacia, llama, abre el mancebo el ventanillo, el jugador, agarrando las narices del pobre mancebo, tira de ellas con fuerza, y precipitadamente se dirige hacia la casa de juego que se halla enfrente de la botica.

Cuantas veces el mancebo de botica sufre dolorosos tirones de sus narices, otras tantas ve el jugador llenos de dinero sus bolsillos.

Este incidente, verdaderamente cómico, trajo á mi memoria otros muchos muy parecidos.

Aquel que no haya sentido en su vida la pasión del juego, creerá inverosímiles ciertas preocupaciones; pero el que durante alguna época de su vida haya expuesto algunos duros á un siete ó á un rey ó un número de la ruleta, ó á un encarnado ó negro del treinta ó cuarenta, se explicará perfectamente el azar del personaje del sainete.

He conocido á muchos jugadores que tenían azares semejantes á este. Uno recuerdo que aseguraba que ganaba siempre que llevaba puesto un chaleco amarillo con pintas verdes, chaleco con el cual llamaba la atención por lo charro y lo pasado de moda; mas él cuidábase poco de lo ridículo de su chaleco y decíase: acierte yo cartas y ríase la gente.

Otro tal conocí que sólo ganaba cuando comía oreja de cerdo y jugaba á la oreja, azar en cierto modo razonable.

Para ciertos jugadores hay determinados tipos que les dan *pato*, esto es: mala sombra. Las monedas agujereadas llaman dinero; cortar con la mano izquierda es de buen agüero; pronunciar la palabra *culebra*, indica pérdida segura, si no se vence el maleficio diciendo: lagarto, lagarto, lagarto, al mismo tiempo que con un pie se dan tres golpecitos en el suelo.

Muchas preocupaciones como esta pudiera citar, y si hubiera de mencionar todas las que conozco, este artículo habría de ser más extenso que el Diccionario geográfico de Madoz. Mas no es mi ánimo presentar muestras de lo que llamarían los franceses la *betise humaine;* sino que mi objeto limítase á presentar á mis lectores una sola muestra de dicha *betise* ó necedad humana, que para muestra basta un botón.

Pascualito G. casó con Manolita H. Manolita le llevó en dote al matrimonio una docena de miles de duros. Pascualito poseía una fortuna dos veces y medio mayor que la de su mujer.

No quiero hablar de los preliminares del matrimonio, ni mucho menos de su larga luna de miel para no empalagar á mis lectores.

–¡Qué felices somos, Pascualito!

–¡Manolita, qué felices somos!

Una tanda de besos terminaba la conversación.

–¡Manolita, cuánto te quiero!

–¡Cuánto te quiero, Pascualito!

Nueva tanda de besos y una larga serie de maldiciones lanzadas por el criado de los recién casados, quien los sorprende en estos mimos al ir á servirles al final del almuerzo un plato de compota, que deja caer sobre los enamorados esposos, endulzando más su felicidad con un par de manzanas muy azucaradas que vienen á dar sobre los cercanos rostros de sus amos, aun más azucarados.

–¡Cuánto tarda en venir Pascualito! dice él, que arde en deseos de ser papá.

–Y lo que tardará, responde la mamá futura, porque antes ha de venir Manolita.

–No, que será Pascualito.

–Manolita ha de ser.

Y con esta disputa agríase la compota, y ni Manolita viene, ni Pascualito abandona las delicias del cielo para venir á encarnarse.

Todo acaba en el mundo, ha dicho un poeta, y la luna de miel ó de arrope manchego de Pascualito y Manolita acabó también, como cosa del mundo que era.

Pascualito, que no encontró armoniosa la voz de Manolita cuando le decía: «Qué felices somos, Pascualito!» y Manolita quizá porque conoció que su voz no sonaba dulcemente, dejó de pensar en su felicidad, ó por lo menos cesó de pregonarla.

Los esperados bebés no vinieron tampoco, y el esposo entonces, si no faltó á la fe jurada, buscó otras diversiones.

Quiso el demonio que cierta noche que llegó á conocer el aburrimiento al lado de su esposa, recordara que durante la vida de soltero había pasado horas felicísimas tirando de la oreja á Jorge.

Y Jorge le llamó y él atendió al llamamiento, y he aquí cómo se perdió la paz del hogar.

Pascualito se levantaba pensando en una martingala infalible, convenciéndose del aforismo que dice: as y dos, una de las dos; salía de su casa, y si sus distracciones le consentían recordar, no ya el antiguo amor que á su mujer profesara, sino las reglas de la cortesía, despedíase de ella, diciendo: «Me retiro y no juego, que sota en puerta, siete á la vuelta.»

Acabáronse para siempre las dulces ternezas de Manolita y Pascualito, las frases aquellas de: «Qué felices somos, Pascualito! Manolita, qué felices somos!» se convirtieron en silencio ó aburrimiento, en bostezos ó hastío, en agrias disputas y en palabras duras, que amenazaban tempestades, con lluvias de platos y granizadas de fuentes, y la desdichada Manolita preguntaba á todos los santos de la corte celestial, cuál era la causa de los desvíos, malos humores y desigualdades de carácter de su amantísimo Pascualito, y á sus preguntas hacían los santos oídos de mercader.

–Dios mío, dijo un día la infeliz Manolita, acudiendo á última instancia; ya nadie me escucha; mi marido me abandona; acudo á los santos, al cielo, y no me oyen, y si lo hacen, me oyen como quien oye llover. A tí, pues, ¡oh Señor mío! acudo; dime cuál es el motivo de mi desgracia! ¿qué he hecho, qué pecado he cometido para que mi Pascualito no cante conmigo aquellos duos de amor? Yo le amo lo mismo ó más que antes, y él, él...

El, mientras su mujer rogaba á Dios, vendía primero sus fincas, y después tomaba dinero sobre los bienes de la dote de la que al cielo acudía pidiendo la explicación de su infelicidad.

Mas al fin, tanto y tanto suplicó, y hasta pudiera decirse importunó al cielo, que sus ruegos fueron oídos y supo al fin la causa de sus males.

Y fué esto del modo que á relatarse va: Comían una tarde marido y mujer, reinaba entre ellos la paz, pero no la paz bonancible y que produce felicidad, sino la paz que causa la indiferencia.

Reinaba el silencio.

Callaba Manolita porque se sentía triste.

Callaba Pascualito porque su pensamiento hallábase muy lejos de allí.

Distraído le tenían ciertas jugadas que aquel mismo día había presenciado: «Si no lo hubiera visto, no lo hubiera creído! ventiún reyes á la izquierda, en el gallo, y venir todos! ¡Qué jugada he podido hacer! pero maldita suerte la mía! siempre llego tarde, vine á enterarme una talla antes de la quiebra.»

Ensimismado en estos pensamientos estaba, sin darse cuenta de lo que comía, y gran dosis de distracción se necesitaba, pues la carne que estaba comiendo, sobre estar quemada y requemada, no tenía ni pizca de sal. Manolita, que no pensaba en los veintiún reyes á la izquierda, ni nada distraía su imaginación, dióse cuenta de lo mala que aquella carne estaba, y ya que no podía remediar lo de requemada, quiso evitar lo de sosa, y suplicó á su marido le aproximase el salero.

Pascual, cogiendo el salero de la manera que se coge la baraja, dijo, pasándoselo á su mujer:

–¿Quién corta?

Manolita, que no ignoraba el vicio que había dominado á su marido cuando era soltero, halló la explicación de los desvíos, distracciones y malos humores de su Pascualito en aquella frase.

Si antes los cielos escucharon sus súplicas y oraciones, luego los santos y el mismo Dios debieron necesitar ponerse tapones de algodón en sus oídos para que no les aturdieran los gritos y exclamaciones que la dolorida esposa lanzara.

Aquello ya no fué casa, aquello fué un infierno; mas Pascualito ni se enmendaba ni se arrepentía.

Muy al contrario, notó que cuando su mujer regañaba, la suerte le favorecía, cuanto más gritaba su mujer más inspiración tenía, así que cuando ella mostrábase pacífica, él buscaba motivo de querella.

Así regañando, regañando, logró Pascual recuperar lo que antes perdiera, y aun á ganar alguna cantidad mas.

Tanto se había habituado el matrimonio á estar en perpetua guerra, que no sabían vivir si no reñían. Todas las cosas en el mundo tienen su fin lógico. Aquellas riñas que de palabra comenzaron, pasaron á vías de hecho.

Un día, vergüenza da escribirlo, irritado Pascual llegó... si parece que la pluma se niega á escribirlo! llegó á dar á su señora un sonoro cachete.

Arrepentido, confuso y avergonzado, viéndose el más miserable de los hombres, salió precipitadamente de su casa, dejando en ella á la infeliz Manolita con lágrimas en los ojos, un cardenal en la cara y sangre en el corazón.

Llegó Pascual al Casino, subió á la sala del crimen y se entregó al vicio, más por olvidar su cobarde acción, que por el vicio mismo.

Tal vez sería castigo del cielo, pero aquella tarde la suerte le fué contraria y perdió una regular cantidad.

No le hizo mella la pérdida aquella tarde.

Llegó la hora de comer y no se atrevía á volver á su casa. Decidióse al fin y á ella volvió, y entró en el cuarto de su mujer con las orejas gachas, humilde como un corderito y sinceramente arrepentido.

No hace al caso describir la escena de reconciliación que á los pocos días hubo entre marido y mujer; el caso es que la reconciliación se hizo, y por algunas semanas fué la casa un paraíso, y aun de vez en cuando llegaron á oirse aquellos:

–¡Cuánto te quiero, Manolita!

–¡Pascualito, cuánto te quiero!

No debo olvidar tampoco que á este antiguo duo no le faltó el debido acompañamiento de besos y otros mimos.

Si tras de la tempestad viene la calma, forzosamente tras de la calma ha de venir la tempestad, y como forzosamente ha de ocurrir esto, tras de la calma que gozaban los esposos de mi cuento, vino la tempestad.

Desde el día en que Pascual, dejándose llevar de la ira y olvidando que nació caballero, dejó caer su pesada mano sobre el delicado rostro de su mujer, su culpable mano parecía estar maldita. Dinero que con ella jugaba, era dinero perdido. Y no le valió cambiar de mano. Como la enfermedad que un ojo sufre suele por simpatía trasladarse al otro, la maldición de una mano pasó á la otra.

Aquella tenaz mala sombra produjo sus consecuencias naturales.

Pascual se despertaba murmurando, almorzaba regañando, renegando comía y se acostaba maldiciendo.

Manolita llegó á escuchar con indiferencia las maldiciones de su marido; tanta es la fuerza de la costumbre.

Un refrán dice que todo se pega menos la hermosura, y esta verdad del refrán fué una prueba evidente. Ella, que nació dulce como la miel y suave como la seda, hízose amarga como el acibar y áspera como un cardo setero.

En un principio lloraba al escuchar las durezas é imprecaciones de su marido; después á palabras fuertes hizo oídos sordos, y andando el tiempo contestaba á las palabras desabridas con frases duras, á los agravios con insultos, á los insultos con injurias, y á las amenazas con desprecios.

Mas no fué aquel el último término de aquella progresión creciente, cuya *razón* era la sinrazón de Pascual; las pérdidas de éste llegaron á ser tan considerables que vióse algunos días en situación muy apurada para atender á los gastos de su casa.

Cierto día en que se vió en uno de esos momentos de apuro, pidió á su mujer sus alhajas para llevarlas al Monte de piedad y jugar sin piedad al monte lo que por ellas le dieran. Manolita se negó á entregar sus joyas, y esta negativa ocasionó entre los esposos una tremenda reyerta, que terminó en descomunal batalla.

Pascual rogó primero. Manolita no atendió á su ruego. Ordenó después el marido y sus órdenes fueron desobedecidas; gritó y como si callara; amenazó, y apenas había amenazado, la mansísima Manolita, la que fué paloma sin hiel, convirtióse en temible pantera, y alzándose sobre las puntas de sus pies, soltó tan tremenda bofetada sobre la mejilla derecha de su marido, que este entre asombrado y dolorido, cedió á la fuerza de aquel argumento contundente, y dando por terminada la cuestión, salió de su casa dirigiéndose hacia el Casino.

En el camino vió con alegría que tenía en el bolsillo de su chaleco unos duros que ignoraba poseer.

Bastantes meses hacía que Pascual no ganaba al juego ni un solo día.



¡AL FIN! Acuarela de G. Muzzioli, grabada por E. Mancastroppa



MIGUEL ANGEL JUNTO AL CADÁVER DE VICTORIA COLONNA, cuadro de Francisco Jacovacci



EL TIRADOR DE CUCHILLOS, copia fotográfica del cuadro de A. Lonza

(Exposición Internacional de Munich, 1888)

La tarde en que recibió la bofetada y en que encontró aquellos duros de que era poseedor sin saberlo, tuvo una *barbaridad* de suerte, como él decía.

Sin desacertar una sola carta, aquellos duros que no pasaban de cinco, se convirtieron en veintitrés mil reales y pico, que fueron maravillosa medicina que le hizo hasta olvidar que recibiera una bofetada de su esposa.

Mas, poco duradera fué su alegría.

Aquella *barbaridad* de suerte no se repitió.

Al siguiente día volvió la mala sombra, y al siguiente la mala se hizo peor, y en los sucesivos se convirtió en pésima.

Pascual se devanaba los sesos buscando la causa de aquello.

¡Eureka, dijo un día; ya sé lo que es! Gané el día en que mi mujer me dió la bofetada. Es preciso ganar aunque me cueste quedarme sin mofletes. Mas si digo á mi mujer que me pegue, nada conseguiré; entonces ya no hay azar. Ha de abofetearme sin saber que lo deseo. Yo haré que así sea. Meditó un plan y en seguida empezó á ponerlo en práctica.

Fué en busca de su mujer, y con un pretexto cualquiera, quiso promover cuestión.

Manolita mirándole y sonriendo graciosamente dijo:

– Has perdido á la timba y tienes ganas de reñir, pues yo estoy de muy buen temple. Me voy de paseo; hasta luego! Y diciendo esto dejó á Pascual que estiraba la *gaita*, mientras la dirigía los mayores insultos. Manolita estampó un beso en la mejilla que le presentaba su marido y se fué.

Esta ó parecida escena se repitió durante muchos días.

Pascual acudió á cuantos recursos le sugería su inventiva para exasperar á su mujer y ganarse una bofetada ó dos; mas todo inútilmente, su mujer tenía sangre de horchata.

Se fingió celoso y Manolita, para no disgustarle, ni salía de casa ni se asomaba al balcón.

Pidió un día sus alhajas para empeñarlas y ella le dijo dándoselas: – Toma, cuanto hay en casa es tuyo.

En su afán de verse abofeteado, abofeteó Pascual á su mujer, pero ésta entre suspiros y lágrimas, al recibir una bofetada, dijo á su marido:

– Imitaré el ejemplo que nos dió Jesucristo, pega en esta otra mejilla; y al decir esto presentaba aquella en que no había sido abofeteada.

– También yo imitaría esa conducta, exclamó Pascual, pero soy tan desgraciado que. .... no hay de qué.

Al fin un día tocó Pascual la fibra sensible de su mujer; sin buscar la bofetada se la ganó.

Regañaba el matrimonio y Pascual, movido por la ira y sin pensar en su proyecto, infirió una gravísima injuria á su suegra.

Manolita entonces sintió que hervía su sangre; alzó su blanca mano y sacudió á Pascual un sopapo de los de cuello vuelto. – Ah! gritó Pascual, gracias, gracias, ¡qué felicidad!

Y cogiendo precipitadamente su sombrero, echó á correr con toda la fuerza que le permitían sus piernas.

Manolita se quedó estupefacta. – ¿Se habrá vuelto loco? pensó.

Algunas horas después volvió Pascual á su casa con el carrillo hinchado y sin un cuarto en el bolsillo.

No había logrado ganar más que la bofetada por que tanto tiempo suspiró.

Carlos Quevedo.

LOS GEMELOS

– Tadeo! Tadeo! alégrate, hijo del alma, que ya soy abuela por segunda vez. Tu mujer salió ya de su paso.

– Y ¿qué es; chico ó chica?

– Lo que tú querías, chico.

– Chico! Muy hermoso? Muy grande?

– Como un comino, no he visto en mi vida cosa más menuda; si parece una muñeca!

– Ya crecerá, madre, ya crecerá y haremos de él el primer hombre de España. Si su padre es un pobre tornero, él será abogado, ó médico, ó general, ó...

– Obispo, pongo por caso.

– ¡Un demonio! obispo no, prefiero que sea torero; me gustan más los volapiés que las bendiciones. Pero déjeme V., déjeme que le vea y que me coma á besos á mi Anselma. ¡Un chico! Ya tengo un chico.

– *Señá* Tomasa! *señá* Tomasa! corra V. que su nuera está otra vez con los dolores; que es alegría doble. Una parejita. ¡Otro chico, otro chico!

– Otro! ¡Canastos! Por eso es tan chiquitín, dijo la señá Tomasa.

– Dos, dos, dijo Tadeo. Vaya, con uno bastaba, pero, en fin, cuando Dios los da, El se sabrá porqué.

Sostenían esta conversación, la señá Tomasa, mujer de gran estatura, de abundantes carnes y anchuras extremadas, abultado pecho, que por todas partes protestaba de la tiránica opresión de descomunal corsé, manos y pies grandes, grandes los ojos, grande la boca, y para qué continuar detallando si basta decir que la señá Tomasa todo lo tenía grande y sobre todo, como ella misma decía, el alma, el corazón y los *reaños*, que yo lo mismo me quito de la boca un *peazo* de pan, *pa* dárselo á alguien que sea más *probe* que yo, que le pego una *gofetá* al que se meta conmigo, así sea un espulga perros! (Debe advertirse que con el nombre de espulga perros designaba la señá Tomasa á los municipales.)

Tadeo era digno hijo de su madre; como ella, tenía estatura gigantesca, mas lo que en la señá Tomasa eran carnes que se desbordaban, en él eran músculos que se contraían, manojos de nervios como cuerdas de contrabajo.

Si la naturaleza no hubiera levantado barreras infranqueables entre las distintas especies de animales, puede asegurarse que el elefante se hubiera enamorado de la hormiga, y ésta pasara su vida lanzando tremendos suspiros de amor por aquél, y sus sueños de enamorados y sus dulces esperanzas y sus deseos y sus anhelos de doncella, fueran verse acariciada por la trompa del inteligente elefante. Y es que ama todo ser, aquello de que carece. Las aves, que rápidamente cruzan el espacio, ¿no habrán envidiado en ocasiones la marcha lenta de la calmosa tortuga?

Desea el adolescente á la jamona; gusta al viejo la mujercita de quince años; la rubia lánguida, delicada, de grandes ojos azules y de cuerpecillo que amenaza quebrarse al menor soplo del viento, sueña y ansía que aquel su finísimo cuerpo sea vigorosamente estrechado por los nervudos brazos de un hércules, negro como tizón, de crespa y fuerte barba, de pronunciados labios y de pecho ancho como el de Neptuno, según Homero, y fuerte como tronco de encina.

Es el contraste la ley de la vida: obedeciendo á ésta ley Tadeo, el colosal y gigantesco Tadeo, enamoróse de la liliputiense Anselma, que era un escrúpulo de mujer, un manojillo de nervios, una cara en la que no se veían más que unos ojazos hermosos, microscópica nariz, y carnes que cubrieran aquellos huesos tan delicados que parecían ternillas, diéralas Dios, que gran falta hacían.

El inmenso corpanchón de Tadeo servía de estuche á un alma cándida, sencilla, de niño grande; un alma todo debilidades, un espíritu que á voces pedía ser dominado para lograr la felicidad.

El mezquino cuerpo de Anselma guardaba en su respectivo almario, un alma dominante, enérgica, incapaz de doblegarse ante nada ni por nadie, dura como el diamante, y con tales dotes de mando que á haberse alojado en el cuerpo de Tadeo, fuera éste el mejor general que en el mundo hubiese habido.

Existiendo tan marcadas diferencias entre Anselma y Tadeo, ¿cómo ha de parecer extraño que éste buscara á aquélla, como la electricidad vítrea busca á la resinosa? Uniéronse pues aquellas dos electricidades de distinto nombre y la primera chispa, es decir la primera hija que tuvieron, dejando de emplear metáforas y símiles, fué un retrato del padre; la misma fuerza y vigor en el cuerpo dado su sexo, la misma debilidad en el alma. Serafina, que así se llamó la niña, nació sin duda en día aciago. Por ser hembra, no la amaba su madre con todo el amor que á una hija debe su madre; por ser vigorosa de cuerpo y débil de alma, la amaba el padre, mas sin sentir por ella idolatrías. Durante los primeros años de su vida, Serafina no vió en sus padres falta de cariño, pero sintió que el que la profesaban no era ardiente, no era entusiasta, era un cariño al que algo faltaba; pudiera decirse, simbolizando y materializando la idea, que era un copo de nieve que encerrara en su centro una chispa de fuego.

El instinto que tienen los niños para conocer á las personas que les aman, dijo á Serafina que en el corazón de su abuela la *señá* Tomasa no había nieve para ella, sino que todo era fuego, y huyendo del frío que junto á sus padres sentía, su alma buscaba el dulce calor del entrañable cariño de su abuela. La señá Tomasa, para idolatrar á su nieta no obedecía á la ley de los contrastes, sino á otra que tiene más fuerza, la ley de la naturaleza que hace amar á los nietos con cariño doble, que por eso se ha dicho que el ser abuela es ser dos veces madre.

Encolerizábase la *señá* Tomasa cuando veía la indiferencia con que era Serafina tratada por sus padres, y cuando con cualquier motivo manifestábase más aquella indiferencia, desataba su lengua y era de oir entonces lo que por aquella boca salía.

¡Qué de ternezas, dulzuras, cariños y mieles para su nietecita y qué de interjecciones y palabrotas fuertes para sus hijos!

– Pero ese comino asqueroso de mi nuera, decía, y ese brutazo mulo de mi hijo, ¿qué querrían que les hubiese dado el cielo? Habráse visto si son... No querer á este ángel de Dios; y no la quieren, no; ¿qué han de querer si son un par de mulas? Si es que no se merecen una joya como esta; alegría de mi alma, más hermosa que el sol y buena como un pan. Hija de mi vida, corazón de tu abuela, reina de mi casa y luz y niña de mis ojos. ¡Brutos! salvajes! – Y mientras esto decía cubría el rostro de Serafina de apretadísimos y sonoros besos. Sonreía la niña, acariciaba con sus manecitas la cara de la *señá* Tomasa y devolviendo beso por beso y caricia por caricia decía: – Abuelita, abuelita, no te *intomodes*, si yo te *tiero* mucho y á papá y á mamá mucho también, pero á tí más, abuelita; veldad que á tí te *tiero* más? y tú á mí mucho, mucho, mucho?

– Hija mía! exclamaba entonces la *señá* Tomasa, estrechando á la niña fuertemente contra su pecho, y concluía la escena con benéfica lluvia de lágrimas, que caía sobre Serafina desde los ojos de su abuela.

Seis años tenía Serafina cuando, con gran alegría de Tadeo, sintió su mujer señales ciertas de que nuevamente iba á ser madre.

Marido y mujer deseaban que fuera varón lo que al mundo viniera, y como ya se ha visto, vieron realizados sus deseos por partida doble.

Pedían un niño y el cielo les envió dos.

Durante la preñez de Anselma, cuando la *señá* Tomasa oía que su hijo y su nuera hablaban con delicia del niño que esperaban nacería, encolerizábase y poníase iracunda como nadie, diciendo:

– Si pensarán estos que lo que nazca ha de parecerse siquiera á mi Serafinita! Quiá; que se limpien! Y *pa* qué querrán estos, chicos? *pa* quererlos como á la niña. Pues nacerá un esperpento y yo no he de quererlo. ¡Ay! como nazca chico y por el monigote olviden aun más á mi ángel de Dios, le retuerzo el pescuezo y me llevo á Serafina y ya no la ven, que no son *dinos* de ella. *¡Mía* tú que siempre ha de dar Dios moquero á quien no tiene narices!

Así se explicaba la *señá* Tomasa hasta el día en que nacieron los gemelos, pero en cuanto los monigotes vinieron al mundo, ella que pensó que odiaría al muchacho, ó al menos no podría quererle, porque su corazón estaba lleno y saturado del cariño á Serafina, lloró de alegría cuando vió en sus brazos á aquel par de muñequillos, menudos como cominos, rojos como cerezas y lindos como querubines.

– Mi corazón es de goma, decía la señá Tomasa; le tenía *too* lleno con el cariño de mi niña, pero tan lleno, tan lleno, que creí que no podría querer á un muchacho y ahora resulta que quiero á dos, pero cómo los quiero, Dios mío! Pobreticos, si son tan remonos!

No sintió celos Serafina al ver que su abuela prodigaba á sus hermanitos las caricias que fueron antes sólo para ella, sino que por el contrario ayudó á la *señá* Tomasa en la tarea de decir ternezas y palabras como miel á los gemelos.

Hermoso cuadro formaban la abuela teniendo en sus brazos á uno de los niños que sobre ella aun parecía más chiquitín, y la nieta sosteniendo al otro y acariciándole y besándole mientras le llamaba: *Riquín! Mono! Pichoncito!*

Bautizaron á los niños y les llamaron: Anselmo á uno é Inocencio al otro.

La madre no podía criar á los dos y se decidió, en consejo de familia, dar uno para que lo criasen en un pueblo próximo á Madrid. Esta decisión tomóse prontamente, pero al llegar á resolver cuál de los dos niños quedaría en casa y cuál había de ser enviado fuera, promovióse viva discusión.

Anselma desde el primer momento del nacimiento mostró preferencia por aquel á quien había puesto su mismo nombre y de plano decidió que ella criaría á Anselmito No se opuso Tadeo, pues no encontró razón para ello, mas la *señá* Tomasa no fué de la misma opinión.

– ¡Caramba con la mujer! decía; yo ya sé que uno de los dos ha de ir fuera, pero eso de que ella sin dudar ni un momento diga: yo me quedo con este .. ¿Es uno hijo de Dios y el otro del diablo? ó es que uno tiene estrella en la frente y el otro pata de burro? Yo no quiero preferencias: vaya uno; pero designe la suerte quién ha de ser. No elija la madre demostrando que uno ha de ser el querido y mimado y el otro correr la suerte de mi Serafinita.

Tres horas largas duró la cuestión entre suegra y nuera, sin que ni una ni otra se dieran por convencidas.

– La baraja lo dirá, decía la *señá* Tomasa: á aquel á quien le toque el as de oros que se quede y...

– Déjese V. de brujerías, interrumpió Anselma; Anselmo nació antes, es el mayor y debe quedarse.

– Pues Inocencio es el pequeño, y el más delicado, y el que más cuidados necesita y debe quedarse.

– Pues se hará mi santísima voluntad: ¡ea! que yo soy su madre.

– Y yo soy su abuela, y si me apuras mucho, cojo á Serafinita y á los dos muñecos y me voy, y yo los querré á los tres iguales y buscaré una cabra que tenga leche para los dos y... No pudo continuar porque el llanto la ahogaba.

– Vaya, madre, no diga V. tonterías. Anselmo se ha de quedar y lo demás es ganas de chillar por no estar callada. Tan grande como es V. que parece un castillo y siempre está V. con las lágrimas fuera.

– Querrás que todas seamos como tú, que tienes los ojos más secos que el río de mi pueblo en verano y el alma más dura que la peña de la Mola, que según en el pueblo dicen, mil hombres con otros tantos martillos no pudieron partirla?

Así continuó la discusión hasta que aparentemente cedió Anselma y convino en que la suerte designaría cuál de los dos niños había de quedarse, pero diciendo para sus adentros, que si la suerte era contraria á Anselmo no respetaría su fallo y haría su voluntad aunque para ello fuera preciso reñir con su suegra y con su marido y con el mundo todo.

Satisfecha la *señá* Tomasa porque al fin se imponía su voluntad, corrió á comprar en una tienda cercana una baraja y volvió con ella diciendo:

– Dios dirá quién debe quedarse.

Hallábase Anselma aún en la cama, teniendo en ella á los dos niños.

La *señá* Tomasa separó de la baraja el rey de oros y el de espadas y colocándolos sobre una mesa dijo señalando al de oros: este será Anselmo y este otro Inocencio. Después barajó muchas veces el resto de las cartas y llamando á Serafina dijo:

– Corta, hija, con la mano izquierda y dí por quién empiezo; por Anselmo ó por Inocencio?

– Por Inocencio, dijo la niña, que es el más chiquitín; y al decir esto dividió en dos montones la baraja.

Con gran emoción comenzó la *señá* Tomasa á decidir la suerte de sus nietos. Inocencio, Anselmo, Inocencio,

Anselmo, decía mientras iba echando una carta en cada montón. A la mitad de la baraja próximamente, el as de oros cayó en el montón de Anselmo.

–¿Lo ve V., madre? dijo Anselma y en su cara se reflejó una gran alegría.

–Bueno, dijo la abuela, ahora ya estoy contenta; –mas su cara no dió señales de que tal contento fuera cierto, sino por el contrario, no pudo disimular cierto disgusto.

En aquel instante uno de los niños comenzó á llorar.

–¿Cuál de los dos llora? preguntó la abuela.

–Anselmo, respondió la madre.

–¡Ah pillo! replicó la *señá* Tomasa levantando la sábana para contemplar á sus nietos. A caballo y gruñes, tunante! mira este pobrecito Inocencio, qué bonachón! ¡Angelito! ni siquiera adivinas que te espera una gran pena, ni te quejas, ni lloras y van á separarte de tu madre.

–¿Se lo van á llevar? interrumpió Serafina, yo no *tiero*, yo no *tiero* que se lleven á mi *helmanito*.

Acalló la *señá* Tomasa el llanto de su nieta, cogió á Inocencio en sus brazos y con él y Serafina fuése á otra habitación. El niño seguía durmiendo, su abuela y su hermanita le contemplaron durante largo rato. Serafinita, cansada por el llanto, durmióse también á los pies de su abuelita, apoyando su linda cabecita junto al cuerpo de su hermano. Así transcurrió una hora. ¿Quién sabe lo que durante ella pensaría la *señá* Tomasa? No debía ser muy alegre cuando lágrimas se desprendían de sus ojos. Sobre el sonrosado rostro de Inocencio cayó una lágrima que pareció una gota de rocío sobre el tierno capullo de una rosa.

Al siguiente día lleváronse á Inocencio á Pinto para que lo criase una pobre mujer que días antes había visto morir á su hijo.

Serafina al ver que se llevaban á su hermano comenzó á llorar de tal manera, que fué preciso prometerla que al siguiente día iría ella con su hermano.

–Pero es que yo *tiero* tener á los dos, decía la niña, *polque* yo *tiero* á los dos, á los dos nenes.

–La hija da ejemplo á la madre, pensaba la *señá* Tomasa.

Pasaron cinco años.

La *señá* Tomasa había muerto de una congestión cerebral.

Serafina se había quedado huérfana de cariño.

Su madre no maltrataba su cuerpo, pero ¡ay! laceraba su alma con una indiferencia hacia ella inexplicable, pues la niña tenía todas las bondades y todas las bellezas imaginables.



EN EL PATIO DE LA ALHAMBRA, cuadro de A. Fabrés

En el alma de Anselma no había delicadezas, ni cariño, ni debilidades más que para Anselmo. A pesar de esto Serafina no sentía envidia, ni mucho menos odio, por su hermano. Señal cierta de lo angelical de su alma, pues el niño sin ser malo tenía todas las impertinencias de los niños mimados con exceso. Tiranuelo de cinco años mortificaba á su hermana, que le servía de niñera, y ¡ay de ella si el niño profería alguna queja! Si Anselmo deseaba jugar, Serafina había de jugar por fuerza; si lloraba el niño había de acallarle, si deseaba dormir había de acostarse con él y estarse en la cama, inmóvil y casi sin respirar para que Anselmito no se despertara, y á pesar de esto, Serafina adoraba á su hermano, pero le adoraba con adoración mezclada de respeto, considerándole como si fuera un ser superior.

Por esta época Tadeo exigió que volviera á casa Inocencio.

Recibióle Serafina con grandes muestras de cariño y también su madre, mas muy pronto cesaron por parte de ésta los agasajos de los primeros días.

Inocencio echaba de menos á su ama de cría y lloraba sin cesar. Su llanto exasperaba á la madre.

–Este chico no me quiere, –decía. ¡Y cómo había de quererla, si cuando alguna caricia recibía, decíale al instante que se la otorgaba porque el deber, mas no el verdadero amor lo ordenara!

Anselmo, que todo lo poseía en aquella casa, recibió á Inocencio como á un intruso que fuera á arrebatarle algo. Cuando la madre por compasión acariciaba al aldeano, como llamaban á Inocencio, Anselmo sentía terrible envidia, que su madre consolaba apartando á Inocencio y dando á Anselmo ruidosos besos y cuanto se antojaba al tiranuelo.

Serafina vino á ser la manzana de la discordia entre los dos hermanos y la víctima de los furores de su madre.

Si envidia y celos sentía Anselmo cuando su madre acariciaba á su hermano, mayor era su ira porque, según pensaba, Serafina quería más á Inocencio y jugaba más con él.

El pobre aldeanito, parece que llegó á comprender su situación y ahogó sus lágrimas, pero ya casi nunca sonreía. Por su hermana sentía entrañable cariño y sin embargo alejábase de ella y hasta parecía mostrarle desvío.

Un día Serafina, triste, muy triste, con los ojos humedecidos, le preguntó en un momento en que se hallaban solos:

–Dí, Inocencio, ¿no me quieres?

–Sí, *helmanita*, te *tiero* mucho, mucho, mucho, *pelo* no me beses delante de Anselmo ni de mamá.

Cuando llegaban las horas de comer, temblaba el pobre Inocencio; por cualquier cosa que hiciera reñíale su madre con tal dureza, que ya ni á comer se atrevía. La irritación de la madre fué creciendo hasta el punto de que el niño apeló al recurso extremo de no comer.

Un día Inocencio se negó en absoluto á probar bocado.

–Pero ¿qué te pasa? le preguntó la madre.



KADRA SAFA, cuadro de Federico Stahl

El niño guardó silencio.

–¡Ay Dios mío! este chico me va á matar á disgustos. Condenado! pillo! coge tu plato y vete á comer al infierno.

Inocencio sin replicar una palabra y con los ojos bajos cogió su plato y se fué á comer detrás de la puerta de la cocina. Al poco rato Serafina pidió permiso para ir á acompañarle y su madre se lo concedió diciendo:

–Sí, vete, ve á ver si le pasa algo.

Inocencio la recibió sonriendo y le dijo:

–¿Vienes á *comel* conmigo, *helmanita*? ¡qué gusto! dame un beso *ahola* que no nos ve Anselmo.

Desde entonces aquel sitio fué el comedor de Serafina é Inocencio.

Los dos hermanos hicieron una especie de pacto: durante el día, Serafina no demostraba su cariño inmenso á Inocencio, pero cuando la noche llegaba y todos dormían, el niño pasábase á la cama de su hermana y abrazados se dormían y soñaban juntos que su madre los adoraba como á Anselmo.

Una mañana Inocencio apareció enfermo y con síntomas de sarampión. La madre apresuróse á llevar á Anselmo á la casa de una amiga para evitar el contagio. Quiso también llevar á Serafina, pero ésta se opuso y consiguió su deseo porque ya había pasado la enfermedad.

Durante tres días fué feliz Inocencio: su hermana no se separaba ni un instante de su lado y podía sin temor alguno manifestarle su cariño. A los tres días se declaró una difteria tan terrible que á las pocas horas murió Inocencio.

La última frase que en su delirio pronunció fué:

–Sí, *helmanita*, te *tiero* mucho, mucho, mucho, pero no me beses delante de Anselmo ni de mamá.

Para entretener á Inocencio durante su corta enfermedad habíanle dado una baraja, la misma que sirvió para decidir que fuera él quien saliera de su casa.

Serafina recogió días después aquella baraja y vió que faltaban dos cartas que Inocencio había roto, el rey de espadas y el as de oros.

Ricardo Revenga.



la emperatriz teresa del brasil † en 28 de diciembre de 1889

EL FERROCARRIL INCLINADO

DEL MONTE PILATOS (SUIZA)

El éxito asombroso conseguido por el ferrocarril del Righi movió á los ingenieros y capitalistas suizos á escalar otra montaña, fijándose desde luego en el Pilatos, que como aquél se alza junto al lago de Lucerna y desde el cual se domina un panorama más vasto é interesante que desde el primero. Comprendiendo que la cremallera del Righi no ofrecía bastante seguridad, dadas las espantosas tormentas que á veces se desencadenan en el Pilatos y dado que se trataba de una pendiente media de 36 por 100 y de 48 por 100 como máxima, estudiáronse varios sistemas de cremalleras verticales y se vió que este modo de explotación era algo peligroso. Entonces se adoptó el propuesto por el coronel Eduardo Locher análogo al antiguo ferrocarril Fell del Monte Cenis y consistente en ruedas dentadas que engranan con una doble cremallera con dientes laterales: esta cremallera se compone en realidad de dos cremalleras verticales adheridas por su cara posterior á un rail central formado por un hierro Zorés.

La distancia vertical que separa á Alpnach (punto de partida) de la cima del Pilatos es de 1,634 metros; la longitud de la vía es de 4,295, divididos en 2,215 en secciones de línea recta y 2,080 en curvas, cuyo radio varía desde 80 á 100 metros; la anchura de la vía es de 80 centímetros. El trazado sigue en lo posible los accidentes del terreno y no hay como obras de fábrica más que un viaducto y varios túneles; á causa de la gran pendiente el balastro ha tenido que ser reemplazado por mampostería cubierta de baldosas de granito en las cuales están ajustadas las traviesas de hierro en T sujetas por fuertes pernos que sostienen los rails.

La cremallera es de acero Martín y está formada por piezas de 3 metros de longitud y los hierros Zorés sobre que descansan van fijos á otras traviesas en T ajustadas á la mampostería. La diferencia de temperatura (– 20° en invierno y + 40° centígrados en verano) ha sido tenida en cuenta en la colocación de los railes y de la cremallera y los resultados hasta ahora obtenidos son satisfactorios.

El juego de ruedas dentadas horizontales y, por ende, con el eje vertical se compone de dos pares de éstas, uno colocado en la parte baja donde va la máquina y otro en la parte alta del vagón: el primer par sirve de fuerza motriz, el segundo de fuerza directriz y en caso necesario de freno. Para asegurar el engranaje de las ruedas motrices hay dos ruedas horizontales fijadas en los ejes de las mismas que abrazan la *longrina* de hierro Zorés, que sostiene la cremallera, y que por ambos lados están en contacto con las paredes verticales de esa longrina.

Como la adherencia no entra para nada en el arrastre del tren, el peso del motor dejaba de ser un factor de la fuerza de tracción é interesaba, por lo mismo, reducir todo lo posible la carga que debía arrastrarse. A este efecto la locomotora y el vagón de viajeros están dispuestos en un mismo armazón; el motor ocupa la parte baja y en cuanto á la caldera, á fin de evitar los peligros de una diferencia de nivel del agua, va colocada perpendicularmente al eje de la vía: su longitud es de 2'02 metros, la superficie de calefacción de 20 metros cuadrados y la presión de 20 atmósferas; el diámetro de los cilindros es de 228 milímetros, y la longitud recorrida por los pistones de 30 centímetros. El vehículo vacío pesa 5.700 kilogramos, y con su carga completa, es decir con 32 viajeros, el conductor y dos maquinistas, 10 toneladas y media: su longitud total es de 10'40 metros, su anchura máxima de 2'20, la distancia entre los ejes de 5'20 y la velocidad media de 3'6 kilómetros por hora.

Estos coches han sido construídos por la «Sociedad Suiza para la construcción de locomotoras y máquinas» de Winterthur, que tenía expuesto uno en la última Exposición Universal de París. El vehículo descansa sobre dos ejes y sólo va fijado en el centro del de delante: la parte destinada á los viajeros está dividida en cuatro compartimentos de ocho asientos cada uno y el suelo y los asientos están dispuestos de modo que los viajeros permanezcan siempre en una posición horizontal.

Los dos pistones de la máquina accionan directamente sobre un árbol con manivelas, que da 180 vueltas por minuto y que por medio de un engranaje hace girar la rueda central de un erizo montado sobre un árbol auxiliar. A cada lado de la rueda central el erizo se completa por medio de una rueda de ángulo que engrana con una rueda cónica ajustada al eje vertical de la rueda motriz correspondiente que á su vez engrana con la cremallera. Estas ruedas de ángulo del erizo no forman una sola pieza con la rueda central sino que giran libremente sobre el árbol, pero cuatro clavijas móviles las obligan á seguir la rotación de la rueda central. Gracias á este sistema se compensan las diferencias de trayecto que en las curvas se presentan entre la parte de cremallera interior y la cremallera exterior y las dos ruedas motrices trabajan por igual.

En este ferrocarril se han multiplicado las precauciones para la mayor seguridad de los viajeros, pues además de los frenos (uno de aire comprimido y dos á mano), hay un sistema automático que obra por rozamiento sobre las dos ruedas dentadas superiores cuando á la bajada la velocidad excede de 1'30 metros por segundo; y para los casos de tempestad violenta hay unos grifos que pueden clavarse en los rebordes de los railes é impedir que el viento levante el tren.

La línea ha costado 2.050.000 francos, material inclusive, y ha sido construída por secciones ascendentes que se terminaban por completo antes de comenzar la siguiente sirviendo los trozos terminados para el transporte de materiales.

El ejemplo de este ferrocarril, como el del Righi, del Vesubio y otros, demuestra que gracias á los progresos de la ingeniería y á los adelantos de la metalurgia no se vacila actualmente en acometer empresas que en otro tiempo se habrían calificado de irrealizables. En materia de ferrocarriles inclinados, especialmente, puede decirse que ya no existen obstáculos y que en día no muy lejano no habrá una sola montaña, un solo pico por elevados que sean y con tal que ofrezcan algún interés, que no sean escalados por una de estas pequeñas vías férreas.

(De *La Nature*)

(Copias de fotografía)



Fig. 1. – Vista del ferrocarril del Pilatos. – Paso de la *Matalp*.

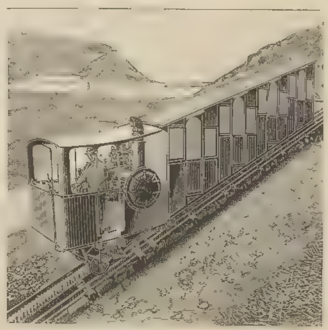


Fig. 3. – Locomotora y vagón del ferro carril del Pilatos.



Fig. 2. – Ferro carril del Pilatos. – Entrada del segundo túnel.

Imp. de Montaner y Simón



AÑO IX — BARCELONA 3 DE FEBRERO DE 1890 — NÚM. 423

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

S. M. EL REY DE ESPAÑA ALFONSO XIII
copia de una fotografía de Debas

El vivísimo cuanto natural interés con que España entera ha seguido el curso de la reciente enfermedad del augusto niño, asociandose á las zozobras que por espacio de tantos días han lacerado el corazón de su digna madre y abriendo con ella el ánimo á la esperanza, según las alternativas que presentaba la dolencia, nos ha inducido á publicar un retrato del pequeño monarca español. De su exacto parecido es prueba irrecusable el ser copia fiel de uno de los últimos retratos fotográficos de Alfonso XIII hecho por el señor Debas, tan experto en su arte.

Al contemplar el rostro de ese niño que ya en su tierna infancia lleva impreso el sello de una precoz reflexión y al que hace más simpático el tinte de prematura gravedad que en él se advierte, compréndese la ansiedad con que se procuraban adquirir frecuentes noticias de la marcha de la dolencia, así como la compasión que á todas las almas generosas inspiraba el dolor de la Regente, á quien, tanto como á la ciencia, debe España la conservacion de su monarca.

Siempre despiertan lástima y conmiseración los afanosos desvelos y la aflicción con que toda madre ve al hijo de sus entrañas próximo á perder la vida, pero cuando esta madre es tan ejemplar como doña María Cristina, y este hijo una criatura inocente, aquellos afectos se convierten en admiración por la mujer y en gratitud á la reina que con su solicitud ha contribuido á salvar al príncipe en quien todo un pueblo tiene puestas sus esperanzas.

DANZA DE LAS ESPADAS EN MONTENEGRO
cuadro de P. Joanovich

Los montenegrinos son un pueblo sumamente sobrio y contentadizo, porque su pobre país, árido y montañoso, nada les ofrece de cuanto constituye el regalo de la existencia. Así que solo el trabajo y la guerra sean la base sobre que asientan todas sus ilusiones, y de aquí que su principal orgullo consista en ostentar siempre sus armas perfectamente limpias y bien conservadas, armas que para el montenegrino constituyen su principal adorno, y de las que jamas se separa, llevándolas consigo lo mismo cuando se halla entregado al duro trabajo de cultivar la tierra que cuando reposa de las fatigas del día. Siendo esto así, á nadie extrañará que este pueblo celebre los sucesos para él más memorables, como son el nacimiento de un heredero del trono, el matrimonio de una princesa, ó el fin de una campaña victoriosa, haciendo gala de su destreza en el manejo de las armas y de su carácter belicoso, ejecutando la tan conocida cuanto pintoresca danza de los yataganes, y tantos otros simulacros del mismo género. Nuestro grabado representa un animado grupo de montenegrinos contemplando la danza de las espadas, que ejecuta un viejo con verdadero vigor juvenil. Basta contemplar sus expresivos y duros rostros, su mirada magnética y sus miembros robustos y vigorosos, para comprender que estos hombres jamás se someterán al yugo del extranjero.

GENIO Y FIGURA....., cuadro de Pietro Salvini

El vejete de este bello cuadro podrá haber perdido en gran parte la figura de su edad juvenil, mas á juzgar por la afición con que dirige chicoleos á la no despreciable Maritornes de la posada y á la fruición con que parece tocar su brazo, más ó menos mórbido, ha conservado el genio tan lozano como en sus verdes años. Este inocente desliz del anciano no debe ser muy del gusto de su venerable esposa, que si á su vez ha perdido también algo de la figura, conserva en cambio no menos entero el genio poco sufrido que debe haberla distinguido siempre, pues le llama al orden dirigiéndole con la punta del zapato, por debajo de la mesa, una sentida insinuación para que se abstenga de propasarse con la fruta del cercado ajeno, por sabrosa que sea.

El asunto de este cuadro es de un realismo simpático, y como los tres personajes que en él figuran están trazados con la soltura y expresión que son indispensables á los cuadros de género, y además el grabado hecho con tal maestría que ha dado nuevo realce á la obra del pintor, se le contempla con gusto.

LOS NIÑOS Y EL CORDERO, cuadro de Rubens

El original del encantador grupo que reproduce nuestro grabado se encuentra en el Museo imperial de pinturas del Belvedere de Viena.

El asunto, cuya delicada sencillez no puede expresarse en toda su grandeza, no necesita explicación, como tampoco necesita encomios su ejecución artística. Basta el nombre del gran maestro flamenco para comprender la importancia de cualquiera de sus obras. Su fantasía, que abarcó todo el mundo sensible; el horizonte que vislumbraron sus ideas artísticas y la grandiosidad de sus composiciones, nos los manifiestan sus numerosísimos cuadros con sus grandes rasgos característicos, muy por encima de cuantos tratan asuntos históricos, religiosos y mitológicos. Generalmente suélese recordar, junto con

S. M. EL REY DE ESPAÑA



ALFONSO XIII

copia de una fotografía de F. Debas

el nombre de este artista, sus grandes cuadros y su fuerza creadora, y se olvidan aquellos en que representa escenas infantiles, alegres é ingenuas, de género, siendo así que no se manifiesta menos el talento creador de Rubens en éstos que en aquéllos.

Cuatro cuadros presentados en la Sección de Bellas Artes de la Exposición Universal de París

Los que representan nuestros grabados, debido el primero al pincel de la hábil retratista holandesa Mlle. Schwartze, el segundo, un Grupo de gatos, hecho por M. Lambert, el tercero titulado *Devoción*, diestramente trazado por M. Vallander, y el cuarto, el Laboratorio municipal de París, han llamado con justicia la atención por el armonioso conjunto de sus condiciones artísticas en el reciente certamen celebrado en la capital de Francia, donde tantas obras se han ofrecido á la admiración de los aficionados é inteligentes.

Puesto que éstos los han distinguido con su aplauso, nosotros no podíamos dejar de dar acogida á su reproducción por el grabado en las columnas de este periódico.

Por lo que toca á sus respectivos asuntos, son tan sencillos y se comprenden tan fácilmente, que nos relevan de toda descripción.

EL SUBMARINO PERAL

Según las noticias últimamente recibidas de las pruebas hechas en Cádiz con este buque submarino, el resultado ha sido lisonjero por demás y ha respondido cumplidamente á los propósitos y esperanzas del estudioso inventor. El *Peral* no sólo ha permanecido mucho tiempo sumergido, no sólo dispara torpedos con trayectorias admirables, sino que recorre por debajo del agua largas distancias tan absolutamente invisible que ni agita en su marcha la superficie de las ondas, ni con los mejores anteojos puede divisarse el sitio en que se encuentra. Nosotros, al aplaudir de todo corazón tan brillante éxito, que de tan cumplida manera responde á las constantes afirmaciones del autor, deseamos que se hagan sin tardanza las pruebas oficiales que sancionen definitivamente la utilidad y práctica de tan asombroso invento.

Por nuestra parte, coadyuvando en nuestra esfera á ofrecerlo á la pública admiración, además de los grabados insertos ya en otros números, incluimos en el presente otros dos que representan al torpedero submarino flotando en la superficie del mar y en el acto de sumergirse.

SUPLEMENTO ARTISTICO

EL CÁNTARO ROTO, cuadro de N. Bonnat

Si se ha de dar crédito al refrán, este cántaro debe haber ido tantas veces á la fuente que al fin se ha roto, lastimoso contratiempo que deja reflexiva, quizá por primera vez en su vida, á la pobre muchacha, la cual medita en las consecuencias que para ella pueda tener la rotura y en el modo de remediar la involuntaria falta.

En cambio, del autor del lienzo puede decirse que no es esta la primera vez que ha roto cántaros, ó, prescindiendo de metáforas, que su pincel ha manchado más de un lienzo, pues la figura de la joven italiana revela, en su aspecto, en su actitud, en lo marcadamente meridional de su tipo, y en toda su factura, un profundo estudio del natural así como un conocimiento perfecto de los toques y de sus efectos que acreditan á Bonnat de experto conocedor en el arte que profesa.

LAS TRES SAETAS

Así como en los pueblos de ambas Castillas, los labriegos que vuelven de sus faenas se entretienen en las largas noches del invierno, al calor del hogar, en leer, releer y comentar las hazañas de los *Siete Pares de Francia*, y sus victorias contra el almirante Balán y los gigantes Fierabrás y Ferragús; del mismo modo, con igual interés, y con mejor criterio (puesto que sus héroes no son exóticos ni casi fabulosos como los de la narración francesa) los montañeses catalanes recuerdan la verídica historia del conde Berenguer y de Torquil *el arquero*.

Hela aquí:

I.

En el año de 1083, el conde Berenguer de Barcelona, impulsado por su insaciable ambición y por la predilección que siempre tuvo hacia las comarcas valencianas, sitiaba la ciudad de Valencia. Las grandes obras de defensa que en ella había y la tenaz resistencia de sus habitantes, hicieron que se prolongara el sitio y que el sitiador esperase á rendirla por hambre.

Durante el cerco, el conde Berenguer pasábase cortas temporadas en el castillo de Denia, que había ya caído en su poder, y entretenía su forzada inacción en volar la cetrería en aquellas campiñas pintorescas.

Y en verdad que en el mes de abril del susodicho año, tal distracción no podía ser más agradable. El campo valenciano, en la primavera, tiene un encanto especial, no sólo por la amenidad de su vegetación sino por una especie de efluvio que despide y enerva apaciblemente al cuerpo é influye en la imaginación con voluptuosidad inexplicable.

Una mañana que el Conde, rodeado de sus cetreros, *levantaba* sus halcones y gerifaltes, acaeció un incidente, que demuestra una vez más, cuánto influyen en algunas ocasiones las causas pequeñas en los grandes resultados de la vida. Un halcón de la raza de los halebrandos, que aun no había *entrado en campaña*, y que por consecuencia permanecía con el capirote, deshízose de éste, no se sabe cómo, y emprendió un vuelo bajo hacia una cañada.

El tal pájaro debía ser el genio malo de Berenguer, puesto que le impulsó hacia el precipicio.

El Conde á caballo y los cetreros á pie, corrieron en pos del halcón escapado, y el primero, que llegó antes que todos, detúvose junto á una escarpada pendiente por donde bajábase á la cañada.

Miró hacia el fondo de ésta, por ver de descubrir al ave fugitiva, y quedóse inmóvil y como embebecido.

II.

Había en lo hondo de la cañada, en una planicie bastante extensa en donde descollaban algunas moreras, una casita blanca, toda rodeada de plantas parásitas y enredaderas. A la puerta, bajo los verdes festones de una parra, y sentada sobre un asiento de yeso anexo á la pared, estaba hilando una mujer. Era joven, y sólo el que ha visto á las huertanas de Valencia podría comprender la belleza y expresión de su incomparable tipo. Tenía en su rostro, en su garganta y brazos desnudos, *el color de la tierra*, esto es, el del arroz maduro, en una epidermis dura, fina y satinada, como se usa por aquellas comarcas. Los ojos eran valencianos por lo grandes, y andaluces por la llama intensa que despedían, y su boca se plegaba en una mueca de incomparable gracia. Sus manos descarnadas y algo largas, ponían el rocadero á la rueca, y uno de sus piececitos calzado de marroquí negro, ó séase cordobán, golpeaba impacientemente el suelo.

En este momento vióla el conde Berenguer, y como ya se ha dicho, quedóse embelesado.

Olvidó al halcón que huía, y hasta el cerco de Valencia: lo olvidó todo en la contemplación de aquella espléndida hermosura que ante sus ojos se ofrecía.

Algunos cetreros habían llegado al lado de su señor; éste les dijo:

– Esperadme aquí.

Y después comenzó á descender solo, por una senda mal diseñada y pedregosa que conducía al fondo de la cañada.

Dirigióse hacia la casita. La hilandera le vió aproximarse, pero no se movió de su sitio, tranquilizada sin duda por el buen aspecto del Conde; mas cuando llegó éste, dejó la rueca y púsose en pie.

El Conde, aunque no sentía sed, como pretexto para entablar conversación y para quizá entrar en la casa, la dijo:

– Gentil cañera, ¿puedes darme un poco de agua?

– Voy á servir á su señoría; – y como viese que Berenguer hacía ademán de seguirla, sacando rápidamente un taburete de madera labrada que había junto á la puerta, repuso:

– Sentaos, señor, y reposad.

– ¡Ah! – dijo el Conde, – ¿temes que entre en tu morada?

– Yo no temo nada, pero me he propuesto que nadie pise mi hogar en ausencia de mi marido.

– ¡Tu marido! y ¿quién es ese feliz mortal?

– Un hombre á quien amo y que me ama.

Y dichas estas palabras, entróse la hermosa en su casa y volvió á salir inmediatamente trayendo una alcarraza de barro y un cubilete, en una batea de madera, todo ello lleno de sutiles labores.

Vertió agua en el cubilete y se le ofreció al conde.

– ¡Por quien soy! – dijo éste, después que hubo bebido, – que todos estos enseres son de un trabajo primoroso.

– Obra de mi marido, señor, que es muy mañero.

– ¿Y quién es tu marido, del que tanto te ocupas? ¿qué hace?

– Guerrear y quererme.

– ¿Es soldado?

– Arquero, señor, el más diestro de Valencia y Aragón.

– ¿Sería por ventura Torquil?

– Precisamente: ¿conocéisle, señor?

– No, pero la fama de su habilidad ha llegado á mí. Dicen que hace tiros fabulosos, que mata al vuelo los vencejos.

– Así es, señor.

– ¿Guerrea ahora?

– Hállase con el Cid Rodrigo en la campaña de la Rioja, pero no tardará en volver; pues según noticias está para terminar con la rendición de la fortaleza de Alfaro.

– Enhorabuena, pero de todos modos, lástima es que tan garrida persona como tú eres, viva retraída en sitio tan agreste. Parécesme una perla oculta en el fondo del mar.

– Señor, – dijo ella poniéndose seria, – habéis ya satisfecho la sed y si no tenéis otra cosa que mandarme...

– ¿Me despides?

– Os ruego que me permitáis atender á mis quehaceres.

– Eres asaz huraña.

– Nó, precavida, señor. Dicen que soy hermosa, y en verdad que lo siento, pues esta lindeza ya me ha causado disgustos. Los grandes señores, como poco tienen qué hacer, ocúpanse en cosas que no debieran.

– ¿Por ventura, alguno te ha requerido de amores?

– Pluguiese al cielo que así no fuera.

– Es que una vez vistos, no es posible resistir á tus encantos.

– Señor...

– Y yo, el conde Berenguer de Barcelona, te digo en puridad que si quisieras...

– Basta, señor, – interrumpió la joven, – no me traigáis los disgustos que me acarreó el conde D. García Ordóñez. Debéis saber que no por fútil motivo, hémonos retirado mi marido y yo á tan apartado lugar. ¡Dios os guarde! – Y dicho esto, entróse en la casa, dando, como vulgarmente se dice, al Conde con la puerta en los hocicos.

Estuvo éste á punto de insistir, pero se contuvo y fué á reunirse con sus cetreros.

III.

Desde aquel día la imagen de la hermosa habitante de la cañada perseguía á Berenguer: era una especie de obsesión de la que no podía librarse.

Intentó por todos los medios vencer el desdén de la arisca beldad, pero no pudo conseguirlo.

Los obstáculos acrecentaron la pasión ó capricho del Conde; y siguiendo las costumbres de aquellos tiempos en los que era inconcebible que una *villana* pudiera resistirse á un caballero, determinó obtener por la fuerza lo que no había podido conseguir de buen grado.

A las altas horas de una oscura noche, encaminóse sigilosamente á la cañada, acompañado de diez hombres de armas. Llamó á la puerta de la solitaria casita, y como no le abriesen después de dar repetidos golpes, mandó que sus gentes forzasen aquélla y penetró en la morada seguido de algunos de los suyos. Allí, en la segunda pieza, halló una mujer tendida en el suelo y privada de sentido: el sobresalto sin duda habíala reducido á aquel estado.

Lo que allí sucedió fácil es adivinarlo.

Los satélites del Conde habíanse salido al exterior, y algún tiempo después, al romper el día, presentóse Berenguer en la puerta, en el preciso momento en que un hombre bajaba precipitadamente por la escabrosa senda que conducía á la cañada.

Aquel hombre, joven, alto y fornido, llevaba un arco atravesado al pecho á guisa de bandolera, un pequeño zurrón colgado de la cintura al lado izquierdo y un saetero al lado derecho.

Era Torquil el arquero, que volvía de la guerra.

Al asomarse á la cañada, á la luz del alba, había visto un grupo de hombres de armas á la puerta de su casa, é inquieto y admirado, bajó la pendiente casi precipitado.

Llegó á la puerta de su casa pocos instantes después de haber salido de ella el conde Berenguer, aproximóse al grupo y con voz jadeante de emoción y cansancio gritó:

– ¿Qué es esto, qué queréis á estas horas en mi casa?

El Conde supuso quién era, y viéndole requerir el arco, en vez de contestar, dijo á los suyos:

– Atad á ese hombre.

Echáronse los soldados sobre Torquil, que golpeaba violentamente la puerta de su casa en el momento en que se presentó en el umbral Marieta, que así se llamaba la mujer del arquero, pálida y con las ropas y cabellos en desorden.

– Torquil, – exclamó sollozando y señalando á Berenguer, – Torquil, ese es el felón, ese es el infame! – Y se dirigió á socorrer á su marido á quien los hombres de armas habían conseguido sujetar después de una desesperada resistencia.

– Encerrad á esa mujer en su casa, – mandó el Conde á los suyos.

Tres ó cuatro de estos condujeron, ó más bien arrastraron á Marieta al interior de su morada.

Torquil, presa de un paroxismo de desesperación y atado de pies y manos, se retorcía en el suelo, pugnando por romper sus ligaduras, increpando al Conde y á los suyos con los más ofensivos dicterios.

El orgullo de Berenguer no pudo resistir á aquella ofensa. ¡Un miserable arquero denostando al conde de Barcelona! Aquello era inaudito.

– Amordazad á ese hombre y apaleadle, – dijo á los suyos.

Y dada esta orden, sin mirar á aquel á quien había ofendido, montó en su caballo, que un escudero tenía de la rienda, y comenzó á alejarse siguiendo un sendero abierto en lo bajo de la cañada.

Se ignora si el conde Berenguer volvió á ocuparse de Marieta; es de suponer que saciado su brutal apetito no pensase más en ella.

IV

Cuando estrechaba más y más el cerco de Valencia y á punto de rendirse esta ciudad, supo el Conde que venía á socorrerla el temible campeador Cid Rodrigo de Vivar que estaba entonces en el apogeo de su gloria y de su fortuna. Berenguer, que sólo tenía una cualidad culminante, la actividad, distrajo algunas fuerzas del ejército sitiador, hizo alianza con Alfagib, rey de Denia, que deseaba vengarse de antiguas ofensas del guerrero castellano, y con numerosa hueste morisca, catalana y francesa, salió al encuentro de éste, que sólo traía siete mil hombres de guerra.

Encontráronse ambos ejércitos en tierra de Albarracín.

El Cid ocupaba las alturas de una cordillera. El Conde desafióle en una carta insolente á que bajase á la llanura: hízolo así el Campeador y dióse la batalla, que después de diversas peripecias, fué una gran victoria para los castellanos.

Berenguer y sus principales caudillos fueron hechos prisioneros, con cinco mil soldados más.

El Cid, sentado en un estrado de su tienda, recibió al Conde que deseaba hablarle, pero no consintió en oirle, sino que con acento airado le dijo:

– Por insolente, no por prisionero, os desprecio, y en prueba de que es así os dejo en libertad. Volveos á Valencia para que pueda venceros por segunda vez. Idos.

Berenguer se retiró confuso y humillado, y cuando salía de la tienda seguido de algunos de los suyos, cruzó el aire una saeta y vino á clavársele en el ojo izquierdo.

Cayó en tierra el Conde vencido por el dolor, fué auxiliado y curado con esmero y pudo restablecerse, aunque quedando tuerto como es consiguiente.

Al arrancar la jara del ojo herido, notóse que en el palo traía arrollado un pergamino y en él un letrero que decía así:

«Al ojo izquierdo del conde Berenguer en castigo de haber ultrajado á una mujer honrada.»

Nadie pudo averiguar la procedencia de aquella flecha; pero el paciente recordó á Torquil el arquero.



DANZA DE LAS ESPADAS EN MONTENEGRO, cuadro de P. Joanovich

Aprovechándose de la generosidad del Cid, y curado de su herida, volvió Berenguer á Valencia, que con la esperanza de socorro, aun no se había rendido. Temía aquél el empuje del Campeador, pero confióse en los accidentes de la fortuna, y además apercibió una nave en el puerto para huir en caso necesario.

No se engañó en sus suposiciones. El Cid no pudo auxiliar á aquella ciudad, porque vínosele encima su mortal enemigo, D. García Ordóñez, conde de Nájera, á quien ya anteriormente había vencido, pero que repuesto de sus derrotas consiguió reunir un poderoso ejército.

Alentado Berenguer por este obstáculo que se oponía al Campeador, estrechó con más rigor á la ciudad que sitiaba, diezmada por el hambre. Apoderóse del arrabal de Alcudia y entonces los sitiados negociaron la rendición. El Conde esperaba á los mensajeros frente á la puerta de Alcántara, cuando sintió un golpe y un dolor penetrante en el ojo derecho y cayó del caballo.

Era una segunda saeta, que como la primera llevaba un pergamino arrollado en el que se decía:

«Al ojo derecho del conde Berenguer, en castigo de haber ofendido á un esposo y mandado apalear á un hombre.»

V

Estuvo el Conde en grave peligro, mas por fin entró en vías de curación, merced á la ciencia de un médico árabe llamado Abiabar. Apenas se mejoró un poco, hizo levantar el sitio de Valencia, cuyos moradores seguían resistiendo á causa de la desgracia acaecida al caudillo sitiador. Pidió éste que le trasladaran al castillo de Denia y allí, encerrado entre cuatro paredes, según expresión vulgar, atendió á su restablecimiento.

Hallábase ciego.

Operóse sin duda una gran reacción en su carácter. No permitía que le hablaran de cosas de gobernación ni de guerra. Indicáronle que debía buscarse al arquero que disparó la fatal saeta, que debería estar en Valencia; pero él prohibiólo terminantemente: quizá le remordía la conciencia

Apoderóse de él un pánico terrible, hízose rodear de grandes precauciones de seguridad y no salía de su aposento. Cuando se halló restablecido trasladóse á la fortaleza de Sarriá en la cordillera de Monjuich haciéndose llevar en una litera chapeada de hierro.

Indudablemente le preocupaba la idea de una tercera flecha que pudiera alcanzarle; así es que una vez ya en la fortaleza hizo abarrotar menudamente todas las ventanas y tragaluces de esta.

No salía jamás al exterior y sólo paseaba entre murallas apoyado en el brazo de su antiguo maestresala.

Pero no sé quién ha dicho que la precaución atrae el peligro, y así fué respecto al conde Berenguer. En la suerte de este desgraciado príncipe hay algo de castigo providencial.

La plataforma del castillo era honda y estaba almenada. El Conde había mandado tapiar de argamasa los huecos de las almenas con objeto de tomar sin peligro el aire libre, que habíanle recomendado los médicos.

Una calurosa mañana, después de una noche de tormenta, paseaba el Conde por la plataforma guiado por su fiel servidor. La imprevisión de las gentes de la fortaleza no había notado que parte de una almena y el rompimiento anexo estaban derruidos á consecuencia, sin duda, de algún rayo ó exhalación. Al llegar á este sitio, y antes de que el maestresala pudiera advertir el hundimiento, Berenguer que andaba, siguiendo el lado izquierdo del almenaje, sintió un golpe en el corazón y cayó á tierra instantáneamente.

Habíale herido una tercera saeta, que como las anteriores tenía un pergamino arrollado, en el que se consignaba este fatal estigma:

«Al corazón del conde Berenguer. Ojo por ojo, diente por diente, vida por vida. Marieta, muerta de vergüenza y de dolor, está vengada.»

———

Esta es la historia del conde Berenguer. No sólo los campesinos la comentan sino que algún poeta popular ha escrito sobre ella un romance en dialecto catalán vertido al castellano por el inolvidable Roberto Robert, cuyo final dice así:

¡Permita el cielo que haya
Para quien falta á la ley,
Las flechas que hubo Torquil
Para el conde Berenguer!

F. MORENO GODINO

LOS LADRONES

Los eruditos y los filólogos han consignado que el nombre de España, *Hispania*, tiene origen fenicio y que significa, en la lengua que por entonces se hablaba en Tiro, país ó tierra de conejos.

Perfectamente: nuestros antiguos descubridores tomaron la tierra de España por una inmensa conejera. No está mal definida, porque verdaderamente los conejos abundan en nuestros montes, nuestros valles y nuestros sotos.

Pero si el nombre ha de responder á la cosa que más carácter da al país á que se aplica, por su abundancia, como la Bahía de los mosquitos, por los muchos que hay en aquella región americana, y Costa de Oro, en Africa, por el mucho polvo aurífero que por ella se extrae, bien pudo y debió llamarse España país de los ladrones, por los muchos y muy ilustres que hubo en todos tiempos, con maravillosa variedad en especies, géneros y personas.

De este modo, en vez de tener á España por una inmensa y prolífica conejera, se hubiera llamado la gran ladronera, y los fenicios no hubieran tomado, como les sucedió, el rábano por las hojas.

Y no hay que escandalizarse por ello, ni fruncir desdeñosamente los labios:

Arrojar la cara importa
Que el espejo no hay por qué.

Lo saben todos los chicos de las escuelas, y lo saben en verso, que es lo peor.

Viriato guerrero,
Pasando de pastor á bandolero, etc. etc.

Portugués ó español, el Guadiana no hace al caso, lo mismo tiene! Y vaya si Viriato nos prestó por entonces un gran servicio!

Los ladrones en España han tomado todas las formas y han pertenecido, y aun pertenecen algunos, que es lo más malo, á todas las clases sociales.

Los ladrones legendarios, los tomadores, los espadistas, los rateros y los ratas. Los que visten capa y marsellés; los de chaqueta, los de blusa, los de levita y á veces frac y corbata blanca: contratistas algunos de estos últimos, y más usureros otros que el Matatías de *Robinson*.

Los caminos reales, y aun los ferrocarriles á veces, tienen sus ladrones en cuadrilla que se las componen á tiro limpio. Las encrucijadas, sus sorpresas y sus secuestros, hechos en general con muchísima finura y gran respeto á los robados. Las calles, las plazas, las iglesias, los teatros y todos los sitios de gran concurrencia en nuestras poblaciones cuentan con un escogido contingente de tomadores y rateros.

La administración pública, acaso por no ser menos, registra en sus anales, muy á menudo por cierto, irregularidades, filtraciones, desfalcos y fruta por el estilo. Cuando puede ser metálico ó billetes de banco, mejor, pero sino,



GENIO Y FIGURA..... cuadro de Pietro Salvini





EL CANTARO ROTO, [illegible]



LOS NIÑOS Y EL CORDERO, cuadro de Pedro Pablo Rubens, grabado por Weber

Existente en el Museo Imperial de Pinturas de Belvedere de Viena



RETRATO DE MLLE. T. SCHWARTZE, hecho por ella misma

hay que contentarse con carpetas de la deuda y efectos timbrados. Y la verdad es que para una deuda de quince ó veinte mil millones de reales, deuda impagable que tiene la nación, cinco ó seis millones más ó menos es una bicoca.

Diego Corrientes, Jaime el Barbudo, el Renegado, José María *el tempranillo*, Juan Caballero, el Barberillo de Estepa, Caparrota, Navarro, los niños de Ecija, los Botijas, los dos Pacheco, el niño de Baenes, Melgares y el Bizco del Borja, antes y después de la Santa Hermandad; antes de la Guardia civil, con la Guardia civil y después de la Guardia civil, á pesar de todo; ladrones legendarios de esta tierra de España; divinizados en el teatro; elevados al cubo en las novelas; socialistas de abolengo; repartidores de la propiedad á su manera; aquellos de quienes dijo un poeta, poco más ó menos:

Que si á los ricos robaban,
A los pobres socorrían.

Con lo cual queda establecida la compensación; pléyade de gigantes, pasasteis para no volver.

Ahora, en el presente momento histórico, estamos por la astucia y la destreza. Nos decidimos por los monederos falsos, por los suplantadores de firmas, por los empleados que se pasan de listos, por los bolsistas que no se prestan á liquidar nunca y con algunos carteros avezados á guardarse para sí la correspondencia de los demás, no por curiosidad, seguramente, no hay que hacerles semejante ofensa, sino por si viene dentro algún billete ó libranza utilizable.

Más que el *dengue* y el *trancazo*, y el mismo cólera morbo, nos abruma esta plaga.

Un día dijo O'Donnell, que era hombre que decía cada verdad como un puño, que España era un presidio suelto.

Pues nada: sigue suelto todavía.

Porque además de los ladrones de profesión, que son muchos, roban los ladrones de afición, que son más. Ya saben nuestros lectores la calamidad que siempre son los aficionados: lo mismo al arte de Talía, que al de Rossini ó Caco.

Diz que los lacedemonios premiaban el robo hecho con habilidad. Aquí no habría cruces ni distinciones para tanto.

Los Juanes y los Pedros y las *Menegilaas* que van á la compra y sisan al menudeo, cosa que al fin no da motivo á que las Cortes se ocupen de ello, como de las sisas en el Ayuntamiento de Madrid, de ejemplo edificante para las demás corporaciones municipales del reino; los vendedores que no sólo escatiman, sino que merman los géneros en las espuertas de cada uno de aquellos sirvientes, para que les dé, y sobre, qué regalar diariamente á los últimos, y los mercaderes que miden metros, canas ó varas incompletos, no son, en puridad, mas que ladrones de afición. Los honradísimos empleados que prefieren enterarse de la cosa pública por los periódicos, precisamente en las horas de oficina, á calentarse la cabeza en informar y resolver expedientes, esos no roban más que la paga que cobran, y esto es todo.

Los contrabandistas... estos no roban más que al tesoro, que de puro robado ya no le hace mella. Señoras y caballeros, muy caballeros y muy señoras por otra parte, se suelen contar con fruición cómo á la vuelta de una expedición veraniega se la han pegado á interventores y carabineros; lo mismo en la frontera de Francia y en la línea del Ebro, que en la del Guadiana, en San Roque como en Algeciras; aparte de los contrabandistas de pelo en pecho que se ocupan en tirar al blanco sobre los carabineros y sus jefes, y aparte también de las muy respetables casas mercantiles que, por quitarse de ruidos, pretenden entenderse con los empleados y agentes del fisco.

Los que toman dinero por un servicio que no prestan, los que prestan embrollando la liquidación, los peritos tasadores que se equivocan siempre en un sentido, los vistas miopes y los que padecen de daltonismo y por lo tanto todo lo ven del color del dinero y los... y los... y los.., aquí puede ponerse toda la gente fina y ordinaria que se quiera, todos roban sin temor de Dios.

Los que afanosos de hacer felices todas las localidades de España abandonan todos sus asuntos, si es que algún asunto tienen, y se dedican á la carrera de concejal, que la entienden á maravilla:

Los jugadores de ventaja que van á golpe seguro:

Los descendientes y universales herederos de Candelas:

Las muchas doña Baldomera que andan por el mundo:

Algunas sociedades de emigración y de liberación de quintos:

Los que con infidencia manejan dotes y patronatos:

Todos ellos y ellas son aventajados discípulos de Mercurio, de Gestas y de Caco.

Nuestros gobernantes vieron, y vieron bien, que el ramo de Higiene andaba mal y se lo traspasaron, con todas sus incidencias y consecuencias, á los respectivos Ayuntamientos desde los Gobiernos civiles donde radicaba. Efectivamente, andaba mal, pero ahora dicen que anda peor.

En cuanto á los robos sacrílegos van perdiendo la gracia, con esto de la plata Meneses y la plata Ruolz, y aun la depreciación de la misma plata de ley.

No hay que cansarse. Si el precepto de no robar se mantiene firme en el Código religioso y en el civil, ni hay confesores en España que puedan con tanta absolución como se necesita, ni jueces ni jurados que no se cansen, ni presidios donde quepan los delincuentes. Por ello, y repetimos el dicho del Gran Cristiano, hay que convenir en que es España un presidio suelto, como que dentro no caben todos los ladrones que andan por fuera.

Nosotros llevamos á Cuba, con la religión y la cultura y la lengua y las costumbres, la mala costumbre de robar. Por eso hay en Cuba tanto bandolerismo y tanto incendiario y tanto secuestrador; tierra fertilísima como es, ha dado su fruto; sin que tampoco falten en las repúblicas americanas del continente, que son al cabo de origen español.

No hay *buffet* donde no se tomen, ó se quiten, es lo mismo, guardándolos *para luego*, los cigarros; ni faltan fracs con bolsillos de hule para llevarse el jamón y otras menudencias.

En cuanto á islas, tenemos las Marianas, ó de los ladrones. Estas islas no pueden, ni deben, pertenecer nunca más que á España.

Nosotros saqueamos á Roma en tiempo de Carlos I, según la historia, con una especie de fruición místico-religiosa, de que aun conservan memoria los palacios de los cardenales de la Ciudad Eterna.

Nosotros, por robar, robamos hasta lo que no nos sirve. De modo que el carácter distintivo español en general es noble, valiente, sufrido y generoso, pero ladrón.

Bien podía San Dimas, que es el único ladrón que según nuestras noticias ha entrado en el cielo, pedir á Dios una modificación, ó una transferencia de crédito para quitarnos á los españoles semejante sambenito.

AGUSTÍN GONZÁLEZ RUANO.

CAMBIO DE FRENTE

Sesenta y cinco años de edad con reuma y gota por contera, una renta enorme, la faja y los entorchados de teniente general, no tener familia, la conciencia remordiendo antiguos pecadillos juveniles, vivir en un hotel de la Castellana, sin más compañía que la de asalariados domésticos, son circunstancias que cada una por sí sola pudiera haber sido parte, ya de dicha, ya de infortunio; pero que todas juntas, como sucedía en el general Guzmán, infaliblemente producen la desgracia, el mal humor y las ganas de maldecir á todo el género humano. Así el infeliz general había criado una fama tal de hombre arisco, intolerable, imposible, que nadie quería tratarse con él; y ni aun á doble precio gustaban los del gremio de sirvientes ejercer cerca de él sus funciones. Sólo Anselmo, el portero, había echado raíces en la casa, y esto se explicaba por ser Anselmo muy buen hombre en primer lugar, resignado y sufrido por demás, y en segundo, por haber sido asistente del general, allá en los gloriosos días de la guerra de Africa.

Faltábale mucho á Lola, la hija de Anselmo, para ser una hermosa muchacha, tal y como por acá concebimos el ideal de la belleza en la mujer. Más bien alta que baja, su cuerpecillo mostraba esa esbeltez quebradiza, poco sólida, graciosa si se quiere, de las hijas del pueblo de Madrid; pero que no es resultado como en las Venus que nos legaron los escultores clásicos, de la sublime armonía y exquisita elegancia de las líneas y formas, sino de la falta de formas y verdaderas líneas. El cuello era largo, delgado y blanco, y sobre él descansaba una cabecita, sofocada por la abundancia de pelo castaño, casi negro, y ennoblecida por la expresión muy viva é inteligente de unos ojos pardos, más graciosos que grandes. Lo peor de la faz estaba en la nariz, que era pequeña y algo remangada. La boca en cambio se pasaba de amplia; pero no la jugaba mal, y tenía igualitos y bien cuidados los dientes. El conjunto era verdaderamente agradable, y como se reunía que la chica era lista y parlanchina, y se sabía que era buena, había por demás para que Pepe bebiese, como bebía, en efecto, los vientos por ella.

Era este Pepe un mocetón que allá en su pueblo, hacía ya unos diez años, siendo él un niño de doce, fué sacado



POR TURNO, cuadro de M. Lambert



DEVOCIÓN, cuadro de Vallander

de la casa de sus padres, humildísimos labradores, por el cura del lugar que tuvo, entre muchísimas virtudes y muchísimos aciertos, la debilidad de creer que Pepito era listísimo y madera á propósito para hacer de él un santo varón, docto en teología y ejemplar sacerdote. En casa del buen cura cursó Pepe la gramática, y á expensas del mismo párroco siguió luego más finos estudios en el Seminario de X. Pero al llegar á los veinte años, ó porque su protector había muerto ó por ser él tornadizo ó porque Dios no le llamaba por el camino del sacerdocio, lo cierto es que abandonó la teología, y se vino á Madrid, dispuesto á conquistar España entera en un par de meses, ó sea, á que lo eligiesen diputado á Cortes y en seguida ministro, y ainda mais. Una de las ideas fundamentales de Pepito cuando dejó el Seminario, era que siendo seglar es fácil ser ministro de la corona; y habiendo leído y oído muchas veces que lo verdaderamente arduo y digno del hombre, no es conseguir las grandezas mundanas, sino despreciarlas y hacerse superior á ellas, se figuraba con modestia que dejando él de pretender esta superioridad, con facilidad suma encontraríase al nivel de todas las pompas terrenales, y sólo con dar oídos al tentador tendría á la mano reinos y señoríos sin cuento.

Pero se equivocó, y lo único que por lo pronto halló en Madrid fueron malas caras, puertas cerradas, días sin pan y hasta noches sin más abrigo que el del firmamento.

Con todo esto, á los tres ó cuatro meses de su entrada triunfal por la Puerta de Toledo, daba compasión el antes rollizo seminarista de X. Por lo enjuto parecía la vera efigie de D. Quijote. Y de ropaje andaba tan mal que aquellos ya no eran pantalones, ni americana, ni sombrero hongo, sino un mero pretexto para que no lo metiesen en la cárcel por andar en cueros por las calles.

Y no era esto lo peor, sino que á Pepe le faltó la paciencia y la resignación cristiana, con las que de seguro hubiese hecho más llevadera su miseria, y se dedicó á maldecir, no sólo de los hombres, sino de aquellas cosas altísimas, sagradas y tremendas, contra las que ningún sér creado debe volverse nunca sin reverencia suma...

Se hizo ateo. Renegó de la religión de sus padres. Decía que, pues él, siendo tan buena persona, no tenía qué comer, era absurdo suponer la infalibilidad del Pontífice romano.

Estas y otras cosas disparatadas y desesperadas las decía, entre ternos de carretero y lamentos que á cualquiera hubieran movido á lástima, á un primo suyo, zapatero de lo viejo, establecido en un mal cajón, casi al final de la calle de Serrano. Llamábase el Crispín Calixto, y en el barrio le decían D. Calixto, por respeto al bosque de barbas que lucía bajo su recta nariz judaica y que le daba un aspecto venerable de viejo rabino. Era hombre de muy cortos alcances, aunque no de mal corazón; leía *El Cencerro* todos los lunes y *El Motín* todos los jueves; pasaba por buen demagogo, enemigo de curas y frailes, y entre él y un cochero de punto, que junto al cajón tenía la parada, hubiesen sido capaces de prender fuego á Madrid para acabar de una vez con las pillerías de ricos y tonsurados.

En el cajón de Calixto solía guarecerse Pepe cuando no encontraba más cómodo alojamiento. Por las tardes, de dos á cuatro, allí se le hallaba sin remedio, disertando con el zapatero y con el cochero acerca de los problemas más trascendentales.

– Pero ¿cuándo acabamos con el Papa? preguntaba el cochero.

– ¿Cómo quiere V. que acabemos con él si el rey de Italia está vendido á la curia? – Esta observación era de Pepe.

Pepe disparataba á sabiendas de que lo hacía por secreto y malvado espíritu de venganza contra el género humano, que no atendía, como debiera, á satisfacer las necesidades del misérrimo seminarista.

Y como suele suceder, cada vez le iba pareciendo á él que sus disparates eran menos disparates, esto es, que á fuerza de mentir iba creyendo ó tomando por verdades sus propias mentiras.

Calixto y Roque, el cochero, oían á Pepe como á un oráculo.

Anochecía una hermosa tarde de primavera. Por la puerta del cajón de Calixto entraban á tibios raudales los efluvios fragrantes de las vecinas acacias... El zapatero, arrimado á la ventana, procuraba sacar el partido posible de los últimos resplandores del día para rematar un par de botas que le habían encargado con urgencia aquella mañana. Pepe y Roque, sentados en sendos taburetes de madera, en lo más oscuro del interior del cajón, acompañaban con su charla la angustiosa faena.

– ¡Maestro! ¿y mis botas?

Así dijo desde la calle, con vocecita fresca y atiplada, una muchacha que no era otra que Lola, la hija de Anselmo.

– Mira, Lolilla, en la mano las tengo... Si te aguardas cinco minutos te las llevas.

– Tengo mucha prisa, D. Calixto.

– ¡Andarás de novenas ó setenarios! Mira, chicuela, con más gusto acabaría las botas si fueses á lucirlas en un baile.

– ¿Y V. qué tiene que ver con eso, D. Calixto? ¿Lleva usted más barato á las que van de baile?

– No; pero me da grima que las mozas de búten como tú crean en curas y sacristanes...

– ¡Dale bola!... Y qué pelma es V.!... Acabe las botas y en paz... Pues, sí señor, que tengo que cenar de prisa y corriendo para irme á las *Flores de Mayo*.

– ¡Las flores de Mayo! Ja, ja, ja! exclamó el zapatero.

Lola se quedó cortada. Interiormente se decía en aquel momento:

– ¡Y quién me habrá mandado á mí traer mis botas á este tío!

– No tienes razón, dijo una voz que salió de lo más oscuro del humilde establecimiento. Las flores de Mayo son una devoción poética, y muy propia de las niñas bonitas.

– Ahora sales con esas, Pepete?

– Sí señor, y no seas burro, que una cosa es que los hombres discutamos con libertad, y otra que respetemos las creencias de los demás.

Ninguno de los allí presentes entendió ni una palabra de lo que Pepe quería decir; pero á Lola sonó aquello á defensa de las flores de Mayo, y por lo mismo le fué simpática la voz que lo decía.

Pepe se levantó y salió. Lola pudo verlo á la dulce penumbra crepuscular que ya reinaba en la calle. Le pareció un señorito mal trajeado, y la verdad, no le pareció feo. Este juicio no era injusto; porque aunque Pepe no fuese un Adonis ni un Apolo, para lo que en hombres se estila, no resultaba mal.

En tono desabrido, dijo Pepe: *Buenas noches;* y á paso largo se alejó de allí.

– ¿Quién es ese? preguntó Lola sin poder contener la curiosidad propia de su sexo, en cuanto Pepe se hubo marchado.

– Ahí le tienes, dijo sentenciosamente Calixto. Ese muchacho que ves tan mal trajeado sabe más que todos los curas juntos, y ya debía de ser por lo menos alcalde primero y no es más que un pelagatos con más hambre que un maestro de escuela, con unas boqueras que ya, ya... No tiene casa, ni hogar, y si uno no tuviera una miajita de consideración, vamos al decir, de caridad, ya se habría muerto por esas calles... Hombre de bien sí es; pero ¿qué vale eso en estos tiempos?

– ¡Pobrecito! exclamó Lola.

Y ¡cosa rara! Este ¡pobrecito! siguió vibrando mucho tiempo en el corazón de Lola. Sin saber por qué, una inmensa lástima se apoderó de ella hacia el desconocido; llegó á figurarse que aquel amigo de Calixto era uno de esos genios legendarios que ocultan bajo la capa de la miseria los más vastos proyectos y las ideas más fecundas y salvadoras. ¿A qué contar aquí de qué manera llegaron á ser novios Pepe y Lola? Baste decir que lo llegaron á ser, y que se amaron con delirio.

La fuerza y la gracia eran los componentes de aquella unión. Pepe quería con verdadero delirio á su Lola; pero era un amor el suyo, más semita que aryo, amor lleno de celos frenéticos, como el que siente el árabe por la bella odalisca, el amor de la tragedia... El amor de Lola, por el contrario, era dulce y afectuoso, tímido y altivo casto. Lola era la heroína posible de un idilio; Pepe el posible protagonista de un drama, de esos que suelen acabar mal. El drama y el idilio reunidos formaban unas relaciones honestas en que por cada hora de ternura se contaban once de discusiones y verdaderas riñas. Pepe gritaba como un energúmeno; Lola lloraba: ambos estaban en su papel.

Pepe se opuso resueltamente á que Lola siguiera yendo al taller. Y Lola, débil ante las exigencias de Pepe, se hizo fortísima ante las reconvenciones de su madre y ante los ásperos mandatos de su padre. Se empleó contra ella hasta la violencia física; hubo golpes y amenazas horribles... Nada: todo se doblegó ante aquel valor que precisamente se fundaba en el miedo que tenía la niña á su novio.

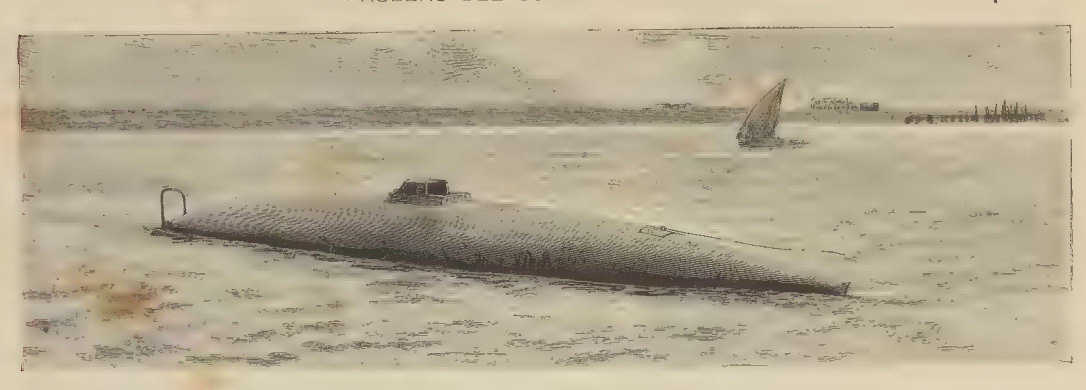
* * *

Mientras tanto, el general allá arriba, en su lujoso departamento, se daba tanta prisa á maldecir, á regañar, á rabiar consigo mismo y con los demás, que ya era un problema saber de qué términos podría valerse para maldecir más, regañar más y más rabiar. Los criados no paraban en la casa ni dos días. Al último ayuda de cámara hubo que indemnizarle con más de 1000 pesetas una he-



EL LABORATORIO MUNICIPAL DE PARIS, cuadro de F. Gueldry

PRUEBAS DEL SUBMARINO «PERAL»



EL SUBMARINO Á FLOTE



EL SUBMARINO SUMERGIÉNDOSE

rida que S. E. se había servido abrirle en la cabeza con la punta de una bota de montar, que le arrojó en uno de sus frecuentísimos accesos de ira. Ya no había cocinero, ni cocinera, ni pinche; la comida venía de Lardy todos los días. Finalmente, el perro Chou dió en ladrar cuando Su Excelencia conciliaba el sueño, y S. E., no pudiendo sufrir esto, aunque tenía cariño al animal, se levantó cierta noche de la butaca en que dormía, y cogiendo al pobre animal por las patas se fué con él á la ventana, y con una tremenda maldición al demonio, lo tiró, con tal violencia, que al llegar al suelo del jardín no era el infeliz can sino un informe revoltijo de huesos, carne y sangre Anselmo, Marta y Lola se levantaron sobresaltados, creyendo que el general había concluído consigo mismo, esto es, que se había suicidado. Cuando vieron que el cadáver no era el del general, sino el del perro, Lola no pudo contener las lágrimas, y Marta, furiosa, decía á su marido:

– Mira, vámonos de aquí ahora mismo. El mejor día lo hace con nosotros... Ese hombre ya no es una fiera, es un demonio salido del averno... A mí me da miedo estar aquí... Esta casa huele á azufre... ¡Pobre Chou!... tan hermoso y que tanto quería á su amo!...

Por arriba se oían puertas abiertas y cerradas con violencia suma, puñetazos dados sobre muebles, cristalería rota con estrépito.

– ¡Pero si ha debido volverse loco! dijo Anselmo, y subió al principal del hotel.

– ¿Qué quieres, borrico? – fué la salutación con que lo recibió el general. – ¿No te tengo dicho que te bajes el perro? Si lo hubieras hecho, me habrías evitado ahora el disgusto de matarlo... Animal, zopenco, grandísimo pillo...

Anselmo, cuadrado ante el general, no rechistaba.

– Y ya lo oyes. Tu mujer me está faltando al respeto y alborotando la vecindad. Esto es insufrible... Ahora mismo bajo á romperle la cabeza.

Anselmo se acercó á una ventana, y gritó:

– Marta... A callar!

Pero ¡qué! Marta se iba á callar! Bajo su cortesanía afectada de portera de casa grande, conservaba íntegra la madre de Lola, no sólo su altivez de castellana vieja, sino toda su rudeza de mujer del pueblo mal educada. ¡Y estaba hasta el moño!

– ¿Qué me he de callar? Ni tú debes callarte tampoco... Pues no faltaba más! Yo me voy en cuanto amanezca con mi hija, y si tú quieres quedarte con ese loco, quédate... Pero la hija de mi madre no sufre ya más barbaridades.

– Métase V. la lengua en donde le quepa, rugió el general asomándose á la ventana. Y tenga cuidado no baje yo á sacársela...

– Baje V., gritó Marta poniéndose en jarras en actitud de desafío, desbordados ya y en el paroxismo todos sus instintos de chula. Baje V. si tiene alma... Generales á mí... ¡Viejo gotoso!... ¡Cobardón!... Con perros se atreverá V.!

– ¿Oyes? ¿oyes? decía el general á su fiel Anselmo. ¿Oyes á tu mujercita? Anda con esa... ¡La que parecía una malva!

Y cosa rara, se calló y se metió para adentro, no sin despedir antes á Anselmo. No se le volvió á oir en toda la noche.

Y toda la noche Anselmo y Marta siguieron disputando. En una sola cosa convenían: en que habían dejado de ser porteros del hotel. ¡Buen genio tenía el general para tolerar lo sucedido!

Apenas amaneció, Marta empezó á tomar sus disposiciones para verificar la mudanza que se imponía. En esto andaba ocupada cuando oyó que llamaban á la puertecilla de cristales del pabelloncito porteril.

Acudió, y no sin sorpresa vió que el qué llamaba era el general.

– No, pues si este viene á pegar, quizás encuentre la horma de su zapato.

Y se puso en guardia.

– Buenos días, dijo el general en tono casi afectuoso. Y ¡qué fuerte le da á V. por la muerte de un perro!

El tono del anciano desarmó á Marta. No supo qué decir. Sólo se atrevió á balbucear:

– Señor...

– Nada, demonio, hace V. bien. Es V. una mujer de alma... Así me gustan á mí las gentes... Aquí todo el mundo se empeña en darme la razón siempre, y eso no puede ser; eso es insufrible. Si yo hubiera tenido á mi lado valientes como V. y no papanatas y pazguatos del demonio, otro gallo me cantara y nos cantara á todos... Marta, desde hoy, V. y yo somos amigos; cuando yo sienta la necesidad de rabiar la llamaré á V. y nos pelearemos... Eso cría buena sangre.

Y el general, sonriéndose, se salió á la calle.

Lo cierto es que el general desde aquel día se humanizó extraordinariamente con la familia de Anselmo, y que, aunque á éste seguía llamándole bruto, animal, zopenco y otras cosas por el estilo, tenía con él ratos de expansión y confianza que hacía tiempo que no se veían en el feroz anciano.

– Tú eres un hombre feliz, díjole un día mientras Anselmo le limpiaba la ropa (como se habían marchado todos los domésticos, Anselmo tenía que hacer de ayuda de cámara). Eres un hombre, repito, felicísimo, y yo de buena gana cambiaría por tu pobreza y tu dicha mis entorchados, mi sueldo y mis posesiones.

– Señor...

– Lo que oyes. Tú tienes quien te quiera desinteresadamente, y yo no. Tu mujer es una gruñona del demonio; pero es tu mujer, y sería capaz de dar por tí la sangre de sus venas. Tu hija es un prodigio de gracias y de talento...

– Que ahora, señor, se ha empeñado en no ir al taller en que ya nos ganaba siete reales...

– Y hace muy bien, animal, hace muy bien. En esos talleres no aprenden las niñas cosa buena. Pero vosotros sois unos usureros de marca mayor que por siete reales sois capaces de entregar vuestras hijas al demonio...

– Pero, señor, piense V. E. que la mujer que quiere ser honrada, ella sola se guarda, y que con lo que yo gano no hay para empezar...

– Ladino, tú quieres que yo te suba el salario...

– ¡Oh!... no señor.

– No me vengas con chilindrinas... Te conozco perfectamente desde que me limpiabas la ropa y me preparabas el caballo, allá en Africa... ¡Oh, qué tiempos aquellos! ¿te acuerdas, Anselmete? Eran mejores tiempos que estos. Yo no tenía un cuarto; mi paga de coronel la pegaba en el bolsillo del habilitado... Pero era feliz... Y qué gusto me daba ver el regimiento tan hermoso y lucido, que la víspera de la batalla de Tetuán me dijo O'Donnell: Guzmán, con tres regimientos como éste me voy derecho á Fez...

– ¡Como que el regimiento de V. E. era el mejor del ejército!

– Mío no, era el regimiento de todos, el tuyo también... Pero quedamos en que tú quieres más jornal.

– No, no señor, de ninguna manera.

– Vamos. Desde hoy cuenta con diez reales de plus, siete por los que deja de ganar tu hija, á la que desde hoy nombro mi costurera, y tendrá la bondad de repasar mi ropa blanca, y tres por los servicios que me prestas de ayuda de cámara.

Angel Salcedo Ruiz.

(Se continuará)

Imp. de Montaner y Simón

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO IX — BARCELONA 10 DE FEBRERO DE 1890 — NUM. 424

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



RETRATO DE DANIEL URRABIETA VIERGE, dibujado por Paul Renouard

Recuerdo del banquete ofrecido a este aventajado dibujante español por todos sus colegas parisienses, con motivo de haber sido nombrado caballero de la Legión de honor

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

RETRATO DE DANIEL URRABIETA VIERGE

facsímile y dibujos del mismo

Véase el artículo biográfico de este distinguido dibujante, así como el titulado *La Alternativa*, que se insertan en este número.

«LES CLAQUEURS,» acuarela de J. Beraud

Nadie ignora que en Francia se ha dado el nombre onomatopéyico de *claqueurs* á ciertos individuos que en los teatros desempeñan el poco envidiable cometido de aplaudidores de oficio, y que en nuestro país, en donde se ha implantado también por desgracia esa exótica profesión, se les conoce con el calificativo de *alabarderos*, *arroceros* y otros no menos expresivos.

Esta clase de gente constituye en París una verdadera corporación, perfectamente organizada, con sus jefes y directores, sueldo fijo y gajes, de todo lo cual se dió en uno de los últimos números del *Salón de la Moda*, que se reparte con esta *Biblioteca Universal*, una explicación bastante detallada.

Remitimos pues á nuestros lectores á lo allí manifestado para que se formen una idea más completa de lo que representa la bonita acuarela de Beraud, que ha llamado con justicia la atención en el pabellón de los Acuarelistas, de la reciente Exposición Universal de París. M. Beraud es un artista que reune á sus incontestables cualidades de excelente dibujante y hábil colorista, un profundo talento de observador, de suerte que en sus obras no se ve una línea falsa ni un tipo descuidado: todas parecen fotografías, y quizás por esto mismo se ha contemplado con preferencia á otras obras la que reproduce nuestro grabado, pues en ella habrá visto el público parisiense tipos sobrado conocidos en las galerías de los principales coliseos.

EL PRÍNCIPE DE SAGAN

retrato al pastel por M. Gervex

Después de yacer en el olvido largos años el arte de la pintura al pastel, ha renacido ahora con relativo vigor, y habiéndose constituido en París una sociedad de pastelistas que cuenta ya en su seno bastantes individuos, ha expuesto muchas obras en un pabellón especial, que formaba parte de la Sección de Bellas Artes de la Exposición Universal de 1889.

Entre dichas obras figuraba el retrato del príncipe de Sagán, personaje distinguido de la elevada sociedad parisiense, organizador de fiestas y reuniones, y por consiguiente más conocido en los salones del gran mundo que en los círculos políticos ó científicos. M. Gervex, autor de este retrato, es un artista de valía, pero que sufre el influjo de los centros aristocráticos á que concurre, y se dedica por tanto á retratar damas de ilustre alcurnia, reproduciendo minuciosamente todos los refinamientos de la coquetería y enamorándose de la elegancia rebuscada de las formas mas que de las sencillas galas de la naturaleza. Esto no obsta sin embargo para que se manifieste concienzudo en la expresión del rostro y en la pureza de sus líneas, ni para que aplique el color con verdadero conocimiento, por lo cual sus obras son apreciadas, y el exacto parecido del retrato del príncipe de Sagán ha contribuído á aquilatar su renombre.

REGRESO DE M. E. STANLEY

Tenemos la satisfacción de incluir en este número dos grabados referentes al gran explorador. El primero es su retrato, que aunque ligeramente trazado en el momento de su llegada al Cairo de regreso de su última expedición, es de un parecido exactísimo.

Cuantos lo comparen con los retratos publicados hace pocos años por todas las Revistas ilustradas así como con las fotografías expuestas al público, echarán desde luego de ver la gran mudanza ocasionada en su rostro por las fatigas y penalidades de su larga y accidentada excursión por un país enteramente desconocido y en el que ha tenido que allanar toda clase de obstáculos, opuestos á su marcha por la naturaleza ó por los hombres. Stanley ya no es el gallardo joven que se dió á conocer en el mundo entero cuando su primer viaje á Africa en busca de Livingstone: el clima, las enfermedades y las privaciones, soportadas durante sus frecuentes viajes al interior del Continente negro han marchitado su anterior lozanía y dado á sus facciones un tinte de prematura vejez: sus cabellos se han vuelto blancos y su mirada, sin carecer de su acostumbrada expresión, no tiene ya el brillo de otro tiempo. Afortunadamente, su cuerpo conserva aún la energía y vigor de siempre, y su robusta constitución, que le ha salvado de tantas pruebas y le ha hecho salir incólume allí donde tantos otros han perecido víctimas de la insalubridad del país, todavía le permitirá seguir prestando inapreciables servicios á la causa de la ciencia y de la civilización.

Un corresponsal inglés, que acaba de conferenciar con él en el Cairo, le compara con dos hombres, famosos también en los anales africanos, el general Gordon y el capitán Burton, y dice que Stanley tiene los ojos del primero y la boca fina y enérgica del segundo.

La llegada del célebre viajero al Cairo ha sido un verdadero acontecimiento. Jamás se había aglomerado en la estación del ferrocarril, tan considerable muchedumbre deseosa de festejar al viajero que acababa de recorrer 5,000 millas á pie por el interior de Africa, y que al regresar al seno de la civilización, parecía ocuparse, más que de sí propio, de la seguridad de los compañeros que le han seguido con tanta abnegación.

Autógrafo de M. Stanley.

En el segundo de los referidos grabados, copia de una fotografía sacada en la agencia consular inglesa de Zanzíbar, se ve á Stanley con los compañeros que han tenido la suerte de regresar de su peligrosa expedición; en primer término están los jefes de ésta, sentados en el suelo: los demás son los conductores ó mozos que han llevado por espacio de tanto tiempo y desde tan considerable distancia, las cargas y equipajes del famoso viajero.

DANIEL URRABIETA VIERGE

Hace pocas semanas, el 5 de diciembre último, se reunía en el pintoresco *Auberge des Adrets* de París un centenar de personas, entre las que figuraban los pintores, dibujantes y grabadores más conocidos de aquella capital así como los individuos del Jurado de Bellas Artes de la Exposición Universal, y varios literatos, editores y representantes de periódicos ilustrados.

El objeto de esta reunión era dar una prueba de afecto, simpatía y admiración á un compatriota nuestro, á Daniel Urrabieta Vierge, más conocido en aquel emporio de las artes por su segundo apellido, ofreciéndole y celebrando en su honor un banquete costeado por suscrición, con motivo de haberle otorgado el gobierno francés, cual merecida recompensa de sus trabajos, la cruz de caballero de la Legión de honor.

Nunca como en esta ocasión quedó confirmado el aforismo de que «el arte no tiene patria,» pues los comensales, dando al olvido el origen extranjero del artista por ellos obsequiado, sólo veían en él al genuino representante de una de las ramas de las Bellas Artes, y le festejaron tan fraternal y sinceramente como si hubiese visto la luz en las orillas del Sena.

Pero Vierge vino al mundo en las del Manzanares. Fué su padre el conocido y popular dibujante D. Vicente Urrabieta, autor de los dibujos, ó valiéndonos de un galicismo que ha tomado ya carta de naturaleza entre nosotros, *ilustrador* de casi todas las obras que en España se publicaron por entregas desde el año 1854 al 1870.

Niño aún, entró Daniel á aprender los primeros rudimentos del dibujo en la Escuela de Bellas Artes, siendo natural que le aleccionara y le hiciera adquirir afición al arte la constante labor de su incansable padre, artista apreciable por muchos conceptos. Allá por el año 1867 trasladóse éste á París con su familia, y el joven Urrabieta, que á la sazón tendría diez y seis años, hubo de pasar por todos los sinsabores y amarguras que la fatalidad reserva al talento desconocido y modesto.

Como á menudo sucede, favoreciéronle al principio de su carrera circunstancias inesperadas y ajenas por completo al reconocimiento de sus brillantes cualidades. Con motivo de la guerra franco-prusiana y del sitio de París que debía terminarla, halláronse los periódicos parisienses ilustrados escasos de colaboración artística, y tuvieron que aceptar, prescindiendo de exigencias, la que la suerte les deparaba. Fortuna fué para *Le Monde illustré* encontrar entonces á nuestro compatriota y aceptarle en su seno.

Los sucesos de la Commune fueron ocasión para que éste se revelara como dibujante de primera fuerza, por la verdad, la vida y el movimiento con que en sus dibujos reprodujo los episodios más culminantes de aquella triste contienda fratricida. Su ejecución, suelta, fácil y espontánea, con todo y ser sólida y sobria, imprimió un carácter completamente nuevo á la hasta entonces desdeñada *ilustración*, convirtiendo en verdadero arte, lo que, salvo rarísimas excepciones, fuera un oficio practicado con más ó menos habilidad.

Coincidió la aparición de Vierge en el estadio artístico con la publicación de *The Graphic* en Londres y de *La Ilustración* de Madrid, periódicos en los cuales tantos artistas contribuyeron á la evolución del dibujo de una manera brillantísima, y que con los perfeccionamientos que la aplicación de la fotografía al grabado ha permitido introducir, han ocasionado una reforma radical en la ilustración de obras y revistas que tanto contribuyen á popularizar y extender en los pueblos la cultura y gusto artísticos.

Desde entonces la vida de Urrabieta lo fué de incesante trabajo, pero afortunadamente también de provecho y de aplausos. Verdad es que se vió obligado á sostener una lucha titánica con las exigencias, rutinas y preocupaciones de directores y grabadores, pero su talento se impuso á todos, y unido á su constancia, allanó cuantos obstáculos se le oponían. Puede decirse que encauzó, ó contribuyó en mucho á encauzar la escuela moderna de grabado, haciendo que se relegaran al olvido los procedimientos sistemáticos de ejecución y que se sustituyeran por otros más apropiados á la diferente manera de ver y de dibujar.

Teníale Víctor Hugo en grande aprecio, y más aun después de ver las ilustraciones que hizo para sus obras *El hombre que ríe* y *Los trabajadores del mar*. La *Historia de Francia* de Michelet, así como otras muchas obras ilustradas por él y su colaboración constante en *Le Monde illustré*, *La Vie moderne* y otras revistas, contribuyeron á aumentar su fama.

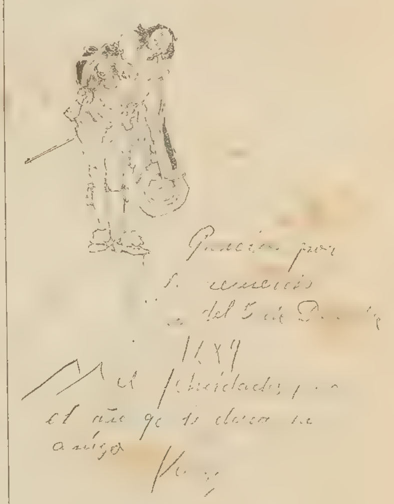
Su última obra, por desgracia no terminada, fué la *Vida de D. Pablo de Segovia, el gran Tacaño*, de Quevedo, cuyos dibujos, hechos con verdadera conciencia, con cariño extraordinario, y de un sabor local y de época notabilísimo, son y serán admiración de artistas y profanos. La casa editorial de Dalloz y C.ª de París le tenía encargada la ilustración de *Gil Blas de Santillana*, pero los primeros trabajos de esta obra quedaron interrumpidos por la fatal enfermedad que por espacio de algún tiempo paralizó la fecunda y hábil mano de tan querido artista. En los dos dibujos que pudo hacer para dicho libro, Vierge se excedió á sí mismo; cada cual es un cuadro perfecto por su concepto, por sus detalles y por la galana ejecución que tanto le distingue. Esta obra le hubiera valido una eterna corona de gloria.

Cuando la fiesta en el Hipódromo dada á beneficio de los inundados de Murcia, Vierge fué el alma de la organización en el decorado, trajes, etc., secundado por sus compañeros H. Scott y A. Marie, y aun recordamos todos cuán grande fué el éxito de aquella solemnidad.

Con ocasión de la imponente prueba de respeto y entusiasmo que el pueblo francés dió á su poeta más popular, á Víctor Hugo, recibió Vierge el encargo de dejar un duradero recuerdo de ella en una gran página para *Le Monde illustré*: emprendida la tarea con la fiebre que le era característica, no pudo terminarla, pues cayó gravemente enfermo atacado de hemiplegia.

Desde entonces sus amigos y admiradores, que son muchos, no hemos dejado de hacer fervientes votos por el restablecimiento completo del esclarecido artista español, que une á su entusiasmo por el arte una fuerza de voluntad á toda prueba, como lo demuestra el que, teniendo paralizada la mano derecha por su cruel enfermedad, ha sabido ejercitar la izquierda en el manejo del lápiz con la misma y relevante maestría anterior. Así es que no habiendo podido ser vencidas por la dolencia sus portentosas cualidades, hoy sigue dando muestras de su talento en varias publicaciones parisienses, entre ellas la notable *Revue illustrée*, en la cual han aparecido los cinco dibujos referentes á una corrida de toros que honran también las columnas del presente número, y á los que se alude en el artículo *La Alternativa* que insertamos á continuación.

Si como artista ha adquirido Daniel Urrabieta justa celebridad, como hombre ha sabido conquistarse el aprecio de cuantos le han tratado en un terreno en el que por espacio de mucho tiempo, puede decirse que ha vivido como planta exótica, y la manifestación de simpatía que se le acaba de tributar en París, manifestación á la que la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA ha tenido el honor de asociarse por telégrafo, prueba la estima en que en un pueblo tan cosmopolita como París se le tiene.



Facsímile de Daniel Urrabieta Vierge.

La apreciación que hemos hecho de sus aptitudes podría parecer apasionada por tratarse de un compatriota nuestro, pero mayores aún han sido los elogios que personalmente le ha dirigido en presencia de un centenar de comensales M. Hubert, director de *Le Monde illustré*, elogios confirmados con el aplauso de todos sus oyentes. M. Hubert, en un sentido discurso, ha consignado cuán gratas y valiosas le habían sido su amistad y su colaboración. Ha presentado al joven extranjero trazando con su lápiz, al estampido del cañón y al fulgor de los incendios, páginas impregnadas de sencillez y de verdad: ha manifestado cómo, al crecer su talento, el entusiasta artista dió al arte de la ilustración nueva forma, y, preocupándose de la naturaleza más que Gustavo Doré, cuidando de la forma más que Edmundo Morin, dando á las fisonomías su verdadero carácter y su color local á los paisajes, llevando la vida, el movimiento, la gracia ó el vigor á sus obras, y distribuyendo con inteligencia el claro-oscuro, ha reemplazado lo *convencional* por lo *verdadero*, y formado escuela.

Si M. Hubert tributó con sus elocuentes frases un homenaje merecido á Urrabieta, M. Pablo Renouard, moderno y asimismo distinguido ilustrador, quiso que se conservara un recuerdo de aquella fiesta familiar; á este fin ha trazado un exactísimo retrato del artista obsequiado, y este retrato es el que figura en nuestra primera página. Al darle cabida en ella como modesto tributo de nuestras simpatías, y al insertar esta sucinta reseña biográfica, cumplimos gustosos un deber de amistad y admiración, y enviamos de nuevo á Vierge nuestro entusiasta parabién por la señalada distinción á que se ha hecho acreedor.

M. A.



EXTERIOR DE LA PLAZA DE TOROS DE MADRID EN UNA TARDE DE CORRIDA

dibujo de Vierge reproducido fotográficamente

LA ALTERNATIVA

¡A LOS TOROS!

Este grito se repetía por todos los ámbitos de la población, coreando á los conductores de toda clase de vehículos que esperaban á ser ocupados, dos horas antes de empezarse la corrida.

Era una corrida de empeño, extraordinaria, de esas que quedan indeleblemente grabadas en los anales taurinos.

Porque Rafael, el famoso banderillero, que había ya matado algunos toros con entero lucimiento, iba á tomar la alternativa: es decir iba á consagrarse como *espada de cartel.*

¿Qué buen aficionado, y hasta me atrevo á decir, qué buen español que se respete puede faltar á esta corrida?

Por eso los *capitalistas* que salen á torear en las novilladas, la *furriela* que tiene que empeñar alguna prenda en buen uso para asistir á la fiesta nacional, los paletos de los pueblos de los alrededores que están fogueados contra el calor; la oclocracia, en fin, ocupaban desde muy temprano las localidades de sol.

Como Febo les aplanaba, agitábanse bajo sus candentes rayos, con un zumbido de colmena y con bullir de hormiguero. Todo estaba lleno: el sol que los achicharraba, no podía penetrar por entre aquella masa compacta, y por eso aunque *ellos* al sol, los asientos de piedra estaban á la sombra.

Y no creáis que los privilegiados de la sombra fueron perezosos. Fuera de la plaza oíase el incesante rodar de carruajes, que parándose á las puertas, descargaban una multitud de gente de todas clases y cataduras; de modo que la sombra también se llenó anticipadamente.

¡Y las gradas y los palcos y los tabloncillos! ¡Válgame Dios!

¡Cuánto pollo de sombrero cordobés, cuántos padres de la patria que *hacían novillos* del Senado y del Congreso, cuántos revisteros taurinos preparados el lápiz y el papel, cuánto extranjero llevando anteojos de tal potencia que parecía que iban á estudiar algún planeta de los más lejanos!

Luego fuéronse cuajando los palcos. ¡Ah! los palcos! ¡qué caras de cielo, qué mantillas blancas, qué ojos con más calor que el verano!

Llenóse, pues, la plaza de bote en bote, comenzó á sentirse ese efluvio impaciente y magnético, que se explaya en voces, risas y dicharachos.

Los barbianes, los flamencos, los aficionados de pura sangre, vagaban por el *redondel* esperando el despejo. Ya habían concluído de regar la plaza, la hora iba á sonar y sin embargo el presidente no se presentaba.

Pero como una gran parte de los espectadores tenían ó querían tener adelantado el reloj, increpaban á la autoridad ausente, ó mejor dicho, con dicharachos é imprecaciones se preparaban para las silbas futuras.

Por fin preséntase el presidente, mira gravemente su reloj, hace la señal de empezar agitando el blanco pañuelo, y una general exclamación de alegría ensordece el ambiente, á falta de aire.

Las formalidades de presentar las puyas de las picas á la autoridad, la de arrojar ésta al alguacil la llave del chiquero, la de tomarla el encargado del toril, y demás zarandajas, se cumplen con toda exactitud; porque en España lo único formal y serio que existe son las corridas de toros.

La cuadrilla avanza deslumbrante de colores al son de una música que deja bastante que desear. El joven neófito que había de tomar la alternativa, va en medio de los diestros famosos Sánchez Hito y Manuel Lara, que son las firmísimas columnas del toreo.

Mientras se adelanta la cuadrilla luciendo sus capotes de paseo, no cesan ni un solo instante los aplausos anticipados; pero se restablece relativamente el silencio, cuando después de saludar al presidente, que les devuelve cortésmente su saludo quitándose el sombrero, toman los diestros sus capotes de brega.

Toda gran emoción es silenciosa, ¿y cómo no emocionarse cuando sale á la arena una res de una de las primeras ganaderías de España?

Ya está en el anillo. Sale bien, es decir sale *parado.* Los picadores de tanda esperan en su sitio, junto á las tablas; adelántanse algunos chulos; pero los espadas permanecen alejados, pues sería de mal gusto mostrar apresuramiento. Por fin se dignan adelantarse: el Hito viste de cereza y oro, Manuel de verde con golpes del mismo metal, y el joven Rafael de azul y plata.

El toro que acaba de salir *no es suyo*, pero el primer espada se le cederá para la muerte: es el terrible adversario que le espera. Va á empezar la bronca; ¿cómo terminará para el novel matador? Tiene éste un corazón que no le cabe en el pecho, vista segura, brazo vigoroso y piernas de acero; pero esto no basta; en aquel circo tan inteligente, es preciso ser fino, artista, depurar la buena escuela de toreo.

Por eso aunque Rafael está al parecer tranquilo, con su capote al brazo, su corazón late violentamente. Además hay unos ojos negros que desde una delantera de grada le están mirando, ojos de sevillana, de matadora: con mucho *negro* y con mucha *luz;* y de aquella tarde depende para él la posesión de estos ojos y todas sus dependencias, porque para la maniobra del matrimonio no es lo mismo ser banderillero que *Espada de Cartel.*

El toro, sin correr, se adelanta hasta los medios entre los atronadores aplausos que los espectadores prodigan al ganadero (que está en un palco) por haber *criado* un animal tan hermoso. Buen mozo, de libras, ensabanado y corniabierto, promete ser una *res de respeto.*

Algunos chulos le echan el capote, pero él cabecea y continúa en los medios, como si no se dignara acudir á los peones, pero ve á Manuel á corta distancia y se *arranca* sobre él, derrota en el vacío, porque flota la seda del capote, y el diestro le burla, atrayéndole hacia el primer picador, que apenas tiene tiempo para citarle, pues el *bicho* se le cuela, propinando á jinete y caballo una *caída de latiguillo.*

Los capotes se le llevan, describe un medio círculo y se encara con el segundo jinete. Le mira, quizá atónito de aquel desafío de la puya amenazándole á la cabeza; pero desviándose en una arrancada rápida, persigue á un chulo que sólo tiene tiempo de tirarle el capote y *tomar el olivo.* El toro cornea en los tableros, y cuando vuelve á la plaza, torna á encontrarse con Majarón, el picador de *castigo*, que le desafía por segunda vez.

Aquello es demasiado para una res de buena casa, tan buena que lleva divisa *azul y rosa;* por eso acude, y por eso, no obstante el brazo de hierro de Majarón, le derriba achuchándole en las tablas.

¡Bravo! ¡bravo! exclama la multitud, y como si el animal comprendiera, escarba la arena y luego *se encampana*, como desafiando.

Era ciertamente un toro de trapío, bravo, seco, voluntarioso, creciéndose al hierro, condiciones que no disgustaron á Rafael porque sabía que las reses más bravas son las mejores para la muerte.

Sánchez era un gran director de plaza, no permitía la menor falta, cada uno ocupaba el sitio que le correspondía; así es que siguiendo sus hábiles indicaciones, la fiera tomó dos ó tres varas más. Entonces, no obstante su bravura, se resintió del castigo, y á la salida de una suerte de vara, persiguiendo á un chulo, saltó tras él la barrera.

Gran movimiento en el *callejón.* Cuantos estaban en él saltaron á la plaza. Los espectadores de las barreras, desde sus asientos, por supuesto, obsequiaron al toro con la clásica paliza de palos y bastones, porque *no quita lo descortés á lo valiente*, y se puede muy bien aplaudir á una res que destripa á un caballo, y apalearle entre barreras.

Volvió el bicho al redondel por una de las puertas abiertas con este objeto: Rafael le esperaba con el capote abierto.

Levantóse en la plaza una tempestad de gritos. Los inteligentes protestaron. ¡Cómo lancear de capa á un toro que ha tomado varas! aquello era inaudito, anti-clásico; pero el joven *debutante*, fuese por querer lucirse á toda costa, ó por observar que el toro conservaba aun mucho poder, quiso quebrantarle, y le tomó con dos soberbias verónicas, limpias, ceñidas y parando los pies. Hizo un farol y echóse el capote á la espalda para torear por detrás, pero la fiera, cansada tal vez de derrotar en el vacío sin nunca encontrar el bulto, se salió de la suerte con un *viaje* rápido y turbulento.

> La confusa gritería
> que en todas partes se oyó
> fué tanta que parecía
> que honda mina reventó
> ó el valle y monte se hundía.

Sólo esta quintilla de Moratín puede dar idea del entusiasmo que *estalló* en la plaza, porque el público estaba acostumbrado á ver buenos toreros en la suerte de matar, pero no lances de capa de tan buena escuela como aquel. El Hito gozaba con aquellos aplausos tributados á su sobrino y discípulo, murmurando entre dientes: «Nunca hemos hecho eso nosotros;» pero al mismo tiempo temía que aquella ovación, excitando los nervios del joven espada, le privara de la serenidad necesaria para la suerte de matar.

Entretanto el bicho, algo más aplomado, tomó *querencia* al lado de un caballo muerto, al que volvió á cornear furiosamente, sin hacer caso de los capotes que pretendían llevársele. Cansóse de su víctima, se *encampanó* viendo un bulto que le alegraba desde los medios de la plaza. Aquel bulto aislado, sin el desvanecedor percal contra el que se ensañaba en balde siempre que acometía, atrajo la atención del toro, que quizá en su instinto inconsciente se dijo: «este es mío» y acudió al reto como un rayo. El *muchacho* le esperó, sorteóle con un gracioso *quiebro*, y le clavó un par de rehiletes en *la bajada del morrillo.* Hubo un par más al sesgo: el primer banderillero quiso quebrar por segunda vez, sin tener en cuenta lo peligroso que es la repetición de esta suerte en un mismo toro; y fué cogido y achuchado contra las tablas, aunque sin consecuencias.

El clarín anunció la suerte suprema, la de *matar.* Sánchez Hito, el primer espada, que con anticipación tenía el estoque y la muleta en la mano, adelantóse hasta los tercios de la plaza. Allí le esperaba Rafael con el capote al brazo. Ambos se saludaron quitándose las monteras; después el primer espada entregó al novel diestro los trastos de matar, tomando el capote de éste.

La formalidad estaba consumada, la alternativa era un hecho: Rafael había llegado al *sumum* de la carrera taurina, y podía *alternar* con los espadas de cartel.

El joven diestro emplazóse ante el palco presidencial, quitóse la montera y pronunció el siguiente brindis:

«Por usía, por su acompañamiento, por la gente del pueblo, por los forasteros y por dos luceritos que están mirándome.»

Los luceritos aludidos eran los ojos de que ya se ha hecho mención, y pertenecían á Encarnación la sevillana, hija de Jerónimo Vaez, el rico propietario de Ronda.

Pronunciado el brindis, y tirada la montera con garbo, resonó en el tendido un unánime aplauso.

El novel matador, con la muleta plegada dirigióse hacia el toro *entablerado* en el lado opuesto; pero echó una mirada oblicua hacia la grada en donde resplandecían los dos luceritos, y ¿quién sabe? quizá se encomendó á ellos como los antiguos paladines á la dama de sus pensamientos.

Sánchez Hito le seguía de cerca: debía ayudarle hasta *pesar* al toro. La fiera escarbaba la arena, *humillando.* Un silencio sepulcral había sucedido al anterior aplauso, los abanicos quedaron inmóviles, y todas las miradas se fijaron en la conjunción del diestro y del toro, con anhelante interés.

Porque en aquel instante se trata de dos cuestiones importantes: el valor y el arte.

El animal alzó la cabeza viendo aproximarse á Rafael, y las banderillas que antes le caían sobre el testuz, se esparcieron á ambos lados del lomo.

Aquel era el momento.

Acercóse el diestro, desplegó la muleta casi en la misma *cuna*, derecho, con los pies casi juntos, marcando ligeramente la salida á la fiera.

Estaba pálido de emoción, no de miedo.

Acudió el toro y entonces los espectadores vieron dos pases en redondo y un *cambio* forzado *en la cabeza*, de los tiempos de Montes y Cayetano.

Los antiguos aficionados estaban trémulos de satisfacción y se preguntaban: «¿de quién ha aprendido eso ese muchacho?» Se olvidaban de que el Arte no se aprende, se presiente.

La gente joven, comprendiendo por instinto el supremo mérito de aquella lidia, aplaudía á más no poder.

Manuel, el segundo espada, se volvió hacia un primer banderillero y le dijo:



SALUDO DE LA CUADRILLA, dibujo de Vierge, grabado por Bertrand



CAIDA DE UN PICADOR, dibujo de Vierge, grabado por A. Lepere

SEÑALANDO LA ESTOCADA, dibujo de Vierge, grabado por C. Bellenger

EL ARRASTRE, dibujo de Vierge, grabado por Florian

– Ese chavocito nos va á cortar la coleta á todos.

– ¡Por alto! – gritó entonces Sánchez á su sobrino, – *está muy entero.*

– Ya lo sé, – dijo éste, y dió al toro un pase de destronque, ahondando entre la cuerna.

Aquello bastó. La res estaba cuadrada de los pies, pero humillaba. El joven matador, alzando la muleta, la compuso la cabeza, perfilóse ligeramente, levantó la mano, recogió el codo y señaló la estocada.

Entonces un espectador de la barrera exclamó: «¿Y esa muleta?» porque Rafael apenas la había liado. El diestro miró á aquel exigente, y la ciñó totalmente al palo Al mismo tiempo, Sánchez, excitado por el cariño, hizo un brusco movimiento: el toro *desparramó*, es decir esparció la vista, y derrotó hacia la derecha, *escurriéndose* de la suerte. El matador, que había ya engendrado el movimiento, no hirió, sin embargo, comprendiendo que la estocada hubiera resultado baja, y perdió la muleta en el alto derrote del toro.

Sonaron algunos silbidos, dirigidos más bien á Sánchez Hito, que por excesivo interés había descompuesto á la fiera con aquel extemporáneo movimiento; pero el joven espada, excitado y nervioso, no estaba en estado de discernir.

Sánchez estaba inmutado, y se limpiaba el sudor con el dorso de la mano.

Rafael volvió á armar la muleta, sereno al parecer, pero un temblor nervioso agitaba su mano izquierda. No tenía miedo, pero supersticioso, como todos los que tienen por oficio el exponer la vida, supuso un mal presagio en aquel incidente no muy frecuente en el toreo.

Volvió á citar al toro con la muleta en abanico, aun más ceñido y parado que anteriormente; pero más sobre sí, porque comprendió que el toro tenía la salida rápida y se recostaba del lado derecho. Once pases no bastaron para volver á componer la cabeza al toro, que tenía tendencias á despapar. Entonces el muchacho, ciego de despecho, quiso jugar el todo por el todo: adelantó el pie izquierdo, citó á su enemigo *para recibirle*, y en efecto le recibió con una estocada honda, de muerte.

Entonces estalló, no un aplauso, sino un delirio. Los aficionados inteligentes comprendieron que recibir aquella res que no tenía condiciones para ello había sido una temeridad antitaurina. Rafael aquella tarde lanceó de capa y recibió extemporánea mente, y quedó con lucimiento; lo cual prueba que muchas veces el valor produce los mismos efectos que la inteligencia.

El toro herido quedóse inmóvil, pero no cayó.

El novel matador, inmóvil también, con la muleta graciosamente caída, cuadróse delante de él.

Un peón quiso echar un capote, pero Rafael le detuvo, diciendo:

«Déjale, tiene bastante.»

En efecto, la fiera osciló de derecha á izquierda y cayó desplomada.

El valor y la destreza habían triunfado de la fuerza, en lucha leal y en plena luz. Un clamor formidable resonó en el circo y la arena se cubrió de sombreros, petacas, botas de vino y ropas en bueno y mal uso.

Cayó también un abanico al redondel: algunos vieron la mano que le había arrojado, y muchos la adivinaron.

Sánchez Hito trémulo de emoción abrazó á su sobrino. Este le apartó suavemente y antes de recoger todas aquellas preseas tributadas á su valor, fué á saludar al presidente.

Salieron las mulas y arrastraron al toro.

Fué una ovación entusiasta, y una alternativa inolvidable. Rafael, entre los acordes de la música y el ruido de las palmas, dió vuelta al circo, radiante de gozo. Ayudado de parte de la cuadrilla, devolvió á los tendidos los sombreros y prendas de vestir que le habían arrojado, dió las petacas y cigarros á los compañeros que le ayudaban en su grata faena; pero guardóse el abanico en el bolsillo de su chaquetilla.

Miró á la grada frontera: allí dos dedos finos y adorables aproximándose á una boca de claveles, le enviaron un beso; y dos lucecitos lloraban de alegría.

JULIO VIDAL.



«Les Claqueurs,» acuarela de J. Beraud

Sección de Bellas Artes de la Exposición Universal de París

CAMBIO DE FRENTE

(Conclusión)

Anselmo se deshizo en cumplimientos y protestas de gratitud.

– Nada, nada, continuó el general, vosotros sois los únicos que habéis comprendido mi genio, y con los que yo únicamente puedo vivir... No tengo más familia que vosotros.

– Por Dios, señor, ¿y la señorita Gertrudis?

La señorita Gertrudis era una sobrina del general, casada con un abogado de reputación en Madrid; el general la había querido muchísimo, y durante dos ó tres años Gertrudis y su marido vivieron con su tío en el mismo hotel en que sucedían ahora las cosas que vamos refiriendo Pero de repente surgió la separación, y con la separación una ruptura completa, entre tío y sobrinos. Todo el mundo, incluso Gertrudis y su marido, explicaban esta ruptura por el genio áspero, desigual, imposible en una palabra, del viejo Guzmán.

– No me nombres siquiera á mis sobrinos, dijo Guzmán poniéndose sombrío. Yo no tengo sobrinos.

– Señor...

– Mira, siguió el general, levantándose de la butaca y señalando con la diestra extendida á un gabinete que desde allí se descubría, ahí fué. Yo venía tranquilamente por este salón; como era invierno, con las alfombras no se oían mis pisadas. Oí que hablaban de mí. El, el picapleitos ladrón, decía que conmigo no se podía vivir; y mi sobrina, la gazmoña de Gertrudis que yo había querido como hija, la que lo fué de mi pobre y valiente hermano Enrique, la heredera única de mi caudal y la depositaria de mis únicos afectos sobre la tierra, en vez de defenderme, como era de razón, contra el tunante de su marido, pronunció estas palabras textuales: *Sí, sí, ya sé que el tío es insoportable; pero, hombre, aguantemos un poco que ya poco puede vivir, y sería una lástima que un caudal tan bonito como el que tiene fuese á parar á los pobres.* Así dijo la bribona riéndose Yo me sentí morir. Las paredes empezaron á girar en torno mío. Creí que me desmayaba. Pero mi espíritu se sobrepuso como tantas otras veces en mi larga carrera. Entré en el gabinete como una fiera, como un demonio, como una tempestad. Abofeteé al marica del marido, y le rompí los quevedos. A la sinvergüenza de mi sobrina me harté de llamarla todo lo más malo que se puede llamar á una mujer, y en paz. Los dos salieron fugitivos de aquí como dos ladronzuelos sorprendidos en el momento del hurto. Y mis sobrinos murieron para mí aquel día. Y como supondrás, la peseta que ellos vean mía que me la claven en la frente. Los pobres, los pobres en quienes temía la arrapieza de Gertrudis encontrar competidores, serán mis únicos herederos.

– Cosas de familia, señor, que hacen mucho daño, y luego se olvidan.

– ¿Olvidar? ¡Jamás! Yo todo lo olvido menos la traición; para mí todo es disculpable menos la hipocresía y la frialdad de alma. Quiero toros claros, y no gazmoñas como Gertrudis. Se acabó. Pero mira, Anselmete, tú no podrás nunca figurarte el daño que aquello me hizo. ¡Qué horas tan amargas he pasado! ¡Qué cosas tan horribles han cruzado por mi imaginación! He padecido, y todavía padezco á ratos, de una enfermedad que podría definirse así: deseos de ser bandido. Sí, yo lo he deseado y á ratos lo deseo: no tener corazón, no tener sentimientos de hombre, ser una bestia feroz, un tunante, permanecer indiferente y frío ante todas las desgracias, no conmoverme por nada, ni por nadie, hacer todo el daño posible, no creer en Dios... De aquí esta rabia interna, inextinguible, que me consume, que me roe las entrañas y que acabará por hacerme estallar como una bomba cargada de metralla... Pero ya me siento cansado, Anselmo; ya me siento cansado. (El general se acercó mucho á su antiguo asistente y siguió hablando con voz muy baja, en tono de confidencia.) Estoy harto de incomodarme, de maldecir y de ser un tirano. Yo no quiero eso; á mí no me tira eso. Yo quiero ser bueno. (La voz del general se hacía casi ininteligible.) Yo quiero que me amen, que me bendigan... ¿Qué crees tú, zopenco, de todo esto?

– Que el señor debe reconciliarse con sus sobrinos.

– Eso no, ni siquiera me los nombres. Mis sobrinos murieron, en paz descansen. Yo necesito otra cosa, otra cosa, sí; yo necesito formarme una familia.

Anselmo miró fijamente al general como interrogándole.

Guzmán continuó:

– Otros se casan más viejos que yo. Yo acabo de cumplir los sesenta y soy un hombre fuerte y robusto. ¿Crees tú que no habrá quién se quiera casar conmigo?

– A centenares, mi general, á centenares.

– No te burles, animal, no te burles, que la cosa es más seria que lo que tú te figuras. Ya sé que habrá muchas mujeres que apetezcan ser generalas y disfrutar de mis rentas. La posición de generala viuda y rica es una bonita posición en Madrid. Y para lograrla nada mejor que casarse conmigo. Pero no quiero eso. Yo quiero una mujer que me quiera por mí; no por mis entorchados, ni por mi dinero. ¿Crees tú que podría encontrar yo una mujer de ese modo y en esa forma?

El caso era arduo, sobre todo para resuelto por Anselmo, hombre respetuoso si los hay, pero enemigo de la rastrera lisonja.

– ¿Con que no me respondes? ¡Ah! pues sábete que no hace dos meses que murió el marqués de H... y que la marquesa viuda fué allá *in illo tempore* uno de mis más fuertes amores... ¡Y que no me quería!... Creo yo que es, entre todas, la que más *chiflada* estuvo por mí... Ahora recordaremos antiguos tiempos y...

– Bien pensado, mi general, eso es propio de un hombre del talento de V. S. La señora marquesa tendrá poco más ó menos la edad que...

– Que yo... Ya te veo venir... Tú quieres hacerme tragar que lo que yo necesito es una vieja... Pues no señor... Ya no hay que pensar en la marquesa viuda... Que se vaya á freir espárragos... ¿Creerás tú que un teniente general no encuentre una muchacha al volver de una esquina? ¿Creerás tú que yo no soy muy capaz de interesar á una muchacha?

– Ya lo creo.

– No digo yo de mi clase, eso no, las muchachas quieren muchachos, convenido. Pero con que yo descienda un poquito, ya está el asunto arreglado. Lo que á mí me sobra de años y de reuma, le falta á ella de posición y riqueza... ¡Ahí es nada casarse con un teniente general!... Vamos á ver... y no tomes á ofensa lo que voy á decirte... Tu hija que es tan guapa y tan discreta, ¿no se volvería loca de contento si yo me casase con ella?

Anselmo se puso lívido, y contestó:

– Mi hija no necesita casarse con nadie.

– Hombre, te has picado... Pues no hay razón... Más de una vez me ha pasado por el magín... Sí, sí, puedes creerlo... Aquí, en mis largas horas de insomnio, me he dicho: la Lolilla es todo lo que se llama una buena muchacha... ¡Si ella quisiese calentar con la luz que le sobra estos últimos años míos, tan helados y desiertos!... Y que no le sentaría bien un vestido de gran señora, y ser la generala Guzmán, y disfrutar de mis posesiones, y ser para mis colonos como una Providencia, y pedirme dinero, y habitar este piso principal que desde que se fueron mis sobrinos parece un cementerio, y debérmelo á mí todo, y ser mi mujer, y quererme mucho, y quizás, quizás, tener de mí un hijo que fuera como el último rayo del sol de mi vida y el heredero de mi caudal, de mi apellido y de mi gloria... Un nuevo Guzmán que como yo fuese militar, y andando luego el tiempo se enorgulleciese de ser hijo mío, y en las largas veladas del cuerpo de guardia ó en las eternas noches del campamento, allá en una nueva guerra de Africa ó en una nueva guerra civil, refiriese á sus camaradas las hazañas de su padre, muerto hace mucho tiempo ya... No puedes creer, Anselmo, lo que me han desvelado estas visiones... En vano he luchado con ellas: han sido más poderosas que yo; me han vencido, me han subyugado; en mi corazón ha habido como un renacimiento de juventud; mi alma se ha revestido otra vez de la pompa de las ilusiones... ¡Oh, si fuese verdad este idilio soñado!...

Anselmo no sabía qué decir. Era el general la persona que más respetaba en el mundo; pero ni al general consintiera él que se burlase de su hija. Había, sin embargo,

en el tono de Guzmán un acento tal de apasionada sinceridad, de natural vehemencia, que todo se podía sospechar menos la burla. El honrado navarro no sabía verdaderamente qué responder.

Tampoco el general dijo más. Estaban abiertos los balcones, por los que entraban á tibios raudales los blandos y regalados céfiros del otoño... Caía la tarde, y en la sala reinaba ya una semi-oscuridad. El general, á paso largo, se dirigió á uno de los balcones. Se asomó. Anselmo quedó en la sombra. Allá lejos tocaban á la oración de la tarde. Los sonidos que procedían de la parroquia de Chamberí llegaban al hotel debilitados por la distancia, confusos y suavemente argentinos... El reloj de un hotel próximo dió pausadamente seis campanadas.

* * *

Era precisamente la hora de la cita; la hora por que suspiraba todo el día Pepe desde su alto pupitre en el escritorio, y por la que suspiraba también Lola desde su hogar: la hora en que los dos novios podían hablarse con sobradilla libertad, muy pegaditos á la verja del hotel, ella por dentro y él por fuera, á la sombra protectora de un macizo...

Como de costumbre, Pepe silbó.

Y como de costumbre también apareció Lola detrás de la verja.

– Lola, Lola! – se oyó en cuanto los amantes llevaban un buen rato de charla, desde adentro, y ambos amantes reconocieron la voz de Marta. ¿Te parece bien, niña, ya con los faroles encendidos? A casa, á casa.

Lola corrió al encuentro de su madre.

– ¿Tú lloras? Es lo que me queda que ver... Has estado de palique.

– Mamá, dijo Lola sollozando.

– No riña V. á Lola, señora, gritó desde el balcón el coronel Guzmán.

Y con voz todavía más solemne añadió:

– Mire V. que la niña haga el favor de subir y V. también... Tenemos que hablar cosas muy interesantes para todos.

– No, mi general; esto no puede hacerse así atropelladamente... Es preciso que...

– Nada, cállate tú, Anselmo, no quiero que os pongáis de acuerdo...

* * *

Todo esto lo oyó Pepe, y le hizo el efecto que cualquiera puede suponer... Como una nube rojiza pasó por delante de sus ojos. ¿Si sus celos serían un presentimiento? ¿Si habría acertado sin saberlo? ¿Qué tendría que decir el general á Lola? ¿Por qué no quería que se pusieran de acuerdo Lola, Marta y Anselmo? Y como Pepe era listo, muy listo, y sus celos además aguzaban en aquel momento sus facultades, vió rápidamente en el teatro interior de su fantasía que el general era viejo, soltero y sin familia, que la única muchacha que veía era Lola, y que nada tenía de particular, antes por el contrario resultaba muy natural y conforme con la implacable lógica de la vida, una pasión senil que no podía tener otro desenlace ó manifestación visible, sino un matrimonio ofrecido, y ¡ay! ¡ay!... quizás aceptado... Pepe se sintió morir... Tuvo que cogerse á la verja para no caer... Pero no era él de la raza de los tímidos, ni de los que aceptan con lágrimas el sacrificio: su temperamento sanguíneo y su espíritu altivo llevábanlo al combate, y era de los que mueren peleando. Pronto notó la reacción del valor, y rápidamente se juró á sí mismo que le arrebatarían su bien, pero no sin lucha...

Y entonces miró hacia arriba, hacia el remate de la verja, precioso bordado de bronce color de oro. Sus ojos querían saltársele de las órbitas con una expresión flamígera de animal de combate que va á saltar sobre su presa. El saltó después de haber trepado. Se encontró en el jardín. No se veía á nadie. Oyó que cerraban la puerta de cristales del balcón.

Arriba, el general, resumiendo un largo discurso, decía:

– Con que ya lo oyes, pimpollo mío, mi decisión es irrevocable. Delante de tus padres te lo juro. Tú ante Dios y ante los hombres serás mi esposa.

Lola rompió á llorar estruendosamente.

– Pero, general, dijo Marta, estas cosas no se dicen así, á boca de jarro. A la pobre chica puede darle un patatús.

– No hay motivo para eso, Marta; que se tome ella y tomaos vosotros todo el tiempo que queráis para reflexionar. ¿Os gusta así?

Ni Marta ni Anselmo respondieron; pero la verdad es que aquello les parecía el premio gordo de Navidad. ¡Su hija generala! ¡Su hija dueña del hotel y de las magníficas posesiones de la casa de Guzmán!

Por fin Marta dijo:

– Vamos, niña, dí tú lo que te parece.

Lola se irguió, y adelantándose hacia el general, con muy diferente actitud por cierto que la que debió mostrar Ruth cuando se acercó á Booz, exclamó:

– Pues ya lo saben Vds. Estoy comprometida con Pepe y le quiero con toda mi alma... Yo doy las gracias al señor; pero ni ahora, ni nunca jamás aceptaré su ofrecimiento.

El general estaba en pie, y cuando concluyó de hablar Lola, hizo una profunda reverencia con algo de afectación cómica, y dijo:

– Está bien. Puede V. decir que ha despreciado á un teniente general de ejército... No todas las mujeres podrán jactarse de lo mismo.

Y haciendo con la boca y con la mano un doble ademán despreciativo, añadió:

– Pueden Vds. retirarse.

Lola y sus padres se retiraron en efecto.

El general se puso á pasear á lo largo de la sala, murmurando:

– ¡Demonio, redemonio! fracasó mi combinación! He hecho un papel ridículo... Y no puedo despedirlos, al menos por ahora... No tengo un solo criado... Si ellos se van, hay que cerrar la casa... Y ¿cómo vivir sin ella, si la verdad es que estoy profundamente enamorado?... Ni cuando era muchacho recuerdo haber sentido una pasión como esta... Y después de todo ¡quizás tenga ella razón! Un amigo mío, tan calavera como yo, solía decirme sentenciosamente: las locuras que hacemos ahora las pagaremos cuando seamos viejos, porque tú y yo estamos destinados á casarnos después de los sesenta con mujer que no llegue á los veinte. La profecía de mi amigo ya se ha cumplido por lo que á mí toca... Pero ¿quién anda ahí? gritó el general.

– Soy yo.

– Y ¿quién eres tú?

– El novio de Lola.

En medio de la sala encontrábase Pepe.

– Y ¿cómo y por qué ha entrado V. en mi casa?

– He entrado, contestó Pepe con tono firme, saltando la verja del jardín, y he oído cuanto aquí ha pasado, y vengo á matarlo á V. ó á que V. me mate. Lo que la suerte quiera.

– ¡Bravo es el mozo! ¡Así me gusta la gente! ¿Es usted militar?

– Soy seminarista.

– Es igual; aquí en España los soldados somos algo teólogos y los teólogos son algo soldados. Me agrada, vamos, el desplante de V., y comprendo que á la Lolilla le haga gracia. Pero V. es un majadero si cree que va á casarse con Lola... No, amiguito, la mujer á quien Guzmán pone el ojo, ó es suya ó no es de nadie; V. viene muy equivocado si se figura que me sorprende... ¿Quiere usted que nos batamos? Eso me distraería; precisamente lo que yo necesito son distracciones. Me aburro de un modo extraordinario.

El general miraba fijamente á su interlocutor, y se decía que Lola no tenía mal gusto.

Pepe avanzó contra el general echando fuego por los ojos y con los puños cerrados.



El príncipe de Sagan, retrato al pastel hecho por Gervex

Sección de Bellas Artes de la Exposición Universal de París

– Pero ¿me va V. á matar á puñetazos? dijo alarmado el general retrocediendo unos pasos. Y sacando un revolver del bolsillo, apuntó al pecho de Pepe.

Pepe se detuvo y dijo:

– Tire V.

– Pues no me da la gana, exclamó Guzmán. Lo que vamos á hacer es hablar. Siéntese V.

El novio de Lola obedeció.

Y el general entonces, adelantándose, puso el revolver en la mano derecha de su interlocutor, diciendo:

– Tome V. esa arma, y si gusta escabécheme. Y si quiere dejarlo para dentro de un rato, mejor que mejor. Así tendremos tiempo de hablar antes.

El general se sentó en un sillón próximo al de Pepe.

– ¿Con que V. es el novio de Lola?

– Servidor de V.

– Pues yo debo presentar mis excusas al novio de Lola. Yo creo, yo tengo la firme convicción de que en nada he faltado á su novia de usted y á V. mucho menos, pues que no tenía el honor de conocerle. ¿De qué puede V. acusarme? ¿De haberme querido casar con Lola? Pues ese pecado también V. lo está cometiendo. No hay entre V. y yo más que una diferencia: que V. es feliz en sus pretensiones, y á mí me han dado calabazas... Las primeras, puede V. creerlo, las primeras que he recibido en mis sesenta y pico de años... De todo tenía uno que probar... Pero sea como quiera, no me parece que encima de las calabazas procede que me mate V.... Al menos esta es mi opinión... Si V. tiene otra, yo no la discuto; ahí está el revolver.

El entrecejo de Pepe se desarrugó, y una sonrisa se dibujó en sus labios. Puso el revolver sobre una mesa.

– No se apure V. por el revolver, está descargado. Le pasa lo que á mí; yo también soy un arma de fuego, pero que ya, mi amigo, no hace fuego. Durante un año, más aún, ¿qué sé yo desde cuándo? he estado fantaseando escenas de amor tierno y profundo, y ya ve V. en lo que han venido á parar: en una escena de sainete. Y gracias á que su novia de V. es una muchacha buena y á que V. es un valiente y honrado caballero no ha rematado esto en tragedia... usted, no se ofenda V., amigo mío, V. estaba destinado á ser mi secretario...

– ¿Cómo? preguntó alarmado Pepe.

– ¿Cómo? Pues muy sencillo. Si Lolita en vez de ser un ángel, como lo es, fuera un demonio de los que se han estilado, y V. en vez de ser un hombre honrado fuera un tunante, no lo dude V., Lola se casa conmigo, y yo no hubiera tenido más remedio que nombrarlo á V. mi secretario. ¡Tragedia completa y tragedia cómica que es lo peor! Yo doy gracias á Dios y á la Virgen del Carmen, que fué siempre mi protectora, porque Dios y la Virgen son sin duda, yo lo creo, los que me han hecho tropezar con Vds., que son tan buenas personas... Me han detenido Vds. al borde del abismo, y me han salvado.

– Lo que es V. es un caballero, dijo Pepe por decir algo.

El general tocó el timbre, y no satisfecho sin duda, se levantó, abrió el balcón y gritó:

– Anselmo...

– Señor...

– Sube, y que suban contigo Marta y Lola.

¡Cómo se sorprendió la excelente familia, y sobre todo Lola, al encontrar allí á Pepe!

– Mira, Lolilla, dijo el general, no llores más. Hemos hablado tu novio y yo, y hemos convenido en que os casaréis cuanto antes, siendo yo el padrino de la boda. Y como no tengo familia, ni obligaciones con nadie, sois vosotros también *mis universales herederos*.

Angel Salcedo Ruiz.

UN CHASCO AL DIABLO

No lejos del Toboso, pueblo que Cervantes hizo célebre, hállase un lugarejo de cuyo nombre bien me acuerdo, pero quiero callarlo, porque ni á nadie interesa conocerlo, ni conviene decirlo. Y no me conviene porque tal vez el cuento que á referir voy pudiera algún día leerlo algún habitante del lugar de la acción, y se ofendiera al ver que á su país natal se califica de lugarejo.

Además, el cuento que para distracción de desocupados he de relatar, me lo refirieron muchos años hace, y á decir verdad, no estoy muy seguro de la fidelidad de mi memoria, y quizá, y sin quizá, quite, ponga, acorte, añada, modifique y varíe hasta extremo tal, que aquellos que fueron testigos del hecho histórico, que hecho histórico es el origen de la que hoy aparece como obra de la imaginación, salieran dando voces que no sonarían bien á mi oído, pues no serían flores lo que me regalaran sino palabrotas tales como: «Embustero! falso! mal cronista!»

Renuncio á epítetos semejantes, y digo que Basilio, el héroe de mi cuento, vió por vez primera la luz del sol en un pueblo de la Mancha.

El tal pueblecillo está situado sobre una montaña tan mezquina, que más que obra de la naturaleza, parece sa-

lida de manos de algunos muchachos que en sus horas de recreo la fabricaran con barro.

Unas cincuenta casuchas agrupadas al rededor de una iglesia cuyo campanario hiérguese orgulloso sin duda porque no desconoce el refrán que dice: que en la tierra de los ciegos el tuerto es rey, constituyen todo el lugar.

En lo más alto de la montaña se ve un grupo de molinos de viento y algunos más diseminados por la falda de la misma, y bajando hasta la llanura se van separando, separando, hasta que ya á bastante distancia del pueblo divísase un inmenso molino que parece centinela avanzado, semejando sus aspas brazos de gigante que ahuyentan todo peligro que por aquel lado venga.

Aquel lado es el sitio por donde pudiera llegar la civilización al pueblo.

El gigantesco molino parece el vigía del tiempo viejo. Por aquel lado puede venir el vapor, y entonces ¿qué sería de los molinos de viento? ó por mejor decir, ¿qué sería de los dueños de dichos molinos? – La ruina espera á mi dueño si ese enemigo llega á poner aquí su planta, dice el molino de viento, y como servidor leal grita defendiendo á su señor y dueño y moviendo apresuradamente sus aspas: ¡Atrás, atrás el vapor! Y el generoso servidor vence en la lucha.

En el pueblecillo de nuestro cuento ni ha entrado el vapor, ni el gas ha alumbrado nada, ni siquiera se tiene noticia de que existe un fluido que se llama electricidad.

Mas basta ya del pueblo, que ya llegó la hora de hablar de sus habitantes.

Un cura que no sabe leer latín más que en su misal, es el sabio del pueblo.

Un labrador que es dueño de cincuenta borregos, un cerdo y algunas gallinas, representa á la aristocracia del dinero.

Un alcalde rudo, pero con un saco bien provisto de malicias, es allí el representante de la soberanía nacional, y un secretario que humildemente y con capa de modestia maneja al alcalde, se ríe del cura y se come parte de los bienes de los ricachuelos del pueblo, es en él imagen viva de la burocracia.

No hablo del veterinario, que desempeña á la vez funciones de médico y boticario, porque ni los mismos habitantes del pueblo le tienen en mucho, pues si ellos gozan de perfecta salud, sus bestias se niegan á aceptar los remedios de su doctor, temiendo, si los toman, no morir de viejos, muerte que es la habitual en el país.

Mas vamos ya á hablar de Basilio, á quien llamé el héroe de mi cuento, y que todavía se halla escondido entre las bambalinas sin salir á escena á recibir los aplausos ó las censuras de su público, que serán ustedes, lectores pacientísimos y amables.



ENRIQUE M. STANLEY

retrato hecho durante su reciente permanencia en el Cairo

Basilio nació el año de mil tantos y tantos. Su padre fué el carpintero del lugar, y él heredó el oficio de su padre.

Hábil obrero hubiera sido, si naciera en populosa ciudad, mas en su pueblo natal, poco pudo aprender, pues allí nada ó casi nada exigían de él.

No obstante esto, Basilio era uno de los personajes más importantes del pueblo. Su menguada industria le producía más que si hubiera destripado terrones, ocupación general de sus conciudadanos, que con razón se ha acusado á la tierra de ingrata.

Añádase á la relativa fortuna de Basilio un airoso cuerpo, unas anchas espaldas, unos fornidos brazos que poco tendrían que envidiar á los del gigante Caracúliam bro, una estatura más que de gastador, una tez morena, unos ojos grandes y negros, una boca bien dibujada de gruesos y sanguíneos labios, una dentadura igual y limpia, y un corazón digno, por el tamaño, de su cuerpo, y fácilmente se comprenderá que era Basilio la envidia de los mozos del pueblo y el objeto de los suspiros de las sensibles mozas de anchas caderas, sayas cortas y robustas pantorrillas, abrigadas por medias azules de lana.

De todas estas ventajas no se percataba Basilio que era la misma modestia y la honradez personificada.

Durante algunos años vivió cuidando de su anciana madre, y sin darse cuenta de que existiera en el mundo algo más que su serrucho, su martillo y los demás instrumentos de su trabajo.

Murió su madre, y cuando las mozas que por él suspiraban creyeron llegado el momento de ver que Basilio fijaba en ellas sus miradas y eligiera alguna que alcanzara el envidiado y envidiable puesto de carpintera del lugar; Basilio se retiró aun más de lo que antes estaba, y nadie le vió nunca en el baile que se celebraba en la plaza los domingos por la tarde, ni en el juego de bolos, ni mucho menos en la taberna, que por cierto era del sacristán del lugar.

Varios años pasó Basilio desde aquel en que ocurrió la muerte de su madre, sin que su vida sufriera la menor variación.

En la tarde de un domingo, sabe Dios por qué, le entró el antojo de llegarse al juego de bolos. Invitáronle á que jugara una partida y aceptó por cortesía tal vez, ó quizá porque no se supusiera que su negativa reconocía por causa el miedo á perder algunos céntimos, miedo que estaba muy lejos de sentir.

Jugó varias partidas, y como es natural en quien como él desconocía el juego, las perdió; ocurrió otro tanto en sucesivos domingos, en los que por amor propio volvió al juego de bolos con el afán de vencer alguna vez. Ninguna lo logró, y entonces, al verse por todos motejado de torpe, quiso probar que si en aquel juego lo era, no había de serlo en todos.

Del juego de bolos pasó á la taberna. Allí se jugaba á la brisca, al tute, y sobre todo al animado mus, que aun se animaba más por los sendos tragos con que le acompañaban los jugadores.

Si torpe había sido Basilio en el juego de los bolos, más aún lo fué en los juegos de naipes. Rara vez ganó, y si alguna vez la victoria estuvo de su parte, se debió, más que á él, á algún compañero de juego. La suerte no le negaba del todo sus favores, mas su torpeza era tanta, que lograba anular los agasajos de la fortuna.

Su torpeza llegó á ser proverbial en el pueblo, y como las gentes se muestran siempre dispuestas á humillar y morder á aquellos á quienes antes adoraron, el prestigio de que había gozado Basilio se convirtió en desprecio.



M. Stanley y sus compañeros de viaje al regreso de la expedición por el interior del África

Copia de una fotografía sacada en la agencia consular británica de Zanzíbar

El, que antes no se había dado cuenta de la estimación en que era tenido, vió con dolor el menosprecio con que era mirado, y entonces echó de menos lo que antes ni estimara ni conociera.

El bien que había perdido quiso recobrarlo, suspiró por ser el primero en todo. Quiso ser el Tenorio del lugar, mas las mozas le hicieron purgar su antigua indiferencia, y los mozos bañáronse en agua de rosas viendo vencido y humillado al envidiado rival.

Basilio sintió nacer en su corazón todas las malas pasiones; la envidia anidó en él; odió á cuantos le ganaban en el juego, á quienes consideraba como enemigos irreconciliables. El demonio del orgullo murmuró á su oído palabras tentadoras y momentos hubo en que hubiera dado su alma al diablo por modificar las cosas.

RAFAEL M.ª LIERN.

(Se continuará)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

AÑO IX — BARCELONA 17 DE FEBRERO DE 1890 — NÚM. 425

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

ENVIDIA, cuadro de H. Ealyford

Hay envidias de envidias, y la de los animales, y más particularmente lo de los canes, es de las menos nocivas, como hija de la adhesión que á sus amos tienen y de la necesidad de halagos que dichos animales sienten. Es, por decirlo así, una envidia sin consecuencias funestas. El perrillo del grabado, viéndose momentáneamente sustituído en el cariño de su ama por la nueva generación de gatitos, reclama su parte de caricias, hasta entonces por nadie disputadas, mientras la joven se entretiene en hacerle rabiar, aunque dándole á entender con su sonrisa que no será olvidado en beneficio de aquellos.

Este cuadro es, más bien que otra cosa, un juguete pictórico sin pretensiones y como tal se contempla con agrado.

JEFFERSON DAVIS

ex presidente de los Estados Confederados durante la guerra de Secesión norte-americana

El día 5 de diciembre último falleció en Nueva Orleans M. Jefferson Davis, que por espacio de cuatro años hizo su nombre tan famoso en el mundo entero. Había nacido en el condado de Todd, Estado de Georgia, en 1808, y por consiguiente tenía cerca de ochenta y dos años á su fallecimiento. En su juventud abrazó la carrera militar ingresando como alumno en la escuela de West Point, y al estallar la guerra con Méjico formaba parte de la columna que mandaba el general Taylor, habiéndose distinguido particularmente en los combates de Monterey y de Buena Vista. Terminada la guerra, casóse con una hija de su superior jerárquico, y entonces abandonó la carrera de las armas para dedicarse á la política, desempeñando sucesivamente los cargos de diputado á la Legislatura del Mississippí, diputado al Congreso nacional, senador, Ministro de la Guerra, y senador por segunda vez.

Furibundo esclavista, puede decirse que fué el alma de la resistencia opuesta por los Estados del Sur á las medidas abolicionistas adoptadas por el presidente Lincoln, resistencia que terminó por la separación de la Unión de los Estados del Sur, los cuales le eligieron Presidente de su Confederación, tomando posesión de este cargo en la ciudad de Richmond el 22 de febrero de 1861.

Durante toda la guerra civil, Jefferson Davis desplegó cualidades de hombre de gobierno que sus mismos enemigos le han reconocido. Cuando después de cuatro años de lucha titánica, Richmond, capital y último baluarte de los separatistas, tuvo que rendirse á las tropas del general Grant, Davis se fugó con su familia, pero fué capturado en el interior del Estado de Georgia el 10 de mayo de 1865 y conducido á la fortaleza de Monroe, donde permaneció dos largos años cautivo. En 1867 se le puso en libertad, aunque condenándosele á la pérdida perpetua de sus derechos políticos, y desde entonces hasta el día de su fallecimiento se ha dedicado exclusivamente al cuidado de su familia y de sus intereses.

EL CONGRESO INTERNACIONAL AMERICANO

La prensa diaria ha dado ya noticias de la reunión en Wáshington de este importante Congreso, encaminado á estrechar más solidariamente las relaciones de los diferentes Estados independientes de América. Diez y siete son los representados en él, por cuarenta y seis enviados, cuyos retratos publicamos en este número en un grabado á cuyo pie encontrará el lector sus respectivos nombres.

La iniciativa para la celebración de este Congreso ha partido del presidente de la República de los Estados Unidos, con arreglo á un programa por todos aceptado y compuesto de las proposiciones siguientes:

1.ª Medidas que tiendan á conservar la paz y fomentar la prosperidad de los Estados americanos;

2.ª Medidas para formar una unión aduanera entre ellos;

3.ª Establecimiento de comunicaciones regulares y frecuentes entre todos los puertos de América;

4.ª Establecimiento de un sistema uniforme de reglamentos de aduanas, de clasificación y valuación de mercancías, de facturas, y de sanidad y cuarentena de los buques;

5.ª Adopción de un sistema uniforme de pesas y medidas, de privilegios de invención, derechos de autores y leyes para extradición de criminales;

6.ª Adopción de un tipo monetario de plata, pero acuñado por cada gobierno;

7.ª Convenio de arbitraje para que todas las cuestiones surgidas



ENVIDIA, cuadro de H. Ealyford

entre los diferentes Estados se diriman sin necesidad de acudir á las armas;

8.ª Convenio para tratar de cuantos asuntos puedan relacionarse con el bienestar de los Estados representados, si los presentasen á la conferencia los invitados á la misma.

Como se ve, este Congreso no es otra cosa sino el preliminar de una Confederación de cuantos Estados independientes componen hoy el continente americano.

Los diferentes Estados representados son: Estados Unidos del Norte, República Argentina, Chile, Uruguay, Méjico, Brasil, Perú, Guatemala, Ecuador, Colombia, Salvador, Honduras, Costa Rica, Nicaragua, Bolivia, Paraguay y Venezuela.

COMPARSA CARNAVALESCA

cuadro de José Weiser

Uno de los atractivos que tienen los bailes de Carnaval, más que la danza en sí, consiste en los preparativos que exigen los disfraces que en ellos han de exhibirse, por supuesto cuando estos disfraces son algo más que un capuchón de percalina ó un mantón de Manila echado sobre el vestido habitual. La elección de traje, la reunión de los elementos necesarios para hacerlo, las diversas pruebas, y llegado el momento de ponérselo, la broma y la algazara que la operación trae consigo, sobre todo cuando se trata de una comparsa constituída por jóvenes de buen humor y por lo mismo dispuestas á divertirse con todos y á sacar partido de todo, son trámites preliminares que proporcionan tanta ó mayor diversión que el fin principal á que van encaminados.

El bello cuadro de Weiser nos da una idea de lo que apuntamos. Las jóvenes que en él figuran no constituyen una comparsa uniformada, pero la misma variedad de sus disfraces hace que sea más pintoresca y sobre todo que cada cual elija el que crea sentarle mejor, objeto primordial de la mujer, como lo es también su propensión á adoptar el traje masculino en tales circunstancias.

Por lo demás en esta pintura es de apreciar el movimiento y animación propios del asunto, así como varios detalles que le dan realce y colorido.

VISTAS DEL OASIS DE BISKRA

en el desierto de Sahara

Biskra es un gran oasis de la parte del desierto de Sahara perteneciente á la Argelia, y por consiguiente á Francia. Su clima es verdaderamente delicioso durante seis meses del año, y aun á mediados de mayo el calor no peca de excesivo. El cielo es de un azul purísimo, el aire seco y vigorizador, aunque el país está rodeado de arenales, las puestas de sol son magníficas y las noches de luna de un esplendor indecible. Además los usos, costumbres y trajes de los habitantes y de los beduinos árabes son interesantes, y los puntos de vista que se contemplan en aquel abrasador desierto con las montañas del Aurés al norte y los oasis de que está salpicada la región, son dignos de que se hagan excursiones algo prolongadas.

En el barrio francés hay dos buenos hoteles.

Biskra tiene sobre 100.000 palmeras datileras, además de otras muchas de distintas especies. Las chozas de los habitantes son de adobes y su interior carece de comodidades. Los chiquillos van medio desnudos, pero una mujer de Biskra con su traje especial ofrece un aspecto agradable: los hombres usan turbante y un albornoz, con frecuencia de tela fina y sumamente limpio.

Más allá del recinto de Biskra se ven aduares de beduinos cuyas bajas y oscuras tiendas están ocupadas, no sólo por personas, sino por toda una colección de animales domésticos, como perros, cabras, gallinas y uno ó dos camellos.

Las jóvenes, que no van cubiertas con velos, se casan á partir de los trece años, pero pierden rápidamente sus atractivos, tan luego como empiezan á tener hijos.

Desde Biskra se emprenden muchas excursiones, y nada es tan interesante ó distraído como una cabalgada por el desierto á algún oasis distante, soliéndose encontrar por el camino muchas caravanas compuestas de cien y más camellos, ó bien un escuadrón de spahís que maniobran en la llanura y hacen gala de su maravillosa destreza en la equitación.

Sídi-Okba es uno de los numerosos oasis del país, que sólo dista doce millas de Biskra, y en el cual hay una mezquita con la tumba de Sidi-Okba, guerrero agareno que, después de conquistar todo el norte de Africa desde Egipto hasta Tánger, metió su caballo en el Atlántico diciendo que solamente este valladar le podía detener en su empresa de obligar á toda nación situada allende el mar á reconocer al verdadero Dios y á darle el culto debido. Se considera dicha mezquita como el monumento muslímico más antiguo de Africa. Desde su minarete se divisa una magnífica vista del dilatado desierto con sus médanos de arena y las montañas del Aurés al norte; y al regresar á Biskra, no es raro disfrutar de otro de los más sorprendentes fenómenos del desierto, el espejismo.

LA INMACULADA CONCEPCION
ROGER DE LAURIA

estatuas labradas por D. Félix Ferrer y Galcerán

Merced al desarrollo y perfeccionamiento de la fotografía aplicada al grabado, podemos ofrecer á nuestros lectores la reproducción de estas dos obras de arte, debidas al cincel de un escultor que se ha revelado con singular pericia en su difícil profesión y que por la muestra está dotado de alientos para acometer mayores empresas.

Su estatua de la Inmaculada Concepción, esculpida en mármol, está inspirada en las místicas creaciones del insigne pintor Fra Angélico, pero se separa de ellas en que, sin dejar de estar la sagrada imagen impregnada de todo el candor virginal de María á la par que de la unción religiosa posible, presenta un realismo bien entendido, y tanto en el modelado de las carnes como en el plegado del ropaje se advierte la verdad y naturalidad que requiere toda obra escultórica.

Muy al contrario la estatua de Roger de Lauria, de tres metros y medio de altura, fundida en bronce, y colocada ya en el pedestal del monumento que ha de inaugurarse en breve en Tarragona, vese en ella una figura enérgica, vigorosa, varonil, y cual la historia nos retrata al gran almirante de Aragón, al esforzado marino, capaz de responder al almirante francés, conde de Fox, que si surcaran los mares, no ya las galeras enemigas, sino hasta los mismos peces, sin permiso de su rey ó sin llevar en sus escamas las barras de Cataluña y Aragón, los exterminaría. La actitud de la estatua de Lauria es cual corresponde al animoso denuedo con que el marino siciliano pronunció una intimación que, á pesar de lo arrogante, era muy capaz de llevar al terreno de la práctica, según lo acreditaron las muchas proezas que le han dado imperecedera celebridad.

El autor de ambas obras de arte, D. Félix Ferrer y Galcerán, natural de Mora de Ebro, é hijo y nieto de artistas, recibió de su padre las primeras lecciones hasta que pasó á París en cuya Academia de Bellas Artes permaneció seis años bajo la dirección de los eminentes profesores Drumont, Bonazieux y Thomas, habiendo obtenido una primera mención honorífica, un tercer premio y un segundo con votos para el primero. Pensionado por la Diputación de Tarragona, pasó á Roma para perfeccionarse en el arte con tanto entusiasmo como provecho abrazado, y allí ejecutó las dos mencionadas estatuas, un grande alto relieve representando la mediación del Papa en la cuestión de las Carolinas, un monumento para los padres Cartujos, el busto de Santa Filomena y algunas otras obras. Ultimamente se ha establecido en Barcelona, viniendo á aumentar la serie de los distinguidos escultores que con sus inteligentes esfuerzos á tanta altura elevan el arte español contemporáneo.

SUPLEMENTO ARTISTICO

EL DIA DE LOS FUNERALES

cuadro de Benjamín Constant

El nombre del autor de este lienzo, que goza de justo y bien conquistado renombre, así como el de M. Baude, grabador de la reproducción que en este número incluimos, aquilatan sobradamente el mérito de una composición, que, expuesta en el Salón de París de 1889, conquistó en alto grado el aplauso de los inteligentes.

M. Constant, aficionado como muchos de los artistas contemporáneos, á los tipos y costumbres mahometanas, ha trazado con sin igual maestría una escena de Marruecos, palpitante de verdad y modelo de ejecución, con la cual ha añadido un nuevo lauro á los muchos alcanzados en el arte que, con tanta asiduidad como inteligencia, profesa.

UN CHASCO AL DIABLO

(Conclusión)

Pero los días pasaban y las cosas seguían lo mismo.

Una noche que se retiraba á su casa desesperado al ver que su torpeza ó su mala suerte le perseguían siempre, al arrebujarse entre las sábanas de su cama pensó en que bien pudiera renunciarse á la gloria eterna, con tal de vencer en la lucha en que se había empeñado.

Pasada la excitación, causa de aquel pensamiento, sintióse medroso, y recordando las oraciones que en su infancia balbució en el regazo materno, las murmuró con fervor pidiendo al cielo perdón por aquel pensamiento.

La pasión del juego, ó con más exactitud, la vanidad, llegó á enseñorearse del alma de Basilio hasta tal punto que no tuvo más pensamiento que el juego, y dejó de ser el obrero honrado para convertirse en frecuentador constante de la taberna.

Una tarde, la de un domingo, asistió á primera hora al juego de bolos y perdió todas las partidas por más que jugó con el jugador menos hábil, y pasando por la humillación de que éste le diera ventajas.

Salió del juego de bolos rabioso y triste, y pensó en que en algo había de vencer.

Recordó que en otros tiempos había sido elogiada su gentileza, y se dijo: «Si estas son mis ventajas ¿por qué no he de aprovecharlas? Las mozas del pueblo se darán todas por muy satisfechas por bailar conmigo. Si Teodoro, el jugador más hábil y afortunado, me vence en todos los juegos, yo le venceré arrebatándole su pareja.»

Se dirigió á la plaza del pueblo. Al son de una destemplada guitarra bailaban mozas y mozos unas alegres y salerosas seguidillas manchegas.

Buscó pareja Basilio, y no pudo hallarla, pues no se conformó con sacar al ruedo á unas dos ó tres desgraciadas mozuelas que por su subida fealdad estaban condenadas á asiento perpetuo entre las viejas del lugar.

Cesó la música para dar descanso á los bailarines y para que los mozos refrescasen sus gaznates.

Tras breve rato de descanso volvió á sonar la guitarra, y Basilio, apenas se oyeron los primeros acordes, se dirigió hacia una de las mozas más guapas del pueblo, la novia de Teodoro, y la invitó al baile. Su invitación fué aceptada, salieron á la plaza y comenzaron á bailar.

Basilio no había contado con la huéspeda: jamás había bailado, y le causó rubor verse entre tanta gente haciendo piruetas. Imaginóse que todo el mundo fijaba en él sus ojos, la turbación le hizo perder el compás, y entonces fué cuando la ridícula figura que hacía y sus descompuestos movimientos llamaron sobre él la atención.

Su pareja, disgustada al verse objeto de todas las miradas, cesó de bailar, y dando una rabotada, dijo:

– Basilio, antes de sacar á bailar á *nenguna* aprende. Y te *azvierto* que este juego, como todos, no es para tontos.

Corrido y avergonzado salió Basilio de la plaza, creyendo oir al alejarse ciertos murmullos y risotadas burlonas, y desde allí encaminóse hacia la taberna.

Llevaba en su bolsillo seis pesetas, y sin reparar en que aquel era su último dinero, al ver á Teodoro, su rival en el juego y novio de la muchacha que poco antes le había despreciado, dijo:

– Teodoro, seis pesetas tengo, mano á mano las juego contigo á la brisca, al tute, al mús ó á lo que quieras.

Teodoro le contestó:

– Hombre, me da *concencia* ganarte: si juegas menos que un guardacantón.

– *Cuidiao* con la lengua, replicó Basilio. Dí si juegas ó no juegas, que es lo que pregunto, y si soy ó no soy guardacantón *aluego* se verá. Mi dinero es este, y creo que es plata del rey.

Y al decir esto arrojó sus seis pesetas sobre una mesa de pino de la taberna.

– Muy *juerte* vienes, contestó Teodoro, pero á mí no *ma asustas: juegaré* contigo á lo que quieras, y *pa probá telo* vamos á *juegarnos* dos pesetas á tres cotos al mús, y las otras cuatro á quién bebe más vino, y el que pierda que pague.

– Ya está dicho, replicó Basilio, y añadió:

– Patricio, *traite pa ca* una baraja, tantos *pa a* mús y un jarro de vino.

Sirvió el tabernero lo que se le pedía, y al poco rato de haberse comenzado la partida estaba la taberna llena de gente para ver los accidentes y el resultado de aquella apuesta.

No hace al caso relatar todos los incidentes de la lucha. Sin que fuese reñida la contienda, Basilio perdió los tres cotos al mús.

– A esto me has ganado, dijo; veremos si también me ganas á beber vino. Patricio, echa una docena de vasos.

Teodoro replicó:

– Esos serán para tí: ¡Patricio! *pa* mí echa un jarro.

Sirvió el tabernero lo que se le pedía. Basilio bebió de un solo sorbo un vaso. Teodoro le miró con desprecio y agarrando el jarro se echó entre pecho y espalda la mitad de su contenido.

– Con muchos ánimos empiezas, veremos cómo acabas, dijo el tabernero.

– Acabaré, contestó Teodoro, por acompañar á éste á su casa. Eso nadie mejor que V. lo sabe.

– Vengan fanfarronadas! añadió Basilio, y dejándose llevar de su amor propio herido, apuró uno tras otro hasta seis vasos de vino. Su enemigo mortal, su necia vanidad, le hizo cometer aquella tontería con la cual perdió la apuesta.

No pudo continuar lucha tan bestial. Momentos después de haber bebido Basilio los seis vasos, perdió el sentido.

Como había pronosticado Teodoro, tuvo que acompañarle á su casa.

Algunas horas pasó Basilio sufriendo el malestar de la embriaguez. Cuando hubo dormido la mona, como vulgarmente se dice, despertó sintiendo en la cabeza un agudo dolor y en el vientre terribles angustias. Recordó entonces las humillaciones que durante el día había sufrido y sintió tal rabia que casi olvidó los dolores y las angustias que le atormentaban.

Como en otra ocasión, un sacrílego pensamiento se fijó en su mente.

– El alma al diablo vendiera, se decía, por vencer en todo, á los que hoy me miran con lástima. Ser el primero en todo! Por esta dicha en la tierra, vengan todas las penas del infierno

Apenas esta idea surgió en su cerebro, una amarillenta luz alumbró su cuarto.

Con asombro vió Basilio sentado á los pies de su cama á un joven barbilampiño y hermoso que dijo con voz dulce y seductora lo siguiente:

– Yo también quise ser el primero en todo y lo soy en alguna parte. Como tú renuncié á unas dichas porque nadie me humillara. Tu carácter es semejante al mío; siento por tí simpatía vivísima y estoy dispuesto á protegerte. Muchos años hace, más que años siglos, que no salía de mi reino para hacer proposiciones á ningún hijo del cándido Adán. Habíame prometido no volver jamás á pisar la tierra y por tí falto á mi promesa. No me lo agradezcas; si lo hago es porque espero hallar en tí un ser digno de mí. Creo que eres sangre de mi sangre y hueso de mis huesos. Que nadie me supere y me humille, pensé, y ese mismo pensamiento acabas de tener. Si en él persistes, pide y te se dará.

Basilio escuchó este largo exordio asombrado y temeroso. Iba á contestar cuando aquel caballero continuó su interrumpido discurso diciendo:

– Sé lo que vas á preguntarme. ¿Quieres saber quién soy? Y ¿qué importa eso para tu deseo? Soy un amigo que está dispuesto á complacerte. ¿Piensas ahora en lo que voy á exigirte en cambio de lo que estoy dispuesto á conceder? Nada ó casi nada. No imagines que soy el diablo vulgar de las apariciones, que exige para conceder mezquindades, que se le entregue el alma y se firme un contrato con sangre de las venas. Todas esas son ridículas antiguallas. Tu palabra de caballero me basta, tu alma para nada la quiero. Sólo exijo de tí una cosa sencilla. No pidas nada al cielo, olvídate de Dios, promete no poner nunca la planta en los templos del que se llama Señor de todo lo creado y en cambio solicita de mí lo que quieras.

Guardó silencio el joven tentador.

En el alma de Basilio se despertaron terribles temores. Recordó á su madre, pero aquel recuerdo se desvaneció, y ante sus ojos aparecieron la escena del juego de bolos, sonaron en su oído las risotadas burlonas que había escuchado al alejarse de la plaza del pueblo, donde tal ridículo había sufrido como bailarín, vió á Teodoro que con despreciativa sonrisa le ganaba uno y otro coto al mús; le recordó después bebiendo de un solo trago medio jarro de vino, y entonces, sin titubear un instante, alargó su mano al nocturno visitante y le dijo:

– El trato es trato. No sólo olvidaré á Dios, renegaré de El si me das lo que voy á pedirte.

– Sé lo que quieres y te lo concedo. Mañana aquí y en todas partes vencerás en todo. Te doy más de lo que pides. Pretendías ver tu vanidad satisfecha y nada más. Yo te concedo lo que deseabas y te ofrezco una fortuna. Tu vanidad quedará satisfecha, pero además podrás eludir la dura ley del trabajo y enriquecerte mientras te diviertes. No necesito garantía ninguna que asegure el cumplimiento de nuestro contrato. Si faltas á él, si algún día llegas á entrar en la casa del Señor, un rayo de mi cólera te herirá de muerte á la salida.

Desapareció la visión. Quedó en sombras el cuarto de Basilio. Algunas horas pasaron antes de que un rayo de sol penetrara por entre las rendijas de la ventana. Al dar la luz en los ojos de Basilio los abrió éste y no supo si en la pesadez del sueño que causa el vino, había soñado.

Después de algunos momentos de duda, para ahuyentar el recuerdo de aquella pesadilla, quiso como de cos-



JEFFERSON DAVIS

ex-presidente de los Estados Confederados durante la guerra de Secesión norte-americana † 5 diciembre 1889

tumbre recitar una oración que en sus primeros años le había enseñado su madre, pero la plegaria se había borrado de su memoria.

Haciéndose superior á la pesadez que su cuerpo y su espíritu sentían, entregóse á su trabajo y así pasó los seis días que faltaban para que llegase un nuevo domingo.

Llegó el día que los hombres dedican al descanso y Basilio como todos los mozos del pueblo fué á eso de las dos de la tarde al sitio en que se hallaba el juego de bolos.

Al entrar en él, recordó que no había cumplido el precepto religioso que ordena oir misa todos los domingos y fiestas de guardar. Por un instante sintió remordimiento por aquella falta, mas bien pronto asomó á sus labios una sonrisa burlona y á sí mismo se dijo: – ¡Qué tontería, preocuparse por no ver que el cura hizo esto ó lo otro!

En el juego de bolos hallábanse ya algunos jugadores concertando la primera partida que debía jugarse en la tarde.

Solicitó Basilio un puesto, y no sin trabajo se le concedió.

Hízose la prueba para ver quién había de ser el primero que tirara la bola y en ella salió gananciosο Basilio.

Cogió entre sus manos la pesada bola de piedra y arrojándola con fuerza derribó todos los bolos necesarios para ganar la partida. Otra y otra y otra vez ocurrió lo mismo, con gran asombro de todos los jugadores y espectadores.

El que antes había sido despreciado, vióse entonces agasajado y mimado por todos.

El hecho resultaba inexplicable, mas no por eso se negaban á Basilio cumplimientos y felicitaciones.

Desde el juego de bolos se dirigió el protagonista del cuento á la plaza en que bailaban mozas y mozos.

Eligió una pareja y comenzó á bailar con tal donaire, con tal gracia, con tal desenvoltura, que todas las parejas fueron retirándose dejándoles solos, y hasta el guitarrista dejó de tocar asombrado al ver tanta habilidad.

Basilio miró á sus conciudadanos con desprecio y se retiró de la plaza sin querer oir las alabanzas y elogios que le hubieran prodigado.

Al anochecer dirigióse á la taberna.

No encontró competidor digno de él, ni para el mús, ni para ningún otro juego.

Sin que nadie apostara con él, á eso de las diez de la noche cuando ya todos los asistentes á la taberna iban á retirarse, pidió un jarro de vino, el mayor que en la casa hubiera, y de un solo trago se lo echó al cuerpo.

Sin tambalearse, solo y sereno como había entrado, salió de la taberna sin dirigir ni un saludo ni una mirada á sus compañeros.

Llegó á su casa, echóse en la cama sin desnudarse, y por un momento se sintió feliz.

Había vencido.

Mas no tardó en preguntarse el cómo y el por qué de aquella victoria.

Vino á su memoria el recuerdo de la visión que en el pasado domingo había tenido.

El temor se apoderó de él, mas se desvaneció bien pronto y un letárgico sueño cerró sus párpados, y en el imaginario mundo á que nos llevan los ensueños se vió triunfante, vencedor siempre, rico, poderoso, disputado por las mayores bellezas del pueblo, único rincón del mundo que hasta entonces conocía.

Al siguiente domingo volvieron á repetirse las mismas escenas.

Las ganancias que en el juego obtenía hicieron que el producto de su trabajo le pareciera mezquino, y como le era más fácil ganarse la vida jugando que trabajando, abandonó y despreció el trabajo.

Tal llegó á ser la habilidad y la suerte de Basilio en el juego, que no habían transcurrido seis meses desde el día en que había tenido lo que él llamaba su sueño feliz, cuando no hallaba en el pueblo quién con él quisiera jugar.

Viejas y niños, mozas y mozos, miráronle con cierto aire supersticioso.

En el pueblo se había corrido la voz de que tenía pacto con el diablo.

No de otra manera podía explicarse su extraordinaria y extraña suerte.

De tal manera llegaron á ponerse las cosas, que Basilio creyó necesario abandonar su pueblo natal.

Una tarde llevando en un hato su equipaje, consistente en algunas camisas, otras piezas interiores y el traje de los días de fiesta, salió de su pueblo encaminándose á la capital de la provincia.

Por espacio de algunos meses y merced á su suerte dióse en aquella capital una vida, si no de príncipe, de potentado que de sus rentas viviera.

Lo que en su pueblo le había ocurrido ocurrióle al fin en la ciudad; en ninguna parte le dejaban jugar; tuvo pues precisión de salir de allí, como había salido del pueblo en que nació.

Comenzó entonces para él una constante peregrinación.

Nuevo judío errante iba de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad, y siempre su buena suerte obligábale á marchar, siendo para él cual la voz que al zapatero de la leyenda religiosa le grita, ¡anda! ¡anda!

En su peregrinación llegó á Madrid.

Allí creyó que al fin echaría raíces.

– Madrid es muy grande, se decía; aquí haré mi fortuna: hasta ahora no he visto más que lugarejos miserables.

Algunos años vivió en Madrid sin sufrir contratiempo alguno; mas también aquí es reducido el círculo de los viciosos, y al fin llegó á ser conocido en todos los sitios en que se rinde culto al vicio.

Una noche hallándose en un garito de los de peor especie, único sitio en que le era permitida la entrada, consiguió se le dejara apuntar al clásico y español juego del monte.

Los jugadores que en la casa se hallaban eran todos gentes de rompe y rasga y aquella noche hallábanse contentos porque habían conseguido desplumar á un incauto preparándole una encerrona y empleando toda clase de truhanerías y malas artes.

En pocos momentos el mal ganado dinero de aquellos tahures pasó á manos del afortunado Basilio.

La extraordinaria suerte que favorecía á nuestro héroe manchego, y sobre todo la rabia que en los tahures produjo verse privados del dinero que tanto *trabajo* les había costado ganar, produjo una cuestión que, pacífica en los primeros momentos, concluyó por tremenda y sangrienta lucha, entablada á las puertas del garito.

Venció en la lucha Basilio, obligando á dos de sus contrincantes á emprender precipitada fuga y dejando á un tercero tendido en el suelo de una terrible cuchillada en el pecho.

Acudió á los gritos la policía, huyó Basilio aterrorizado al ver sangre derramada por él, pero fué alcanzado en su huida y encarcelado.

Aquel que tantas dichas se prometía, se vió privado de libertad.

El que suspiraba por goces sin fin, veíase despreciado y arrojado del seno de la sociedad.

Fué Basilio sentenciado como homicida.

Cumplió en los presidios de Africa muchos años de condena; mas al fin recobró la libertad. Durante tantos años de horribles padecimientos, ni acudió al cielo en demanda de consuelos, ni jamás sus labios murmuraron las oraciones que en su infancia aprendió.

Al verse libre no pensó más que buscar en los placeres una compensación á las privaciones que había experimentado.

De nuevo se entregó al juego y siempre la suerte seguía favoreciéndole.

En Barcelona le ocurrió un percance parecido al que en Madrid le había ocurrido, mas aleccionado por la experiencia y dolorido por el castigo, prefirió verse apaleado y robado antes que exponerse á ser preso.

Salió de Barcelona pobre, tan pobre y tan miserable, que tuvo que pedir una limosna para no morirse de hambre.

Un día al caer de una triste tarde de invierno llegó á un pueblecillo de Valencia.

Las calles del pueblo estaban solitarias.



REPRESENTANTES DEL CONGRESO INTERNACIONAL AMERICANO

celebrado en la capital de los Estados Unidos del Norte

1. Carlos R. Flint. – 3. John B. Henderson. – 4. Melchor Obarrio. – 5. M. M. Estee. – 7. Clemente Studebaker. – 9. Cornelius N. Bliss. – 10. Carlos M. Silva. – 12. José M. Hurtado. – 14. Clímaco Calderón. 15. John F. Hanson. – 16. E. Constantino Fiallos. – 18. F. C. C. Zegarra. – 19. Henry G. Davis. – 20. F. N. Silva. – 21. Alberto Nin. – 22. Lafayette R. Pereira. 23. Silveira Martino. – 24. F. Cruz. – 25. J. A. F. da Costa. – 26. Matías Romero. – 27. J. Zelaya. – 28. J. G. do Amaral Valente – 29. Secretario Blaine. – 30. M. de Mendoza. – 31. Sal. de Mendoza. 34. Juan F. Velarde. – 36. J. Castellanos. – 37. Dr. Guzmán. – 38. M. Aragón. – 39. – A. A. Adee. – 40. Walker Blaine. – 41. Secretario Moore. 42. M. Velarde. – 43. Teniente H. R. Lemly, U. S. A. – 44. Capitán J. G. Burke, U. S. A. – 45. William H. Trescott. – 46. J. Fenner Lee, Jefe de Negociado del Departamento de Estado.



COMPARSA CARNAVALESCA, cuadro de José Weiser. Presentado en la última Exposición de Bellas Artes de Munich



EL DÍA DE LOS FUNEF



RALES, CUADRO DE BENJAMIN CONSTANT



GRUPO DE ÁRABES EN EL MERCADO



LA MEZQUITA DE SIDI OKBA



UNA CARAVANA DIRIGIÉNDOSE Á LA ANTIGUA FORTALEZA DE BISKRA



EL DESIERTO DE SAHARA

VISTAS DE BISKRA, OASIS DEL DESIERTO DE SAHARA, copiadas de fotografías instantáneas

Caminando á la ventura vino á dar á las puertas de una iglesia.

A sus oídos llegó el murmullo de los rezos de los fieles que en la iglesia estaban. Por su imaginación pasó la idea de penetrar en la iglesia, mas sus pies se clavaron en el suelo y cayó desplomado en tierra.

Algún tiempo después, concluído el rosario, salieron los feligreses del templo.

Ninguno se fijó en Basilio que yacía en el suelo.

Pasaron algunos minutos; se oyó el ruido de algunas puertas que alguien cerraba.

Una voz cascada y débil dijo:

– Hasta mañana!

– Vaya V. con Dios! contestó otra voz, al mismo tiempo que sonaba el ruido de los goznes de la verja que cerraba el atrio de la iglesia.

Bajó tres escalones el cura y al ir á torcer por la izquierda tropezó con el cuerpo de Basilio que aun yacía en el suelo.

Incorporóse el cura, volvió á la iglesia, pidió auxilio al sacristán y entre ambos condujeron á Basilio á la casa rectoral, que hallábase próxima á la iglesia.

Recobró Basilio el sentido, y al poco rato, merced á los cuidados del sacerdote, pudo referirle su historia.

El bueno del cura, al terminar su relato Basilio, soltó una franca y alegre carcajada.

– ¿Con que dices que este es el pacto que hiciste con el demonio? Pues no va á ser flojo el chasco que se lleve! Te prometió, según dices, que vencerías siempre y serías el primero en todo? pues yo te aseguro que el pacto ha de quedar roto por él. Desde mañana veremos si me vences en ser caritativo.

Al siguiente día comenzó una extraña lucha entre el cura y Basilio Este á su pesar sintióse más caritativo que San Vicente de Paul.

El demonio defendía bien sus derechos.

El pobre cura sentíase vencido, faltábanle fuerzas para luchar contra la *diabólica caridad* de Basilio.

Iba ya á darse por vencido cuando de pronto se le ocurrió una feliz idea.

– ¡Ah! exclamó; en algo puedo vencerte: en generosidad. Tu alma la vendiste al demonio, la mía se la he ofrecido á Dios: cambio tu alma por la mía ¿Qué puedes tú darme en pago? ¿Puedes mostrarte más generoso que yo?

Basilio no contestó.

Sintió que sus rodillas se doblaban, cayó de hinojos ante los pies del sacerdote y á su memoria volvieron las oraciones que su madre le enseñara.

El cura entonces, frotándose las manos en señal de satisfacción y dibujándose en sus labios una alegre sonrisita, dijo:

– Levántate, hijo mío, levántate; buen chasco le hemos dado al demonio!

RAFAEL M.ª LIERN.



LA INMACULADA CONCEPCION

Estatua de mármol de D. Félix Ferrer y Galcerán

LA SOGA ARRASTRANDO

I

Unos le querían bien y otros le querían mal; pero todos convenían en que era buen mozo.

Alto y derecho como un pino, blanco y colorado de la cara, apuntándole apenas el bozo, porque todavía no había entrado en quinta, pero ya desarrollado y fuerte, era Marcelo el muchacho más guapo del lugar, sin disputa ninguna.

Así es que en cuanto se presentaba los domingos por la tarde en el baile con un pañuelo francés en cada bolso de la chaqueta asomando las puntas, un ceñidor de estambre azul y verde sosteniendo el pantalón de corte y un sombrero calañés con vueltas de terciopelo y dos motas de seda monumentales, una en el ala y otra en la copa, ya nadie miraba más que á él, y si acaso, á la afortunada muchacha con quien le tocaba bailar, que *casualmente* solía ser Juliana, la hija del tío Juan de Asturias.

La repetición de esta casualidad iba haciendo pensar á la gente que Marcelo debía de tener una miaja de afición á Juliana, á la cual por esta causa tenían ya las otras mozas una envidia muy grande, mientras que las personas formales y sesudas no andaban lejos de compadecerla.

Porque es de advertir que Marcelo no tenía del todo buena fama. Era hijo de viuda, y estaba por consiguiente muy mal educado; pues ya se sabe que donde no hay barbas no hay vergüenza, y que cuando no huele la casa á hombre, los mozalbetes se van haciendo desde luego libertados y cholondrines, para llegar á desenfrenados y disolutos.

La pobre tía Roja, que así llamaban en Fontanal á la madre de Marcelo, débil como mujer y como madre y especialmente como madre que, por haber perdido al padre de sus hijos, concentra en éstos su cariño con más intensidad, en vez de mandar y hacerse obedecer, solía disputar con su hijo mayor, cuando era todavía un renacuajo, sobre si había de hacer esto ó lo otro; y, es claro, sacadas las cosas del terreno de la autoridad y llevadas al de la discusión, Marcelo se salía siempre con la suya.

Y como la suya no solía ser buena, fué el rapaz progresando en la malicia, de modo que á los diez y ocho años salía ya todas las noches de ronda y andaba como un loco de ventana en ventana, llenando á las pobres mozas la cabeza de viento.

Además un invierno, en el tiempo muerto para la agricultura y para el monte, se empeñó en irse á trabajar á las minas de Sabero, donde había ingleses protestantes, y trajo de allá buenos cuartos, porque para todo tenía disposición, pero trajo también malas ideas; tanto que una noche, en una francachela, se le escapó decir á otros dos mozos que no era necesario confesarse.

Los dos mozos quedaron escandalizados al oirle aquella barbaridad, y con tal vehemencia le afearon el dicho, que, viendo él lo mal que les había sentado, trató de remendar, asegurándoles que lo decía en chanzas.

Pero uno de los mozos se lo contó luego á su madre, la cual, después de prohibirle terminantemente volver á juntarse con Marcelo en todos los días de su vida, se lo contó en reserva á alguna otra mujer, y así poco á poco se fué rugiendo hasta llegar á oídos del señor cura y á los de todo el vecindario.

Así le empezó á Marcelo la mala fama, que él por su parte no trató nunca de destruir, sino que se obstinó en confirmar lastimosamente.

Por eso cuando se vió ya con claridad que Marcelo se inclinaba á Juliana y que á ella no la enojaba esta inclinación, había quien se lastimaba de ella sin reparo.

– Milagro será que bien la pinte, – decía la tía Francisca la Redonda; – porque ese muchacho anda por ahí todas las noches como gallo sin cabeza, y los que principian muy temprano á ventanear (1) suelen ser los que se casan más tarde ó no se casan nunca.

No faltó gente maliciosa que supusiera que en los tristes augurios de la tía Francisca había tanto de envidia como de caridad, cuando menos; porque la tía Francisca tenía dos hijas, y la malicia se daba á sospechar que si Marcelo se dirigiera á alguna de ellas, no había de escupirle.

Ya se verá más adelante que esta suposición era injusta.

La tía Francisca se compadecía sinceramente de Juliana, igual que otras buenas mujeres del lugar, y tenían razón para ello.

Juliana era guapa, pero era muy pobre.

Su padre, á quien llamaban Juan de Asturias, no porque se apellidara así, sino porque era asturiano, había venido de Villaviciosa con el oficio no muy socorrido de tacholero, que está un grado por bajo del de zapatero remendón, se había enamoriscado de una sajambriega tan pobre como él, que estaba de criada en la taberna, y se habían casado sin tener más que el día y la noche. De modo que Juliana tenía el dote en la cara, como solía decir su madre, pero no tenía otro.

Y como el hijo de la tía Roja era uno de los mozos más ricos del lugar, pues tenía muy buenos cachicos de prado y de tierra, no parecía natural que se fuera á casar con la más pobre, y era, en cambio, muy racional el temor de que la pobre Juliana iba á perder el tiempo.

¡Ay! ¡Pluguiera á Dios que no hubiera perdido nada más!

II

La infeliz muchacha se llegó á enamorar ciegamente de su galanteador. La buena figura de Marcelo y su gran disposición, así para trabajar como para jugar á los bolos, luchar y tirar la barra, pues lo mismo en sus labores que en las diversiones era el primero siempre y el que más se lucía, la tenían del todo sorbido el seso.

Más de un año anduvo dándose pisto de novia formal, presentándose en todas partes muy hueca y muy ufana de pensar que la tenían envidia las otras.

Pero después dió en no salir de casa, ni á misa. Se dijo al principio que estaba enferma, luego se habló de ella al escucho y con misterio una temporada, hasta que por fin ya se dijo raso por corriente que Juliana se había desgraciado.

Entonces lloró mucho, no sólo por haber faltado á sus deberes y haber perdido la gracia de Dios y la estimación del mundo, sino porque Marcelo comenzó á escasearla las visitas y acabó por retirarse completamente de su casa.

Tuvo un niño que Marcelo no quiso reconocer, lo cual fué ya para ella el colmo de la amargura.

Algunos parientes de Marcelo, movidos á compasión de la muchacha, y aun de él mismo, pues temían que empezando tan mal no podía acabar bien, le predicaron mucho para que pagara su pecado y reparara el daño, en lo posible, casándose con Juliana y legitimando de este modo á su hijo; pero todo fué en vano.

Marcelo no podía oir hablar de Juliana, que le parecía ya la mujer más mala, la más tonta y hasta la más fea del mundo.

Sabía el refrán que dice que para ante el enemigo, más vale la neguilla que el trigo, y tomando por enemigos á los que bien le aconsejaban, se agarró á la neguilla con gran obstinación, jurando y perjurando que él no había tenido nada que ver con Juliana, añadiendo que ésta era una bribona que andaba con unos y con otros, que á saber de quién sería el niño, y otras cosas tan injustas como estas, que nadie le creía, pero con las que él pretendía disculparse, aunque en realidad no hacía más que echarse tierra á los ojos, y añadir al pecado de la deshonestidad el de la calumnia.

Llegó la quinta, de la que no estaba libre Marcelo por su calidad de hijo de viuda, pues tenía otro hermano de diez y siete años. La mayor parte de la gente no deseaba otra cosa sino que á Marcelo le tocara ir por soldado para que no siguiera dando escándalo en el pueblo. Su misma

(1) Hablar con las muchachas por las ventanas.

madre, la pobre tía Roja, á quien la desgracia de Juliana había afligido más que á nadie, tenía momentos de desesperación en que decía que ojalá le tocara el número primero, para no volver á verle delante de sus ojos. Sólo Juliana, que conservaba todavía la esperancilla de que Dios le tocara en el corazón y de que al fin se casara con ella, deseaba para él un número de los más altos.

Y en esto se cumplió el deseo de Juliana, pero no en lo otro. Porque á Marcelo le tocó efectivamente el número penúltimo; pero lejos de pensar en casarse con Juliana, comenzó con inaudito descaro á pretender á otras.

La primera á quien se dirigió fué Josefa, la mayor de las hijas de la tía Francisca, la que se compadecía de Juliana.

Y el caso es que á Josefa la gustaba mucho Marcelo, porque era tan buen mozo y de carácter tan alegre, y luego también era rico, y todo lo había que mirar; en fin, que por ella no hubiera quedado; pero en cuanto su madre advirtió aquella naciente afición se la quitó, diciéndola: «No, hija mía, no; de ese no te acuerdes, que no te ha de faltar con quien casarte: ese mozo lleva la soga arrastrando, y el día menos pensado la pisa.»

Con lo cual Josefa, que era una muchacha buena y obediente, siguió el consejo de su madre, sacrificando su gusto y cerrando su corazón á piedra y lodo contra las ulteriores galanterías de Marcelo.

Otras calabazas le dió Petra, la del cabecero del puente, también por consejo de su madre, la tía Felipa, para la cual, lo mismo que para su convecina la Redonda, era indudable que á Marcelo le tenía que suceder alguna desgracia.

III

Marcelo, sin embargo, por lo mismo que la conciencia le acusaba de su mal proceder, se empeñaba en quitar hasta la posibilidad de la reparación, casándose cuanto antes, y después de otras varias tentativas comenzó á pretender á Clara, la hija del tío Manuel de Solacueva.

La pobre Clara ya no tenía madre, y como el mozo la gustaba, y como ella iba siendo ya entrada en años y tenía miedo á quedarse para vestir vírgenes, pues ni su presencia ni su caudal eran para enamorar mucho, y como por otra parte su padre, lejos de detenerla, la animaba, porque le parecían muy bien los prados y las tierras de Marcelo, fué haciéndole caso poco á poco.

No la gustaban las historias de Juliana; pero como Marcelo lo negaba todo con tanta formalidad, y como somos tan fáciles en creer aquello que nos agrada, Clara llegó á creer, ó por lo menos á creer que creía que Marcelo no había tenido arte ni parte en aquel desgraciado suceso, sino que había sido víctima de un mal querer, y cuando alguno la hablaba mal de Marcelo fundándose en aquella historia, decía la pobre muchacha con aire de convencida: «¡Dichoso el que paga sin culpa!»

Una tarde, al volver de la fuente al oscurecer, la salió al encuentro Juliana con el niño en los brazos, y la dijo:

– ¿Con que te vas á casar con Marcelo?

– No lo sé, – contestó Clara tímidamente.

– ¿Que no lo sabes?... Lo que tú no sabes es ladrar, porque no se estila... Pero te advierto que si te casas, tan buena serás tú como él... Mira, aquí tienes á su hijo, que es su retrato: mírate en este espejo... ¡Ya se ve! como nunca nadie te ha dicho qué haces ahí, ni nunca te volverías á ver en otra...

Ello fué, que aun cuando Clara trató de evitar el escándalo y no quiso entrar en contestaciones, Juliana se fué tras de ella á la calle abajo dando gritos y poniéndola de la ley cansada.

No se desanimó Clara por esta ni por otras escenas desagradables de la misma índole.

Sus relaciones con Marcelo fueron tan bien que en una de las primeras noches del mes de junio se hicieron los tratos, quedando convenido que se casarían un mes más tarde, cuando volvieran los carros de la carretería de San Juan, de la que había de traer Marcelo el pan y el vino para la boda.

Al día siguiente se fué Marcelo al monte, cortó un roble, comenzó á cercenar y descortezar maderos, y un día labrando, otro serrando, otro deshilando, otro azoleando, al fin de la semana tenía preparada una cuba de á diez y seis palmos que llevaba la vista.

El catorce de junio por la tarde se despedía Marcelo cariñosamente de Clara, y salía con otros ocho ó diez compañeros para la feria de Valladolid, cada uno con su carro cargado de madera, pensando volver á los veinte días con cargamento de trigo y de vino.



ROGER DE LAURIA

Estatua en bronce de D. Félix Ferrer y Galcerán, destinada al monumento que debe inaugurarse en Tarragona

Es esta una expedición anual obligada de los pobres montañeses que no pueden vivir con los productos solos de la agricultura y de la ganadería, expedición penosa por tener que caminar á la intemperie y al tardo paso del carro, pero de la que sacan alguna utilidad, y en la que también se divierten cuando venden bien y les hace buen tiempo.

En la que voy contando se divertían mucho embromando á Marcelo con la novia.

Al doblar la última esquina para salir del lugar, Marcelo había echado una mirada muy expresiva á Clara que estaba todavía á la puerta, mirada que quería decir: «¡Ya verás qué felices vamos á ser!» según la interpretación del compañero que la sorprendió.

Aquella mirada fué la comidilla de todo el camino.

IV

A los cuatro días después de San Juan, volvían ya los carreteros de Fontanal muy contentos, cara á la montaña.

La feria había andado muy buena: se habían vendido las cubas de á diez y seis á cuarenta y cinco duros, las de á catorce á cuarenta y así sucesivamente bajando cien reales en cada tajo. Marcelo y sus compañeros habían vendido en la feria, pero habían tenido que ir á entregar la madera á Villabañez y allí mismo habían envasado: traían buen vino y dinero sobrante, de modo que volvían satisfechos y alegres.

Soltaron para la siesta en una alameda á la orilla del Pisuerga, cerca del puente de Cabezón, y cual antes, cual después, todos se fueron echando á dormir, menos Marcelo que dijo que tenía mucho calor y que iba á bañarse.

Los otros durmieron á la sombra largo y tendido.

Cuando comenzó á caer el sol, el tío Blas, que era el más viejo y el que hacía de mandón, comenzó á despertar á los que todavía dormían dándoles prisa para uncir.

– Pero ¿dónde está Marcelo? – preguntó al ver que no estaba unciendo sus bueyes.

– Dijo que se iba á bañar y no ha vuelto, – le contestó otro; – á lo menos yo no le he visto.

– Id á llamarle, – replicó el tío Blas; – se echaría á dormir al salir del baño.

Fueron dos hacia la orilla del río y no parecían volver. Llegaron también los demás, y todos contemplaron llenos de terror el desnudo cuerpo de Marcelo que flotaba ya rígido al pelo del agua.

. . . .

Pocos días después se contaba la desgracia en Fontanal y en los demás pueblos del contorno, con espanto de los que la oían y no sin temor de los que la contaban.

Bien me acuerdo yo de oirla referir en Villanoble con estas mismas palabras que creo que no se me olvidarán nunca:

– ¿No sabe V. la noticia triste que tenemos allá?

– No, no sé nada. ¿Qué es?

– Que Marcelo, el de la tía Roja, se ahogó en Campos... Se fué á bañar á un río, y cuando le fueron á buscar los compañeros le encontraron ahogado.

– ¡Jesús! ¡Qué desgracia!... Morir así... ¡Dios mío!.... Pero ¿cómo fué? ¿No sabía nadar?

– Sí señor... ¿Nadar?... Los peces le tenían á él envidia. Nadaba grandemente... Pero... ¡Qué quiere V.! Llevaba la soga arrastrando, y la pisó el pobre.

ANTONIO DE VALBUENA

NOTICIAS VARIAS

LA EJECUCIÓN DE LOS REOS POR LA ELECTRICIDAD. – El célebre electricista Mr. Edison, ha sido llamado oficialmente á dar su opinión acerca de las ejecuciones por medio de la electricidad.

Sábese que el abogado de Kemmler, el asesino de Buffalo y el primero en ser condenado por la nueva ley á morir con la aplicación de la corriente eléctrica, no habiendo podido anular el proceso por vicio de forma, se ha amparado de la misma ley pretendiendo que es contraria á la Constitución por imponer una pena «extraordinaria é inhumana.» El tribunal, en su vista, ha ordenado que se abra una información en Nueva York, nombrando al abogado M. Becker para presidirla.

Por absurdo que parezca, el abogado del reo ha planteado la cuestión de si era posible matar á un hombre con la electricidad. Hánse citado toda clase de testigos y toda suerte de pretendidos expertos y peritos, algunos de los cuales no han titubeado en declarar que era imposible quitar la vida á un hombre con la aplicación de las corrientes ordinarias. A la información ha comparecido un tal Carpenter Smith, que se considera absolutamente refractario á los efectos de la electricidad, y dice haber recibido una descarga eléctrica de una violencia extraordinaria sin haber experimentado otro inconveniente que una fuerte sacudida acompañada de una ligera contracción de nervios.

No le ha costado mucho trabajo á Mr. Edison el desbaratar tanta aserción inverosímil como habían expuesto en su presencia. Después de declarar que durante los últimos veintiséis años se había ocupado en problemas relativos á la electricidad, entró en detalles de carácter técnico acerca de la naturaleza de las corrientes, diciendo que nada era más fácil que causar la muerte instantánea de un hombre por medio de aquéllas. Al presentarle á Mr. Smith, que dice ser invulnerable á las corrientes, Mr. Edison le dijo: «Si queréis venir á mi laboratorio y someteros á la acción de una fuerza de fluido quince veces menor que la descarga que pretendéis haber recibido, os doy desde luego 100 duros.» Un amigo del inventor, que estaba presente, ofreció además 200 duros; pero el *refractario* Mr. Smith, ante estas proposiciones ha sido igualmente refractario. «Con una corriente de una cierta potencia, ha añadido Mr. Edison, me comprometo á matar á un hombre instantáneamente y también á carbonizarlo en un espacio de tiempo casi inapreciable.»

Sería ocioso considerar el peso que tendrá un testimonio como el de Mr. Edison en la cuestión que se está dilucidando. Es verdad que uno se pregunta si valía la pena de molestar á aquél, cuando todos los días, tanto en este país como en otros, oimos de algún pobre diablo muerto en el acto mismo de ponerse en contacto con uno de esos alambres conductores de la electricidad para el alumbrado, que aun cuelgan en son de amenaza de los postes que tanto desdicen del ornato público.

(De *La Ilustración Norte Americana*)

—

EL SENTIMIENTO DEL ARTE EN EL PERRO. – ¿El perro es capaz de conocer un retrato? Tal es la cuestión que acaba de plantear en Inglaterra el periódico *The Spectator* y que ha dado lugar á la siguiente prueba. Un perro de caza muy inteligente, perteneciente á un pintor, tenía la mala costumbre de perseguir á los carneros. Aplicándole algunos correctivos oportunos se consiguió hacerle perder su malhadada afición. Cierto día, su amo pintó un rebaño de carneros guardados por dos perros. Alguien hubo de llamar al pintor, quien por esta causa tuvo que salir de su estudio, y al salir apoyó el lienzo en la pared: cuando volvió, se quedó agradablemente sorprendido al ver á su sabueso de muestra delante del cuadro, con las orejas tiesas, la mirada brillante y sumamente agitado. Chocóle al pintor este incidente tanto más cuanto que los carneros sólo tenían de ocho á diez pulgadas de largo. El perro debió comprender que eran una reducción y que había de verlos de lejos. En cuanto á sus congéneres pintados en el cuadro, ni siquiera los miró, pero cada vez que le enseñaban el lienzo se ponía muy excitado, y aun sucedió que saltó á la mesa para ver la pintura más de cerca.

La misma Revista hace mención de otro caso no menos curioso. Una señorita que tenía dos perros, encargó á Chalón que hiciese el retrato de uno de ellos, y por invitación del pintor fué á verlo, acompañada del otro perro. Chalón había colocado el lienzo en el jardín para que se secara; el perro conoció al punto á su camarada, se puso á ladrar al retrato, y á saltar alrededor de él, como si encontrara á su mismísimo compañero.

He aquí, pues, un medio muy á propósito para que salgan de dudas las personas que no saben si su retrato es bastante parecido; no tienen más que poner su perro delante del lienzo; si ladra, menea la cola y festeja al cuadro, es que la obra está bien; si le vuelve resueltamente la espalda, está juzgada de sobra.

Los perros pueden tener también á veces sentimiento musical. El sabueso de que hablábamos con referencia á los carneros tenía notables disposiciones para la música: acompañaba al piano ó la voz á compás con precisión sorprendente. La *Marcha fúnebre* de Chopin le afectaba penosamente; recogía la cola, y después de acompañar *sotto voce* el recitado, prorrumpía en gritos convulsivos. En cambio la *Mandolinata* le extasiaba; levantaba la cola, el hocico, y emitía sonidos claros y vibrantes con satisfacción evidente.

—

LA FOTOGRAFÍA EN EL JAPÓN. – El ministro de Instrucción pública del Japón ha decretado que desde el próximo curso se enseñe fotografía en la mayor parte de las escuelas superiores, especialmente en el Instituto arqueológico (verdadera escuela de mapas), en el de silvicultura y en las academias militares. ¿Cuándo se ocuparán en España de organizar esta enseñanza en nuestras grandes escuelas especiales y en las de Bellas Artes y de dibujo?

(De *La Nature.*)

EL PALACIO DE HIELO EN PARIS

Los muchos parisienses aficionados á la patinación se veían de algunos años á esta parte obligados á renunciar á tan higiénico ejercicio porque no ha habido en aquella capital una serie de heladas bastante prolongada para congelar los lagos del bosque de Boulogne. La industria, supliendo esta deficiencia de la naturaleza, les permitirá en adelante dedicarse á su diversión favorita, en todo tiempo y sea cualquiera la temperatura del aire.

Con este objeto se ha arreglado el llamado *Palacio de hielo*, aprovechando al efecto el circo construído cuando la pasada Exposición para plaza de toros, en la calle Pergolèse.

Ante todo se ha cubierto el redondel para preservar á los patinadores de las inclemencias de la atmósfera. Alrededor de la pista, que tiene una superficie de 2.200 metros cuadrados, se ha dejado un paseo de siete metros de ancho (fig. 3). Se ha asfaltado el suelo de la pista nivelándolo perfectamente, y sobre él se ha puesto un inmenso serpentín de hierro y de *diez y seis* kilómetros de desarrollo.

Para hablar con más exactitud diremos que hay 14 serpentines, cada uno de los cuales tiene 1.100 metros de desarrollo, formando catorce circuítos completos que, partiendo todos de un mismo punto situado en el borde de la pista, vuelven á él después de recorrer una parte de su superficie: en este punto de arranque de todos los circuítos están colocadas las llaves con las cuales se les puede hacer independientes entre sí. Los tubos de hierro empleados tienen tres centímetros y medio de diámetro interior, estando cada uno á 12 cents. del inmediato. Compréndese que, si después de estar la pista llena de agua de modo que cubra por completo los tubos, se consigue por un medio cualquiera que éstos se pongan á una temperatura muy baja, resultará la congelación de la masa de agua.

Pasemos al departamento de las máquinas situado junto al circo, y veremos funcionar los aparatos Fixari, con los que se produce el frío (fig. 2). El principio del sistema es muy conocido; está basado en la liquefacción y expansión del gas amoníaco Llevado al departamento en bombonas en las que se halla en estado de disolución en el agua, se extrae el gas sencillamente calentando el agua en una vasija cerrada. A un tubo que parte de esta vasija hay adaptada una bomba que aspira é impele el gas á un serpentín rodeado de agua fría renovada constantemente, por el cual va por último á condensarse en un depósito situado en la parte inferior del aparato.

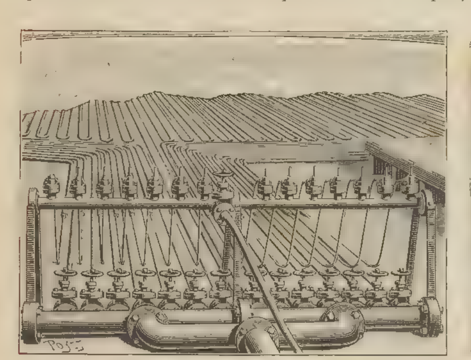
Una vez terminada esta operación, se consideran *cargados* los aparatos y se corta la comunicación con la vasija que ha contenido la disolución amoniacal.

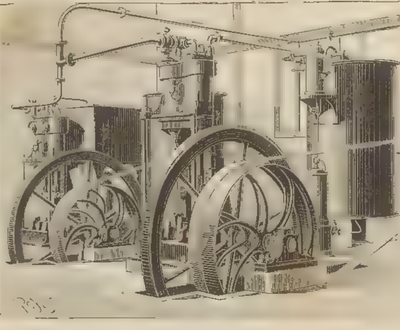
En el caso particular que hoy nos ocupa y que en suma no es otra cosa sino la reproducción en grande escala de lo que se hace diariamente en las fábricas de hielo, he aquí lo que pasa: el depósito que contiene el amoníaco licuado se pone en comunicación con el colector del que arrancan los 14 circuitos de 1.100 metros cada uno, mientras que la bomba produce una aspiración en otro colector á donde van á parar los extremos de los circuitos (figura 1). En tan largo trayecto, el amoníaco recobra su forma gaseosa, transformación que produce un frío de más de 30 grados bajo cero, y por consiguiente la masa de agua que rodea á los tubos se congela con presteza. Es obvio que la bomba que produce la aspiración en los tubos de la pista, produce también inmediatamente, como para la operación de la carga primitiva, la impulsión del gas al aparato de liquefacción. Vese pues que, una vez cargado el aparato, la misma provisión de amoníaco es la que sirve indefinidamente.

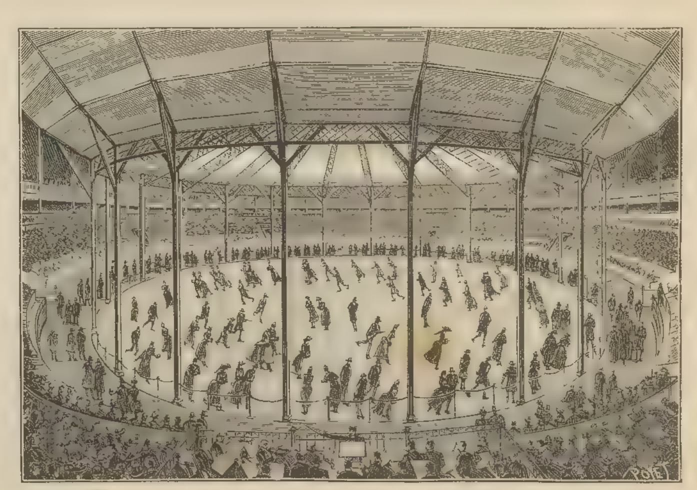
Tres son los aparatos Fixari empleados en la calle Pergolèse, y pueden producir respectivamente 300, 500 y 1.000 kilogramos de hielo por hora. Otras tres locomóviles que en junto representan una fuerza de 120 caballos, hacen funcionar las bombas.

Para la primera congelación de la pista se requiere todo el material, pero luego no hay más que entretenerla, para lo cual basta una parte de éste. El resto de la fuerza motriz se aprovecha para el alumbrado eléctrico del establecimiento.

La prueba hecha en el circo formará época en los Anales de las aplicaciones de la física; pues en efecto, presentaba grandes dificultades que se comprenden al considerar el crecido número de empalmes que requiere un serpentín de 16 kilómetros, y la gran afinidad que tienen, uno para con otro, los dos elementos que se trata de aislar, el agua y el gas amoníaco.


Fig. 1. Colocación de los tubos de distribución del aire frío para congelar el agua.


Fig. 2. Máquina para producir el frío.


Fig. 3. Vista general del Palacio de hielo en París

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO IX — BARCELONA 24 DE FEBRERO DE 1890 — NÚM. 426

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL NIÑO MIMADO, cuadro de Francisco Simm

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

EL NIÑO MIMADO
cuadro de Francisco Simm

Mimos y blondas, halagos y bienestar: ¡cuán envidiable es la suerte del ser que desde la cuna se ve rodeado de cuanto hace grata la existencia! Sin embargo, así como hay cariños que matan, así también hay mimos que empalagan, y hasta las criaturas no pueden sobrellevar esas exageradas muestras de afecto, que con frecuencia se las prodigan. Más de una vez debe haberse fijado en ello el distinguido autor de este bonito cuadro, á juzgar por la expresión de disgusto retratada en el semblante del pequeñuelo, objeto del irreflexivo agasajo de las personas que le rodean: su rostro parece verdaderamente una fotografía, lo mismo que el del viejo y galoneado servidor que contempla al tierno vástago de sus nobles señores con el cariñoso interés, propio sólo de esos criados que encanecen al servicio de una familia. El lujo del aposento, así como el de las damas, revela que se trata de la de algún magnate, y trajes y muebles son característicos de la época elegida por el autor para su asunto, así como característicos de la inteligencia pictórica de Simm son el conjunto y la ejecución de esta obra de arte.

EN AUXILIO DE LOS NÁUFRAGOS
cuadro de Rodolfo Jordán

Larga, pero aprovechada, ha sido la carrera de este pintor, recientemente fallecido á la edad de ochenta años. Su entusiasmo artístico no ha desfallecido un momento en el curso de su prolongada existencia, y á esa edad en que el pulso tiembla, la vista se debilita y las facultades empiezan á embotarse, aun pintaba cuadros con el mismo afan que en sus verdes años. Aunque aventajado en todos los géneros, sobresalía en las marinas que le han dado particular renombre.

Una de estas ha sido su última obra, representada en nuestro grabado. Figura un temporal en las procelosas costas de Normandía, de la cual parte un bote salva-vidas tripulado por animosos marinos dispuestos á arriesgar su vida por salvar las de los tripulantes de un buque próximo á naufragar. La escena está trazada con todo su terrorífico interés, no exento de cierta poesía, y en la muchedumbre que desafiando la inclemencia del tiempo se agolpa en la playa y sigue con afanosa mirada el bote que se aleja, se nota esa excitación que en todos produce la inminencia de una lamentable catástrofe, así como el deseo de que la abnegación de sus compañeros no sea infructuosa.

El pincel que ha trazado este lienzo estaba en manos expertas; así se conoce á primera vista.

EN EL HOSPICIO DE ANCIANAS
cuadro de L. Van Acken

Siete ancianas reunidas en un cuarto del asilo benéfico en que su miseria les ha obligado á buscar refugio, se entretienen jugando á los naipes, y á falta de dinero atraviesan... el honor de la victoria.

El asunto del lienzo es sencillo; pero lo avaloran las diferentes expresiones y actitudes de sus figuras perfectamente entendidas. La que se destaca en el centro acaba de echar una carta que le hace ganar la partida. La jugadora del gorrito no puede ocultar el despecho que le causa aquel golpe inesperado, mientras que una tercera, contemplándola con aire de mofa, celebra la derrota de su contrincante. A la izquierda, otra anciana dormita en un sillón; parece perteneciente á clase social muy distinta de las anteriores, y convencida de su superioridad real ó supuesta sobre ellas, apenas se digna mirarlas. Las dos viejas de la derecha hablan de cosas pasadas, ó quizás de esas intriguillas que no faltan en todo centro donde se reune mucha gente forzosamente desocupada.

¡Pobres viejas! Confiemos en que no surgirá entre ellas ninguna rencilla: anhelemos que puedan terminar sus días en paz.

Mañana quizás no existan, y no habrá nadie que las dedique un recuerdo.

FUSILAMIENTO DE TORRIJOS
Y SUS COMPAÑEROS, cuadro de A. Gisbert

De todos es conocida la negra traición merced á la cual el ilustre general Torrijos, campeón de la idea liberal, cayó en poder del *verdugo de Málaga*, general González Moreno, puesto de acuerdo con tal objeto con el ominoso gobierno presidido por Calomarde. Por eso juzgamos ocioso trazar, aunque fuese á grandes rasgos, la causa y origen del tristísimo episodio que representa el notabilísimo cuadro de nuestro compatriota el Sr. Gisbert, para dedicar tan sólo algunas líneas á este episodio en sí.

Torrijos y sus cincuenta y dos compañeros fueron condenados á muerte por «el delito de alta traición y conspiración contra los sagrados derechos de la soberanía de S. M.,» que tal significado se dió en aquella tenebrosa época al propósito de enarbolar la bandera constitucional; y todos los aprehendidos se prepararon á morir con la resignación y tranquilidad de buenos cristianos y la serenidad y entereza de hombres libres. A las once de la mañana del 11 de diciembre de 1831, dice el Sr. Lafuente, se consumó aquella lamentable hecatombe humana, que había preparado la más inicua alevosía, que escandalizó al mundo y llenó de amargura y de ira todos los corazones sensibles. Cincuenta y dos desgraciados fueron pasados por las armas, y regaron con la sangre de los mártires políticos aquel campo de muerte, en unión con el noble é ilustre general Torrijos. Había éste pedido por gracia mandar el fuego y recibir la descarga sin que le vendaran los ojos, pero no le fué concedida. Todos los cadáveres fueron conducidos en carros al cementerio; al de Torrijos se le colocó en un nicho, que compró después su viuda, y en que permaneció hasta que el ayuntamiento de Málaga construyó un monumento en la plaza de la Merced ó de Riego, al cual fué trasladado y encerrado dentro de tres cajas, una de plomo, otra de caoba y otra de cedro.

Tal es el triste episodio que conmemora el cuadro de Gisbert. Con respecto á la ejecución de esta obra, ningún elogio debemos añadir á los que de ella ha hecho la más exigente crítica; sólo se nos ocurre decir que el cruento é infame acto llevado á cabo en las playas malagueñas ha tenido un dignísimo intérprete en el artista que legará á la posteridad un nombre ilustre por sus admirables obras.

LA ORACIÓN, escultura de P. Carbonell

Es *La oración* una nueva obra de nuestro compatriota Carbonell, autor del *Arquitecto Fabre* y de *Cataluña*, hermosas estatuas que ornan el Salón de San Juan y el monumento de Colón, ambas reproducidas en números anteriores de este periódico.

Iguales cualidades brillan en esta figura que en las citadas y que distinguen á su autor; sobriedad en la ejecución y solidez, á la par que justa concepción para explicar el asunto, el pensamiento que mueve su experta mano.

El público ha podido apreciar esa obra en el Salón Parés no ha mucho, y por cierto que coincidió su exhibición con la llegada de un bronce de París de igual asunto y de parecido aspecto. Conste, sin embargo, para justa satisfacción de nuestro artista que su *Oración* fué concebida y ejecutada muchísimo tiempo antes de que la obra francesa fuera conocida, pues hace por lo menos dos años que tuvimos el gusto de contemplar el boceto de la bonita estatua que reproducimos. Otra cosa no podía ser tratándose de un artista que contribuye, como el que más, el esplendor de la escuela catalana de escultura.

EL REY Y LA REINA DE CHOA (África oriental)

Los acontecimientos que de algún tiempo á esta parte se están desarrollando en la parte nordoriental de Africa, ya con motivo de la lucha sostenida entre italianos y abisinios, ya por las contiendas intestinas que han estallado entre los segundos después de la muerte de su rey Juan, hacen que Europa dirija con alguna frecuencia sus miradas hacia allí.

Estas contiendas parecen resolverse en favor del rey Negusa Nagash Menelik de Choa, por lo cual creemos de oportunidad publicar su retrato así como el de su mujer, robusta africana que lleva en sus facciones impresos todos los caracteres del tipo abisinio.

La reina de Choa, hija del difunto rey Juan, es mujer dotada de talento natural, afable y nada opuesta á la civilización europea, como lo ha demostrado procurando con su valiosa influencia que se introdujera en lo posible en aquella parte del Continente Negro.

El rey Menelik era, durante el reinado de Juan de Abisinia, uno de los más poderosos jefes tributarios, y llegó á ceñirse la corona del país de Choa por su arrojo y sus proezas en la guerra.

EN EL «FOYER» DEL BAILE
cuadro de Federico Fehr

Presentado en la Exposición de pinturas de Munich

En los grandes coliseos del extranjero no falta un salón de descanso ó *foyer*, especialmente destinado á la sección de baile, y al que suelen concurrir los abonados más asiduamente que al *foyer* del público. Y se comprende. Los admiradores de la belleza plástica tienen en aquél ocasión de satisfacer sus aficiones artísticas y de entablar animados coloquios con las espirituales jóvenes que con tanta volubilidad mueven las puntas de los pies como la de la lengua.

Sólo que la plasticidad de la belleza tal como la presenta el autor de este lienzo, si es el ideal de las razas septentrionales, no corresponde al que de ella nos formamos en los países del mediodía; pero, esto no obstante, la obra tiene detalles que la hacen apreciable y el autor revela en ella soltura á la par que firmeza en el difícil arte del dibujo.

LAS BOTAS DE MI AMIGO RICARDO
(NOVELA REALISTA)

PRIMERA PARTE.

En aquella pícara cabeza, redonda, resuelta, escultórica, había talento, y en aquella cara de patina atezada como la de un africano, de facciones lascivas, de ojazos negros y brillantes, había genio y un no sé qué de socarronería y de fuerza de voluntad incontrastable; ardiente sangre vigorizaba aquella naturaleza próvida.... y sin embargo, Ricardo estaba flaco; muchas veces—aunque él era más bien bajo que alto—se me figuraba estar viendo, particularmente cuando lo estudiaba de perfil, como nosotros decíamos, al poeta Pedro Gringoire; y eso que maldita de Dios la semejanza que tenía con el simpático personaje de *Nuestra Señora de París*.

Pero sí la tenía, y he aquí el quid de mi comparación: porque si aquella osamenta, prodigiosa por lo fuerte, si aquel armazón de huesos que recorría diariamente cuatro veces lo menos, la distancia que media entre el Barranco de Embajadores y la calle de Recoletos, donde teníamos el estudio, se hubiera visto en peligro de muerte, so pena de que alguna princesa del Lavapiés, de las Vistillas ó del Rastro, le aceptase *gratis et amore* como marido, tengo para mí que á no repetirse la milagrosa aparición de una segunda Esmeralda, y esas cosas sólo ocurren, por desgracia, en las novelas románticas; Ricardo perdía el pellejo, que realmente era lo único que tenía que perder, como todos nosotros.

¡Nosotros! He aquí una palabra que aun me conmueve; porque esta pícara declinación del pronombre, me recuerda á algunos buenos camaradas que han muerto; á otros no tan buenos (como amigos, se entiende) que han triunfado en la lucha y que ya no existen para el sentimiento de la amistad; y á otros que vivimos, ¡doblemos la hoja! El hecho es que entre todos ellos, escritores, pintores, poetas, discípulos del Conservatorio de declamación y música, artistas é *ingenios* en embrión, *in herba*, como dicen los italianos, había muchachos de talento, de gran alma, de imaginación prodigiosa, riquísima florescencia de esperanzas que en su mayor parte ha marchitado el viento del infortunio, y... y juntos alquilamos aquellos dos sotabancos fronteros, en el promedio de la calle de Recoletos, que custodiaba un perrazo de la propiedad de la cofradía, á quien solemnemente bautizamos con el nombre de *Nerón* y una ilustre dama, la portera, que había sido comparsa del teatro de la Cruz, cuando el inolvidable Lombía refundió y representó *El Trapero;* á la que llamábamos madame Pipelet, en recuerdo eterno de la esposa del casto víctima de Cabrión.

Además ¿cómo no recordar aquel estudio? El pintor catalán Tapiró, que ya trabajaba en Roma, nos remitió para la apertura un boceto de su íntimo amigo Fortuny y una preciosa vista de la iglesia de *Santa Croce* de Florencia, pintada por él, que entonces se dedicaba con afán á la perspectiva, porque su sueño dorado era llegar á ser un gran escenógrafo; Balaca, el inolvidable Balaca, hizo allí sus primeras pruebas; un actor principiante, destinado á la celebridad y ¡ay! á prematura muerte, nunca bastan te llorada; el noble, el generoso, el gran Rafael Calvo, ensayaba allí *Los amantes de Teruel* y *El delirio del rey D. Pedro;* y una noche la policía fué á llevarse á aquel D. Pedro de diez y ocho años, que tenía á la vez el alma de artista, de poeta y de tribuno!... Pero no se lo llevó: madame Pipelet fué su salvadora, ó mejor dicho, su angelical sobrina. ¡Pobre Eladia! Era rubia, flébil, vagarosa y poética como Ofelia; se sentía atraída por el arte como la mariposa por la llama, había nacido tal vez para la escena; y al volver yo á Madrid el año sesenta y nueve, la hallé en el Prado, vendiendo *rosas* y *pita* (1) á las altas horas de la noche, con un *industrial* famoso por su brutalidad y sus borracheras, de apodo heroico: le llamaban *Garibaldi!...*

Pero vamos al objeto de estas parrafadas.

A principios del invierno del sesenta y cuatro, Ricardo—más flaco cada vez—desapareció del *estudio* y de la calle de Sevilla y del Café Oriental.... ¿Estaría enfermo? ¿Se habría suicidado?

Acudimos á su tugurio; y su patrona D.ª Nicolasa Escobilla, nueva Calipso de cincuenta abriles, nos manifestó *que jamás se consolaría de su marcha;* pero que él se había llevado la sombrerera, la bufanda y la Venus *impúdica* que tenía al lado de la cama, y que no sabía su paradero.

Mariano, nuestro legendario mozo del Oriental, me dijo con cierto énfasis misterioso y melodramático:

– ¡Yo le dí de cenar hará unos quince días, porque me trasladase al papel mi retrato que había dibujado en el mármol de la mesa! Cenó bien... y no le he vuelto á ver! Pero... ¡andaba de un modo al irse! ¡Miraba de un modo al suelo!...

¡Ah! ¡miraba sus botas! – él mismo me lo dijo después – ¡miraba ese adminículo indispensable del decorum social, honra del bípedo implume que le calza, si están nuevas y son de buen corte; y padrón de ignominia, si el cordobán descosido, pregona la miseria del ciudadano que arrastra tales apéndices!

Miraba sus botas y contemplando la ruina irremediable de aquella obra maestra de *Reinaldo*, se juró – bien podía jurarlo – no comer pan á manteles, ni andar por donde anduviese la gente, hasta que su base de sustentación fuese digna de un sacerdote del divino arte de Rubens y Murillo.

Pero... ¿cómo lograrlo? la sombrerera, la Venus á quien tan mal trataba D.ª Nicolasa, y hasta la caja de colores, se habían ido quedando en la clásica posada de la Aduana y en la no menos clásica hostería de la calle de Jardines: no tenía paleta, ni pinceles, ni tela, ni esperanzas, que es lo menos que se puede tener; cuando sus ojos, hundidos y melancólicos como los de los frailes extáticos de Zurbarán, distinguieron entre el barro de la calle de Trajineros, por la que á la sazón discurría, un objeto rectangular; la tapa de un cajón de cigarros; Ricardo hizo un gesto, miró á derecha é izquierda, y como apenas pasaba nadie, se inclinó y...

– Ya tengo tela, – se dijo; y echó á correr como si hubiera cometido un delito hacia el *Museo de Pinturas.*

Eran las ocho de la mañana, nadie había aún en las salas de estudio: los lienzos cubiertos, dormían en los caballetes, esperando el *fiat-lux* de la creación artística; las cajas de colores estaban cerradas, y la mayor parte sujetas al caballete respectivo con cadenillas; varias paletas sueltas, destacaban aquí y allá sobre las cajas y las ménsulas esparcidas en el salón, sus vivos matices; uno de los mozos de limpieza canturreaba con voz becerril en el patio «La Pepa de los Lunares,» *spartito* muy en boga en la época; el hielo se posaba en los arriates de los jardinillos contiguos; los retratos de la escuela flamenca parecían mirar, por entre las abiertas puertas, en son de reto, la *Rendición de Breda* del insigne Velázquez; el cierzo del Guadarrama penetraba en las vastas estancias como ministro plenipotenciario de su hija la pulmonía; y Ricardo,... febril, exaltado, contemplaba con la mirada atónita, las vírgenes, los santos, los frailes, los enanos, los guerreros, los bufones y los reyes de la Casa de Austria, desde el magnífico Carlos de Gante, gloria del Ticiano y de España, hasta el cadavérico Carlos *el Hechizado*, muerto viviente cuya lenta agonía dió la inmortalidad á Claudio Coello; fijos los ojos en las manecillas de los relojes y sintiendo repercutir en su cerebro debilitado, hueco, el *tic tac* de su pulso y el de su corazón, que palpitaba como si quisiera romperse á cada segundo que trascurría. – ¡Si en la cueva encontrase algo! – murmuró sordamente Ricardo, más pálido que el Cristo de Velázquez en cuyo cárdeno rostro, medio cubierto por la cabellera, húmeda del sudor de la agonía, tenía fijos los extraviados ojos.

Y efectivamente, en la cueva del Museo, en el *muladar del arte*, halló un pincel roto, enmohecido, inservible para quien no estuviese inspirado por la *décima musa* (que es una musa... *melenuda*) y un pedazo de paleta. En la-

(1) Hojaldre ordinario que compran en Madrid los muchachos, y aguardiente.



EN AUXILIO DE LOS NÁUFRAGOS, cuadro de Rodolfo Jordán

var *aquello* tardó una hora: lo demás fué breve: con un tacto de desesperado fué robando en las paletas dispersas los colores que le hacían falta y colmando la suya, ó mejor dicho, el trozo de paleta que le había brindado la suerte.

Al anochecer del día siguiente tenía botas; había dejado por ellas á D. Crispín Becerro y Cerote, insigne *artista en obra prima* en la calle del Carmen, una *Magdalena*, que más tarde sacó del cautiverio y logró vender á un aficionado á penitentes bonitas y baratas, en *doscientos cuarenta reales:* los sudores que pasó Ricardo para pintarla valían más; pero en fin, desde entonces pintaba en cajas de tabaco, *cantaoras*, toreros, escenas del género *flamenco*, y logró ir tirando: más tarde Cerote, que era rico, que le había tomado simpatías y que llegó á ser concejal de Madrid, se declaró su *Mecenas*, le honró confiándole su retrato, y como Ricardo le pintó con *medalla y tóos los requilorios*, como D. Crispín quería, el buen concejal se despilfarró y le *dió dos mil reales;* luego volvió á caer, estuvo gravemente enfermo, y por fin desapareció de la escena. Todos le creíamos en Roma, porque sabíamos que Ricardo era más testarudo que pobre, y lo que él decía siempre:

– ¿Veis estos altos y bajos? *Pues yo al fin he de ponerme las botas!* – y Ricardo era hombre para cumplirlo, aun sin el auxilio de Cerote.

. . . .

SEGUNDA Y ÚLTIMA PARTE

(Páginas de la dulce vida de provincias.)

¡Cuán fugaces los años ¡ay! se deslizan... y yo iba á deslizarme, y... á sublimar con *mi brillante prosa* los versos *trasnochados* de Espronceda!... pero aun no he llegado á la región de los... *iguales*, que diría Víctor-Hugo: aun no tengo *talla para...* y eso que ya soy talludito!

. . . .

Era al anochecer: la calle tortuosa y escasamente alumbrada; de distancia en distancia, tiendas de muy mal gusto, á manera de barracas de feria, mostraban en mezquinos escaparatillos mil bujerías colocadas sin arte, y sin embargo, con pretensión churrigueresca que entristecía el ánimo é inspiraba cierta especie de desorientamiento y de estupor. Pero la poca gente que transitaba por la oscura y mal empedrada vía, no debía considerarlo así; porque apenas topaba con alguna tiendecilla algo menos nebulosa, en la que á través de sus vidrios no nada limpios se viesen telas de colores vivos, estampas francesas barnizadas, que brillaban como los caramelos, ó fotografías *inapreciables*, allí se paraba en seco, y caballeros y señoras y chiquillos arrimaban la nariz al *ostentoso* escaparate, como si tratasen de aspirar siquiera el perfume de tantas preciosidades, pintándose en sus fisonomías recelosas y burlonas la más patriarcal admiración y... cierto orgullo de *ciudadanos* satisfechos.

La calle era larga y desigual y á espacios bastante ancha; y de vez en cuando, un descuadernado *quitrín* del año treinta la atravesaba produciendo en el empedrado ese ruido sordo y sepulcral, ese *trac trac, trac trac* de los coches viejos, que ataca los nervios como el crujimiento de los huesos; pero no obstante, aquella *ruina*, arrastrada por pacíficas mulas que iban al paso, ó por jamelgos de plaza de toros, conseguía que se parase la gente como embobada y que las mujeres dijesen á los niños:

– ¡Cuidado, hijos, que viene un carruaje!

¡Aquello era un carruaje!, y la exclamación que el miedo arrancaba á las madres, la única que turbaba el sordo rumor de los transeuntes, que discurrían procurando hacer el menor ruido posible, hablando por lo bajo y con cierto misterio; mirándose los unos á los otros con curiosidad malévola, desde la coronilla hasta los talones, y mirándome á mí... con más curiosidad todavía.

Yo lo observaba, produciéndome aquel parpadear continuo, el escozor y la inquietud que producen las trompetillas de los mosquitos; yo observaba que varones y hembras, aprovechándose de todos los recodos, de todos los portales, de todas las esquinas para parapetarse, me miraban cambiando sonrisitas de inteligencia, como diciéndose: – ¡Vaya un ente! ¿de dónde habrá salido ese quidam?...

Y yo... bajaba la cabeza – hay ocasiones en que se baja siempre – y apretaba el paso, y equivocándome aquí, preguntando allá, aun á trueque de las risitas y de las miradas burlonas que llovían sobre mi individuo como puntas de alfiler, dí al fin en el umbral de un café, al menos tal decía la muestra, adjudicándole el pomposo título *del Universo;* con cuyo dueño, único ser que poblaba *aquel mundo*, si se exceptúa un gatazo enorme que al verme se puso hecho un erizo, sostenía á poco el siguiente diálogo:

– ¿Luego ese... caballero, es tan tratable? – decía yo con voz insegura.

– Sobre que le digo á V. – respondió el cafetero – que aquí en *Ciudacándida*, es el único que hace *esas cosas...* así..., vamos, tan desinteresadamente; pero... ya se ve: él ha vivido años en aquella liorna, y sabe más que Merlín, y... pues! se atreve á todo. No: no nos chasqueará como el otro de ayer, que es un púa!... ¡Si yo le contase á V. la historia del otro! ¡Si es un tunante!. . ¡Si su mujer!... Pero nó, que éste!..; más de tres mil duros le birló á su suegro antes de casarse con Clarita; bien es verdad... por supuesto, esto se lo digo á V. con toda reserva, eh? (y aquí el cafetero guiñó el ojo, el único que poseía, porque era tuerto; y me habló al oído)... Pero, amigo mío, el padre era hombre de mucho dinero; notario é hijo de notario, y... dicen malas lenguas, que anduvo en cierto codicilo... eh? pero veo que está V. impaciente y también quiero ser breve, que en todo el barrio y en toda *Ciudacándida* saben que yo, en lo que no me parezco á mis paisanos, no soy amigo de cuentos, ni de chismes, ni de historias... no señor: mi norma es mi norma; y la seriedad... sólo que usted me ha sido tan simpático! anoche, con franqueza, *me hizo V. feliz!* ¡Cuenta V. con *tanta gracia* sus penas!... ¡Con que ya sabe V.: pecho al agua y á él! ¡Ah! ¡mucho ojo con D.ª Clara, y más ojo... – y aquí el cafetero volvió á guiñar el suyo – con cierta primita de D.ª Clara, que... eh? Pero por supuesto que no le diga V. que yo le envío, ni que lo entienda nadie. ¡Por Dios que aquí se sabe todo! ¡que no es como allá!... con que lo dicho: calle *Honda de revolcones;* esa que está allí... á la derecha, donde está parado aquel farolero, junto á aquella botica por donde pasa aquella muchacha del lío, á quien va siguiendo aquel señor gordo con el pretexto de mirar las tiendas. ¡Valiente hipócrita! ese .. es *D. Severo Pejelargo*, cofrade de San Vicente de Paul, que por las mañanas ayuda á misa dándose golpes de pecho y por las noches... ¡Uf! ¡Váyase usted, nos han estado oyendo!

Y el cafetero dió un portazo y yo me encontré en mitad del arroyo, comprendiendo, al ver á mi rededor cinco ó seis chiquillos y dos ó tres mozalbetes que me contemplaban como si en vez de mirar á un ser de su raza y de su siglo, sorprendiesen *en fragrante delito de existencia* á un fósil prehistórico animado en forma humana por arte del mismísimo diablo, que la exclamación del tuerto era fundada, y urgentísima la necesidad de libertarme de aquellos tenaces *admiradores;* y dicho y hecho, describiendo curvas que dieran qué hacer á un geómetra, me emboqué en la calle de Revolcones *honda ó no honda*, que no estaba yo para pararme en adjetivos, y ví una tienda en que el surtido más abundante era el de fósforos, caprichosísimas cajas de dulces y velas de esperma trasparentes como el ámbar: tienda rumbosa, mayúscula por su disposición estética y su novedad, para la rancia *Ciudacándida;* y ví también, tras el primoroso tablero, á un hombre voluminoso, grueso, envuelto en una bata de riquísima pana leonada y con un gorro griego del mejor gusto, que prestaba cierto carácter artístico á la cabeza redonda de aquel *bajá de mostrador* y á su barba negra como el azabache, que algunas hebras de plata entretejían; y cuando aquel hombre alzó la cabeza, cuando me fijé en aquellos ojazos rasgados y brillantes como los de un turco, y en aquella boca gruesa, lasciva, *insolente*, no pude menos de dar un grito y exclamar:



EN EL HOSPICIO DE ANCIANAS, cuadro de L. Van Acken



FUSILAMIENTO DE TORRIJOS Y SUS COMPAÑEROS, cuadro de A. Gisbert

– ¿Eres tú, Ricardo? Pero ¿es posible que seas tú, el... ¡Ahora sí que me considero salvado!

– ¡Calle! – repuso Ricardo poniéndose en pie,—¿tú por estos mundos, *cataclismología*? ¡Chico, qué viejo estás!

Y añadió, *tosiendo* y volviéndose hacia una ventana de la trastienda en la que apareció un rostro de mujer, astuto, *afilado*, envejecido y que contrastaba por su demacración con el de Ricardo: – No es nada, Clara, no es nada, es... un antiguo *conocido*, que venía á hacerme un encargo: anda, anda, que pongan la mesa y avisa á Serafinita que suba... que allá voy!

. . . .

Hasta aquí la narración del *amigo de Ricardo*: el estrambote, *le mot de la fin*, le atañe al articulista.

El ex-pintor ejercía en *Ciudacándida* dos industrias: la una, la que figuraba como *concepto* en el reparto de subsidios de la provincia: la otra, muy loable, hacer... *favores;* y en favor de lo cierto, nadie los hacía en *Ciudacándida* más baratos; apenas pasaban nunca del *ochenta y cinco por ciento* de su valor.

Ricardo vivía bien: una sola cosa perturbaba su envidiable tranquilidad: el excesivo cariño de su mujer; cariño *cantárida*, como él decía en sus momentos de expansión; y la singular repugnancia que su mujer había cobrado á cierta parienta suya llamada Serafina (que realmente era un Serafín), *tercera persona de aquella trinidad* oculta en la pacífica calle de *Revolcones* de la no menos pacífica *Ciudacándida*.

Respecto á su *amigo*... con pocas explicaciones bastaron los sucesos que le condujeron á aquella calle y á aquella ciudad, estaban *á duo* con el humorístico apodo con que le saludó desde el mostrador el benemérito industrial.

Tratado de cataclismos viviente, *drama ambulante* era aquel hombre, y un azar de la suerte le había arrojado desde zona bien remota á *Ciudacándida*, y la lucha diaria por la vida, horrible cuando se batalla por seres débiles é inocentes, por pobres criaturas sin más defensa que las del amor paternal, le había arrastrado á la casa del ex artista.

¿Halló en él el auxilio que necesitaba? ¡Bah! halló cien reales que Ricardo le debía desde antes que vendiera su *Magdalena* al concejal Cerote, cien reales que acompañó el *donante* con la *súplica* de que su amigo «no le *afectase más* con exigencias impertinentes en quien no contaba con medios seguros de satisfacer *favores*... al ochenta y cinco por ciento:» súplica que terminó con el siguiente y brillante apóstrofe:

– Porque en fin, desengáñate, chico: si te hubieras dejado de ideales necios, si tuvieras el espíritu de tu época, si hubieras sabido *triplicar en un año mil reales con sólo las operaciones á que se presta el cambio*, á estas horas en vez de pordiosear, te habrías puesto como yo *las botas*.

EPÍLOGO

. . . .

Hace... algún tiempo, pasaba al amanecer de un día de primavera por comarca en que todo sonreía.

Me habían comprometido á ir á una boda, boda espléndida: la de la hija del *ex pintor* Ricardo y de Serafinita *su segunda mujer*, con el hijo de cierto título arruinado á quien la novia le llevaba en dote un millón de reales.

La fiesta fué completa; y yo, tan obsequiado en mi calidad de cronista forzoso del fausto suceso, que al declinar la tarde me escabullí medio desvanecido; y aspirando con ansia los puros aromas del campo, no paré hasta un robledal, donde la fatiga del cuerpo y la del espíritu hallaron cómodo asiento y sosiego.

El crepúsculo vespertino se echaba encima: anchas fajas rojizas teñían el horizonte; el cielo iba trocando sus encajes azules por cenicientas gasas...

De pronto, á lo lejos, entre la niebla oscura se diseñaron las siluetas de un grupo que fué acercándose, acercándose... hasta que le distinguí perfectamente.

Era un grupo bien doloroso: un hombre más envejecido que viejo, calvo en las entradas de la venerable cabeza, con el cabello y la barba encanecidos, con el rostro pálido y desencajado y la mirada fosforescente y arisca y desnudos el cuello y los pies, se dirigía hacia el robledal con inseguro paso; y... ¡cosa extraña! aquel hombre que por lo visto iba preso entre dos guardias civiles, se reía de una manera... *que hacía daño*.

Detrás del preso iba una joven – casi una niña – demacrada también, harapienta... pero cuyos ojos de un azul purísimo parecían los de esas Vírgenes que *Fra Angélico* copió sin duda de allá arriba, arriba... *más allá del firmamento!*...

La niña lloraba... porque el hombre que se reía estaba loco y era su padre.

¿Y sabéis quién era aquel infeliz? El desventurado escritor amigo en algún tiempo de Ricardo; un cadáver-viviente á quien llevaban los guardias á una casa de orates!...

Desde entonces, lo confieso, siempre que cojo la pluma tiemblo; y tengo pensado, si hallo un alma caritativa que me preste lo preciso para el proyecto, dejarme de este *oficio* de muerte, y abrir una carbonería ó una tienda de aceite y vinagre, en fin, cualquier industria que siquiera le libre á uno de la lucha diaria y de la demencia, última serie racional y lógica de tal lucha; ya que en «el mejor de los mundos,» no *haciendo favores al ochenta y cinco por ciento*, es difícil, y tengo para mí que imposible, ponerse *las botas del amigo Ricardo*.

Rafael de Nieva.

EL CUENTO

Artículo tomado del Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano publicado por la casa editorial de la Ilustración Artística

Para formar en el día el verdadero concepto de lo que por cuento debe entenderse, importa proceder por exclusión. Cuento, en general, es la narración de lo sucedido ó de lo que se supone sucedido. De aquí que en las edades primitivas fuese cuento, ó pudiera llamarse cuento, cuanto se contaba. Vocablos de diversos idiomas dan testimonio de esta verdad. Hablar es lo mismo que *fabular* ó que contar fábulas ó cuentos. *Fabular* en latín, μυθεομαι en griego, *sagen* en alemán, *tell* en inglés, por donde *fábula*, μῦθος, *sagen* ó *tale* equivale á cuento.

¿Como esta significación general del vocablo, ó más bien de la idea misma, *cuento*, ha venido á reducirse ó á restringirse?

En las primeras edades del mundo los hombres no escribían; conservaban recuerdo de los hechos por tradición oral; y, si la memoria faltaba, la imaginación, fecundísima entonces, suplía espléndidamente la falta.

El origen del Universo y la vida de los dioses y de los héroes deificados fueron los más antiguos cuentos, que dejaron de ser cuentos cuando los hombres les dieron crédito y fe y los aceptaron como dogmas de su religión. Cuando no los aceptaron, siguieron siendo cuentos; y cuando los desecharon volvieron á ser cuentos de nuevo.

El inmenso cúmulo de tradiciones y narraciones, aun prescindiendo ya de lo que cada religión aceptó como dogma, vino á formar una materia épica difusa. Entre algunos pueblos de superior inteligencia pronto se formaron idiomas hermosos y surgió la Poesía, sujetándose la palabra á ciertas leyes rítmicas, así para darle más hermosura como para que con mayor facilidad quedase grabada en la memoria. Vinieron entonces los poetas; recogieron, de aquellos *decires* y tradiciones, los que más realzaban la gloria ó el bien de la nación de cada uno de ellos, y nacieron los cantos épicos y hasta las epopeyas grandes, que eran á modo de enciclopedia donde se encerraban los conocimientos y noticias de las cosas todas, divinas y humanas, según entonces se entendían ó se imaginaban.

Lo que entró como elemento en la epopeya dejó de ser cuento, y siguió siendo cuento lo que no entró, ó lo que, arrancado ó desglosado de la epopeya, y tal vez desfigurado ó incompleto, volvió á ser referido por el vulgo.

Más tarde, inventada ya la escritura, y en verso no, sino en prosa, los hombres quisieron conservar la noticia de los sucesos pasados; del origen y fundación de las ciudades, repúblicas y monarquías; de sus guerras, enemistades y alianzas, instituciones, comercio y adelantos, así como de los personajes que más en todo esto habían figurado. Así nació la Historia; y todo aquello que de los dichos y narraciones tradicionales se aceptó como verdad, según la crítica de entonces, y se incluyó en la Historia, dejó de ser cuento, y continuó sin ser cuento hasta que una crítica más alta, más sutil y aguda, ó más descontentadiza, lo expulsó de la Historia por falso ó por no bien probado y verificado, y volvió á ser cuento otra vez.

Debe inferirse de aquí que el cuento vulgar primitivo es como el desecho de la historia religiosa, de la historia profana y de la poesía épica de las diversas naciones, y á veces es también el fundamento y el germen de historias y de epopeyas.

Asimismo se infiere que el cuento fué ficción involuntaria en un principio. No es probable que en un principio nadie se pusiese adrede á imaginar cuentos para divertir. La fantasía de los hombres, su admiración, su gratitud, su terror á veces, rodeaban de circunstancias asombrosas á los personajes que por su valor, sus bríos, su virtud ó sus vicios, habían dominado á sus semejantes y les habían hecho mucho mal ó mucho bien.

Lo más verosímil es que la invención de cuentos con plena conciencia de que se inventaban tuvo origen más tarde en el deseo de dar una lección moral, ó de inculcar, por estilo animado, reglas juiciosas de conducta en la vida.

Así, pues, si el cuento primitivo fué el mítico y heroico, el que siguió inmediatamente, ya con plena conciencia de que el inventor le inventaba, es el cuento moral: la fábula, el apólogo, la parábola y la conseja.

Todos los cuentos primitivos aparecen contados de viva voz y no escritos; no forman parte de la Literatura. En las edades remotas, no bien el cuento se escribe, cuando deja de ser cuento: se convierte en dogma religioso ó en historia.

Sin duda los primeros cuentos escritos, como tales cuentos, ó sea tenidos por ficción por el que los escribía y aun por los lectores, como no fuesen muy cándidos, fueron los cuentos que servían para dar una lección moral, religiosa ó política; pero, como en este caso el fin era lo que importaba, la acción se reducía ó se precipitaba, y la narración era, más que cuento, símbolo, alegoría, apólogo, ó lo que vulgarmente se llama *fábula*, como las de Esopo.

Habiendo sido, por consiguiente, todo cuento, al empezar las literaturas, y empezando el ingenio humano por componer cuentos, bien puede afirmarse que el cuento fué el último género literario que vino á escribirse. Hubo libros religiosos, códigos, poesías líricas, epopeyas, anales y crónicas, y hasta obras de Filosofía y de ciencias experimentales, antes de que apareciesen libros de cuentos.

Y aun, si bien se considera, y salvando pocas excepciones, antes del cuento escrito, existente por sí solo, no incluído como ejemplo en tratados de Moral ó de Filosofía, apareció otro linaje de composiciones, que se funda en el cuento, pero que no es el cuento: apareció la novela. La novela es también narración de hechos fingidos, pero con la pretensión de estar más de acuerdo con la realidad y de ser fruto de la observación y del estudio de los sitios, de la naturaleza, de las costumbres y usos de diversos países, y de los caracteres de los hombres.

Todo esto se observaba entonces, más que con tenacidad y escepticismo, con poderosa y crédula fantasía, por donde, aun en las primitivas novelas, prevalece lo maravilloso fantástico sobre lo real, y, salvo la mayor extensión y reposo con que la novela está escrita, la novela se parece al cuento hasta confundirse con él.

Lo poco común que era comunicarse los hombres de unas naciones con los de otras; las noticias vagas sobre Geografía, y lo peligroso de las peregrinaciones por mar y por tierra, dieron origen á multitud de historias, que fueron cuentos ó novelas. Gigantes enormes y descomedidos, ogros que vivían de carne humana, pigmeos que combatían contra las grullas, arimaspes y cíclopes de un solo ojo, faunos y sátiros y centauros, repúblicas y reinos que no se sabe dónde están ó que se han hundido en el seno de los mares, todo esto fué apareciendo y dando asunto á mil relaciones orales, muchas de las cuales se escribieron después. Tal vez se escribieron como historia y no fueron cuentos sino cuando la crítica las arrojó de la Historia; tal vez volvieron á ser Historia y á dejar de ser cuentos cuando otra crítica posterior y mejor informada las aceptó como hechos reales, ó en su literal sentido ó con amplia y racional interpretación.

De todos modos, el cuento meramente cuento fué, si lo primero que se inventó, lo último que se escribió.

La historia literaria de los pueblos más importantes, historia literaria que ha sido más estudiada y nos es mejor conocida, viene á confirmar esta teoría con los hechos.

Grecia tuvo cuentos no escritos desde el origen de su civilización. Tuvo cuentos milesios, cipriotas, de Efeso y de Sibaris; tuvo cuentos de varios géneros y de diversas regiones; pero tuvo Epopeya, y Poesía lírica, é historiadores como Tucídides, y oradores como Demóstenes, y filósofos como Aristóteles, y hasta tuvo novelistas, ya que la *Ciropedia* de Jenofonte, por ejemplo, debe ser considerada como novela, antes de que apareciesen los cuentos escritos en griego.

Los cuentos, casi nunca inventados por el que los escribe, sino tomados de la tradición ó de boca del vulgo, apenas hay memoria de que se hallasen, entre los griegos, hasta los tiempos de César y de Augusto. Partenio de Nicea, que se dice fué maestro de Virgilio, casi puede pasar por el primer compilador de cuentos. Bajo el título de *Aventuras de amor* reunió treinta y seis.

Pero aun así, debemos notar que los primeros cuentos escritos, como tales cuentos, no fueron aún los cuentos míticos y maravillosos de que hemos hablado, sino más bien fueron *sucedidos*, anécdotas, hechos de sujetos particulares que no registra la Historia, y que el narrador quiere dar á conocer y que sigan conservándose en la memoria de los hombres.

De la misma época y de género parecido son los cuentos de Conón, uno de los cuales, transmigrando y peregrinando de unos países á otros, y no en el libro de Conón, que se ha perdido, y del que sólo se sabe por Focio, ha tenido la honra de ser imitado y realzado con toda la gracia de su estilo por nuestro inimitable Cervantes. El cuento de Conón es el juicio de Sancho Panza sobre el deudor, que afirma haber entregado al acreedor su dinero, después de entregarle un bastón en cuya cavidad estaban escondidas las monedas de oro, importe de la deuda.

El ilustre Plutarco escribió y coleccionó también muchos cuentos. Sus vidas de mujeres célebres tienen á veces el carácter de cuentos, y tal vez en algunas de sus vidas paralelas de héroes griegos y romanos pueda igualmente tildarse mucho de cuento; pero donde la condición está más clara es en los *Acontecimientos trágicos causados por el amor*.

Ya en estos más antiguos narradores se notan varias especies de cuentos. Son los principales: el cuento de maravilla, encantos y cosas sobrenaturales, el cuento de amor y el cuento de hechos ó dichos agudos, con frecuencia brevísimo y que suele reducirse á un epigrama en acción; á lo que familiarmente se llama en español *chascarrillo*.

Los cuentos que más han quedado como tales cuentos son los de hadas, asombros y prodigios.

Los *chascarrillos*, si tienen un valor histórico, son anécdotas; y cuando no, se inventan nuevos cada día y circulan de boca en boca, ó bien se reunen en colecciones, como, por ejemplo, una muy abundante, publicada en España por Monlau.

Los cuentos de amor, sobre todo cuando no hay en ellos elemento sobrenatural, son novelas en compendio, novelas en germen, y, á menudo, desde la antigüedad clásica hasta nuestros días, suelen ser sobrado alegres ó dígase muy obscenos. Así muchos cuentos milesios y de Sibaris; así los cuentos de Boccaccio y de otros autores italianos; los franceses de la Reina de Navarra, y los puestos en verso por Lafontaine y por Casti.

Escritores ingeniosos, tomando poco de la tradición, han inventado ó semi inventado cuentos, tal vez con el deseo de divertir, tal vez además con un fin filosófico ó político, de enseñanza ó de propaganda. Los más bellos ejemplos de esta clase de cuentos, salvo la poco sana intención de su doctrina, los ha dado, en nuestro sentir, Voltaire en sus novelas cortas en prosa, como v. g. *El Escarmentado*, *Micromegas*, *La Princesa de Babilonia*, *El toro blanco* y otros

Por lo general, con todo, puede afirmarse que los cuentos más lindos, escritos por autores de fama, se fundan

en tradición oral, han peregrinado mucho, han ido de boca en boca por todos los países, y el autor que los ha escrito sólo ha puesto en ellos el estilo, dándoles, si el estilo es gracioso y perfecto, su redacción y forma definitiva. De este género son *El Asno*, de Lucio de Patrás; la historia de Psiquis y Cupido que ingiere Apuleyo en su famosa novela; la *Matrona de Efeso*, insertada por Petronio en el *Satiricón*; el *Jocondo* y *El perro precioso*, que forman dos episodios del *Orlando*, de Ariosto; y más modernamente los cuentos de Perrault, de madame d'Aulnoy, y de madame Prince de Beaumont en Francia, de Musäus, y el canónigo Schmidt en Alemania, y de Andersen en Dinamarca.

Los árabes inventaron muchos cuentos, y quizá tomaron más en la India y en la Persia y los comunicaron á los europeos, ó bien por medio de comerciantes cristianos y de guerreros cruzados, ó bien á causa de sus invasiones y larga permanencia en España y Sicilia.

La divulgación y comunicaciones de estos cuentos asiáticos tal vez se nota, por escrito, antes que en ninguna otra literatura, en la española, de lo que dan testimonio los cuentos del *Conde Lucanor*, escritos por el Infante don Juan Manuel en el siglo XIV.

Más tarde nadie ha divulgado más y mejor en Europa los cuentos asiáticos que los franceses: Galand con *Las mil y una noches*, cuentos árabes, y Petit de la Croix con *Los mil y un días*, cuentos persas.

Los cuentos de todo género y de todo origen han seguido y siguen escribiéndose en Europa, á pesar de la afición á la novela. Muchos de los mejores novelistas escriben cuentos, ora inventados del todo, ora tomados del cuento oral y vulgar y exornados por ellos. Zola, Nodier, Daudet, Gautier, son autores de cuentos en Francia; Bulwer en Inglaterra; en España Bremón, Valera y Carlos Coello.

Entiéndase que citamos algunos nombres y hechos y no apuramos el asunto, que es muy vasto.

El cuento, no considerado ya como un género de literatura, como obra escrita, sino como narración oral y vulgar, ha sido profundamente estudiado en estos últimos tiempos por ser parte ó ramo de la Filología comparativa y de la Etnografía. En cada nación y hasta en cada provincia ha habido coleccionadores pacientes, que han ido recogiendo los cuentos de la boca del vulgo, reuniéndolos y publicándolos en libros. Hay así cuentos alemanes, ingleses, irlandeses, griegos, turcos, rusos, húngaros, etc. En suma, no hay país que no tenga su colección ó colecciones de cuentos. Por donde quiera, tomando el vocablo, y acaso la idea, de los ingleses, se han fundado Sociedades de *folk lore* ó de Mitología, Poesía y Filosofía instintiva de la plebe, dedicándose los socios á estudiar, reunir y publicar todos los productos de estas aptitudes de los hombres rudos é indoctos, ó los documentos que en la memoria guardan del saber y del ingenio de otros siglos. En España abundan estas Sociedades, y algunos de sus individuos son muy activos. Gracias á ellos tenemos colecciones de coplas, refranes, enigmas, sentencias y cuentos.



LA ORACIÓN, escultura de P. Carbonell

Acontece casi siempre que cada cuento vulgar, y más aún mientras más antiguo es, se halla en todos los países con más ó menos variantes, pero el mismo en el fondo. ¿Quién sabe cómo el cuento ha pasado de unos pueblos en otros? Tal vez le inventaron en la India: tal vez es un *mito* de los arios primitivos, antes de que saliesen del centro del Asia y dejasen las faldas del Cáucaso indiano para extenderse por toda la tierra. Lo sobrenatural del cuento varía, y la acción persiste. El dios indio se transforma en Grecia en dios helénico; en la Edad Media cristiana en bruja, santo ó demonio, y en peri ó hada entre los orientales.

De esta suerte el asunto que sirve de argumento al drama *Sacuntala* de Calidasa está en el cuento español de doña Guiomar. La *apsara*, convertida en hechicera, maldice á la joven diciendo: «permita el cielo que el que te lleva te olvide,» y el príncipe, á pesar de su sincero y grande amor, viene á olvidarla, y sólo la recuerda cuando se deshace el encanto. Es cuento pagano lo del mancebo que pone su anillo en la estatua de Venus; la diosa cierra los dedos y ya no es posible sacar el anillo. El mancebo queda desposado con Venus, y ya con ninguna mujer mortal puede casarse. Este cuento, que da argumento á una novelita de Próspero Mérimée, está contado en *Las Cantigas del Rey Sabio* como un milagro de la Santísima Virgen.

Los tres burladores, que hacen ó fingen hacer al rey un traje de una tela que no ve el tonto, y dejan al rey desnudo, y nadie, ni el propio rey, se atreve á decir que no ve el traje, á fin de que por tonto no le tengan, es cuento que pasa en Andersen por un cuento popular dinamarqués, y lo será sin duda; pero este cuento viene ya contado, y con no menos gracia, en *El Conde Lucanor*, salvo que no era el tonto, sino el hijo de p... quien no podía ver la tela: y así es que el rey, los ministros, los cortesanos, todos los sujetos de importancia, aseguran que ven el traje; y es necesario que un miserable negro, á quien nada importaba la legitimidad de su nacimiento, diga que el rey va en cueros, para que todos lo repitan y se manifieste el engaño.

Los amores de Psiquis y Cupido se refieren por el vulgo de España, sin que se digan los nombres de los amantes y sin que el narrador sepa que la historia que narra la escribió Apuleyo y la pintó admirablemente Rafael de Urbino.

Los viajes maravillosos etc., y las *Utopías* ó tierras y pueblos extraños, aparecen muy semejantes á veces en todas las lenguas y en la boca del vulgo. Apenas hay país que no tenga su cuento parecido al de Simbad el Marino. Todavía venden los buhoneros y los ciegos, en los campos y lugares de España, los viajes del Infante don Pedro de Portugal *por las siete partidas del mundo*.

La idea fundamental de alguien que se duerme ó se deleita ó se extasía, piensa haber estado así breve tiempo, vuelve en sí, y halla que han pasado muchos años ó muchos siglos, se repite en mil narraciones, desde el sueño de Epiménides hasta el cuento japonés del pescadorcito y la tortuga. Como leyenda cristiana aparece la misma idea en vidas de varios Santos y Padres del yermo. Nada en este género más bonito que una leyenda italiana, escrita en el siglo XIV.

El poeta yankee Longfellow ha puesto en verso una historia de este orden, como la española de San Amaro, publicada en el siglo XVI.

El *Jocondo* de Ariosto es en sustancia el primer cuento ó cuento-introducción de las *Mil y una noches*, y sin duda Ariosto le oyó y no le leyó, pues en su tiempo no corrían en lengua ninguna de Europa los citados cuentos árabes.

Lo del sabio viejo y desengañado que hace pacto con el demonio para remozarse, ser rico y enamorar á las mujeres, corre de boca en boca y de mil modos y por todas partes, antes de fijarse en *El mágico prodigioso* de Calderón y en el *Fausto* de Gœthe. Antes había dado asunto á un poema de la emperatriz de Constantinopla, Atenais, á un drama de la monja Hroswita, á un milagro de Gonzalo Berceo, á una cantiga del rey don Alonso, y á otros varios decires y escritos en verso y en prosa.

De amores sobrenaturales de hombres y mujeres con dioses, genios, hadas, sílfides, ondinas, gnomos, diablos, sátiros y duendes, hay un mar de cuentos en todos los países, y esto hasta el punto que con frecuencia ha vuelto el cuento á ser historia y á ser tenido por verdad, de varios modos. El P. Sinistrari d'Ameno escribió un libro donde da por cierta la existencia de los duendes ó genios y sus amores con hombres y mujeres, de los que refiere muchos casos divertidísimos.

En la aparición de los difuntos, ó mejor dicho, de sus almas, se han fundado también muchos cuentos, en cuya posibilidad vuelve también á creerse merced al espiritismo.

Toda esta transmisión, constante vida y ubicuidad de los cuentos, ha excitado á los eruditos á escribir su historia, como una parte de historia de la Filología y de las creencias, supersticiones ó presentimientos y vagas noticias de lo maravilloso, que ha tenido el entendimiento humano en su marcha progresiva.

El asunto es tan vasto, aun concretándole y precisándole bien, que Max Müller, por ejemplo, sólo para escribir la historia de los viajes, apariciones en diversos países y modificaciones que ha ido teniendo el cuento ó fábula de la lechera, puesta en verso por Lafontaine en Francia, y por Samaniego entre nosotros, ha empleado medio tomo de lectura, y no cansada, sino amenísima. Nosotros, debiendo ceñirnos á la estrechez que consienten los límites de un artículo, creemos haber dicho ya lo que basta para dar idea de la importancia y valer de los cuentos.

Como género de literatura el cuento es de los que más se eximen de reglas y preceptos. Conviene, sí, que el estilo sea sencillo y llano; que tenga el narrador candidez ó que acierte á fingirla; que sea puro y castizo en la lengua que escribe, y, sobre todo, que interese ó que divierta, y que, si refiere cosas increíbles y hasta absurdas, no lo parezcan, por la buena maña, hechizo y primor con que las refiera.

J. V.

BALANCE GEOGRÁFICO DE 1889

I. - EL CONTINENTE NEGRO

Un hecho predomina en estos momentos sobre todas las noticias geográficas del globo: el regreso inesperado de Stanley, el héroe africano, el explorador incomparable por su audacia y por la importancia de sus descubrimientos.

No tan sólo ha vuelto Stanley con la mayoría de sus compañeros, sino que ha libertado y traído consigo á Emín bajá, Casati y los egipcios prisioneros que han querido volver. Carecemos de espacio para dar aquí todos los detalles de esta expedición homérica que ha durado tres largos años; sin embargo, la indicaremos sucintamente.

Stanley, que emprendió su marcha por el Congo en la primavera de 1887, remontó el curso á la sazón desconocido del Aruwimi á través de una de las mayores selvas del mundo; llegó al lago Alberto, vió allí á Emín, que al principio se negó á abandonar su puesto, y en seguida volvió al Congo para recoger su retaguardia diezmada; un año después, llegó de nuevo, á costa de fatigas inauditas y por otro camino, al lago Alberto, y entonces Emín, á quien sus propias tropas habían hecho prisionero, consintió en salir del país.

La caravana de regreso se componía de un millar de hombres, ocho de ellos blancos: Stanley, Emín y su hija, Casati, Jephson, Bonny, Nelson, Stairs y Parkes, unos 300 egipcios compañeros de Emín, y los demás zanzibaritas y negros de la escolta de Stanley. Salió de la región de los Grandes Lagos, y después de ocho meses de aventuras de toda clase, llegó á la costa, gracias á la protección divina, según el grande explorador lo proclama en alta voz.

Entre los resultados geográficos de esta expedición memorable, bastará citar la exploración de la cuenca del Aruwimi y de su gran selva; el descubrimiento de la sierra de Ruwenzori, compuesta de montañas nevadas de 5.000 á 6.000 metros de altura; el del lago Alberto Eduardo (Muta Nzighé) cuyas aguas pasan por el Semliki al lago Alberto, de Baker. Todo esto justifica las tradiciones griegas y los mapas de Ptolemeo sobre la existencia, más




EL REY Y LA REINA DE CHOA (África oriental)

allá del Ecuador, de las fuentes del Nilo, en las montañas de la Luna.

Tiénese noticia también de la brillante travesía del Africa central que acaba de efectuar el capitán francés Trivier. En menos de un año, partido del Gabón con reducida escolta, ha remontado el Congo en los vapores del Estado libre, cruzado las Cataratas ó Falls, y provisto de un salvoconducto de Tippo-Tip, ha pasado en canoa á Ñangué, y desde allí, según se supone, al lago Tanganika, después al lago Ñaza, para ir á parar á la costa, en Quilimane. Ignórase por qué no ha llevado á cabo su proyecto de regresar por Bagamoyo, ó explorar mejor el curso superior del Lualaba, que sigue siendo la gran incógnita de aquella región.

Pasemos ahora á la cuestión política.

El Africa es hoy más que nunca el gran campo de batalla de las potencias colonizadoras europeas, batalla diplomática y cortés en estos momentos, pero que en el siglo XX, que no está lejano, se convertirá por desgracia en actos de carnicería para las razas blanca y negra.

La Europa occidental, repleta de habitantes, no es, por una parte, más que un huerto insuficiente para alimentarlos; y por otra, un vasto taller cuya producción superabundante busca salida al exterior. Ahora que América cierra cada vez más sus puertos á nuestros productos, que el Asia parece ser el dominio exclusivamente explotado por dos ó tres potencias europeas, hay que buscar en otra parte colocación para ellos.

¿Y dónde se la encontrará sino en Africa?

De esto resulta que Africa es hoy el continente más interesante para nosotros, después de haber pasado tanto tiempo desconocido y desdeñado, y que todas las naciones quieren su parte en él.

Cojamos el mapa, y con él á la vista demos rápidamente la vuelta á este continente disputado, indicando los trozos que en la actualidad pertenecen á cada nación.



EN EL «FOYER» DEL BAILE, cuadro de Federico Fehr

Presentado en la Exposición de pinturas de Munich

1. ¿De quién es el Egipto? De los turcos por tradición, de los egipcios por derecho, de los ingleses de hecho. Estos últimos se consideran allí en su casa, como los franceses en Túnez y los alemanes en Bagamoyo.

2. ¿De quién es Trípoli? De los turcos y del bey en este momento; en perspectiva, de los italianos; quizás sea un apeadero de los malteses, que allí figuran en cantidad no despreciable.

3. A los franceses pertenece Túnez, es cosa decidida; y se pretende establecer un nuevo Tolón en la bahía de Biserta.

4. A los franceses también la Argelia, que tarda ya mucho en construir su ferrocarril al través del Sudán, hacia Tombuctú y el Senegal, y en vengar al coronel Flatters, asesinado en el Sahara.

5. A los marroquíes, por el momento, Marruecos, gracias á la competencia entablada entre franceses, españoles, ingleses y alemanes.

(Concluirá.)

Imp. de Montaner y Simón

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

AÑO IX — BARCELONA 3 DE MARZO DE 1890 — NÚM. 427

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

LUIS FELIPE ROBERTO, DUQUE DE ORLEANS

copia de una fotografía reciente

La resonancia que ha tenido en la nación vecina el acto llevado á cabo por el joven duque Luis Felipe Roberto de Orleáns nos induce á incluir el retrato de este príncipe francés entre los grabados del presente número.

El duque de Orleáns, hijo de Luis Felipe Alberto, conde de París, y de Isabel de Orleáns y de Borbón, hija del duque de Montpensier, nació en Twickenham el 6 de febrero de 1869, habiendo cumplido por tanto en igual fecha del mes próximo pasado, 21 años. Con tal motivo, y á pesar del destierro impuesto á todos los individuos de su familia por una ley votada en 1886 por las Camaras francesas, se presentó inopinadamente en París, alegando, para justificar su contravención a lo dispuesto en dicha ley, que, como ciudadano francés y acabando de cumplir la edad de 21 años, quería inscribirse en las listas de reclutamiento y prestar su servicio como soldado raso en el ejército de su patria. Así lo ha manifestado al delegado del prefecto de policía que pasó á detenerle al hotel del Duque de Luynes, en el que se hospedaba; así lo ha dado á entender explicitamente en todas sus declaraciones, y así por fin lo ha hecho saber en la siguiente carta que, escrita en lenguaje respetuoso y expresivo, ha dirigido al Presidente de la República inmediatamente después de su detención:

«Conserjería 8 de febrero.

»Señor Presidente.

»En 1886, el gobierno de M. Julio Grévy me arrojaba de mi patria.

»En 1890, vuestro gobierno hace más, me arroja en una prisión.

»En el momento en que, por segunda vez, se me hace sufrir un dolor inmerecido, creo de mi deber y de mi honor exponeros por escrito cuál es la única idea que me ha guiado.

»He venido sencillamente, en el mismo día en que cumplí veintiún años, y a pesar del luto de mi familia, á inscribirme en la caja de reclutas del Sena para prestar mis tres años de servicio como soldado en el ejército de mi patria.

»Apelo á cuantos sienten en su corazón el amor de la profesión militar y de la bandera tricolor, el recuerdo de las glorias de Francia así como el de sus heridas, el sentimiento de lo que todo francés debe á su patria.

»No temo su juicio.

»Y creo también, señor presidente, que no debo temer el de vuestra conciencia.

»Si os consideráis honrado, y con razón, de contar entre vuestros antepasados un gran nombre patriótico, ¿extrañaréis que yo invoque la memoria de tantos príncipes, abuelos míos, muertos por servir á Francia en los campos de batalla, y que, nieto de Enrique IV, pida ser soldado raso?

»Ruégoos, señor presidente, que aceptéis la seguridad de mi consideración más distinguida.

»FELIPE, *Duque de Orleáns.*»

Entregado á los tribunales, éstos no obstante la alegación del joven duque, quien manifiesta que su acción está inspirada por el más acendrado patriotismo y es enteramente ajena á toda mira política, le han sentenciado, ateniéndose al texto de la ley, á sufrir el minimum de la pena señalada en ella, ó sea dos años de prisión correccional.

Según creencia general en Francia, es probable que el presidente de la República le indulte, y por consiguiente que en breve pueda reunirse en el extranjero con su familia, la cual ha aprobado el paso dado por el joven duque; pero mientras tanto ha sido extraído secretamente de la Conserjería, para evitar toda manifestación que pudieran hacer los partidarios de la monarquía, y trasladado á la casa correccional de Clairvaux ó Claraval, donde deberá extinguir su condena, si antes no recibe el indulto.

REPÚBLICA DEL BRASIL

Nueva Bandera. — Monedas. — Sellos

El cambio de régimen político ocurrido en el Brasil ha introducido en la naciente República algunas modificaciones de detalle que creemos oportuno indicar, reproduciendo en varios grabados los sellos y monedas adoptadas así como la bandera nacional.

La bandera. – Conserva sus antiguos colores y forma: un rombo amarillo en campo verde. Pero en lugar del escudo imperial figura hoy una esfera azul, con una faja ó zona blanca de izquierda á derecha, la cual contiene el lema: *Orden y progreso.* En la esfera hay ventiuna estrellas, colocadas como las de la constelación de la Cruz del Sur, en representación de los veintiún Estados de la nueva Confederación.

I. *Sellos de correos.* – Todos los de periódicos tienen la misma for-



LUIS FELIPE ROBERTO, DUQUE DE ORLEANS

copia de una fotografía reciente

ma representada en el grabado, habiéndolos desde 10 reis hasta 1000 que es el mayor. Ni los sellos de valores declarados ni los de periódicos llevan la Cruz del Sur; excepción indispensable para distinguirlos de los que sirven para franquear las cartas. El valor de los sellos de valores declarados varía entre 100 y 1000 reis, lo mismo que los de franqueo.

II. *Sellos del Tesoro.* – Todos tienen el mismo dibujo; pero varían los colores según su valor. Hay de tres clases, de tres tamaños: para los valores de 100 á 1000 reis; para los de 1.000 á 10.000 y para los de 10.000 á 50.000.

III. *Letras del Tesoro.* – Todas tienen como emblema principal la Cruz del Sur rodeada de 21 estrellas que representan los 21 Estados; en la última concéntrica está el exergo: *República dos Estados unidos do Brasil.* Su valor es de 1.000 á 50.000 reis, y hay cinco clases, cada cual con diferente dibujo.

IV. *Sellos telegráficos.* – Como los sellos del Tesoro, tienen los mismos valores y el mismo tamaño marcando estos valores: centenares, millones y decenas de millar de reis. Los colores son iguales á los que llevan los valores correspondientes en los sellos del Tesoro y en los de correos. Se distinguen de los demás en que figuran en ellos la Cruz del Sur y las 21 estrellas, con un haz de rayos, emblema de la electricidad.

V. *Marcas del Tesoro, de las Monedas y de los Ministerios.* – Estas marcas están en vías de ejecución en la Casa de Moneda. Todas llevan la Cruz del Sur y las 21 estrellas rodeadas del exergo: *República dos Estados unidos do Brasil*, con el nombre del ministerio, de la dirección, sección ú oficina especial que debe usar la marca.

S. A. R. D. ANTONIO M.ª FELIPE DE ORLEANS

duque de Montpensier

El día 4 de febrero último falleció repentinamente en su posesión de la Breva, en Sanlúcar de Barrameda, el personaje cuyo retrato incluímos en este número.

Era el duque de Montpensier el menor de los cinco hijos de Luis Felipe I, rey de los franceses, y habiendo nacido en 1824, tenía á su fallecimiento sesenta y seis años próximamente. Después de hacer sus estudios en el colegio de Enrique IV en París, ingresó en clase de teniente en el tercer regimiento de artillería francesa, fué destinado á Argelia, y en la guerra sostenida allí por su pátria, tomó parte en la expedición contra Biskra en 1844, y en la campaña del Zibau, ascendiendo por méritos de guerra al empleo de jefe de escuadrón; volvió á Francia y al poco tiempo pasó de nuevo a Argelia á pelear contra las kabilas insurrectas: después efectuó un largo viaje por los países de Oriente, y en 1845 era general de brigada y jefe del parque de artillería de Vincennes.

En 1846 contrajo matrimonio con S. A. R. la infanta de España D.ª María Luisa Fernanda, y cuando el destronamiento de su padre, trasladó su residencia á España estableciéndose en Sevilla.

No tomó parte en la política de nuestro país hasta poco antes de la revolución de setiembre; entonces trabajó bastante por su triunfo, y de todos es conocido el apoyo que prestaron al duque algunos conocidos hombres políticos para que ocupara el trono vacante. Fracasada su candidatura, se retiró á la vida privada de la que no volvió á salir, ocupándose con gran inteligencia en administrar su cuantiosa hacienda.

Habiendo residido casi siempre en su palacio de San Telmo en Sevilla, establecióse últimamente en el magnífico palacio que poseía en Sanlúcar de Barrameda, situado en la parte alta de esta ciudad; y allí, en su gabinete de despacho, transformado en capilla ardiente, fué expuesto el cadáver hasta su traslación á Madrid y ulterior enterramiento en el monasterio del Escorial.

El duque de Montpensier era infante de España desde 1859, capitán general del ejército español, caballero del Toisón de oro, gran collar de Carlos III, gran cruz del Mérito militar, de San Fernando y de San Hermenegildo, lugarteniente general de la orden de Montesa, caballero maestrante de Sevilla, Ronda, Granada y Valencia y comendador mayor de Aragón en la orden de Calatrava. Había tenido siete hijos, de los cuales sólo viven dos, la actual condesa de París y el infante D. Antonio, casado con la infanta D.ª Eulalia.

A él se deben, entre otras obras notables, la restauración y embellecimiento del palacio de San Telmo en Sevilla, la del histórico convento de Sta. María de la Rábida en el que albergó á Colón el P. Fray Juan Pérez de Marchena, y la de la casa de Castilleja de la Cuesta, en la que murió Hernán Cortés.

LA AMAZONA, cuadro de E. Joorss

La elegante amazona, efectuando al aire libre esa operación postrera del arreglo del traje, que, sin saber por qué, ninguna mujer ha de hacer en su gabinete, esto es, la de ponerse los guantes, se dispone á bajar al jardín en busca de su manso palafrén para dar un paseo por el campo. Pero esta dama debe ser, además que elegante jinete, atrevida cazadora, y así lo demuestra la actitud de sus lebreles, que parecen preguntarle porqué en esta como en otras ocasiones no los lleva á levantar y cobrar las liebres y perdices que ella, con certera puntería, sabe entregar á su ardor.

Este asunto que, tal como está presentado, se presta al lucimiento de un artista por los contrastes de colorido que ofrece, ha sido felizmente interpretado por el autor del lienzo que reproduce nuestro grabado, siendo de admirar en él, no tan sólo el partido que ha sabido sacar de tan sencilla idea sino la corrección del dibujo, las actitudes tan naturales de la dama y de los perros y el ambiente primaveral que en toda la obra campea.

EL EMPERADOR CARLOS V HUYENDO DE MAURICIO DE SAJONIA

cuadro de G. A. Closs

Conocidas son de cuantos hayan leído la historia patria la doblez y falsía con que Mauricio de Sajonia pagó los favores y distinciones que le había prodigado el emperador. Mientras éste confiaba en su apoyo para las guerras que sostenía con los príncipes protestantes de Alemania, alióse Mauricio con ellos, y puesto al frente de su ejército, se encaminó á Inspruck, donde Carlos se hallaba desprevenido y muy ajeno á la traición de su protegido, el cual intentaba apoderarse de él; mas cuando llegó el príncipe sajón á Inspruck hacía pocas horas que había partido el emperador.

Aquel Carlos V que había subyugado la Alemania, y cuyo inmenso poder tenía poco antes asombrado al mundo, tuvo que huir de Inspruck en una noche lóbrega y tempestuosa, llevado en una litera porque la gota no le permitía marchar de otro modo, con los caballeros de su corte, á caballo unos y á pie otros, teniendo que franquear las montañas del Tirol por veredas desconocidas, alumbrándole con hachas de viento sus criados, y de esta manera, y atravesando siempre ásperas montañas, pudo refugiarse en Villach, pequeña ciudad de Iliria.

El autor del cuadro que reproducimos ha trazado en él con sorprendente verdad uno de los varios episodios de esta incómoda marcha. Un temporal de viento y nieve, que pone á prueba el aguante y la paciencia de la escolta del emperador, asalta á la comitiva en lo más áspero y escabroso del monte, de tal suerte que los conductores de la litera en que va el emperador apenas pueden seguir adelante, y que hombres y caballos se ven poco menos que detenidos en su marcha.

M. Closs, uno de los más hábiles discípulos de la floreciente escuela de Munich, ha dado á conocer en esta obra sus relevantes dotes de pintor de historia, echándose de ver en ella á la vez que buen sentido en la composición, toques dados con destreza suma y un bien entendido estudio de los efectos.

SUPLEMENTO ARTISTICO

LA VISITA EN LA SALA DE UN HOSPITAL

cuadro de D. Luis Jimenez

que alcanzó el premio de honor de la Sección española de pintura en la reciente Exposición Universal de París

Recordarán sin duda nuestros lectores que al otorgar el jurado de Bellas Artes de dicha Exposición las recompensas a las obras más sobresalientes, trabajó principalmente *pro domo sua*, concediendo á los artistas franceses doce medallas de honor de las treinta destinadas á los de todas las naciones, inclusa Francia. Una sola medalla fué otorgada á los españoles, y esta la alcanzó D. Luis Jiménez, por su cuadro *La visita en la sala de un hospital*, en el cual se ve al Director de la clínica auscultando á una enferma, á la que sostiene incorporada el ayudante de la sala, mientras en rededor del lecho se agrupan los alumnos, atendiendo las observaciones del profesor y tomando apuntes de ellas.

Conforme con el juicio que al distinguido crítico Armand Gouzien ha inspirado esta obra, creemos oportuno reproducir lo que acerca de ella dice en un notable artículo sobre la Exposición española de pintura en el último certamen de París.

«El gran Jurado internacional, compuesto de eminencias artísticas de todos los países, ha propuesto para la más elevada recompensa á la más importante manifestación de arte moderno que figura en la Sección española: *La Visita al hospital*, por Luis Jiménez. A pesar de todas las solemnidades históricas; á pesar de todas las ceremonias pomposas que la rodean; á pesar de los reyes, príncipes, prelados, que hacen gala junto á este modesto cuadro de sus magnificencias, esta página, arrancada á la vida cruel del hospital, nos atrae y nos conmueve, dándonos la sensación intensa de la realidad, vista sencillamente y fielmente traducida. La sola crítica que podría formularse, sería tal vez el rebuscamiento sobrado concienzudo del detalle, la minuciosa ejecución de ciertas partes que el artista habría podido resumir de un modo más somero; pero vale más pecar por este exceso de conciencia y de estudio que por el exceso contrario, y esta observación no menoscaba en lo más mínimo el mérito de la obra, que se impone á todos por cualidades de primer orden. Saludemos en ella, como los jurados lo han hecho, la muy notable tentativa de un pintor que, después de haber resucitado el siglo XVIII en cuadritos encantadores, tiene el valor de lanzarse al combate moderno y la dicha de salir vencedor de la refriega. Esta victoria será seguramente discutida por sus rivales, no hay que dudarlo; pero quizás les sea útil, si enseña á algunos artistas rezagados en el pasado, el camino que deben seguir en lo presente.»

UN SABIO COMO HAY MUCHOS

(CUADRO DE COSTUMBRES)

Todos los años, esto es sabido, se ponen *de moda* en Madrid un caballo, un carruaje, un teatro, un salón, un predicador, un actor y una mujer hermosa. Los que están de moda no necesitan más; todos los celebran, agasajan y quisieran ser sus dueños, amigos ó amantes, según los casos. Aquel año, el turno de la moda en cuanto á mujer hermosa correspondió á Carlota. Se decía de ella que en punto á belleza femenil y suprema elegancia era imposible ir más allá.

A Rodolfo, novio de Carlota, no le agradaban la popularidad y los triunfos de su novia. Era Rodolfo un hombre que parecía criado ex-profeso para la felicidad: joven, guapo, aristócrata de nacimiento, riquísimo, ¿qué le faltaba al elegante *sportman* (como le llamaba *La Época*) para ser el prototipo del hombre dichoso? Nada realmente; pero realmente también, le sobraba algo: tenía talento. Y el talento bastaba para que se le amargase la juventud dorada en que vivía, y que tantos le envidiaban.

El talento de Rodolfo era investigador y analítico. Gustaba de no admitir nada sin previo y prolijo examen, y nada creía de lo que no estuviese antes plenamente convencido. Por eso sin duda le chocaba tanto su amigo Antonio, que á pesar de no ser tonto, ni mucho menos, procedía en la vida sin reflexión, gobernándose por una especie de caprichoso instinto, que el mismo Antonio calificaba de *corazonadas*, y que Rodolfo no sabía cómo calificar justamente.

¿Por qué Rodolfo llegó á la envidiada posición de novio de Carlota? Pues muy sencillo: por una serie de sabios cálculos. Esta chica es rica, pensó él; luego no tiene por qué codiciar mis riquezas. Esta chica es guapísima, y la pretenden muchos de cualidades y partes superiores á las mías; luego si á mí me hace caso es señal evidente de que yo le gusto, y que no se mueve para preferirme, ni por mis riquezas, ni por mis parientes, ni aun por mi fama de hombre guapo y afortunado en cosas de amor.

Y fué, y la pretendió, y Carlota le dijo que sí.

Pero ¿por qué me querrá á mí y no á otro? se preguntaba Rodolfo muchas veces. ¿Será porque soy guapo ó porque me cree bueno? Si es por lo primero, cuando yo sea viejo es probable que me vuelva feo, y aun antes de ser viejo, ¿quién me dice que no se presente por ahí el mejor día otro hombre que crea ella más guapo que yo? Pues si me quiere por juzgarme bueno, yo no soy bueno realmente, y se su amor será fantástico, á un sér que se ha fingido ella, pero no á mí.

¡Pobre Rodolfo, y cómo le desvelaban y apuraban estos tiquis miquis!

– Dichoso tú, decíale Antonio, tu novia es la muchacha más bonita de Madrid.

– ¡Infeliz de mí, pensaba Rodolfo, hasta mis íntimos se atreven en mis barbas á piropearme la novia!

El invierno estaba en su apogeo, y las fiestas mundanas se sucedían unas á otras sin interrupciones. Era el año en que, recién restaurada la monarquía, se había hecho la paz. Celebrando tanta ventura, los piececitos aristocráticos de las niñas *comme il faut* no se daban momento de reposo. Esperábase que hasta el regio alcázar despertaría tras su prolongado sueño al mágico son de la música de baile. Para la condesita de Siete Fuentes, en eso consistía el *chic* de una restauración monárquica. Durante seis años había conspirado hechiceramente la condesita contra Prim, contra Amadeo y contra la república: el éxito coronó aquel largo trabajo de zapa, y lo que decía ella: *si no se dan bailes en Palacio ¿para qué hemos hecho la restauración?*

– Si yo no fuese un *sportman* y si Carlota no fuese, como lo es, hija de los elegantes marqueses de H... (se decía Rodolfo), la verdad es que yo le prohibiría con sumo gusto á mi novia que fuese á los bailes. Pero en el mundo en que nos ha colocado la suerte, so pena de caer en ridículo, no tengo más remedio que tragar saliva y poner cara de pascua.

Pero no podía ponerla del todo, porque, aunque *sportman*, estaba enamorado sincera y profundamente Carlota era más buena que guapa con ser tanto lo último. Era sencilla, ingenua, apasionada, y quería mucho á su Rodolfo: ni más, ni menos que si hubiera sido una chica del pueblo ó de la clase media.

Una noche, en el salón de la marquesa de Valle Real, bailó Carlota como de costumbre con varios pollos: esta era la voluntad expresa de Rodolfo que por nada del mundo quería caer en ridículo. Terminado un baile, allí, en un rincón, triste, cariacontecido, sombrío, encontró á Rodolfo.

– ¿Qué tienes?

– ¿Te parece bonito esto?... ¡Bailar con todo el mundo!

– Pero ¡qué!... ¿tú no quieres que baile?... Pues con mil amores... A mí no me gusta bailar... Pero mi madre, mis hermanas, y lo que para mí es más aún, tú mismo, me decís que debo bailar...

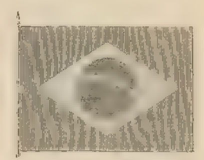
– Y tenemos razón, añadió Rodolfo poniéndose aún más sombrío. Sería una ridiculez para tí y para mí que no bailases...

– ¿Pues entonces?

– Entonces, dijo atropelladamente Rodolfo, que me ahoga este mundo en que vivimos, en el que, por desgracia nuestra, estamos condenados á vivir... ¡Ojalá que tú



LA NUEVA MONEDA BRASILEÑA


LA NUEVA BANDERA BRASILEÑA



LA NUEVA MONEDA BRASILEÑA

fueses la hija de un boticario de pueblo y yo el mancebo de la botica!... Entonces, sí, que podríamos querernos, que sería posible el amor entre nosotros... Pero así, créelo, Carlota, esto es imposible...

– ¿Imposible? preguntó Carlota, y su hermosísima faz retrató un inmenso espanto.

– Imposible, sí; este mundo es el mundo de la vanidad, y amor y vanidad no caben en un saco.

Rodolfo se levantó y se fué, sin despedirse de su novia.

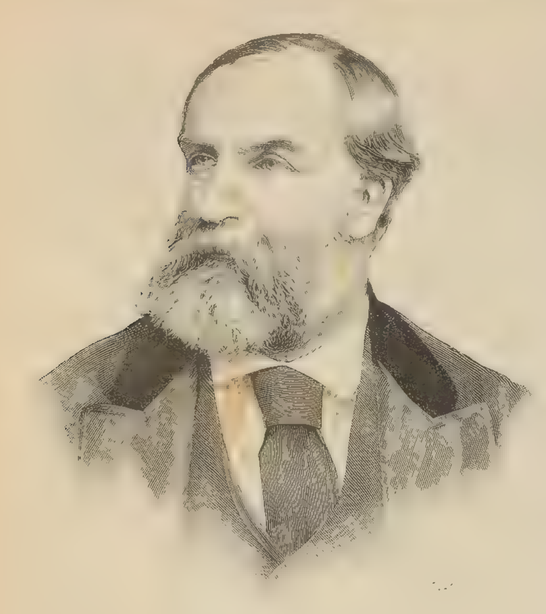
¡Majadero! pensó Carlota resentida.

Desde aquel día, Rodolfo no iba como antes á todos los sitios á que concurría Carlota. No la visitaba sino de tarde en tarde. Pasaban semanas enteras sin verse.

Carlota sintió muchísimo este cambio... al principio. Luego se fué consolando poco á poco. Apenas veía á Rodolfo, y cuando le veía era con una cara desabrida, de pocos amigos, que casi no era respeto, sino miedo lo que imponía. Por el contrario, los que no eran Rodolfo se desvivían por agasajarla y hacérsele gratos.

La conducta de Rodolfo se ajustaba perfectamente á un sabio plan, producto de más sabias reflexiones. Aquello era la piedra de toque en que el inteligente muchacho estaba probando el amor de Carlota.

Pasaron meses. Ya el invierno iba rápidamente á su fin. En casa de Carlota se daba un gran baile.



S. A. R. EL DUQUE DE MONTPENSIER

en Sanlúcar de Barrameda el 4 de febrero de 1890

La casa de Carlota estaba situada en el paseo de Recoletos A su espalda extendíase una de aquellas estrechas y sucias callejuelas que luego se transformaron en las hermosas calles del Saúco, Almirante y Salesas.

Poco después de anochecer caminaba por la estrecha y retorcida callejuela un hombre embozado. Era Rodolfo.

Se detuvo ante una casa de feo aspecto, y llamó á la puerta. Una viejecilla de peor aspecto que la casa, apareció en el umbral.

–¡Señorito!... ¡Cuántos días sin venir por aquí!... Es usted un vecino cómodo... ¿Quiere V. luz?

–No, tengo arriba el quinqué y traigo cerillas. Buenas noches.

Y pasó adelante, tomando la escalera arriba, tan empinada y estrecha como las de los castillos feudales en las novelas románticas.

Sacó del bolsillo interior una llave y abrió la puerta de lo que pudiéramos llamar el cuarto principal de aquella casa.

A la luz vacilante de la cerilla primero, y después á la más fija del quinqué, pudieron verse las paredes blanqueadas de una modestísima vivienda. De muebles no se veían más que un catre cerrado y recogido en un rincón, una mesa redonda sobre la que lucía el quinqué y un par de sillas.

En una de ellas sentóse Rodolfo, puso los codos sobre la mesa, y la cabeza sobre los puños cerrados, y quedó más de media hora sumido en profunda meditación. Al cabo de este tiempo se levantó, y dijo en alta voz:

–Esta noche saldré de dudas... ¡Carlota mía!... En mí, en tu Rodolfo, tendrás el más rendido de los amantes y el más cariñoso de los maridos...

Y sacando del bolsillo un retrato de Carlota, lo besó una, dos, tres, cien veces...

Luego, tomando el aire del hombre que va á cometer un crimen, apagó casi la luz del quinqué dejando sólo una débil chispa que en la profunda obscuridad brillaba como una estrellita lejana en noche tenebrosa...

A la escasísima luz de aquel astro eclipsado, ó más bien, guiándose por el tacto, avanzó hasta una de las paredes de la modesta salita, y una vez en ella palpó por aquí y por allí hasta que sin duda encontró lo que buscaba.

Era esto como una sinuosidad, apenas perceptible, de la pared lisa y blanca. Enrique apretó contra la disimulada trampa los dedos de su mano, y no tardó en saltar un pedacito de pared, un poco de yeso que dejó al descubierto un hueco redondo del tamaño de medio duro...

Era una tronera, un ventanillo abierto precisamente sobre la cornisa del tocador de Carlota...

Rodolfo aplicó el ojo derecho y miró...

Lejos de Rodolfo en aquel momento, y lejos de nuestros lectores también. toda idea viciosa é impura, más propia por otra parte de muchachuelo precoz ó de viejo corrompido que de un hombre en todo el brío de la mocedad, como lo era á la sazón Rodolfo. No, el distinguido *sportman* no había alquilado aquel pisillo, ni se había rebajado á horadar aquel agujero por darse el placer de eunuco de contemplar á sabor las formas, gentiles sin duda, de su Carlota. ¡Era él demasiado hombre para eso! Y como además la quería con amor verdadero, dicho se está que su ternura iba envuelta en todos los exquisitos pudores propios de las pasiones del alma... Enrique no iba á *ver*, sino á oir... Iba á comprobar su análisis... Antes de decidirse á beber del agua pura que se le ofrecía, quería saber á ciencia cierta si el agua era verdaderamente pura ó no lo era...

Respetemos nosotros su pudor, no diciendo ni una palabra de las perfecciones plásticas que Rodolfo no tuvo más remedio que contemplar. Y vamos á nuestro asunto.

Carlota estaba en el tocador con su prima Clara y con una de sus doncellas.

–¿Y vendrá esta noche Rodolfo? preguntó Clara.

–Me ha escrito que vendrá, repuso Carlota, y, chica, puedes creer que lo siento... Me fastidia soberanamente Rodolfo; es un hombre antipático y raro si los hay: ninguna mujer será feliz con él. Se cree el más listo, y á mi modo de ver es el más necio de los hombres. Verdad que es guapo y rico: un buen partido en una palabra Pero á esa costa, ni un buen partido es aceptable.

Clara se rió á carcajada tendida.

Rodolfo se retiró de su observatorio.

Cuando cruzó por el paseo de Recoletos, muchos carruajes se agolpaban ya delante de la casa de Carlota... El nada veía; la extrema palidez de su semblante, las lágrimas que lo surcaban, las nerviosas contracciones de sus labios y de toda su fisonomía, eran indicios de la horrorosa tempestad desencadenada en su corazón...

Pero ¡oh candor del humano espíritu! Rodolfo salía de su escondite con un tremendo pesar, paladeando hasta las heces del cáliz de los desengaños; pero con la sombría satisfacción de haber descifrado el jeroglífico de su vida... Ya veía claro; para él no había misterios... Ahora lo comprendía todo: explicábase el desprecio que creyó sufrir en el baile de la duquesa de Florián, las frases cortadas de aquel diálogo, el mohín casi imperceptible de la otra noche... Todo, todo aparecía distinto y luminoso á su inteligencia, y atando cabos concluyó por reconstruir la historia dolorosa de sus amores, en que había hecho, bien neciamente por cierto, el triste papel de engañado... Rodolfo se llevaba las manos á la frente que parecía querer saltar en menudos fragmentos... Así, luchando consigo mismo, ó mejor dicho, sintiéndose vencido, sudando á mares con un sudor al mismo tiempo frío y ardiente, fué dando la vuelta por el contorno de Madrid hasta que llegó á la melancólica glorieta, en cuyo fondo se alzan las humildes tapias del cementerio general del Norte... Ni él podía darse cuenta de cómo llegó á tan solitarios pasajes... Miró á todos lados como para reconocer el terreno, y muchos años después aseguraba el gallardo mozo que no sabía en dónde se encontraba en aquel instante... Sentíase fatigadísimo y febril... Vió allí, en medio del campo desierto, unos escalones de piedra blanca, sobre los que se alzaba gallardamente una cruz, también de blanca piedra, que iluminada por la luna parecía de mármol pulimentado... Rodolfo se abalanzó á las gradas como un náufrago, y dejó caer en ellas su cuerpo inerte... Nunca recordó más de aquella escena: sólo supo después que unos guardias municipales lo descubrieron allí, y creyéndole borracho ó accidentado hicieron trasportarlo á la casa de socorro de Chamberí.

Entre tanto, el baile de los marqueses de H... estaba en su plenitud. ¡Oh noche inolvidable! Las parejas pasan y vuelven á pasar, brillantes y veloces, como imágenes de vida y de poesía por una mente de veinte años... Pero Carlota cada vez se sentía más inquieta y más triste.

Eran ya cerca de las dos. Clara, cansada de bailar, de charlar, de oir piropos, sofocada de calor, se retiró un momento de los salones, y tomó el camino del gabinete-tocador de su prima. Iba á entrar, pero viendo cerrada la puerta, y observando que lo estaba por dentro, llamó suavemente. Tardaron en abrir, y cuando lo hicieron, observó Clara que Carlota, á la que desde luego supuso dentro, mostraba en su semblante claras y terribles huellas de llanto.

–Suponía que eras tú, dijo Carlota, y por eso he abierto.

–Pero, niña mía, ¿qué te sucede? ¿Tú llorando?

Carlota se echó en brazos de su prima.

–Pero no ves, no ves!... Tampoco ha venido esta noche.

–Mejor para tí, hija mía, mejor. ¿No me decías que...

–¡Qué querías que dijese! Si ese hombre está haciendo burla de mí; si ese hombre me desprecia; si no me puede ver...

–¿Con que tú estás enamorada?

Carlota respondió con lágrimas.

A los pocos días Clara decía á Rodolfo:

–Es V. muy cruel con mi prima Carlota.

–¿Cruel yo?...

Y soltó una carcajada estridente.

Carlota hizo muchas veces por acercarse á Rodolfo. Casi lo buscaba.

Pero Rodolfo la rechazaba siempre con una sonrisita helada, de viejo escéptico, y para su capote se decía:

–¡Hipócrita!

Y luego pensaba:

–¡Qué dolor no poder dejar de amarte!

Y no podía ..

Ni dejarla de amar.

Ni creer en ella...

Así murió al cabo á la vez romántico y desengañado... de amor y de escepticismo.

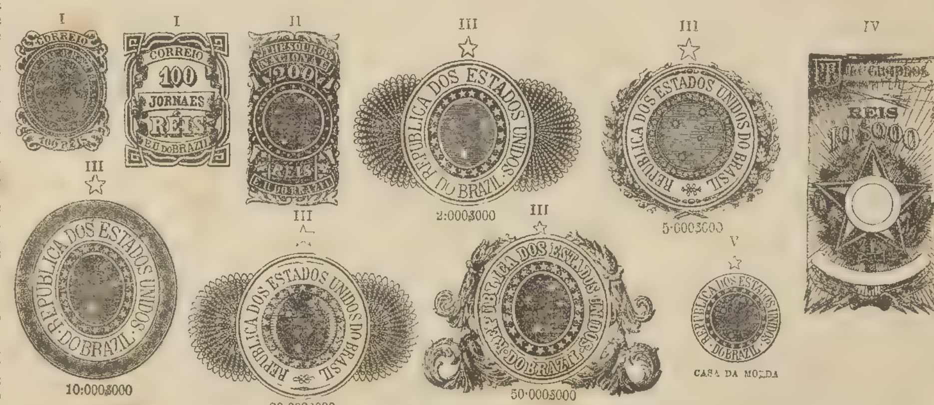
Y tan triste fin y tan amarga vida es indudable que se los debió Rodolfo al mucho talento que tenía...

Porque lo que él dijo siempre:

–Nada debe admitirse sin previo análisis. Ningún hombre debe creer sino aquello que antes ha examinado...

En lo que se ve que Rodolfo llegó á no creer en nada, ni en nadie, por creer demasiado en sí mismo.

ANGEL SALCEDO



LOS NUEVOS SELLOS DE LA REPÚBLICA DEL BRASIL



LA AMAZONA, cuadro de E. Joorss



«LA VISITA EN LA SALA D

(premio de honor de la sección esp



E UN HOSPITAL,» cuadro de D. Luis Jiménez

ñola de pintura). Exposición Universal de París



EL EMPERADOR CARLOS V HUYENDO DE MAURICIO DE SAJONIA, cuadro de G. A. Closs



EL CAPITÁN FRANCÉS TRIVIER, reciente explorador del Africa ecuatorial

VIAJE DEL CAPITAN TRIVIER

POR EL AFRICA ECUATORIAL

Si el capitán Trivier, que acaba de regresar á Francia, y cuya brillante exploración voy á referir brevemente, no tuviera la desventaja de ser francés, es probable que su nombre fuera ya muy conocido del público y su figura en extremo popular: habríamos recogido celosamente todos los partes telegráficos que agencias y diarios del extranjero hubieran prodigado sobre el particular; le habríamos seguido paso á paso, y contemplado después su fotografía en todos los escaparates; de modo que sus facciones estarían ahora impresas en nuestra memoria.

Pero el capitán Trivier es simplemente francés: las veinticinco ó treinta cartas, tan largas como interesantes, que publicó hace un año ó más en un gran diario, que por desgracia no es de París, han pasado casi desapercibidas; y ha sido necesario que sus aventuras fuesen muy poco vulgares para que su nombre comenzara á salir de la oscuridad. Era preciso, en fin, que La Ilustracion publicara su retrato para que se supiese que su fisonomía, muy personal, de hombre resuelto, es tan digna como otra cualquiera de figurar en una de sus páginas, sin que por esto desmerezca la galería de viajeros contemporáneos.

Hacía largo tiempo que, sintiéndose herido y humillado en su patriotismo, al ver que «todas cuantas noticias nos llegan del continente negro son de origen inglés, alemán, americano ó belga,» M. Trivier soñaba en Stanley y sus viajes, estudiaba el mapa de Africa, proyectaba lanzarse en pos de las huellas del intrépido americano, y hasta probar, á despecho de cuanto se ha dicho de sus terribles odiseas, que no era quizás «tan difícil» como se asegura atravesar esa temible y misteriosa Africa, á lo largo de la cual había paseado tantas veces su buque mercante.

Sin embargo, faltábale al emprendedor capitán el nervio de la guerra; buscólo y lo encontró Seducido por el entusiasmo del bravo marino, el director de un notable diario bordelés, *La Gironda*, resolvió hacer por Trivier lo que el *New-York Herald* hiciera en otro tiempo por Stanley: abrió su caja, firmó una carta de crédito, y dijo al explorador: «Puede usted marchar cuando guste.»

El capitán marchó al punto: el 20 de agosto de 1888 embarcábase en Burdeos con uno de sus antiguos compañeros de viaje, Emilio Weissemburger, rochelés como él, á quien en contrara tiempo atrás en las orillas del Paraná, en el Gran Chaco, y que ha desaparecido misteriosamente en el transcurso de este último viaje.

El 29 de agosto los exploradores se hallaban en Dakar, donde eran esperados por los dos laptots, prometidos por el ministerio de Marina, Alí y Babá (ninguno de los cuarenta ladrones), dos senegaleses del río alto, que le han seguido á través de toda el Africa ecuatorial, confiados como niños, y llenos de abnegación como... negros.

El 29 de setiembre, la pequeña caravana pudo llegar á Libreville, en el Gabón, donde una enfermedad de ese pobre «Emilio,» que tiritará de fiebre durante casi todo el viaje, la obligó á permanecer allí hasta el 5 de noviembre. El dia 9 dieron vista á Loango, y aquí es donde había de comenzar el verdadero viaje de exploración.

El itinerario de los viajeros, previamente calculado y discutido con amplitud, estaba trazado al principio como sigue: desde Loango á Brazzaville á pie con una caravana de portadores; desde Brazzaville á las Cataratas en uno de los vapores del Oeste africano; desde las Cataratas á Nyangué á pie ó en piragua; desde Nyangué al Tanganika, que se cruzaría en barco; después á Bagamoyo, etc. Una vez cerca de Tabora, Trivier pensaba reunirse con Emin y Stanley, los cuales se disponían probablemente á descender entonces por los lagos Alberto y Victoria. El programa, aunque audaz, fué seguido punto por punto hasta Oudjiji; pero aquí, varios incidentes de que hablaremos después interrumpieron de pronto el curso del itinerario anunciado, y Trivier hubo de dirigirse en línea oblicua al mar del Este por el Nyassa, el Chiré y el Zambeze, para llegar á Quelimane, país portugués.



El jefe Peana, de Kassongo

El 10 de diciembre de 1888, «después de haber sudado bien en Loango su veneno gabonés,» el capitán y su segundo, es decir, su fiel Emilio, con sus dos laptots, la pequeña escolta indígena, los sesenta y cinco portadores, y los 1 300 kilogramos de mercancías y bagajes, abandonan al fin la orilla atlántica y aventúranse por el «camino» de Brazzaville; pero «camino» africano, estrecho sendero formado á través de pendientes y bosques, por donde se ha de ir uno tras otro. Las noches se pasan en algún pueblo negro ó en una estación del Oeste africano, y prosíguese la marcha por la mañana apenas amanece. Por lo demás, nada hay de particular, como no sea la travesía del gran bosque de Mayomba, menos espantoso y siniestro que su reputación, la inevitable palabra con pobres «reyes» negros alcohólicos; y el encuentro, en las «estaciones» del camino, con algunos compatriotas, cuyas manos estrechan cordialmente.

El 31 de diciembre de 1888, la caravana franquea la línea divisoria de las aguas entre el Congo y el Quillion-Niari-Loudima, el río de los tres nombres. El 1.° de enero de 1889, en la estación de Comba, M. Trivier, «Emilio,» y el comandante de aquélla, M. Potier, salúdanse con las palabras tradicionales: «¡Buen año!» El 6 por la mañana óyese como un ruidoso mugido lejano: es el Congo y sus cataratas, que brillan, á los rayos del sol, asemejándose á un lago. ¡Es el Pool, es Brazzaville!

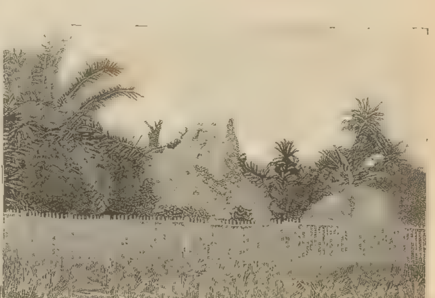
Muy bien recibido en la gran estación del Pool por M. Dolisie, el capitán se apresura á buscar el vapor que debe conducirle á las Cataratas; pero esto no es tan fácil, porque la Misión Brazza opone dificultades; el Estado libre da á entender políticamente que es imposible, y nuestro viajero mira con tristeza cómo se deslizan las aguas del gran río que no puede remontar. Por fortuna, un vapor de la casa holandesa establecida cerca de Brazzaville hállase á punto de salir para las Cataratas: Trivier pide sitio para él y sus hombres; recíbesele con los brazos abiertos, y el 23 de enero de 1889 comienza á navegar hacia el Nordeste á bordo del *Holanda*.

Esta navegación en el hospitalario barco holandés se puede considerar como un viaje de recreo: los compañeros son muy obsequiosos, hay suficientes comodidades, y la seguridad es completa, pues los ribereños, y antropófagos por añadidura, no se arriesgan á buscar pendencia á los vapores montados por buenas tripulaciones y prudentemente armados en guerra. Con toda tranquilidad y holgura se puede contemplar el paisaje africano. Por lo pronto se ven las aguas mismas del Stanley Pool (estanque de Stanley), flanqueadas al horizonte por orillas bajas, y después, en el lado norte de aquél, los *Dover cliff*, ribazos pedregosos: más arriba está el Congo mismo.

Se pasa rápidamente por delante de los pueblos ribereños, como por ejemplo Ngantchou, no lejos del cual habita Makoko, el fiel aliado de Brazza; Bolobo, donde se encuentra la *Villa de Bruselas*, uno de los vapores del Estado libre, que remonta también hasta las Cataratas, y que Trivier debía fotografiar un poco más lejos; Loukolela, triste estación donde vegetan dos pobres misioneros bautistas; y Liranga, último puesto francés en el río. El 2 de febrero se hace alto en la estación del Ecuador, en otro tiempo fundada por Stanley, pero muy descuidada después, donde el capitán visita, como una de las curiosidades del país, en la *cercada* del misionero inglés Murphy, tres enormes termiteras de tres metros de altura, «asombrosas construcciones» que se apresura á fotografiar.

Tres días después el vapor anclaba delante de Mata M'boudi, pueblo indígena situado á dos millas de la estación de Bangalas. Nuestro viajero, que no abandona nunca su objetivo, entretiénese en sacar algunas vistas, particularmente de la *Villa de Bruselas* anclada; y no deja de observar los tipos indígenas, que bosqueja con su activa pluma.

«Apenas habíamos andado, dice, apareció en la orilla una multitud considerable, la cual se enardeció poco á poco, hasta el punto de atreverse varios á llegar hasta cerca de nosotros en pequeñas piraguas. Los hombres iban casi completamente desnudos; un pedazo de tela sujeto á la cintura por un cordón, era lo único que llevaban. Altos, bien formados, y algunos de facciones finas y expresión enérgica, aquellos hombres contrastaban singularmente con los tipos que yo había visto hasta entonces.



Nidos de térmites ú hormigas blancas en la estación del Ecuador

En cuanto á las mujeres, iban más ataviadas, ostentando alrededor de las caderas un cinturón de yerbas secas teñidas de rojo, que se prolongaban desmesuradamente por detrás.

»El 7 llegamos á Mobeka, gran pueblo indígena situado en la confluencia del Mangala. Trivier fotografía aún, sentado delante de su casita de tejadillo de paja, el grupo de indígenas que reproducimos Aquí, dice, hemos alcanzado casi el punto más al Norte 2°05. Desde este lugar hasta Oupoto, el curso del Congo sigue la dirección del Este para correrse después hacia el Sudeste hasta las Cataratas y más allá.

»El *Holanda* ha franqueado ya la desembocadura de muchos ríos, como por ejemplo el Cassai, enorme afluente que viene de las vastas regiones del Sud, el Almia, cuyas fuentes están inmediatas á las del Ogooué; el Oubangui, límite oriental de nuestro Oeste africano, y el Mangala. Nos acercamos á ese misterioso Aruwimi, á lo largo del cual, en Yambouga, fué asesinado Barttelott, y cuyos vastos bosques espantaron al mismo Stanley, hombre de tan buen temple.

El 13 de febrero, Trivier pasa por delante de la desembocadura de ese río tan mal afamado, y reconoce que á partir de este punto se manifiesta un cambio en todo: en la dirección del Congo, en el carácter de los habitantes y en el estado político, por decirlo así, de aquel país. Los ribereños son negros de buenas razas, tan curiosos y activos como inteligentes; pero circulan muy malos rumores respecto á su carácter: dícese que son antropófagos, y el viajero echa de ver por mil indicios imperceptibles que solamente á un tiro de fusil del barco el país no es seguro.

A partir del Aruwimi se entra también en la esfera de acción de aquel que Trivier llama «rey» del Africa



Indígenas de Mobeka (Alto Congo)

central, el árabe Tippo-Tip. Solamente con algunos miles de musulmanes como él, domina todo el país y los grandes lagos del Aruwimi, recogiendo el marfil del Ecuador y acumulándolo en sus almacenes; mientras que todos los indígenas parecen someterse al prestigio de su nombre y al terror que infunden sus fusiles.

Con ese hombre cuenta Trivier, sin embargo, para dar cima á la parte más temible de su aventurada travesía; y en efecto, apenas transcurrida una hora después de llegar á las Cataratas, el 18 de febrero, había visto ya al poderoso autócrata, sultán, banquero, traficante, jefe militar de todo el centro africano, y dueño tan incontestable del país, que el Estado libre ha creído lo más oportuno elegirle para gobernador de todo su distrito de las Cataratas, con el sueldo de nueve mil pesetas. Trivier ha visto á Tippo-Tip, le ha fotografiado y descrito, y reproducimos como documentos históricos su fotografía y su descripción.

Es un negro de estatura más que regular, con la frente deprimida, la barba gris y la nariz achatada. Al detallar sus facciones, reconócese el origen negro, y si se le mira en conjunto, debe imponer á las masas: esto se echa ya de ver por la fotografía. Como ya he dicho antes, Tippo-Tip, hombre de cincuenta años, es el Tippo-Tip de Livingstone, el que Cameron encontró en Nyangué; es el hombre de Stanley, el hombre sin el cual no se puede penetrar en Africa.

No solamente Trivier ha visto á Tippo-Tip y le ha hablado, sino que hasta aquí es el primero de todos los franceses que ha podido tratar con él para el resto del viaje: una hora después de su llegada á las Cataratas el pacto estaba concluído, y el 22 de febrero, nuestro viajero y su pequeña escolta remontaban el gran río con un numeroso convoy de piraguas cargadas de marfil, bajo las órdenes de un pariente del «sultán» de las Cascadas.

El camino presenta más dificultades: se está de lleno bajo el Ecuador, y la temperatura se eleva, y es preciso dar la vuelta á pie por las Cascadas y las Cataratas que llevan el nombre de Stanley; mas el país no deja de estar muy poblado; á lo largo del río y en los eternos bosques que le flanquean, los pueblos se suceden unos á otros, y nadie inquieta á los viajeros blancos.

No obstante, avánzase sin descanso ni desfallecimiento. El 2 de marzo franquéase la primera catarata; el 9 se cruza el río Lohuhoua; el 10 se llega al confluente del Ouriadi; el 11 al de Kousourou; el 16 al de la Lira; el país se eleva, y las corrientes de agua llegan á ser más numerosas. El 26 la escuadrilla llega al fin á Nyangué, donde descansa dos días, y el 24 detiénese en Mikeké, en cuyo punto Trivier despídese del Congo para no volver á verle.

A tres horas y media de Mikeké y del río hállase Kassongo, verdadera ciudad de 20 000 habitantes, con muchas casas de ladrillo, mercado diario y abundantes víveres y ganado, en el que no faltan asnos y bueyes.

En Kassongo reina, si podemos decirlo así, el sultán N'sigué, cuñado de Tippo Tip, árabe y musulmán como él. Recibe muy bien al viajero y trátale cordialmente durante los veintiún días (desde el 24 de marzo al 14 de abril) que pasa en Kassongo. Trivier espera las últimas autorizaciones de Tippo Tip, y entretanto estudia el país, los habitantes y sus costumbres.

A pesar de estas distracciones, al capitán comenzaba á parecer el tiempo largo, y esperaba ansioso la hora de emprender la marcha hacia el Tanganika, por el Este, en busca de lo desconocido. El 13 de abril recíbese por fin en Kassongo el contrato entre M. Trivier y Tippo-Tip, debidamente firmado por ambas partes, y con la rúbrica de dos oficiales del Estado libre, colegas de Tippo-Tip, MM. Becker y Greshoff.

Al día siguiente, 14 de abril, Trivier sale de Kassongo, y comienza la temible y larga travesía del rudo país de Manyema.

«Desde aquí á Kassongo haré que te conduzcan en piragua, y en este último punto ya tiene orden mía N'sigué para que te transporten hasta Oudjiji, donde he mandado á Roumariza que te reciba para encargarse de tí hasta Bagamoyo.»

Así había hablado en las Cataratas, como hombre seguro de sí propio, de su poder, de sus oficiales y de su obediencia, el «sultán» Tippo Tip.

La comarca en que audazmente iba á penetrar el capitán Trivier, que es la comprendida desde Kassonga á M'toa, atraviesa el Manyema, vasto y salvaje espacio del país entre el Congo y el Tanganika, escabrosa región de bosques y empinadas colinas, y lugar habitado por antropófagos. La distancia no parece considerable en el mapa, y sin embargo Trivier necesitó cerca de dos meses, desde el 14 abril al 2 junio 1889, para recorrerla con su compañero Emilio Weissenburger, sus dos fieles laptots, y veinte portadores Manyemas, recogidos forzosamente por N'sigué, encadenados por el cuello y conducidos á palos por una especie de capataces árabes. El corazón de nuestros europeos debía condolerse; pero ¿qué se podía hacer? Entregados á N'sigué, no debían imponer condiciones, sino someterse á ellas. Sin el sultán de Kassongo y su protección, por lo demás, los viajeros no hubieran recorrido diez leguas en aquel país de incorregibles antropófagos sin ser asesinados y asados después. Alí y Babá, que no son cobardes, no pueden menos de torcer el gesto de una manera muy significativa al hablar de ese terrible Manyema, donde al pasar oían decir á los indígenas corrientemente entre sí, que los viajeros, y sobre todo los dos blancos, debían ser un excelente bocado. «Pero Tippo-Tip, decía el buen Alí en su jerga especial, es buen muchacho; cuando los negros devoran un hombre ¡zás! los árabes los matan.» ¡A esto se reducen, bajo los auspicios del mahometismo, los rudimentos de la civilización en el Africa central!

La pequeña caravana llega por fin, rendida de cansancio, á las orillas del Tanganika, é inútil parece decir que Trivier ha tenido buen cuidado de apuntar su objetivo sobre el país y sus habitantes. No tenemos aún las fotografías tomadas en esa parte del viaje; pero nos anuncia numerosas reproducciones de curiosidades naturales del Manyema, análogas á esas enormes termiteras de Liranga, «asombrosas construcciones» reproducidas ya por el viajero en el Congo, en la cercada del misionero inglés Murphy. Nos promete también más de un «grupo» de tamaño natural para completar la galería en que tan dignamente figura ese buen jefe Peana, fotografiado en Kassongo con su admirable sombrero de plumas de papagayo y su curioso traje.

Para colmo de desgracia, Roumariza pone en conocimiento de Trivier que los árabes y los alemanes están á punto de batirse por la parte de Zanzíbar, que el itinerario convenido debe cambiarse, y que no se ha de pensar ya en dirigirse á Bagamoyo. La razón es perentoria y dispensa de todas las demás: Tippo-Tip se opone; Tippo-Tip lo ha dicho; Tippo Tip no quiere. El camino del Sud por el lago queda por fortuna abierto, y Trivier se precipita por él. El 21 de junio sale de Oudjiji, sigue la costa Oeste, y pasando delante de la brecha por donde huye hacia el Congo el misterioso Loukouga, penetra rápidamente por el lado del Moero hasta Itaoua, en cuyo punto la fiebre le ahuyenta, obligándole á ir á Pambetí, cerca de la extremidad Sud del Tanganika.

De los cuatro inseparables compañeros de viaje, solamente el desgraciado Weissemburger debía dejar los huesos en el suelo africano; Alí, el desenvuelto y astuto hijo de Bakel, está hoy en Burdeos, rozagante, bien dispuesto á viajar otra vez, y siempre charlatán; agrádale narrar, hablando un francés infantil, pero con rara claridad y admirable memoria, los incidentes de su viaje. Babá, el hombre de todos colores, de Podor, sigue en la mejor salud, sin haber perdido su inalterable calma, y muestra con ingenuo orgullo á los pilletes bordeleses, que le llaman ya corrientemente por su nombre, su musculatura de atleta, sus bien modeladas formas y su cuello de bronce. Trivier volvía muy alegre y entusiasmado, cuando supo el fallecimiento de su anciano padre, que había muerto apenas veinticuatro horas antes del regreso de aquel hijo tan ardientemente deseado. De los que salieron juntos de Loango el 10 de diciembre de 1888, sólo falta «Emilio,» según le llamaba familiarmente su jefe. El capitán ha referido con detalles su desaparición, pero véase la de Alí, que es más breve, y la cual no carece de carácter:

«El señor Emilio tenía algo trastornada la cabeza desde Oudjiji. En Fouambo salía diariamente para pasear por los pueblos inmediatos, aunque todas las mañanas se hacían la guerra. Una tarde no volvió, y por la noche oímos tres detonaciones de fusil y cuatro ó cinco de revólver. M. Jones y todos los ingleses las percibieron también. Al día siguiente *yo buscar aquí*, y *Babá buscar allá*; los negros dijeron que no le habían visto; *pero yo creer bien* que los hombres de Penza le han matado, ocultándolo después, porque ni Babá ni yo *haber encontrado nada*, ni sombrero, ni revólver, ni otro objeto cualquiera. Pero el señor Emilio *no tenía ya la cabeza*.»

He aquí la oración fúnebre del pobre explorador, hecha por Alí, de Bakel, en la parte alta del Senegal. Al cabo de siete días de espera y de inútiles investigaciones, Trivier se decide, el 30 de setiembre, á marchar solo con sus dos laptots y una veintena de portadores en dirección al Nyassa, á donde llega el 15 de octubre. Allí terminan verdaderamente los peligros y las miserias, sino las fatigas. Emilio Weissemburger había muerto en el umbral de la salvación.

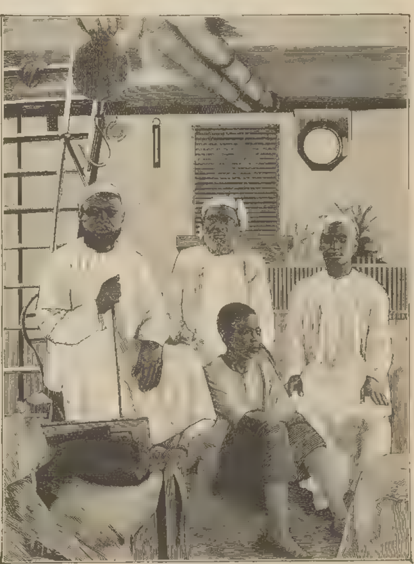
El 30 de octubre, Trivier estaba en Livingstonia, en la extremidad Sud del Nyassa, y comenzaba á descender por el magnífico y muy accidentado valle del Chiré. El 15 de noviembre llegaba á Blantyre, residencia principal de las célebres é invasoras misiones escocesas ilustradas por el gran Livingstone; el 27 penetraba en el Zambeze, y el 1.° de diciembre «saltaba á tierra en el muelle de la aduana,» en Quelimane, á orillas de ese mar del Este, hacia el cual avanzaba hacía un año menos nueve días. El primero de todos los franceses, y el décimocuarto de todos los exploradores europeos, había llevado á cabo aquella rarísima empresa: la travesía del Africa.

Todo este fin de viaje, desde la salida de Fouambo, no había sido más que un paseo muy interrumpido. Los exploradores se hallan en país mixto, cruzado por ingleses ó portugueses; encuentran un verdadero servicio de vapores en el Nyassa y el Chiré, y también misioneros ó traficantes á cada paso; de modo que verdaderamente no habría más que relatar las fechas y las etapas de sus últimos itinerarios, si una coincidencia feliz para el capitán Trivier no le hubiera conducido á Chiré en el momento mismo en que acababa de estallar el conflicto anglo-portugués.

Por eso encontró el 15 de noviembre en Karonga al cónsul inglés Johnson, al diplomático conquistador, precursor de la anexión británica; por eso encontraba ocho días después en M'bevé los restos del ejército de los Mokololos, vencido por los portugueses, ametrallado y poseído de espanto. Y así fué como en Tchirouno, el 25, hallábase en presencia del coronel Serpa Pinto en persona, y hacíase referir los detalles de M'pasa, brillante hecho de armas en verdad, pero más desastroso aun para los vencedores que para los vencidos, puesto que precipitó seguramente el *ultimatum* inglés y la conquista de Nyassaland por la insaciable Albión.

Así se agrega al interés geográfico del viaje el interés histórico; y así nuestro compatriota pudo ver, en el curso de su rápida exploración, el apogeo de una dominación cuádruple: la de Francia en el Oeste africano, la del Estado libre en todo el Congo medio; la del árabe Tippo-Tip en el Africa central, y la de la Gran Bretaña en la región del Nyassa. He aquí cómo se adquirió su verídico y precioso testimonio, á título de documento, tanto para la historia como para la geografía del Africa central, en este fin de siglo en que tan rápida y profundamente se transforman el presente y el porvenir del continente negro.

LUIS BAUZÓN.



Tippo-Tip y sus compañeros



La caravana del capitán Trivier

BALANCE GEOGRÁFICO DE 1889

(Continuación)

6. A los ingleses un apeadero en Puerto-Victoria, cerca del cabo Juby, en la costa del Sahara

7. A los españoles la costa sahárica, entre los cabos Bojador y Blanco.

8. A los franceses el Senegal y sus importantes extensiones recientes en el alto Níger.

9. A los ingleses, Bathurst y la Baja Gambia.

10. A los portugueses, Cacheo y las islas Bisagos.

11. A los franceses, las Riberas del Sur y el macizo de Futa Djalón.

12. A los ingleses, Sierra Leona y Freetown, principal plaza de comercio de la región.

13. A los negros liberianos, la república de Liberia, independiente bajo la presunta fiscalización de los Estados Unidos é Inglaterra.

14. A los franceses, Gran Basam y la Asinia.

15. A los ingleses, la Costa de Oro y la soberanía del país de los Ashantis, no se dice hasta qué distancia.

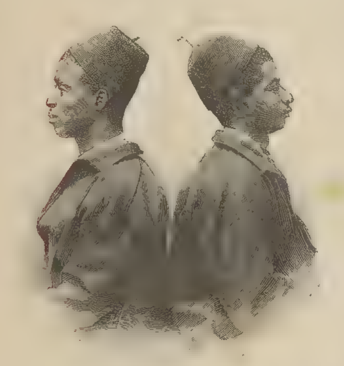
16. A los alemanes, el Togo, que remonta por el interior hasta más allá del fuerte Bismarck y de los 9° latitud N.

17. A los franceses Gran Popo, que á pesar de su nombre, es una angosta lengua de tierra.

18. A los portugueses, Ajuda y, si lo hubiesen conservado, el protectorado de Dahomey, de siniestra memoria, del que nadie se ocupa en este momento.

19. A los franceses, el reino de Porto Novo.

20. A los ingleses, el puerto de Lagos y el importante delta del Níger, con territorios situados á lo largo del curso de este río, quizás hasta más allá de los reinos de Gando y de Sokoto. El bajo Níger es una ancha puerta hacia el Sudán central y la cuenca del lago Tsad. Pero los ingleses dejan que se les adelanten hacia Tombouctú las cañoneras francesas del alto Níger.



Exploraciones por el capitán Trivier. - Los dos laptots: Alí y Babá

21. A los alemanes, el territorio de Camarones, ilimitado al interior y que avanza hacia el Binué inglés y el Ubangi belga.

22. A los españoles la bahía de Corisco (1).

23. A los franceses, el Gabón y el Congo occidental, importante porción que podían agrandar por la orilla derecha del Ubangi hacia el Sudán, si los alemanes no se anticipan á M. de Brazza.

24. A los portugueses, el país de Kabinda.

25. Al rey de los belgas, la soberanía del Estado independiente del Congo, inmensa cuenca fluvial, la parte mejor explorada del Africa central, la más rica en vías navegables, destinada á un porvenir brillante. Extendiéndose por el Este hasta los grandes lagos nilóticos, el Estado libre es verdaderamente el corazón del Africa; alrededor de él están los establecimientos alemanes, franceses, ingleses y portugueses. El ferrocarril de Matadı á Leopoldville en vías de ejecución, será la entrada obligada de la meseta central; y los campos atrincherados del Aruwimi y del Lomami se opondrán en adelante por este lado á la invasión de los negreros árabes.

26. A los portugueses, Angola, floreciente colonia en la que se inaugura una vía férrea de Loanda á Ambaca.

27. A los alemanes, la Hotentocia marítima, hasta el río Orange, salvo el territorio inglés de Walfish-bay.

28. A los ingleses, las importantes colonias del Cabo y de Natal, á las cuales se han anexionado recientemente los territorios de los Betjuanas, de los Hama y de los Matebeles hasta las orillas del Zambeze central.

29 y 30. En este imperio sud africano inglés, en germen, conviene reservar dos repúblicas de antiguos boers holandeses: la una independiente, el Orange ó *Free State*; la otra apenas sometida á la soberanía inglesa, el Transvaal. Esa última prospera actualmente merced á la explotación de minas de oro, y en cinco años los mineros procedentes de todas partes, y en especial del Cabo, han fundado una ciudad, Johannesburg, que tiene ya 25.000 habitantes. Hay allí una fuente de riqueza, pero también un peligro para la independencia de aquel pueblo de pastores.

31. A los portugueses la costa de Mozambique, desde la bahía Delagoa hasta el cabo Delgado.

32. Pero ¿á quién pertenecen los dilatados territorios de la Zambesia y del Nyasaland? Los portugueses y los ingleses se los disputan con tesón. Los primeros alegan derechos históricos, mas por desgracia habían descuidado la ocupación de hecho; al paso que desde las memorables exploraciones de Livingstone, los mineros y comerciantes ingleses se han establecido en el Zambeze y entre los lagos del Sur, y hasta tienen vapores en los lagos Nyasa y Tanganıka.

¿Cómo, pues, se efectuará la unión de las posesiones portuguesas entre Angola y Mozambıque, mientras que los ingleses aspiran á reunir de sur á norte el Cabo con la región de los grandes lagos? El porvenir nos lo dirá. Cuando menos, necesitarían éstos tener acceso directo al Nyasa por el valle del Rovuma.

33. A los franceses, la «gran tierra» de Madagascar, isla importante, que viene á compensar por aquel lado su carencia de territorios en el continente.

34. A los alemanes, el Zanguebar meridional, arrancado por sorpresa al sultán de Zanzíbar. Los ingleses, que fueron los primeros en explorarlo, cometieron la torpeza de no anexionárselo á tiempo.

35. A los ingleses, en cambio, los puertos de Mombaza y de Melinde, así como el territorio del Kenia.

36. A los alemanes, el territorio de Witu, al norte del Tana.

37. A los ingleses también, según parece, los puertos de Brava y Magadoxo, con los territorios del Djuba y del Haines, englobando así el Witu alemán.

Inglaterra aspira al parecer á la posesión de todo el valle del Nilo, y este pedazo sería digno de su preeminencia colonial. La retirada forzosa de Emin bajá retrasará un poco la realización de este proyecto, pero si, como se asegura, el emprendedor Stanley se ha puesto al frente de la colonia este-africana británica, y de la construcción de un ferrocarril de Mombaza al Nilo, no se puede desesperar del porvenir.

38. A los italianos, el puerto de Obia y la costa de Somal; por lo menos, así se dice.

39. A los ingleses, al parecer, el promontorio de Guardafuí; y seguramente la isla Socotora, así como los puertos de Berbera y de Zeila enfrente de Aden.

40. A los franceses, el puerto de Obock, la bahía de Tadjura, con la parte occidental de la «Puerta de las Lágrimas.»

41. A los italianos, Asab, Masouah, y la costa de Abisinia con el protectorado que acaban de alcanzar sobre todo este país asolado por la guerra civil. Esta importante adquisición, que más adelante puede extenderse hacia el Nilo, dividiría por la mitad el proyecto del «Nilo británico,» pero probablemente la diplomacia ha previsto este caso.

Por Suakim y Suez volvemos á Egipto, nuestro punto de partida, en donde encontramos otra vez á los ingleses.

Como se ve, hay por lo menos cuarenta empresas de la Europa blanca sobre el continente negro: cuarenta sectores cortados en el contorno del país africano, mientras se preparan otros cortes hacia el interior.

II. – En Europa

¿Es un bien esa ingerencia europea en Africa? ¿Por qué no? En el estado actual, ¿qué vemos allí desde el punto de vista humanitario?



M. Emilio Weissemburger, compañero del capitán Trivier.

Por una parte, en el Centro y en el Sur, 100 á 130 millones de negros, niños grandes de cascos ligeros, que viven al día sin cuidarse del mañana, divirtiéndose pero también riñendo unos con otros y aun permitiéndose excesos de antropofagía; en suma, teniendo absoluta necesidad de un amo benévolo que mantenga el orden entre ellos.

Por otra parte, de 20 á 30 millones de árabes ó mejor dicho de mestizos, sectarios del Islam, dominadores y tiranos de esos pobres negros, á quienes tratan como vil ganado, cazándolos como fieras y reduciéndolos á la esclavitud para venderlos al mejor postor.

Es inútil decir que se cuentan anualmente por millones las víctimas de la trata de negros. Así es que á la voz de Leon XIII y del cardenal Lavigerie, Europa trata de poner remedio á tan espantoso estado de cosas.

III. – En América

En aquel continente iba á terminar el año 1889 sin incidente notable, cuando de pronto se recibió la noticia de la Revolución brasileña. ¡Un imperio, casi tan grande como Europa, poblado por 12 á 15 millones de habitantes, próspero por todos conceptos y que parecía muy sólido, se ha derrumbado en un momento, Dios sabe cómo y porqué! La República, triunfante sin disparar un tiro, nos envía cortésmente los despojos de una de sus más gloriosas dinastías, que no había podido arraigar en aquella tierra americana, hija ingrata de la Europa monárquica. Es de temer que no pare aquí todo, y que la fundación de los veintiún Estados brasileños sea el preludio de la dislocación más ó menos violenta de aquel vasto país.

(Concluirá.)

(1) Con las islas Elobey y el territorio del río Muni, que les disputa Francia. (N. del T.)

Imp. de Montaner y Simón

LA ILUSTRACION ARTISTICA

Año IX —— BARCELONA 10 DE MARZO DE 1890 —— Num. 428



Á TÍ SUSPIRAMOS cuadro de M. King

SUMARIO

Texto. — *Nuestros grabados.* — *Alejandro Magno y el helenismo asiático*, por D. Emilio Castelar. — *Todo lo puede el amor*, por D. Pedro Talavera. — *Una partida de caza*, por D. C. Miquel. — *Balance geográfico de 1889.* — III. *América* (conclusión). — IV. *Asia y Oceanía.* — Pasatiempos científicos.

Grabados. — *A tí suspiramos*, cuadro de M. King. — *Coquetería*, cuadro de M. Dvorak. — *Una «Fornarina,»* dibujo de A. Fabrés. — *Aechando el trigo*, cuadro de Otón von Baditz. — *El Viático*, cuadro de Luis Passini. — *Hora de estudio*, dibujo de Carlos Froschl. — *Eduardo II antes de firmar la primera sentencia de muerte*, cuadro de Juan Pettie.

NUESTROS GRABADOS

Á TÍ SUSPIRAMOS, cuadro de M. King

Una viuda joven, modesta y de decente porte, que lucha con la adversidad oponiéndole el trabajo honrado y la santa virtud de la paciencia, es siempre interesante á los ojos de todos; y cuando al lado de esta viuda hay una tierna criatura sin padre, el interés se acrecienta y se convierte en simpatía. Pero una y otro, simpatía é interés, adquieren mayor intensidad y comunican levantados impulsos de caridad prontos á traducirse en benéficos hechos si se presencia el patético espectáculo que ofrece esa pobre viuda en la iglesia enseñando á la desvalida huerfanita á implorar el alivio y el consuelo de sus cuitas á la santa Madre de los afligidos, á quien ambas suspiran, esperando de su poderosa intercesión lo que no pueden alcanzar las débiles fuerzas de una mujer, por más que esta mujer sea madre, y por lo tanto capaz de los mayores sacrificios, de las más heroicas acciones, con tal de que á la hija de sus entrañas no le falte el pan de cada día.

Tal es el conmovedor asunto que ha escogido M. King para este cuadro; si ha estado ó no acertado en su ejecución, cosa es que dejamos al buen juicio de nuestros lectores, ó mejor dicho, de nuestras lectoras.

COQUETERÍA, cuadro de M. Dvorak

En la coquetería de las mujeres hay, como en todo, distintas gradaciones; si es exagerada, estudiada é hija de una falsa presunción, cansa, empalaga y casi siempre redunda en menoscabo y descrédito de la coqueta; pero cuando está reducida á límites discretos, y es ingenua, natural, no sólo puede dispensarse sino que en cierto modo agrada porque contribuye á realzar los atractivos de la mujer.

Este segundo género de coquetería es el que se echa de ver en el lindo busto pintado por el artista bohemio, el cual ha tenido el buen acierto de elegir su modelo en una joven de carácter evidentemente jovial y la destreza necesaria para reproducirlo con naturalidad exquisita, haciendo su contemplación altamente simpática.

UNA «FORNARINA,»

dibujo de A. Fabrés, grabado por R. Bong

Nueva página debida al lápiz de nuestro distinguido compatriota con que se enriquece la Ilustración Artística. Conocidas sobradamente las dotes de excelente dibujante que recomiendan al señor Fabrés, nada diremos acerca del tipo meridional, tan marcadamente característico que nos ofrece en este dibujo, pues nuestros lectores sabrán apreciar su mérito sin necesidad de que llamemos su atención hacia su conjunto y sus detalles.

AECHANDO EL TRIGO

cuadro de Otón von Baditz

A pesar de su sencillo asunto, este cuadro ha llamado la atención de los inteligentes en la Exposición de Pinturas celebrada en Munich el año pasado, por su vigoroso colorido y el aire verdaderamente campestre de que está impregnado. Además, la única figura que en él campea, sin ser una zafia labradora, como la famosa Dulcinea de Cervantes cuando el buen Sancho Panza la encontró practicando la misma operación que á la campesina de nuestro grabado, ni presentar un tipo poético como en su idealismo las han pintado algunos artistas, es de aspecto agradable, sencillo, y está tratada con una naturalidad que explica el éxito obtenido por este lienzo en dicha Exposición.

EL VIÁTICO, cuadro de Luis Passini

Discípulo este pintor de la escuela veneciana, venecianos son también los asuntos que elige para sus cuadros, por más que el que nos ocupa parecería genuinamente español si prescindimos de algunos insignificantes detalles.

El sacerdote que con religiosa unción sale de la iglesia para llevar el sagrado Viático á un moribundo, el sacristán que con el rico quitasol le acompaña, los monaguillos que le preceden con sendas hachas de cera, el pertiguero que llevando al hombro un historiado farol y agitando la campanilla abre la marcha y por fin los fieles que se arrodillan devotamente al paso del Señor, son figuras trazadas de mano maestra, que revelan un detenido estudio del natural, y lo que es más laudable, un estudio aprovechado que sabe comunicar al arte ese realismo puramente artístico, exento de exageraciones y rebuscamientos. Sobrio este cuadro en detalles, pues su autor le ha rodeado de los puramente indispensables para su asunto, se recomienda asimismo por el lado arquitectónico, representado parcialmente por la nave de un sencillo templo de estilo del Renacimiento, en el cual así las esculturas como los objetos de madera sorprenden por su verdad.

Después de examinar esta obra, compréndese que Passini goce de gran crédito entre los pintores venecianos.

HORA DE ESTUDIO

dibujo de Carlos Froschl, grabado por Bong

Con su dibujo nos demuestra Carlos Froschl que no es preciso apelar á grandes concepciones ni á asuntos de efecto para impresionar gratamente el ánimo de los que contemplan una obra de arte.

La preciosa niña que está preparando sus trabajos escolares es una verdadera joya artística por la naturalidad de su expresión y de su actitud, por las admirables proporciones de su gentil cuerpecito, por la belleza de su inocente semblante, por la irreprochable corrección de líneas y de sombras y sobre todo por la sencillez y sobriedad que cuando, como en el dibujo que reproducimos, están bien entendidas y sentidas con sinceridad son la mejor fuente de belleza.

EDUARDO II ANTES DE FIRMAR LA PRIMERA SENTENCIA DE MUERTE

cuadro de Juan Pettie

He aquí un cuadro de los que causan verdadera impresión. Se trata de la vida de un hombre, criminal quizás, tal vez desgraciado. Los viejos consejeros, avezados á los embates de la vida y esclavos de los deberes que la política impone á los que desempeñan altos cargos anexos á grandes responsabilidades, presentan al joven soberano inglés la primera sentencia de muerte que ha de firmar desde que se sentó en el trono. Eduardo II, niño todavía, y carácter débil y apocado por añadidura, según de ello dió buenas pruebas en el transcurso de su reinado, se estremece ante la idea de que su firma puesta al pie del fatal papel bastará para segar la existencia de un semejante suyo. Su corazón le aconseja la clemencia, pero la razón de Estado le obliga á ahogar sus nobles impulsos.

Tal es la escena magistralmente interpretada por Pettie, que identificándose con tan dramática situación ha trazado cinco figuras llenas de sentimiento, haciendo resaltar el contraste entre el afligido adolescente y los impasibles viejos que forman su consejo y á cuya voluntad tiene que someterse el infeliz monarca. El tinte sombrío que predomina en todo el cuadro armoniza á maravilla con el asunto y contribuye al excelente efecto que produce el lienzo aun á los ojos de los menos versados en pintura.

ALEJANDRO MAGNO Y EL HELENISMO ASIATICO

¡Cuál batalla la del Iliso, por cuya virtud quedó Alejandro como dueño de Asia! Llevaba el rey heleno cuarenta mil hombres, y el emperador persa cuatro más por lo menos contra cada uno de sus enemigos. El campo de batalla era una planicie admirablemente dispuesta para que pudieran moverse los numerosos ejércitos y muy contraria por todos sus terrenos á la marcha del invasor extranjero. Mas con ver los dos combatientes notábase la superioridad moral del menor, el europeo, sobre el mayor, su contrario, el asiático. Mientras aquél mostraba la cohesión originada de afinidades interiores y la sobriedad de costumbres convenientes á la disciplina y á la obediencia, parecía éste voluptuosa corte, andando en procesión aparatosísima. Vestiduras ligeras de un lado y mucho acero, mientras de otro lado vestiduras pesadísimas y mucha pedrería. Sobre la tienda del emperador persa un sol de oro encerrado en urna de cristal, y á su puerta un heraldo que agitaba el aire con las vibraciones de su apocalíptica trompeta. El fuego sacro iba en argénteas aras circuído por legiones de cabalistas y astrólogos, dados todos á la oriental magia; tras unos trescientos sesenta y cinco jóvenes, envueltos en púrpura y cantando himnos religiosos, resplandecía la efigie del dios mayor de aquellas gentes, rodeada por sacerdotes vestidos de blancas túnicas y armados con áureos cetros; no lejos, para designar el puesto de los jinetes en armas, unos carros llenos de dioses, á cuyas espaldas veíanse de diez á doce mil caballerías montadas por individuos provinientes de todas las naciones subyugadas á Persia y ornados con sayales de crecidas mangas, todas recamadas por piedras preciosas; á trescientos pasos quince mil cortesanos con tales afeites y adornos que parecían hembras recién compuestas en sus tocadores; un trono ambulante soportaba la persona del monarca, circuído por maravillosísimas pompas, ahumado por nubes de incienso y demás aromas litúrgicos; seguíanle luego Nino y Belo en simulacros de metales riquísimos bajo sombrillas multicolores y entre colegios sacerdotales; doscientos príncipes de regia sangre rodeaban á los déspotas del cielo y de la tierra, cuyas tiaras celestes, y bandas multicolores, y puñales ligeros, y sayos purpúreos, les daban el aspecto de ídolos; hasta que, cerrándolo todo, se descubría la raíz de tantos males, mal escondido, un harén compuesto de trescientas concubinas, servido por innumerables eunucos y llevado sobre los lomos de camellos y elefantes; todo ello con el extraño aspecto de una ciudad, que se moviera nómada por aquellos inmensos territorios, sin norte y sin rumbo, sólo para ostentar su esplendor increíble y su asiática magnificencia. ¿Qué había de suceder? El número inmenso empleado en estos oficios múltiples y adscrito á estos cargos de corte, no servía para combatir. Necesitado cada cual de atender al respectivo señor, ya ídolo, ya monarca, ya príncipe, no podía romper contra el común enemigo. El griego estaba destinado á dominar la muchedumbre del asiático por su destreza, cual domina el nauta los oleajes del Océano por su inteligencia. Había un imperio y su corte de un lado, mientras del otro un pueblo constituído para el combate y en la organización y en la forma propias de un ejército. Alejandro, á caballo, lo animaba todo; y ponía la confianza de cada cual en su fuerza y en su acción, mientras Darío, desde su santuario litúrgico, estaba como ausente. La falange macedónica y la caballería tesalia dieron en seguida cuenta de aquel harén populosísimo. El viento de las ideas occidentales pasó como un huracán sobre las castas. El héroe vencedor no significaba otra cosa en su esplendorosa victoria sino la libertad de Occidente, imponiéndose por su intrínseca virtud á la fuerza del Asia. Darío tuvo que descender de su elefante y tomar un caballo árabe para huir del campo nefasto y ponerse con algunos compañeros en cobro. Todas sus mujeres y todas sus riquezas cayeron en manos de los griegos.

Pero, como Alejandro no se propusiera tanto vencer al Asia, como asimilársela, y difundir en ella su propio espíritu, y sellarla con su idea, trató á la madre de Darío, á la mujer, á las princesas, como hubiese tratado á griegas de su familia idas al campamento. Ellas, que se creyeron próximas á la muerte tras la derrota de los suyos, no sabían de cuál suerte corresponder al vencedor, ignorando cómo su propósito de respetar las vidas y las personas en ellas dimanaba del propósito superior de perseguir y desarraigar su dominación y su autoridad. El desquite de Grecia estaba cumplido, y el Oriente se abría, mal de su grado, pero se abría por completo, al genio y al pensamiento helénicos.

Da vértigos materialmente la carrera de Alejandro. Recogidos los despojos tras victorias tan enormes, entran sus huestes en Damasco y suben como águilas por las laderas del hermoso Líbano, cuyos cedros sirvieran á las primeras navegaciones y domaran, convertidos en naves, el Océano indómito. Fenicia, Siria, Palestina, se doblegan á su paso como los débiles arbustos por su caballo de guerra tronchados en los bélicos empujes. El templo de Salomón le abre sus puertas, y el canto de los salmistas le bendice como si viniera de parte de Jehovah. Tiro, Sidón, Chipre, Lesbos, las tierras más ilustres caen de hinojos á su presencia y ofrecen coronas á sus sienes. En la desembocadura del Nilo funda su Alejandría, cuyos faros dirigen las navegaciones y cuyos pensamientos renuevan el espíritu. Después de haber bebido las aguas sagradas en que van disueltos tantos misterios; después de haber saludado las pirámides iluminadas por las ideas y pulidas por los siglos; entre alamedas graníticas de obeliscos y mudos coros de gigantescas esfinges, dirígese al templo de Júpiter Ammón y conversa con el cielo inmenso, esplendente de revelaciones. Su voz hierática se mezcla en himnos sin fin, á las profecías hebreas, prosperando el mesianismo que las sostiene, como sus manos sacerdotales ofrecen sacrificios al buey Apis en las murallas ciclópeas de Menfis. De allí, queriendo medirse con todos los poderes y tratar con todos los dioses, marcha rápidamente á Babilonia, no sin haber tenido que ganar antes batallas como la de Arbela, y no sin haber sumergido un poco su alma helénica en el inmenso panteísmo asiático. Después llegó á Persépolis, donde los monumentos titánicos desconcertaron sus ideas griegas respecto de proporción y de armonía. Los templos parecidos á montañas, las poblaciones parecidas á cordilleras; aquellas graderías como sobrepuestas para ofrecer ascenso á dioses; las pilastras parecidas á edificios enteros y coronadas con diademas de palmitos, en las cuales se graban misteriosas leyendas; los colosos tallados en granito; las esfinges con sus cabezas de mujer y sus colas de vaca; los altares enormes, no hicieron más que agrandar las proporciones de su gigantesco espíritu y sugerirle ambición mayor á la sentida por su insaciable corazón hasta entonces. No contento con tales conquistas corre á las montañas medas y se propone penetrar en el centro mismo de Asia y en la matriz donde se forja la vida de tantas razas.

Aquella Bactriana á que Semíramis había llevado con arrojo el espíritu de Caldea, vese invadida por el espíritu de Siria. En su afán de subir, este hombre había subido hasta el techo de nuestro planeta, cual si quisiese tocar desde allí las estrellas. Sacerdotes de todos los cultos le acompañan, dioses de todas las teogonías le siguen como cautivos, despojos de todos los templos llenan sus carros de guerra, el mago y astrólogo caldeo, el gramático jonio, el sofista griego, el rabí de las religiones proféticas, el sirio domesticador de serpientes, el egipcio intérprete de jeroglíficos, el geta que invoca los dioses infernales al son de su tambor diabólico, le siguen y le obedecen como queriendo forjarle un cortejo de ideas. Así no sabrá detenerse ante ningún obstáculo. El Cáucaso y el Tauro le sirvirán de trono; el Caspio y el Mediterráneo de alfombra; con igual empeño requerirá para su imperio la vieja Troya henchida con una civilización secular que la bárbara Tartaria, desolada por guerras continuas. El hará de la vieja Ecbatana un sitio real, de la hija semisalvaje del Oxo inexplorado su esposa, de los hechiceros sus oráculos, de la ignorada India su verdadero santuario. Después de haber pasado por los desiertos mogoles, después de haber asistido á la cuna del género humano en el paraíso llamado Kabul, después de haber mezclado en sus venas la savia de todos los primitivos árboles, después de haber departido con las viejas divinidades, entra en la India donde salen á recibirlo mozos agitando en sus manos incensarios de oro, guardias que llevan ramas floridas pobladas por canoros pájaros, mujeres que le abren palacios cuyas puertas giran sobre goznes de esmeraldas, dioses ante los cuales parecen niños los dioses de Grecia, brahmanes sabedores de los primeros misterios, magos que acercan el cielo á la tierra, reveladores de ideas desconocidas y provenientes de templos que se dirían fundados sobre la eternidad, surgiendo á sus ojos un mundo, aunque antiguo, tan extraño por su ancianidad, como por su juventud fuera extraño el Nuevo Mundo á los ojos de sus descubridores. ¡Oh! si no estuvieran tan cerca de nosotros sus días; si los tiempos suyos no fuesen tan históricos cual nuestros mismos tiempos, apenas creeríamos el relato de todos estos hechos, tomándolos, en verdad, por fábulas inverosímiles y absurdas. Pero este hombre que se detiene al entrar en Asia como si entrara en viejo templo; y se desnuda como los atletas de Olimpia en el sepulcro de Aquiles sobre la tierra de Frigia regada con la sangre de sus padres; y despide ideas en los combates como un árbol frutas ó aromas; y entra con igual respeto religioso en los templos del desierto líbico que en los templos de la sacra Palestina; y lleva en su manto el polvo de las soledades monoteístas, donde truena el Sinaí, para sacudirlo sobre los verjeles de la India donde naciera el paganismo; y ofrece holocaustos así al Belo persa como al Marte griego; y desposa en Susa los héroes de su ejército con las princesas asiáticas, siguiendo todas las ceremonias litúrgicas de los cultos orientales; y trae rapsodas de la Jonia, flautistas de la Frigia, poetas de la Hélade, bufones de la Propóntide, heraldos de la Lidia, y hasta cenobitas de la India para que le sigan; cuando, vestido con los trajes litúrgicos de Baco y acompañado de bacantes ebrias, despide misteriosos oráculos de sus divinos labios, no hace, no, en este sincretismo de razas, de cultos, de dioses, de teogonías, de ideas, de ciencias, sino mezclar y confundir el alma de Grecia con el alma

de Asia por toda una eternidad. Sin él no refluyera la vida helena sobre aquel inerte Oriente; no quedaran los helénidas establecidos en el cruce de todos los caminos que comunican el Asia con el Occidente; no vinieran los judíos helenos á las orillas del Nilo, y no marcharan los griegos judaizantes á las orillas del Jordán; Alejandría no combinara de ningún modo aquella ecléctica ciencia que luego dominó en los concilios ecuménicos de Constantinopla y en las escuelas árabes de Córdoba; el Verbo divino, comentado por los discípulos de Platón, tampoco se revelara jamás á los ojos de las muchedumbres, y el Evangelio de San Juan, animado por el espíritu de Alejandro, no se hubiera escrito; el Renacimiento mismo no hubiera cincelado las copas florentinas, ni sugerido la elocuencia de los inmortales humanistas, ni colgado las cítaras de Píndaro en los olmos de Italia ni traído á la vida del fondo de las ruinas los dioses resucitados en una pascua inmortal, ni repuesto la hermosura helena en los altares del semita Cristo y en las estancias del intolerante Vaticano: que todas estas maravillas, de cuyos efluvios vive aún en su esplendor el espíritu humano, se deben á religión tan universal é inspirada como el divino helenismo.

EMILIO CASTELAR.



COQUETERÍA, cuadro de Dvorak

TODO LO PUEDE EL AMOR

No quiero parecerme al grajo de la fábula engalanándome con plumas que no son mías. Más claro, no quiero que ni por un momento se crea que pretendo aparezca mi pluma como autora de algo que no es suyo.

El cuento que voy á referir pertenece á todo el mundo, por lo tanto no es de nadie, y como de estas cosas cualquiera puede aprovecharse y yo soy un cualquiera, me apodero del cuento, le visto con un ropaje, que ojalá resulte elegante, y así vestido, humildemente le ofrezco al lector, que tenga dispuesto el ánimo para divertirlo con cuentos inocentes y que quizás en su niñez oyera referir.

Hecha esta salvedad que exigían el respeto á la propiedad de todos, por una parte, y por otra mi conciencia, comienzo á relatar el cuento que he tenido á bien bautizar con el título que quedó escrito arriba.

Tratándose de un cuento popular, fuera en verdad cosa extraña que no comenzara como éste va á comenzarse.

Pues señor, érase que se era un rey, dueño y señor de unos Estados extensísimos situados más allá del reino gobernado por el conocido rey que rabió.

Con estas señas todo el mundo sabrá seguramente hacia qué lado de la tierra se hallan los Estados del poderoso rey de mi cuento.

A pesar de ser rey y de ejercer su autoridad soberana sobre unos ricos y fértiles Estados habitados por muchos millones de súbditos, Benitón V, que así se llamaba el rey, no era feliz.

Su esposa, la reina Eufrasia, había muerto después de haber dado á luz diez y nueve veces.

Diez y nueve emociones terribles sufrió Benitón cuando llegaron los diez y nueve momentos de los partos.

Diez y nueve veces preguntó con voz emocionada y conmovida: – ¿Es varón? y otras tantas el comadrón de cámara le respondió: – Una preciosa y robusta niña, señor.

Cuando ocurrió la muerte de la reina Eufrasia, y cuando el transcurso del tiempo amortiguó el dolor que su muerte causara en el alma del rey, pensó éste en volverse á casar para ver si el cielo le concedía un hijo varón que le sucediera en el trono.

Consultó su proyecto con su fe de bautismo y un espejo, y sus consejeros le dijeron, el primero que tenía setenta y dos años, y el segundo que parecía tener veinte más.

El rey, prudente y bien aconsejado, renunció á su proyecto, escuchando no tan sólo los sabios consejos que se le dieron, sino teniendo en cuenta que ya la diosa azul, la esperanza como la llama Balzac, no le prometía se realizara su deseo de tener un hijo varón.

Por virtud de estos consejos, y viendo la decadencia de sus fuerzas viriles, Benitón V renunció á su deseo y se dedicó á educar convenientemente á su hija primogénita.

Sisenanda llamábase la heredera del trono, y era un prodigio de belleza y un ejemplar extraordinario de temenil sabiduría.

El rey, ya que no pudo lograr su vehemente deseo de que un hijo suyo ocupara el trono, concibió el proyecto de que el que hubiera de ser marido de su hija primogénita fuera un talento extraordinario, un hombre que no se pareciera al resto de los humanos. No exigía de él que fuera un Apolo, mas si pretendía que fuera un Sócrates y aun esto le parecía poco; su sabiduría había de ser sobrehumana.

Llegó la princesa á la edad en que las muñecas nada dicen á las mujeres, y en que comienzan á suspirar por un muñeco que peine rizado bigote, negro, castaño ó rubio.

Cuando ya hacía algunos días que la princesa dormida y despierta soñaba con el apuesto galán de airoso continente, aguileña nariz, rasgados y expresivos ojos, abultados y voluptuosos labios, rizosa y abundante cabellera y palabra persuasiva y seductora, surgió en la mente del bondadoso rey Benitón V la idea, que él creyó nueva y era ya antiquísima en el cerebro de la princesa Sisenanda, de que ésta contrajera matrimonio.

Si el rey hubiera consultado el parecer de su hija, y á su parecer se hubiera sometido, tarea fácil hubiera sido hallar para Sisenanda marido que satisficiera por entero sus ensueños de doncella.

En la corte, y al servicio de la princesa, había un cierto pajecillo que poseía por gracia del cielo todas las cualidades que la princesa quisiera hallar en quien hubiera de ser su marido.

Periquín, que así llamaban al susodicho paje, era hijo de una que había sido dama de honor de la difunta reina Eufrasia.

Nació Periquín dos ó tres años antes que la princesa Sisenanda, y cuando ésta empezó á tener caprichos infantiles nadie logró satisfacerlos como el travieso Periquín, quien con sus juegos y su ingenio, pues ingenio verdaderamente agudo tenía, supo siempre acallar el llanto de la primogénita y logró no sólo que sus lágrimas se secaran, sino que en sus bermejos labios apareciera una sonrisa de contento y satisfacción.

Sisenanda y Periquín pasaron juntos los días de su infancia, y hasta llegaron á los tiempos de la adolescencia, sintiéndose tan necesarios el uno al otro como los peces necesitan el agua, las mariposas las flores y las flores los rayos del sol.

Pero llegaron los días de la pubertad y Sisenanda fué colocada bajo el cuidado y la educación de una rígida aya y de un adusto preceptor.

Nadie cuidó de la educación del pobre Periquín y éste buscó maestros en la naturaleza.

Las palmeras, que aun alejadas se transmiten por medio del viento sus efluvios amorosos, le enseñaron que todo en la tierra es amor.

Las plantas trepadoras que rodeando el tronco de árboles añosos se buscan y entrelazan sus ramas para que sus flores cambien purísimos besos, dijéronle al oído: todo es amor en la tierra.

El triste arrullo de las tórtolas, el canto de los ruiseñores, el murmullo de las olas que van á besar la playa, los plateados rayos de la luna que lánguidamente se dejan caer sobre el azul del mar, aves, plantas, cielo y tierra le enseñaron que todo en el mundo por el amor vive, y esta fué su única ciencia, este todo su saber, y con él logró lo que no hubiera alcanzado si hubiera llegado á penetrar en los laberintos de la filosofía, á resolver los problemas de las matemáticas, á descubrir las leyes todas que rigen la naturaleza.

Pero no adelantemos los sucesos, ó por mejor decir, no destripemos el cuento.

El rey Benitón V, en su deseo de hallar un yerno superior á toda superioridad, no quiso conceder la mano de la princesa Sisenanda á cualquier advenedizo.

– Entregaré mi hija, decía, á cualquiera, aun cuando no sea príncipe de la sangre, pero ha de ser príncipe de la sabiduría y de la más rara inteligencia.

Llegó el momento en que á juicio del rey debía su hija contraer matrimonio, y para hallar un yerno que reuniera las condiciones que él en su mente se forjara, mandó pregonar por sus Estados y por los Estados vecinos que aquel que lograra resolver tres problemas que los sabios de la corte habían de determinar, se casaría con su hija.

Llegó á oídos de Periquín el edicto pregonado, y un verdadero torrente de lágrimas corrió por sus mejillas al considerar perdida para siempre á su adorada Sisenanda.

– ¡Qué problemas he de resolver yo, se decía, si nada sé, si únicamente he logrado averiguar que mi vida se sostiene por amor á ella!

Transcurrió el plazo que se concedía en el edicto para que se presentaran los aspirantes á la mano de Sisenanda, y más de cien príncipes y grandes señores se presentaron á aspirar al honor de ser yernos del magnífico Benitón V.

Entre tantos poderosos que vestían ricos trajes de seda y terciopelo, bordados de oro, perlas y diamantes, apareció también vistiendo modesto traje de lana adornado con trencillas de vivos colores, el pobre, el insignificante, el obscuro pajecillo Periquín.

Como eran muchos los aspirantes á la mano de Sisenanda, decidió el rey se arrojaran al viento veinticinco manzanas de oro y que entraran en la lid únicamente aquellos que lograran apoderarse de una manzana.

Cayeron al suelo las áureas manzanas, entablóse entre los pretendientes descomunal batalla. Periquín, el pajecillo, quiso apoderarse de una de aquellas manzanas que había de permitirle continuar la lucha y en los primeros momentos no logró su deseo. Veinticuatro manzanas tenían otros tantos dueños. Una sola quedaba disputada por más de ochenta competidores. En aquel momento, Periquín, que era débil de cuerpo, pidió auxilio á la ciencia que únicamente poseía: la ciencia del amor. Esta le sugirió una idea feliz. Dejó á sus rivales que se abalanzaran sobre la única manzana que aun no tenía dueño. Cogió un puñado de arena, y cuando el más fuerte de sus rivales iba á apoderarse de la codiciada manzana, arrojó á sus ojos el puñado de arena, dió con el pie á la manzana haciendo que rodara por el suelo, y corriendo tras de ella con vertiginosa carrera consiguió burlar á sus rivales, y al tiempo que presentaba la manzana pensó: la destreza vence á la fuerza.

Hallóse en condiciones de continuar la pelea y se sintió con fuerzas para vencer, pues si una vez la astucia le había valido, la astucia le valdría en cuantas ocasiones se le presentaran.

Retirados del palenque los que no eran poseedores de alguna de las veinticinco manzanas de oro, el rey Benitón V propuso como primer problema que los restantes habían de resolver, que averiguaran el número de granos de arena que había en un gran saco que á cada aspirante se entregó, y para ello les concedía un plazo de veinticuatro horas.



UNA «FORNARINA,» dibujo de A. Fabrés, grabado por R. Bong

Al escuchar tan absurdo problema más de la mitad de los pretendientes se retiraron llamándose á engaño y teniendo por loco á quien lo proponía.

Los restantes pretendientes retiráronse con sus respectivos sacos y comenzaron la pesada tarea de contar los granos que contenían.

Periquín quedóse contemplando el saco que en suerte le había correspondido, y ni aun se tomó el trabajo de abrirlo, pues no sabía contar más allá del número 1.000.

Triste, muy triste y desesperanzado de vencer, alejóse del lugar de la contienda y fuése á pasear por los campos creyendo ya perdida su felicidad.

Se sentó junto á un arroyo de cristalinas aguas que se vieron aumentadas por las lágrimas que de sus ojos salían.

Dos aves de plateadas plumas y cuyos picos eran de oro fueron á apagar su sed en las aguas del arroyo.

– Amargan estas aguas, dijo una de las aves.

– Es que las amargaron las lágrimas de un enamorado, contestó el arroyo.

– ¿Dónde está ese desdichado? preguntaron á un tiempo los dos extraños pájaros.

– Sentado junto á mi orilla, contestó el arroyo.

Vieron los pájaros á Periquín y dijeron:

– Tu amor es verdadero puesto que tus lágrimas amargaron las aguas del arroyo. Seca tu llanto; cuando te pregunten la solución al problema que te han propuesto, nosotros, que somos los pájaros del amor, te diremos al oído lo que has de contestar.

Transcurrió el plazo concedido.

Tan sólo Periquín y dos más de los pretendientes acudieron ante el tribunal que había de juzgarles.

Uno de ellos, tan necio como vanidoso, contestó que en su saco había 230 granos de arena. Una carcajada general acogió su respuesta.

El segundo, más malicioso, dijo que en su saco había mil millones de millones de granos. Se le objetó que lo probara y, naturalmente, no pudo hacerlo.

Llegó su turno á Periquín. Preguntáronle cuántos granos de arena había en su saco, y quedóse confuso y por un momento vióse perdido. Mas cuando iba ya á darse por vencido vió que por los aires venía uno de los pájaros del amor y oyó que á su oído le decía:

– Los granos de arena son tantos como estrellitas hay en el cielo.



AECHANDO EL TRIGO, cuadro de Odón von Baditz, presentado en la última Exposición de pinturas de Munich

Repitió Periquín lo que el pájaro le apuntaba, y cuando ya se creía vencedor oyó que el rey le decía:

– No has resuelto el problema; para que lo consideremos resuelto será preciso que nos digas, cuántas estrellas hay en el cielo.

Quedóse mudo Periquín, y cuando ya creía que no iba á poder contestar llegó á su oído la vocecilla del otro pájaro que dijo:

– En el cielo hay menos estrellas que bondades tiene Dios.

Esta fué la contestación de Periquín, que dejó asombrados al rey y á los sabios que con él constituían el tribunal, quienes convinieron en que Periquín había dado la única solución que podía tener el problema propuesto.

Venció el enamorado pajecillo en esta primera prueba, pero aun le quedaban otras dos quizás mucho más difíciles.

– Has vencido á todos tus rivales en esta primera prueba, mas dudo, ó por mejor decir, tengo por imposible que logres salir victorioso de la segunda.

En este gran cajón he hecho que se mezclaran millones de limaduras de acero y millones de granos de trigo. Mañana á estas horas será preciso, si quieres pasar á la tercera prueba, que me presentes á un lado los granos de trigo y á otro las limaduras de acero.

– Esto sí que es imposible, pensó Periquín, mas tal vez los pájaros del amor me ayuden. Y en busca de ellos fuése otra vez á sentarse á orillas del arroyo.

No tardaron los pájaros en acudir á apagar su sed al arroyo, y apenas la hubieron calmado, dirigiéronse á Periquín y le dijeron:

– Esta segunda prueba es más fácil que la primera; toma esta piedra, acércala al cajón en que se hallan mezcladas las limaduras de acero y el trigo, y tras de la piedra se irá el acero y en el cajón quedará el trigo.

Hízolo así Periquín y venció también en la segunda prueba.

Benitón V, el bondadoso rey, no se mostró muy satisfecho de las victorias de Periquín. Si hubo un momento en que pensó que el mejor marido para su hija sería aquel que más ingenio demostrara, cualquiera que fuera su condición social, después al ver que el vencedor en las dos primeras pruebas no era un príncipe de la sangre, ni siquiera un duque, modificó su opinión hasta el punto de creer que el ingenio es cosa despreciable, sobre todo si se compara con un pergamino, mejor cuanto más viejo, y de inestimable precio si el pergamino resulta ilegible por las injurias del tiempo y por las irreverentes y democráticas mordeduras de atrevidillos ratones.

Preocupábale de tal manera la idea de que el plebeyo

EL VIÁTICO, cuadro de Luis Passini

Periquín pudiera llegar á ser marido de su hija, la muy alta y muy poderosa princesa Sisenanda, que faltando á su regia palabra pensó en cambiar la tercera prueba que tenía pensada, sin considerar que aquel cambio podía perjudicar al pobre Periquín.

No era el rey Benitón V muy despierto de ingenio y no se le ocurría una prueba que sustituyera á la pensada y que fuera de ejecución tan difícil que casi rayara en lo imposible.

Apremiaba el tiempo, y lo primero que á las mientes se le vino fué suspender la lid empeñada, y así procurarse el tiempo necesario para idear un disparate de tal magnitud, que fuera irrealizable, no sólo para Periquín, sino para todo ser nacido de mujer.

Cuatro meses pasaron, durante los cuales el rey y todos los sabios de su corte se devanaron la sesera, y por cierto que el ovillo que entre todos formaron no llegó á tener el tamaño de una nuez, cuando al fin un día el más sabio entre los sabios que en la corte había, dándose una palmada en la frente, dijo:

– Ya dí con la prueba, y tan difícil es, que desafío á todos los Periquines nacidos y por nacer á que la realicen.

– Habla, dijo el rey todo emocionado y conmovido. Si has hallado un imposible para Periquín, pues para Nos nada hay imposible en la tierra, mi regio agradecimiento será infinito, y tú y tus hijos, y los hijos de tus hijos hasta que el sol se apague, os llamaréis, ó por mejor decir, os llamarán duques de Casa Imposibilidad.

– Poderoso señor, respondió el sabio; mi celo por el servicio de V. M. me ha inspirado la siguiente idea. Cuando os ocurrió el feliz pensamiento que hoy tanto nos mortifica, de dar la mano de la princesa Sisenanda á quien más ingenio demostrara, acudieron al llamamiento de V. M. más de cien príncipes de todos los puntos del Globo, y algunos que sí no eran príncipes indudablemente de algún punto del Globo venían. De los aspirantes á la blanca mano de la princesa, sólo Periquín llegó á sufrir la segunda prueba, los otros ha tiempo que se alejaron de esta corte, pues vieron que no podían vencer en la lucha. Pues bien, señor, pensando lógicamente, es de suponer que cada mochuelo se tornara á su olivo, esto es, que cada aspirante volviera á su país, y como eran de puntos muy distantes entre sí y muy distantes de esta tierra, que por nuestra suerte tan sabiamente gobernáis, difícil y casi imposible será lograr reunirlos aquí otra vez en el término de veinticuatro horas. Esta es la primera parte de mi pensamiento; pero no he concluído aún. Imaginemos por un instante que Periquín, protegido por algún genio maléfico, que maléfico ha de ser el genio que se oponga á la augusta voluntad de V. M., imaginemos, repito, que Periquín consiguiera realizar esta primera parte de mi pensamiento; aun quedaría la segunda, que dejo á juicio de V. M. decidir si es ó no realizable. Ya Periquín logró reunir aquí á todos sus antiguos rivales, pues será preciso para que alcance la mano de la princesa, que todos declaren que Periquín es el hombre más ingenioso de la tierra y V. M. el ser más imbécil de la creación. Y voy á terminar; aun así la prueba no estará completa. Periquín no vencerá hasta que V. M. diga á voz en grito lo mismo que dijeran los aspirantes y ruegue á Periquín que acepte por favor la mano de la augusta hija de Vuestra más augusta Majestad.

Apenas hubo terminado su elocuente discurso aquel profundísimo sabio cortesano, cuando Benitón V bajó de un salto desde su elevado trono que ocupando estaba, y dándole un fuerte abrazo dijo al orador:

– Yo te abrazo y felicito, y al felicitarte y abrazarte abrazo y felicito también á todos los que de tí nacerán y que verán la luz del sol siendo duques de Casa Imposibilidad.

Aceptó el rey aquella prueba é inmediatamente hizo que se comunicara al desdichado Periquín.

Oyó el pajecillo la prueba que había de realizar si quería lograr el amor de Sisenanda, y apenas la hubo oído rasgó sus modestas vestiduras, mesóse los cabellos, dióse de calamochadas contra la pared más cercana; tal fué la rabia que sintió, pues no escapó á su claro ingenio que lo que se pretendía era hacer imposible su deseo de enamorado.

Veinticuatro horas le daban de plazo y más de la mitad de él lo pasó maldiciendo de su suerte y llorando por adelantado su desdicha.

Acudió á orillas del arroyo donde acostumbraban á beber los pájaros del amor sus protectores, mas no con la idea de que su protección pudiera salvarle, sino con el criminal pensamiento de poner fin á sus dolores buscando la muerte en el fondo del arroyo.

Iba ya á llevar á cabo el suicidio, cuando vió venir por los aires á los dos pájaros de plumas de plata y de áureo pico.

– ¡Periquín! dijo uno de los pájaros, con voz de timbre tan agradable que semejaba el sonido que produciría una lluvia de perlas que cayera sobre un plato de cristal.

– ¡Periquín! dijo también el otro pájaro, con voz que semejaba el sonido de arpa celeste pulsada por mano de arcángel.

Periquín miró tristemente á los pájaros y dijo:

– ¡Ay desdichado de mí! Mucha fe tengo en vosotros que en dos ocasiones me habéis protegido; mas temo que en este apurado trance en que me veo, ni vuestro poder sea bastante para que salga victorioso de la prueba á que el rey me ha sometido.

– En asuntos de amor nuestro poder es ilimitado, dijo el pájaro que parecía macho y que naturalmente había de llevar la voz cantante; pudiéramos salvarte, pero Cupido nos ha prohibido ayudarte más que á medias. «Si ama y si ama bien, ha dicho el dios, que lo pruebe; algo ha de hacer por su parte, que ni las truchas se pescan á bragas enjutas ni de bóbilis bóbilis se casan los pajecillos con princesas.» Has de reunir á los príncipes, ¿no es cierto? continuó el pájaro; pues eso es cosa fácil. Levanta aquella peña que ves allá junto á aquel árbol y hallarás una bocina, llévala á tu boca y dí por tres veces: – «Vosotros, los que aspirasteis á la mano de Sisenanda, á quien Cupido creó para mí, venid, venid, venid, que por mi boca el dios os llama.» – Cuando hayas dicho esto, todos llegarán á las puertas del palacio de Benitón V. Sabe, además, que cuantos aspiraron al amor de la que tú amas volvieron á su país diciendo que habían vencido en la lucha, pues que demostraron más ingenio y sabiduría que nadie, pero que renunciaron á la mano de Sisenanda porque era fea y necia. Y ahora, Periquín, si no vences, culpa tuya será.

Dijo esto el pájaro, y como por obra de encantamento él y su compañera desaparecieron de la vista de Periquín.

No muy satisfecho quedóse éste, pero como más vale algo que nada y como la esperanza es lo último que se pierde, dirigióse hacia el sitio que le había indicado el pájaro, alzó la peña y encontró la bocina mágica.

Con ella emprendió el camino hacia el palacio del rey, y mientras hacia allá se dirigía iba pensando en los medios de vencer.

Llegó al palacio, colocóse al pie de las ventanas del pabellón que ocupaba la princesa, y llevándose la bocina á la boca, por tres veces dijo lo que el pájaro le había ordenado dijera.

Transcurrieron unos segundos y con gran asombro vió Periquín entrar por las puertas del palacio á todos los que habían sido sus competidores. Esperó á que entrara el último y tras de él entró también.

Ya había llegado á noticia del rey que el pajecillo había vencido en la primera parte de la tercera prueba, y habíase dirigido al salón del trono y sentado en él esperaba con cara risueña como quien está seguro de la victoria.

– Periquín, dijo Benitón V, veo con gusto que has logrado que todos estos señores volvieran á mis Estados, pero espero oirles que declaran que eres el hombre más ingenioso de la tierra y... lo demás que ya sabes.

– La primera parte, respondió Periquín, debería ser confesada por estos señores, si obraran de buena fe y no escucharan la voz del despecho, con sólo recordar que si cada uno de ellos se considera el más ingenioso de su país y entre todos representan aquí el mundo entero y aquí fueron vencidos por mi ingenio, claro es que yo soy el hombre más ingenioso de la tierra, mas no espero de su imparcialidad semejante confesión.

– Entonces ¿te declaras vencido? replicó el rey.

– Aun no. Déjeme V. M. que hable un momento á solas con estos caballeros y después veremos.

Dejaron á Periquín que cumpliera su deseo, y el pajecillo habló de esta manera á los príncipes y á los no príncipes sus rivales:

– Yo sé, señores, que soy el hombre de menos ingenio de la tierra. Cada uno de vuesarcedes pudiera darme lecciones. Sé también que vuesarcedes merecen algo más que la mano de una princesilla como Sisenanda, y sin duda la suerte que protege y ama á vuesarcedes más de lo que vuesarcedes á sí mismos se protegen y aman, dispuso que quedaran vencidos en la lucha; así que, en virtud de estas razones, espero digan vuesarcedes la mentirilla de que yo soy el hombre más ingenioso de la tierra.

Concluyó su peroración Periquín y nadie chistó.

– Interpreto ese silencio favorablemente, añadió el pajecillo enamorado, pues sé muy bien que vuesarcedes, al llegar á sus reinos, dijeron en sus cortes esto mismo que yo acabo de repetir. ¿No es así, señores míos?

Los preguntados comprendieron la indirecta, y por temor á verse puestos en ridículo, dijeron todos á una voz:

– Sí, sí, así es, y por favorecerte diremos esa mentirilla de que eres el más ingenioso de los hombres; pero ¿cómo hemos de declarar nosotros que el poderoso rey Benitón V es el más imbécil de la creación?

– Si rindierais culto á la verdad deberíais declararlo.

– Es verdad, dijeron todos, pero hay verdades que amargan.

– Me basta con la primera declaración que harán vuesarcedes, por lo cual de antemano les doy gracias. Esperad aquí, que voy en busca del rey.

Salió Periquín del salón del trono y fuése en busca de Benitón V.

Cuando le hubo hallado, dijo:

– Señor, esos caballeros están dispuestos á declarar que yo soy el hombre de más ingenio de la tierra.

– Imposible, no te creo, le contestó el rey; si tal cosa declaran diría que se han reunido aquí todos los imbéciles de la tierra.

– ¡Cómo imbéciles, señor! objetó Periquín; ¿se atreverá V. M. á inferir tan grave insulto á los príncipes más poderosos de la tierra?

– ¿Y te atreves á preguntarlo? dijo el rey dominado por la cólera. Ahora lo verás, y sin esperar á más se dirigió hacia el salón del trono con toda la velocidad que le permitían sus piernas de setenta y dos años y pico.

Llegó al salón, y apenas se hubo sentado en el secular trono de los Benitones, oyó la declaración de los príncipes.

La ira enrojeció sus arrugadas mejillas, los escasos cabellos que coronaban su majestuosa cabeza pusiéronse de punta, y con voz temblona por la rabia gritó:

– Sí, sí, indudablemente Periquín ha de resultar ingenioso ante esta cáfila de necios. ¡Imbéciles! ¡imbéciles! ¡imbéciles!

Terrible murmullo se produjo entre los príncipes; tan grande excitación les causó aquel insulto, que abalanzáronse hacia el trono, y mal lo hubiera pasado Benitón V á no ser por su guardia que le defendió de la ira de los príncipes. Recuperaron éstos la perdida calma y salieron del salón diciendo:

– ¡Quién hace caso de ese viejo imbécil!

– ¡Vencí! gritó entonces lleno de júbilo Periquín, la prueba está hecha.

– Aun falta algo, replicó el sabio que la había ideado; el rey ha de declarar...

Periquín no le dejó acabar la frase, y dirigiéndose al rey, le dijo:

– Señor, ¿qué diríais del padre que deseando casar á su hija con un hombre de ingenio hubiera ido á buscar ese deseado marido entre alguno de esos principillos que han osado insultar á V. M.?

El rey bajó la cabeza, guardó silencio por un instante, y dijo:

– ¡Sisenanda! ¡Sisenanda! ¡ven aquí!

Acudió la princesa, y el rey, cogiéndola de la mano, se la presentó á Periquín, diciendo:

– Hazme el favor de casarte con ella y relévame del compromiso de contestar á la pregunta que me has hecho.

PEDRO TALAVERA

UNA PARTIDA DE CAZA

– ¿Quién falta, pues?

– El doctor, el bueno del doctor, dijo uno.

– ¡Oh! vedlo subir por la cuesta de la ermita con su eterna cachaza. No es gallego, pero merece serlo, exclamó otro.

El doctor, entre tanto, se había puesto al alcance de nuestra voz, y fué saludado con una descarga cerrada de amistosos improperios, que él recibía con imperturbable calma; pero cuando doblando la cuesta pudo dominar nuestra posición, se detuvo como absorto, perdió su acostumbrada gravedad, y ganó á paso gimnástico el repecho con ademanes de la más viva alegría.

Y no era inmotivada, ciertamente: don Crisóstomo (así se llamaba) era un Nemrod licenciado en medicina y cirugía, y estaba en presencia de la más pintoresca partida de caza que se pueda imaginar.

Había para todos los gustos, y estaban mezclados en desorden encantador todos los medios conocidos en el arte venatorio antiguo y moderno, para hacer la guerra al pelo y á la pluma. Esparcidos por el suelo en la elevada plazoleta sobre que se levanta la iglesia del pueblo, se veían confundidos la engañosa, pero inocente, *sendera*, con la traidora y sanguinaria hurona, encerrada en su estrecha *taibola*, que olfateaba el noble perdiguero: más allá un fornido zagal sostenía un manojo de bridas que correspondían á otros tantos caballos de todos los pelos, de todas las alzadas, de todas las razas, y pendientes de sus monturas, armas de fuego de todos los sistemas conocidos, desde la escopeta chispera, cuya culata recuerda la moruna espingarda, hasta el rifle norte americano que debió de ser el sueño de nuestros abuelos, cuando aprendían á cargar el fusil en quince ó veinte tiempos. No lejos, y figurando una fila de colmenas, aparecían alineadas seis ó siete jaulas con sus correspondientes fundas, en donde se removían impacientes los indóciles *perdigones* que, creyendo retar á generoso combate á sus libres hermanos, les llaman á la muerte que les prepara el agazapado *tirador;* porque ni de cazador merece el nombre quien de ese modo fusila á las perdices. Con la cabeza gacha el rabilargo galgo, sosteniendo su enarcado cuerpo sobre las delgadas patas, esperaba la hora de ponerlas en acelerado movimiento; libres, en gracia á su mansedumbre, discurrían (ó al menos lo parecía, por su meditabunda actitud) algunos borriquillos cargados de provisiones de guerra y boca, de pieles, de capotes de todas formas, de mantas de todos colores; atraillados los impacientes podencos, pugnaban por recobrar su libertad, y los pequeños y valientes *perros de sangre*, también sujetos, apoyaban en sus cortos y fuertes brazos la aplastada cabeza, y revolvían intranquilos los inyectados ojos, mostrando sus dientes de acero, tan prontos en hacer presa, y tan tardos en dejarla; y para completar el cuadro, un muchacho sostenía con una mano un soñoliento mochuelo á guisa de altanero condor, y en la otra ostentaba el duro cepo, justo castigo de la astuta zorra.

Don Crisóstomo, ante tan extraño espectáculo, sintiendo bullir en las venas su sangre cazadora, no se daba punto de reposo; iba y venía de acá para allá, acariciando á los pachones, silbando á los podencos, dando amistosas palmadas á los caballos, examinando con presuntuoso aire de inteligencia las armas, remedando el canto de las perdices delante de las jaulas, lanzando punzantes epigramas á los pollinos, saludando con respeto á los perros de muerte, y haciendo grotescos visajes al mochuelo encadenado.

De este modo recorrió en todos sentidos la plazoleta, y así vino al grupo que formábamos en uno de sus ángulos los expedicionarios, en el que fué recibido con todos los honores que se deben, en un pueblo de quinientos vecinos, al árbitro de sus vidas.

Nadie faltaba ni se echaba nada de menos: la tarde era mediada, y debíamos pernoctar en las cabañas de los pastores del Castañar; no había, pues, tiempo que perder. El director de la caza llevó á sus labios la clásica bocina, y á su ronco son, la gente se puso en movimiento; los caballeros cobramos nuestras monturas, acudieron los peones á sus puestos; los enseres fueron acomodados en los suyos; el restallar del látigo movió á los perros; relincharon los caballos, y nos pusimos en marcha.

Al atravesar el pueblo, las mujeres salieron á puertas y ventanas: la alcaldesa saludaba al alcalde; al secretario, sus sobrinas; al cura su ama; al médico su médica, y á todos sus esposas ó sus hijas; y entre los gritos de «Divertirse», y «Hasta dentro de ocho días», salimos de aquel lugar de la Mancha, de cuyo nombre no *debo* acordarme, ya que recordar no quiso el de aquel que cuna fué de Don Quijote, su inmortal cronista; y tomamos la ancha vía que á Portugal conduce, cuyo polvo guarda las huellas de las romanas legiones, para dejarla una hora más tarde, en el punto donde se alza la venta de la Hechicera, situada al pie del monte.

Ya la luz crepuscular alumbraba la tierra cuando nos internamos en el bosque, y cerrada era la noche, cuando divisamos las luces de las cabañas del Castañar, á las que nos dirigimos llenos de esperanzas y de frío, en busca de una magnífica lumbre, una buena cena y una mediana cama.

II

Si no sois cazadores, es imposible que comprendáis todo lo que se siente, se dice y se miente, en la noche que precede á una cacería.

Bajo la gran campana del hogar de la rústica cabaña, donde ardía un tronco entero, devorando los ahumados trozos de una víctima inocente sacrificada á nuestra voracidad; ante la perspectiva de un lecho formado por algunas hojas secas, cubiertas por una piel de oveja, y colocadas en una especie de camarotes que rodeaban los toscos muros; sufriendo el continuo pasar y repasar de los perros favoritos, que habían sido exceptuados por sus respectivos dueños de la suerte de sus compañeros (que con los caballos y sus guardianes descansaban en el largo cobertizo que se extendía delante del corral donde se encerraba el ganado), estábamos todos unidos por los misteriosos lazos de esa masonería universal que forman todos los cazadores del mundo.

De entre aquella atmósfera cargada de humo que nos envolvía como ligera nube, donde se confundían los aromas del humilde romero, con los del aristocrático tabaco habano, se levantaba una gritería tan característica, tan *cazadora*, que hubiese sido capaz de torcer el ánimo del más decidido protector de los animales, contra los que, al romper el día, debíamos librar sangriento combate.

Chispeantes narraciones de inverosímiles aventuras de caza en las que siempre el narrador había sido héroe ó testigo, y que arrancaban, al terminarse, enérgicas protestas ó carcajadas de incredulidad, que se sucedían y se excedían unas á otras, en lo fantástico y en lo imposible, riñendo todas batalla ruda con el octavo precepto del decálogo, entretuvieron agradablemente la primera parte de aquella noche, que, si en un rincón de la provincia de Toledo comenzaba, de *Toledana* merecía el nombre cual ninguna.

Las once serían, cuando por unánime acuerdo empezamos á *colgarnos* por las paredes de la cabaña, como redes de pescador, en busca del descanso y de las fuerzas que para la fatiga del siguiente día necesitábamos.

El poético rumor de la selva, que llegaba hasta nosotros; la lumbre medio apagada que nos enviaba su tibio aliento y su luz misteriosa; y las fantásticas sombras que los objetos esparcidos por el suelo proyectaban sobre el muro, movían la imaginación, ya naturalmente excitada, levantando en ella visiones engañosas que traducían, á lo más, el insaciable deseo.

Así, pues, mientras alguno acariciaba la halagadora ilusión de entrar en el pueblo luciendo en el ojal la retorcida cola del valiente jabalí, soñaba otro en la curtida piel del ligero corzo que como glorioso recuerdo debía ostentar antes de mucho tendida delante de su lecho, en tanto que un tercero veía en lontananza la coronada cabeza del rendido ciervo, descollando cual preciado trofeo en su cuarto de armas. Más modesto el corredor de liebres, miraba por los aires, volteadas por la tralla de su certero látigo, liebres enormes por docenas, por cientos y por miles; mientras el tirador de conejos se dibujaba en su fantasía un soto donde saltaban á su paso como los átomos del polvo movido por el viento. El cazador de perdices veía en el espacio bandas por su perro levantadas, tan numerosas como la nube de cínifes que flota y zumba sobre el pantano; y el *cómodo aficionado* que debía esperarlas en su *incómoda* barraca, creía escuchar el rumor de ejércitos enteros que, formados en batalla, acudían al valiente reto de su cautivo macho. Hasta el niño, portador del mochuelo, se imaginaba bandadas innumerables de esas flores aladas que se llaman *colorines*, cayendo sobre las sutiles redes; y creía sentir el dulce abrigo de la elegante zamarra hecha con el pellejo de la zorra que debía en el cepo rendir su vida.



HORA DE ESTUDIO, dibujo de Carlos Froschl, grabado por Bong

De este modo soñábamos todos despiertos, cuando algo terrible y desconocido nos hizo creer por un momento que despertábamos soñando. Era un rugido poderoso que, rompiendo el sublime silencio de la noche, y repetido por los cóncavos barrancos, había levantado cerca de nosotros un horrible concierto, un coro extraño, cuyo origen no podíamos desconocer, porque en él se confundían el vibrante relincho del caballo, el lúgubre aullido del perro y el tímido balido de la oveja.

Sin darnos cuenta de ello, todos nos encontramos de pie, cubiertos con los abrigos que á mano hubimos, é instintivamente también, cada cual tomó sus armas. A los alaridos de los animales, que habían cesado, sucedían los gritos de los peones y zagales que dormían ya largo rato en el cobertizo anteriormente mencionado.

El alcalde, como jefe de la expedición, fué el primero que hizo uso de la palabra:

– Algo ocurre, dijo, y algo grave: ese rugido no es el del lobo, ni el...

– Ese rugido es el del león, interrumpió el doctor, formulando el pensamiento que todos quizá habíamos ya concebido.

– Sea lo que quiera, contestó el alcalde, nuestro puesto no es este. Señores, prosiguió, cargad con bala, tomad vuestras precauciones y salgamos.

Al abrir la puerta, un segundo rugido, más potente que el primero, y al parecer más cercano, retumbó en el monte, y otra vez los varios gritos de los diversos animales se escucharon con más fuerza que la anterior en los techados hacia donde nos lanzamos todos. La escena que allí presenciamos, á la escasa luz de la hoguera que ardía en un ángulo, era imponente: pugnaban los caballos por librarse de la cadena que los sujetaba al pesebre, con la crin tendida é inyectados los ojos; agrupábanse los perros con la cabeza gacha y erizado el pelo, y las ovejas corrían desconcertadas por el ancho cercado, buscando una salida que les negaba la fuerte tapia.

Acudían los mozos azorados á todas partes, y nosotros, preparados á la defensa, esperábamos el momento de trabar combate con el rey de los desiertos africanos.

Un largo intervalo de tranquilidad nos permitió adoptar algunas medidas: se repartieron los puestos, se encendieron nuevas hogueras, y tomamos el único partido que nos quedaba: aguardar.

Otra, y otra, y otras veces latió nuestro corazón con fuerza al escuchar el temeroso grito que los ecos repetían, y ojo avizor, y arma en mano, en cada uno, brotaba de nuestros labios esta frase que expresaba todo nuestro asombro, todo lo extraño y excepcional de nuestra situación:

– *¡Leones en la Mancha!*

Las últimas sombras de la noche llevaron en sus negras alas el postrer rugido de la misteriosa fiera, y cuando la aurora derramó sus primeros rayos, alumbró con ellos rostros más pálidos que su pálida luz.

Era aquella la hora destinada para abrir la caza, y forzoso se hacía resolver algo: dejáronse, pues, centinelas, que pudieran prevenir cualquier peligro, y reuniéronse en consejo los más experimentados y prácticos cazadores. Media hora después se votaba una proposición, y era aceptada por mayoría abrumadora: ¡la retirada!

Un solo voto había en contra: ¡el del doctor!

III

El director de la caza llevó á sus labios la clásica bocina, y á su ronco son, todo se puso en movimiento; pero, ni relincharon los caballos, ni las traíllas poblaban el aire con sus ladridos.

Descendimos del monte al llano, como desciende desde el cielo á la tierra el que ve perderse su esperanza en el abismo de un desengaño.

Dejamos atrás la venta de la Hechicera, y mediaba el sol su carrera cuando atravesamos el pueblo, causando el asombro de aquellos que de tan distinto modo nos vieron partir, y tomamos la cuesta que á la plazoleta conduce, sitio donde debíamos separarnos.

Al doblar el repecho, un grito indescriptible escapó de todos los labios. En el mismo sitio que ocupábamos la tarde anterior se alzaba un barracón á medio construir, y sobre él un cartel enorme que descifraban los chiquillos, y que, en letras colosales, lanzaba á nuestros ojos este sangriento epigrama:

EL LEON INOFENSIVO

Allí, tendido en su estrecha jaula, descansaba el noble animal lanzando plañideros quejidos; el mismo, ¡infame! que tan briosamente rugía pocas horas antes en la venta de la Hechicera, donde habían pernoctado sus conductores.

Extáticos nos mirábamos unos á otros, sin atrevernos á romper el significativo silencio, cuando el doctor, dando un salto sobre su silla, y clavando los acicates á su caballo, salió á escape, lanzándonos esta frase de despedida:

– ¡Adiós! valientes cazadores de leones..... en la Mancha!

C. MIQUEL.

BALANCE GEOGRÁFICO DE 1889

(Conclusión)

Junto á ellos, los Estados-Unidos de la Argentina toman, gracias á la inmigración europea, un desarrollo algo precipitado. Si saben mantenerse en él, quizás desempeñen en la América del Sur el papel de los yankees en la del Norte. Si el Brasil se fracciona, ¿no está en perspectiva la incorporación del Uruguay y de las provincias brasileñas del Paraná á la Argentina?

Por el momento, Chile, Perú, Bolivia, el Ecuador, Colombia, Venezuela y Méjico se portan con cordura y no dan qué hablar.

Nadie ignora el desastroso resultado del canal de Panamá para que insistamos acerca de este punto.

En cambio, los americanos dan principio á la ejecución del canal interoceánico por el lago de Nicaragua y el río San Juan.

Las cinco pequeñas Repúblicas de Guatemala, Honduras, Nicaragua, el Salvador y Costa Rica proyectan restablecer en setiembre próximo su reunión en una *República* (federativa) *de Centro América*. Tanto mejor para ellos, porque «la unión constituye la fuerza,» y mejor también para nosotros, porque era fastidioso tener en cuenta tantos Estados y tan minúsculos.

Otro proyecto de unión, del que acaba de ocuparse un Congreso celebrado en Wáshington, y que no halagará



EDUARDO II ANTES DE FIRMAR LA PRIMERA SENTENCIA DE MUERTE, copia del celebrado cuadro de Juan Pettie

tanto á nuestra vieja Europa, es el *Zollverein americano*, que englobará bajo la hegemonía de los Estados Unidos, todos los demás Estados de las tres Américas en una especie de unión aduanera. (En uno de los anteriores números de este periódico se han enumerado las proposiciones presentadas en este Congreso.)

Los Estados Unidos norteamericanos ascienden hoy al número de 42, por la emancipación administrativa del Dakota-Norte, del Dakota-Sur, de Montana y de Wáshington, que antes eran simples territorios gobernados por el poder central.

Fuera de sus fronteras, quizás consigan los Estados Unidos establecer su protectorado sobre la República de Haiti, á causa de las discordias intestinas de este país de negros americanizados.

Otra idea práctica, puramente americana, está en disposición de dar la vuelta al mundo: la unificación ó mejor dicho la reglamentación de la hora. Los directores de las setenta y cinco compañías de ferrocarriles de aquel inmenso país, queriendo remediar los inconvenientes de la discordancia de las horas locales, han admitido la división del país en cuatro segmentos de horas, de 15° cada uno, con el meridiano y el tiempo de Greenwich. Cuatro horas normales bastan para regular la marcha de los trenes, siendo los minutos en todas partes los mismos. El público americano se ha familiarizado pronto con el sistema.

¿Por qué no se habrá de aplicar este principio tan sencillo á todos los países del globo? Bastaría establecer 24 segmentos de horas de 15° cada uno, que se marcarían con una letra alfabética, añadiendo una denominación geográfica especial, como se ha propuesto últimamente. Inglaterra, Suecia y el Japón han adoptado ya la hora inglesa; Alemania, Austria-Hungría y las colonias inglesas van á imitarlas en breve, y seguramente no terminará el siglo XIX, sin que se haya realizado la idea de la hora cosmopolita, conservando sin embargo la hora nacional y la hora local.

IV. – Asia y Oceanía

De Asia no hay casi nada que anunciar, pues la tranquilidad es completa, ó poco menos, en todas partes. Las cuestiones litigiosas del Asia central parecen adormecidas, pero Rusia por un lado, y el Imperio indo-británico por otro, dirigen sus ferrocarriles por la vía de las Indias hasta encontrarse de bueno ó de mal grado. Dios haga que sea en provecho de la paz.

China y Japón emprenden también construcciones ferroviarias y el último especialmente se lanza por las vías del progreso europeo, sin dejar de conservar sus ideas propias.

La Corea se desprende poco á poco de la soberanía china. El Tonquín se pacifica con dificultad, y las tendencias francesas se encuentran en el alto Mekong con las tendencias inglesas, pugnando por ver quién llegará primero á ponerse en contacto comercial con el Yun nan chino.

Oceanía. – Nada diremos de las grandes colonias australiano-inglesas ni de la Malasia holandesa y española.

Los hechos más recientes conciernen á los ingleses que se establecen en el N. O. de Borneo, en las islas de Cook y en las vecinas, así como en las septentrionales del archipiélago Salomón.

Los alemanes han ocupado el resto de este archipiélago, y no contentos con el de Bismarck y las islas Marshall, disputan á los ingleses las islas Gilbert y Ellice.

Las Nuevas Hébridas, provisionalmente neutrales, son el objetivo de los franceses que desearían también poseer las islas Santa Cruz ó de La Perouse. Han agregado algunos islotes á sus posesiones de Taití y de las Marquesas.

Las islas Samoa quedan, *pro indiviso*, propiedad de las tres grandes potencias alemana, americana y británica.

Tal es, sucintamente reseñada, la situación político-geográfica que nos lega el fenecido año de 1889.

(De la *Gaceta geográfica*)

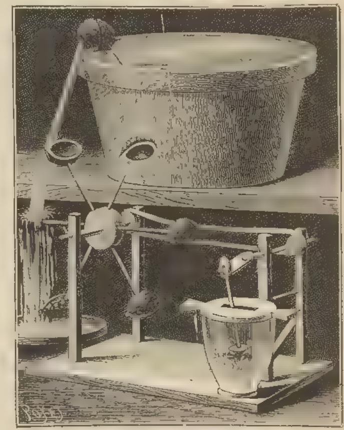
PASATIEMPOS CIENTÍFICOS

Motor hidráulico de cáscaras de nuez. – Las cáscaras de nuez han sido en todas épocas la primera materia de un gran número de juguetes, á partir de la clásica barquilla cuya vela, un cuadrito de papel, va puesta en una cerilla que representa el mástil.

Pocos detalles de construcción se necesitan para hacer el juguete que figura nuestro grabado; pues en él están indicados de una manera sobrado exacta para que podamos prescindir de una larga descripción.

La rueda hidráulica propiamente dicha está formada de seis cáscaras de nuez encajadas en las puntas de otros tantos palitos, los cuales van metidos á su vez, por sus extremos opuestos, en un corcho redondo. Como se ve examinando el grabado, esta rueda da vueltas movida por un chorrito de agua que cae de un sifón constituído por una nuez vacía y tres cañitas huecas: dos de éstas se sumergen en el agua de un lebrillo y se aspira por la tercera.

Como ejemplo de las aplicaciones de estos pequeños motores, indicamos la fabricación de manteca, por medio de leche batida con un molinillo de madera, al que una biela, de madera también, trasmite el movimiento de la rueda principal. La leche está en un vaso ó taza provisto de una tapadera que tiene una abertura oblonga para dar paso á aquélla, con lo cual se evita que salte fuera la leche. Dedicamos este sistema de fabricación original, ya que no práctico, á los enemigos de la margarina, á los aficionados á la manteca fresca y natural.



Motor hidráulico de cáscaras de nuez

Imp. de Montaner y Simón



AÑO IX — BARCELONA 17 DE MARZO DE 1890 — NUM. 429

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



MEDITABUNDA, dibujo de Federico Fehr

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

MEDITABUNDA, dibujo de Federico Fehr

No es esta la primera vez que la firma de este notable artista alemán se ofrece á los lectores de la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Joven todavía, pues sólo cuenta 27 años, Federico Fehr ha sabido conquistarse un puesto eminente en el mundo del arte como hábil colorista y como dibujante peritísimo.

En su dibujo *Meditabunda* son de admirar el rostro de la interesante joven que expresa perfectamente el sentimiento que el autor se propuso reflejar en él, la falta absoluta de afectación y artificio en la postura y la espontaneidad y corrección intachables en los ropajes.

COSTAS DE GALICIA

dibujo de D. Baldomero Galofre

Cerca de las costas de Pontevedra surgen en el Atlántico las dos islas Cíes, las *Cicas* de Plinio, que se sospecha son las famosas *Casitérides*, cuyas minas de estaño explotaron, en edad remota, fenicios, cartagineses y romanos. Su situación es tal que vienen á ser dos poderosos diques que defienden á la magnífica Ría de Vigo de las impetuosidades del Océano, pareciendo más bien que accidente geológico obra soberbia y artificial de defensa sabiamente emplazada y científicamente construída.

Nuestro querido y distinguido colaborador, D. Baldomero Galofre, reproduce una de estas islas en el precioso dibujo que insertamos y en el que si alabanzas merecen la verdad con que aparece tratado aquel hermoso mar en calma y la bien comprendida disposición de los términos que van á perderse en el lejano horizonte, de no menos elogios se hacen acreedores la valentía y raro acierto con que el lápiz supo trasladar al papel el brumoso cielo presagio de tormenta y el grupo de densas y apiñadas nubes por entre las cuales asoman los brillantes rayos y reflejos del sol que tras ellas se oculta.

En suma, las *Costas de Galicia*, como cada nueva producción de nuestro paisano, justifica la fama de que éste goza entre nuestros primeros artistas.

MUJERES DE ARGEL EN LAS AZOTEAS

cuadro de M. Muenier

Después de los calurosos días que confinan en sus sombrías viviendas á los habitantes de las ciudades de Oriente deseosos de resguardarse de los ardores de un sol abrasador, las obscuras tintas del crepúsculo precursoras de las frescas noches llevan la vida á las azoteas de las blancas casas que en forma de anfiteatro se levantan en la colina en cuya cima se alzan las dos fortalezas de *Karbah* y del Emperador y cuyo pie va á hundirse en el Mediterráneo.

Entonces los terrados se llenan de gente que se entrega en ellos á sus oraciones, á sus cantos ó á sus ensueños y que se deleita esparciendo sus miradas por los dilatados horizontes y por un cielo sin límites.

Muenier ha sabido reproducir en su cuadro todos los melancólicos encantos de estas horas apacibles, y su lienzo, rico y armonioso en colores, es de los que seducen desde luego por la poesía del asunto y por la habilidad de la ejecución.

MATER AMABILIS

cuadro de José Sciuti, grabado por Cantagalli

Los más famosos pintores de todos los tiempos han buscado á menudo sus inspiraciones en los poéticos y sentidísimos títulos con que en la Letanía se saluda y se implora á la Virgen María. Pero cual si todos ellos hubiesen comprendido que el atributo de la maternidad es el que mejor se presta á la difícil empresa de expresar en rasgos materiales esa concepción ideal, esa hermosa figura que más habla al corazón que á los ojos, hanse dedicado con preferencia á reproducirla bajo uno de los diez aspectos en que la Lauretana la glorifica con el dulce nombre de Madre.

No han faltado autores modernos que en este inagotable tema se han inspirado y el italiano Sciuti es buena prueba de que el arte contemporáneo puede aun producir bellísimas obras en el género religioso. Mas no en vano se vive en una época en que las tendencias realistas ó naturalistas se imponen en todas las manifestaciones del espíritu humano; por esto comparando la *Mater Amabilis* que reproducimos con las Madonnas de antiguos pintores, se nota que en aquélla predomina el racionalismo sobre el sentimiento espiritualista y que la Madre divina cede en gran parte su puesto á la madre del hombre.

Esto no obstante, el cuadro de Sciuti es verdaderamente notable así por la belleza de las dos figuras como por los primores que derramó el autor en el paisaje que les sirve de marco.

EL INTRUSO, cuadro de A. Sarter

Tomando ejemplo de los pintores flamencos y de algunos franceses como el ilustre Troyon, los buenos artistas contemporáneos que se dedican á pintar animales procuran no sólo retratarlos fielmente, sino, además, combinarlos con el paisaje y buscar en la manifestación de sus sentimientos mayores atractivos para sus obras.

A esta escuela pertenece Sarter, cuyo cuadro *El intruso* es un conjunto de primores y bellezas: el paisaje está bien sentido y las figuras de los cuatro personajes de la graciosa escena acusan el detenido estudio del natural; pero sobre estas cualidades descuella sin duda la expresión de cada uno de los animales, la ira y el miedo del impotente perro, el furor de las dos vacas de la izquierda al ver que han sido invadidos sus dominios y la compasión de la otra que, más humanitaria, no ve de seguro en el acto del inofensivo can un delito tan grave como sus susceptibles compañeras.

ELEONORA DUSE

EMINENTE ARTISTA DRAMÁTICA ITALIANA

Aunque nacida, como vulgarmente se dice, entre bastidores, pues sus padres formaban parte de una compañía de cómicos en la que desempeñaban modestísimos papeles, no puede decirse que el medio ambiente en que desde su infancia vivió Eleonora Duse pudiera servirle de enseñanza en el arte dramático ni inspirarle gran afición á la escena. Oponíase á lo primero la poca importancia de las compañías en que figuraba y la no mucha valía de los actores que las componían, únicos que podían servirle de modelo, y era casi insuperable obstáculo á lo segundo la humildad de las poblaciones que generalmente visitaba y la indiferencia con que la acogía el público en los insignificantes papeles que, de cuando en cuando, solían confiarle sus directores. Y sin embargo de tantas contrariedades, sufridas en aquella edad en que el sentimiento y la inteligencia se desarrollan y toman una dirección definitiva, Eleonora aprendió lo que ninguno de los que la rodeaban podía enseñarle y sintió en su pecho el entusiasmo artístico, que las desgraciadas experiencias hechas en su carrera y los ejemplos que á su vista tenía no eran muy propios á despertar. Y es que el arte, más que se aprende, se siente, y una vez sentido engendra una verdadera pasión que no hay contrariedad que abata, ni fuerza humana que domeñe, ni obstáculo que atemorice; y Eleonora es artista por temperamento, habiendo influído siempre en sus éxitos más el corazón que la cabeza.

Pero este tesoro que encerraba el alma de Eleonora Duse necesitaba para revelarse una de esas ocasiones que sólo la casualidad ó la Providencia pueden deparar á aquellos que ni inspiran bastante interés para encontrar una mano que les ayude á salir de la baja condición en que viven, ni tienen osadía ó valor bastantes para hacerse superiores á las preocupaciones de los que les rodean y lanzarse solos, sin auxilio de nadie, por el camino á que su vocación les llama, y en el cual sólo á fuerza de desgarrarse el cuerpo y el espíritu entre punzantes espinas puede llegarse, si es que se llega, á pisar blandas alfombras de hermosas flores. La ocasión se le presentó, como se presentó al eminente Kean, cuya historia artística tiene muchos puntos de semejanza con la de Eleonora Duse: la repentina indisposición de una compañera la obligó en Verona á encargarse del poético y dificilísimo papel de Julieta en la obra inmortal del gran trágico inglés, y fué tal el entusiasmo que la joven artista produjo, tan inmensa la ovación que obtuvo, que aunque por algún tiempo siguió trabajando en compañías poco dignas de ella, su nombre empezó á ser conocido en Italia, no tardando mucho Eleonora en ver realizados sus más dulces ensueños y sus más ardientes aspiraciones.

Desde entonces los primeros teatros del mundo han sido testigos de sus ruidosos triunfos, los públicos más inteligentes la han aplaudido y aclamado, los críticos más conspicuos no han tenido para ella más que calurosos é incondicionales elogios é insignes escritores franceses, nótese bien, franceses, entre ellos Renan y Dumas, la han proclamado superior á la tan justamente renombrada Sarah Bernhardt.

Eleonora Duse, ya lo hemos dicho, se deja llevar más del corazón que de la cabeza; por esto huye de exageraciones, desprecia los efectos, aun aquellos que traen necesariamente aparejada una explosión de entusiasmo en los espectadores, y sólo en la expresión natural de los sentimientos busca la satisfacción de su amor al arte por el arte; por esto al principio sorprende á los que están acostumbrados á artificiosas declamaciones, á oropeles, á actores que lo sacrifican todo, inclusas sus propias convicciones, á cambio de un éxito no por lo estrepitoso menos efímero. Pero muy pronto se apodera Eleonora del ánimo de cuantos la miran y escuchan, á quienes insensiblemente atrae y cautiva, y acaba por fascinarles, identificándoles con su manera de sentir y apasionándoles con su maravilloso y original modo de expresar.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, asociándose á las cariñosas y ardientes manifestaciones del público de Barcelona, se honra hoy publicando el retrato de la incomparable artista, á la que desde estas columnas enviamos el más sincero testimonio de nuestro ferviente entusiasmo.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

LA FIESTA DE LA ALDEA

cuadro de R. Annegiso, grabado por Mancastropa

(Exposición Universal de París)

En la sección italiana del Palacio de Bellas Artes de la última Exposición Universal de París llamaba con justicia la atención *La fiesta de la aldea* de Annegiso. Sorprendía desde luego el considerable número de figuras que contiene el cuadro, todas de tipo bien conocido porque indudablemente no hay en el mundo región civilizada por donde no haya pasado uno de esos italianos meridionales que con el acordeón en las manos y la monótona canción napolitana en los labios tanto entretienen á unos pocos y tanto aburren á la inmensa mayoría de los que por fuerza han de oir sus destempladas voces. Pero mucho más sorprendían y cautivaban la disposición acertada de los numerosos grupos combinados sin confusión alguna, la viveza y armonía de los colores, la gracia de las figuras, el movimiento de la escena, la naturalidad de los tipos y la destreza y espontaneidad con que están pintados los accesorios que tan perfectamente distribuídos encontramos en el lienzo.

Cierto que la contemplación de este cuadro justifica la observación hecha por algunos de los que le vieron en París, á saber: que podría subdividirse en una porción de bellísimos cuadritos cuyo valor artístico sería en junto mayor que el de la obra de donde se habrían sacado; pero esto en nada disminuye la valía de *La fiesta de la aldea*, cuyo autor al concebirla y ejecutarla tal cual es ha demostrado excepcionales dotes de compositor, dibujante y colorista.

LA FAMILIA DE LOS LAPSUS

No existe en el mundo familia más dilatada que la de los *Lapsus*, genios malévolos que, ocultos é invisibles como los duendes, se complacen en intervenir en gran parte de nuestros actos, cuándo con notorio perjuicio y resultas más ó menos graves, cuándo como mero causante de broma é hilaridad.

Que por meter uno la mano en el bolsillo de su chaleco para sacar el reloj y ver qué hora es, la mete en el del prójimo: ¡pseh! cosa muy natural; no pasa de ser un *lapsus*.

Que el juez condenó al inocente y absolvió al culpado: ¡bah! cosa corriente; otro *lapsus*.

Que el médico tomó una hepatitis por una viruela, y el boticario confundió las flores cordiales con el arsénico: ¡qué demonio! eso no vale nada; cualquiera tiene un *lapsus*.

Que se le colgó la investidura de tal ó cual mando ó gobierno á D. Silvestre Encina ó á D. Tomé Rapasiete, y el uno por lo corto de ingenio, y el otro por lo largo de uñas labran la desventura de sus desgobernados: ¿cómo ha de ser? que se fastidie y pague el país; uno de tantos *lapsus* como registra la historia de la humanidad.

Y el infeliz que creyó casarse con un ángel y luego resultó ser éste de los caídos; y el desgraciado que por ceñir la espada se caló la cogulla, ó viceversa; y el pobre que confundió las letras de banco con las letras de empolvados y roídos pergaminos; y el desventurado que hubiera puesto la mano en el fuego por responder de la lealtad de un amigo que luego resultó ser del cuño de aquellas piezas que no admite la Casa de la Moneda; y tantas, y tantas otras cosas más, todo ello, bien considerado, y vuelto lo mismo por activa que por pasiva, no es más que un montón de *lapsus*. ¿Qué más? Al herir en estos momentos la Parca inexorable de un *trancazo* á media humanidad, ¿no está uno tentado por creer que también incurre en más de un *lapsus*, cuando arrebata á tanta gente honrada de la haz de la tierra, y respeta á tanto malvado?... Dios, que así lo consiente, sabrá por qué...

. . . .

Dejemos ya á un lado tan triste fase, y ocupémonos en considerar el aspecto chistoso y divertido con que nos brinda tan dilatada familia en el terreno del lenguaje.

A tres pueden reducirse en este concepto las especies del género *lapsus: lapsus linguæ*, *lapsus calami* y *lapsus capitis;* esto es, batacazo dado por culpa de la *lengua*, ó bien de la *pluma*, ó ya de la *inteligencia.*

De todas esas tres especies, ninguna más graciosa y sencilla que la perteneciente al *lapsus linguæ*, y aun no he dicho lo bastante, ninguna más natural tampoco. En efecto, es tan frágil la naturaleza humana, que con facilidad suma, y sin querer, dice muchas veces la lengua lo contrario de lo que se propone el entendimiento, ya sea en la esencia, ya sea en la forma; así, no es raro, verbi gracia, en el acaloramiento de la improvisación oratoria, ó ya en fuerza de ir estrictamente sujeto al papel aprendido á la letra, el oir decir *maldito* allí donde se debía pronunciar *bendito*, ó viceversa, así como el permutar letras ó trastrocar sílabas, como sucedió con aquel que, por decir *los gallos cantan*, dijo: *los cantos gallan.*

A semejante falta se hallan especialmente expuestas las personas de imaginación muy viva, las que leen con demasiada celeridad, y también las que hablan ó leen al empezar á ser dominadas por el sueño ó por el influjo de bebidas alcohólicas, en cuya ocasión parece como que la lengua se encuentra contenida ó refrenada por cierta traba que no le permite vibrar desembarazadamente.

Achaque tal, es inherente á todos los idiomas; y por lo tanto, daremos aquí cabida al siguiente hecho, que se dice haber ocurrido con Estanislao, rey de Polonia. Leíale cierta noche un paje la vida de la beata María de Alacoque, en lengua francesa; y como quiera que el lector tenía más sueño que vergüenza, al llegar á una de las visiones que por parte del Señor experimentó la bienaventurada, leyó que Dios se le había aparecido *en figura de mono (en singe).* – Sería *en songe (en sueños)*, le hizo observar el monarca, un tanto dominado por la risa. – *En songe ó en singe (en sueños ó disfrazado de mono)*, replicó el paje, lo mismo da, porque como Dios es omnipotente, puede hacer lo que más le venga en grado.

Pasemos ahora á los deslices de *pluma (lapsus calami)*, lo cual puede entrañar no pequeña gravedad.

Siempre que paro mientes en este particular, se me antoja que más de cuatro contrasentidos que contemplo en la lengua castellana, y aun en otras, deben su existencia á errores dimanados de la ineptitud, distracción ó ligereza por parte de antiguos copistas.

Y á la verdad, ¿cómo se puede compadecer el que *investigabilis*, en latín, é *investigable*, en castellano, signifiquen «lo que no se puede investigar,» siendo así que debían significar todo lo contrario? ¿Por qué no el decirse y escribirse *ininvestigable*, como es lo lógico y natural, á la manera que se dice y escribe *ininteligible*, *ininvariable*, *ininyectable*, etc.? Pues, muy sencillo: uno de los lapsos ó equivocaciones en que más fácil y frecuentemente incurre el amanuense debe su ser á constar una palabra de una sílaba idéntica ó repetida á continuación, mayormente si esto sucede al principio de dicción, ó si se verifica al tener que cortarla al fin de línea, ó, lo que es peor todavía, al fin de página. Deslices de este género han ocasionado á veces disturbios, y hasta escisiones de escuela, de que podríamos acumular aquí multitud de pruebas que salieran garantes de nuestro aserto; pero basten las siguientes:

En una de las ediciones antiguas de las obras de san Agustín, se lee: «*Qui de Imperatorum legibus conqueruntur*, INVIDIAM *Catholicorum exaggerantes, sive mortes... sive omnia quæ patiuntur.*» Desde luego salta á la vista que lo que se debe leer en el texto es IN INVIDIAM (para hacer odiosos á los católicos) por cuanto el régimen de *exaggerantes* no puede ser otro que las palabras *mortes* y *omnia.* A mayor abundamiento, confiérase dicho pasaje con otro del mismo santo doctor unas cuantas páginas adelante, y se verá escrito: «*Quod etiam* IN INVIDIAM *nostram fecisse asseveramini.*»

A esta clase de *lapsus* pueden, y deben, reducirse las variaciones de sentido, más ó menos sustanciales, dimanadas de la impropia é inconveniente colocación de los signos ortográficos ó de puntuación. Volviendo á tomar en boca al santo obispo de Hipona recién citado, recordemos cómo, al propósito que ahora nos ocupa, hace mención de cierto proceder fraudulento puesto en práctica por los fotinianos, con el fin de eludir la prueba de la divinidad del Verbo, como consta del principio del Evangelio según San Juan. Dichos herejes, después de haber leído las palabras «*In principio erat Verbum, et Verbum erat apud Deum, et Deus erat,*» hacían una pausa y seguían leyendo inmediatamente sin distinción: «*Verbum hoc erat in principio apud Deum,*» siendo así que la cesura debía hacerse después de *Verbum*, y nó de *erat*, y antes de *hoc*, etc.



COSTAS DE GALICIA, dibujo de D. Baldomero Galofre

Lapsos de esta índole han sido en todo tiempo la pesadilla de los comentadores, así de obras religiosas y científicas, cuanto de las meramente literarias. Recuerdo, como prueba de esto último, un pasaje de las inmortales páginas del *Quijote*, que no quiero dejar pasar de largo.

Léese á los principios del capítulo 41 de la parte primera, lo que paso á copiar puntualmente del texto de la primera edición, entendiendo aquí por *puntualmente* la observancia de los signos ortográficos, nó de las letras.

«Digo pues, que cada vez que pasaba con su barca daba fondo en una caleta, que estaba no dos tiros de ballesta del jardín donde Zoraida esperaba, y allí muy de propósito se ponía el Renegado con los morillos que bogaban el remo, ó ya á hacer la zalá, ó á como por ensayarse de burlas, á lo que pensaba hacer de veras.»

Oigamos á los comentadores, y oigamos lindezas como templos.

Dice Foronda: «*Ya á hacer*, es una reunión de tres palabras muy crudas. – *O á como por*, son voces que indican que Cervantes no tenía los oídos organizados á lo Haydn.»

Y dice Clemencín: «La partícula *ya* puesta en el primer inciso, pedía su repetición en el segundo. – *O á como por*, reunión de cuatro partículas que evitarían los que escriben correcta y atildadamente: el *por* no significa nada, y de consiguiente debiera suprimirse. – *Ensayarse para* estuviera mejor aquí que *ensayarse á*. Ganara el lenguaje, diciéndose: *allí muy de propósito se ponía el Renegado... ya á hacer la zalá, ya á ensayarse como de burlas para lo que pensaba hacer de veras.*»

No blasfemo, al tenor de Foronda y Clemencín, pero sí tan extraviado como ellos en el particular, dice Hartzenbusch: «La edición de Bruselas de 1607: ó *á ensayarse*, COMO *de burlas, á lo que pensaba*, etc. – La de 1668: ó Á *ensayarse de burlas*. Las palabras MUY DE PROPÓSITO expresan determinación, resolución fija; las de COMO POR indican vacilación y duda: no se acomoda bien lo uno con lo otro. Quizá no sea desacertada la sospecha de que las dicciones Ó Á COMO sean yerros de imprenta, y que Cervantes hubiera escrito: *Se ponía... ó ya á hacer la zalá*, ó ADORACIÓN (ú ORACIÓN), *por ensayarse... á lo que pensaba hacer de veras.*»

¡¡¡Cuánto delirar!!! No prosigamos en busca de más comentadores, porque nos expondríamos á perder la chabeta, y, de sus resultas, hasta los estribos; pero sí digamos que para comentar á Cervantes se necesita tener un poco de más meollo que el que hasta de presente han demostrado sus intérpretes todos, y un mucho de más cortesía que la que hasta ahora han desplegado algunos de ellos, para evitar así el hacerle decir cosas que nunca soñó, y eximirlo, por ende, de la injusta nota de escritor adocenado ó ramplón, como lo da á entender Clemencín, y de ayuno de la armonía de estilo, como lo indica Foronda. En suma, y aquí del *lapsus cálami* del texto manuscrito, ó de la errata tipográfica, que para el caso vale lo mismo: «... *allí muy de propósito se ponía el Renegado con los morillos que bogaban el remo, ó ya á hacer la zalá, ó á* COMO (esto es, á BROMA, VAYA, ZUMBA, DIVERSIÓN, CHASCO ó CANTALETA), por ensayarse de burlas á lo que pensaba hacer de veras.» Y véase *cómo* una *coma* que faltaba después, no de la partícula *como*, sino del nombre *como*, ha sido causa de que se hayan quedado *en ayunas* ó *sin comer* todos los editores y glosadores del *Quijote* al llegar á este pasaje, por más que se hayan *comido las uñas*, y ahogádose en poca agua.

Todo lo dicho últimamente viene á probar, por términos ineludibles, que los *lapsus* ó deficiencias de pluma pueden acarrear en ocasiones disgustos, ó perjuicios, de más ó menos momento; traslado, si no, á la gente curialesca, de la cual dice un refrán: *Cornada de ansarón, uñarada de león*, así como á todos los intérpretes de las leyes que sean diestros en convertir lo blanco en prieto y lo prieto en blanco, torciendo el verdadero sentido del legislador según su antojo y conveniencia, y de los cuales, como azote infinitamente más terrible que la fiebre amarilla, el tifus, el cólera, trancazo y las plagas de Egipto, nos libre Dios.

Vengamos, para terminar, que ya es hora, á tratar de la clase de *lapsus capitis*, ó séase de los atentados cometidos contra la pureza y casta de una lengua, por falta de estudio ó por sobra de rusticidad.

Es para alabar á Dios el empleo de barbarismos y solecismos que á cada paso ostenta la gente del pueblo.

Oigamos.

«El otro día se celebró el funeral de N., y la iglesia y el TUMULTO (!) se venían abajo de luces.»

«Se me ha perdido un NIÑO EN CRUZ (!) que llevaba al cuello.»

«Tengo dos muelas CAREADAS (!)»

«La muchacha ha roto dos TENAJAS (!) en poco tiempo »

«He perdido la llave de la DISPENSA (!) etc.»

Lo de *tumulto* por *túmulo*, y *niño en cruz*, por *lignum crucis*, son LAPSUS CÁPITIS que efectivamente se oyen á cada momento en boca de la plebe; pero lo de las muelas *careadas*, por *cariadas*, las *tenajas*, por *tinajas*, y las *dispensas*, por *despensas*, no sólo en boca de la plebe, sí que también de muchas personas encopetadas, se oye á cada triquitraque.

¿Qué más? Vaya V. en Madrid á pronunciar como es debido, *el paseo del* PRADO, en cualquiera reunión compuesta de personas de forma, y se le reirán poco menos que en sus barbas; en cambio exclamarán «¡qué ordinario!» si le oyen decir á V. que ha tenido un dolor de COSTAO.

Miente, pues, el Diccionario de la Rima que asegura que *Prado* y *Costado* son consonantes, dado que la finura y urbanidad de la Corte de España no lo consienten así. ¡Y luego se reirán los cortesanos de los provincianos, cuando en ningún punto del orbe se lee, como en Madrid, rótulos como éste: *Se guisa de comer*. ¡Pues no, que se *guisará* de dormir, ó de coser, ó de fregar!

No hay para qué hablar de los *lapsus capitis* de los académicos y demás sabios *ejusdem furfuris*, porque da grima traer á la memoria tanta ausencia de conocimientos relativos á la lengua patria, no ya *jondos*, sino de los más someros. Para que el lector se quite el mal gusto de la boca, allá van

sendos, por *grandes;*
malhaya sea, por *maldito sea*, ó simplemente *mal haya;*
desapercibido, por *inadvertido;*
ominoso, por *vergonzoso*, etc.,

así como en cuestión de prosodia,

intérvalo, por *intervalo;*
Arquímedes, por *Arquimedes;*
telégrama, por *telegrama;*
périto, por *perito;*
paralelógramo, por *paralelogramo*, etc.,

y de igual manera que en ortografía,

expiar (penar), por *espiar (acechar);*
satisfacieron, por *satisficieron;*
budín, por *púding;*
pretencioso, por *pretensioso*,

y demás lindezas de este ó parecido jaez, á cuyo total relato no se le vería fácilmente el fin.

Por eso se lo daremos aquí nosotros, que nunca nos cansaremos de sacar á relucir, siquiera sea de vez en cuando, materia ya tan manoseada, por aquello de *á Dios rogando, y con el mazo dando;* á ver si, en fuerza de tanto machacar, conseguimos que el hierro llegue por fin á ablandarse. Lo malo será que, en último resultado, obtengamos por premio de nuestros desvelos lo de *predicar en desierto, sermón perdido*, ó lo que pasa con los sordos de conveniencia, cuya máxima favorita se reduce á: *Prediqueme, padre, que por un oído me entra y por el otro me sale.*

JOSÉ MARÍA SBARBI.



MUJERES DE ARGEL EN LAS AZOTEAS

cuadro de M. Muenier, grabado por Baude



LA FIESTA DE LA ALDEA,



...l, CUADRO DE RAFAEL ANNEGASO, GRABADO POR MANCASTROPA

...rsal de París de 1889)



MATER AMABILIS

cuadro de José Sciuti grabado por Cantagalli

UN CUENTO DE MI NIÑERA

Muchos años han transcurrido, y no ha podido borrarse de mi memoria el recuerdo de aquella tarde.

El mes de julio iba á terminar. El calor era sofocante.

Tras las montañas que circundaban la casucha en que habitaba mi familia iba á ocultarse el sol, que durante todo el día nos había castigado enviándonos sus rayos más ardientes.

Aun cuando esto parezca paradójico, la naturaleza, por plétora de vida, parecía sentir una languidez, una lasitud muy semejante á la muerte.

El silencio más profundo reinaba en el vallecillo en que mi casa se hallaba situada y en las montañas que lo cerraban.

Las hojas de los árboles no producían rumor alguno; los pajarillos, abriendo desmesuradamente sus picos, buscaban en la atmósfera calcinada un poco de frescura que refrigerase sus gargantas secas, y no hallando la deseada frescura, callaban y su silencio era una protesta muda ante los rigores de la ingrata naturaleza.

Las espigas de los trigos, ya rubias y prontas á ser segadas, caían lánguidamente sobre la tierra pidiendo un poco de humedad, como niño hambriento que en el regazo materno busca, entreabriendo sus rosáceos labios, el pecho que al mismo tiempo que le trasmite las fuerzas de la vida le infunde también un pedazo del alma de su madre.

El murmullo de los cercanos arroyuelos había cesado, porque se evaporaron sus aguas.

Por entre unas espadañas corría un hilillo de agua tan callada y tristemente como si adivinara su muerte cercana.

Sentado junto á la puerta de mi casa hallábame yo parodiando á Dios en el último día de la creación, esto es, haciendo con barro un monigote á mi imagen y semejanza. Dí por terminada mi obra, y si no pretendí infundirle mi alma, quise al menos ponerle en pie, colocándole en una posición airosa, elegante y varonil; pero el monigote, más discreto que yo, y adivinando mi deseo de que había de estar hecho á mi imagen y semejanza, cuando quise colocarle en dos pies, dobló su cuerpo, y haciéndome un gracioso saludo con su casi esférica cabeza, vino á colocarse en una posición semejante á la de su creador; es decir, á gatas, posición que tenía yo en aquel momento en que con infantil orgullo ejercía funciones de supremo hacedor.

El mal éxito de mi empresa me causó rabia, y en menos tiempo del que gasta en persignarse un cura loco, destrocé mi obra convirtiendo aquel apuesto mancebo en una informe bola; y sintiendo que en mi cerebro surgía, aunque confusamente, una idea que hoy podría expresar diciendo: vuelva el barro al barro; arrojé la informe bola al pie de un ciprés recién regado, que cerca de mi casa estaba, y adonde había ido á buscar la primera materia para hacer aquel *Adán*, que tan efímera existencia había tenido.

Mientras que yo me había entretenido durante algo más de una hora imitando el momento más grandioso de la creación del mundo, muy cerca de mí el dolor ejercía sus funciones de destrucción. En una habitación la más retirada de la casa, sobre un lecho cuyas sábanas arrugadas denunciaban largas horas de fiebre nerviosa, una mujer aun joven expiraba.

En el momento en que yo arrojaba al barro el barro de mi *hombrecillo*, debía dar el último suspiro aquella mujer.

Pocos momentos después de aquel tan triste, llegaba yo á la puerta del cuarto en que acababa de entrar la muerte, y alegremente y con voz aguda dije:

– Mamá! mamá! quiero un poquito de ese refresco tan rico que tú tomas.

Al decir esto ví que Anselma, una antigua criada que en mi casa había y que nos servía de aya y antes me había servido de niñera, extendía la sábana de encima sobre la cara de la muerta y dirigiéndose á mí y llenos los ojos de lágrimas me decía:

– Calla, hijo, calla, que tu mamá está durmiendo.

Aquella mujer, que efectivamente dormía, mas cuyo sueño había de ser eterno, era mi madre.

– Duerme! repliqué, y ¿por qué lloras? ¿por qué papá no me dice nada? ¿por qué, como otras veces cuando mamá duerme, no me manda callar; y por qué no viene á darme un beso?

Mis preguntas no obtuvieron contestación. Anselma me cogió de la mano, y sin decir palabra alguna, me alejó de la habitación en que había muerto mi madre.

Sin saber por qué rompí á llorar fuertemente. Anselma me sentó en sus rodillas, me besó cariñosamente varias veces y me dijo:

– Hijo mío, ¿por qué lloras?

– Porque tú lloras también, porque mi papá no me ha dado un beso y porque mamá se ha hecho la dormida para no darme un poquito de su refresco.

– Pobrecito de mi alma! dijo Anselma, y trató de consolarme, mas en vano lo intentaba; yo lloraba cada vez con más desconsuelo. Quizás adiviné la gran pérdida que acababa de experimentar.

Por fin Anselma encontró un modo de acallar mi llanto.

– Calla, hijo, calla, me dijo con dulzura; y si callas te referiré un cuento.

Unicamente aquel ofrecimiento podía consolarme; hice aún algunos pucheros más, suspiré varias veces; sequé mis lágrimas con el revés de mi mano, dejando en la cara algunas muestras de mis trabajos de modelación en barro y sonriendo dije:

– ¿Será el cuento largo, muy largo?

– Sí, contestó Anselma.

– Pues empieza, repliqué yo, que ya no lloro.

Anselma comenzó así:

– Allá en un país que está lejos, muy lejos de aquí, vivía, hace ya muchísimos años, un matrimonio que se consideraba completamente feliz porque el cielo les había concedido un precioso niño fruto de su inmenso amor y que vino á ser causa de que sus almas, que antes se habían buscado y estrechado, se fundieran y dejaran de ser dos para ser una.

Nada faltaba á la felicidad de los esposos y padres amantísimos, pues la suerte antes de que el cielo completara su dicha los había hecho sanos y hermosos de cuerpo, de inteligencia clara, de corazón generoso y de alma recta y sencilla, y á todos estos dones había añadido el don de la riqueza que no es un pequeño don. Pero aun había hecho más, la para ellos diosa pródiga, á quien llaman fortuna.

En el tiempo en que vinieron al mundo los dos esposos de quienes hablo, no bastaba la riqueza para ser poderoso y feliz, sino que era preciso que la riqueza fuese acompañada de la nobleza.

También esta gracia les había sido concedida á los esposos del cuento que voy refiriendo. El era hijo del alto y poderoso señor de Altesaní, conde de Brián, y ella del muy noble duque de Castillo negro, señor de los dominios de Casperagio.

Dos años duró la dicha de aquel feliz matrimonio. Cansada la fortuna de concederles á manos llenas sus favores, les volvió la espalda recordando que su carácter distintivo es la veleidad.

Apenas salió la diosa del castillo de los condes de Brián, entró la muerte y con su guadaña hirió á la persona más necesaria para la felicidad de todos.

Murió la condesa, y su muerte hizo que para siempre desapareciera la dicha de aquel castillo, que antes había sido morada de cuanta felicidad cabe en la tierra.

Lloró el conde de Brián con abundantes y sinceras lágrimas la muerte de su mujer, mas como no hay nada en el mundo que sea imperecedero y menos que nada el dolor, comenzó el conde por resignarse; con el trascurso del tiempo el olvido sustituyó á la resignación, y cuando habían pasado dos años desde aquel en que ocurrió la muerte de la condesa, un nuevo amor echó sobre la fosa del olvido la última paletada de tierra, que la cubrió tan por completo, que nadie hubiese conocido, ni que hubiera tal fosa, ni que allá en el fondo estuviera enterrada una pasión tan ardiente como la que el conde sintió por la condesa.

Contrajo segundas nupcias el conde, y Roberto, el hijo de su primer matrimonio, vino á tener madrastra.

La segunda mujer del conde era muy hermosa, pero tan orgullosa y tan vana como la primera había sido dulce y humilde.

Durante los primeros tiempos de su matrimonio, Ernestina, que este era el nombre de la segunda mujer del señor de Altesaní, mostróse cariñosa con el hijo de su marido; mas para desdicha del pobrecito niño la nueva condesa fué madre, y el amor que por su hijo sintió, no tan sólo privó al huerfanito de las caricias que antes le hiciera su madrastra, sino que las caricias se convirtieron en despego en un principio y en odio mal disimulado después.

Ernestina comenzó á odiar á Roberto porque la naturaleza le había hecho más hermoso que á su hijo. El odio se convirtió después en otra pasión peor si cabe: la envidia.

Roberto á más de los títulos de su madre había de heredar los de su padre; él era el mayorazgo, su hijo el segundón.

El odio y la envidia, esas dos malas plantas del alma, fueron creciendo siempre en su corazón, como la mala hierba en el campo, hasta el punto de que no pudiendo hallar un momento de tranquilidad ni de día ni de noche, una mañana hizo llamar á un antiguo escudero en quien tenía tanta confianza como en sí misma y le dijo:

– Llévate ese niño al bosque y que nunca más le vuelvan á ver mis ojos. Mátale y tráeme su corazón como prueba de que está bien muerto; haré que mis perros devoren el corazón de ese niño y así estaremos casi iguales, que hace ya mucho tiempo que los perros de la envidia devoran el mío.

– Pero ¿y el conde? preguntó el escudero.

– El conde está ausente; le escribiré diciendo que Roberto ha muerto y lo creerá.

Obedeció el escudero, llevó el niño al bosque, desenvainó su espada para matar á Roberto, y éste, adivinando el peligro que corría, cayó de rodillas á los pies del escudero y con lágrimas en los ojos dijo con voz tan acongojada y lastimosa que hubiera conmovido un corazón de acero:

– Perdóname, si en algo te ofendí; no me mates, ¿qué te he hecho yo, pobre niño, que ni fuerzas ni deseos tengo de hacer daño á nadie?

Las lágrimas y las súplicas de Roberto enternecieron al escudero, quien ni odiaba al pobre niño ni era cruel

– Me expongo á mucho, si no cumplo las órdenes que me dieron.

– Yo haré cuanto tú me pidas, dijo el niño; yo seré bueno, muy bueno.

El escudero guardó silencio por un momento. Un cervatillo pasó corriendo por cerca del sitio en que se hallaban el niño y el escudero: éste armó su arco y disparó una flecha que fué á clavarse en el cuello del cervatillo. Cayó herido el pobre animal. El escudero se abalanzó sobre él y abriéndole de arriba abajo le arrancó el corazón.

Cuando hubo terminado esta operación, volvió al sitio en que se hallaba el niño y le dijo:

– Prometo no hacerte daño, pero á tu vez has de prometerme una cosa. Jura no volver jamás al castillo; si volvieras, los dos correríamos la misma suerte que ha corrido este pobre cervatillo.

– Si únicamente mi vida corriera peligro, tal vez volviese al castillo, mas sabiendo que también tú habrías de correr peligros, ten por seguro que jamás volveré. No seré ingrato con quien tan bueno es para conmigo.

Dicho esto internóse Roberto en el bosque y el escudero tornó al castillo. Entregó á la condesa el corazón del cervatillo, y ésta creyendo que era el de Roberto se lo arrojó á sus perros.

Mientras tanto Roberto se internaba en el bosque corriendo con toda la velocidad que le permitían sus piernas.

Cuando el sol iba á ocultarse vió el fugitivo niño una linda casita.

Ya era tiempo; sus piernecitas flaqueaban y comenzaban á negarse á sostenerle y sobre todo á proseguir la carrera

La casita estaba situada en un lugar muy pintoresco.

A muy pocos pasos corría un arroyuelo de limpias y murmuradoras aguas. Una huertecilla muy bien cuidada y en la cual se veían varios árboles frutales cercaba la blanca casita.

Roberto extenuado por la fatiga que le había producido su rápida carrera, púsose de rodillas en una de las orillas del arroyuelo, y haciendo del hueco de sus manos el más primitivo de los vasos, bebió algunas gotas del agua cristalina; después viendo que la puerta de la casita sólo estaba entornada, la empujó y entró.

Todo era pequeño en aquella casa, pero todo estaba en orden y limpio como los chorros del agua. En la habitación primera que vió Roberto había una mesita cubierta con un blanquísimo mantel, y sobre él, siete cubiertos tan diminutos que parecían juguetes de niños.

Roberto, que se sentía hambriento, sentóse á la mesa y comió un poco de pan, un trocito de jamón y bebió un vasito de vino que á lo más contenía quince ó veinte gotas.

Frente á la habitación en que Roberto había satisfecho en parte su apetito había una alcoba y en ella siete camitas de las cuales la mayor no llegaría á tener un metro de larga.

Encogiéndose mucho se acomodó Roberto en la cama mayor; y cuando ya el cansancio iba á cerrar sus párpados, oyó un ruido como el que producen las palomas al volar.

Abrió los ojos y vió que en la habitación, que pudiera llamarse comedor, entraban siete palomas blancas. Después quedóse asombrado, y aun sintió cierto miedo, al ver que las palomas cambiaban de forma y se convertían en siete mujercitas cuya estatura variaba entre un palmo y medio y un metro escaso, pero tan proporcionadas y tan lindas, que el miedo que en un principio sintiera se convirtió en deleite al contemplar á aquellas preciosísimas muñecas de carne y hueso.

Fijáronse las dueñas de la casa en los restos de la comida de Roberto y una de ellas dijo:

– ¿Quién se ha sentado en mi silla?

Y las otras añadieron:

– ¿Quién ha comido en mi plato?

– ¿Quién consumió mi pan?

– ¿Quién se comió mi jamón?

– ¿Quién ensució mi tenedor?

– ¿Quién bebió en mi vaso?

– ¿Quién se sirvió de mi cuchillo?

Una de las mujercitas miró hacia la alcoba en que Roberto se hallaba acostado y exclamó:

– ¡Calle! alguien se ha acostado en una de nuestras camas.

Roberto al oir esto se fingió dormido.

Las siete pequeñuelas se dirigieron hacia la alcoba y vieron á Roberto y le creyeron dormido.

Al contemplarle les admiró su hermosura.

– ¡Oh Dios mío! – exclamaron á una voz, – ¡qué hermoso niño!

Su admiración y su contento fué tal que creyendo que Roberto dormía no quisieron despertarlo.

Al siguiente día se despertó Roberto y vió que las siete muchachitas rodeaban su lecho.

– ¿Cómo te llamas? le preguntaron.

– Roberto, respondió el niño.

– ¿Cómo has venido á esta casa?

Roberto entonces contó su historia.

Una de las pequeñuelas exclamó, cuando Roberto concluyó de hablar:

– ¿Eres víctima de las malas pasiones de una madrastra? La casualidad te trajo aquí y la misma desgracia nos une. Nosotras cuidaremos de tí y tú serás nuestro caballero.

– Has de saber, continuó la que había tomado la palabra, que somos hijas del rey Liliput. Murió nuestra madre, el rey nuestro padre se casó por segunda vez, y nuestra madrastra queriendo que su hijo se sentara en el trono que á mí me correspondía, pues soy la mayor de mis hermanas, y á éstas por el orden de su nacimiento si yo hubiera muerto, ordenó un día á un feroz enano que en nuestra corte había, nos diese muerte á todas.

Rafael M. Liern.

(Se continuará)



EL CLOWN LÚGUBRE

I.

El año pasado á fines del mes de agosto, llegó á Córdoba la compañía ecuestre de M. Bontamp, nueva en España, é improvisó un circo de madera en el Paseo del Gran Capitán.

He aquí cómo juzgaba un periódico de la localidad á la nueva compañía al otro día de su estreno:

«La compañía ecuestre de Mr. Bontamp, que anoche hizo su *debut* en el Circo del Gran Capitán, es poco más ó menos, como todas las que nos han visitado. Los consabidos caballitos dando vueltas al rededor de la pista, los aros de papel rotos, la antigua pantomima de la *Estatua movible*, y el indispensable trabajo gimnástico en un trapecio á gran altura: ofrece, no obstante, una particularidad, y dos puntos salientes, y esto explica el que haya tenido algun éxito en Cádiz y Sevilla, únicas poblaciones de España en donde se ha exhibido. Hay en ella un clown joven de mérito y gracia dudosos, y otro ya de edad que constituye la particularidad que antes hemos indicado. El clown Richard (según le anuncia el cartel) es un clown lúgubre. Se presenta en un traje mezcla de clown y payaso, pues sobre su veste rayada á franjas encarnadas y amarillas, lleva la blanca hopalanda de mangas perdidas del bufón italiano. No se embadurna la cara ni lo necesita: tiene bastante con su palidez terrosa de vampiro. Su fisonomía inmóvil parece una máscara, y sus ojos revelan una expresión tan triste que conmueve: sin esta expresión se asemejaría á un sonámbulo ejecutando su parte. Exhibe cuatro animales: dos perros, un canario y ¡cosa admirable! un jabalí, alimaña que hasta ahora ha pasado por *indomesticable*. No queremos reseñar el trabajo que ejecuta, para no atenuar la sorpresa de nuestros lectores, á quienes aconsejamos que vayan á verle, pero sí indicaremos que en este ejercicio toda la gracia la ponen los bichos, puesto que su maestro le ejecuta con una seriedad espectral. Se dice que Richard, en sus buenos años, fué un clown notabilísimo, y sólo así se comprende su apego á vestir un traje que ya no le conviene. En el final de su trabajo está asombroso y hace lo que nadie ha hecho.

Este es uno de los puntos salientes de la compañía ecuestre: el otro, ó mejor dicho, la otra, es la señorita Fenny Richard.

Esta joven, hija del clown lúgubre y alemana como su padre, tiene diez y siete años de edad y una belleza diabólica y rara para ojos meridionales. Todo el mundo se figura á la mujer germana

Blanca como la mañana
Y rubia como la aurora,

como ha dicho Calderón, pero pocos habrán visto, ni aun en los climas del Norte, la conjunción de una crencha roja y de un cutis casi bronceado. La señorita Fenny ofrece este tipo, con la particularidad de que su cabello grueso como el lino, es tan largo y de tal profusión que la envuelve la cabeza como en un velo. Se comprende que le lleve suelto, pues se necesitarían varios peines é innumerables horquillas para poder sujetarle. Oyendo los comentarios del público, y *escamados* también, nosotros hemos esperado á la joven amazona, en el trayecto de la pista á su cuarto, y nos hemos convencido de que aquella cabellera sansoniana es enteramente suya.

La señorita Richard, esbelta, divinamente formada y con unos ojos feroces que encienden lumbre, trabaja en un caballo amaestrado á la alta escuela. Este ejercicio nada ofrece de notable más que el aspecto de la amazona. Preséntase ésta destocada, con un traje de color de naranja y oro, que se asimila al de su cabello y cutis, de modo que montada en su caballo negro, se asemeja á una estatua de cobre sobre un pedestal de ébano. El público vió con agrado su trabajo y le aplaudió por cortesía. Al final, colocan en la puerta de la pista una valla, para que la amazona se retire saltándola. Esta valla, comenzó ya á impresionar á los espectadores (sobre todo á los inteligentes) por su altura prodigiosa. La señorita Richard dió dos rápidas vueltas por el circo, y salvó el obstáculo con un salto admirable que recordó á los aficionados á la antigua Mad. Tampé. Entonces resonó un aplauso formidable, como jamás le hemos oído en circo alguno, aplauso que se trocó en delirio, cuando la joven amazona volvió á presentarse y á salir del circo, repitiendo cuatro veces aquel salto inverosímil que ninguna otra *ecuyère* del mundo podría resistir.»

El periódico que hacía esta reseña, exacta en todas sus partes, añadía algunas líneas, que no atañen ni al clown Richard, ni á su hija.

II.

La historia de Richard era sencilla y triste y Fenny misma la contaba á los pocos que tenían el privilegio de visitarla en su cuarto del circo.

El viejo clown era natural de Munich y en su juventud se dedicó al arte de la relojería, pero habiéndose enamorado de una joven *ecuyère* que trabajaba en una compañía ecuestre y gimnástica ambulante, con una de esas pasiones que rayan en la locura, lo abandonó todo por seguirla. Ella admitió las pretensiones de Richard, y se casó con él á condición de no renunciar á su vida aventurera. Entonces Richard, que era altivo y no quería estar ocioso mientras su mujer trabajaba, se hizo clown aprovechando sus poderosas facultades, y llegó á ser una notabilidad en su clase. Fenny nació á los dos años de este matrimonio. Ambos esposos ganaban mucho dinero, pero Gretchen, que así se llamaba la *ecuyère*, era manirrota y aficionada al lujo, y nunca pudieron hacer ahorros, como Richard hubiera deseado. Gretchen murió joven de una enfermedad del pecho, y desde entonces el clown sintió una melancolía y un desaliento que los años no alcanzaron á mitigar. Siguió trabajando por su hija y para su hija, pero debilitadas sus fuerzas, más por la tristeza que por el tiempo, tuvo que renunciar en parte á sus ejercicios, y dedicarse á enseñar y exhibir animales. La suerte de su hija á la que pronto dejaría sola en el mundo, le inquietaba y comenzó á hacer ahorros, pero como cada vez iba ganando menos, éstos eran muy exiguos y reunidos con lentitud.

Fenny, desde niña heredó la afición que su madre había tenido por los ejercicios ecuestres. Su padre quería apartarla de aquella peligrosa afición y hacerla entrar en un colegio, pero ella resistió tenazmente. Richard cedió: temía para su hija las contingencias de su existencia aventurera, pero tenía la compensación de no separarse de ella. La joven llegó á ser una amazona distinguida, especialmente por su firmeza á caballo.

Ultimamente Richard había enseñado á los cuatro animales de que ya se ha hecho mención. El ejercicio, que no había querido reseñar el periódico cordobés, para no privar á sus lectores de la sorpresa, consistía en lo siguiente: sacaban al circo una especie de cesto redondo de mimbres sostenido en una base de madera que giraba sobre ruedas. Luego se presentaba el clown con dos perros, uno á cada lado, y un canario en la cabeza. Los perros erguidos sobre sus dos patas traseras, y como abrazados, bailaban al rededor del cesto una especie de vals, que terminaba con ligeros ladridos. A esto, que parecía una llamada, un jabalí pequeño asomaba al cesto su cerdosa cabeza y salía á la arena. Entonces los tres cuadrúpedos saltaban por medio de un aro que Richard les presentaba, mientras que el canario, revolando, se posaba repetidas veces sobre la cabeza de los tres. Esta obsesión parecía incomodarles y todos se dedicaban á la persecución del ave, que volaba bajo, como burlándose de ellos. Haciendo ademán de querer alcanzar al volátil burlón, un perro se subía sobre el jabalí, y el otro sobre aquél: entonces el canario se elevaba á lo alto del circo, y posado en una cuerda, ó en un trapecio, ó en el marco de una ventana, miraba hacia abajo, moviendo graciosamente la cabeza. El clown presenciaba impasible todas estas cosas, sin proferir ni una palabra, y sin apenas hacer uso del látigo que llevaba en la mano. El ejercicio terminaba ejecutando Richard un trabajo en que no tenía rival, no obstante sus cuarenta y nueve años. Colocábase en medio del circo en sentido vertical inverso, apoyando la cabeza en su gorro de clown; abría las piernas, por entre las que saltaban los perros, y permanecía en esta postura mucho tiempo, con fatiga y asombro de los espectadores. El último efecto se guardaba para el final: el pájaro descendía de sus alturas, y posándose alternadamente en las plantas de los pies de Richard, soltaba algunos trinos. Ponía se éste en pie, saludaba gravemente á la concurrencia, y salía del circo con sus animales, en la misma forma en que había entrado.

III.

La mayor parte de los *volatineros* que van á Córdoba, se alojan en una casa de huéspedes con honores de fonda, situada en la calle del Conde Gondomar. Pero Richard en esta población, hizo como siempre rancho aparte, como suele decirse. Dejó á su hija instalada con sus compañeras de profesión y buscó un sitio donde armar una especie de tienda de campaña que servía de albergue á él y á sus animales. Al otro lado de la Estación del ferrocarril, halló una pequeña planicie que le convenía, y preguntó á quién había de dirigirse para obtener el permiso de instalación. Indicáronle un hotelito próximo: allí habitaba el dueño de aquel terreno, que era un caballero joven, guapo, soltero, muy cazador y muy aficionado á caballos. Don Rafael Zambrano recibió al clown cortésmente, y no sólo accedió á su petición, sino que se le ofreció como vecino para todo cuanto pudiera necesitar.



Richard, pues, armó su tienda ayudado por un criadito joven de catorce años de edad; y colocó en ella sus animales. Allí se pasaba la mayor parte del día, pensando en su adorada é inolvidable Gretchen, y en los verdes campos de su ciudad natal.

Su hija Fenny solía visitarle por la tarde. Venía casi siempre montando á *Teufel* (1), el caballo en que hacía su ejercicio, que era de su propiedad. Antes ya había dado largos paseos, porque, de carácter varonil y casi salvaje, gustábanla el aire libre y las correrías campestres. Permanecía un buen rato con su padre, y sola ó en compañía de éste regresaba á la ciudad, para comer y prepararse para la función.

Richard recibía también alguna vez otra visita: su vecino D. Rafael Zambrano, en traje, mitad de campo y mitad señoril, entraba en la barraca del clown, y en francés, porque éste comprendía mal el español, departía con él sobre viajes, caballos y perros, materias en las que los dos eran á cual más inteligentes.

A la caída de la tarde, solo ó acompañando á su hija, Richard se encaminaba á Córdoba y comía con aquélla en la casa de la calle del Conde Gondomar. Después iba al circo en donde ya tenía preparado un carrito tirado por dos jacas, en él volvía á su barraca, y en él regresaba á la ciudad, llevando á sus animales. Podía haberles instalado en el circo, pero no quería separarse de ellos, y además estos paseos servíanle de distracción.

Un día, después de comer, y ya en el crepúsculo, volvía á su morada. Cuando traspuso la Estación del ferrocarril, vió á lo lejos un gran resplandor y gente que corría en aquella dirección: la barraca estaba ardiendo. He aquí lo que había sucedido, por lo que luego se averiguó: el criadito que se quedaba guardándola, sacó un banco á la puerta, y se durmió. Unos matuteros que querían distraer á los empleados del resguardo para hacer su alijo, aprovecharon la ocasión, y prendieron fuego á la vivienda del pobre clown, cuyas maderas resecas ardieron inmediatamente. Cuando los vecinos de aquel casi despoblado quisieron acudir llamados por el criado, era tarde: Richard halló su barraca destruída, nada había quedado en ella más que los pocos utensilios de metal. El criado, al salirse á tomar el fresco, había cerrado la puerta, y los animales habíanse quemado: sólo un perro daba señales de vida. El pobre canario parecía un *tostón*, entre los restos de su jaula.

El clown vió todo aquel desastre, sus ojos pusiéronse vidriosos pero no profirió ni una palabra ni una queja. Cargó en el carro lo poco que quedaba útil en la barraca quemada, y se volvió á Córdoba. Hizo fijar un cartelillo anunciando al público la catástrofe y desde entonces no trabajó más en el circo. Alojóse en el cuarto más retirado de la fonda de la calle del Conde Gondomar, y se pasaba casi todo el día vagando por los alrededores de la ciudad.

(1) Diablo.

ELEONORA DUSE

EMINENTE ARTISTA DRAMÁTICA ITALIANA

M. Bontamp, el director de la compañía, le preguntó:

– Y bien, Richard, ¿piensa usted adiestrar otros animales?

– No sé, ya veremos, – contestó el clown.

Diez días después, cuando volvió á almorzar á su casa de vuelta de un largo paseo matinal, entregáronle una carta de su hija. Fenny había advertido al dueño de la fonda, que iba á emprender un viaje en el cual invertiría una ó dos semanas. Richard oyó esta noticia y abrió la carta con trémula mano, porque su corazón hacíale presentir una nueva desgracia.

La carta era muy lacónica: sólo contenía las siguientes líneas:

«Padre: impulsada por una fuerza á la que no puedo resistir, voy á gozar de amor y de libertad. Figúrate que yo amo como tú amabas á mi madre, y perdóname. No sé cuándo volveré á tu lado ó si no volveré nunca. Nadie es dueño de su porvenir, y mucho menos yo, que llevo un torbellino en mi cabeza y en mi corazón. – Fenny.»

El clown leyó esta carta y permaneció mucho tiempo inmóvil, como absorto en sus pensamientos. Sabía á qué atenerse respecto á su hija: habíasela visto pasear á caballo en compañía de su amable vecino D. Rafael Zambrano, y no dudó que fuera éste el que la enseñara á gozar de amor y de libertad.

IV

Richard se presentó al director de la compañía y le pidió que anunciase al día siguiente, que volvería á presentarse ante el público ejecutando su trabajo de equilibrio de inversión vertical. M. Bontamp, que sabía ya el *viaje* de Fenny, supuso que el clown quería distraerse trabajando, de la pena por la ausencia de su hija. Determinó que éste se presentara al final de la primera parte, pero Richard indicó que deseaba ser uno de los últimos números de la función. El cartel del siguiente día llamó la atención del público: toda la ciudad sabía el incendio de la barraca del clown y la pérdida de sus animales, y los mejor informados estaban enterados del motivo de la ausencia de la joven *ecuyère*. Richard pasó todo el día en el campo, y al principio de la segunda parte presentóse en su cuarto del circo, y comenzó á vestirse con la mayor tranquilidad. Ejecutáronse los cuatro primeros números de la segunda parte, y tocó su turno al clown, antes de la pantomima con que terminaba la función.

Salió Richard al circo, que estaba casi lleno, con el lúgubre aspecto de siempre, y saludó al público que le aplaudía, en consideración á sus recientes desgracias. Puso su gorro en el suelo y colocóse en la postura que exigía su trabajo. Pasaban los minutos y el clown permanecía inmóvil en la misma actitud. Aquello era maravilloso: Richard se excedía á sí propio: algunos espectadores gritaron: «¡basta, basta!» pero el clown persistía en aquella violenta posición.

Poco después cayó lentamente de costado y quedó tendido en la arena. Viendo que no se levantaba ni se movía, acudieron á él M. Bontamp y otros que se hallaban en la puerta de la pista. Richard tenía hinchadas las venas del cuello, y el rostro amoratado: estaba muerto.

F. MORENO GODINO.



EL INTRUSO, cuadro de A. Sarter

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO IX — BARCELONA 24 DE MARZO DE 1890 — NÚM. 430

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA VIRGEN Y EL NIÑO cuadro de Giorgione

SUMARIO

Texto. – *Nuestros grabados.* – *Aventura del Peje y de la Sirena*, por D. F. Moreno Godino. – *Un cuento de mi niñera*, (conclusión), por D. Rafael M. Liern. – *Trapos viejos*, por D. Julio Monreal. – *Noticias varias.* – *Física sin aparatos.*

Grabados. – *La Virgen y el Niño*, cuadro de Giorgione. – *El niño y la cigüeña*, dibujo de C. Froschl. – *Psyché y la mariposa*, cuadro de Guillermo Kray. – *Entrada del Príncipe de Viana en Barcelona* (1461), cuadro de D. Ramón Tusquets. – *En el baño*, cuadro de H. Siemiradzky. – *Bailarina egipcia*, cuadro de L. C. Muller.

NUESTROS GRABADOS

LA VIRGEN Y EL NIÑO, cuadro de Giorgione

Esta obra del célebre pintor italiano es de las que impresionan dulcemente á quien las contempla: no hay en ella esos rasgos que sorprenden por lo atrevidos ó por lo originales, pero en cambio abunda en sentimiento y cautiva por lo sencilla, cosas ambas que, unidas al sello místico impreso en los rostros de la Purísima Madre y de su Divino Hijo, responden perfectamente á lo que debe ser la pintura religiosa, como así lo comprendieron los grandes pintores de la edad de oro de este género hoy relativamente poco cultivado.

EL NIÑO Y LA CIGUEÑA
dibujo de Carlos Froschl

De Froschl publicamos en uno de nuestros anteriores números un primoroso dibujo, cuyas bellezas hicimos notar y que denotaba en su autor cualidades excepcionales de dibujante. De distinto género que aquél, pero no menos notable, es *El niño y la cigüeña.* la figura del semidesnudo rapazuelo está tan bien concebida y tan felizmente ejecutada, que á pesar de aparecer colocada de espaldas, con poco esfuerzo se adivinan las líneas de su rostro y aun la expresión de curiosidad que lo anima al contemplar á la zancuda ave de blanco plumaje y pico desmesuradamente largo; y en cuanto al paisaje bien se echa de ver que quien lo dibujó es digno del renombre que Carlos Froschl ha sabido conquistarse.

PSYCHÉ Y LA MARIPOSA
cuadro de Guillermo Kray

Nacido en Berlín en 1830, Guillermo Kray se dedicó en su juventud á la orfebrería que pronto abandonó por la pintura: en la Academia de su ciudad natal aprendió de Guillermo Schimmer los efectos de color y de luz que tanto se celebran en sus cuadros, y el arte de pintar los tipos de hermosuras meridionales hacia los cuales mostró siempre especial predilección. Después de residir dos años en París, en donde intimó con los representantes de las tendencias románticas, dióse á conocer como notable retratista, pintando, entre otros, el retrato del que más tarde fué emperador Guillermo I de Alemania. En 1867 se dirigió á Italia, y durante los seis años que permaneció en las poéticas y artísticas regiones de aquella península, halló en ellas inspiraciones sin cuento que se tradujeron en multitud de obras á cual más valiosas. El mar, sobre todo, cautivó al artista berlinés, pero no el mar que sirve de tema á la generalidad de los autores modernos, sino el mar que despertaba en él sus antiguos entusiasmos románticos, el mar que oculta entre sus ondas á las ondinas y á las nereidas, á las náyades y á las sirenas.

Sus cuadros *Loreley*, *Ave María*, *Noche en el golfo de Nápoles*, *Sueño de amor*, *El sueño del pescador* y en particular *Psyché y la mariposa*, cuyas bellezas pueden apreciar nuestros lectores en la reproducción que de él publicamos, son el encanto de inteligentes y aficionados y aseguran la inmortalidad al ilustre artista que falleció en 29 de junio de 1889.

ENTRADA DEL PRÍNCIPE DE VIANA EN BARCELONA (1461)
cuadro de Ramón Tusquets

Carlos de Aragón, más conocido con el título de príncipe de Viana, nació en Peñafiel en 1421. Poco después de muerta su madre, D.ª Blanca de Navarra, su padre, D. Juan II de Aragón, contrajo segundas nupcias con D.ª Juana Enríquez, hija del almirante de Castilla, siendo este enlace causa de grandes desdichas para el infortunado príncipe, y de no pocos disturbios y revueltas en el reino. D.ª Juana, envidiosa de la suerte de su hijastro, que por derecho había de ceñir algún día la corona aragonesa y que había heredado de su madre el reino de Navarra, no perdonó medio alguno para indisponerle con su padre, y tan bien consiguió su intento, que la historia del malogrado Carlos fué una no interrumpida serie de luchas y de persecuciones que no fueron bastantes á evitar, ni á aminorar siquiera, su bondadoso carácter y la humildad con que procedió en todas ocasiones. Contaba el príncipe cuarenta años y estaba en negociaciones para casarse con Isabel, hermana de Enrique IV de Castilla, cuando su padre, que deseaba á la infanta para su otro hijo Fernando, mandó encerrarle en un castillo de Lérida, en donde á la sazón ambos se encontraban. Los catalanes, en vista de tantos infortunios en el de Viana y de tanta infamia en Juan II, se sublevaron contra éste y le persiguieron hasta Fraga, y habiéndose propagado la rebelión por Navarra, Aragón, Valencia y Sicilia, el monarca, temeroso de perder su corona, puso en libertad al príncipe, que hizo su entrada triunfal en Barcelona el día 24 de junio en medio del mayor entusiasmo de la ciudad entera, y que á los pocos meses falleció según se cree envenenado por su pérfida madrastra.

Explicado, aunque forzosamente á grandes rasgos, este episodio de nuestra historia, se ve cuán acertado ha estado el Sr. Tusquets al pintar la entrada del príncipe en Barcelona. El desgraciado Carlos expresa maravillosamente en su abatido rostro y en la postura de su cuerpo, más que sentado caído sobre el caballo, los grandes sufrimientos de su alma y en los trompeteros, pajes, palafreneros y gente de la ciudad, desde la noble dama al plebeyo rapaz, se ve el entusiasmo, la alegría que les produce la presencia de aquel que tuvo siempre en los catalanes partidarios tan ardientes como cariñosos. Además, hay en el lienzo de nuestro renombrado paisano tanta vida, tanta verdad, tan perfecto conocimiento del hecho histórico y del carácter é indumentaria de la época en que éste ocurrió que, aun sin aquellas excepcionales cualidades, bastarían estas para colocar á la obra que nos ocupa en el número de las mejores producidas por el arte patrio contemporáneo.

EN EL BAÑO
cuadro de H. Siemiradzky, grabado por Bong

Los que comparen este cuadro con la *Cremación del cadáver de un caudillo idólatra en la Rusia oriental* que publicamos como suplemento artístico en el número 399 de la Ilustración Artística, comprenderán una vez más la verdad de lo que en tantas ocasiones hemos dicho, á saber: que para los pintores de genio la especialidad no existe y que les basta querer para producir bellísimas obras en los géneros más distintos.

Siemiradzky, que en el citado cuadro nos admiró por la grandiosidad del asunto, por lo complicado de la composición, por la pintura de pasiones propias de una edad y de un pueblo bárbaros y por la exuberancia de típicos y extraños accesorios, ahora nos cautiva con una escena sencilla, apacible, sobria en accesorios y en figuras, que se desarrolla en un rincón lleno de poesía y embellecido por todos los atractivos que la naturaleza ofrece en los privilegiados países del mediodía de Europa.

Examinando ese retirado sitio sombreado por frondosos árboles, se comprende que aquellas hermosas jóvenes lo hayan escogido para bañarse sin temor á miradas indiscretas; contemplando el lienzo se advierte en él tanta naturalidad y tanta vida que no parece sino que el pintor sorprendió aquel delicioso conjunto y por arte mágica lo trasladó instantáneamente á la tela, robando al paisaje sus bellezas y á las muchachas sus misteriosos encantos.

BAILARINA EGIPCIA, cuadro de L. C. Muller

En Egipto la danza está reservada exclusivamente á bailarinas de profesión y se reduce á ejercicios mímicos, excepción hecha de la danza del vientre, que con ser la más celebrada y la más difícil es indudablemente la que menos responde al carácter de la coreografía. Las bailarinas forman una casta especial y se dividen en dos clases, una de condición elevada, que sólo ejecuta sus trabajos en las casas principales y con ocasión de grandes solemnidades, y otra de mas baja estofa que luce sus habilidades delante de la gente del pueblo y en los sitios públicos.

A esta última pertenece la de nuestro grabado, que en una miserable cabaña adosada á un macizo de palmeras entretiene con sus extravagantes y voluptuosos movimientos al numeroso concurso que admirado la contempla.

El cuadro de Muller, como todos los de este pintor que reproducen escenas de la vida egipcia, tiene un color local que sólo puede reflejar el lienzo cuando el artista ha ido á inspirarse en los mismos lugares que trata de reproducir, y á estudiar sobre el terreno los tipos y las costumbres que quiere representar.

AVENTURA DEL PEJE Y DE LA SIRENA

I.

Suplico al magnánimo lector, y le suplico más cuanto más erudito sea, que me lea con la atención posible; pues si la gente indocta, por no decir ordinaria, niega las cosas más evidentes, no deben hacerlo aquellos á quienes no sorprenden los fenómenos de la naturaleza tan inagotables é imprevistos como la naturaleza misma.

La cocinera de mi casa, cuyo nombre es Tomasa, y que participa mucho de las incredulidades de su Santo patronímico, no puede persuadirse de que esta bola que se llama *La Tierra*, ande rodando por el espacio con vertiginosa rapidez, porque (lo que ella dice) «si así fuera se caerían al suelo todos los peroles de mi cocina.»

Pero notorio es que yo no escribo para gente menuda ó atrasada é incluyo en este último calificativo á muchos sabios de la antigüedad, que si ahora resucitasen, nada sabrían.

Porque afirmar Plinio y Eliano, y más traseramente el Padre Feijóo, que no ha habido hombres peces ó séase peces racionales, es lo mismo que suponer que no han existido los cerros de Ubeda y demás zarandajas. Pero, ya se ve...

Oye el que ignora, y aprende,
Pero con rebelde labio
El que presume de sabio
Rechaza lo que no entiende;

y estos versos me han venido como pedrada en ojo de... académico, para probar que los sabios de todos los tiempos han soltado al aire una retahila de axiomas basados en su ignorancia, como, por ejemplo, el siguiente:

«Ningún ser orgánico puede existir sin alimento y sin atmósfera»...

Pero ahora viéneseme á las mientes la razón filosiológica que me ha impulsado á llamar magnánimo al lector, siendo así que ignoro quién ó quiénes han de leerme; y cuenta que el tal calificativo no proviene de adulación, sino que es hijo legítimo de mi natural modestia, siendo además retrospectivo; pues el que me lea de pe á pa con las demás letras inclusives, no puede menos de ser magnánimo ó lo que es lo mismo grande de ánimo ó cosa así.

Pues como iba diciendo, el sapo vivo encontrado en el corazón de una piedra calcárea, cuando se derribó el palacio de Juliano el Apóstata, Prefecto de las Galias, cuyos restos (aludo á los del palacio) veíanse no hace muchos años en la Rue de la Harpe, en París; prueba por modo evidente que los animales no necesitan de las superfluidades del aire ni de la nutrición para existir siglos y siglos.

Y como el ser humano es síntesis de todos los seres y cosas de la creación de la tierra; hombres y mujeres, niños y niñas, y hasta sabios, pueden vivir, más latamente que los irracionales, en todos los lugares del planeta.

Y digo esto, no por andar á la greña con los sabios, sino porque si se les creyera, la historia acuática que voy á contar, resultaría agua chirle ó de borrajas.

II.

Que ha habido *pejes* es cosa probada en autoridad de cosa juzgada, y si no, no se diría de algunos sujetos:

¡Buen peje está Fulano!

Exclamación moral ó inmoral que proviene del hecho material y corpóreo de haber existido algunos racionales de temperamento tan linfático que han necesitado para explayarle remojarse continuamente en el mar.

En atención á los muchos incrédulos que existen hoy día, no me apoyo en los tiempos bíblicos, y hago caso mínimo de aquel pescador del mar de Tiberíades, que concluyó por establecer su permanente domicilio en las aguas, y que enamorado ó ganoso de demostrar su destreza en la natación, siguió al bajel trirreme de la Reina de Sabá cuando iba á presentarse á vistas á Salomón, y quedóse putrefacto no bien desembocó en el *mar muerto*.

Mis pruebas son mucho más recientes: están casi vivitas y coleando, puesto que no há mucho vivía y coleaba Francisco de la Vega, hijo extra natural de una moza de cántaro y de un gañán de hacha y capellina de Liérganes; el cual de la Vega, ó dicho con más puridad, del agua, tenía á ésta tal querencia, que pasábase en el mar los días en claro y las noches en turbio, hasta que acabó por acantonarse entre las olas.

Y así chapuzábase en el Océano sin dar cuenta de su remojadísima persona, hasta que temeroso de una ballena de las llamadas *esquimalis*, descarriada en el Cantábrico; dió con sus cuatro remos en el golfo de Nápoles... Aquí encaja también de molde otro pasavolante á los sabios de la hornada de biógrafos, que ya que no han podido negar la fe de vida del susodicho peje, hanla alterado lastimosamente haciendo de uno dos, como probaré inmediatamente. Porque *Pesce Colá*, ó séase Peje Nicolao, bufón marino del Rey Federico de Sicilia, que tanto se divertía con sus rabotadas de tritón, no es otro que el propio y mismísimo Francisco de la Vega, aunque los napolitanos, de suyo frívolos y pretensiosos, háyanle traducido al italiano, dándole por cuna á Catania.

Cosas son estas de eruditos someros, en las que no me detendré por no ofender la buena memoria del peje español, que no pudo protestar de ellas, porque no llegaron á sus húmedas regiones.

Entrar el peje en el golfo de Nápoles y sentir un cosquilleo particular, fué obra de un solo momento. Acostumbrado á las frialdades del Océano, trasporó en él ese *quid divinum* llamado fuego eléctrico, que es la conjunción del fuego y del agua. Chapuzóse en aquellas ondas cálidas con voluptuosidades de sátiro, y ofreció su torso á las caricias del sol con delectaciones íntimas. Y á fe que como estética nada perdió en ello, puesto que sus escamas plomizas tiñéronse de estrías solares, de prismas purpúreos y de cambiantes fosforescentes, sólo vistos en los peces ribereños á Deheli ó Cachemira; tanto, que como el agua por todos lados le servía de espejo, el peje, de tan galán, estuvo á punto de enamorarse de sí propio, á no haber sobrevenido lo que ahora diré.

Fué el caso, que el peje, para calmar los nuevos ardores de su espíritu, se sumergía en hondo muchas veces, y en una de estas fué visto por la Sirena...

III.

Si estuviéramos todavía en la grupa del tiempo como los sabios que también negaron la existencia de estas apreciables hembras músicas, quizá yo participase de tamaño error, pues hasta cierto momento histórico, las sirenas han podido pasar por lucubraciones homéricas. Ni Ulises ni nadie habíanlas visto, puesto que nunca se dejan ver, por razones de este tenor: cuales son, que tienen una cualidad moral y una debilidad física. Consiste la primera en su excesivo pudor que las veda mostrar el siempre desnudo y turgente seno; y he dicho excesivo, en atención á que las nodrizas pasiegas, y otras hembras que le tienen también exuberante y de gran subida, no se andan con tantos remilgos, y danle al aire sin recato. Junto esto á su natural propensión á constiparse apenas se elevan á flor de agua, hace que las sirenas nunca se asomen ni por asomo á la superficie del mar.

Por estos motivos nadie había podido verlas y los sabios no andaban descaminados al negar su existencia, hasta que la probó un caso excepcional; y fué el caso que una sirena retozona y menos que adolescente, del mar de Olissipo (hoy Lisboa) persiguiendo á una marsopla que revolaba sobre las aguas, salió á la cima de estas, y vista por unos pescadores, fué muerta de un flechazo y llevada á la corte del Emperador Tiberio. Desde entonces acá es ociosa toda duda, pues la sirena fué identificada por todo el pueblo romano, hasta que en tiempo de Pio IX, cuando los ejércitos católicos aliados bombardearon á Roma, pulverizóse de susto en el museo del Vaticano, en donde estaba momificada.

Dicho esto para que todos lleguemos convictos al fin de este relato, le prosigo diciendo: que cuando el peje se chapuzó en el mar, sus escamas, grandes, combadas y repujadas de sol hiciéronse tan traslúcidas é irradiaron un halo tan esplendoroso, que parecía que un astro de mayor cuantía habíase despeñado al golfo. Esto, naturalmente, llamó la atención de la Sirena, que vió al Peje.

¡Pobre Peje: nunca le hubiera visto!

IV.

Entonces oyóse un canto, hasta entonces nunca oído, compuesto de letra y de melopea.

Ni yo, ni ningún maestro en el contrapunto, podríamos explicar la susodicha melopea. Era una resonancia resultante del Objetivo universal de la vida, que es *el deseo*, en

la cual se suma toda ella. La armonía, repercutiendo en las capas de agua, hacíase tremante en el éter marino, y vibraba con la sonoridad del cristal golpeado. Pero si bien no puedo expresar la música, copiaré la letra al pie de la *idem*.

Decía así:

Ven á las olas:
Gozarás mis dulces amores
En islas de conchas y flores,
En grutas de ámbar y coral.
¡Oh! ¡ven, mi amado!
Donde el viento las aguas no altera;
Que en el fondo del mar te espera
Amor y placer inmortal.

Aunque esta letra difería de la usual metrificación española é italiana, labró hondo en el Peje que no estaba en situación de reparar en pelillos. Parecióle la cosa más maravillosa que había escuchado hasta entonces, no sólo por su bondad ingénita, sino por su origen; pues se originaba en unos labios sonrosados que graciosamente se movían. Además, veía de alto á bajo un rostro hermosísimo, un seno parecido al de la esposa del *Cantar de los cantares* y sobre todo unos ojos vivos é inmanentes que se clavaban en él.

El Peje, primero quedóse embobado, y tengo para mí que su arrobamiento no dimanaba de la dulzura de la música, sino del instrumento (con perdón sea dicho) que la producía. Notorios son los espejismos que el amor refleja en el espíritu, hasta el punto de crear perfecciones en donde no las hay, á más que en este caso habíalas regaladas en la Sirena; y por esto el Peje, después de su embeleso, dió una brazada como para irse á fondo, si bien luego se contuvo, ya diré porqué.

La Sirena rebullíase abajo, inquieta por el contra movimiento del Peje. No subía ella á él, no precisamente por el natural remilgo de hembra, sino porque en las primeras zonas del mar no podía poner en práctica sus designios, que también diré cuáles eran.

El Peje, con unos cuantos vigorosos empujes alejóse de allí.

Era de ver á la Sirena con el *delirium tremens* del despecho, y más cuando en otras dos distintas ocasiones se repitió la misma contingencia.

¿Por qué huía el Peje?

Adivinólo la Sirena quizá antes que el magnánimo lector, y trató de remediar el fracaso.

Ciñóse un faldellín tejido apresuradamente de baba de caracol, pero como no resultase bastante tupido, se sobrepuso una drulleta de sutiles escamas de peces lunas; todo esto muy amplio, de suerte que la cola servíala de *polisón*, con lo que resultó pintiparada á una damisela de los *boulevares* de París; y de tal guisa ataviada, buscó y topóse con el Peje.

La vió éste y perdió los estribos, es decir la facultad de huir de ella, porque la muy ladina hizo lo que todas las hembras han hecho, hacen y harán hasta la consumación de los siglos, que es ocultar las macas y mistificar las apariencias. Sabido es que la Sirena, como muchas cosas del mundo, comienza bien y acaba mal; quiero decir que principia en un precioso palmito y seno de mujer y acaba en una cola dura, empavonada y sin expresión.

Mientras el Peje vió este feo remate resistió al encanto de las partes superiores. A cada rabotada de la Sirena perdía él una ilusión, lo cual prueba que el amor vive de los ojos y no del corazón, como dicen los poetas.

Tapado el apéndice resultó la Sirena irresistible; pues sucedióle al Peje lo que al común de los hombres con las mujeres, que no se fijan más que en las cosas aparentes y exteriores, dando de barato que las íntimas ú ocultas, son ó deben ser acabadas y perfectas; teniendo en cuenta además que el hombre es un bobalicón que desea que le engañen.

Añádase á esto el instinto de la hembra, que sabe que va labrando en el corazón ajeno, lo cual fortifica el empuje de sus acometidas, y nadie extrañará que esta vez fuese el cantar de la Sirena doblemente meloso y embaucador.

Ven á las olas,
Gozarás mis dulces amores....

decía el ritmo vocal con instrumentación acuática, y lo decía con entonación tan tierna y con *jipíos* tan hondos, que el pobre Peje, sintiéndose embelesado, se tiró á fondo.

V

El Gran Federico de Nápoles y todos sus vasallos desde la Playa de la Margelina hasta Catania, no topaban la causa de la desaparición del Peje. Unos suponíanle ahogado en las bravas corrientes que se chocan entre Scila y Caribdis, en donde solía pescar cangrejos azules; opinaban otros que Nicolao ó sea Francisco, sintiendo la nostalgia del Océano, habíase pasado á este mar; pero la creencia más general y por consiguiente la más errónea, fué que el Peje sirvió de pasto á una tintorera, que apareció fenomenalmente en el Golfo napolitano.

Así se escribe la Historia, pues la inocente hembra de tiburón, fué tan ajena como yo á este desavío, pero lo cierto es que el Peje, por muerto ó por ido, fué olvidado, y que aquí terminaría lo poco que de él se sabe, á no haber mediado una casualidad providencial. Aun así se pone de manifiesto la poca consistencia de los sabios y eruditos en sus investigaciones, que con tanto desempolvar archivos, no han sabido llegar á la Biblioteca ducal de la ciudad de Walz, en el Estado alemán de Storningen Walz. Allí, en la 2.ª tabla del estante 23 de la Sala 4.ª del piso 1.º de la susodicha biblioteca, hubieran encontrado un volumen, de los llamados Elzevir, titulado: *Memorias marítimas del Príncipe de Storningen-Walz*, en donde se refieren las postrimerías del Peje anfibio de español é italiano.



EL NIÑO Y LA CIGÜEÑA, dibujo de C. Froschl

Pero antes de pasar adelante, bueno es que se sepa quién era el tal príncipe, que era nada menos que heredero de su padre el Gran Duque soberano de Storningen-Walz. Como ni el padre ni el hijo tenían mucho que hacer para gobernar á sus escasos vasallos, que sólo se ocupaban en beber cerveza y labrar los campos, dedicábanse aquéllos á ocupaciones científicas. Era el primero, ó sea el Gran Duque, un botánico distinguido, y á él se debe la clasificación de las plantas en paníceas, festucáceas, júnceas, hemerocalídeas, musáceas, orquídeas, balanofóreas, mirabolóneas y papaveráceas; nombres clarísimos, que si bien parecen lo que comunmente llámase una *papa*, han servido de mucho en las investigaciones de la naturaleza. En cuanto al príncipe, aun cuando el Estado de su padre radicaba en tierra firme, consagróse á viajes y estudios marítimos, que le costaron la vida, puesto que la impresión de ver agua continuamente, produjole una hidrotorax, de la que murió joven y doncel.

Pues dice este príncipe en sus *memorias*, que hallándose en una ocasión recorriendo las costas de Nápoles, quiso observar de cerca el acantilado de Ischia, que está frente á la isla del mismo nombre, cuatro leguas mar adentro. Mandó enderezar el rumbo, y cuando estaban á pocas brazas, oyeron unos lamentos semejantes á berridos, que sobresaltaron la curiosidad de toda la tripulación.

Pero dejo hablar al Príncipe:

«Cuando arribamos – dice – y tomamos suelo en una reducida planicie que hay en el acantilado, topámonos con un ser de figura humana, pero tan contrahecho que no le conociera la madre que le había parido. Tenía el hueso sacro clavado á una peña, sin duda para conservar el equilibrio, y todo su cuerpo estaba cubierto de pústulas sanguinolentas. Como pudo nos dijo quién era, que no era otro que *Pesce Colá* ó *Nicolao*, dado por desaparecido ó muerto. Dijonos también la causa de su malaventura, que es una de las cosas más curiosas de las cosas del mar, con ser tantas.

»He aquí sus palabras prorrumpidas entre gemidos é improperios:

«Atraído por aquella maldita engendro, dejéme caer siguiéndola al fondo del mar, y en vez de encontrarme en las islas de conchas y flores y en las grutas de ámbar y coral, prometidas en la canturia, halléme enredado en unas plantas pulposas, que ciñendo á mi cuerpo sus tentáculos, me sujetaron por completo. No bien vime en tal estado, se aproximó á mí la mala hembra de la Sirena, seguida de otras muchas de su ralea, que me rodearon con bara unda, chacota y risas á revienta carrillos... ¡Quién sabe hasta dónde llega la maldad de la hembra y la sandez del hombre! Parecía desearme aquella bribona y ¿sabéis lo que deseaba con pueril codicia que la arrastró hasta martirizarme? pues fueron mis escamas recias y consistentes del Cantábrico, pulidas y tocadas del sol del Golfo. Aquellas ladronas en cuadrilla, fuéronme descamando desde la nuca hasta los carcañales, dejándome en carnes vivas y agujereado, y hecho esto, á mis mismas barbas, *super escamas meas miserunt sortes*...»

Aquí hay una nota extensa del Príncipe de Storningen-Walz, en la que no se da cuenta y se admira de que el Peje, tan ensimismado en el agua, supiese latín hasta el punto de recordar las sentidas palabras del Calvario.

Pero volvamos al Peje que prosigue diciendo:

«Cuando consumaron su expolio ó el mío, alejáronse en tumulto, y yo quedéme maltrecho y berreando. Pugné por desasirme de mis ligamentos, y lo conseguí, porque el dolor me dió empuje, y sintiéndome libre, traté de buscar el mar alto; pero nadaba con dificultad, pues no hallaba consistencia en el agua que se filtraba en mí como por un cedazo, y cuya parte salitrosa me producía vivos dolores en mis abiertas llagas. Conseguílo por fin y tomé pie en este acantilado. La brisa de la mañana me dió algún alivio y... *Ecce Peje.*»

VI

Terminado este coloquio, quiso el Príncipe prestar auxilios al descascarado Peje, pero fué el caso que éste comenzó de repente á soltar más estrepitosos alaridos acompañados de aspavientos convulsos, motivados en la siguiente causa: eran las siete de la mañana de una de mayo, y en punto á esta hora traspuso el sol un enorme peñasco que había hacia la zona oriental del acantilado, y extendióse por la explanada en donde se hallaban todos. A esta hora y en la estación de primavera, el sol napolitano pica ya como una guindilla manchega, y picóle al Peje de tal guisa en sus heridas que obligóle á rebrincar delirando... Al llegar á este punto declino mi responsabilidad en el Príncipe de Storningen-Walz, y no sé á qué atenerme, por las razones que diré.

El Príncipe tiene fama de veraz y escrupuloso entre los eruditos que han leído sus *memorias marítimas*. Sus exploraciones de las Bocas de Bonifacio en la región de Spitzberg son de rigurosa exactitud, así como también sus estudios costeros del mar de Sicilia; pero con esto y á pesar de esto, dice tales cosas con referencia á su plática con el Peje, que yo sólo me atrevo á dudar de ellas.

Porque pase que el Peje pudiese haber proferido la frase latina, antes mencionada, en atención á que Francisco de la Vega, si bien hijo de un destripa terrones, fué nieto de un sacristán, y algo se le pegaría de su abuelo antes de domiciliarse por completo en el mar; pero pensar que un peje que pasó su edad florida en el agua, lejos de profesores, bedeles y toda clase de libros, pudiera expresarse tan hondo y alambicado como dice el Príncipe, es pensar en las Batuecas. Yo tengo para mí que éste quiso bordar su relato con algunos adornos de su cosecha. Ahora, y salva la parte, ahí va lo que dijo el Peje, en tono propio de orate:

«Ese es el misterio: el mal encadenándose al origen de la vida, que es la hembra, de la que ha nacido la creencia en los demonios. San Ambrosio dice que toda hembra al nacer nace con mil doscientos diablos pegados á su cuerpo, que van multiplicándose por mil doscientos en cada año que aquélla avanza en la vida. El primer eslabón de la cadena del hombre empieza en Eva, y pasando por toda clase de hembras, terminará en la madre del Antecristo, que no será hijo de espíritu foleto, íncubo, súcubo, trasgo ó demonio, sino de mujer. Y cuenta que le llamo *Ante* y no *Anti*, como pretenden algunos, porque no es *contrario*, y sí precursor, no del Cristo Redentor que ya ha venido, sino del Cristo Juez que ha de venir á juzgar á los vivos y á los muertos.

»El primer hombre fué el primer culpable y la primera víctima...»

Aquí vuelvo á interrumpir las palabras atribuídas al Peje, pues aunque resucitara el Príncipe de Storningen-Walz, y puesto en cruz ó á la coxcojita me jurase que eran verdaderas, yo no las creería; y si las consigno es á beneficio de inventario que pueda hacer de ellas la gente docta y escudriñadora.

Pues dice que dijo el Peje:

«El primer hombre fué el primer culpable y la primera víctima en el punto en que quiso dilatar la sensación de la vida al infinito, sacándola de su propio ser en que estaba absorbida. Gozaba con claridad de todas sus emociones, porque las extendía á todas partes abarcando los secretos de la creación desde la titilación del astro, hasta la elaboración del hongo; pero *rebelde del amor*, como Luzbel lo había sido *del orgullo*, quiso materializar su espíritu, creó la hembra y... *Cataplúm*...»

No pudo el Peje explanar su pensamiento. Agitóse de pronto con movimientos convulsivos, porque la comezón que el sol, cada vez más activo, producía en sus llagas púsole fuera de sí.

Soltó un grito que dicen que sobresaltó á los pescadores de la isla de Prócida, y que atronó por más cercano al Príncipe y á los marineros que le acompañaban, y luego, desprendiendo el hueso sacro del peñón en que le tenía clavado, ganó de dos rebotes el borde del acantilado, exclamando:

«¡Prefiero el tormento de la sal al tormento del sol!»

Y tiróse al mar de cabeza.

Pero antes dice el Príncipe que también prorrumpió el



PSYCHÉ Y LA MARIPOSA, cuadro de Guillermo Kray



ENTRADA DEL PRÍNCIPE DE VIANA EN BARCELONA (1461), cuadro de D. Ramón Tusquets

Peje en los siguientes versos que le acreditan de superno poeta, y que, por lo agudos, claváronse en la memoria de Su Alteza:

Que al verme nadie se queje
De su miserable estado;
Antes era yo un buen peje
Y hoy me encuentro descamado
Y partido por el eje;
Que mientras haya sirenas,
Que sepan ó no nadar,
Sufrirá el hombre estas penas,
Bien del suelo en las arenas,
Bien en las olas del mar.

F. MORENO GODINO

UN CUENTO DE MI NIÑERA

(Conclusión)

– Yo, interrumpió la más pequeña, oí tan bárbara orden, la comuniqué á mis hermanas y huimos de la corte. Ya hace tres años que vivimos en esta casita adonde nos encaminó una hada protectora de todos los desdichados, la cual nos concedió también el don de convertirnos en paloma. Merced á esta facultad de cambiar de forma nos procuramos lo necesario para la vida. Muy lejos de aquí existe un río ignorado de todo el mundo, cuyas arenas son de oro. Nuestro rápido vuelo nos permite llegar al río en muy poco tiempo. Cogemos con nuestros picos unas arenitas de oro que después vendemos. Nada pues te faltará á nuestro lado. Eramos siete, desde hoy seremos ocho.

Después las siete niñas acercáronse á Roberto y una tras otra dijeron dándole un abrazo y estampando un beso en su frente:

– Hermanito, bien venido seas á la casa de las princesitas palomas.

Transcurrieron dos años.

Una noche la cruel madrastra de Roberto soñó que éste no había muerto.

Asustada fué á preguntar á una bruja á quien ella conocía, si su sueño era cierto.

Por boca de la bruja supo que su escudero la había engañado, que Roberto vivía y el sitio en que se hallaba.

Desde entonces no tuvo un momento de reposo y no cesó de pensar, hasta que por fin halló un medio que para siempre la librara del odiado Roberto.

Se disfrazó de vendedora de puntillas y encajes y se encaminó hacia la casita de las siete princesas.

Sabiendo por la bruja que las niñas tenían la facultad de trasformarse en palomas, esperó el día en que éstas habían de ir al río en busca de las arenitas de oro, y cuando las vió salir entró en la casa.

Roberto tenía un defecto, era algo vanidosillo.

La astuta madrastra, conociendo su defecto comenzó por halagarlo.

– Joven, el más hermoso de la tierra, dijo, ¿quieres comprarme un espejito en el cual puedas contemplar esos tus ojos más hermosos y brillantes que el mismo sol, ese tu nacarado cutis, tus labios de coral, tus dientes de perlas y tu negra rizada y abundante cabellera?

– ¿Para qué quiero espejo? contestó Roberto. ¿Qué mejor espejo que el que me dan las aguas del cercano arroyo?

– Tan discreto eres como hermoso; razón tienes, el espejo que te ofrezco es mezquino é indigno de reflejar tu imagen, pero si yo misma reconozco que debes despreciar el espejo que te ofrecí, también reconozco que entre mis mercancías hay alguna que de perlas te sentaría. Mira qué hermosa gola: ¡cuán hermoso estarías si con ella adornaras tu cuello!

La vanidad se apoderó de Roberto. Miró la gola y dijo con tristeza:

– Muy linda es, pero no tengo dinero para comprarla.

– Tanto me admira tu hermosura que te la ofrezco si me concedes lo que voy á pedirte.

– Pero si nada puedo darte, replicó Roberto.

– Déjame que te la coloque y tuya es la gola.

Roberto cedió al deseo de verse tan engalanado y peripuesto.

La madrastra entonces fué á colocarle la gola y con ella le apretó tanto la garganta, que el rostro de Roberto púsose rojo primero, amoratado después, hasta que el vanidoso joven cayó desvanecido al suelo.

La madrastra, creyéndole muerto, huyó precipitadamente.

Momentos después llegaron á la casita las hijas desdichadas del rey del Liliput.

Al ver á Roberto tendido en el suelo, lanzaron todas un grito de dolor.

Se acercaron á él, vieron que lo que le ahogaba era la gola y la cortaron.

Roberto volvió á la vida después de cariñosos cuidados que le prodigaron sus hermanitas, como las llamaba.

Las princesitas le dijeron, cuando él les hubo contado lo que le había ocurrido:

– Eso te enseñará á no ser fatuo y á desconfiar de quien no conozcas. La que tomaste por vendedora de espejitos, cintas y golas, era tu madrastra que supo que vivías aquí y se disfrazó para darte muerte. Ahora ya estás advertido: en adelante no dejes entrar á nadie cuando no estemos nosotras.

Algunos meses más pasaron: la condesa volvió á tener el mismo sueño; por segunda vez acudió á la bruja y nuevamente comenzó á idear un medio para dar muerte á Roberto.

Su maldad no la sugirió medio alguno. Quería emplear la astucia, pero la impaciencia y la envidia embotaban su inteligencia y no vió más medio que acudir á la fuerza.

Llamó á dos de sus servidores, y les ofreció grandes riquezas si la acompañaban á la casita en que vivía Roberto y le daban muerte ante sus ojos.

Movidos por la codicia cedieron los servidores y acompañando á la infame madrastra encamináronse hacia la casita en que habitaba Roberto.

Cómo la vez pasada, salieron las palomas en busca de sus arenas de oro. Cuando hubieron salido, uno de los servidores llamó con el pomo de su puñal á la puerta de la casa. Nadie contestó.

Roberto, escarmentado por lo que le había pasado cuando el lance de la gola, á nadie abría. Los escuderos entonces forzaron la puerta, entraron en la casa, fueron en busca de Roberto y éste vió con terror y espanto á su madrastra que con los ojos inyectados en sangre gritaba con voz que más que voz era un rugido de hiena que olfatea la sangre:

– Al fin, vas á morir: por esta vez no te salvarán las princesitas palomas. Sujetadle, dijo á sus servidores; quiero yo misma clavarle un puñal en el corazón.

Los servidores obedecieron la orden; arrojaron al suelo al desdichado Roberto, le sujetaron fuertemente y entonces la condesa se abalanzó sobre él, como un tigre sobre su presa, y con una rabia del infierno le clavó un puñal en el pecho.

Revolvió después el arma en la herida y no se cansó de apretar hasta que la caliente sangre salpicó su rostro que en aquel momento no era rostro de mujer, sino de furia del averno.

Roberto lanzó el último suspiro.

La condesa entonces se levantó y dijo:

– Ya no robarás á mi hijo el título de señor de Altesaní y conde de Brián.

Alejóse de aquel lugar y sin sentir remordimiento se dirigió hacia su castillo.

Algunas horas después volvían las diminutas princesas á su casita.

Imposible es describir su desesperación al ver el cadáver de Roberto.

Quisieron arrancar de la herida el puñal y no pudieron; las fuerzas reunidas de todas no lo lograron. Entonces pensaron dar á su hermanito sepultura digna de él.

Recogieron muchas arenas de oro, las fundieron y con ellas hicieron una caja, que cubrieron con una tapa de cristal, y en ella encerraron el cuerpo de Roberto.

Entre todas le llevaron al pie de una montaña próxima y en una cueva de estalactitas, que parecían mazorcas de brillantes, depositaron aquellos queridos restos.

Después plantaron al rededor de la caja y á la entrada de la cueva rosales, pensamientos, azucenas, lirios y las más bellas y extrañas plantas, que por milagro de la naturaleza crecían todas y daban abundantes flores de embriagadores perfumes y de brillantes colores.

Decidieron no dejar nunca solo el cadáver, y desde aquel día turnaban las siete hermanas y cuidaban del cadáver de su hermano.

Ernestina la condesa, tres días después de aquel en que había asesinado á su hijastro fuése en busca de la bruja malvada y le preguntó si estaba bien muerto el odiado Roberto.

– Sí y nó, fué la única contestación que pudo obtener de la bruja.

Pasó algún tiempo.

Una tarde la hermana mayor de las siete princesas hallábase vigilando el cadáver de Roberto.

Emilina, que así se llamaba la mayor de las hermanas, había amado á Roberto con un cariño distinto del fraternal.

Mirando el hermoso rostro del que ya no respiraba, decía Emilina:

– ¡Ay, Dios que todo lo puedes! ¿por qué no haces un milagro y le vuelves á la vida?

Apenas hubo dicho estas palabras, oyó una voz extraña y dulcísima que decía:

– Los cielos han dispuesto que Roberto vuelva á la vida el día en que su hermano, el hijo de la que le asesinó, arranque de su herida el puñal que aun en su pecho está clavado y que nadie sino su hermano podrá sacar. Busca el medio de que eso suceda y resucitará Roberto y resucitará amándote.

Calló la voz y Emilina quedóse pensativa.

Si pequeña era de cuerpo, era grande de alma, y decidió que Roberto volviera á la vida.

Para realizar su deseo, nada había que pudiera atemorizarla ni detenerla. ¿Qué podrá detener á una mujer que ama?

Concibió un proyecto y en seguida comenzó á ponerlo en práctica.

Era preciso que el hermano de Roberto la amara. Sola, partió en dirección al castillo de Brián.

Llegó á él en cierta noche en que se había desencadenado una furiosa tempestad y pidió hospitalidad diciendo que unos bandidos después de robarles habían matado á su padre y se disponían á hacer lo mismo con ella cuando sobrevino la tempestad, y los bandidos creyendo oir en el trueno la voz de Dios que se irritaba por su crimen, habían huido despavoridos dejándola abandonada.

Compadecido el conde, recogió á la princesita y así logró ésta entrar en el castillo.

¿Qué mujer, cuando es tan linda como lo era Emilina, no logra hacerse amar de un hombre, si á su belleza se agregan los dones de una inteligencia despierta y clarísima?

Emilina desplegó todas sus gracias, recurrió hasta á emplear la coquetería, y Sancho, que así se llamaba el hijo de Ernestina, cayó en el lazo que le tendían y la amó con todo el fuego de su alma.

Como buen enamorado no se decidía á declarar su amor.

La impaciencia comenzaba á apoderarse de Emilina.

Por fin un día se decidió Sancho y dijo á Emilina lo que su corazón guardaba.

La princesita, pidiendo con el pensamiento perdón á Dios por la mentira que iba á decir, fingió sentir amor á Sancho. Este al creerse amado dijo:

– ¡Oh Emilina! ¡qué felices vamos á ser! Pronto, muy pronto serás mía.

– No tan pronto, replicó ésta. Cuando nací, un mago leyó en los astros mi horóscopo y dijo que no podría casarme sino con aquel que hiciera lo que los astros ordenan.

– ¿Y qué es ello? preguntó Sancho; por imposible que sea, yo he de hacerlo.

– Has de venir conmigo y arrancar del pecho de un cadáver, que yo sola sé dónde está, un puñal que tiene clavado y que nadie pudo arrancar.

– Yo lo arrancaré y una montaña arrancara de la tierra si fuera preciso para alcanzar tu amor.

Partieron Emilina y Sancho sin que nadie les viera salir del castillo.

Al cabo de varios días de andar y andar, llegaron á la cueva en que estaba el cadáver de Roberto.

Sin esfuerzo ninguno arrancó Sancho el puñal que clavó su madre y en el instante volvió Roberto á la vida.

Preguntóle Sancho quién era y entonces Roberto refirió su historia callando el nombre de su padre y el de su madrastra.

Cuando hubo terminado preguntó Sancho:

– ¿Cómo se llama esa mujer infame que te dió muerte?

Díjolo Roberto y al oirlo Sancho gritó: – ¡Mi madre! ¡mi madre! Yo te vengaré, hermano, yo seré la mano que castigue. – Y olvidando su pasión por Emilina echó á correr desapareciendo en un instante de la vista de Roberto y Emilina.

Corrió y corrió sin descanso, y cuando llegó á la puerta del castillo de Brián, vió que llevaba en su mano derecha el puñal que había arrancado del pecho de su hermano.

Entró en el castillo; en su camarín encontró á la condesa y al verla dijo:

– ¿Conoces este puñal? Pues ven á arrancarlo de mi pecho, como yo lo arranqué del pecho de mi hermano en donde tú lo clavaste. Y diciendo esto clavóse el puñal y cayó muerto á los pies de su madre.

Después es fácil adivinar lo que pasó.

Murió la condesa.

Emilina se casó con Roberto y... este cuento se acabó.

. . . .

Con estas ó parecidas palabras me refirió Anselma lo que acabo de transcribir.

Cuando hubo terminado, guardé yo silencio por un momento. Después dije:

– ¡Ay, qué malas son las madrastras! Dí, Anselma, ¿podré yo tener madrastra?

– Desgraciadamente sí, me contestó ésta, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Sin comprender lo que decía, es decir, que mi madre acababa de morir, rompí á llorar estrepitosamente, de miedo, y al ver que Anselma lloraba.

Mi padre entró entonces en el cuarto en que nos hallábamos y dirigiéndose á Anselma dijo:

– Desde ese cuarto he oído el cuento. Por su boca de usted ha hablado el cielo; gracias, Anselma.

Después mientras secaba mis lágrimas: – No llores, hijo mío, yo te juro que no tendrás madrastra.

Mi padre cumplió su juramento.

RAFAEL M. LIERN.

TRAPOS VIEJOS

¿Quién había de decir á nuestros primeros padres que la hoja legendaria con que cubrieran su desnudez y las pieles de zamarro con que ellos y sus hijos se abrigaron, para evitar las inclemencias del cielo, habrían de convertirse, andando los tiempos, en tantas, tan variadas, ricas y hasta maravillosas telas, y que ellas habrían de causar tales quebraderos de cabeza á sus sucesores?

Pasemos por alto y dejemos á más profundos investigadores, buscar el origen de aquellos tejidos y lienzos preciosos, del color rojo del jacinto, de que hablan las escrituras santas; olvidemos la púrpura de Tiro, teñida con la sangre del múrice, y demos de barato las costosas telas de la Sérica, que para su adorno hacían venir de tan lejanos países las fastuosas matronas y emperatrices romanas.

Pero entretendremos el ocio presentando algunas muestras de telas usadas en nuestra España, allá por el siglo XVII, labradas unas en el país, que podían competir con las mejores en su clase de otros extranjeros, entonces no tan aventajados sobre el nuestro, y traídas varias de puntos diversos.

Aquellas damas, que con tanto boato se vestían en sus saraos, ó para lucir en el Prado ó calle Mayor de la corte; los caballeros, en especial los *lindos*, que acudían á las mismas estaciones, y hasta las dueñas y mozas del *vedrio*,

como llamaron á las maritornes, usaron y lucieron telas, cuyos nombres hoy casi desconocemos, y desde luego son muy diferentes de las que ha tomado la moderna industria para el mismo efecto.

Aun de tan dilatado abolengo han llegado á nuestros tiempos el *sayal*, la *jerga* y la *bayeta*, telas de tejido basto de lana, señal en quien las usaba ó de no sobrados recursos ó de luto y tristeza.

Viudos y viudas, era de rigor que usasen de bayeta *monjiles* y *capuces*, prendas las primeras para la mujer, y las segundas para el hombre.

El monjil, como su nombre lo indica, era un vestido semejante á un hábito monacal, que completaban las tocas y el manto.

Al triste motivo de su empleo aludió Quevedo, cuando de la bayeta dijo que era:

. . . . . sepulturera
Y gala de los finados,
Peor si la traen por mí
Que si por otro la traigo,
. . . .
Hojaldre del ataúd,
Todo pésames y llantos.

Por eso también, refiriéndose á que era tela usada por gente pelona y de poco dinero, la llamó

Capa negra del ahorro
Y gravedad de guiñapos.

Los viudos, para demostrar su dolor, tenían que vestir el *capuz*, que era á manera de una capa rozagante con capucha. *Doblar el capuz*, decíase metafóricamente á quitarse el luto, porque entonces doblaban y guardaban aquel triste vestido.

Así el festivo Quevedo decía de uno, ya dos veces viudo, que trataba de casarse de nuevo, contando con enviudar presto la vez tercera, «que fiado con su mala condición y endemoniada vida, piensa *doblar el capuz* por poco tiempo (1).»

En verso hacía decir á otro, que había tomado como á destajo el casarse, enviudar y volver á casarse:

Siete veces fuí casado,
Siete *capuces* he roto,
Y me siento tan marido
Que pienso ponerme el ocho (2).

Pero las viudas jóvenes, las que aspiraban á encender otra vez la antorcha de Himeneo, trocaban la bayeta burda en crujiente *gorgorán*, que era otra tela de lana con cordoncillo, habiéndola también de seda, y de estas viudas era aquella de la comedia de Tirso, que trocaba

En *gorgorán* la *bayeta*,
Porque el peso la hace mal (3).

Entre las *estofas* (4) baratas, había dos económicas, y que, aludiendo á su mucha duración, habían recibido los nombres de *sempiterna* y *perpetuán*.

Un personaje de un entremés de Quiñones dice festivamente, refiriéndose á una suegra y una tía, medio inmortales:

Si os queréis vestir de dura
De estas dos *telas* sacad,
Que la suegra es *sempiterna*
Y la tía *perpetuán* (5).

Y en otro entremés se dice de un marido muy posma, que:

A poderse *vestir* de una visita
Paréceme que fuera gala eterna,
Y se llamara tela *sempiterna* (6).

Para forros y otros empleos semejantes, gastábase, ya el burdo *angeo*, hecho de estopa, ya el *fustán* ó el *bocací*. Este habíalo de varios colores, era con lustre, parecido á lo que ahora llaman *percalina*. Uno de los estudiantes con quienes topó D. Quijote luego de dejar el pueblo de D. Diego de Miranda, llevaba su escaso equipaje envuelto en un lienzo de *bocací verde*.

El de color negro, que era el más común, gastábase muy especialmente para túnicas de disciplinantes, que eran aquellos que por devoción, y aun más por ridícula, sino impía, vanagloria, iban en las procesiones desnudos de medio cuerpo arriba, dándose disciplinazos en las mondas espaldas, hasta hacer brotar la sangre. Esto había quien lo hacía por agradar á su dama y á petición suya. ¡A tanto pueden llegar las aberraciones!

Ridiculizando como merecía este desatino, decía Quevedo, por boca de un galán marrajo:

Penitencia me mandó
Que hiciera el divino dueño
Por quien, de Dios olvidado,
Sólo de mi mal me acuerdo.
Dice que gustara mucho
De verme en *bocací negro*
. . . .
Me diese diez mil azotes
Con buena túnica y recios,
. . . .
Y en galeras me los den
Si yo en pegármelos pienso.

Entre las telas blancas usadas para tocas, enaguas y golillas estaban las llamadas *chicha y nabo*, de la que dijo Quevedo que «tenía humos de olla casera,» la *beatilla*, para fregatrices y busconas del baratillo, el *caniquí*, el *ruán* ya más fina, y sobre todo el *cambray* y la *holanda*, debiendo estas tres últimas sus nombres á las ciudades y países de donde procedían.



EN EL BAÑO, cuadro de H. Siemiradzky, grabado por Bong

El *picote* era asimismo tela de escasa valía, como que solía venderse á uno ó dos reales vara; así una comedianta de aquel tiempo decía de otra que, para cantar, tenía

Una voz baratillo
Como *picote de á real* (7).

De esta modesta tela solían vestir hábito las que deseaban hacer penitencia, y así en la *Dorotea* de Lope de Vega, dice Gerarda que aquella hermosa dama, por promesa, traía un *hábito de picote*, cuando solía arrastrar *Milanes* y *Nápoles*, refiriéndose á los *brocados* y *terciopelos* que labraban en aquellas ciudades italianas.

Dos ciudades españolas tenían entonces fama de producir excelentes paños, y eran Cuenca y Segovia. Célebres se hicieron también los operarios que en sus fábricas trabajaban, y por antonomasia se llamó á los *pelaires* ó cardadores *la gente de la carda*, que dejó bien sentada la nombradía del famoso *Azoguejo* de Segovia, barrio que, en punto á las aventuras de picaranzona, competía con los *Percheles* de Málaga, el *Compás* de Sevilla y la *Rondilla* de Granada, así que el tantas veces citado Quevedo, dijo de los *mancebitos de la carda* que eran:

Matadores, como triunfos,
Gente de la vida hosca,
Más pendencieros que suegras,
Más habladores que monjas.

Entre los pasajeros de la venta que mantearon al desdichado Sancho Panza, estaban cuatro *pelaires de Segovia*, que como los agujeros del potro de Córdoba y los vecinos de la heria de Sevilla, eran *gente alegre, bien intencionada, maleante y juguetona*, al decir del manco de Lepanto.

En Cuenca se labraba el paño que, por su origen, se llamó *palmilla de Cuenca*, y aunque lo había de varios colores, tenía renombre la palmilla azul.

Empleábanlo las mujeres para *manteos* ó *basquiñas*, y así la vieja Gerarda, en la *Dorotea* de Lope, pide á don Bela que le regale un manteo de *frisa* ó de *palmilla*.

De la palmilla roja habla Tirso de Molina, cuando en su comedia *El rey Don Pedro en Madrid*, dice Elvira:

De *palmilla carmesí*
Sayuelo y basquiña saco,
Que los tiñó la vergüenza
De competir con mis labios.
(Act. 1.º, esc. III.)

De la *palmilla verde* hizo mención Cervantes, cuando dijo que la hermosa Quiteria, al ir á casarse con el rico Camacho, vestía, no aquel paño, sino *terciopelo de treinta pelos*.

Segovia cobró renombre con su encarecido paño *limiste*, y entre todos los fabricantes distinguióse *Meléndez*, cuya marca ostentaban los tercios en sellos de plomo, *arremetiéndose á bula*, según el mencionado escritor satírico.

Había limiste de Meléndez que se pagaba á *diez ducados* la vara, y solamente se atrevía á competir con el celebrado *refino*, que así era también llamado por excelencia, el *paño de Londres*.

En *El Donado hablador*, se dice que cuando se quería mencionar un buen paño se nombraba el de Londres, ó el buen *refino negro* de Segovia, «por labrarse en ella los mejores paños que se fabrican en España» *(cap. V)*.

Aquí mencionaré la *raja*, tela asimismo de lana, que se labraba también en Segovia y servía para trajes de hombre: la más estimada era la *raja de Florencia*, sin embargo de que tenía el inconveniente de que la manchaba el agua ó

Que en ofenderse del agua
Remedaba á los borrachos,

como también dijo Quevedo. Por cierto que el licenciado

(1) *El mundo por de dentro.*
(2) Romance que principia: «La que hubiere menester, etc.»
(3) D.ª Bernarda, en *Por el sótano y el torno.*
(4) La palabra *estofa*, sinónima de tela, también usada, parecería hoy galicismo flagrante. Sin embargo, en artes se llama *estofado* el vestido de las imágenes de madera, cuando el escultor imita las labores y bordados en colores y oro y plata de las telas, dándoles cierto realce, como hacían los imagineros antiguos.
(5) En *La visita de la cárcel.*
(6) En *El marido flemático.*

(7) Quiñones de Benavente. *Jácara* escrita para el comediante Bartolomé Romero.



BAILARINA EGIPCIA, cuadro de L. C. Muller

Pero Pérez, en el escrutinio de la librería de D. Quijote, decía irónicamente que preciaba más haber hallado *Los diez libros de Fortuna de amor*, de Antonio de lo Fraso, poeta sardo, que si le dieran *una sotana de raja de Florencia*.

Pero habré de hacer caso omiso de la *capichola*, el *burato*, la *anasaya*, el *paño de Baeza*; el llamado *pardo* y otras telas de lana, para hablar, aunque rápidamente, de algunos tejidos de seda y otros con urdimbre de plata y oro.

En primer lugar campea el *brocado*, en cuya exquisita labor Milán llevaba la palma; debía su nombre á las *brocas* ó rodajuelas en que se colocaban los hilos y torzales de oro y plata de que se hacía. El más estimado era el de *tres altos*, y se llamaba así la urdimbre que daba un especial relieve á sus dibujos.

Pero esta costosa tela apenas se usaba ya en el siglo XVII y

Fué gala con su martiq
Del rey que murió rabiando,
Y para las fiestas recias
Bohemio de Carlo Magno.

Más en boga estaban, el *tabí* de plata ú oro, la *lama* también de plata, y la *primavera*.

Del tabí y la lama decía donosamente el entremesista Quiñones (1):

¿Qué invención ó qué tela es esta, *lama*,
Mujeres, que á los hombres afligidos,
A pura *lama*, los dejáis *lamidos*?
¿Qué *tabíes* son estos que se usan,
Que por daros tabí, damazas bravas,
Ellos se quedan en las puras tabas?
¿Qué *telas escarchadas* son aquestas
Que dejan con su escarcha, cruel verdugo,
Una bolsa más tiesa que un besugo?

De tabí de oro eran las sayas de las pastoras fingidas, en cuyas redes quedó ligado D. Quijote, luego que salió del palacio de los duques.

La *primavera* debía su nombre á su labor de flores de colores vivos, como era la saya ó manteo de Dorotea *(Act. 1.º, esc. V)*. Aludiendo Quevedo á que cierta buscona le pidió un corte de vestido de *primavera*, decía:

La niña me pidió *cortes*,
Como si yo fuera rey,
Primavera por enero,
Que no la tiene Aranjuez.

Pero el temor de extenderme demasiado me hace poner punto á esta tarea, sin hablar de *brocateles*, *telillas*, *guadamaciles*, *rasillos*, *damascos*, *gurbiones* y otras y otras telas varias, y también sin decir algo de las leyes que determinaban el rodeo ó ancho de las sayas, el escote (no descote) ó *degollado* de los jubones y qué personas podían gastar en sus trajes el oro y la seda.

(1) En el entremés de *Los pareceres*.

Arrumbemos estas antiguallas, cuyo dominio pertenece de derecho á la polilla, el polvo y las telarañas, supuesto que no son ya hoy, aun en el gabinete del anticuario, otra cosa que verdaderos *trapos viejos*.

Julio Monreal.

NOTICIAS VARIAS

Los tranvias eléctricos de la línea Madeleine-Levallois en París. – Desde hace algunos meses existe en París una línea de tranvías eléctricos que funcionan entre la Magdalena y el suburbio Levallois-Perret. He aquí algunos detalles de esta instalación.

Debajo del coche va colocado un motor eléctrico del sistema Siemens que da 1.600 vueltas por minuto: el movimiento se transmite á las ruedas por medio de una cuerda sin fin y de un engranaje que reducen la velocidad en una proporción de 26 á 1. El cambio de sentido del motor se obtiene con un dispositivo á doble escobilla en forma de V; una sola rama de cada escobilla toca al colector, pudiéndose hacer mover las escobillas de arriba abajo, gracias á una palanca. Las ramas que están en contacto con el colector están algo levantadas y las otras dos vienen á apoyar en un ángulo de 90º, cambio que hace que el sentido de la corriente, y por ende la dirección, resulte invertido en las bobinas. El coche pesa 3.500 kilogramos, lleva 1.620 kilogramos de acumuladores y puede transportar 50 viajeros. La energía eléctrica necesaria la proporcionan 108 acumuladores, sistema Faure-Sellon-Wolckmar á placas gemelas, de 15 kilogramos de peso, ó sea un total de 1.620 kilogramos para toda la batería. Un conmutador especial puesto al alcance del conductor permite hacer cuatro empalmes distintos, según la fuerza que se haya de gastar; á este efecto, los acumuladores están repartidos en cuatro grupos que pueden ser empalmados en las formas siguientes: 4 en cantidad, 2 en cantidad y en tensión, 3 en tensión y 1 en cantidad con uno de los grupos precedentes y 4 en tensión. La velocidad normal es de 11 kilómetros por hora: para lograrla es precisa una potencia eléctrica de 3'2 kilowatts en un camino horizontal, de 5'8 en una pendiente de 1 por 100 y de 8'4 en una de 2 por 100. A medida que la pendiente va en aumento, la velocidad naturalmente disminuye: á 9 kilómetros por hora y en una pendiente de 3 por 100 la potencia necesaria para mover el vehículo es de 9'2 kilowatts y en una de 4 por 100 de 11'4; á 5 kilómetros por hora y en una pendiente de 5 por 100 es de 7'6 kilowatts y á la misma velocidad en una pendiente de 5'5 por 100 de 8 kilowatts.

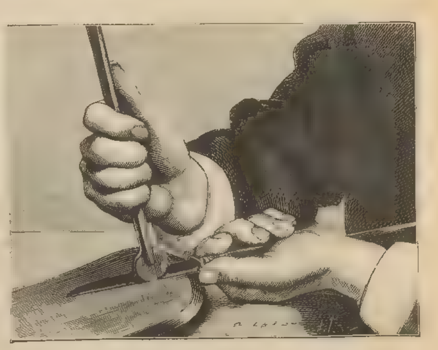
* * *

La producción de la seda en el mundo. – El *London and China Telegraph* ha publicado el siguiente cuadro comparativo de la producción media de seda, de 1882 á 1889, con la que se calcula para 1889 á 1890.

	Término medio 1882 á 1889	Cálculo para 1889-1890
Francia	12,343 balas	11,000 balas
Italia	63,357 »	54,000 »
Levante	12,971 »	12,000 »
China	50,014 »	60,000 »
Japón	32,800 »	58,000 »
Cantón	18,400 »	15,000 »
Bengala	4,900 »	3,000 »
Otros países	4,886 »	5,000 »

FÍSICA SIN APARATOS

Un procedimiento de imantación. – Tómese un cuchillo de bolsillo ó de mesa y con unas tenazas de chimenea frótese con fuerza y siempre en la misma dirección, de arriba abajo, la hoja colocada sobre el dorso de una pala, tal como indica el grabado, cuidando de hacerlo más fuertemente en el extremo y de volver de cuando en cuando la hoja para que la fricción se extienda á los dos lados de la misma. Después de haber frotado así por espacio de cuarenta ó cincuenta segundos, la hoja queda imantada y puede levantar una aguja ó una pluma de acero.



Modo de imantar un cuchillo con una pala y unas tenazas de chimenea

El fenómeno de imantación se conserva durante mucho tiempo, habiéndose observado que la punta del cuchillo imantado por este procedimiento mira al polo Norte.

(De *La Nature.*)

Imp. de Montaner y Simón

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO IX — BARCELONA 31 DE MARZO DE 1890 — NUM. 431

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



JESUCRISTO EN EL MONTE OLIVETE, cuadro de E. K. Liska, grabado por Bong

SUMARIO

Texto. – *Nuestros grabados.* – *El Magnificat de la Virgen*, por don Emilio Castelar. – *Un libro viejo*, por D. Juan Roa. – *El haz de espliego*, por D. Carlos Edo. – *Conflicto con el Dahomey.* – *Noticias varias.*

Grabados. – *Jesucristo en el monte Olivete*, cuadro de E. K. Liska. – *Las santas mujeres en el camino del Calvario*, cuadro de Alois Delug. – *Madona*, cuadro de Rafael Sanzio. – *¡Pietá!* cuadro de Hans Tichy. – *La Virgen y los Santos*, cuadro de Andrea del Sarto. – *Sor Filomena Ferrer*, busto modelado por su hermano D. Felix Ferrer. – Suplemento artístico: *Vista panorámica de Jerusalén.*

NUESTROS GRABADOS

JESUCRISTO EN EL MONTE OLIVETE

cuadro de E. K. Liska, grabado por Bong

Recordemos las palabras del Evangelio de San Lucas: «Y en saliendo, se fué, como solía, al monte de las Olivas. Y le fueron también siguiendo sus discípulos. Y cuando llegó al lugar, les dijo: Haced oración para que no entréis en tentación. Y se apartó él de ellos como un tiro de piedra y puesto de rodillas oraba, diciendo: Padre, si quieres, traspasa de mí este cáliz; mas no se haga mi voluntad sino la tuya. Y le apareció un ángel del cielo que le confortaba. Y puesto en agonía oraba con mayor vehemencia. Y fué su sudor como gotas de sangre que corría hasta la tierra.»

Inspirándose en estas palabras de la Biblia, ha pintado E. K. Liska el cuadro que reproducimos: sólo hay en él una figura pero ¡cuán grande es! ¡Cómo atrae y cautiva el divino Redentor! ¡Cómo interesa y conmueve su hermoso rostro que destaca sobre luminosa aureola y en cuyas facciones se retratan toda la congoja, todos los sufrimientos morales de que nos habla el Evangelista! Si de estas bellezas hijas del sentimiento pasamos á observar las de ejecución, no podremos menos de convenir en que la actitud de Jesús, el ropaje que cubre su cuerpo, la tierra sobre que descansan sus brazos, el monte que á un lado se alza, el estrellado firmamento que en el fondo se descubre y tantos otros detalles puestos de relieve en el hermoso grabado de Bong están tratados de una manera magistral.

E. K. Liska nació en Mikulovic (Moravia) en 1852 é hizo sus estudios en Praga y en Munich; en 1884 emprendió un viaje á Italia y desde 1887 es profesor de la Escuela de Artes y Oficios de Praga. Ha pintado gran número de cuadros religiosos, entre ellos *Agar é Ismael y Caín*; su obra de más empuje y una de las mejores que su pincel ha producido fué la que llevaba el título de *Los espectros de los cristianos asesinados se aparecen al emperador Maximiano* y que un incendio destruyó casi por completo en la capital de Bohemia donde había sido expuesta.

LAS SANTAS MUJERES EN EL CAMINO DEL CALVARIO, cuadro de Alois Delug

En la Exposición de obras de arte de todas las naciones, de Munich (1889) llamó mucho la atención el cuadro de Delug que representa á las Santas Mujeres en el momento en que trasponiendo un recodo del camino del Calvario se ofrece á sus ojos Jesús agobiado por el peso de la cruz y seguido del cortejo de sus crueles verdugos.

El interesante grupo formado por la Santísima Madre desfallecida y sus santas acompañantes, en cuyos rostros se reflejan el espanto y el dolor, tiene un movimiento dramático de primera fuerza, la figura del Redentor revela la postración causada por los más terribles tormentos y la amargura que su rostro expresa se halla dulcificada por el sello de divina resignación; el cielo cubierto de negras nubes contribuye á dar á la escena un tinte de horror y de tristeza y el agreste paisaje armoniza perfectamente con el sentimiento que en todo el cuadro domina.

El joven pintor austriaco ha demostrado con esta obra poseer envidiables dotes que hacen esperar para él un brillante porvenir.

MADONA, cuadro de Rafael Sanzio

Algunos críticos han encontrado en Rafael falta de originalidad en la elección y de variedad en la reproducción de tipos femeninos, censurándole, hasta cierto punto, porque sus Vírgenes, sus santas, sus mujeres, en una palabra, se parecen unas á otras y todas á las de sus maestros Perugino y Pinturicchio primero, y Leonardo de Vinci y Fra Bartolomeo después, pues hay que notar que los tales censores además de poco original califican á Sanzio de inconstante.

No es nuestra misión, ni nuestro ánimo apoyar ni combatir á los que de tal suerte opinan; pero séanos permitido preguntar á nuestros lectores, después de aconsejarles que se fijen en la *Madona* de este y en otras obras de Rafael que en anteriores números hemos publicado, qué efecto produce en ellos la contemplación de tales creaciones; y como su contestación sea la que suponemos y su juicio coincida con el de tantas generaciones como se han sucedido desde los tiempos del de Urbino hasta nuestros días, ¿qué nos importarán los pretendidos defectos del inmortal pintor si, caso de que existan, tienen á su lado tantas y tantas excelencias que nadie ha podido ni de cien leguas imitar?

Las Vírgenes de Rafael podrán ser semejantes entre sí y parecerse á las de los grandes maestros italianos (lo cual no estimamos, ni mucho menos, como defecto), pero ¿cuántas Vírgenes de otros pintores han logrado parecerse, ni de lejos, á las de Rafael?

¡PIETÁ! cuadro de Hans Tichy

(Primera Exposición de obras de arte de todas las naciones Munich 1888)

Cuando se celebró en Munich la primera Exposición de obras de arte de todas las naciones, díjose por algunos que el cuadro *¡Pietá!* ofrecía una mezcla de naturalismo y de idealismo que no satisfacía ni á los entusiastas de la moderna escuela ni á los que sólo se extasían ante las sublimes concepciones de los maestros del siglo quince.

Pero á pesar de esta censura relativa, como de todas suertes los mismos rigoristas reconocían grandes cualidades en el cuadro, éste llamó la atención de cuantos lo vieron y mereció no pocos elogios del público y de la prensa profesional. En presencia del grabado que reproducimos nos explicamos más éstos que aquélla, pues aun cuando las figuras del Redentor y de algunos santas mujeres, sobre todo la que abrazada á las piernas de Aquél sepulta entre ellas su rostro (suponemos que será María Magdalena) son, quizás, sobrado humanas por la factura y por la expresión, en cambio la Virgen y las otras santas llevan en su rostro y ostentan en sus actitudes todo el sabor religioso que para este género de pintura se requiere y el lugar en que la escena se desarrolla tiene carácter y contribuye á la excelente impresión del conjunto.

En suma, Hans Tichy se ha dejado influir por el medio ambiente realista en que vive, pero no ha querido romper del todo con las tradiciones del idealismo cristiano. ¿Es censurable ó digno de loa este eclecticismo en pintura? Resuelvan esta cuestión los que á la verdadera crítica se dedican: por lo que á nosotros toca, no hemos de juzgar el principio sino los resultados y en este sentido hemos de prodigar nuestro aplauso al conseguido por el pintor austriaco.

LA VIRGEN Y LOS SANTOS

cuadro de Andrea del Sarto

(Existente en el Museo de Berlín)

Este precioso cuadro, obra maestra del ilustre cuanto malogrado pintor florentino, ha tenido una historia sumamente accidentada.

Después de varias vicisitudes, el lienzo que Andrea del Sarto había pintado en 1528 para un altar fué á parar á la colección de Juan Lafitte, el banquero de Luis Felipe, siendo adquirido en 1836 por el Museo de Berlín. En 1867 una lamentable restauración llevada á cabo por Stubbe pareció haber destruído para siempre tan admirable pintura cuyas bellezas desaparecieron bajo las pinceladas de ese artista. Ya se daba por perdida para la historia del arte esa preciosa joya cuando el famoso restaurador A. Hauser emprendió en 1888 una nueva restauración, ó mejor dicho, la difícil tarea de borrar lo que Stubbe había pintado, consiguiendo después de varios ensayos y de grandes y pacientes trabajos volver el cuadro á su estado primitivo.

Adviértese en esta obra del discípulo de Leonardo de Vinci, de Miguel Angel y de Fra Bartolomeo la influencia que estos maestros ejercieron sobre Andrea, y admíranse en ella ante todo y sobre todo la bellísima agrupación de las figuras que forman una gradación interesante hasta llegar á la Reina de los Cielos y en las cuales hay vida y movimiento. En cuanto al dibujo, el grabado que reproducimos nos permite formarnos una idea de su perfecta corrección, y por lo que al color hace, baste decir que Andrea del Sarto es considerado como el primer colorista de la escuela florentina.

SOR FILOMENA FERRER

busto modelado por su hermano don Felix Ferrer

Fué Sor Filomena religiosa del convento de monjas mínimas descalzas de Valls (Tarragona), en donde entró de novicia á los diez y nueve años. Modelo de virtudes y dedicada á continuas penitencias y mortificaciones, murió en olor de santidad en 13 de agosto de 1868 á la edad de veintiséis años, dejando una colección de escritos de elevada teología y admirable estilo.

Su hermano, autor de las obras escultóricas *La Purísima Concepción* y *Roger de Lauria* publicadas en el número 425 de esta Ilustración, queriendo que la imagen de Sor Filomena se perpetuara, modeló en la misma celda que habitó la religiosa el hermoso busto que reproducimos. Bien puede el Sr. Ferrer estar orgulloso de su obra, en la que la más inspirada espontaneidad corre parejas con la corrección más intachable.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

VISTA PANORÁMICA DE JERUSALÉN

El eminente Chateaubriand, en su *Itinerario de París á Jerusalén*, describe esta ciudad en los siguientes términos:

«Vista desde el monte de los Olivos, al otro lado del valle de Josafat, Jerusalén presenta un plano inclinado sobre un suelo que desciende de Poniente á Levante. Una muralla almenada, fortificada con torres y con un castillo gótico, cierra por completo á la ciudad dejando fuera, sin embargo, una parte de la montaña de Sión que antes quedaba dentro de ella.

»En la región de Poniente y en el centro de la ciudad, hacia el Calvario, las casas están muy apretadas unas contra otras; pero por el lado de Levante, á lo largo del valle del Cedrón, vense espacios vacíos, entre otros el recinto en cuyo centro se alza la mezquita construída sobre las ruinas del templo y el terreno casi abandonado en donde se levantaban el castillo Antonia y el segundo palacio de Herodes.

»Las casas de Jerusalén son pesadas masas cuadradas, muy bajas, sin chimeneas ni ventanas y terminadas en azoteas ó en cúpulas, pareciendo más que casas cárceles ó sepulcros. Todo ofrecería á simple vista un nivel igual si los campanarios de las iglesias, los minaretes de las mezquitas, las copas de algunos cipreses y los macizos de nopales no rompieran la uniformidad del plano. Al ver esas casas de piedra encerradas dentro de un paisaje de piedras también, el viajero se pregunta si no son aquellos los monumentos confusos de un cementerio emplazado en medio de un desierto.»

La ciudad de Jerusalén está hoy dividida en cuatro barrios: el de los judíos al Oeste de la colina de Sión, el de los armenios al Este, el de los cristianos sobre la colina de Acra al rededor del Santo Sepulcro y el de los musulmanes en el monte Moriah, alrededor de la mezquita de Omar. Estos distintos elementos viven bastante aislados unos de otros, los musulmanes recordando con dolor que su profeta Mahoma quiso en vano hacer de Jerusalén el centro de su nueva religión, los armenios aferrados á sus antiquísimos ritos, los judíos esperando al Rey que ha de poner fin á la opresión y dispersión en que vive su pueblo y los cristianos adorando la tumba del Redentor, de cuyo lado no han sido bastantes á arrancarles todas las persecuciones, despojos y malos tratos de que los infieles les hacen objeto y á los cuales no oponen otras armas que la fe, la resignación y la caridad que en aquellos mismos lugares predicó Jesucristo con su divina palabra y con su hermoso ejemplo.

EL MAGNIFICAT DE LA VIRGEN

Después del ángel, á quien Dios confiara el ministerio de su Anunciación santísima, el primero entre los seres á reconocer y pregonar el Redentor y la redención, fué Isabel, como que debía parir al Bautista. La primera manifestación del esperado triunfo y del advenimiento de un Mesías, por ambas mujeres ya conocido, fué la viva confianza y seguridad en las celestiales promesas. A tal fe viva debe atribuirse aquella intuición maravillosa, por la que adivinara con tal certeza cuanto iba el mundo á presenciar en lo sucesivo. Así es que un sentimiento de divina exaltación la sobrecogió, viendo acercarse, tan modesta y humilde, á ella la madre divina del Salvador de los hombres, y la bendijo antes que la bendijeran y adoróla con verdadero culto antes que pudieran adorarla todas las venideras generaciones, diciéndole: Bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre. Entonces vió pasar Isabel en su memoria todas las profecías y á su vista el cumplimiento realizado en aquella hora sublime. Colocada entre un ocaso y un alba, entre la edad antigua que acababa y la edad moderna que amanecía, con razón atribuye á la fe viva el cumplimiento de todo lo anunciado en aquella prolongadísima sucesión de siglos y de profetas. Bienaventurada la que creyó, dice, porque se cumplirá todo cuanto te anunciaran de parte del Señor. Tal palabra resume toda la historia del pueblo escogido. Podría ser mucha esa vulgaridad irremediable, con que le dan en rostro sus eternos enemigos; mucho ese cruel egoísmo que le llevó á guardar el carácter de tribu y á no adquirir el carácter de nación, aun después de amasados veinte siglos seguidos con todas las naciones modernas; mucha la empedernida ingratitud en su pecho y el aislamiento á que lo condenaban sus celos y sus recelos de todo el mundo: la fe viva en un ideal de justicia le alza hoy mismo entre todos los pueblos y hace que su Dios tenga los viejos altares y la nómada tienda del desierto en los templos donde rezan los pueblos cultos; y sus profecías y sus salmos, todas sus letras, resuenen á una en los oídos nuestros con igual veneración que cuando se dictaron; y el estudio y las meditaciones sobre su libro único sean el alimento intelectual y moral de todas las conciencias que brillan con verdadera luz y despiden verdadero calor en los infinitos cielos del espíritu. Isabel resumió en sublimes palabras toda la fe y toda la esperanza de su pueblo al decir que se realizaban las viejas profecías.

¿Y qué diremos del Magnificat, con cuyas estancias responde á Isabel María? El cántico gregoriano tiene sobre mí un especial influjo. Las monótonas salmodias, con que acompaña el coro eclesiástico en las iglesias una letra de tanta tristeza, como los versículos del Miserere, hanme conmovido más que las estancias sublimes de Allegri, aunque las haya oído entre los profetas y los titanes de la Sixtina, tronando y maldiciendo. Pues creo que ninguno de cuantos compositores han trazado misas de Requiem llevó nunca jamás en sus cadencias un escalofrío como el que despiertan en los ánimos piadosos las estrofas sublimes del Dies Iræ. Yo creo escuchar el ruido que hacen las losas de los sepulcros cayendo y levantándose á una sobre los abismos, así como el resuello primero de los muertos resucitados al recoger en sus cóncavos pechos el aire de la vida y su terror al tener que presentarse todos sobre los escombros de un desquiciamiento universal en presencia del Supremo Juez para oir el postrero inapelable juicio. Pues el Magnificat produce un efecto contrario. Diríais que oís cántico de triunfo. A sus cadencias la esperanza entra en el pecho, se impulsan con celeridad los movimientos de la sangre como á un aire muy oxigenado y por ende muy puro. En Valencia, en aquellas festividades tan hermosas de nuestras iglesias, cuando, poco antes de la procesión, repicando á vuelo todas las campanas en regocijo continuo y encendiéndose todas las luces como estrellas por la noche, le alza el coro á los cielos, ante la Virgen, ornada de pedrería, cuyas facetas producen chispas de colores y puesta sobre las andas y peanas de ángeles alados y nubes argénteas, revestidos por sus dalmáticas, al són de los órganos que animan las piedras y al aroma de los incensarios que azulan los aires, este Magnificat cantado por voces innumerables parece siempre el acento de una grande y alegre pascua, difundiendo felicidad y alegría por traernos al corazón y á las mientes una seguridad completa en la feliz consumación de los tiempos. Lo he dicho muchas veces y lo renuevo ahora. El Magnificat me ha parecido de antiguo el cántico de la república cristiana, y, por tanto, de las repúblicas varias, que fundaron en varias coyunturas históricas los ciudadanos de nuestros libres y democráticos municipios; los trabajadores que levantaron esas ciudades itálicas, en cuyas frentes ardieron las llamas del ideal progresivo; los montañeses que difundieron por las laderas de los Alpes la simiente de una democracia que ha purificado de muchas manchas á Europa y guardado un germen de progreso bajo las dos alas de su espíritu; los cristianos que alzaron en Holanda un verdadero santuario á la razón y á la conciencia libres; los puritanos de Inglaterra, los cuákeros de América, los apóstoles de la libertad universal. ¿Y en quién podríamos personificar mejor, en qué simbólica, esta forma de gobierno tan hermosa, erigida sobre nuestros errores y nuestros males, que en esta Virgen Madre, la cual ciñe á las amplias sienes suyas el esplendor de todos los ideales, y quebranta bajo sus pies, con fuerza incontrastable, la serpiente del mal, reuniendo los dos primeros atributos de la mujer, que no pueden por modo

alguno en ella excluirse, la virginidad y la maternidad? Quien crea que nosotros exageramos atribuyéndole este sentido al canto sublime de María, no debe hacer más que leerlo y encontrará en sus estancias las venas de ideas que nosotros hemos señalado y lo colocará entre los himnos de la humana libertad.

Strauss no participa de nuestro pensamiento, pues le parece falto de originalidad y sobre otros documentos bíblicos impreso y calcado este himno. El mismo cita las palabras de Ana en el primer libro de Samuel. Compulsándolas no veo fundamento á su juicio. El espíritu judío brilla mucho más que en los cánticos de María. Las estancias de aquélla repiten los rugidos de los leones de Judá; las estancias de ésta repiten los balidos del inmaculado cordero de nuestra redención. El cántico de Ana me parece un cántico de reconciliación. La mujer del antiguo Testamento apenas abre los labios cuando habla de sus enemigos; mientras por el evangélico Magnificat circula un soplo de amor que todo lo dulcifica y orea. El Dios de Israel aparece como una evocación histórica en Ana, encerrada por completo dentro del pueblo judío, mientras el Dios de María rebosa en los límites de Judea y trasciende á toda la humanidad. Así en los versículos de Ana se comienza por loar extraordinariamente al Dios del pueblo escogido y por amenazar con extraordinarios furores las altanerías y las arrogancias de sus enemigos. En verdad, Ana, cual María, rompe los arcos del fuerte para que puedan ceñirse de fortalezas los débiles; arguye á los hartos y satisface á los hambrientos; promete á la estéril hijos y conmina con muchos mortichuelos á la fecunda; levanta del polvo al pobre y lo coloca entre los príncipes; enaltece á los santos é impele á los impíos hacia las tinieblas.

Mas todo esto aparece allí como despojo de un combate y resultado de un triunfo. Bien al revés de lo que vemos en el Magnificat de María. Esta maravillosa poesía proviene de las efusiones del alma. Un dios de caridad anima todos sus versos. El presentimiento de la beatificación, que tendrá en el mundo cristiano la mujer, impele todas las estrofas. *Beata me dicent omnes generationes.* Y la misericordia resplandece allí más que la justicia. Y á virtud, por eficacia de tal sentimiento, depone á los reyes de sus tronos y exalta en su corazón á los humildes; despoja de sus riquezas á los potentados y enriquece á los menesterosos. *Potentes deposuit de sede, et exaltavit humiles; esurientes implevit bonis, et divites misit inanes.* Sí, la protesta de Cicerón, el holocausto de Bruto, el día de Farsalia, la noche de Filippos, el sublime sacrificio de Catón en Utica, no alcanzaron lo que alcanzó este cántico de María, demostrando cómo la idea, siquier se diga y exprese por una débil mujer, troncha como cañas los cetros y derrite como cera las coronas de aquellos que parecen más fuertes y soberbios.

EMILIO CASTELAR.

UN LIBRO VIEJO

El amor de Isidoro y Sabina era tan vehemente que no les dió lugar á espera alguna. Cuando se casaron contaba Isidoro diez y ocho años y Sabina no llegaba á los diez y seis.

A los siete meses de matrimonio tuvieron un hijo, al que pusieron por nombre Fabián.

Por su nacimiento Fabián debía haber sido amante de todo lo joven. Jóvenes eran sus padres y prematuro había sido su nacimiento, y no obstante desde que llegó á la edad de la razón mostró una afición decidida á todo lo viejo.

Profesó más cariño á sus abuelos que á sus padres.

Cuando apenas contaba diez y seis ó diez y ocho años iba á visitar dos ó tres veces por semana el Museo arqueológico y parábase horas enteras contemplando los pendientes de Isabel la Católica ó el astrolabio de Felipe II.

Los manuscritos, los pergaminos, los librotes viejos producíanle verdadera delectación.

Era niño todavía y huía de la compañía de los muchachos de su edad.

A los veinte años se enamoró perdidamente de una mujer de cincuenta que no estaba bien conservada, pues á estarlo no se hubiera enamorado de ella.

Estas aficiones á todo lo antiguo fueron causa de la amistad de Fabián con el que estas líneas escribe.

No se crea por esto que sea yo alguna momia escapada del Museo. No soy viejo, pero, como dijo el poeta, conozco que por dentro he envejecido.

Mi cuerpo es joven, relativamente, pero el alma... el alma debe haber sufrido ya muchas encarnaciones.

Mas como no se trata de mí ni al lector debe importarle un ardite si soy joven ó viejo y si mi alma es de esta ó de la otra manera, me aparto un poco, y retirándome por el foro dejo sólo en escena á Fabián, que es quien me refirió lo que á mi vez voy yo á referir.

Si he dicho lo que hasta aquí se dijo es para que nadie extrañe la amistad que me unió á Fabián.

El era un niño, yo un hombre de edad madura y él buscaba mi amistad como yo busqué la suya.

Esta amistad no sé si á él le fué útil; para mí fué útil y agradable.

En él hallaba mi alma fatigada las energías de que carecía, y él me refirió la historia de un libro viejo que le costó muchas fatigas descubrir.

Mas basta ya de preámbulos y vamos á referir la historia, que es el verdadero objeto de estas líneas.

El amor de Fabián á los trastos y libros viejos hacía que fuera un constante y asiduo visitador del Rastro.

Conocía Fabián todos los puestos de libros viejos de Madrid, y sabía de memoria dónde podía hallarse un bargueño auténtico, una espada de cazoleta, un buen plato de la antigua fábrica de Manises ó un librote escrito en latín macarrónico del siglo XVI, encuadernado en amarillento pergamino.

Tan amante como era Fabián de las antigüedades, lo era también de la literatura y especialmente de la literatura dramática.

En aquellos tiempos en que nos unía tan estrecha amistad y cuando no nos habían separado los accidentes de la vida, solíamos asistir Fabián y yo á todos los estrenos de obras teatrales de alguna importancia.

Una noche presenciamos el estreno de un drama titulado: *Justicia contra malhechores*

El autor de la obra obtuvo un exitazo, como suele decirse en lenguaje de bastidores.

Cuando hubo terminado la representación del drama, Fabián y yo salimos del teatro sin esperar á la representación del sainete, pieza ó fin de fiesta, y nos fuímos según costumbre á la Cervecería escocesa á cenar, pues él como joven *efectivo* y yo como joven relativo teníamos un envidiable apetito, debido á un estómago privilegiado y á un hambre atrasado producido por algunos años de estancia en casas de huéspedes de doce reales.

Mientras nos dirigíamos del Teatro Español á la Cervecería escocesa no dije ni una palabra á Fabián, pues era tanto el frío que no me determinaba á bajar el embozo de mi capa por temor á que las palabras se helaran ó á que penetrara en mis pulmones el vientecillo del Guadarrama que reinaba y con él la terrible pulmonía.

Mas cuando llegamos á la Cervecería escocesa y al sentir la agradable temperatura que en ella había, después de haber pedido un *roastbeef* con patatas y una botella de *Pale-ale*, y después de haber saboreado el primer bocado y el primer trago dije á Fabián: ¿Qué te ha parecido el drama de esta noche?

– Me ha gustado mucho, dijo Fabián, pero sospecho una cosa.

– ¿Qué? le dije.

– Que el drama no es de quien lo firma.

– ¡Qué mal pensado eres! repliqué. ¿En qué fundas esa creencia?

– ¿Conoces á Adolfo Gutiérrez? me preguntó Fabián.

– En mi vida le he visto la cara, contesté. ¿Quién es ese D. Adolfo Gutiérrez?

– De manera que has ido al teatro sin conocer siquiera ese nombre.

– ¡Claro! para ver un drama no creo sea necesario conocer á ese señor.

– Pero es que ese señor es el autor de la obra que has visto esta noche.

– ¡Ah! dije.

– ¡Ah! contestó Fabián, remedándome burlonamente. Tú vas al teatro, ves un drama, oyes el nombre del autor, le ves salir á escena una, dos y varias veces y vuelves á casa creyendo que el drama lo ha escrito Perico el de los palotes.

– A mí me importa nada saber si el autor se llama P. ó Q. Yo voy al teatro á admirar bellezas literarias, á que me hagan sentir, á...

– Vas á todo eso, pero no quieres averiguar siquiera á quién debes los momentos del placer que pasaste en el teatro.

– Voy á lo que voy, repliqué yo mal humorado; mas no se trata de averiguar esto, sino de saber en qué fundas tu opinión de que el drama que esta noche hemos visto no es de... de... ¿Cómo has dicho que se llama?

– Adolfo Gutiérrez.

– Eso es, de Adolfo Gutiérrez.

– A decir verdad en nada y en mucho. Si conocieras á Adolfo Gutiérrez, en mucho; pero como que no le conoces, en nada.

– Si no te explicas con más claridad confieso que no entiendo una palabra.

– Trataré de explicarme. Yo conozco á Adolfo Gutiérrez; lo he tratado con alguna intimidad, juntos hemos seguido la carrera de Derecho, y todo esto hace que le conozca á fondo, y como le conozco á fondo, me atrevo á asegurar que el drama que esta noche hemos visto no es suyo, que no puede ser suyo.

– Hombre, eso es muy aventurado. Ese señor pudo ser muy mal estudiante, pudo muy bien parecer torpe para aprender prolegómenos del Derecho y para enterarse de si las Partidas se escribieron en tiempo de Alfonso el Sabio ó en tiempo del Rey que rabió, y sin embargo...

– Y sin embargo, interrumpió Fabián, Gutiérrez no puede ser autor del drama *Justicia contra malhechores.*

– ¡Qué apasionado eres! dije: ¿no comprendes que tu afirmación encierra una acusación gravísima? Al decir lo que dices, supones á Gutiérrez autor de un robo, de un robo literario.

– Sí, ya lo sé, y supongo más, y es que el robo se habrá verificado en tales condiciones, que el robado no podrá ni probar el robo ni quejarse.

– ¡Hombre, qué barbaridad! ¡no sabes lo que dices!

– Lo sé muy bien, repito.

– No puedes saberlo, grité ya incomodado. Las razones en que te fundas...

– Tienen más fuerza que doscientos mil caballos de vapor.

– Pues no te quedes con ellas en el cuerpo, dilas; vamos á ver.

– ¿Qué frutos puede dar una encina? me preguntó Fabián.

– Bellotas, contesté.

– Pues bien, Gutiérrez es una encina, y el drama *Justicia contra malhechores* no es un manjar para puercos.

– Vete á paseo. Hacer un epigrama es fácil, pero calumniar y probar la calumnia es algo más difícil.

Estas palabras molestaron sobremanera á Fabián.

Entre él y yo entablóse una polémica que vino á dar en disputa, y disputa agria, en la que cruzáronse por una y otra parte frases duras y hasta injuriosas.

Durante algún rato guardamos los dos silencio y nos sentimos molestos, pues la discusión llegó á tal punto que no hubiera sido posible que ni uno ni otro diéramos razones que fueran tales. A haber seguido en aquel tono, lo que comenzó discusión y continuó disputa hubiera acabado en querella.

Pasó un cuarto de hora en silencio; distendiéronse nuestros nervios, apaciguóse nuestra cólera y Fabián rompió el silencio, diciendo:

– Confieso que he sido un necio al querer convencerte de una cosa que es más bien para sentida que para explicada. No quiero insistir ni quiero más discusión. Perdóname, te lo suplico, si en el calor de la discusión he pronunciado alguna frase que pueda haberte ofendido. Si tal cosa he hecho me arrepiento y pido en nombre de nuestra amistad...

– Hombre, déjate de tonterías, la culpa ha sido mía.

– No, mía, dijo Fabián.

– De los dos, contesté yo, no vayamos á hacer de esto un nuevo motivo de reyerta. A mí me importa tanto que el drama sea de Gutiérrez, como de López, como de Pérez, como de Fernández y como de todos los acabados en *ez.*

– A mí no. Yo sostengo que puede ser de cualquiera Fernández, López ó Gutiérrez, pero no de Gutiérrez Adolfo.

– Bien, lo que quieras. Si no es de él, Gutiérrez lo cobra.

– Eso es indudable, pero alguien lo habrá pagado.

– Peor para él, dije yo.

– Quizá algún día te presente á Adolfo Gutiérrez. Si esto llega á ocurrir y si después de haberle tratado sigues sosteniendo que el drama que esta noche hemos visto es suyo, como reconozco tu buena fe, confieso de antemano que soy un imbécil, un malicioso y un calumniador.

– Bastará que confieses que eres un apasionado.

– Espero que ni eso habré de confesar. No sé por qué confío que llegará algún día en que algún suceso inesperado venga á demostrar que ni soy imbécil, ni calumniador, ni apasionado siquiera.

Cambiamos de conversación, cenamos tranquilamente y nos separamos sin volver á acordarnos para nada ni de *Justicia contra malhechores*, ni de Adolfo Gutiérrez, ni de la disputa que por el drama y su autor habíamos tenido.

Pasaron bastantes meses, dos ó tres años quizás.

Cierta tarde hallábame yo encerrado en el cuarto de mi modesta casa de huéspedes saboreando por quinta ó cuarta vez la preciosa novela de Balzac titulada: *La Peau de chagrin,* cuando vino á visitarme mi amigo Fabián, á quien hacía ya algunas semanas que no veía.

Nos saludamos con afecto. Pidióme él una taza de café que hice yo en mi cafetera y le serví yo mismo, y cuando hubo tomado un sorbo me dijo:

– Habrás creído que mi visita es desinteresada y te has engañado. Vengo á pedirte un consejo.

– Pues habla y pide. Te daré el consejo según mi leal saber y entender, y si no es bueno peor para tí; yo con la intención me salvo.

– Lo sabía y por eso acudo á tí; oye ahora lo que me ocurre. Sabes que desde niño tengo una gran afición á la literatura, pero una afición pasiva. Hace poco me ha entrado una verdadera locura. Ya no me contento con la afición pasiva, quiero ahora ser yo el admirado en lugar del admirador perpetuo. Más claro, tengo en mi casa más de mil cuartillas llenas de renglones cortos y un capazo lleno de comedias, dramas, melodramas, tragedias, cuentos y novelas. Hasta ahora los cajistas no se han molestado ni una sola vez por mí; mis manuscritos no han ido á la imprenta. Ni gratis he conseguido que tomara ningún editor una obra mía, y ya comprenderás que mi fortuna no me ha permitido editar mis obras por mi cuenta.

Pero al fin la suerte se ha cansado de perseguirme y va á abrirme las puertas de la gloria uno de los porteros de su templo. ¡Asómbrate, mi querido amigo! ¡un editor! un hombre de gran talento vino ayer á mi casa pidiéndome que le escribiera una novela corta. Yo tengo aquí, en la imaginación, muchos asuntos. Novelas estilo de Montepin los unos, cuentos fantásticos como los de Hoffmann los otros, melancólicos como los de Lamartine los de aquí, picarescos como los de Quevedo los de allá, en una palabra, tengo aquí en mi cerebro un almacén de cosas que han de darme honra y provecho. Tantos son los asuntos que bullen en mi cabeza, que hállome en la situación de Bertoldo, no sé de qué árbol ahorcarme, y para decidirme es para lo que vengo en busca tuya. No te asustes, no creas que voy á referirte diez ó doce asuntos. He hecho ya una eliminación y sólo será necesario que te refiera uno ó dos. Escucha, en primer lugar, el que juzgo más original y más interesante. Seré muy breve: Fulanito y Menganito son primos, hijos de dos hermanas; una de ellas casó con



LAS SANTAS MUJERES EN EL CAMINO DEL CALVARIO, cuadro de



VISTA PANORÁMICA DE J



ERUSALÉN, DIBUJO DE J. V. ECKENHECHEZ

un hombre riquísimo, la otra con el secretario del Ayuntamiento de un pueblo.

Como eran distintas las posiciones sociales de los dos primos, llamados Adolfo y Vicente, distinta fué también su suerte.

Adolfo nació y se educó en Madrid, frecuentó los más aristocráticos salones, vistió como los señoritos de la goma y tuvo los hábitos de holganza y los vicios de éstos.

Vicente vino á Madrid vistiendo chaqueta burda, y se alojó en una casa de huéspedes, en la que pagaba cinco reales por casa, comida, lavado de ropa y demás servicios.

Si distinta era la suerte de los dos primos, también era distinta su aplicación, distinta su inteligencia y distinta su honradez.

Adolfo era partidario de que el fin justifica los medios.

Vicente, para llegar al fin que se proponía, no podía seguir más que un camino, el de la lealtad.

Los dos primos se conocieron en la Universidad.

En un principio, Adolfo miró con bastante desprecio á su primo Vicente, pero al conocer que éste podía serle de alguna utilidad, apresuróse á trabar amistades con él.

Adolfo casi nunca asistía á las clases. Cuando llegaba fin de curso, Vicente le daba sus apuntes, le preparaba para los exámenes y con esta corta preparación y las eficaces recomendaciones de su padre, salía Adolfo airoso en los exámenes y así concluyó su carrera.

Frente á la casa en que habitaba Vicente vivía una lindísima muchacha hija de un marqués arruinado, que hallábase dispuesto á que su hija única, y heredera por lo tanto de sus títulos, los cambiara por títulos de la Deuda.

Vió Vicente á Isabel, que así se llamaba su vecina é hija del arruinado marqués, y se enamoró de ella como el Dante de Beatriz.

Adolfo conoció también á Isabel en una temporada en que diariamente visitó á su primo para que éste le metiera materialmente á cucharadas el Derecho penal. La muchacha le gustó, pero aun le gusto mucho más el sonoro título que había de heredar de Marquesa de la Campana.



MADONA, cuadro de Rafael Sanzio

Isabel era una muchacha por demás sencilla, buena, ingenua y algo dada al romanticismo.

Vicente la miró desde su balcón durante muchos meses con ojos de carnero degollado, como vulgarmente se dice.

Aquellas lánguidas miradas conmovieron á Isabel, pero aun la conmovieron mucho más unos hermosos versos que Vicente la dedicó y que un día arrojó desde su balcón al de Isabel.

– Debo advertirte, interrumpió á esto Fabián, que en mi cuento hago á Vicente un inspiradísimo poeta.

– Hazle lo que quieras, le contesté.

– Hágole, pues, poeta con tu permiso ó sin él, y continúo.

Isabel y Vicente se amaron. Concluyó éste su carrera y pensó en alcanzar una posición brillante para poder aspirar á la mano de su adorada Isabel.

Hizo oposiciones á la judicatura, ganó una plaza, y viéndose ya juez se atrevió á pedir en matrimonio á Isabel. El padre, que como ya se ha dicho pensaba hacer de su título un objeto de comercio, trató con gran desprecio al desdichado Vicente.

Creyó éste que la negativa era debida á su modesta posición, y sin perder la esperanza por completo, recordó que era poeta y quiso aspirar á la gloria. Cuando mi nombre sea famoso, se dijo, el padre de Isabel no se negará á recibirme por yerno. Renunció al cargo de juez que por oposición había ganado, se encerró en su cuarto, concibió y maduró el plan del drama, y con su manuscrito debajo del brazo fué á ofrecerlo á los empresarios de teatro.

Tres años estuvo solicitando que se oyera la lectura de su obra, y no pudo lograrlo. Al cabo de los tres años, lo fatigoso de su vida, el amor no satisfecho ó Dios sabe qué, le produjeron una enfermedad que le causó la muerte.

Algún tiempo después se representó en el Teatro Español un drama que fué muy aplaudido.



¡PIETÁ! cuadro de Hans Tichy

(Primera Exposición anual de obras de arte de todas las naciones, Munich 1889)

El autor del drama contrajo matrimonio poco después con la hija del Marqués de la Campana.

Vicente murió pobre, tan pobre que tuvo que vender hasta sus libros para comprar las últimas medicinas.

– Esta es mi novela, dijo Fabián; el desenlace ya le adivinarás. El drama que Adolfo dió por suyo era el de Vicente. ¿Qué te parece mi asunto? preguntóme mi amigo.

– Chico, le dije, si he de decirte mi opinión, con franqueza te diré que no me gusta; es vulgar, muy sobado

– Esperaba de tí ese juicio. Escucha ahora el verdadero epílogo de mi novela, que no es tal novela sino historia.

Hace ya bastantes meses tuvimos en la Cervecería escocesa una fuerte disputa sobre un drama cuyo título era, si mal no recuerdo, *Justicia contra malhechores*.

Hace dos meses pasé por el viaducto de la calle de Segovia, y en un puesto de libros viejos que suele haber en el extremo que da á la calle Mayor ví, al registrar un legajo de papeles manuscritos, un drama sin título; lo hojeé y me causaron admiración los hermosos versos en que estaba escrito.

– Este es el drama, me dijo Fabián sacando de su bolsillo un manuscrito.

Miré el manuscrito que me daba y ví que estaba firmado por Vicente San Miguel y Calleja.

– Si quieres que te diga la verdad no entiendo una palabra de esto, dije á mi amigo Fabián.

– Compré el manuscrito, repuso Fabían, porque se me figuró recordar algunos de los versos que en él leí. Mi memoria no me engañó; yo conocía el drama como lo conoces tú. Me empeñé en averiguar la historia de este libro viejo, y lo he logrado. Me ha costado gran trabajo, pero por bien empleado lo doy, pues he hallado asunto para la novela corta que me pide el editor.

Yo no calumnio nunca, amigo mío, añadió Fabián. La historia que te he referido es cierta. Este drama le has visto representar con el título de *Justicia contra malhechores*, y el que pasa por ser su autor se llama Adolfo Gutiérrez Calleja, primo hermano de Vicente San Miguel y Calleja. ¿Te convences de que una encina no puede dar más que bellotas?

Me dí por convencido, y al trasladar al papel la historia de un libro viejo añado:

Y si el lector dijere ser comento,
Como me lo contaron se lo cuento.

JUAN ROA.

EL HAZ DE ESPLIEGO

Hubo un tiempo en que el olor del espliego me era insoportable.

Por el contrario de lo que les suele suceder á los demás, al tropezar mi pituitaria con este aroma, subían á mi cerebro ciertas repugnancias que me hacían ver en seguida bayetas amarillas extendidas sobre la camilla agujereada, y allí cerca, protestando á grito herido, el hijo del hombre, aun en el estado de larva.

Me olía el espliego á enfermedad ó á vida nueva.

Y no establecía mi repugnancia ninguna diferencia entre los espliegos originarios de diferentes puntos. Lo mismo me incomodaba el de Castilla que el de Aragón, el de la Alcarria que el de Cataluña.

Todos eran para mí lo mismo: una *labiada de cuatro estambres didinamos*.

Pero llegó un momento en que cambié repentinamente de parecer, ó si se quiere de gusto: me aficioné al olor del espliego, y llegó á tal delicadeza mi olfato, que distinguía entre todos el que yo consideraba como el mejor ó más bien como el único y verdadero espliego, el de la Alcarria.

¿Qué causa había podido vencer mi repulsión y cambiarla en afición decidida?

No lo sé de cierto. Pero sé que con este cambio coincidió una historia que quizá pueda servir de explicación, y voy á referirla.

Tenía yo quince años, pero era allá por el de sesenta y tantos, cuando los quince años equivalían á doce de hoy; no en el desarrollo del cuerpo, pues éramos más robustos que los sietemesinos actuales, sino en lo moral.

En los cinco años anteriores al de esta historia había yo aprendido más geografía experimental que la que puede saber un conductor de correos á los veinte años de práctica.

Mi padre nos hizo recorrer en los veranos casi toda España, provincia por provincia y pueblo por pueblo.

Cada año, ya se sabía, variábamos de itinerario.

Aquel verano nos tocó explorar uno de los rincones de la provincia de Guadalajara.

Se eligió el pueblo de X..., á once leguas de la capital de los bizcochos borrachos; de modo que después de dos horas de ferrocarril, cuatro de carro, seis de burro y alguna que otra á pie por los malos pasos, todo al sol y con polvo, llegamos al pueblo que era chiquitito, pero feo de verdad.

Sin embargo, íbamos tan fatigados del camino, que nos pareció aquello un maravilloso oasis, y nos duró esta impresión casi toda la temporada.

Las casas eran todas iguales, de un solo piso y de la época de Fernando VII, que las hizo construir al mismo tiempo que un palacio, con el que convirtió aquello en sitio real, pero no en sitio habitable.

Al llegar á nuestra morada, donde sólo encontramos las paredes, se desempaquetaron los colchones y las sábanas, y sobre tablados de pino se acomodó cada cual como pudo

Con la piel abrasada por el sol y el polvo, buscaba yo la primera noche el fresco roce de la sábana, y me consolaba de las fatigas del viaje diciéndome: A buen seguro que en dos meses no me tropiezo con el severo Tramaria, ni con Moya, ni con el atrabiliario Merelo. ¡Adiós por dos meses, Historia Natural, Matemáticas, Francés, etc.!

Al caer la tarde del día siguiente, con la escopeta de Eibar de un cañón, y de pistón por supuesto, ganada aquel año con un *notable*, no recuerdo en qué asignatura; lleno de pertrechos de caza que me colgaban por todas partes; canana, pistonera, cuerno de pólvora y varios chirimbolos más, me lancé al campo aguijoneado por el piar de centenares de gorriones que, antes de elegir rama donde esperar cómodamente la aurora, se daban mutuamente las buenas noches ó se disputaban el alojamiento.

Guiado por la algazara gorrionesca, llegué atravesando eras y rastrojos á un paseo formado por dos hileras de acacias, que desde la principal calle del pueblo conducía al cementerio situado á tres kilómetros.

Con paso cauteloso, el dedo en el gatillo y mirando á las copas de los árboles, pasaba del uno al otro sin que ninguno de aquellos maliciosos pájaros se prestara á servirme de blanco.

De pronto suspendí el paso y quedé admirado al oir unos lastimeros sollozos que parecían salir de entre unas breñas vecinas al paseo.

Acudí al sitio de donde los sollozos salían, y hallé sentada en un peñasco á una muchachuela, que cubriéndose el rostro con ambas manos lloraba amargamente.

– ¿Por qué lloras? – la pregunté.

– Porque el hijo del tío Garrastunas me ha quitado un haz de espliego que había cogido, y como ya no tengo tiempo de coger otro, tendré que irme á casa sin nada y me pegará mi madre.

Al decir esto se levantó.

Era una muchacha de unos trece años, de tez blanca, cosa poco común en los pueblos, de facciones que tenían algo de la regularidad y severidad griega, ojos grandes, negros, sombreados por espesas pestañas que prestaban á su mirada una misteriosa profundidad realzada por la pena.

El pelo, de color oscuro, se recogía sobre la nuca en una gruesa trenza despejando la frente y las sienes, y dejando libres á uno y otro lado esos tan delicados rizos, cuyo encanto puede adivinar la mujer, pero no puede llegar á comprender del todo.

Fidias hubiera llorado de alegría al ver la corrección de aquellas facciones, y sobre todo al contemplar aquella boca tan delicada y tan fina como la de la Venus de Milo, cuyas líneas comparaba ingeniosamente mi amigo y maestro el pintor Sala á las de un sombrero de Guardia civil.

Los contornos de su cuerpo, de mediana estatura, anunciaban ya, á pesar de la crudeza de formas propia de su edad, una esbeltez notable y una gran suavidad de líneas, que no desdibujaban del todo una saya de sarga roja y la camisa de tela cruda que se cerraba al cuello.

Quedé maravillado; y me impresionó de tal modo que, sin pensar ya en los gorriones, me despojé del imponente atalaje cinegético, arrimé la escopeta á una retama, y cogiendo la hoz que á sus pies desnudos estaba, la dije:

– No llores; que entre los dos cogeremos en breve rato otro haz de espliego para que tu madre no te pegue.

Y diciendo y haciendo, como el segador corta de una hozada medio brazado de trigo, sin importarle gran cosa lo que dijeron Ovidio, Virgilio y otros cantores de la dorada miés, así yo, con un ardor digno de mejor empleo, cortaba sin compasión aquellas pobres cañas que, lejos de protestar y defenderse, se inclinaban hacia mí, acariciándome suavemente la tostada faz y regalándome la delicada fragancia de sus flores y de su savia despertada por tan brutal acometida.

Roja la cara como una amapola, sudando y renegando de los cardos, de los espinos y de otras plantas que parecían querer vengar al inocente espliego, punzándome cruelmente las manos, me enderecé al cabo de un rato, y satisfecho al ver la hermosa gavilla que había ido formando la muchacha con el espliego que yo había segado, volví á coger mis trebejos de caza.

– ¿Cómo te llamas? – la pregunté.

– Casilda, – me contestó.

– Ya no te reñirá tu madre, – añadí mirando el espliego recogido.

– No señor, y Dios se lo pague á V.

– ¿Qué ocurrencia le da de mandarte á coger espliego?

– Es que á fin de verano vienen los arrieros y lo compran desgranado; y mi madre y casi todos los del pueblo que son pobres aprovechan este recurso Antes iba á cogerlo al monte, que hay más, pero ahora dice mi madre que ya voy siendo moza y me manda venir aquí cerca de mi casa que es aquella, – y señaló una choza en los límites del pueblo.

– ¿Vienes todos los días?

– Sí, señor.

Nos separamos donde concluía el sendero de las acacias y empezaba la calle.

Sin acertar ya á comprender lo que por mí pasaba, temeroso de presentarme ante mi familia, como si aquella hora y media hubiera constituído unos novillos incalificables, me encaminé hacia casa preocupado é inquieto, pero embelesado con el recuerdo de la anterior escena.

Veía á aquella pobre criatura, víctima de la fuerza, llorando desolada sobre el peñasco, y no me daba cuenta precisa de lo que más me interesaba en ella, si su pena ó su figura.

Como una verdadera obsesión me perseguía el recuerdo de una especie de lunar grueso que tenía cerca del labio superior, casi en el mismo hueco que forma su comisura.

Claro está que á la tarde siguiente me faltó tiempo para coger mis utensilios de caza y dirigirme al sendero de las acacias.

Pero en balde pasé toda la tarde recorriendo aquellos parajes. Lo que yo buscaba no estaba por allí. Media docena de gorriones pagaron mi mal humor, que se fué templando cuando recordé que era domingo, y que por eso no habría recolección de espliego.

Desde gran distancia ví al día siguiente la figura de la que tanto me interesaba ya. Sola en medio de aquel campo, aparecía y desaparecía entre las retamas. No me atrevía yo á mirar hacia donde estaba sino de reojo. Sin embargo, escudado con el pretexto de la caza, me fuí acercando á ella.

Para llamarle la atención disparé la escopeta; y es claro que debió mirar y me debió ver; pero se hizo la desentendida y continuó su trabajo.

Poco me faltó para llorar de indignación.

Era su deber andar siquiera la mitad del camino, y yo hubiera andado la otra mitad; pero nada.

Estaba casi decidido á marcharme, cuando volviendo ella la cara hacia donde yo estaba é inclinándose para atar la gavilla de espliego, la ví el lunar, y todo el enojo que me había producido su indiferencia desapareció como por ensalmo.

Me decidí entonces á llevar á cabo una acción heroica.

Cerca de donde ella estaba empalmaba con el sendero de las acacias una vereda trazada por entre retamas y romeros: por allí debía salir: me senté en el empalme y aguardé.

Al poco rato tomó efectivamente la vereda. Comenzó á latirme el corazón con mucha fuerza y casi no podía respirar. Puse empeño en buscar un entretenimiento para hacerla entender que me ocupaba en otra cosa, y se me ocurrió la triste idea de maniobrar con la escopeta quitando el pistón y reconociendo la chimenea á ver si se había cebado.

Y sucedió lo que debía suceder; comencé á oir sus pasos, sin verla, porque también había tomado la precaución de sentarme medio de espaldas hacia la vereda por donde venía; me sentía abrasar por su mirada, tenía calor y frío al mismo tiempo, no me atrevía á moverme, quedé como de piedra... Y al verme ella así, cerrándola el paso con el cañón de la escopeta y echando mano al gatillo, debió entrarle miedo seguramente, dejó la vereda y echó por entre la espesura del monte bajo, en dirección á su casa.

No me desmayé, pero me faltó poco.

La maldije, eso sí, y prometí no volver á verla.

Pero en lo más crudo de mi furor se me aparecían aquellas facciones que tanto me encantaban, y el lunar que no podía borrar de mi recuerdo: el pícaro lunar que durante la noche, en ese delicioso duerme-vela que precede al sueño, me servía siempre de punto de partida para reconstruir aquella angelical figura... Así es que, á pesar del propósito que acababa de hacer, me decidí á hablarle.

La llamé, esperó, la dí las buenas tardes, y hablamos... de cómo se hacía la masa para el pan, de las gallinas que tenía su madre, del arrope que le gustaba mucho, de la manera de desgranar el espliego en las largas veladas del invierno, etc, etc.

Volví á mi casa encantado, pero muy tarde; lo cual me valió un sermón con latín y todo.

– Desde mañana comenzará V. á repasar la historia natural, – me dijo mi padre.

Y así fué.

A la tarde siguiente, entre las cuatro paredes de mi cuarto, con el Galdo delante, empecé el estudio.

Llegó la hora de mi acostumbrada escapatoria, y vengan acantopterigios y lofobranquios, y... sin venir mi padre á tomarme la lección...

Al cabo vino y salí del apuro. Con muchas arcadas y tropezones vomité todos los acantopterigios y malacopterigios abdominales que por obediencia á mi padre había tragado, y corrí al sitio de todas las tardes, pero sin escopeta.

Allí estaba la niña.

Aquella tarde la dedicamos á coger mariposas.

A última hora nos acordamos del espliego y tuve que ponerme á recogerlo de prisa como la primera tarde.

Pasaron días y días, y no variaba nuestro entretenimiento. Las dos horas que pasábamos juntos me parecían un instante; y siempre concluíamos cogiendo aprisa el haz de espliego para ganar el tiempo perdido.

Una mañana me levanté y ví á los criados haciendo baúles y líos.

Se me heló la sangre en el cuerpo, y me entró luego un sudor frío al saber que salíamos para Madrid el día siguiente.

Aquella tarde acudí al sendero de las acacias triste, con el alma en un hilo (que sería de seda, cuando no la acabé de perder), y conteniendo la respiración para no llorar.

Allí estaba ella.

– ¿Qué tienes? – me preguntó al verme la cara, en la cual, según era de grande mi aflicción, percibiría seguramente algún puchero que otro.



LA VIRGEN Y LOS SANTOS, cuadro de Andrea del Sarto

(Existente en el Museo de Berlín)

Con mucha precaución para no sollozar, y con voz muy apagada, pude contestarla:

– Que me marcho.

– ¿A Madrid?

– A Madrid.

Y de común acuerdo, ella con voz atiplada y yo con un berrido tremendo, rompimos á llorar á moco tendido.

Después de aquel primer desahogo, sentados en las mismas peñas donde habíamos pasado tantas tardes felices, permanecimos largo rato en silencio.

– Ya no me verás hasta el año que viene, – le dije yo con amargura, – y me olvidarás.

– No te olvidaré, – me contestó: – ya sé que soy tu novia, y como te quiero mucho no te olvidaré nunca.

No hay rojo comparable al que debió subir entonces á mi rostro. Me sentí presa de una emoción indescriptible. Quería hablar y no podía...

Era ya de noche. Habíamos olvidado la hora de nuestra retirada. Cogidos de las manos, mudos, meciéndonos en espacios para nosotros desconocidos, nos despertó de aquel sueño la destemplada voz de una vieja que gritaba:

– ¡Ah, bribona! Hace una hora que te ando buscando. ¿Qué hacías ahí con ese mequetrefe?... En llegando á casa verás lo que te espera.

Y como muestra de lo que la esperaba en casa, la propinó desde luego dos ó tres bofetadas y no sé cuántos torniscones.

– Y tú, tísico madrileño, – añadió dirigiéndose á mí, – como te pille otra vez cerca de esta mocosa, de una pedrada te quito las muelas.

Así terminó aquel idilio.

Lleno de pena, medio ahogado por la congoja, volví á mi casa.

A la mañana siguiente, caballeros en pacienzudos asnos, precedidos por un convoy de colchones, baúles, cestas, jaulas etc., cruzamos el pueblo con dirección á Madrid, yo el último de la fila, acomodado sobre el burro de las provisiones de boca.

A la salida del pueblo en un recodo del camino estaba la niña.

– Toma, – me dijo, metiéndome en la aguadera una cosa, y echó á correr.

La cosa era una torta en la que había escrito mi nombre con filetes de pasta.

De buena gana la hubiera yo colocado sobre el corazón; pero había muchos testigos, y además la torta no se dejaba coger de caliente.

La guardé y... creo que me la comí por el camino.

Corrieron los días y los meses y seguí conservando viva la imagen de Casilda. El lunar seguía en primera línea, entre los innumerables encantos de aquella interesante criatura.

Al verano siguiente tornamos á continuar nuestros estudios geográficos; pero por otra provincia.

Concluí mi carrera. Hacía ya muchísimo tiempo que no pensaba casi nunca en aquella niña que fué mi primer amor, y tras de muchas vicisitudes por mí pasadas (que ¡vaya si pueden ser muchas en veinticinco años!), un día tuve necesidad de ver al doctor V... y le encontré en una de las salas del hospital de la Princesa, donde en aquellos momentos pasaba visita.

– Acércate si quieres, – me dijo al verme: – pronto concluyo: sólo me quedan por ver estas tres mujeres; – y señaló las tres últimas camas.

– Cancroide del labio superior, que tomó origen en un *nævi materni* situado cerca de la comisura del labio, – dijo el doctor V... descubriendo una horrible úlcera que había destruído la mitad de la cara de aquella infeliz.

Esta enferma, – añadió, – tuvo un lunar de carácter canceroso, cuya irritación mal curada la ha producido tan terribles consecuencias.

Al pasar de una cama á otra me dijo bajando la voz:

– Probablemente se morirá esta noche. La operación es imposible.

Interesado por aquella pobre mujer me acerqué al cuadritó de filiación colocado á la cabecera de la cama y leí:

«Casilda Pérez. – 38 años. – Soltera. – Sirvienta. – Natural de X...»

Me hallaba delante de mi novia.

Muda y horriblemente desfigurada por aquel lunar que tan feliz me hacía en otro tiempo, yacía sobre el lecho de un hospital, tan pobre y miserable que su cuerpo pertenecía al anfiteatro.

Siete duros me costó redimirle y procurarle un modesto entierro.

El espectáculo de la muerta desfigurada me parece hoy una horrible pesadilla; y el de la niña rubia del lunar un dulce sueño.

Este ha borrado el otro, aunque parece que debiera haber sucedido lo contrario.

¿Tendrá algo que ver esta historia con mi afición al espliego?

Es posible.

El gran kaleidoscopio cerebral obedece á resortes desconocidos puestos en movimiento por causas bien diversas. Tal pieza de música descorre un telón tras el que aparece encantadora escena. Tal otra nos hace ver un cuadro triste. Una causa cualquiera que hirió fuertemente nuestros sentidos en ocasión solemne nos hace recordar aquella impresión.

Por eso siempre que percibo el olor del espliego, recuerdo la niña del lunar y el sendero de las acacias.

CARLOS EDO.



SOR FILOMENA FERRER, busto modelado por su hermano D. Felix Ferrer y Galcerán

CONFLICTO CON EL DAHOMEY

El día 4 de marzo, según telegrama oficial, los dahomeyos atacaron nuevamente los puntos franceses de Kotonou, siendo rechazados con pérdidas considerables. El número de sus muertos fué de 400, entre ellos algunas amazonas; los franceses tuvieron nueve muertos (ocho tiradores indígenas y un artillero francés) y otros tantos heridos.

En Whidah, ciudad perteneciente á Dahomey, ha ocurrido un desgraciado suceso: seis franceses ó europeos, que en ella residían y que, á pesar de los avisos y excitaciones del gobernador Bayol, no quisieron abandonarla creyéndose seguros, han sido entregados á los dahomeyos por la traición de un mestizo portugués llamado Cándido, sospechándose que aquéllos los han conducido á Abomey.

Descripción del país. – Ese país, de un aspecto en extremo curioso, está constituído por una serie de bancales y de mesetas que en pendientes más ó menos sensibles suben desde el mar hasta las colinas de los Manthis, contrafuertes de las montañas de Kong, y aparece cortado por multitud de pantanos y de lagunas de dimensiones varias de los que el más importante, pues mide 200 kilómetros de circunferencia, es el que separa el reino de Porto-Novo de la meseta de Abomey.

El clima es más bien ecuatorial que tropical; las estaciones se dividen en estación de grandes lluvias (de mayo á junio) y de pequeñas lluvias (de setiembre á noviembre) y en estación seca larga (de diciembre á fin de marzo) y estación seca corta (de 15 de julio á 15 de setiembre).

El período de la sequía larga se caracteriza por un viento que los indígenas designan con el nombre de *Harmatán* y que equivale aproximadamente al siroco del Sud de Argelia, en la región del Kreider y de Mecheria, y es el más sano para los europeos. En los cambios de estaciones menudean los tornados que arrastran como leves pajas las chozas de los indígenas, los cuales no se preocupan mucho de ello, volviendo á construirlas en seguida.

Porto Novo. – Porto-Novo, en el idioma del país *Adjaché* ó ciudad de los fetiches, está situada á los 6°22'28 de latitud Norte y 0°14'1 de longitud Este, á 20 ó 25 millas al Norte de Kotonou: es la capital de un reino en otro tiempo perteneciente, quizás, á un soberano feudatario del rey de Dahomey y á ella se va en piragua por la laguna de Kotonou, viaje que no tiene nada de agradable.

Las embarcaciones están hechas de un solo tronco de árbol y miden de 15 á 18 metros de longitud y cargadas tienen un calado de 1 metro; son redondas por la parte de la quilla y no se aventuran en el mar. Durante la travesía, nubes de mosquitos devoran al viajero que, además, no cesa un momento de oir el ruido que con sus movimientos producen en el agua los caimanes, los gritos de innumerables aves nocturnas y los aullidos de las fieras. Infinidad de luciérnagas cruzan por el aire. En la laguna hay un cañonero de vapor, que está á las órdenes del residente Mr. Ballot, administrador colonial.

Porto-Novo, más que una ciudad propiamente dicha es una aglomeración de chozas, cuya población no baja de 35.000 habitantes y que puede dividirse en dos partes perfectamente distintas: la ciudad fetichista y la semieuropea, algo menos sucia que su vecina.

Es imposible formarse siquiera idea del mal olor que despiden las inmundicias y los animales muertos por todas partes esparcidos. A cada paso se encuentran calabazas llenas de tierra, palos clavados en el suelo y adornados con banderolas de trapo blanco y fetiches toscamente esculpidos: todos estos objetos son los fetiches venerados por los habitantes, que en punto á salvajismo nada tienen que envidiar á sus vecinos de Dahomey.

Toffa, actual rey de Porto-Novo, acoge afectuosamente á los europeos que van á visitarle en lo que se ha dado en llamar su palacio, emplazado en la ciudad fetichista.

Hay en Porto-Novo siete factorías, tres francesas, tres alemanas (de Hamburgo) y una portuguesa, dos misiones, católica una y protestante la otra y algunas Hermanas de la Caridad. Los misioneros enseñan en sus escuelas el francés y catequizan á unos 2.000 indígenas.

Kotonou. – Acerca del nombre de Kotonou, que significa «laguna de los muertos,» denominación que se extiende á la aldea de que nos ocupamos, existe la siguiente tradición. Dícese que en remotos tiempos los dahomeyos quisieron atacar á una nación vecina con la que estaban desde antiguo enemistados, y para llegar á la cual era preciso atravesar la laguna. El rey no encontró mejor medio para vencer este obstáculo que cegarla, pero sus tropas enfermaron, y fué tal el número de soldados que murieron que sus cadáveres formaron una especie de escollera: el monarca, viendo así destruída la mayoría de su ejército, hubo de abandonar su empresa guerrera.

Whidah. – Whidah, situada á 40 kilómetros de Kotonou, y dependiente de Dahomey, es un importante centro comercial de donde se exportan anualmente 50.000 toneladas por lo menos de aceite de palma. La comunicación entre los buques y la tierra es difícil, siendo preciso salvar con piraguas las enormes olas que azotan la playa. Por esta razón el capitán Laperdrix, que manda la *Ville de Maranhao*, de los Cargadores Reunidos, acaba de proponer, según dice *Le Temps*, la instalación en Kotonou de un sistema de estacha muy ingenioso consistente en tender por encima de las crestas de las olas un cable de acero amarrado á tierra que serviría de guía á un vaivén maniobrado desde tierra y desde el mar por medio del cual se embarcarían y desembarcarían pasajeros y mercancías, lo que permitiría aguardar la construcción de un muelle.

(De la *Gazette Geographique*)

NOTICIAS VARIAS

LA PROSPERIDAD DE CHICAGO. – El mejor ejemplo de la prosperidad americana es indudablemente la ciudad de Chicago, «la reina de los lagos,» que en 1830 aun no existía y que actualmente está por encima de San Luis, Boston, Baltimore y Filadelfia. Nueva York es la ciudad más poblada de los Estados Unidos; Chicago es la segunda y dentro de poco sobrepujará á aquélla.

He aquí algunas cifras, que son más elocuentes que un largo comentario.

La ciudad de Chicago, fundada en 1830 en la orilla Sudoeste del lago Michigán, contaba á fines de dicho año 70 habitantes; diez años después tenía 4.853, cifra que cinco años más tarde se elevaba á 12.088 y que en 1850 ascendía á 29.963. En 1855 la población era de 60.627 habitantes, en 1860 de 112.172 y en 1870 de 298.977. En 1871 un horroroso incendio destruyó una parte de la ciudad, pero este accidente no interrumpió el aumento incesante y rápido que desde un principio la población venía experimentando.

En 1880 el censo acusa para Chicago la cifra de 503.185 almas; en 1885 son ya 727.000 y finalmente la última estadística consigna una población de 1.100.000 habitantes distribuídos en una superficie de 46.000 hectáreas. Chicago está, pues, más poblada que Viena, San Petersburgo y Constantinopla: excepción hecha de China, no hay en el mundo más que cuatro capitales que en este punto la aventajen, á saber: Londres, París, Berlín y en los mismos Estados Unidos Nueva York.

Y con el aumento de la población corre parejas el progreso de todas las ramas de la actividad humana. Chicago es ya la primera plaza mercantil de América y, de diez años á esta parte por lo menos, el puerto de más tráfico del mundo por lo que se refiere á maderas, cereales y carnes saladas. El movimiento de su puerto ha sido, en 1889, de 23.000 buques con 9.000.000 de toneladas. Los medios de comunicación han adquirido inmenso desarrollo: más de treinta líneas férreas le permiten comunicarse con las demás ciudades de la Unión. En 1888 las entradas de granos de toda clase han pasado de 66.000.000 de hectolitros: la capacidad de sus almacenes es de 11.000.000 de hectolitros.

El comercio de ganado de cerda, vacuno, lanar y caballar ha alcanzado un valor de 911.000.000 de francos.

En 1888 existían en actividad 2.400 establecimientos industriales que daban ocupación á 132.000 obreros y representaban un capital de 585.000.000 de francos. Las operaciones de banca exceden de 15.000 millones al año.

Inútil sería citar más cifras: las consignadas bastan para dar una idea del desarrollo colosal y sin precedente de la que algunos denominaron «ciudad hongo.»

LA LEPRA EN CHINA. – A consecuencia de investigaciones médicas practicadas en Hong Kong para conocer el origen de la lepra y el número de habitantes atacados de ella, se han formulado numerosas preguntas á los doctores de la principal institución benéfica de la localidad, el hospital de Tung-Wah, sobre la influencia y el tratamiento del mal en China. De las contestaciones dadas resulta que se conocen ocho variedades de lepra y que el mal es contagioso y hereditario, desapareciendo, según se dice, á las cuatro generaciones. El pueblo le teme tanto que no se permite á ningún leproso permanecer en las cercanías de las habitaciones no contaminadas. Este azote de las antiguas edades es tenido entre el pueblo por incurable y su tratamiento consiste en «llevar la lepra á una parte del cuerpo para salvar el resto.» El hospital de Tung-Wah se niega á admitir leprosos, pero se han votado fondos para transportarles de Hong-Kong á una villa de leprosos situada cerca de Cantón.

(De la *Gazette Geographique*)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

AÑO IX — BARCELONA 7 DE ABRIL DE 1890 — NÚM. 432

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

RIÑA DE COMADRES

copia del celebrado cuadro de Vojtek Bartonek

En todas partes cuecen habas, lo cual en el presente caso significa que las que nosotros llamamos casas de vecindad son, con todos sus inconvenientes para la salud del cuerpo y del alma, una institución poco menos que universal. En efecto; en todas partes encontramos esas mal llamadas viviendas que parece tienden á resolver el problema de vivir sin luz y sin aire, con sus patios comunes, centros de actividad, casinos, ó como quiera llamárseles, de los vecinos, con sus viejas regañonas y sus hembras de rompe y rasga, de lengua suelta y no muy sujetas manos, con sus fisgones en las dos acepciones en que la Academia admite la palabra y sus desocupados dispuestos á distraerse á costa ajena. Y como las mismas causas producen en iguales circunstancias idénticos efectos, donde quiera que se reunan tantos y tan heterogéneos elementos se reproducen forzosamente escenas como las que tan magistralmente han pintado D. Ramón de la Cruz á fines del pasado siglo y en nuestros días D. Ricardo de la Vega.

El cuadro del pintor bohemio Bartonek (cuyas cualidades como composición y dibujo no hemos de encomiar porque á la vista saltan) es buena prueba de ello, tanto que al contemplar aquella disputa en el patio, al ver aquellas mujeres sacándose todos los trapos á la colada, al examinar el corro de vecinos gozándose en el espectáculo no por lo muy prodigado menos divertido, nos parece asistir á una de las hermosas escenas de *La Casa de Tócame Roque* ó de *Pepa la frescachona*.

UN ARTISTA PRECOZ, cuadro de Juan Looscher

Si por la afición se hubieran de medir las disposiciones artísticas y por la precocidad la magnitud de los genios, el lindo rapazuelo pintado por Looschen sería indudablemente el Mozart de los presentes tiempos. Y no lo decimos por el simple hecho de ver á un niño sentado al piano é hiriendo con sus manecitas las teclas del sonoro instrumento, sino porque, aun visto de espaldas, se adivina por su actitud que el rostro del chiquillo ha de estar animado por un sentimiento más intenso que el deseo de hombrear y de hacer ruido, y se adivina esto gracias al talento del pintor que ha sabido resolver un



RIÑA DE COMADRES, cuadro de Vojtek Bartonek

problema cuyas dificultades son fáciles de comprender, cual es el de dar animación y vida á una figura sin dejar ver de ella lo que más refleja la expresión.

EN EL DESIERTO, cuadro de R. C. Woodville

En el cuadro de Woodville no cabría aplicar al asunto la gráfica frase de la fábula: «No fué león el pintor.» Aquí el personaje (perdónese la palabra) dominante es el rey del desierto y ante su vista el llamado rey de la creación tiembla despavorido después de haber inmolado en aras de su salvación al inseparable compañero de su nómada existencia.

La composición de Woodville tiene toda la grandiosidad que el asunto y el sitio requieren; el pedregoso desierto aparece en toda su horrible y abrumadora inmensidad y las figuras del león husmeando presa más sabrosa y más digna de él que la que entre sus garras tiene y del beduino aterrado ante la gravedad é inminencia de un peligro del que sólo un milagro puede salvarle, están perfectamente concebidas y ejecutadas. Las dos águilas acechando el momento de lanzarse sobre los restos del festín que al león se le prepara, el cielo límpido enviando fuego sobre la tierra y la soledad y aridez de la interminable llanura contribuyen á dar mayor color local al lienzo.

MONUMENTO EN HONOR DE PABLO BAUDRY

Inaugurado el 20 de febrero en el cementerio del P. Lachaise (París)

A raíz de la muerte de Mr. Pablo Baudry, acaecida en 1886, organizóse un comité que presidido por Mr. Bouguereau, se propuso erigir á la memoria del ilustre pintor del vestíbulo de la Opera un monumento digno de él, que fué inaugurado el día 20 de febrero último.

El grandioso mausoleo proyectado por Mr. Ambrosio Baudry, hermano del difunto maestro y arquitecto de grande y merecida nombradía, es de mármol negro; el busto del pintor y las dos estatuas representando el Dolor y la Gloria son de bronce y han sido modeladas respectivamente por Pablo Dubois y Antonino Mercié.

En el acto de la inauguración, el secretario perpetuo de la Academia de Bellas Artes leyó un hermoso y sentido discurso cuyas últimas palabras son el mejor elogio de aquel cuya memoria se ha querido perpetuar. «Pablo Baudry – dijo – demostró en sús obras el espíritu eminentemente francés; por fortuna para él y para nosotros, Baudry mereció bien de la patria.»

EL RECOVERO

copia de un cuadro de J. de Guzmán

¿Quién enseñó á Guzmán el dibujo? ¿quién le inició en los secretos de la pintura? Nadie; decimos mal, Guzmán ha tenido los dos mejores maestros que para tales enseñanzas se conocen: un talento natural unido á felices disposiciones y una afición decidida que pronto se convirtió en pasión invencible por el arte pictorico.

Cajista de imprenta en sus mocedades y más tarde empleado del Ayuntamiento de Malaga, ocurriósele un día viendo pintar á un su amigo D. Leoncio Talavera que lo que éste hacía podía hacerlo él también sin grandes esfuerzos. Y poniendo en seguida en práctica lo que en teoría se le antojaba tan facil, y sin encomendarse más que á su inspiración y á sus atrevidos alientos, armóse de pinceles y colores, que él mismo se molió, y en un lienzo viejo trazo una copia de un cuadro del amigo citado que inmediatamente vendió en 125 pesetas.

Así comenzó Guzmán.

Animado por este primer éxito, dedicóse á estudiar el natural y á trasladar a la tela los asuntos que mas herían su imaginación combinando instintivamente los colores que la naturaleza ponía ante sus ojos y supliendo los recursos artísticos de que apenas tenía idea con las inspiraciones de su fantasía. La Diputación de Malaga quiso pensionarle para que prosiguiera y perfeccionara sus estudios, mas este propósito no pudo realizarse por la circunstancia de no ser Guzmán hijo de la provincia. Entonces marchó á Granada, su ciudad natal, en donde se consagró por entero al arte que tanto le cautivaba, viendo recompensados sus trabajos con resultados de tanta honra como provecho. Sus obras tuvieron fácil salida en los mercados, no sólo de España sino de París y sobre todo de la América del Norte, en donde la firma de Guzman se cotizó á elevados precios.

Guzmán es un pintor español, mejor diremos andaluz por sus cuatro costados: los asuntos de sus cuadros, los personajes que en ellos figuran, los lugares en que ocurren las escenas, los cielos bajo los cuales éstas se desarrollan y las luces que las iluminan son luces, cielos, lugares, personajes y asuntos de nuestras incomparables provincias meridionales. Es joven y no se duerme sobre sus laureles; confiesa modestamente que le falta mucho camino que recorrer, recobra el tiempo perdido afanándose por sujetar los menores detalles de sus obras a lo que el natural le enseña, bien que procurando atender más al conjunto que á las minuciosidades, y siente y aplica el color con toda la viveza y con toda la brillantez de los hijos de Andalucía.

Hecha á los lectores de La Ilustración Artistica la presentación de nuestro distinguido compatriota, en la actualidad establecido en Barcelona, nada hemos de decir del bellísimo cuadro que reproducimos. *El Recovero* es el compendio y la confirmación de cuanto acerca de su autor llevamos expuesto.

EL PUENTE DEL FORTH EN ESCOCIA

Inaugurado por el príncipe de Gales en 4 de marzo último

En 1873 se proyectó y comenzó la construcción de un puente colgante para poner en comunicación las dos orillas del golfo del Forth y unir de este modo las líneas férreas del condado de Fife, con las de los territorios del Sud; pero un terrible desastre ocurrido en 1879 demostró los inconvenientes y los peligros de aquel proyecto debido á Sir Thomas Bonch. Abandonado este proyecto, los directores de las compañías interesadas en el asunto escogieron, después de maduros estudios, el de puente de acero de vigas equilibradas y vigas centrales de que eran autores sir John Fowler y Mr. Benjamín Baxer. Comenzadas las obras en 1885, prosiguieron sin interrupción los gigantescos trabajos, habiéndose inaugurado el puente el día 4 de marzo último por el príncipe de Gales.

El principio científico en que se funda el puente se comprende viendo la figura 2, imagen sensible de cómo se realiza el equilibrio estático del puente. Cada uno de los grandes tramos es un balancín equilibrado y las dos torres, sobre las cuales descansa, lo sostienen por medio de arcos de compresión en la parte inferior y de tirantes que obran por tracción y que están fijados en la parte más alta de aquéllas. Las torres estan representadas en nuestra figura por los dos hombres sentados que con los brazos extendidos y apoyados en dos palos inclinados sostienen el asiento horizontal de un tercero. Las reacciones de los tramos inmediatos están figuradas por los pesos que ponen en tensión el conjunto representado. Los pies de las sillas equivalen á los cuatro tubos perpendiculares de la pila que sostiene las agujas equilibradas: los brazos de los hombres son los arcos superiores (de tensión) y los palos los inferiores (de compresión); el hombre suspendido en el centro es la viga central.

Uno de los problemas de más dificil solución en esa obra era el de la construcción de los cimientos sobre que habían de asentarse las pilas: para ella se montaron grandes cajones parecidos á gasómetros que eran remolcados hasta el sitio en donde debían sumergirse (figura 3) y que se hundían por medio del aire comprimido. Estos cajones, de los cuales se utilizaron seis, tenían en su base un diámetro de 72 pies.

Una vez hechos los cimientos procedióse á levantar las tres pilas (de cuatro columnas cada una) de Queensferry, Inchgarvie y Fife y terminadas éstas á tender las vigas equilibradas, operación sin duda la más notable de cuantas exigió la obra y de cuyas dificultades pueden hacerse cargo nuestros lectores viendo en la figura 4 los detalles de estos grandiosos montantes.

Vamos á consignar algunas cifras acerca de esta obra, la más colosal hasta ahora producida por la ingeniería, cuya magnitud demuestra la figura 1.ª parangonando el puente con dos torres Eiffel colocadas horizontalmente.

La longitud total del puente es de 2.484 metros descompuestos en la forma siguiente:

	Viga de la orilla (Queensferry). . . .	204,00	metros.
	1.ª pila (Queensferry).	43'50	»
1.r tramo	1.ª viga equilibrada.	204'00	»
	Viga central.	105'00	»
	2.ª viga equilibrada.	204'00	»
	2.ª pila (Inchgarvie).	78'00	»
2.º tramo	2 vigas equilibradas y 1 viga central. .	513'00	»
	3.ª pila (Fife).	43'50	»
	Viga de la orilla.	204'00	»
	Total. . . .	1599'00	metros.

y además 594 metros del viaducto Sud y 291 del viaducto Norte.

Las pilas metálicas asentadas sobre las de mampostería tienen una elevación de 109 metros; la altura máxima de la obra, desde los cimientos, es de unos 150, la de la viga central sobre la marea alta de unos 120. El peso del acero empleado se eleva á 15.000 toneladas y el coste total de la obra que se presupuestó en 40 ha ascendido á 75 millones de francos.

EL AÑIL ARTIFICIAL

Fué por bastante tiempo obra destructora la labor fecunda de los químicos. Sus afanes estaban puestos en el conocimiento minucioso de las substancias elementales de los cuerpos, y consagrada su actividad y dedicados los métodos de investigar al puro análisis, procedieron destruyendo, á la continua, cuanto había creado la afinidad en sus variados modos de manifestarse. Era necesario transformar los cuerpos, hacerlos derivar unos de otros, llegar al límite nombrado elemento químico, aniquilando, para ello, las formas primordiales de los compuestos, aquellas formas que la Naturaleza les diera al constituirlos. Las primeras materias y los productos naturales fueron de tal suerte metamorfoseadas; no se perdonó medio de cambiar, trastornando el equilibrio de los componentes, la manera de ser de todas las substancias, y el trabajo que sin cesar destruía para conocer produjo las series inmensas de compuestos que la Química conoce: tratábase al cabo de averiguar los productos de los sucesivos cambios de la energía cuando afecta la forma de la afinidad, y antes de llegar, por ejemplo, desde uno de los primeros hidrocarburos á los elementos carbono é hidrógeno que los constituyen todos, se procedía eliminando este último cuerpo y de ahí origináronse, en cada caso, nuevos compuestos también hidrocarbonados en los que dominaba el elemento carbono. Muchos caminos sigue el análisis en sus procedimientos, base de la mejor y más conocida parte de la Química, y todos llevan de tal suerte á la destrucción de los cuerpos que su límite y término es el elemento químico, del que ya nada puede sacarse como no sea transformarlo en alguno de sus estados alotrópicos, si por acaso los tuviera. Un ejemplo, que es la operación más corriente efectuada con los materiales que la Naturaleza presenta, pondrá en claro mi pensamiento.

A partir del principio leñoso de los vegetales, organizado é insoluble, pueden obtenerse, siempre descomponiendo, la glucosa, el alcohol, el gas oleificante y el rutileno sucesivamente, es decir: partiendo de una materia compleja se llega á uno de los más sencillos hidrocarburos pasando por una serie de cuerpos bien relacionados, producto de verdadera descomposición. Otras veces procédese quemando y entonces, eliminando agua y ácido carbónico, según los casos, se pasa del alcohol al aldehido, de este al ácido acético, luego al oxálico y al fórmico para venir á parar, en último término, al óxido de carbono y al agua.

Al lado de esta obra destructora se presenta, en nuestro tiempo, la fecunda labor creadora de la síntesis, con sus métodos generales y sus resultados prodigiosos. No se llega, es cierto, á la materia organizada del leñoso; pero á partir de sus elementos y de combinaciones de mayor sencillez, se obtienen las especies químicas y alguna vez—como sucede en el caso de la urea—los principios inmediatos enteramente iguales á los elaborados por los organismos. Con el hidrógeno y el carbono se hace uno de sus primeros compuestos y este es base de alcoholes, ácidos, aldehidos y cuantos derivados determina el análisis, y se comprende bien cómo el papel de la síntesis no está limitado á preparar cuerpos, mediante los cambios de reacciones sencillas, casi siempre, sino que se adelanta hasta revelar la verdadera constitución de las substancias y los mecanismos que las originan y de ahí su interés é importancia dentro del cuadro general de los conocimientos químicos. Además, según en las operaciones del análisis obtiénense cuerpos que al momento reciben aplicaciones y sirven para llenar necesidades del hombre, mediante la síntesis—y son buen ejemplo el añil y la alizarina—se preparan substancias utilísimas que, aunque formadas por la Naturaleza en las plantas y en los animales, extráense con dificultad y apenas bastan para satisfacer su ordinario consumo. Hoy el análisis revela la composición de los cuerpos, llegando hasta sus elementos; la síntesis parte de ellos y apelando á los agentes naturales constituye el cuerpo primitivo, averiguando todas las metamorfosis y asistiendo á cuantas modificaciones experimentan las substancias hasta adquirir aquel equilibrio nombrado estado final.

Luego que se descubrieron los métodos sintéticos, gracias singularmente á los clásicos trabajos de Berthelot, por necesidad había de intentarse reproducir substancias complicadas, procedentes de organismos, muy empleadas en la industria. Y como á la par que se realizaban los mejores resultados de la síntesis obteníanse los magníficos colores de los derivados de la hulla, dirigióse la atención de los investigadores, y pusieron todos sus esfuerzos en el trabajo, á reproducir y preparar las materias colorantes, casi todas de origen vegetal, que empleaba ya de antiguo el arte de la tintorería y fijaba en los tejidos. Entre ellas la alizarina de la rubia y el añil de las plantas llamadas indigóticas llamaron particularmente la atención de los sabios; practicáronse muchísimos trabajos, estudios minuciosos y ensayos complicadísimos; durante largo tiempo la síntesis de aquellos cuerpos fué un problema puesto á la orden del día y jamás resuelto, hasta que no ha mucho la alizarina y el añil fueron sintetizados por Baeyer y Graebe y no sólo su formación constituye notable experimento de laboratorio, sino un método industrial con tan raro éxito puesto en práctica que la alizarina y la indigotina que ahora se fabrican y emplean son productos sintéticos, preparados por vía química y sin apelar para nada á las plantas de que tales materias colorantes se extrajeron durante largo tiempo.

Pertenece el añil á un grupo singularísimo de cuerpos, de donde por vez primera en 1840 obtúvose la anilina —ahora fabricada con la nitrobencina— base orgánica de donde tantos y tan útiles cuerpos proceden. Cuando se analizó la indigotina vióse que se componía, al igual de muchísimas otras materias extraídas de las plantas, de carbono, hidrógeno, nitrógeno y oxígeno, fijóse su fórmula y queriendo averiguar acaso medios de extraerla á menor costo, ó pretendiendo quizás obtener de ella nuevos derivados colorantes, se sometió á la acción de muy variados reactivos de donde resultaron nuevos cuerpos que si arrojaron mucha luz acerca de la constitución del cuerpo en que me ocupo, fueron los preliminares de su síntesis con tan admirable éxito realizada, lo mismo partiendo de un hidrocarburo que valiéndose de un cuerpo más sencillo entre aquellos de que puede la indigotina derivarse mediante transformaciones conocidas.

Todo el mundo sabe que según la *rubia* da productos colorantes rojos, entre ellos la alizarina, algunos géneros de *indigofera* de las Indias dan el índigo ó añil de hermoso color azul, conocido al igual del color púrpura y empleado desde antigüedad remota en la pintura, pero no generalizado ni usado en el tinte de las telas hasta mucho después. Su empleo, que perjudicaba á los que cultivaban plantas tintóreas y de ellas extraían materias azules, estuvo con severas penas prohibido y hasta Enrique IV de Francia publicó un edicto condenando á muerte al que usara la planta del índigo, á la que las supersticiones de la época hicieron sobremanera perniciosa, inmoral y dotada de propiedades maléficas por ser nada menos que el alimento preferido del diablo mismo. No obstante las trabas puestas, el uso del índigo fué generalizándose y el círculo de sus aplicaciones ensanchóse con bastante rapidez sobre todo desde que supo aplicarse á las telas, obteniendo buenos y permanentes azules.

En manos de los químicos fué el añil la base y punto de partida de numerosos descubrimientos. Ya he dicho cómo se obtuvo la anilina y fué mediante destilación seca del índigo con la potasa cáustica: con la sosa y el bióxido de manganeso se preparó el ácido antranílico, del cual el calor separa anilina y ácido carbónico. Del índigo deriva también, cuando se somete á los oxidantes, el importantísimo cuerpo llamado isatina, de color obscuro y cristalizado, pero sin propiedades tintóreas; de la isatina procede el dioxindol, ácido que cristaliza en agujas amarillas y da, reduciéndose, el oxindol en cristales incoloros y de aquí se pasa al indol, cuerpo contenido en el jugo pancreático, sólido, incoloro y susceptible de cristalizar fácilmente. Se comprende con sólo estas indicaciones cómo es posible transformar y metamorfosear el índigo ó añil, y debe notarse que ninguno de los derivados que he referido es materia colorante: su interés se halla en que siendo productos de los reactivos sobre la substancia colorante en que me ocupo, hacen pensar si ella misma, á su vez, procede de transformaciones semejantes, idea que ha servido de guía en los diferentes procedimientos de su síntesis.

A ella hubo de preceder necesariamente la del indol. Partiendo del ácido cinámico, que se encuentra en el bálsamo del Perú y puede obtenerse también oxidando el aldehido cinámico, que es la esencia de canela, y del ácido nítrico, se prepara el ácido ortonitrocinámico que con la potasa y limaduras de hierro da el indol. A su vez la isatina cuando pierde oxígeno, calentando tricloruro de fósforo, cloruro de acetilo y fósforo, produce un líquido verde del que el agua precipita una materia azul, que es el añil mezclado con su isómero la *indigopurpurina*. Sintetizado el oxindol y transformado luego en isatina, faltaba, al convertir ésta en añil, privarlo de la materia colorante que lo acompaña al precipitarse, y al resolver el problema se establecieron los nuevos y más seguros caminos de la síntesis del índigo, ahora procedimiento industrial que los alemanes emplean mucho. Al principio se usó un método indirecto fundado en las transformaciones del ácido ortonitrocinámico, de donde derivan me-

diante el ácido hipocloroso el ácido ortonitrofenilclorоláctico y cuando éste se trata con los álcalis el ácido ortonitrofeniloxianflico, cuyo cuerpo, calentado á ciento diez grados, produce en seguida la indigotina, á cuya síntesis se llega asimismo en el tratamiento del referido ácido ortonitrocinámico por el bromo que lo transforma en ácido ortonitrofenilpropiólico, que los reductores convierten en hermoso añil, y como si esto no fuese bastante, á lo menos desde el punto de vista teórico, se obtuvo el mismo cuerpo directamente con la acetona y el aldehido ortonitrobenzoico atacados por los álcalis.

El eminente profesor Baeyer, no contento aun ni satisfecho de sus experimentos, emprendió el estudio minucioso de las reacciones que producen el añil del ácido ortonitrofenilpropiólico y aisló una serie bastante numerosa de cuerpos intermediarios, cuyo conocimiento enseña cómo la indigotina resulta de unirse dos moléculas de indoxilo eliminándose hidrógeno, y véase de qué manera los procedimientos sintéticos, revelando la constitución de los cuerpos, consienten establecer métodos de obtenerlos en grande. Hoy, partiendo de un hidrocarburo ó de un aldehido, prepara la industria el añil de los ácidos derivados del ácido cinámico, como partiendo de otro hidrocarburo fabrica alizarina, y tomando por base la glicerina ó la acroleina sintetiza la glucosa. Hay más todavía. Al obtener, por ejemplo, derivados de los colores de la sosanilina se forman nuevas bases é isómeros de diferentes tonos, que enriquecen la larguísima serie de materias colorantes industriales, así también en los primeros métodos de síntesis del añil se forma, como producto secundario, la indigopurpurina cuyas cualidades pronto la hicieron útil.

Del laboratorio de Baeyer salió la fabricación del añil como de los trabajos del profesor de Ginebra, mi buen amigo Graebe, salieron los métodos hoy aplicados en grande para obtener alizarina. Pudiera añadir todavía que actualmente la síntesis de las materias colorantes, así se trate de reproducir las que aparecen formadas en las plantas, como de crear nuevos derivados, sometiendo las primeras materias á los reactivos y métodos de la Química, lógrase en virtud de procedimientos generales, consecuencia legítima de un estudio teórico profundo que ha revelado, á ejemplo del caso del añil, cómo se forman y constituyen los cuerpos objeto de la síntesis y de qué manera, estableciendo relaciones puramente químicas, se llega á vislumbrar siquiera una ley de derivación, en cuya virtud se enlaza y une lo más separado en apariencia, asegurando, en el presente, los mejores resultados de procedimientos que se creen muy teóricos y prometiendo en lo porvenir mayores conquistas en el campo de los hechos, que llevarán á más importantes síntesis y acaso consientan la total y completa de los principios inmediatos.

JOSÉ RODRIGUEZ MOURELO.



UN ARTISTA PRECOZ, cuadro de Juan Looscher

SER FELIZ PORQUE... SI

Yo no sé quién ha dicho que para ser feliz basta querer serlo y yo tengo para mí que esta es una verdad tan grande como dos y dos son cuatro.

¡La felicidad! ¿Qué es la felicidad?

Me lo pregunto una vez y otra y otra luego y no doy con la respuesta, pero tampoco sabría contestar si me preguntara qué es la vida, y no obstante sé vivir y vivo.

Lo mismo me ocurre con la felicidad. No sé lo que es, pero sé ser feliz y lo soy.

La felicidad, la dicha, dirá alguno, no existe en la tierra; nadie es feliz, el mundo es un valle de lágrimas; y á esto me permito objetar, que tales vaciedades debió inventarlas algun misántropo en un momento de dolor de estómago.

La felicidad es una realidad, es un don de que algunos gozan; pero he de confesar que no á todo el mundo le es dado gozar de ese don.

Hay hombres que nacen morenos, otros nacen rubios.

Unos son necios, otros sabios.

Ricos los de arriba, pobres los de abajo.

Nobles y de sangre azul, los unos; plebeyos y de sangre del color del pimentón, los otros.

Hermosos los de este lado, feos los del otro.

Nacen unos jorobados, otros nacen derechos como un huso.

Simpáticos son los de aquí, antipáticos los de acullá.

Y de la misma manera, nacen unos para ser felices y otros para ser desdichados.

El que corcovado nació, no puede librarse de su corcova; ésta le sigue siempre si á la espalda la lleva, ó le precede si su corcova es del pecho, ó le convierte en un emparedado de jorobas, si la naturaleza le corcovó por delante y por detrás.

Lo mismo ocurre con la desdicha y con la felicidad.

Nace un caballerete llevando á sus espaldas la desventura; pues inútil será su empeño si quiere dejarla á un lado, su desdicha le seguirá siempre.

Nace otro caballerete y ante él comienza á marchar la felicidad, como arrogante gastador, ó como heraldo de dichas y buenas nuevas; pues inútil será su empeño si pretende buscar la desgracia.

El primero será como el caballo de Atila: donde pise no volverá á nacer hierba.

El segundo como el rey Midas, aunque sin asnales orejas: cuanto él toque se convertirá en oro.

De todo esto deduzco que la felicidad existe, como existe el dinero; esto es, que unos tienen y otros deben.

Se es feliz porque se es; mas así como, si se nace rubio, cabe teñirse el pelo, y si se nace pobre cabe enriquecerse; si se nace desdichado, desdichado se muere.

Esta idea, de la cual nadie me apea, há mucho tiempo que se pasea por todas las antesalas, salas, gabinetes, pasillos y desvanes de mi cerebro, y si ante ella se presentara algun obstáculo, saltaría por él con la ayuda de cierta historia de la que he sido testigo en mi vida y sobre todo recordando que yo soy un ejemplo vivo de mi tesis.

No nací sabio y me considero feliz.

Pobre nací, y rico soy de felicidades.

Plebeyo por mi nacimiento, no cambio mi plebeya cuna por la más noble y empingorotada, pues en mi villanía por feliz me tengo.

Feo soy como una grosería, pero feliz me hace mi fealdad, pues á ella debo no causar envidias y quizá todas mis dichas, que con razón dijo el poeta: – ¡Ay infeliz de la que nace hermosa! – y yo supongo que el poeta no dijo: – del que nace hermoso, por la fuerza del consonante, pero que tan cierta debe ser la infelicidad de las hermosas como la de los hermosos.

Mas basta ya de lo que á mí me ocurre, que seguramente tendrá sin cuidado al que esto lea, y vamos á la prueba de mi tesis con la historia de que antes hablé.

Así como el filósofo probaba el movimiento andando, yo probaré que hay felicidad presentando el ejemplo de un hombre feliz, sin que para serlo hiciera nada, y que hay desdicha presentando el ejemplo de otro desdichado y que hizo cuanto en su mano estuvo para vencer su desventura.

Estrujo pues mi memoria y allá va la historia ó el cuento ó lo que quiera que sea.

Próspero Félix Buenaventura de Lachance nació el 31 de diciembre del año tal, día de la Virgen de la Leche; y Lucas Gómez y Malombre el 31 de agosto, día de San Ramón Nonnato.

Mas véase lo que son las cosas y con cuánta razón dicen los franceses que *le nom ne fait rien á la chose.*

Próspero Félix Buenaventura, nacido el día de la Virgen de la Leche, no probó la de su madre, pues su nacimiento fué tan difícil que tuvo que ser bautizado por el comadrón, que creyó moriría en seguida, y al nacer el niño dió la muerte á su madre, y en cambio Lucas Gómez vino al mundo en dos minutos y su madre á los pocos días de darle á luz se comía medio pollo, y pensaba que Dios la había eximido de aquel castigo que impuso á Eva y á toda su descendencia, femenina por supuesto, y que expresó en la frase de: «parirás los hijos con dolor.»

Los padres de Próspero Félix Buenaventura eran bien conformados, robustos y hermosos, y el niño nació encanijado y feo.

La madre de Lucas era muy fea y gozaba de tan poca salud que sus padres se habían opuesto al matrimonio, pues los médicos habían dicho que estaba en el primer grado de tisis y que el cambio de estado la mataría. Como casi siempre sucede, ocurrió lo contrario de lo predicho por los médicos; la mamá de Lucas halló la salud en el matrimonio y Lucas nació hecho un rollito de manteca y rebosando salud y vida por todos sus poros.

He dicho ya que la madre de Lucas era fea, pero se me ha olvidado decir que el papá era mucho más feo, y ahora debo hacer constar que de aquellas dos fealdades nació una preciosidad. Lucas era el niño más bonito que madre alguna pueda desear.

Tenía una boquita que parecía una guinda partida por la mitad, por lo roja y chiquita; sus ojos eran negros como las moras, sus mofletillos del color de la leche; sus cabellos rubios y rizados parecían de huevo hilado; así que con razón decían cuantos le veían: – ¡Qué niño tan hermoso; da ganas de comérselo... á besos!

La descripción de Próspero Félix Buenaventura vale más callarla para no dar un susto á los lectores. Era feo como una noche de truenos, daba un susto al miedo, y su fealdad era tanta que producía el efecto de la cebolla al ser picada; hacía que al mirarle le llorasen á uno los ojos.

Murió la madre de Próspero al darle á luz, como ya se dijo, y cuando hubo transcurrido un año, su papá contrajo segundas nupcias con la dueña de una casa de huéspedes que frente á su casa vivía.

El pobre Próspero Félix Buenaventura se vió tratado por su madrastra como ésta había tratado á sus huéspedes. Se le tasaron las papillas, durmió en cuna que de todo tenía menos de blanda, y en una palabra vivió en la casa de su padre, peor que en la de su madrastra habían vivido los huéspedes que se comprometieron á pagar seis reales diarios con principio y que principiaron por no pagar los seis reales y quedarse sin principio desde el principio de su entrada en la casa.

Lucas Gómez halló en el seno de su madre, dulces cariños para el alma, y para el cuerpo suave calor y alimento abundante y sano.

Transcurrieron algunos años.

La casualidad quiso que Lucas y Próspero que habían



EN EL DESIERTO, cuadro de R. C. Woodville



MONUMENTO EN HONOR DE PABLO BAUDRY
Inaugurado el 20 de febrero en el cementerio del Padre Lachaise (París

nacido cada uno de ellos en un extremo de Madrid, se conocieran en un colegio.

Próspero fué llevado á él por empeño de su madrastra que quiso librarse de su presencia.

Lucas contra la voluntad de su madre, pero obedeciendo á las órdenes de su padre, quien se decidió á llevar el niño al colegio para ver si allí le corregían de las malas mañas que el excesivo y mal entendido cariño de su madre había hecho que aprendiera.

En el colegio hicieron grandes amistades Próspero y Lucas.

Juntos empezaron á aprender la declinación de *musa* y *dominus*.

Próspero tenía una memoria felicísima, una inteligencia clara y una notable aplicación.

La memoria de Lucas no le servía más que para acordarse de los mimos de su mamaíta; su inteligencia era despierta y viva para asimilarse todo género de travesuras y de maldades, y su aplicación fué notable para aprender el juego del tres en raya, la manera de echar la zancadilla á un compañero más fuerte y el sistema de tener engatusados á los profesores con ciertas mañas, hipocresías y zalamerías que disimulaban y hasta sustituían su desaplicación y su supina ignorancia.

Próspero sintió desde el primer momento un cariño grande y desinteresado por Lucas y éste en cambio pagó aquel afecto con burlas é ingratitudes.

Los jueves, día en que los colegiales eran visitados por sus padres, recibía Lucas la visita de su mamá, y después de la visita volvía al patio de recreo, con la cara llena de besos y los bolsillos repletos de dulces.

A Próspero nadie iba á visitarle. Para él los jueves eran como los lunes y los demás días de la semana, y si los confiteros hubieran tenido que vivir de la ganancia que él ó los suyos les hubieran dejado, seguro es que ni una confitería hubiera existido.

Próspero no sentía envidia por la suerte de Lucas, ni de los demás compañeros que como éste se veían obsequiados por sus padres ú otros parientes con dulces y juguetes.

Lucas aun teniendo el estómago sucio por el abuso del azúcar, creíase desgraciado en ocasiones porque algún compañero tenía algo de que él carecía.

Próspero reía siempre. Sin deseo y sólo por hacer rabiar á su amigo Lucas, hacía ademán de arrebatarle alguna golosina en el momento en que iba á comerla, y al ver el susto y la acongojada cara de su condiscípulo reía á mandíbula batiente.

Si en la clase de latín preguntaban á Lucas el futuro perfecto de subjuntivo, Próspero que se hallaba sentado junto á él sonreía de satisfacción viendo que podía apuntarle y que su amigo salía del compromiso.

Próspero era feliz porque podía dar algo á Lucas; los productos de sus estudios y de su aplicación; y más feliz aún porque nada recibía en cambio, y sobre todo porque nada deseaba de cuanto poseía su amigo.

Llegaron los exámenes de fin de curso.

Momentos antes de ser llamado Lucas por el tribunal que había de calificarle, se le ocurrió preguntar á Próspero qué era una oración de pasiva y cómo podía definirse en Religión y Moral la indulgencia.

Próspero le dió una explicación clara, tan clara que la inteligencia de Lucas supo apoderarse de aquellas ideas.

Entró á examinarse Lucas y la suerte quiso que le preguntaran qué era una oración de pasiva, en su examen de latín, y qué entendía por indulgencia. Tan recientes estaban las lecciones que le diera Próspero, que como un papagayo las repitió causando la admiración de los examinadores que le calificaron de sobresaliente.

Entró á examinarse Próspero, le preguntaron cosas que de puro sabidas, olvidadas las tenía; contestó á ellas, pero sin lucimiento y distraidamente; pues en aquel momento pensaba en lo que iba á reirse cuando refiriera á Lucas que el profesor de latín tenía la nariz tiznada con el humo de un fósforo y que había vertido sobre unos papeles el tintero creyendo que era la salbadera.

Contestó Próspero á las preguntas que le hicieron conteniendo la risa, y el profesor al verse objeto de aquella risa que él calificó de burlona, movido por una mala pasión y sin considerar que Próspero contestaba discreta y acertadamente, no creyó que merecía otra nota que la de mediano.

Juntos salieron Próspero y Lucas del colegio y juntos comenzaron sus estudios de Derecho en la Universidad.

Lo que en el colegio les había ocurrido, les ocurrió cuando comenzaron sus estudios de facultad.

Uno fué aplicado é inteligente.

El otro holgazán y adulador.

Este se llevó la palma.

El primero, que es quien la merecía, hizo que se la dieran al segundo, pero segundo en todo.

Lucas iba bien vestido; en su casa era un tiranuelo; sus padres satisfacían todos sus caprichos.

Visitaba los teatros, iba á San Sebastián en los veranos, llevaba siempre en los bolsillos tres ó cuatro duros para malgastarlos.

Próspero jamás estrenó una prenda de vestir. Los gabanes de su padre que ya habían sido usados por el derecho y por el revés, se convertían por arte de un sastre de portal en americanas, que lucían sobre su cuerpo las dos caras que siendo gabanes lucieran.

Si alguna vez visitó los teatros fué en clase de alabardero. No conocía más San Sebastián que la iglesia de este nombre, y jamás vió reunidos en su poder más que dos reales que adquirió cierto día vendiendo un montón de periódicos que en la buhardilla de su casa había; y por cierto que cuando su madrastra se enteró de aquella venta, le regaló los oídos con palabras que más de dos reales hubiera dado Próspero por no oirlas.

A pesar de todo, ¿quién era más feliz?

Lucas oía á algunos amigos suyos que en verano iban á París y quería ir también; pero no pasaba de San Sebastián.

Si él estrenaba seis trajes al año, otros había que estrenaban doce.

El frecuentaba el teatro Español y la Comedia y otros iban todas las noches al Real.

Alquilaba él algún día que otro un mal caballejo y el hijo del conde de Q. tenía dos caballos y una preciosa *charrette*.

El sólo podía alquilar y no siempre un *simón ilustrado* del Ateneo, como el hijo del conde de Q. llamaba á los coches de aquella sociedad.

Lucas era algunas veces feliz, pero siempre lloraba por lo que quedaba.

Próspero en cambio reía siempre; no lloraba por lo que quedaba, porque á él todo le faltaba, pero tenía de sobra risa en el alma, risa en los labios y risa hasta en las botas y en la parte trasera de los pantalones. Todo en él era risa.

Mirábase en el espejo y su fealdad le hacía sonreir.

Ocurríale una aventura y olvidaba el lado doloroso para no ver más que el lado cómico.

Rasgábanse sus botas, y al pintar con tinta sus calcetines, hacíase cosquillas en el dedo meñique y acompañaba á sus botas riendo á carcajadas.

Todo en él eran risas francas, excepto las sonrisas de sus pantalones que eran vergonzosas, como él decía, puesto que se ocultaban bajo los faldones de su largo y mal cortado *chaqué*.

Acabaron Lucas y Próspero su carrera de abogado en el mismo año.

Lucas por influencias de su padre y de su padrino, que era, por aquella época, subsecretario del ministerio de Gracia y Justicia, consiguió que le dieran en dicho ministerio un destino de doce mil reales anuales.

Próspero estuvo durante algunos años defendiendo á pobres y parientes y ganó los asuntos de los pobres, que como pobres no podían pagarle, y perdió los de los parientes que si podían pagarle no quisieron hacerlo, pero que para compensarle de su trabajo le calificaron de abogadillo de secano.

Tres ó cuatro años habían pasado desde aquel en que Lucas y Próspero habían concluído su carrera, cuando se cometió en Madrid un crimen de esos que llaman la atención pública.

Buscando el renombre y la reputación fué Próspero á ofrecerse como abogado defensor del autor de aquel crimen y supo con gran alegría que ya se había encargado de la defensa su amigo Lucas.

– ¡Me alegro! se dijo, más vale que sea él que no otro cualquiera. Y en seguida se echó á reir pensando en los apuros que habría de pasar su amigo, que no sabía una palabra de derecho y que aquel año era el primero que ejercía la profesión.

Pensando estaba en esto cuando se presentó en su casa Lucas.

– Dichosos los ojos que te ven, díjole Próspero. ¿Qué te trae por esta casa?

– ¡Ay, amigo Próspero! soy muy desgraciado.

– ¿Desgraciado tú? ¡Tú, el niño mimado de la fortuna!

– No te burles, Lucas. Estoy en un compromiso grandísimo. Sin solicitarlo y por dignidad, he tenido que aceptar la defensa de ese bárbaro que mató á su mujer y á sus cuatro hijos y que tantas atrocidades hizo, y la verdad, yo en mi vida me las he visto más gordas y no sé qué hacer, ni por dónde empezar, y tan apurado me veo que ya ignoro hasta cuál es mi mano derecha.

– ¡Hombre! já, já, já! contestó Próspero, me imaginaba que te ocurriría eso y al pensarlo me reía, y perdona, pero siento ganas de reir. Y al decir esto siguió riendo, hasta que de risa se llenaron sus ojos de lágrimas.

– La verdad es, replicó Lucas algo amostazado, que no veo dónde puedas hallar motivo para esa alegría tan estúpida.

– No te incomodes, muchacho, le contestó Próspero. Si me río es porque me considero muy feliz.

– ¿Fundas tu alegría en el mal del prójimo? objetó Lucas algo escamado todavía.

– No, hombre, no; soy feliz, porque yo puedo ayudarte á salir de ese atolladero.

– ¿De veras me ayudarás? No me atrevía á proponértelo. ¡Oh, mi buen amigo Próspero! añadió dándole un apretadísimo abrazo; me salvas, me salvas y yo sabré recompensarte.

– Déjate de necedades y recompensas; ¿quién te habla de eso y quién te pide ni recompensa, ni agradecimiento? Entre los dos defenderemos á ese bárbaro, y si logramos librarle de la horca, seré felicísimo. Estoy seguro de que más que criminal es un loco, y como dicen que yo tengo algo de loco también, desde el primer momento en que se hizo público su delito atroz, sentí por él cierta simpatía. Dios nos cría y nosotros nos juntamos; yo debía defender á ese loco, y le defenderé y le salvaré.

– Le defenderemos y le salvaremos, querrás decir, interrumpió Lucas dejándose llevar por una necia vanidad, puesto que no vengo á pedirte más que tu cooperación.

– Sí, hombre, sí; ya lo sé y sé también que sólo una modestia excesiva y el gran cariño que me profesas te ha movido á venir á buscar una cooperación que no necesitas.

Lucas en su fatuidad creyó lo que su amigo le decía, y Próspero al verlo, fué feliz, pues una vez más, daba algo sin pedir nada en cambio.

Todos los escritos de defensa de aquella causa célebre, los escribió Próspero y los firmó Lucas.

Próspero escribió el discurso que Lucas había de pronunciar en la vista pública, y se lo hizo aprender de memoria y se lo ensayó durante quince días.

Lucas adquirió por aquella defensa un gran renombre de notabilísimo criminalista, y el autor del crimen fué declarado loco.

El día en que se publicó la sentencia, Próspero no cabía en sí de gozo. Lucas se sintió triste y desdichado. Todo el mundo le festejaba; únicamente le trató con cierto desprecio aquel á quien según creía todo el mundo había librado de la horca.

El declarado loco sabía solamente que si él era loco, su abogado era imbécil.

Transcurrieron dos ó tres años más.

Lucas ocupaba una posición social brillantísima.

Próspero se hallaba en un estado que á cualquier cosa se parecía menos á su nombre, pero satisfacía todas sus necesidades, que eran pocas, y estaba siempre contento como unas pascuas.

Concurría Próspero á las reuniones que todos los miércoles daban los marqueses de Gaufín y á las que asistía una linda muchacha llamada Ernestina Flausián.

Próspero se enamoró de Ernestina y vió correspondido su amor.

Ernestina era muy linda, pero también era coqueta y más coqueta que linda.

Contaba veintiséis años de edad, pero no podía contar los novios que había tenido porque eran como los mártires de Zaragoza; esto es, innumerables.

La posición de Próspero no era muy desahogada, y por lo tanto no podía excitar la codicia de Ernestina, pero ésta escuchó su amor con agrado por la misma razón que había escuchado cuantos amores la dijeron, es decir, por coquetismo y sobre todo porque veíase ya en la antesala de los treinta años, de esa edad en que las mujeres empiezan á ejercer el papel de solteronas y á pensar en los vestidos que habrán de hacer á sus sobrinos, si los tienen, ó á niños de cera.

Pensaba ya en casarse Próspero cuando fué presentado en casa de los marqueses de Gaufín el afortunado Lucas.

Su fortuna se confirmó una vez más.

Apenas le hubo visto Ernestina enamoróse locamente de él; pero aquella vez era de veras.

Ernestina era coqueta por lo que lo son casi todas las que tienen este estúpido defecto, porque era tonta; y como tonta que era se enamoró de la arrogante figura y del hermoso rostro de Lucas, sin comprender que «hermoso era el busto, pero sin seso».

Final de este episodio: Lucas desbancó á Próspero y se casó con Ernestina.

En un principio esta derrota escoció algo á Próspero, pero su buen sentido le hizo comprender, cuando se pasó el apasionamiento, que Ernestina era una coqueta y muy pronto se consoló.

Como el amor que sintió Ernestina por Lucas era verdadero, corrigióse ésta de su coquetismo y fué un modelo de buenas esposas.

¿Fué feliz Lucas?

No. Se había casado por vanidad solamente, deslumbrado por la belleza de Ernestina, pero se acostumbró á su belleza, y si para todos subsistió, desapareció para él.

Próspero se casó también.

Su mujer era fea, de un genio endiablado, celosa, gruñona y aun tuvo otros defectos que... que es mejor callarlos.

¿Fué feliz Próspero?

Sí, lo fué porque, porque... sí.

Y este cuento se acabó

Habrá alguno que diga que Próspero fué un imbécil; quizá tenga razón, pero yo tengo para mí que no fué tal.

Próspero fué feliz porque desde muy niño aprendió la máxima que dice que para ser feliz basta querer serlo.

Quizá también influyó en la conducta de toda su vida, que había adivinado que el novelista francés Emilio Zola había de escribir la novela titulada *La joie de vivre* y vivió tan sólo por la alegría de vivir, y finalmente porque Próspero era algo filósofo y tomó las cosas con filosofía.

A última hora se me ocurre que tal vez la felicidad de Próspero á quien todo le salió mal se debió á que supo convencerse á tiempo de que la vida es un sainete y naturalmente la tomó á broma.

Sea de ello lo que quiera, Próspero supo ser feliz porque... sí.

RICARDO REVENGA.

UNA PERRADA

Escenas semejantes á la que va á referirse ocurrieron en Andalucía, en Valencia, en Alcoy y en Cartagena.

Los pueblos que antes del año 1868 sufrían y callaban, al oir sonar los gritos de «viva la libertad» siguieron sufriendo, pero no se resignaron á callar.

Hay un refrán que dice, que no hay mal que por bien no venga, y este refrán, como todos verdadero, paréceme que no pierde su carácter de tal volviéndole del revés. Más claro, creo que también es cierto que no hay bien que males no traiga.

La revolución francesa, que tantos bienes produjo, llevó tras sí la *época del terror*.

La revolución española á pesar de haber sido ador-

nada con el calificativo de *gloriosa*, también tuvo sus errores. Es decir; en rigor de verdad no fueron los errores de la revolución; las ideas, los principios, no se equivocan nunca; los hombres son los que se equivocan.

Pero observo que siendo mi propósito referir un suceso que podrá ser más ó menos interesante, he olvidado mi deseo, y dejándome llevar de ciertas aficiones de dómine y de filosofastro, que son en mí un vicio incorregible y muy feo y por el cual pido mil perdones, he agarrado la pluma, he escrito el título de esto que será artículo ó sabe Dios qué, y efectivamente, como sólo Dios sabe lo que ha de ser, lo he comenzado como si quisiera escribir un artículo de fondo de un periódico que se publicara en un pueblecillo de Teruel.

Afortunadamente he venido á caer de mi burro, y creyéndome aun en ocasión de remediar mis yerros los confieso, doime tres ó cuatro golpes de pecho y, sintiendo dolor de contrición y de atrición, hago propósito de enmienda y voy á probarlo.

Si es el lector andaluz elija el pueblo de Andalucía que más sea de su agrado, y tenga por cierto que el elegido por él es el lugar de la escena de mi cuento.

Si es valenciano ó de cualquiera otra región española, también dejo á su arbitrio que sea K, H ó R el pueblo en que allá por el año 1873 la gente que trabaja mucho y come poco, quiso volver la oración por pasiva, y comer mucho y no trabajar nada.

Para realizar su deseo no halló medio mejor que llevar á la práctica las teorías que predicaba cierto periódico que se titulaba socialista, sabia publicación que comparaba la sociedad á una banasta de higos colocados por capas. Las últimas representaban las clases trabajadoras, oprimidas y prensadas por las capas superiores. ¿Qué otro mejor medio para resolver la cuestión social que volver la banasta de manera que los oprimidos y prensados hasta entonces fueran los opresores y los *prensantes*, si se permite la palabra?

Con el fin de realizar esta solución si no muy científica muy práctica, dejaron los obreros, los unos los martillos, los arados los otros y echáronse á las calles vociferando, no con rugidos de fiera, sino con gritos de imbéciles hambrientos: «¡Mueran los ricos!»

Pandillas de gentes descamisadas recorrían las calles dando aullidos y haciendo disparos que atronaban el aire.

El que hubiera atribuído aquellos desmanes á otra causa que no fuera un exceso de vino y una falta de buen sentido se equivocara seguramente.

EL RECOVERO, copia de un cuadro de J. de Guzmán

No era la maldad la que movía á aquellos infelices, era el cansancio, era el hambre, era un desahogo del asno, su natural retozo cuando se siente libre y en pleno campo.

Las casas de los vecinos acomodados estaban convertidas en fortalezas, hasta el punto de que cada ventana era una aspillera erizada de escopetas.

El Administrador de Rentas Estancadas del pueblo de nuestro relato érase un retirado del ejército, honradote, bigotudo y de carácter agrio, que con su esposa, raro ejemplar de señoras del antiguo régimen, y sus hijas, dos morenas encantadoras que reunían todas las gracias andaluzas, constituía un verdadero modelo de familia honrada, modesta y dichosa.

Doña Teresa, la administradora, y sus hijas temblaron ante la *hidra revolucionaria*, como tiemblan las palomas á la vista del milano.

Don Juan, que así se llamaba el jefe de esta familia, presa de verdadero pánico al sentir los primeros gritos sediciosos, cargó su escopeta y preparóse á huir á la capital para hacer entrega de los fondos existentes en caja, los cuales, convertidos en oro al anuncio de la asonada, tenía de antemano colocados en un talego que el centinela de la casa, un mastín hermoso y fiero como un león, custodiaba echado al pie de la mesa-escritorio.

La esposa del Administrador, después de haber rezado el rosario en unión de sus hijas, pálidas como muertas, murmuró devotamente el trisagio á que sólo acudía cuando descargaban grandes tormentas.

Don Juan ensilló su caballo, calzóse las espuelas y febrilmente recorría su despacho de un extremo á otro, mientras en la calle menudeaban tiros, gritos, imprecaciones soeces y carreras de gente perseguida, ruidos que despertaron al mastín y le enfurecieron haciéndole gruñir y lanzar roncos ladridos.

Pero el Administrador no sosegaría hasta poner sus fondos en lugar seguro.

– Juan, – le decía su mujer en vista de sus preparativos de marcha, – medita lo que intentas. Es una temeridad que salgas de casa. Esa canalla...

– ¡Por la Virgen Santísima! no te separes de nuestro lado, – interrumpieron sus hijas.

Don Juan, sin atender á los ruegos de éstas ni á las observaciones de su mujer, esperaba á que cerrase la noche para partir escudado en las sombras.

Las horas trascurrieron largas como siglos sin que en el interior de aquella casa se oyese otro rumor que el de las espuelas de D. Juan, cuyas pisadas apagaba la estera de esparto de su despacho, el chocar del rosario que repasaba doña Teresa, los suspiros hondos y continuos de sus hijas y el estertor del mastín que dormitaba.

De vez en cuando D. Juan miraba á la calle por las rendijas de una ventana, y como viera grupos de gente sospechosa en las inmediaciones de la casa, retornaba cauteloso y sombrío á sus maquinales paseos.

Nuevos disparos, nuevas carreras y nuevos gritos turbaron el silencio siniestro de aquellas calles tenebrosas y un temblor nervioso pertinaz apoderábase de aquella aterrada familia.

Tres golpes atronadores conmovieron de improviso la casa-administración: eran tres fuertes aldabonazos en la puerta de la calle que retumbaron en los oídos de D. Juan como si fueran otros tantos hachazos descargados en su cabeza.

Despertó colérico el mastín derribando sillas y produciendo indescriptible estrépito y avanzó á la puerta lanzando ensordecedores ladridos.

– ¿Quién va? – gritó D. Juan con voz ronca.

Calló el mastín al grito del amo y otra voz medrosa desde fuera exclamó:

– Don Juan, esté V. prevenido: la gente se prepara para saquear su casa.

Dicho esto, el que así hablaba corrió como una exhalación, ahogando el ruido de sus pisadas un disparo próximo y nuevos ensordecedores ladridos del mastín, cuyas uñas amenazaban desgajar la puerta.

Don Juan, rodeado de su familia atribulada y llorosa, se dispuso á partir.

Tomó de la mesa de su despacho el talego de los fondos, y dirigiéndose á sus hijas, exclamó:

– No hay otro remedio: es preciso salvar el dinero, pues en ello me va el destino. Si intentaran saquear la casa, franqueadla: que se lo lleven todo en buen hora. ¿Tienes la llave del postigo, Teresa?

– Puesta está por dentro.

– Andando pues.

Bajó al patio de la casa seguido de la familia, desató el caballo, montó en él, llevando por delante el saco con el dinero, y desenganchó la escopeta disponiéndose á marchar.

– Mucho cuidado, Juan, exclamó llorosa doña Teresa.

– Adios, papá, balbucearon las niñas deshechas en lágrimas.

El mastín asomaba entre tanto sus dilatadas narices por las rendijas del postigo, sacudiendo el rabo en signo de marcha, pero sin dar señal alguna de alarma.

– Hasta la vuelta, exclamó D. Juan.

Rechinó la llave, crujió la puerta y salió. Las herraduras de su caballo redoblaron en el empedrado de la calle y volvió á cerrarse el postigo.

Fuése poco á poco extinguiendo el ruido de las pisadas, al par que la angustia indescriptible de doña Teresa y sus hijas que escucharon junto á la puerta breves instantes temiendo oir algún disparo dirigido contra don Juan.

Este continuaba su camino tomando los puntales de las casas ruinosas por forajidos apostados en acecho, el cuarrear de las ranas por el murmullo lejano producido por los gritos de los sublevados, y el tintineo de las espuelas por el eco de las campanas tocando á rebato.

QUEENSFERRY (ESCOCIA) – PUENTE SOBRE EL FORTH, EL MAYOR DEL MUNDO

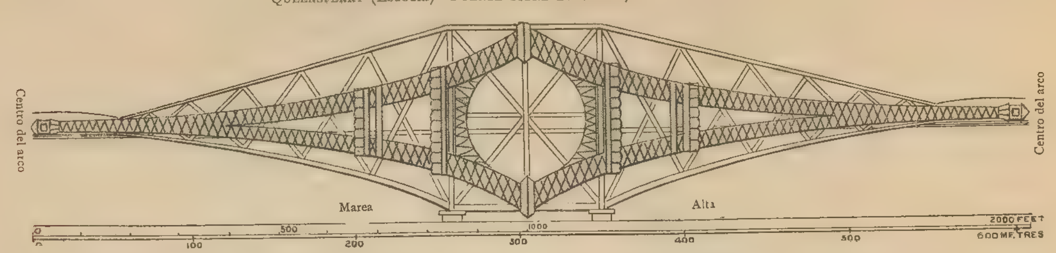


Figura 1. – Tamaño comparativo de dos torres Eiffel, puestas horizontalmente, con la viga equilibrada *(cantilever)* de Inchgarvie



Figura 2. – Demostración del principio mecánico de la construcción del puente

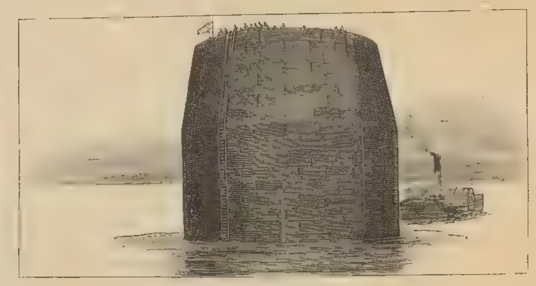


Figura 3. Remolque de un cajón

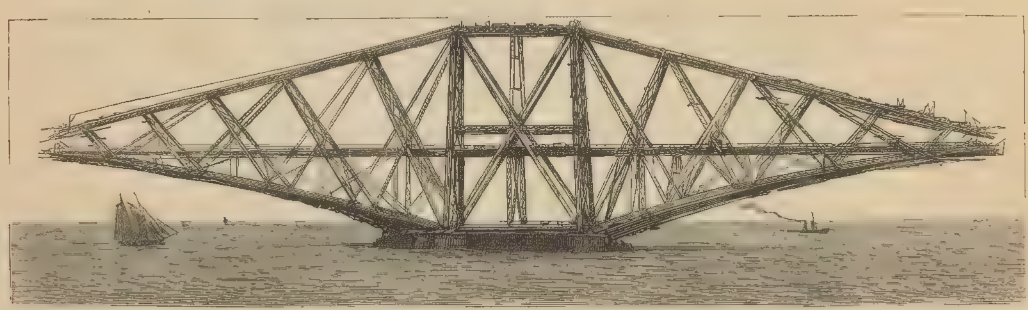


Figura 4. – Vista del puente antes de que los arcos estuviesen unidos en sus centros

Así iba atravesando la ciudad describiendo al doblar de cada esquina una amplia curva no sin observar antes las orejas del caballo, brújula infalible que en estos casos consulta el temor.

Llegó D. Juan á una espesa alameda que se extiende más allá de los arrabales del pueblo cuando notó que iba suelta la montura del caballo.

Apeóse y al poner pie en tierra vió el resplandor de un fogonazo á medio kilómetro de distancia, seguido de una detonación.

Sin duda le perseguían. Arregló precipitadamente la silla, mientras el perro avanzaba furioso hacia el sitio del disparo, volvió á montar velozmente y, clavando las espuelas en los ijares de su caballo, partió á galope.

A poco el mastín presentóse dando saltos y ladrando desaforadamente delante del caballo, á quien parecía querer morder en el cuello.

– ¡Fuera, Leal! – gritó D. Juan.

El perro insistía dando aullidos entre los brazos de la cabalgadura, que se descomponía al esquivar aquellas acometidas furiosas.

– ¡Fuera! – volvió á gritar el jinete.

Pero Leal, cada vez más rabioso, lanzaba feroces ladridos ante el caballo que volaba.

– ¡Leal, fuera!

El mastín redobló sus saltos, sus ladridos y su furia, amenazando dar en tierra con caballo y jinete.

Don Juan entonces echó mano á la escopeta y sonó un disparo al que siguió un aullido doloroso del pobre Leal que rodó herido de un balazo.

Mientras el perro huía trabajosamente en dirección opuesta exhalando ladridos lastimeros, D. Juan picó espuelas y aceleró su marcha á todo galope, mientras meditaba sobre las extrañas acometidas del perro que le auguraban algún triste percance.

Después de media hora de carrera, y cuando ya la aurora comenzaba á alborear, D. Juan advirtió aterrado que el talego le faltaba. Sin duda, como Leal se lo advertía, lo dejó en la alameda por la precipitación de su huida al notar que le perseguían. Ya estaría el dinero en poder de sus perseguidores: era hombre perdido.

Don Juan, en aquel momento de suprema angustia, pensó en sus hijas, y una lágrima resbaló por su rostro desencajado, mientras atónito derramaba vagas miradas en rededor suyo.

Volvió la grupa y partió á escape en dirección á la alameda, tan exhausto de esperanzas como preñado de congojas.

Llegó por fin á aquella llanura poblada de corpulentos álamos, silenciosa y solitaria como mansión de muerte y apenas iluminada por la escasa luz del naciente día. Miró al sitio en que debía permanecer el talego con los fondos y había desaparecido.

Don Juan quedó petrificado.

De improviso se fijaron sus ojos en un rastro de sangre.

– ¡Leal, Leal! exclamó.

Tan sólo el eco respondió á su grito en aquellas soledades.

Siguió el reguero de sangre y al pie de robusto y añoso álamo distinguió un bulto negro.

Era Leal tendido sobre un charco de sangre cubriendo con su cuerpo ya inerte el talego de dinero olvidado por su amo.

Don Juan dió un grito de alegría indescriptible al descubrir intacto el saco, y apartando al perro con un fuerte puntapié, montó de un salto sobre su caballo y huyó á galope.

El sol asomando su disco rojo sobre las cumbres de los lejanos cerros iluminó con luz vivísima el ensangrentado cadáver de Leal.

F. TEODOMIRO MORENO.

NOTICIAS VARIAS

ASCENSIÓN AL KILIMANDJARO (AFRICA ORIENTAL). – La primera ascensión al Kilimandjaro, la montaña más alta de Africa, ha sido realizada por los señores Purtscheller (de Salzburgo) y Hans Meyer (de Leipzig) en 6 de octubre de 1889.

Las anteriores tentativas de Johnston (1884), de Teleki (junio de 1887), de Meyer (julio de 1887), de Otón Ehlers (noviembre de 1888), no habían pasado de los 4.300, 4.500, 5.650 y 5.740 metros respectivamente. El obstáculo que impedía pasar adelante, era un muro de hielo de 200 metros inclinado á 35°: Mr. Purtscheller ha logrado salvar esa dificultad para tantos insuperable.

Los resultados de la expedición que ha exigido una permanencia de 15 días á una altura de más de 4.000 metros son: 1.° comprobar que la verdadera altura de la montaña es de 6.000 metros en vez de los 5.700 que hasta ahora se creía; 2.° reconocer la existencia en la cima del monte de un cráter circular de 2 kilómetros de diámetro y 200 metros de profundidad; 3.° descubrir un ventisquero formado en el cráter por la acumulación de las nieves que se prolonga por una escotadura en el borde occidental descendiendo verticalmente sobre los declives de la cumbre en una extensión de unos 3 kilómetros (600 metros de altura vertical).

LOS INGLESES EN EL LAGO TCHAD. – Los ingleses continúan remontando tranquilamente el Níger y hasta penetrando en el Sudán. En efecto, se anuncia que una misión dirigida por Mr. Graham Wilmot Brooke se dispone á partir en dirección á los Estados del lago Tchad, entre Sokoto y el lago, con el objeto especial de firmar tratados de protectorado con los haussas, rica y poderosa tribu de los fulas, que viven al Este y al Norte de Sokoto y han se extienden por el Sahara, en donde su comercio hace la competencia al de los tuaregs.

Mr. Wilmot Brooke anuncia la pretensión de evangelizar y poner bajo el protectorado británico no sólo á los haussas sino también á los 60 millones de musulmanes que pueblan el Sudán. La ambición de Inglaterra de anexionarse todo el Sudán nunca había sido tan franca y claramente confesada como en esta ocasión.

(De la *Gazette Geographique*)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO X — BARCELONA 14 DE ABRIL DE 1890 — NÚM. 433



ENRIQUE STANLEY célebre explorador del Africa central, de un retrato de F. Moscheles

DEL CONGO Á LOS LAGOS DEL NILO

EXPEDICIÓN DE STANLEY EN SOCORRO DE EMÍN BAJÁ

AL TRAVES DEL ÁFRICA CENTRAL

CON CROQUIS Y DESCRIPCIONES TRAZADOS POR LOS OFICIALES DE LA EXPEDICIÓN

La más reciente, y no la menos notable empresa de Mr. Stanley, el gran viajero africano, ha sido su última expedición, que duró tres años y tuvo por objeto prestar auxilio á Emín Bajá, gobernador de las estaciones egipcias en Wadelai, en el Nilo Blanco Superior. Emín Bajá, que es el Dr. Eduardo Schnitzer, médico alemán, quedó sin apoyo en la llamada Provincia Ecuatorial del Sudán, cuya comunicación con Egipto se interrumpió, por la toma de Khartum y la muerte del general Gordon, desde enero de 1885. Esta provincia hallábase amenazada por el avance gradual hacia el Sud de las fuerzas conquistadoras del Mahdi, el nuevo Profeta musulmán africano, inspirado, como los primeros secuaces de Mahoma, por el celo fanático. En noviembre de 1886, los amigos de Emín Bajá en Inglaterra, habiendo tenido conocimiento de su situación por conducto del doctor Junker, organizaron una expedición para auxiliarle.

En la siguiente narración compilada nos referiremos en particular á la ardua y peligrosa marcha de Stanley desde Yambuya, á través del más espeso bosque del clima tropical; á su encuentro con Emín Bajá, en abril de 1888, en las orillas del Alberto Nyanza; á la permanencia de Mr. Mounteney-Jephson con Emín Bajá en las estaciones egipcias del Nilo Superior, donde los soldados se amotinaron é hiciéronlos prisioneros á instigación de oficiales traidores; á su retirada al acercarse el ejército del Mahdi, lo cual les permitió reunirse con Mr. Stanley; y á la partida de toda la expedición, en abril de 1889, con centenares de fugitivos del Sudán, efectuándose la marcha por un camino sin explorar aun, á través de Unyoro, Usongora, Ankori y Karagüé, al oeste del lago Victoria Nyanza, desde donde llegaron á la costa oriental frente á Zanzíbar.

Estos trabajos y aventuras, desde mediados del verano de 1887 hasta diciembre de 1889, constituyen una historia especial del más variado y palpitante interés, que por necesidad debe dividirse en dos partes separadas, á saber: los viajes dirigidos en persona, ú organizados por Mister Stanley, comprendiendo sus más recientes descubrimientos geográficos; y las dificultades con que debió luchar Emín Bajá en su posición, presenciadas y compartidas solamente por Mr. Mounteney-Jephson, á quien Mr. Stanley comisionó para tratar con los egipcios y sudaneses en el Nilo respecto á su partida, según se acordó por la Expedición de auxilio.

Sin embargo, antes de entrar más particularmente en el detalle de esas transacciones, convendrá describir, ó más bien bosquejar, la posición relativa del Congo Superior y sus tributarios occidentales, así como también de los lagos que se comunican con el Nilo Superior, con esa extraña región intermedia del «Continente Oscuro,» que Mr. Stanley ha sacado á luz ahora, haciendo además nuevos descubrimientos. Con ellos ha enaltecido su fama como explorador del curso entero del Congo, resolviendo en parte uno de los más interesantes problemas de la ciencia geográfica.

Si consideramos que el Africa Ecuatorial está situada entre los 5 grados de latitud Norte y 5 al Sud del Ecuador, y que su anchura media desde el Atlántico al Océano Indico, tomada en globo, se halla entre los 10° y 45° de longitud Este, la porción occidental, es decir, dos terceras partes de la anchura del continente, pertenece á la vasta cuenca del Congo. La parte oriental, desde los ríos comparativamente pequeños que van al Océano Indico, corresponde al Nilo y á sus lagos. La línea divisoria de las aguas viene á estar á los 30° de long. Este, pues con muy ligeras excepciones, todas las aguas al Este de esa línea, en el interior del Africa Oriental, alimentan el lago Alberto Nyanza. Este recibe también parte de su caudal de otro pequeño situado más arriba, conocido con el nombre de Eduardo Alberto Nyanza; ó bien las aguas corren hasta el mayor de esos lagos, el Victoria, que también vierte su sobrante en el Alberto, formando todos el río que nosotros llamamos Nilo, y que es el «Nilo Blanco,» el Bahr-el-Jebel ó Bahr-el-Abiad de los árabes. Este es el principal y verdadero Nilo, aunque en Khartum se ha dado con frecuencia el nombre de «Nilo Azul» al Bahr-el-Azrek, que se une con él desde las altas tierras de Abisinia. Los lagos del Nilo, por lo tanto, y los países que hay alrededor y entre ellos, constituyen una marcada región geográfica, cuya estructura física nos presenta una de las más interesantes formaciones de la superficie del globo. El mérito de haber explorado antes que nadie diversas partes de esta región corresponde al capitán Speke, al coronel Grant y á Sir Samuel Baker (1858 á 1864); pero Mr. Stanley, que dió la vuelta al Victoria Nyanza en 1875, ha hecho ahora otro descubrimiento, señalando la verdadera fuente del Nilo en el lago Alberto, ó en su afluente más al Sud. Más adelante daremos la descripción que Mr. Stanley hace de las montañas, con el Ruwenzori y otras cimas notables, al pie de las cuales corre el desaguadero de este lago, el río Semliki, al cruzar por las altas tierras de Unyoro hasta el Alberto Nyanza. Lo que el lector ha de tener primero en cuenta es la manera de pasar la Expedición de auxilio desde la región del Congo hasta la de los lagos del Nilo.

Gracias á las anteriores exploraciones de Mr. Stanley y al establecimiento del Estado libre bajo su administración, el Congo ha llegado á ser bastante familiar para el mundo civilizado, por los muchos libros, cartas y periódicos que de él hablan hace algunos años. Su navegación, entrando por el Atlántico, en la parte inferior, se interrumpe por las «cataratas,» ó cascadas, en un espacio de cerca de doscientas millas desde Matadi, frente á la antigua estación de Vivi, hasta Manyanga. Ahora se proyecta un camino de hierro para unir esos dos puntos; pero más arriba del Estanque de Stanley, donde se hallan la estación del Estado libre del Congo, Leopoldville, y el establecimiento de misioneros de Kinshassa, no hay dificultad para el tráfico regular de los vapores hasta Bangala, que está al norte del Ecuador. También puede continuarse desde aquí á la desembocadura del Aruwimi, y más allá, en el Congo Superior, hasta las Cascadas de Stanley, ó sea un trayecto de más de mil millas.

Hacia fines de 1886, se resolvió que la Expedición de auxilio, mandada por Mr. Stanley, fuera por el Congo hasta el Aruwimi, y desde allí marchase á lo largo de sus orillas, en la dirección Este, hasta el lago Alberto Nyanza, es decir, un trayecto de menos de cuatrocientas millas. Esta sabia resolución fué discutida al principio, y algunas personas pueden considerar ahora que el resultado confirmó las objeciones hechas entonces. Sin duda se ha realizado el principal objeto de la expedición, que era llegar al paraje donde estaba Emín Bajá; pero ha sido á costa de 30.000 libras esterlinas (150.000 duros), fatigosos trabajos durante tres años, é inmensa pérdida de vidas. No se procedió de la manera indicada por Emín Bajá, ni se siguió tampoco el itinerario que él deseaba, según el cual se habría abierto directamente un camino desde el Nilo, á través de Unyoro y Uganda, y á lo largo de la orilla Norte del Victoria Nyanza. Después se iría por Kavirondo hasta el Este del Africa inglesa, tomando el camino que Mr. Joseph Thomson había explorado entre dicho punto y la costa. Cierto que se rehusó el paso en esta dirección á Emín Bajá y al Dr. Junker; mas la mala voluntad del rey de Uganda, el más poderoso de los Estados indígenas, se habría atenuado probablemente por medio de negociaciones, ofreciendo una suma redonda en dinero. Si se hubiera podido inducir á Mwanga á prestar su auxilio, haciendo un arreglo semejante con Kabrega, rey de Unyoro, es casi indudable que Emín Bajá y su gente habrían conseguido llegar á Mombasa al cabo de unos seis meses, con mucho menos gasto del que se hizo. Esto fué lo que Emín Bajá pidió al público inglés en su última carta, fechada en abril de 1887: «Un camino seguro hasta la costa,» decía; y Mr. Joseph Thomson se comprometió á buscarle. Entre los que aprobaron la vía oriental figuraban el Dr. Schweinfurth y el Dr. Junker, que entendían mejor el asunto.

Pero la influencia de personajes relacionados con el Estado libre del Congo preponderó en favor del plan opuesto, que se concertó en Bruselas, calculándose, muy erróneamente, según se vió después, que yendo por el Congo, y con una marcha de treinta y cinco ó cuarenta días, ó cuando más dos meses, desde Yambuya á Wadelai, la expedición podría encontrar á Emín Bajá en cinco meses. Habiéndose enviado á buscar á Mr. Stanley, que estaba en América, abrióse la suscrición para recoger fondos; el rey de los belgas, como Presidente del Estado libre del Congo, patrocinó la empresa, y el Khedive de Egipto contribuyó con parte de su peculio. Después se dispuso que la expedición se preparase en Zanzíbar, en la costa Este de Africa, y marchara por mar á la Punta de Banana, en la desembocadura del Congo, por la costa Oeste de Africa, embarcándose en uno de los buques ingleses de la Compañía de Navegación de la India: esto se hizo fácilmente. Por los esfuerzos de Mr. Georges Mackenzie y del cónsul Holmwood, en Zanzíbar, engancháronse para el servicio de la expedición 623 hombres de este país, 63 sudaneses y 14 somalis, acompañados desde Zanzíbar por el famoso Tippo Tip, ese traficante en marfil y esclavos, medio árabe, que gobierna en el Congo superior á los salvajes manyemas, que había prometido su auxilio, y era formalmente gobernador de las Cataratas de Stanley, estación arrancada violentamente por los árabes al gobierno del Estado del Congo, cuya política consistía en convertir á su enemigo en un representante oficial de su abandonada autoridad. Tippo Tip llevó consigo cincuenta de sus hombres desde Zanzíbar, y después reuniéronsele algunos centenares más hasta el Congo, naturales de Manyema, raza de Nyangwé.

VIAJE POR EL CONGO

Saliendo de Zanzíbar con la expedición el 24 de febrero de 1887, el vapor de Madura llegó el 18 de marzo á la desembocadura del Congo. Otros cinco buques condujeron aquélla á Boma, residencia principal del gobierno del Estado libre del Congo, donde habitan ahora 120 europeos, en su mayoría holandeses, franceses, belgas é ingleses; también hay allí establecimientos comerciales portugueses, una escasa guarnición de husas y tropas de Bangala, y centenares de labradores indígenas. En Matadi, donde la navegación por el río se interrumpe, la expedición debió desembarcar y emprender la marcha con 1.200 cargas de provisiones que los hombres llevaron hasta Manyanga: este transporte por tierra, dirigido por Mr. Ingham, fué un trabajo muy laborioso de muchos días. Desde Manyanga al Estanque de Stanley, donde Mr. John Rose Troup estaba encargado del transporte, hasta Aruwimi, las provisiones y bagajes se condujeron por agua. A fines de abril, habiendo reunido Mr. Stanley todos los hombres y víveres que contrató en Kinshassa, cerca de Leopoldville y que se embarcaron en cinco vapores, emprendió su viaje por el río. Detenida algunos días por varios accidentes en Bolobo, y tres más en Bangala, la expedición, sin embargo, remontó el Congo desde el Estanque de Stanley hasta el Aruwimi en seis semanas, retrasándose solamente una, según el tiempo prefijado. Mr. Troup y Mr. Ward condujeron después en dos vapores el resto del cargamento, con los hombres que habían quedado en Bangala. No se había perdido tiempo, y la parte del viaje hasta el Congo no sufrió graves molestias, como no fuera la escasez de alimento en el Estanque de Stanley, donde los almacenes de la Estación contenían poca cosa, y los indígenas no querían llevar sus víveres al mercado: en resumen, no había provisiones suficientes para alimentar ochocientos extranjeros. Yambuya, situado al pie de las cascadas, que interrumpen la navegación, fué elegido como depósito de provisiones,



ITINERARIO SEGUIDO POR STANLEY DESDE EL CONGO HASTA LA COSTA DE ZANZIBAR

Mapa tomado de la edición inglesa

La línea de puntos indica el camino recorrido por Stanley y los cuadrados marcan los sitios de estación de Emín Bajá

donde quedarían 257 hombres á retaguardia de la expedición, al mando del mayor Barttelot. Esta retaguardia permaneció en Yambuya desde junio de 1887 hasta el mismo mes de 1888, con Mr. Troup, Mr. Ward y Míster Bonny, mientras que Mr. Stanley marchaba con la vanguardia á través del bosque sin senderos, que conduce al lago Alberto Nyanza.

EL CAMPAMENTO EN YAMBUYA

Mr. Werner ha hecho la mejor descripción que se conoce del campamento del mayor Barttelot, que estaba situado en la parte superior de un ribazo casi perpendicular de unos cincuenta pies de altura. El fuerte, cuya construcción dirigió el teniente Stairs, contenía todas las provisiones, así como las chozas de los europeos; medía unas treinta varas en cuadro, y rodeábale una fuerte empalizada, hecha con sólidas estacas de dos ó tres pulgadas de diámetro y de doce á quince pies de longitud, tan unidas entre sí, que solamente se podía pasar á través de ellas el cañón de una carabina. Frente al río, esta empalizada se fijó en el borde de una pendiente casi vertical de cincuenta pies, de modo que por este lado la fortificación era inaccesible; mas por los otros tres solamente se formó una plataforma á seis pies del suelo, bastante grande para que dos filas de hombres pudieran hacer fuego á la vez. Para los indígenas, que se baten con lanzas y flechas, esta obra defensiva habría sido completa; pero en un encuentro con los árabes, que usan rifles y escopetas de dos cañones, los hombres habrían estado muy expuestos. Para evitar esta contingencia levantóse un terraplén de cinco pies de altura fuera de las empalizadas, rodeándose el todo con una trinchera. No hay estación lluviosa regular en esta parte de Africa; los chubascos se producen á intervalos inciertos, generalmente cada seis ú ocho días; de modo que la trinchera no era solamente útil para la defensa, sino también para recoger agua en el caso de que se cortase la comunicación con el río. Por la parte de tierra, más cerca del campamento árabe adyacente, había dos reductos semicirculares, donde los defensores hubieran podido romper el fuego de flanco sobre el enemigo que tratara de acercarse. Dentro del recinto contábanse cinco chozas, tres de las cuales se hallaban ocupadas por europeos y medio llenas de víveres; en la cuarta se dejó mucho espacio para los cuadrúpedos, instrumentos y útiles que la expedición pudiera necesitar, y en la quinta alojóse Mr. Troup, que estaba muy enfermo. Además de estas cinco chozas, había cuatro construcciones para los criados y varios indígenas, y dentro del recinto exterior hallábanse numerosas chozas, entre las cuales se veían algunas de las de techo cónico de los indígenas, representando todo cuanto quedaba del pueblo, que había sido quemado ya por los árabes. Al rededor de la fortificación habíase despejado la espesura para evitar que se ocultasen allí enemigos, formándose una explanada.

DESASTRE DE LA COLUMNA DE RETAGUARDIA

El 28 de junio de 1887, Mr. Stanley avanzó por el desierto desconocido con su columna de 389 hombres entre oficiales y subalternos. Antes de marchar dió al Mayor Barttelot sus instrucciones, en las que había previsto al parecer todas las contingencias, excepto la que se produjo, es decir, la mala fe de Tippo Tip, que faltó á todas sus promesas y compromisos.

La historia del campamento de Yambuya y de la retaguardia, verdadera tragedia que ni Mr. Stanley ni su teniente podían evitar, es uno de los más melancólicos episodios de los viajes y exploraciones en Africa. Después de puesta en claro la cuestión sobre la confianza que Mr. Stanley depositó en Tippo Tip, no cabía duda de la traición de éste y de Salim-ben Mohamed. Mr. Werner, ingeniero al servicio del Estado libre del Congo, fué quien primero descubrió la criminal deslealtad de Tippo Tip y Salim su representante. No solamente retuvo el jefe árabe los hombres que había prometido, sino que Salim, formando un poderoso campamento detrás del que ocupaba el Mayor Barttelot, prohibió á los indígenas vender alimento á los blancos; pidió para su propio uso los víveres de la Expedición de auxilio; y envió algunos hombres para que rompieran las canoas del Mayor Barttelot, que estaban en el río, cerca de su campamento. «Tal vez habría pasado á mayores extremos, dice Mr. Werner, á no haber sabido que Mr. Ward se disponía á enviar telegramas al Comité de Inglaterra.»

Hemos dicho que Stanley abandonó el campamento, después de dar sus últimas instrucciones, en junio de 1887; y en mayo de 1888 fué cuando Mr. Werner le encontró dominado por Salim ben Mohamed, que al frente de 2.000 hombres le cerraba el paso. A fines de dicho mes, el Mayor Barttelot y Mr. Jameson se hallaban en las Cascadas de Stanley, y habían obtenido de Tippo Tip 400 hombres en vez de 600, para que el infortunado jefe pudiera emprender al fin su marcha en busca de Stanley, cuya suerte ignoraba, y que, según se decía en todas partes, había muerto ya. Cuando los 400 hombres llegaron á Yambuya, suscitáronse dificultades sobre la repartición de la carga, siendo evidente que se tenían malas intenciones y que se trataba de proporcionar á Tippo Tip la ocasión de asegurar para sí algunos de los fardos que contenían pólvora y cartuchos. Entorpecido por hombres que se amotinaban, y amenazada su vida, el Mayor Barttelot, con el resto de su gente, prosiguió su marcha fatal el 11 de junio de 1888, al cabo de un año de padecimientos é innumerables privaciones, que ocasionaron la muerte de muchos hombres. Ya era demasiado tarde para prestar auxilio á Stanley, y el infeliz Mayor estaba destinado á un triste fin. Una semana después, el 18 de junio, fué asesinado por uno de los manyemas que Tippo Tip había puesto al servicio de la expedición. Mr. Jameson murió de la fiebre en Bangala; y Mr. Troup estaba enfermo y hubo de retirarse; de modo que Mr. Bonny era el único europeo que había quedado con la columna de retaguardia, reducida á 71 hombres de los 257 de que se componía, los cuales fueron hallados en la más mísera condición por Stanley en Banalya en 17 de agosto.

LA MARCHA POR LA SELVA

En los recientes mapas del Africa Central en que se marcan estos parajes, el espacio que media entre Yambuya, junto al Aruwimi, donde termina la navegación en botes desde el Congo, y el pueblo de Kavalli, en la extremidad Sur del lago Alberto Nyanza, parece del todo insignificante. Por el Este de Yambuya, Kavalli no dista más de 370 millas en línea recta; pero el río Aruwimi, que en su parte superior se llama Ituri, remonta al Norte, y si se siguen las orillas de este río, la distancia que se ha de recorrer pasa de 500 millas. Mr. Stanley empleó en su primer viaje por este camino 171 días, pero después retrocedió hasta Banalya, donde se había detenido la columna de retaguardia. He aquí cómo describe en sus cartas el carácter de aquella parte del país:

«Estuvimos 160 días en la selva, que es sumamente enmarañada y continua, y nos bastaron ocho para atra-

vesar la región de las hierbas. Los límites de esta selva con dicha región están bien marcados: vimos que se extendía por el Nordeste, formando, como una costa marina, curvas, bahías y cabos; por Sudoeste presenta el mismo carácter; por el Norte y el Sud, el área del bosque se extiende desde Nyangwé hasta las orillas Sud del Mombuttu; al Este y al Oeste lo abarca todo desde el Congo, en la desembocadura del Aruwimi, hasta los 29° de longitud Este. La extensión superficial del trayecto así descrito, completamente cubierto por la selva, es de 246.000 millas cuadradas; y al Norte del Congo, entre Upoto y el Aruwimi, aquélla abraza otras 20.000. Entre Yambuya y el Nyanza se hablan cinco lenguajes distintos. El terreno forma una ligera pendiente desde la cima de la meseta, más arriba del Nyanza, hasta el río Congo, desde una altura de 5.500 á 1.400 pies sobre el nivel del mar.

»Cuando estaba en Inglaterra, reflexionando sobre los mejores caminos abiertos para llegar al lago Alberto Nyanza, pensé que calculaba por lo alto al suponer que bastaría una marcha de dos semanas para cruzar la región de la selva situada entre el Congo y la tierra de las hierbas; y ya se podrá imaginar cuáles serían mis impresiones al ver que durante un mes y otro era preciso cavar, cortar y romper para abrirnos paso en aquella selva continua. Transcurrieron ciento sesenta días antes de que pudiéramos exclamar: ¡Gracias á Dios que hemos salido al fin de las tinieblas! Llegó día en que, blancos y negros, apenas podíamos tenernos en pie. Nunca olvidaremos los meses de setiembre, octubre y la mitad de noviembre de 1887; y octubre, sobre todo, será memorable por nuestros padecimientos.

»Imagínese una selva en que la espesura es de las más compactas, y donde la vegetación se halla en todos los



EL «CAMPAMENTO DEL HAMBRE» EN LA CONFLUENCIA DEL ITURI Y EL IRURI, EN OCTUBRE DE 1887

períodos del crecimiento y de la decadencia; árboles añosos caídos, que se apoyan uno sobre otro, amenazando desplomarse, ó que interrumpen el paso; hormigas é insectos de todas especies, tamaños y colores que se agitan en todos sentidos; monos de diversos géneros; sonidos extraños de aves y cuadrúpedos; sordos rumores como de una manada de elefantes que avanzara por la espesura; enanos armados de flechas envenenadas, ocultos entre el follaje ó detrás de algún matorral; robustos aborígenes que empuñan agudas lanzas; copiosa lluvia casi todos los días; una atmósfera impura, fatal á veces; la fiebre y las calenturas; las tinieblas durante el día y la oscuridad casi palpable por la noche; y sobre todo esto, una selva que se extiende á inmensa distancia, y se podrá formar alguna idea de los inconvenientes que sufrimos desde el 28 de junio al 5 de diciembre de 1887, y después hasta el 10 de diciembre de 1888, día en que esperaba despedirme para siempre de la selva del Congo.

»Ahora que la conozco más, me sorprende que yo pudiese formar ideas tan mezquinas respecto á su extensión, pues bastaba tener en cuenta las enormes cantidades de humedad que el alimento de aquella selva necesita para hacer un cálculo más aproximado. En efecto, todos los vapores que se remontan de la dilatada extensión del Océano Atlántico del Sud son impelidos durante nueve meses del año en aquella dirección; por otra parte está el Congo, cuya anchura varía de una á diez y seis millas, y que en un espacio de 1.400, suministra una humedad inconmensurable, que se resuelve en lluvia, niebla y rocío sobre aquella selva insaciable; y por último, otras 600 millas del Aruwimi ó del Ituri. Téngase en cuenta esto, y no se extrañará que todos los años llueva 150 días en aquella región.

»Hasta que pusimos el pie en la tierra de las hierbas, á unas 150 millas al Oeste del Alberto Nyanza, nunca fuimos recibidos por los indígenas con una sonrisa ó una señal de benevolencia. Los aborígenes son en extremo salvajes, y en alto grado vengativos; y los peores de todos son los enanos, que allí llaman Wambutti. Hasta los animales son tan ariscos y recelosos, que no se puede cazar. La lobreguez de la selva es perpetua; la superficie del río, donde se reflejan las negras paredes de la vegetación, es oscura y sombría; hasta el cielo tiene algo de fúnebre, y el aspecto de la naturaleza y de la vida no tiene nada de alegre. Si los rayos del sol penetran á través de las negras nubes que le rodean y la brisa sopla ligeramente sobre las masas de vapor que hay bajo el horizonte, iluminando el paisaje alguna brillante luz, esto dura muy poco y desaparece como una visión.

»Las mañanas eran generalmente tristes, y el cielo aparecía cubierto de negros nubarrones; otras veces una espesa niebla ocultaba todos los objetos, si bien solía disiparse á eso de las nueve, y entonces producíase un quietismo inalterable. Los insectos dormían; en toda la selva reinaba un silencio de muerte; el río, oscurecido por las sombras y la vegetación, parecía un cementerio, y hasta podían oirse los latidos de nuestros corazones. Si á estas tinieblas no se sigue la lluvia, el sol aparece detrás de masas de nubes. Desvanécese la niebla, y la vida parece despertar ante aquella brillantez. Las mariposas pululan por el aire; un ibis espantado huye de nosotros, y en toda la selva óyense extraños murmullos, entre los cuales se cree distinguir el toque del tambor de alarma.

»Para hacer la señal de paz, las tribus ribereñas arrojan agua á lo alto con la mano ó con un remo, y recíbenla en la cabeza; en casi todas las curvas del río, y por lo regular en el centro de cada una, hay un pueblecillo formado con chozas cónicas, y en algunos de mayor extensión viven miles de indígenas. Si pudiéramos dar crédito á lo que ellos dicen, no habría trigo, ni bananas, ni aves de corral, ni cabras, ni alimento alguno. Los alambres dorados y los abalorios no tenían ya encanto para ellos, pues siempre alegaban que carecían de víveres, y muy pronto nos hubiéramos muerto de hambre si hubiésemos cometido la necedad de creerlos. Siempre que tratábamos de negociar procuraban engañarnos: por una varilla de cobre sólo querían dar tres medidas de trigo, aunque en Bangala, 800 millas más cerca de la costa, se podían adquirir diez rollos de pan de cazabe, debiendo darnos á nosotros lo menos veinte en el punto donde estábamos. Para vivir era preciso coger lo que podíamos.»

El camino de Yambuya á Kavalli está dividido en porciones, en cada una de las cuales la marcha fué muy enojosa, siendo á menudo preciso abrir paso á través del bosque; de modo que la columna de Stanley avanzaba poco más de dos millas cada día.

La primera porción es de 184 millas inglesas, desde el Yambuya en dirección Nordeste y por el Aruwimi hasta los pueblos de Mugwe, en la orilla Norte de aquel río: para este trayecto se emplean 124 horas. Banalya, teatro del desastre de la columna de retaguardia, se halla en esta parte del camino.

Segunda porción: 59 millas desde los pueblos de Mugwe hasta los de Avi Sibba, en la orilla Sud, donde tuvo lugar el encuentro en que el teniente Stairs quedó herido, muriendo cinco hombres por efecto de las flechas envenenadas.

Tercera porción: 39 millas desde Avi Sibba á la confluencia del Nepoko, gran río que corre desde el Norte, con el Aruwimi.

Cuarta porción: 93 millas, desde la confluencia del Nepoko, ó Avi Jeli, hasta la colonia árabe del conocido traficante en esclavos y cazador de elefantes, Ugarrowa.

Quinta porción: 162 millas, por un nuevo camino abierto el año siguiente en la orilla Norte, que conduce al fuerte Bodo, en Ibwiri, estación del depósito construído por Mr. Stanley en 1888.

Sexta porción: 126 millas, desde el fuerte Bodo á Kavalli, en la extremidad Sud del lago Alberto Nyanza.

Estas porciones constituyen un trayecto de 563 millas desde Yambuya á Kavalli; pero el camino que primeramente se tomó, en octubre de 1887, hallábase á unas cincuenta millas en la dirección Sud á lo largo del Aruwimi, más arriba de la confluencia del Nepoko, donde la navegación por este río con el bote de acero que la expedición llevaba y las canoas se hizo imposible. Mr. Stanley, venciendo grandes dificultades, y con peligro de morirse de hambre, dirigióse á la colonia árabe de Kilunga-Lunga, desde donde pasó á Ibwiri, que se halla á 3.600 pies sobre el nivel del mar.

EL COMBATE EN AVI SIBBA

El 13 de agosto de 1887 fué el primer día de aquellos dos desgraciados períodos de que Mr. Stanley hace mención en una de sus cartas publicadas. En dicho día los expedicionarios habían cruzado un pequeño río de unas sesenta varas de anchura, cerca del punto donde se unía con el Aruwimi, acampando en un pueblo situado en la



ÁFRICA. EN EL PAÍS DE MASAI [illegible] EL 11 FEBRERO 1887. QUEMA DE [illegible]

(Copia de un croquis del teniente Stairs)

orilla opuesta. A eso de las cuatro de la tarde, algunos hombres que estaban junto al agua recibieron de pronto una lluvia de flechas de los indígenas que en el otro lado estaban ocultos en una espesura de matorrales. Al oir los blancos el fuego de carabina de los zanzibaritas, corrieron hacia el río, y el teniente Stairs se puso al frente de una partida embarcada en un bote. Cuando avanzaba para desalojar al enemigo, y hallándose á la mitad de la corriente, fué peligrosamente herido más abajo del corazón por una flecha envenenada. El cirujano Mr. Parke le prestó al punto el auxilio necesario. Seis ó siete de los zanzibaritas quedaron heridos, y por efecto del veneno, murieron del tétanos; mas el teniente Stairs se restableció por fortuna, aunque el pedazo de flecha que se rompió en la herida no se pudo extraer hasta catorce meses después. Este incidente produjo mucha tristeza en los expedicionarios.

EL «CAMPAMENTO DEL HAMBRE»

El 5 de octubre, la expedición, debilitada por falta de alimento, llegó á una gran catarata infranqueable situada más abajo de la confluencia de los dos ríos Ihuru é Ituri. Mr. Stanley envió varios hombres para ver en qué condiciones se hallaba el primero de aquéllos, y al volver dijeron que en una considerable extensión era del todo impracticable para los botes ó las canoas. Mr. Stanley resolvió entonces que se sumergieran estas últimas, y que se sacase del agua el bote de acero para desmontarlo, disponiéndolo todo á fin de avanzar al día siguiente tierra adentro. Los expedicionarios padecían hambre por la escasez de raciones, pues la falta de víveres era terrible, repartiéndose cuidadosamente las pocas bananas que se encontraban. Una especie de haba pequeña, ó una nuez del tamaño de una peseta, era el comestible más común, pero apenas servía de alimento. Muchos hombres tenían tales úlceras, que no les era posible andar, por lo cual se les condujo á las canoas juntamente con sus cargas; pero entonces suscitóse la cuestión sobre lo que se debería hacer con ellos. Después de un largo debate, resolvióse formar allí mismo un pequeño campamento, donde quedarían todos los enfermos con sus fardos bajo la vigilancia del capitán Nelson, que no podía andar á causa de las úlceras de los pies. También se decidió que, siendo el único alimento el fruto de una planta trepadora llamada *mabungu*, y algunos hongos, siete ú ocho jefes de Zanzíbar fueran enviados á un campamento árabe, situado solamente á tres días de marcha, para obtener allí algunos comestibles y entregarlos al capitán Nelson. Mas ¡ay! aquellos pobres hombres hubieron de pasarlo muy mal, pues no llegaron al campamento árabe hasta mucho después de haberse presentado Mr. Stanley con su columna. Durante veinte días anduvieron extraviados, y Dios sabe lo que hubiera sido de ellos á no ser por Mr. Stanley, quien dió orden á Uledi, patrón del bote, para que fuera á buscarlos. Cuando se les encontró estaban casi muertos de hambre.



TIPOS DE LA GENTE DE EMIN BAJÁ EN WADELAI

(Fotografía tomada en el campo de Bagamoyo)

El 6 de octubre la columna emprendió la marcha, dejando atrás cincuenta y cinco hombres, un oficial blanco y ochenta y siete cargas. Esperábase recibir víveres en el campamento á los nueve días. Al siguiente de haber marchado la columna, el capitán Nelson mandó buscar una canoa, y envió á veinte de los hombres más robustos para ver si encontraban algunos víveres en varias plantaciones abandonadas que se habían visto dos ó tres días antes. Al marcharse la columna, el teniente Stairs dió un anzuelo al capitán Nelson, y éste pudo pescar un pececillo de unas cuatro pulgadas de longitud, que con una taza de te constituyó todo su alimento aquel día. Muy pronto la muerte se ensañó en los pobres zanzibaritas, y en los primeros días apenas pasaba uno sin que sucumbieran dos ó tres. Varios desertores de la columna llegaron diciendo que sus padecimientos eran horribles y que había habido encarnizada lucha con los indígenas. El aspecto que entonces presentaba el campamento era espantoso, y por doquiera veíanse muertos ó moribundos. A los primeros arrojábanlos en un principio al río, pues nadie tenía fuerza para abrir una fosa; pero después fué necesario dejarlos, porque los vivos estaban demasiado débiles para arrastrar los cuerpos. El noveno día pasó sin que llegara el prometido auxilio, y después otro y otro, hasta que al fin, el 29 de octubre, Mr. Jephson llegó con cuarenta zanzibaritas y treinta manyemas del campamento árabe, llevando algunos víveres. De los cincuenta y cinco hombres que habían quedado en el campamento, y cuyo número ascendía á sesenta con los desertores de la columna, solamente ocho estaban en disposición de marchar, y de estos no llegaron más que cinco al campamento árabe. El capitán Nelson, convertido en un saco de huesos, apenas conservaba ya una onza de carne. La pérdida total fué espantosa.

LA SALIDA DEL BOSQUE

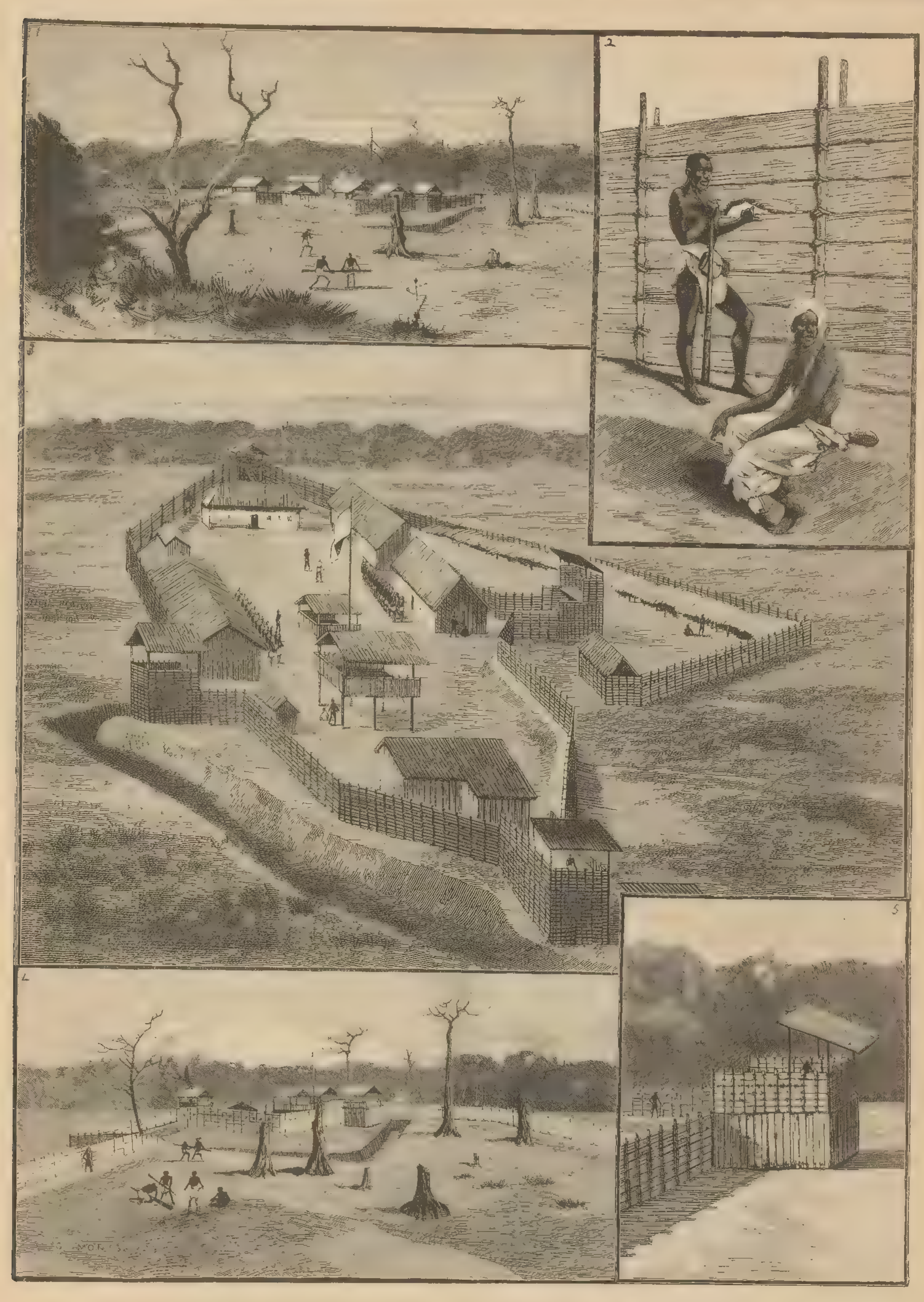
«Hacia principios de diciembre de 1887, la expedición llegó á la orilla oriental del inmenso bosque donde estuvo abriéndose paso desde el 28 de junio. Por fin salía al país descubierto. A los que no han pasado por semejante selva, tal vez les parezca extraño que todos se regocijasen mucho; mas para nosotros, que tanto tiempo habíamos estado en ella, oyendo decir continuamente que las llanuras estaban próximas, sin verlas nunca, aquel día fué uno de los más felices de la expedición. Habíamos tardado 160 días en llegar desde Yambuya al punto donde nos hallábamos, y durante este tiempo no habíamos visto más que cielo, agua y selva. Ya no era necesario abrirnos camino á cada paso, ni tampoco cruzar por cenagosas charcas; el terreno estaba cubierto de altas hierbas, y pronto tendríamos caza y ganado. Efectuamos una buena marcha de nueve millas, y se acampó por primera vez desde que salimos de Kinshassa en el Congo.»

LA LUCHA CON MAYAMBONI

«Algunos días después de haber salido la expedición del bosque, penetró en el país perteneciente á un jefe llamado Mayamboni. Los naturales, en vez de huir al acercarnos, comenzaron á reunirse en los flancos de las colinas, cerca de nuestra línea de marcha, evidentemente con la intención de atacarnos. Muy pronto fué indispensable ocupar una fuerte posición, porque el peligro se hacía cada vez más inminente; y en su consecuencia ocupamos la cumbre de una colina, construyendo allí una especie de empalizada con *mimosas*, que nos permitiría resistir el ataque y castigar á los indígenas. Esta colina, completamente aislada, hallábase en un ancho valle, en cuyo centro deslizábase una corriente de agua, dificultando el paso. Toda tentativa para granjearnos la amistad de los indígenas había sido siempre infructuosa, y por lo tanto no se pensó en otra. Después de algunos ataques simulados por parte de los guerreros de Mayamboni contra nuestra posición, destacáronse dos partidas al mando de Mr. Jephson y el teniente Stairs respectivamente: esta última marchó hacia el Norte á través del valle, y al pasar por éste, sufrió el fuego de una multitud de indígenas ocultos en los platanares; pero después de haber franqueado la corriente desalojóse al enemigo y se quemaron los pueblos que allí tenía. La partida mandada por Mr. Jephson, siguiendo la dirección Nordeste, volvió por otro camino, después de incendiar todas las chozas que encontró al Este de nuestra posición. Esto produjo el efecto deseado: poco después vimos numerosos indígenas que se retiraban por detrás de las colinas hacia el Norte, y al día siguiente pudimos avanzar hacia el lago sin sufrir ninguna otra molestia.»

VISTA DEL ALBERTO NYANZA

Al día siguiente la expedición se hallaba en la cumbre de las colinas que dominan el lago Alberto Nyanza. «A eso de las once de la mañana del 12 de diciembre de 1887, escribe Mr. Stanley, nos habíamos detenido para almorzar. Sabíamos que el lago debía estar cerca, pero todos dudaban de nuestras afirmaciones respecto á que veríamos el Nyanza y Unyoro, imaginando muchos que nos habíamos perdido, sin saber ya dónde estábamos. Poco después de almorzar, un prolongado y ruidoso grito nos anunció que ocurría algo importante; corrimos presurosos,



FUERTE BODO, IBWIRI, CONSTRUIDO PARA DEPÓSITO DE RESERVA DE LA EXPEDICIÓN EN 1888

1. Vista exterior del fuerte Bodo en Ibwiri, al mando del teniente Stairs.
2. Empalizada del recinto, ó *boma*, construída con tablas fijas entre postes rectos
3. Interior del fuerte Bodo á vista de pájaro, con cabañas y plataformas.
4. Otra vista del exterior con terrenos plantados y foso al rededor del fuerte.
5. Una de las cuatro torres que flanqueaban el fuerte.



ENCUENTRO DE EMÍN BAJÁ Y MR. STANLEY, EN 29 AB

DE UN CROQUIS HECHO POR



…RE [illegible] EN KAVALLI, JUNTO AL LAGO ALBERTO NYANZA

y muy pronto divisamos las aguas del Nyanza. Debajo de nosotros, á la profundidad de 2.500 pies, y á unas diez millas, veíase el punto marcado en todos los mapas con el nombre de Kavalli; al otro lado del lago, cuya anchura es aquí de unas nueve millas, elevábanse las rocas de Unyoro, tal vez á 1.200 pies sobre sus orillas. Nuestros hombres, que tan á menudo habían dudado de las palabras del jefe, saltaban ahora de alegría. Es verdad, decían; al fin hemos llegado, aquí está el Nyanza; no nos hemos perdido. El Muzungu (hombre blanco) no engaña.» Después de reposar un poco en la cumbre comenzamos á bajar hacia la llanura, perseguidos de cerca por un grupo de cincuenta indígenas, hasta que las sombras de la noche comenzaron á extenderse. Entonces construimos un *boma*, ó recinto, desapareciendo nuestros perseguidores entre las tinieblas.

EL FUERTE BODO, IBWIRI

Hacia fines de diciembre de 1887, llegada la expedición al Nyanza, y no siendo posible ponerse en comunicación con Emín Bajá, resolvióse volver á la selva, escoger alguna buena posición y construir un fuerte. Al efecto se eligió el pueblo de Ibwiri, y en 7 de junio de 1888 dióse principio á los trabajos.

Mientras los unos buscaban largas pértigas, palos y tablas, de las que usan los naturales para edificar sus pueblos, los otros cortaron bejucos á fin de utilizarlos como cuerdas; en tanto que varios hombres abrían hoyos para plantar los postes. Después de colocados en posición, encajáronse las tablas, asegurándolas fuertemente, y así se obtuvo una barrera de diez pies de altura á prueba de flecha, que rodeaba toda la posición. Además se erigieron cuatro torres, á fin de dominar las cercanías, y se abrió un foso de ocho pies de anchura por siete de profundidad, adoptándose todos los medios posibles para asegurar la posición contra una sorpresa. Se quiso también tener un depósito de cereales, y con este fin se labró un espacio de terreno, plantando allí trigo y habas.

Lo que más nos molestaba eran las excursiones nocturnas de los elefantes, que á veces destrozaban considerables espacios llenos de plátanos, y esto en una sola noche, de modo que se necesitó una guardia de diez y seis hombres para ahuyentar á los colosos.

Otra causa de disgusto para la guarnición eran los huracanes devastadores, que barriendo las cosechas, disminuían la cantidad de trigo en los graneros. Fué preciso además tener centinelas día y noche, pues de lo contrario, los indígenas que nos acechaban hubieran pegado fuego al fuerte. Cuatro ó cinco veces acercáronse durante la noche para robarnos trigo y tabaco. Por la parte del Norte, á distancia de unas seis millas, los wambutti ó enanos, que apenas alcanzan cuatro pies de estatura, y se distinguen por su amor á la rapiña, tenían varios campamentos ocultos. En el fuerte hacíamos cerveza y jarabe con las bananas maduras, que eran muy buenas. Se conservó la posición de Bodo hasta el 22 de diciembre de 1888, en cuyo día debíamos dirigirnos al lago Alberto; pero como se viera que había demasiados enfermos y fardos, se construyó otro fuerte en el río Ituri, ocupándolo por espacio de seis meses. Llegado al fin el día de la marcha, casi todos los pacientes hallábanse restablecidos, gracias á la solicitud del médico Parke. Salimos de la selva el 13 de febrero de 1889, todos con el firme propósito de no volver á los parajes en que habíamos pasado por tan rudas pruebas.

ENCUENTRO DE STANLEY Y EMÍN BAJÁ

La entrevista de Mr. Stanley con Emín Bajá en las orillas del lago Nyanza, se verificó el 29 de abril de 1888, en cuyo día llegó un correo con una carta de Mr. Jephson manifestando á Mr. Stanley que Emín Bajá llegaría en su vapor á la extremidad Sud del lago. Inmediatamente dióse la orden de levantar el campamento y avanzar hacia las orillas para esperar allí la llegada de Emín Bajá. Hízose alto en una eminencia situada frente á la isla de Nzamsassie, y así blancos como negros empinábanse, ansioso cada cual de ser el primero en ver el vapor. Casi á la hora de ponerse el sol, Mr. Stanley consiguió, con ayuda de sus gemelos, divisar el barco, á unas siete millas de distancia. Todos los individuos de la expedición profirieron entonces gritos de alegría, diciendo que pronto verían al hombre por quien habían sufrido tanto. A las siete de la noche el vapor ancló, y poco después el Bajá, el capitán Casati, Mr. Jephson y demás acompañamiento saltaron á la orilla, donde fueron recibidos por el médico Parke y una escolta. Como ya estaba oscuro, los zanzibaritas encendieron teas para alumbrar el camino hasta el campamento, que solamente distaba unas doscientas varas. Mr. Stanley recibió allí á los distinguidos viajeros, acogiéndolos de la manera más cordial y amistosa. Sus hombres, muy entusiasmados, aclamaban al Bajá, mientras que los nubios devolvían el cumplido de la manera que acostumbran con gritos y gesticulaciones. Emín Bajá, que vestía un traje blanco, dió las más expresivas gracias á los ingleses por el auxilio de su expedición.

REBELIÓN DE LAS TROPAS DE EMÍN BAJÁ EN EL NILO

En la historia algo complicada de los acontecimientos relacionados con esta expedición, ofrecen diferente y marcado interés aquellos en que tuvo parte Mr. Jephson, el único individuo de la expedición que llegó á las estaciones egipcias ocupadas por Emín Bajá en el Nilo, al Norte del lago Alberto. Mr. Jephson fué quien durante muchos meses presenció las últimas luchas de Emín Bajá contra los traidores y falsos egipcios y árabes, que promovieron el motín de una gran parte de las guarniciones sudanesas que estaban bajo su mando. Mr. Jephson y Emín Bajá estuvieron á punto de morir á manos de aquellos rebeldes, y desde el 20 de agosto de 1888 hasta noviembre quedaron prisioneros en Dufilé, sin saber cuál sería su suerte, dudando si se les entregaría al Mahdi, cuyo ejército se acercaba, ó si se les daría muerte. Ningún otro europeo se encontraba cerca de allí entonces, y no podían recibir auxilio directo de Mr. Stanley, que había abandonado la orilla occidental del lago Alberto Nyanza. Los datos de Mr. Jephson son por lo tanto únicos en la historia de los hechos ocurridos, y pueden considerarse, bajo diferente punto de vista, como último capítulo de la caída del Gobierno del Sudán, como el desenlace de todos aquellos memorables conflictos que comenzaron en 1882 con la elevación del Mahdi al poder, y los cuales comprenden la destrucción del ejército de Hicks Bajá en el Kordofán, la misión del general Gordon, el sitio de Khartum, la expedición de lord Wolseley, la toma de aquella ciudad, la muerte de Gordon en enero de 1885; las repetidas batallas con Osmán Digma, y todos los demás incidentes ocurridos durante los últimos ocho años. La provincia ecuatorial del Sudán, largo tiempo gobernada por Emín Bajá lealmente en favor del Khedive de Egipto, comprendía los países de los Bari, Shuli, Latuka, Fatiko, Shilluk, Moru, Madi ó Amadí y Makraka, juntamente con ambas orillas del Nilo superior, descubierto por Baker en 1863. Siete años más tarde, el descubridor fué nombrado por el Khedive de Egipto, Ismail Bajá, para administrar la región Sud hasta el lago Alberto Nyanza, y suprimir el tráfico de esclavos, en cuyas funciones sucedióle el general Gordon en 1874 en clase de gobernador. Como la capital de este último estaba en Khartum, confirió á Emín Bajá (Dr. Schnitzer) el cargo de administrar la provincia ecuatorial en 1878. Las estaciones fundadas por Baker y Gordon á lo largo de las orillas del Nilo eran: de Norte á Sud, Lado, que tenía á Gondokoro por capital; Rejaf, Beden, Muggi, Chor Ayu, Dufilé y Wadelai; más allá de éstas había otras estaciones en la extremidad Norte del lago Alberto Nyanza. En 1888, Emín Bajá conservaba todavía el mando de todas aquellas, excepto Lado, de la cual se apoderaron las fuerzas del Mahdi.

EL MOTÍN EN LABORÉ

El siguiente relato es una narración exacta de los incidentes ocurridos en Laboré, que fueron el principio de la rebelión:

«Después de abandonar las estaciones del Norte de Kirri y Muggi, Emín Bajá y Mr. Jephson llegaron el 12 de agosto á Laboré. Mr. Stanley había aconsejado que el segundo visitara todas las estaciones de la provincia, para leer en cada una de ellas al pueblo las cartas que llevábamos de S. A. el Khedive y Nubar Bajá en Egipto, y Mr. Jephson llevaba también una proclama de Stanley á los soldados. El jefe de la estación de Laboré era un tal Surore Aga, esclavo sudanés que había ascendido al grado de capitán en el ejército egipcio. El Bajá no tenía en él confianza alguna, porque era uno de esos hombres fanáticos é ignorantes que aborrecen á todos los que no son mahometanos. Los hechos demostraron que la desconfianza del Bajá no carecía de fundamento.

»En la tarde del 13 de agosto, los oficiales, soldados y funcionarios de la estación se reunieron para recibir al Bajá y á Mr. Jephson y tomar conocimiento del contenido de las cartas y proclama leídas en las otras estaciones. Se notó que, mientras Mr. Jephson dirigía la palabra á los allí reunidos, varios de ellos, en vez de prestar atención, hablaban entre sí, manifestando todos en sus fisonomías cierta expresión de incredulidad. Después de leerse las cartas, un corpulento soldado sudanés, saliendo de las filas, gritó en voz alta: «Todo cuanto se ha dicho »es falso; no llegáis de Egipto, y esas cartas son falsifica- »das.» Después añadió que el Bajá y Mr. Jephson habían propalado muchas mentiras por toda la provincia, pues si la carta leída hubiera sido del Khedive, se habría dado orden á los soldados para que marcharan á Egipto, en vez de decírseles que podían permanecer donde quisieran.

»El Bajá cogió al soldado por el cuello, y quiso arrancarle la carabina de las manos, llamando al mismo tiempo á tres de sus ordenanzas para que le llevaran á la cárcel. Entonces siguióse una confusión indescriptible; los soldados profiriendo gritos y blasfemias, rodearon al Bajá y á Mr. Jephson, cargaron las armas y apuntáronselas; el tumulto fué espantoso, y durante un rato nadie hubiera podido decir cómo acabaría. Algunos soldados se abalanzaron sobre el Bajá y separáronle de su compañero; pero entonces aquél desenvainó su espada para defenderse, mientras que varios oficiales se interponían entre su persona y la soldadesca. En aquel instante una voz gritó que los ordenanzas del Bajá trataban de apoderarse de las municiones, sacándolas del almacén, y entonces todos corrieron al polvorín, dejando solo á Emín. Los oficiales habían hecho cuanto les era posible para calmar los ánimos, pero sin conseguir nada, porque los soldados estaban furiosos. Si á uno de éstos se le hubiera escapado el tiro cuando apuntaba co.. su arma, seguramente habría resultado un drama sangriento, sin que fuera ya posible poner coto al tumulto.

»La conducta de algunos de los que acompañaban al Bajá fué curiosa durante los primeros minutos del motín: Rajab Effendi, secretario del Bajá, se ocultó detrás de un árbol, donde se le encontró después sin conocimiento; Araf Effendi, joven circasiano, corrió á esconderse debajo de una cama en la cabaña de Selim Bey, diciendo que el Bajá y Mr. Jephson acababan de ser asesinados, y varios negros comenzaron á gritar como una bandada de cornejas. En cambio, Vita Hassan, farmacéutico del Bajá, judío de Túnez, al ver lo que pasaba, corrió á casa del Bajá para llevarle su revolver. Los ordenanzas de aquél y de Jephson, así como un chico llamado Binza, se condujeron también con valor, sirviendo de mucho para aquietar los ánimos.

»Este fué el principio de la rebelión. Una semana después, al volver de las estaciones del Norte Emín Bajá y Mr. Jephson, quedaron prisioneros en Dufilé en virtud de una órden de Fadl el Mulla Aga, que había usurpado la autoridad en la provincia. Fueron acusados de conspiración contra el Khedive y su pueblo, y de tratar á sus oficiales con injusticia.»

LECTURA DE LA CARTA DEL KHEDIVE ANTE LOS OFICIALES REBELDES

Los amotinados habían enviado á buscar á varios oficiales rebeldes de Rejaf, Beden, Makraka, Kiri, Muggi, Laboré y las estaciones del Sud, para reunirlos en Dufilé, á fin de examinar el asunto del Bajá. Llegados todos estos oficiales, celebróse un largo consejo en el diván y llamóse á varios testigos para que declararan contra el Bajá. Se interrogó á los tres ordenanzas de Mr. Jephson, y amenazóseles con encadenarlos si no decían la verdad. Prestaron su declaración con toda lealtad, diciendo á los rebeldes que habían venido con la expedición de Mr. Stanley en virtud de una orden de Effendina (el Khedive), y enseñaron á los oficiales sus carabinas, marcadas con la media luna y la estrella, para demostrar que eran soldados egipcios. Los oficiales preguntaron entonces dónde tenían sus uniformes, á lo cual se les contestó que se habían estropeado en el camino. Después se mandó á los ordenanzas hacer un poco el ejercicio, para ver si eran realmente soldados, y como la ejecución fué buena, se les dejó libres. Hecho esto, un oficial fué á la casa de Mr. Jephson para intimarle que se presentara al consejo.

Al saberse el resultado de la primera sesión del consejo de guerra comenzó á observarse mucha excitación, y reunióse una considerable multitud para ver á los testigos en el momento en que los centinelas los conducían. Fadl el Mulla Aga y Ali Aga Djabor, el último jefe de Rejaf, que también se había rebelado, fueron elegidos presidentes del consejo. Este hombre había tratado algunos meses antes de poner preso al Bajá, y por espacio de tres años no quiso reconocer su autoridad. Habíase establecido en Makraka, donde vivía como jefe de bandidos, haciéndose temer de todos por sus actos de violencia.

Al entrar Mr. Jephson en el diván, los oficiales y otros funcionarios le saludaron, y Fadl el Mulla le presentó á todos, incluso á Sheik Mooragan, el primer sacerdote, y también el más redomado bribón de la provincia, uno de los primeros que se pasó á los mahdistas. Mr. Jephson fué interrogado después minuciosamente sobre la expedición, su origen y objeto, y se le hizo referir toda la historia, desde el principio hasta el fin, pero interrumpiéndole continuamente los oficiales con sus preguntas y exclamaciones de incredulidad. Nadie dió crédito á cuanto expuso, alegando los oficiales que si la expedición procediera de Egipto, el Khedive habría enviado algunos oficiales de aquel punto con ella; y además de esto, los parientes que tenían en aquel país les hubieran escrito seguramente, enviando sus cartas con Stanley.

Mr. Jephson presentó entonces la carta del Khedive, entregándosela á Fadl el Mulla, y un empleado de la estación la leyó en alta voz ante todos los oficiales. Después de hacerse varios comentarios sobre el escrito, de carácter dudoso, envióse á buscar algunos nombramientos del Khedive, que tenían la firma del mismo, y se comparó detenidamente con la de la carta.

Durante un minuto ó dos, los que hacían el examen parecieron inciertos, y después, el que tenía la carta en la mano arrojóla á los pies de Mr. Jephson, exclamando: «¡Este escrito está falsificado, y tanto vos como vuestro amo sois unos impostores!» Siguióse á esto gran confusión, porque todos hablaban á la vez, y á la misma presencia de Mr. Jephson se concertó un plan que tenía por objeto apoderarse de Mr. Stanley cuando volviese al lago, despojarle de todas sus armas, víveres y municiones, y obligarle á marchar solo para que pereciera. Mr. Jephson fué conducido después á su casa, y así terminó la primera sesión del consejo de guerra.

PRISIÓN DE EMÍN BAJÁ Y MR. JEPHSON

El género de vida de Emín Bajá y de Mr. Jephson durante su prisión no fué nada agradable. Los oficiales rebeldes que iniciaron la revolución habíanse conducido al principio algo discretamente, pero á medida que pasaba el tiempo, las disputas entre ellos mismos se reproducían de continuo. Las mañanas dedicábanse á tratar los asuntos de la provincia, pero las noches se consagraban á la embriaguez y al libertinaje. De vez en cuando llegaban



MR. JEPHSON LEYENDO LA CARTA DEL KHEDIVE ANTE EL CONSEJO DE LOS OFICIALES REBELDES EN DUFILÉ



LA PRISIÓN DE EMIN BAJÁ Y MR. JEPHSON EN DUFILÉ DESDE AGOSTO Á NOVIEMBRE DE 1888

á oídos de los prisioneros toda especie de rumores respecto á su futura suerte, y al fin se acordó llevarlos encadenados á Rejaf. No se perdonó á ninguno de los que eran amigos del Bajá, y redújose á prisión á cuantos se conocían.

Los dos prisioneros europeos estaban encerrados en un recinto de unos noventa pies en cuadro, circuído de una elevada barrera. Había en el interior seis chozas, una ocupada por el Bajá, otra por Mr. Jephson, una tercera por Vita Hassan, dos destinadas á cocina, y la última para almacén. Los prisioneros tenían pocos libros, tal vez media docena, que debían leer y releer una docena de veces. Desde la mañana hasta la noche no había nada que hacer, como no fuera hablar de los diversos rumores y noticias que á veces llegaban hasta allí. Algunos empleados se presentaban ciertos días con diversas cartas para que las firmase el Bajá, refiriéndose todas ellas á su deposición. A Mr. Jephson se le permitió ir á la Estación, pero siempre seguido de dos centinelas, que vigilaban sus movimientos y daban cuenta de todo á los rebeldes. El prisionero se aprovechaba rara vez del permiso, porque la gente de la Estación era á menudo muy agresiva. Sin embargo, érale forzoso ir más de lo que hubiera querido para buscar alimento, porque los rebeldes lo interceptaban todo, permitiendo solamente que se pasara un poco de trigo. A los criados se les insultaba de continuo, y los prisioneros sufrían toda clase de humillaciones.

El Bajá estaba muy abatido, y á veces parecía imposible distraerle de su melancolía. Así pasaron días y días hasta que el pueblo de Dufilé se electrizó con la noticia de que las tropas del Mahdi avanzaban de nuevo, y esta vez quemándolo toda para vengar su primera derrota; la posición de los prisioneros parecía desesperada, y constantemente recibían noticias sobre los desastres sufridos por los súbditos del Bajá. No podían batirse, ni tampoco se les permitía retirarse; se debían limitar á esperar con paciencia el último golpe. Los oficiales rebeldes, desesperados, y sin saber qué partido tomar, apelaron al fin al Bajá para pedirle consejo; pero en la lucha para recobrar á Rejaf, Alí Aga Djabor y algunos de los más encarnizados enemigos del Bajá fueron muertos; mientras que los de más oficiales, alarmados por lo que había sucedido, enviaron á Emín y á Mr. Jephson como prisioneros á Wadelai. Habían estado detenidos tres meses en Dufilé.

EMÍN BAJÁ CONSIENTE EN RETIRARSE

En diciembre de 1888, Emín Bajá y Mr. Jephson, puestos en libertad después de haber sido algún tiempo prisioneros de los rebeldes, salieron de Wadelai, en el Nilo, con dirección á Tunguru, una de las estaciones egipcias del lago Alberto Nyanza, donde Mr. Jephson pudo escribir á Mr. Stanley, que estaba en Kavalli, manifestándole el estado de los asuntos; pero más tarde, en 6 de febrero, pudo ir en persona á verle; y le dijo que el único obstáculo para salvar la situación era la repugnancia de Emín Bajá á separarse del pueblo sudanés, al que tanto tiempo había administrado. Aunque Emín no era militar, había defendido hábilmente las estaciones egipcias contra los ataques del Mahdi y sus aliados, administrando durante diez años una gran provincia con los mejores resultados, pues mantuvo siempre el orden, favoreciendo la industria; mejoró la condición del país y de los naturales; y confió en la lealtad de las tropas negras sudanesas, cuyo agradecimiento y abnegación mereció siempre. Los traidores que contra él conspiraron fueron algunos de los egipcios y coptos que desempeñaban cargos civiles, y varios de los oficiales militares árabes, es decir la misma clase de hombres que fueron traidores para Gordon; y es opinión general que Emín debió haber procedido severamente con esos promovedores de la rebelión, mientras pudo hacerlo, en vez de tolerar sus abusos é insolencia. Cuando Mr. Jephson acompañó á Emín Bajá á Wadelai, en abril de 1888, supo que 700 hombres del primer batallón de tropas se habían rebelado hacía tiempo contra la autoridad del Bajá, intentando dos veces cogerle prisionero; mientras que el segundo batallón, compuesto de 650 plazas, aunque al parecer leal, habíase insubordinado. Ya no le quedaba á Emín apenas autoridad alguna, pues si necesitaba algo, le era necesario pedirlo por favor á sus oficiales en vez de mandarlo. La rebelión y los acontecimientos ocurridos en agosto y meses siguientes fueron consecuencia natural de esta falsa posición; y no sabemos si se deberá admirar ó censurar la inexplicable benevolencia de Emín, después de ser tratado como lo fué por la soldadesca rebelde. Emín Bajá pensó en salvar al pueblo y á las familias de toda clase de atropellos, sin cuidarse nunca de sí mismo; y seguramente, lo que más le preocupaba era la suerte de las mujeres y los niños, que tal vez serían reducidos á la esclavitud por el Mahdi. Con rara generosidad, é impulsado por el más humanitario sentimiento, aquel hombre notable se negó á huir inmediatamente, á menos de llevar consigo el mayor número de familias y su propiedad, poniéndolas bajo la protección de Mr. Stanley.

Con este objeto fué á verle en Kavalli el 17 de febrero, y los dos tuvieron una conferencia, á la cual asistieron también Selim Bey, otros siete oficiales egipcios y el capitán Casati, habiéndose reunido allí ya un corto número de indígenas que deseaban huir. Después de discutir extensamente, acordóse la retirada de Emín Bajá, fijándose el 10 de abril para emprender la marcha. Mr. Stanley tenía motivos para sospechar una trama de los oficiales árabes, y por eso exigió á Emín Bajá declarase formalmente que exterminaría á todos cuantos tomasen parte en cualquiera conspiración. Procediendo así, Mr. Stanley no había hecho más que cumplir con su deber, librando al Africa Oriental de una caterva de bribones, último resto de esa vil cohorte que ha sido la ruina del dominio egipcio en el Sudán.

RETIRADA DESDE EL LAGO
ALBERTO NYANZA

El 10 de abril de 1889, con toda puntualidad según se había acordado, y sin esperar ya más fugitivos del Sudán, por haberse concedido el plazo de un año, ó poco menos, Mr. Stanley emprendió su larga y penosa marcha desde Kavalli, por un camino tortuoso, á fin de evitar en lo posible la aproximación al dominio de un temible enemigo, Kabrega, rey de Unyoro. En su consecuencia flanqueó este territorio por la parte occidental á través del país de Warasura, hacia el valle del Semliki y las altas montañas situadas al Sud de Ituri, desde donde podría tomar la dirección Sudeste hacia las estaciones situadas en la orilla del Victoria Nyanza. Bajo aquellas circunstancias, este era probablemente el camino más seguro, aunque no el más corto, para ganar el camino de Zanzíbar, ó más bien Bagamoyo, puerto opuesto á la isla de aquel nombre en la costa del Africa Oriental, al cual se llegó á principios de diciembre.

Cuando la expedición dejó al fin el lago Alberto Nyanza, resultó que el cálculo de Emín Bajá sobre el hecho de tener en el Sudán diez mil personas á su cuidado, á las cuales sería necesario proteger hasta llegar á la costa, era un extraordinario error. Muy pocos soldados negros sudaneses, con sus numerosas familias, se hallaron dispuestos á dejar el país. El número total de fugitivos reunidos en Kavalli el 10 de abril ascendía á 514, de los cuales 134 eran hombres, contándose 84 mujeres casadas, 187 sirvientas ó esclavas, 74 niños de más de diez años y 35 de menos de dos. Emín Bajá deseaba que se buscasen cabalgaduras para las mujeres; pero Mr. Stanley le dijo que les aprovecharía más andar; y debe observarse que en los viajes por el Africa las jornadas no suelen ser más que de diez millas por día. Selim Bey, coronel del ejército de Emín Bajá, había ido á buscar 200 de sus hombres, que en su concepto se reunirían con los viajeros; pero después escribió cartas insolentes, quejándose de que se tratara de obligar á los soldados á llevar cargas como los demás; y como no se presentó el 10 de abril, Mr. Stanley marchó sin él, dejando recado de que podría seguirlo si lo tenía por conveniente. De los bagajes de los fugitivos encargáronse 350 indígenas, alistados para el servicio de conducción. Shukri Aga, el fiel oficial de la estación de Mswa en el lago, fué el único asistente militar de Emín Bajá que marchó con la Expedición de auxilio.

EL ORDEN DE MARCHA

En primer término iban de diez á quince hombres como guías ó exploradores; seguía Mr. Stanley, montado en un asno, con dos indígenas que llevaban sus armas, y á pocos pasos iba el ordenanza Uledi, llevando la bandera de la expedición, que es la del Khedive y tiene tres estrellas. En segundo término seguía otro jefe con bandera amarilla que tenía inscritos caracteres arábigos; la compañía número 1 seguía de cerca en fila india, componiéndose de los hombres más escogidos de la expedición, yendo detrás Mr. Jephson, que los mandaba. Las compañías 2 y 3 tenían por jefes respectivamente al teniente Stairs y al capitán Nelson; al frente de la 4.ª iba el médico Parke, y tras él los nubios, dirigidos por Mr. Bonny. La hija menor de Emín Bajá era conducida en una hamaca que llevaban dos zanzibaritas de la mayor confianza, siguiéndola su padre, el capitán Casati, el caballero Marco y Hawashi Effendi, mayor al servicio del Khedive. En último término iba la gente del Bajá; los más fuertes avanzaban con paso firme, pero los débiles quedábanse poco á poco atrás, de modo que cuando la columna hacía una larga marcha, los rezagados se hallaban á veces á tres millas de distancia, y no llegaban al campamento hasta tres ó cuatro horas después que la vanguardia. Tal fué el orden de marcha durante algunos meses por un país generalmente abierto, donde no se debían temer hostilidades.

EL CAMINO HASTA LOS LAGOS DEL SUD

Desde las altas tierras de Unyoro, en la extremidad Sud del lago Alberto Nyanza, hay una bajada hasta la orilla Noroeste del lago Alberto Eduardo, donde se halla el distrito de Usongora. Los considerables espacios pantanosos que se extienden entre él y la montaña indican hasta qué punto debió prolongarse el lago en otro tiempo; pero la llanura es un desierto, aunque todas las señales revelan que en alguna época debió estar muy poblado. Las correrías de los waganda y warasura despoblaron después la tierra de los wasongora, dejando sólo un mísero remanente. Aquí la corriente se dirige por el Nordeste á Toro, y después al Sud y Sudeste por el lago de Grant hasta Karagwe y Uzinja hacia el lago Victoria Nyanza. La meseta de Ankori al Sud de Unyampaka, según la describe Stanley, es un extenso país muy poblado; esta meseta se halla á 5.000 pies sobre el nivel del mar, pero las montañas se elevan á la altura de 6.400. Mr. Stanley da detalles de gran interés respecto á las diversas tribus entre las cuales pasó, tribus que están en continua alarma, por temor á las correrías de sus poderosos vecinos. Los wakonju son los únicos indígenas que viven en la montaña, y sus pueblos se encuentran á la altura de 8.000 pies sobre el nivel del mar. Cuando los waransura invaden su país, suben más aún, y llegan casi á la región de las nieves. Las pendientes más bajas de la montaña están muy bien cultivadas por los wakonju, que se hicieron muy amigos de Mr. Stanley y de su gente. Los habitantes de Usongora, según el célebre viajero, son una hermosa raza, y no difieren de los mejores tipos observados en Karagwe, Ankori y entre los wahuma, pastores de Uganda. Los naturales de Toro son una mezcla de la clase superior de negros, algo parecidos á los indígenas de Uganda. Mr. Stanley sostiene que el tipo etiópico (abisinio) está muy diseminado en esas tierras altas del Africa Central. Ruanda, más allá del lago Alberto Eduardo, es evidentemente un hermoso país, con un pueblo que casi iguala al de Uganda por el número y la fuerza. Las notas de Mr. Stanley sobre la geografía física de la región del lago son en extremo interesantes. Si se tira una línea recta, dice, desde la desembocadura del Nilo á partir del Alberto Nyanza en la dirección Sudoeste, se habrá medido la longitud de otra muy extensa de sumersión, de veinte á cincuenta millas de anchura, que se halla entre los 3° de latitud Norte y 1° de latitud Sur, en el centro del continente africano. Al Oeste del mismo hay una tierra alta muy extensa, que se eleva de 1.000 á 3.000 pies sobre el precipicio, hacia el cual baja la pendiente oriental casi perpendicularmente; mientras que el lado occidental se corre en la dirección Oeste hasta las cuencas del Ituri y del Luva. A la derecha, ó al Este, hay otra tierra alta que está de 1.000 á 3.000 pies sobre el precipicio, y que se prolonga por el Este, llegando á la meseta de Unyoro.

En esta sección está el Alberto Nyanza. La sección central del llamado precipicio, de noventa millas de longitud, se compone de la cordillera de Ruwenzori, que se eleva de 4.000 á 15.000 pies sobre el nivel medio de la cuenca del río Semliki. La sección restante de la tierra alta alcanza de 2.000 á 3.500 pies más de altura, componiéndose de la meseta de Usongora, Unyampaka y Ankori. En la sección Sud, cuya longitud no pasa de cincuenta millas, hállanse el lago Alberto Eduardo y las llanuras entre el mismo y la montaña, por lo cual se comprenderá que dicho lago es comparativamente pequeño, no teniendo sino la mitad de la longitud del que está al Norte. La parte del valle del Semliki que se extiende desde el lago por el Sud es muy llana; en el espacio de treinta millas no se eleva más de cincuenta pies sobre el nivel del lago, y según opina Mr. Stanley, su formación es del todo reciente. A cierta distancia al Sud del lago, todo está saturado de humedad, y aun á setenta y cinco millas desde el Alberto Nyanza el valle está á la altura de unos 900 pies sobre el lago, donde termina bruscamente la región de los bosques. Entonces se tiene un nuevo clima, que contrasta singularmente con la húmeda región del Norte.

RUWENZORI
LAS MONTAÑAS DE LA LUNA

El país que se halla entre el lago Alberto Eduardo Nyanza y el Victoria Nyanza, con una línea central de Norte á Sud hacia el 31° de longitud Este, presenta altas cordilleras. Algunas de las cumbres de más elevación que Mr. Stanley había visto solamente desde lejos en sus primeros viajes, fueron designadas con los nombres de Monte Gordon Bennett, Monte Edwin Arnold y Monte Lawson, y con este calificativo señaláronse en el mapa del Africa Central. En junio de 1889, muchos meses después de haber pasado Mr. Stanley á lo lejos de aquellas montañas, y cuando se hallaba en la extremidad Sud del lago Alberto Nyanza con su segundo el teniente Stairs, la expedición, que había avanzado por el Sud á través del país de Unyoro, cruzando el río Semliki, pudo acercarse por el valle de Awamba para examinar mejor aquellas notables formaciones de una región hasta entonces desconocida.

Según la carta del 17 de agosto de 1889 que Mr. Stanley dirigió á la Real Sociedad geográfica, la cordillera del Ruwenzori comprende montañas que se elevan sobre el valle de Semliki, y considéralas idénticas á las que los antiguos llamaron «Montañas de la Luna.» Un geógrafo árabe hace mención de este nombre, y dice que el Nilo nace de esas montañas, un poco al Sud del Ecuador, lo cual resulta ahora ser un hecho probado en cuanto se refiere al brazo occidental del Nilo Blanco superior.

El teniente Stairs, único individuo de la expedición que subió al Ruwenzori hasta la altura de 10.677 pies el 6 de junio de 1889, nos ha facilitado la siguiente descripción:

«Durante siglos las fuentes del Nilo han sido un misterio impenetrable, y muchas de las tentativas hechas para llegar á las que se hallan más al Sud fracasaron completamente. Hemos podido agregar muchos datos á los conocimientos que ya teníamos de esas fuentes, descubriendo una serie de montañas, que desde el SSE. del lago Alberto Nyanza se extienden hacia el Sud y el Oeste, y tuercen luego al Este, formando una media luna bien marcada. A los picos más altos de la cordillera se les da





EMIN BAJÁ EN CAMPAÑA, COPIA DE UNA FOTOGRAFIA HECHA EN KHARTUM

el nombre de Ruwenzori, aunque las diferentes tribus les aplican otros.

»El paisaje que presentan esas montañas cuando se pasa por su base es de los más magníficos, viéndose allí valles profundos donde reina la más densa oscuridad, y que se elevan desde el bosque, más abajo. El carácter más distintivo de la cordillera es la bien definida forma de los picos ó cimas, que por la parte del Sud presentan casi invariablemente la figura cónica, con pendientes sumamente rápidas, algunas de ellas de cuarenta y cinco grados. Las estribaciones inferiores están cubiertas de bosque ordinario hasta la altura de 6.000 ó 7.000 pies; más arriba hay generalmente un bosque de bambúes que se eleva á 9.500 ó 10.000, y sobre éste, á 1.500 pies más arriba, las faldas de las colinas se hallan cubiertas de brezos, coronando el todo roca desnuda y tierra hasta la cima.

»Una de las particularidades que más llaman la atención en esta cordillera es la gran profundidad de los barrancos entre las estribaciones de las colinas. Aunque las corrientes parten casi desde la cumbre, tienen comparativamente escasa caída, pues sus canales parecen estar cortados directamente en el corazón de las montañas. En algunos puntos, los barrancos por donde esas corrientes se deslizan miden casi de 6.000 á 7.000 pies de profundidad. La altura del punto más elevado de la cordillera es de unos 17.000 pies, contándose unos 2.000 más arriba de la línea de las nieves.

»El país que se extiende al pie de la cordillera es uno de los más fértiles que hemos visto: los plátanos, el trigo indio y las habas constituyen los principales productos de que se alimentan los indígenas.

»La posición de Ruwenzori, según se indica en el nuevo mapa, se halla á menos de 1° Norte del Ecuador, y á los 13° de longitud Este. La cordillera á que pertenece, paralela con el río Semliki, que es el desaguadero del lago Alberto Eduardo Nyanza, y el afluente más al Sud del Nilo, se extiende en la dirección Sudoeste desde un punto de la meseta de Unyoro situado frente á la extremidad Sud del lago Alberto Nyanza, y tiene unas noventa millas de longitud. Parece extraño que esas montañas, cuya altura es casi de 18.000 pies, y que tienen picos cubiertos de nieve, no fueran visibles para sir Samuel Baker, quien supuso que el Alberto Nyanza se extendía á centenares de millas más lejos por el Sud.

DESDE RUWENZORI AL VICTORIA NYANZA

Dejando la parte del valle del Semliki que se halla más abajo de la cordillera de Ruwenzori, que se llama Awamba, la expedición penetró al segundo día de marcha en



LOS PORTADORES DE MR. STANLEY Á RETAGUARDIA DE LA EXPEDICIÓN CUANDO SE ACERCA Á BAGAMOYO



ÚLTIMA REVISTA DE LA EXPEDICIÓN EN BAGAMOYO, DICIEMBRE 1888



LA CARAVANA DE MR. STANLEY CON EMIN BAJÁ, DESDE MSALALA Á LA COSTA, OCTUBRE 1889

(De un bosquejo por el capitán R. H. Nelson)

Usongora, país que flanquea el lago Alberto Eduardo Nyanza por el lado Norte; y tres días después llegó á la importante ciudad indígena de Kativé. Está situada entre un brazo del Alberto Nyanza y un lago salado de dos millas de longitud, poco más ó menos, por tres cuartos de milla de anchura, que consiste en salmuera pura de color sonrosado, y deposita sal en panes sólidos ó cristales. Era propiedad de los wasongora, pero el valor de su posesión excitó la codicia de Kabrega, rey de Unyoro, quien obtiene por ella considerables beneficios; mientras que Toro, Ankori, Ruanda, Ukonju y otros países se ven obligados á pedir la sal para su consumo. Los warasura huyeron al acercarse la expedición. El camino desde Kativé, que se prolonga por el Este y el Nordeste al rededor de la llanura del Alberto Nyanza que está entre Usongora y Unyampaka, resultó ser el mismo que tomaron los warasura en su presurosa retirada desde el lago salado. Al penetrar en Uhaiyana, que se halla al Sud de Toro, y en las tierras altas, Mr. Stanley había pasado por la parte superior del Alberto Nyanza, ó Golfo de Beatriz, y el camino quedaba libre por el Sud, lo cual no impidió que hubiera otro encuentro con los warasura.

Pocos días después, Mr. Stanley penetró en Unyampaka, que había visitado ya en enero de 1876. Ringi, rey de aquel territorio, permitió á la gente que acompañaba al célebre viajero coger las bananas necesarias para alimentarse.

Después de seguir la orilla del lago hasta que tomaba una dirección demasiado al Sudoeste, los expedicionarios subieron á las tierras altas de Ankori, marchando desde aquí, á través de Karagwé y Uhaiya, en dirección á Uzinja.

Al acercarse al último punto por la orilla Sudoeste del lago Victoria Nyanza, Mr. Stanley hizo otro descubrimiento geográfico: encontró una prolongación de ese inmenso lago africano por la parte del Sudoeste, que le acercaba así á ciento cincuenta y cinco millas del lago de Tanganika; resultando de aquí que la longitud total del Victoria Nyanza es de 270 millas, con un área que se puede apreciar en 27.000 millas cuadradas, mucho mayor que la de ninguno de los lagos de la América del Norte, excepto la del Lago Superior, que es de 32.000. En todos los mapas trazados anteriormente, la orilla de Uzinja seguía la dirección Noroeste; pero Stanley ha descubierto ahora que la supuesta línea de esas orillas, que él había visto en su circunnavegación del lago en 1876, no era sino una serie de islas situadas una detrás de otra y que el lago se extendía mucho más allá de ellas al Sudoeste, debiéndose agregar así unas 6.000 millas cuadradas al área total.

DESDE EL VICTORIA NYANZA A LA COSTA

El 28 de agosto, habiendo continuado su viaje por el Sudeste desde Uzinja hasta el país de Unyamwesi, que está directamente al Sud del Victoria Nyanza, los ojos de los expedicionarios se alegraron al ver una cruz que se elevaba sobre el follaje de una arboleda de bananos, entre los cuales destacábase el tejadillo de paja de una iglesia cristiana. Hallábanse en Msalala, la estación de misioneros del digno Mr. Mackay, uno de los hombres más hábiles y valerosos que trabajan en el Africa para propagar la religión cristiana y la civilización. Mr. Mackay es la única persona que ha quedado en aquel país de todas las que envió á Uganda la Sociedad de Misioneros en 1876; pero dos de sus colegas, el Rev. C. T. Wilson y el Dr. R. W. Felkin, de Edimburgo, han relatado en un libro muy instructivo, *Uganda y el Sudán egipcio*, publicado en 1882, el buen éxito de sus trabajos mientras gobernó el último rey Mtesa. La continuación, escrita por Mr. Ashe, y que vió la luz el año pasado, se titula *Dos reyes de Uganda*. En ella se da cuenta del cambio ocurrido bajo la soberanía del rey Mwanga, de la cruel persecución y matanza de los indígenas convertidos al cristianismo en 1886, del asesinato del obispo Hannington, y de otros deplorables acontecimientos que fueron seguidos de una revolución y de la guerra civil en Uganda, lo cual obligó á Mwanga á huir de su reino. Esto sucedió en octubre de 1888, desde cuya época el rey depuesto ha residido con algunos de sus partidarios en una isla próxima al ángulo Noroeste del lago. Allí espera oportunidad para atacar á su rival Kilema; mientras que los misioneros ingleses Mr. Mackay, C. Gordon, H. Walker y D. Deekes han estado en la extremidad Sud del Victoria Nyanza trabajando tranquilamente. Según las últimas noticias recibidas por un telegrama que el doctor Schweinfurth expidió en el Cairo, Mwanga ha restablecido su autoridad en Uganda y ahora es muy amigo de los cristianos.

Con el valeroso Mackay, según le llama Mr. Stanley, los expedicionarios permanecieron veinte días en Msalala, ocupándose en varios preparativos para continuar el viaje y en recoger las provisiones depositadas allí para su servicio. El 16 de setiembre prosiguió el viaje á través de Usikumu é Ihuru, por el camino ordinario de los traficantes y viajeros, hasta la bien conocida estación de Mpwapwa, que no dista mucho más de ciento cincuenta millas del mar. A este punto se llegó el 10 de noviembre, habiéndose agregado á los europeos en el camino dos misioneros franceses, los padres Girault y Schinze, expulsados de Uganda como Mr. Mackay y sus compañeros.

Doloroso es confesar que al llegar á Mpwapwa el número de los que seguían á Stanley había disminuído considerablemente á causa de haber ocurrido muchas bajas entre los egipcios ó árabes, los zanzibaritas y los negros desde que partieron del lago Alberto Nyanza: de 1.500 hombres apenas quedaban la mitad; los otros, en número de 750, sucumbieron á la enfermedad y la fatiga, excepto algunos individuos, en una marcha de 240 días.

Pero ya llegaba el término de aquel laborioso viaje. A la estación de Mswa, distante tan sólo cinco días de la costa, se llegó el 30 de noviembre, y los expedicionarios encontraron al corresponsal del *New-York Herald*, Mr. Stevens, al mayor Wissman, y al representante alemán. Los viajeros encontraron allí todo cuanto podían necesitar en lo tocante á ropas, alimentos y cordiales; y después, recorriendo fáciles etapas hasta Mbugani y Bigiro, y cruzando el río Kingani, operación muy enojosa, con una barca, llegaron el 4 de diciembre á Bagamoyo.

CORDIAL RECEPCIÓN EN BAGAMOYO Y ZANZÍBAR

El mayor Wissman había suministrado caballos á Mister Stanley y á Emín Bajá, que hicieron su entrada triunfal en Bagamoyo. La ciudad estaba adornada con arcos de follaje y ramos de palmera. Hízose un saludo de nueve cañonazos, á los cuales contestó con el mismo número el vapor alemán *Sperber*, y todos los buques se empavesaron. Los oficiales de la expedición fueron invitados á un suntuoso banquete por el mayor Wissman, que felicitó primeramente á Mr. Stanley y á Emín Bajá, congratulándose de que hubiesen vuelto al país civilizado.

Muchas personas llegaron de Zanzíbar para felicitar también á los viajeros, figurando entre ellos sir William Mackinnon, presidente del Comité de la Expedición de auxilio, el cónsul inglés, y los representantes de Alemania é Italia. Por la noche se celebró un banquete.

El 6 de diciembre, Mr. Stanley y sus compañeros llegaron á Zanzíbar, cruzando el canal en el bote correo del *Sperber*, y escoltados por las escuadrillas inglesa y alemana. El gran viajero fué recibido en dicha ciudad por el cónsul británico, quien le entregó en nombre del Sultán la Orden de Zanzíbar. El *Katoria*, escoltado por dos buques de la escuadrilla naval inglesa, condujo después á Egipto á Mr. Stanley y sus compañeros ingleses.

TRADUCIDO POR E. L. DE VERNEUILL

Imp. de Montaner y Simón

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO IX — BARCELONA 21 DE ABRIL DE 1890 — NUM. 434

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

UNA PARTIDA DE CAMPO

cuadro de Miralles, grabado por Sadurní

No es esta la primera vez que la firma del celebrado pintor catalán, Sr. Miralles, aparece en la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. En otras ocasiones hemos publicado copias de sus cuadros y al hablar de éstos hemos consignado lo que del artista pensamos y le hemos prodigado los elogios que en justicia se le deben.

Enamorado del *chic* de las mujeres parisienses y de las costumbres de la sociedad elegante de la capital francesa, Miralles ha sabido reproducir uno y otras con la exactitud propia del profundo observador, embelleciendo sus cuadros con los poéticos toques que su talento artístico contempló en la naturaleza y sorprendió en las escenas de la vida real.

Una partida de campo confirma nuestras palabras: en él las figuras y el paisaje están pintados con delicadeza suma, el tono general del lienzo respira apacible poesía, y los detalles se nos ofrecen irreprochables por su verdad y por las muchas bellezas que se admiran en ellos.

En suma, esta obra viene á aumentar la larga serie de las que tanta fama han valido á nuestro compatriota á quien nuevamente enviamos un cariñoso y entusiasta aplauso.

ANTES DEL BAILE

cuadro de Ziekendrath, grabado por Bong

No se trata en este cuadro de la inocente niña que va á hacer su debut en el gran mundo y á gustar por propia experiencia los placeres con que tantas veces ha soñado, ni de la enamorada joven dispuesta á escuchar dulces conceptos deslizados en sus oídos entre los armoniosos acordes de la orquesta y mientras en sus brazos aprisiona su cuerpo el que con sus palabras tan bien supo hacerse dueño de su alma, ni de la mujer hastiada ó escéptica que va al baile segura de no encontrar nuevas emociones para su gastado corazón, ni de la honrada esposa que se dispone resignada á cumplir uno de los deberes que impone la sociedad en que vive.

La expresión de su hermoso rostro y la apostura casi varonil de su cuerpo admirablemente formado son claro indicio de que la arrogante belleza con tan exquisito arte pintada por Ziekendrath se apercibe á entrar en una de aquellas luchas á que está tan avezada y que tanto la deleitan convencida de la inferioridad del enemigo á quien trastorna con sus picarescas miradas y atrevidas sonrisas y de la superioridad de sus armas escogidas por ella entre las mejores del provisto arsenal de la coquetería.

LA LECCIÓN DEL ABUELO

cuadro de Souza Pinto, grabado por Baude

Las escenas de la vida marítima inspiran á menudo y con fortuna á los pintores: de ello tenemos nueva prueba en el cuadro que reproducimos.

La lección del abuelo combina en hábil contraste la ruda fisonomía del viejo lobo de mar con el fresco semblante del chiquillo que aprende á fabricar el artefacto con el cual algún día habrá de ganarse el sustento. En la aplicación con que el muchacho se absorbe en su tarea hay algo conmovedor y gracioso, al paso que los rasgos del anciano han adquirido á fuerza de peligros y de fatigas una serena gravedad que los ennoblece.

Esta composición de carácter tan sencillo como verdadero puede figurar entre las mejores del reputado pintor Souza Pinto.

EL ESPEJO DEL ALMA, cuadro de G. Schachinger

Aunque este cuadro no estuviera lleno de primores de ejecución, como lo está, siempre resultaría eminentemente simpático por la idea que en el fondo encierra. No quiso el pintor limitarse en él al procedimiento, ya no muy original, de reproducir en un espejo el rostro de una figura vuelta de espaldas; quiso y consiguió censurar indirectamente un defecto imperdonable aun tratándose de una joven bella y elegante como la del hermoso cuadro de Schachinger: la vanidad. ¿Y cómo lo consigue? Apelando á un medio tan sencillo como ingenioso; haciendo que el lindo busto se destaque entre un grupo de



UNA PARTIDA DE CAMPO, cuadro de Miralles, grabado por Sadurní

plumas de pavo real, animal que es el símbolo del más necio de los pecados capitales.

Tiene el lienzo bellezas de primer orden, como por ejemplo la verdad con que están tratadas las flores, telas y demás accesorios y la naturalidad de la actitud y de la expresión de la figura, pero por encima de ellas está, en nuestro sentir, el pensamiento capital de que el cristal azogado en que se refleja el cuerpo de la joven sea, á la par, el espejo que reproduzca su alma.

ALEGORÍA DEL MES DE MARZO

por Enrique Lefler

El pintor alemán tomando por pretexto la alegoría del mes de los vientos ha trazado una graciosa escena de aquellos que algunos llaman buenos tiempos y que en nuestro concepto no fueron mejores ni peores que son los actuales. Hay en la mirada que cruzan los dos jóvenes y en la sonrisa con que se saludan una picardía (y no usamos esta palabra en su sentido más malo) que no es patrimonio exclusivo de ninguna época, y que si alguna vez supo disimularse tras una hipocresía engañadora, surgió con nuevo vigor al soplo de cualquier pasioncilla. Quizás esto mismo quiso indicarnos el artista al colocar su escena en ese mes durante el cual la naturaleza aparentemente muerta bajo las nieves invernales renace vigorosa y lozana cuando siente en su seno los primaverales efluvios del calor que la fecunda.

LA PRIMERA IMPRESIÓN

cuadro de Carlos Arnold

No necesitamos explicar cuál es el asunto de este cuadro; harto salta á la vista el contraste entre el miedo y el respeto del lanoso faldero que por vez primera se encuentra frente á frente de la disecada cabeza del tigre y la familiaridad con que la trata el esbelto lebrel que de antiguo la conoce.

¡Cuántas veces se repite en este mundo la fábula de esos dos perros! ¡Cuántos se inclinan tímidos ó respetuosos ante el que tratado íntimamente resulta inofensivo cuando no despreciable por su insignificancia!

EL GENERAL CAPRIVI

nuevo Canciller del Imperio alemán

Jorge León Caprivi de Caprara de Montecuculli nació en Berlín en 24 de febrero de 1831: á los 18 años ingresó como subteniente en el regimiento de Francisco José de granaderos de la guardia en el que ascendió hasta el grado de comandante que tenía al comenzar la campaña de 1866 durante la cual sirvió como agregado al estado mayor del general en jefe del ejército de Bohemia.

En la guerra franco-prusiana de 1870 que estalló siendo él teniente coronel fué nombrado jefe de estado mayor del primer cuerpo de ejército y se distinguió notablemente en varias batallas y sobre todo ordenando el movimiento que efectuó el décimo cuerpo mandado por el general Voigth-Rhetz y que cortando la marcha de los franceses sobre Verdun les obligó á retirarse á Metz.

En 1871 entró en el ministerio de la guerra como jefe de división; en 1876 y 1881 asistió como jefe de la comisión alemana á las maniobras rusas y francesas respectivamente. Teniente general en 1882, hallábase al frente de la 30ª división de infantería de guarnición en Metz, cuando Guillermo I le colocó con la categoría de Secretario de Estado y el título de vice-almirante al frente del Almirantazgo del Imperio, de donde salió para encargarse del mando del 10° cuerpo de ejército que ocupa el Hannover. Allí le ha sorprendido en 20 de marzo último el nombramiento de Canciller del Imperio con que le ha honrado Guillermo II.

El sucesor del príncipe de Bismarck no es un diplomático; su carrera, como se desprende de la biografía á grandes rasgos trazada, es puramente militar. Esto sentado, la elección de Guillermo II ¿significará en éste el deseo de ser él y sólo él quien dirija la política alemana y de tener en el general Caprivi simplemente un instrumento de su voluntad y de sus planes? Y si esto es así ¿se conformará el nuevo canciller con este papel pasivo ó tendrá talento y energía bastantes para enseñorearse del ánimo del nieto como su antecesor se apoderó del ánimo del abuelo?

De todos modos el nombramiento del general Caprivi ha dado lugar á que los políticos de todas las naciones se hayan echado á fantasear llegando en sus comentarios á las más encontradas soluciones, pues mientras unos afirman que ese suceso precipitará la guerra, suponen otros que contribuirá á afianzar de un modo más firme que hasta aquí el estado de paz de Europa y quizás al tan deseado desarme universal. ¿Quién tendrá razón?

No nos toca á nosotros contestar á esta y á las anteriores preguntas; tócanos sólo compadecer á los pueblos europeos cuya tranquilidad, bienestar y progreso pueden estar á merced de las genialidades de un jefe de Estado ó de las alternativas de cualquier cambio político.

EL NUEVO PIGMALEÓN

Œgri somnia...

¡Pobre Leoncio! Siempre que recuerdo su lamentable historia, siéntome sobrecogido de profunda tristeza y lamento más el extraño afán de aquellos que, apartando el pensamiento de la vida real, no tan mezquina ni insufrible como algunos creen, le tienden á otra existencia creada por sus sueños y se absorben en inacabables visiones contemplativas.

No pasaba Leoncio Valbuena de los veintidós años seguramente cuando yo le conocí; era de agradable presencia, alto, rubio, nacido en la patria de Murillo y Becquer y había terminado hacía poco tiempo la carrera de Medicina con notable aprovechamiento; no era mi amigo uno de los que con pocos conocimientos propios explotan la confianza ajena, sino un verdadero apóstol de su ciencia.

No interesa á mi relato dar á saber cómo y cuándo nos conocimos y apreciamos. Diré tan sólo que nos unía amistad grande y que en nuestras frecuentes conversaciones solía yo atacar vigorosamente su enfermedad.

Porque Leoncio estaba enfermo, y á pesar de sus grandes conocimientos en la ciencia y arte de curar, no sospechaba siquiera que no se hallaba en el pleno goce de su salud.

Y lo cierto es que ninguno de cuantos médicos ha habido en el mundo, desde Esculapio hasta Letamendi, hubiera caído en la cuenta del padecimiento de mi amigo Leoncio, padecimiento tan peligroso que dió fin con su vida, como verán aquellos que lean este relato, si paciencia para terminarlo tuvieren.

El caso era el siguiente:

Ningún síntoma alarmante se advertía en él; la sangre recorría con regularidad el laberinto de venas y arterias; los músculos, ágiles y flexibles, obedecían las menores indicaciones de la voluntad; los nervios trasmitían diligentes al cerebro todas las impresiones externas; en el pulmón, que funcionaba perfectamente, verificábanse las misteriosas nupcias del aire y la sangre; todos los órganos, en fin, cumplían su misión con escrupulosa exactitud... sin embargo, Leoncio estaba enfermo.

En vano buscaríais en los Diccionarios de Medicina el nombre de su enfermedad.

Era ésta aquel extraño afán de que antes he hablado; abominaba Leoncio de cuanto en el universo ocurre, gustaba de forjar otro en aquellas misteriosas cavidades del cerebro donde la idea se elabora, y se pasaba las horas que sus tareas le dejaban libres en separarse cuanto podía de este mísero planeta, si no materialmente, cosa al parecer imposible hasta ahora, acudiendo á los recursos de aquella imaginación suya, lamentablemente poderosa.

Todos cuantos esfuerzos puede llevar á cabo la más decidida amistad (y la que yo le profesaba era entrañable) puse en acción, en cuantas ocasiones me dieron oportunidad para ello, sin que el éxito por mí tan ardientemente deseado, correspondiera á la sinceridad de mis afanes.

Era Leoncio un soñador empedernido: pasaba su vida soñando, y de aquellos sueños nació la idea más absurda, más descabellada é increíble que germinó jamás en mollera humana. Se enamoró... y no quiero decir con esto que sea el enamorarse disparate; obedece el hombre juntamente á una ley física y otra moral cuando siente amor y lo fija en quien lo merezca y corresponda, y natural es entonces que se desarrolle vehementísimo y sea manantial perenne de las felicidades más altas que pueden embellecer la vida.

Pero no se enamoró Leoncio como puede enamorarse cualquiera; se enamoró de cierta mujer que jamás había visto, en la acepción recta de la palabra, ni podía ver, porque tal mujer no existía, ni había existido jamás, ni podía existir.

Y voy á explicarme más claro inmediatamente, para que no crea el lector benigno que trato de burlarme de él, cosa ciertamente muy lejana de mi ánimo.

¿Quién no ha oído referir la historia de Pigmaleón? Todos saben que era el tal famoso escultor griego, autor de una estatua tan prodigiosamente hermosa, que, sin poderlo remediar, quedó el infeliz artista prendadísimo de ella.

Pues algo muy parecido á lo que aconteció al escultor, cuya extraña aventura se ha perpetuado, le ocurrió á mi amigo Leoncio, que si no escultor, ya he dicho que era de imaginación soñadora, y por consiguiente no necesitaba otros mármoles, cinceles, ni utensilios que su fantasía.

En efecto, dióse á pensar en el amor, en la inefable dicha de amar y ser amado, en las condiciones que había de tener la mujer querida, y cálculo tras cálculo, meditación tras meditación, medidas y más medidas, convencióse de que únicamente aquella mujer soñada, solamente aquella podía hacerle venturoso.

¿Creéis que mi amigo se decidió á buscar por esos mundos la mujer que más se aproximase á la ideal?

Pues, no señor; no hizo tal cosa; no se contentaba él con semejanzas, y tampoco creía que poseyera el mundo nada que ni remotamente fuera parecido á la deidad que entonces, todavía confusamente, vislumbraba, en lo cual forzoso es concederle razón.

Por lo tanto, seguro, como llevo ya dicho, de que únicamente aquella mujer podía darle la anhelada dicha, y de que la tierra no podía proporcionársela, y decidido además á no pasarse sin ella, decidió *crearla*.

Creóla pues, y la creó tan perfecta como debía esperarse de aquella fantasía, de suyo poderosa, y por el idealismo exaltada.

Allí, en el tabernáculo sagrado, en el taller sublime de su mente fué surgiendo esplendorosa y divina la figura deseada. Las canteras de Paros y Carrara sólo hubieran producido inmundo barro en comparación de *aquello* blanco, blanquísimo, suave y fresco en que Leoncio trazó con armonía y proporción admirables, contornos jamás vistos en nuestro planeta. ¿De qué materia se hubiera valido el más inspirado artista para formar la cabellera luenguísima que poco á poco, al conjuro de la voluntad de Leoncio, fué derramándose con ensortijamientos fantásticos por las hermosas espaldas? ¿Qué paleta tuvo jamás matices que compitieran en delicadeza con los que del maravilloso cuerpo brotaron?

Y día tras día, sin punto de reposo ni barruntos de olvido, prosiguió el artista modelando *in capite* la intachable escultura hasta que todas las curvas, ondulaciones y relieves con suprema armonía combinadas aparecieron en el fondo de su cerebro iluminado por la fantasía forman do el cuerpo más deliciosamente bello que soñar pudo la imaginación más exuberante.

Deleitóse el nuevo Pigmaleón contemplando aquella su obra maestra, y después de admirar la sublime perfección á que llegaba, reunió por un esfuerzo asombroso de la voluntad todos los impulsos de su inteligencia y en aquella obra hermosa forjó el principio misterioso, la esencia extraña, el inefable *quid* que derramó la vida en el cuerpo del prodigio. Y entonces amanecieron en las pupilas espléndidas auroras, y en los labios, antes sólo milagros de color y de dibujo, brotó triunfalmente el movimiento, signo de la vida, en sonrisas celestes, y en el corazón surgió el latido, poblando de palpitaciones las líneas y combas del bellísimo busto. Y si el soñador Leoncio labró tan portentosamente el cuerpo, ¿qué espíritu imaginaría para que fuera digno soberano de aquella hechura?

Imaginadlo también vosotros, combinad las más absolutas sublimidades psíquicas, que yo (que siempre fuí de expresión deficiente) no he de osar retrataros el alma por excelencia que á mi pobre amigo ocurrióle en su extraña manía colocar en la imposible escultura de sus sueños.

Y una vez consumado el *FIAT*, no pensó en otra cosa que en contemplar, adorar y poseer espiritualmente su creación, y fué para él la vida una serie no interrumpida de absorciones en su amor de enajenado. Todas las operaciones de la vida común verificábalas como maquinalmente, y toda su clientela de enfermos la fué perdiendo poco á poco, pues en más de una ocasión recetó gárgaras de ácido nítrico á un varioloso, se empeñó en curar una anquilosis verificando la operación del trépano, ó pretendió vencer unas fiebres gástricas con inyecciones de amoníaco en los oídos. Tales desatinos y otras mil extravagancias que omito eran sólo efecto de la perenne presencia de *Eva* (que así la bautizó mi pobre amigo) en su trastornado espíritu.

Por fin y postre... ¡cuánto dolor causa recordarlo y decirlo...! efectuóse en él el fenómeno extraño, asombroso, impenetrable que desquicia la razón humana. Sí, amigos míos, sí. Loco, loco de remate quedó el desdichado.

Poco á poco primero y con terrible celeridad más tarde cayó en ese estado en que las ideas, tropezándose bruscamente bajo las cavidades del cráneo, parece que desatentadas ruedan y viajan vertiginosamente como en frenético torbellino, de lóbulo en lóbulo, de célula en célula, sin conseguir hallar jamás su nido verdadero, forjando monstruos espantables y trágicamente grotescos, conjunto deforme de los más incompatibles elementos, agitándose en estrambóticas danzas macabras y revolviendo en horrorosos contubernios las demencias más disparatadas... cayó en ese estado, digo, en que la retina (¡oh arcano!) en vez de reflejar lo exterior, á lo que á veces se hace insensible, no copia sino los febriles engendros del cerebro en tortura, como si por horripilante fenómeno girara el globo entero del ojo en la órbita, mientras los oídos, sordos también en ocasiones á los rumores externos, escuchan y comprenden las voces y sonidos que en el pandemonium de los sesos inexplicablemente se producen.

No creo necesario decir que fué preciso llevarle á un manicomio. Ingresó en uno, á poca distancia de Madrid situado y allí continuó y terminó su lamentable vida del modo que voy á referir.

Al poco tiempo de su estancia allí, ocurrió un desastroso accidente en el proceso de su enfermedad. En aquella anarquía intelectual, las hordas de ideas desordenadas y delirantes, arrastradas por tremendo vértigo, un día destruyeron y trituraron la famosa obra que con tanto esmero forjaran en otro tiempo, cuando dóciles obedecían la voluntad de Leoncio, de cuya inteligencia desaparecieron la materia fantástica y el alma-sueño de su inventada esposa; mas para complemento de desdicha, quedóle como una reminiscencia vaguísima de la existencia de aquella criatura.

Y al llegar á este punto, no sé en verdad cómo explicarme para ser comprendido. El desgraciado conocía (permitidme el impropio giro que voy á emplear) que algo se le había extraviado en el cerebro, y hasta vislumbraba confusamente lo que era; pero no podía precisar detalle alguno del deshecho ídolo. Unicamente recordaba el nombre, pero la palabra Eva no le servía de símbolo de algo conocido. Procuraré explicarme más claramente. Si yo oyera una palabra sanscrita, nada diría á mi inteligencia; sería un sonido vano solamente. Tal le pasaba á él con la diferencia de que recordaba que en otro tiempo tenía aquel nombre para él sentido clarísimo y en la época de que voy tratando no le era dado apreciar su significación. El intolerable tormento que aquello le causaba, fué el que produjo el terrible desenlace de su demencia.

Horas enteras pasaba en el jardín del manicomio buscando afanosamente en el aire, en el cielo, en los troncos y copas de los árboles, bajo las piedras, en todas partes, en fin, la *entidad* que se le había perdido, y murmurando constantemente: ¡Eva! ¡Eva! ¡Eva! únicas palabras que pronunciaba desde su entrada en aquella casa. Tomó de pronto su manía más alarmante carácter. Quizá con enorme trabajo pudo entrever que lo que buscaba, sólo en su cabeza había existido, y desde entonces al cráneo dirigiéronse sus investigaciones: palpábale, recorríale y golpeábale por fin sin cesar y con tanto encarnizamiento, que hubo que recurrir á la camisa de fuerza; pero la desesperación suya fué tan grande al verse privado de acción para rebuscar en su cabeza, que hubo de poner en grave aprieto á todo el establecimiento. Con las manos libres se hubiera matado al fin y al cabo, pero cuando se le imposibilitaba de moverlas, la enorme sobrexcitación que sentía había de causarle la muerte indefectiblemente.

Decidióse tras larga y animada controversia dejarle libre, aunque sometido á rigurosísima vigilancia.

Y este fué su último estado, que acabó del modo extraño y terrible que veréis, para terminar esta siniestra, verídica é inverosímil historia.

Una hermosa tarde de otoño había yo ido, según costumbre impuesta por el cariño que le conservaba, á visitarle; hacía ya días que parecía más tranquilo, y por esta razón el guardián que le custodiaba y contra él mismo defendía, hallábase más que de costumbre descuidado. Cierta amorosa pareja que en compañía de otras perso-

nas visitaba el cementerio de almas, íbase diciendo en voz baja aquellas ternezas propias de enamorados, y casualmente algunas frases apasionadas llegaron á oídos de mi infeliz amigo.

Oir aquellas palabras que no habría escuchado desde su entrada en el manicomio, alzar con viveza la frente como si en el fondo entenebrecido de su espíritu surgiera algún recuerdo, quedarse un momento vacilante cual si le faltara el final de aquella memoria y herirse de pronto con tan violentísimo, furioso é incontrastable ímpetu el cráneo, que éste, ya resentido de anteriores golpes, quebróse como bajo una maza, todo fué obra de un momento.

Acudimos todos hacia él, pero ya tarde. La destrozada cabeza, en un estado que yo no he de pintar, ensangrentaba el derribado cuerpo del desdichado; pero ¡ah! en su rostro no se advertían señales del espantoso dolor que debía sufrir; en sus ojos, de nuevo expresivos, brillaba una beatitud profunda, y con los últimos alientos, brotaron de sus labios estas palabras, primeras y últimas que pronunció en el manicomio: «Eva, Eva mía, al fin vuelves... al fin!...» Y cerrándose sus ojos, abandonándose por completo, quedó allí inerte el mísero despojo corporal de mi amigo.

¿Y su espíritu?... ¡Quién sabe!

ROBERTO ROBERT Y LÓPEZ



ANTES DEL BAILE, cuadro de Ziekendrath, grabado por Bong

EL MARCO NEGRO (1)

I

Se llamaba Antonio Alegre y era pintor. No semejaba en esto sólo al famoso Correggio, que era pintor y se llamaba Antonio Allegri. El artista español, como el italiano, prefería la belleza femenina para tipo de sus obras; las modelaba con fuerza singular de claroscuro, y les imprimía un sello especial de delicadeza y de dulzura. Su lienzo era espejo donde sólo lo que era bello se copiaba; en su paleta no había matices para lo feo, como en su corazón no había sentimientos para lo malo.

Pero el talento de Antonio yacía encerrado en lóbrega prisión: en la pobreza. Era tan pobre, que carecía de traje con que presentarse él, y de marco con que presentar sus pinturas. Antonio no poseía más que lo necesario, lo absolutamente necesario para comer y pintar. Y no comía sino para vivir, y no vivía sino para pintar.

Murió su madre cuando él era muy niño y quedóse al cargo de su padre, mercader de literatura vieja, ó sea vendedor y comprador de libros y estampas usados. El pobre hombre tenía su comercio, cual la hiedra, planta de las ruinas, pegado á los muros de antigua iglesia. Antonio creció entre grabados amarillentos y volúmenes envejecidos.

El día, así en invierno como en verano, lo pasaba con su padre en el *puesto*, mal abrigado del frío y mal guardado del sol. Cuando llegaba la hora, sobre un montón de papelotes polvorientos ó de infolios desvencijados, comían en escudilla de barro con cuchara de madera. Por la noche cerraba el padre el puesto y se subía con el rapaz á una buhardilla cercana, donde dormían. ¡De esta vida vivió catorce años!

El padre de Antonio no prosperaba en su comercio. Faltábanle despejo y malicia. No había logrado aprender á comprar una cosa buena como mala y á vender una mala como buena. Solía fiarse ¡cosa inaudita! de los compradores y hasta de los vendedores. Era un cuitado, que llevaba su honradez, como su giba el camello, para comodidad y provecho de otros.

Antonio, de niño, no sabía qué hacer en el puesto. No podía correr ni jugar, porque su padre no osaba apartarlo de sí; no podía leer, porque no sabía; no podía hablar, charlar más bien, sin medida, como gusta á los niños, porque su padre, ó estaba en diálogo monótono y continuado con los que acudían á la tienda, ó entregado á la lectura, aunque somera, de sus libros, para tener idea del surtido con que contaba.

Antonio no podía jugar, ni hablar, ni leer; sólo le quedaba un recurso: mirar.

Por la calle, como no era muy frecuentada, pasaba siempre lo mismo. El niño se cansó presto de barrenderos y sirvientes á primera hora, de estudiantes y oficinistas de ocho á diez, de vagos y ociosos al mediodía, de paseantes por la tarde, de «regresadores» (si vale el vocablo) al anochecer. Y no más, porque entonces Antonio y su padre cerraban el puesto y se encaminaban á su buhardilla. Pasábales como al perro á quien desatan para encerrarlo.

Antonio, pues, se cansó presto de mirar lo de afuera y dióse á mirar lo de adentro. Dentro de la librería había mucho que ver: docenas de estampas. Estas eran, en su mayoría, litografías medianas de cuadros famosos. El librero de lance había en una ocasión adquirido, por escaso precio, un montón de ellas; pero no cuidándolas, amarillearon en breve y apenas si vendía alguna á precio ínfimo.

Antonio, que frisaba en los doce años y empezaba, por lo tanto, á pensar con reflexión y á sentir con conciencia — pero que, como queda dicho, ignoraba aún la lectura y la escritura, — no daba otro pasto al espíritu que el que ganaba con los ojos. Teníalos por ello siempre fijos en los grabados. El mundo para él se componía de figuras vivas y figuras pintadas: éstas más bonitas que aquéllas.

Venus y la Virgen, Apolo y Cristo, Danae y Magdalena, Baco y Job fijaban indistintamente sus miradas. El hereje más abominable no hubiera procedido por malicia de otra suerte que procedía él por inocencia. Buscaba, quería, adoraba las deidades de la mitología con preferencia á los santos del cristianismo. Solía gustarle la Virgen cuando era de Rafael, de Murillo, de Sassoferrato ó de Rubens; pero cuando era de los antiguos maestros alemanes, italianos ó flamencos (es decir, cuando pertenecía á la época mística en que se pintaba con fe, y sin tratar, antes bien evitándolo, de halagar los sentidos), la Madre de Jesús no le era grata. Prefería á Venus, que en cualquier tiempo y en cualquier escuela ha representado el tipo más perfecto de la hermosura femenina. De tan singular manera se educaba Antonio.

Su ignorancia, que rayaba en pecaminosa, según hemos visto, fué quebrantada al cabo. El niño se desesperaba de tal modo porque no podía descifrar los letreros que tenían las imágenes al pie, aunque á veces se los leía su padre, que éste, deseoso también de que su hijo no careciese al menos de la instrucción más rudimentaria, pactó con un maestro de primeras letras la enseñanza de leer y escribir para Antonio, á trueque de algún libro prestado y de alguno que otro regalado.

El maestro, á hora determinada, de paso para otras lecciones, se detenía en el puesto de Alegre; acercábase al chiquillo y le daba la lección, que él muy atento seguía. En breve plazo aprendió á leer bien y á escribir medianamente. Pero esto último le importaba poco; hacía ya algún tiempo que Antonio sabía expresar sobre el papel sus ideas sin auxilio del alfabeto: dibujaba.

II

El anciano librero había sorprendido en cierta ocasión á su hijo con una estampa delante, otra vuelta por lo blanco sobre las rodillas, y un palito, que mojaba en un tintero, en la mano: trataba el niño, con ahinco singular, de reproducir en un lado lo que veía en otro.

Comprendió el buen hombre que aquello entretendría mucho al chico, y no hizo sino cambiar la estampa invertida por un pliego de papel y el rústico bastoncillo por un lápiz.

Desde aquel día no hubo para Antonio más tarea que el dibujo; dibujo caprichoso, intuitivo, con incertidumbres y vacilaciones á cada paso. Era caminar con luz, pero por vía ignorada; así, lo que debiera costar una hora costaba veinte. No flaqueaba por esto en su empresa; todas las fuerzas de su alma se habían condensado sobre aquel lápiz, como toda una bandada de avecillas sobre una rama. Marcaba, borraba, diseñaba de nuevo, volvía á corregir... La tela de Penélope era trabajo baladí comparado con el suyo. Al principio sus ensayos fueron torpes, apenas inteligibles, como las primeras palabras que balbucea el tierno infante... Despues el lápiz adquirió soltura, siguió con acierto las líneas, puso en claro los contornos, expresó las ideas: habló.

Poseía Antonio una cualidad sobremanera provechosa para aquel prolijo empeño: la paciencia. Con ella, tanto como con su ingenio nativo, inventó, adivinó ó suplió las reglas que desconocía.

(1) Debidamente autorizados por su autor, insertamos este cuento tomándolo del tomo de *Cuentos Raros* que con tanto éxito ha publicado en Madrid el castizo escritor y reputado crítico, D. Lius Alfonso.



LA LECCIÓN DEL ABUELO, cuadro de Souza Pinto, grabado por Baude



EL ESPEJO DEL ALMA, cuadro de G. Schachinger

En la iglesia, á cuyas vetustas paredes se había adherido el puesto de Alegre, entraron una mañana algunos hombres provistos de útiles de pintar. Antonio aprovechó un momento oportuno y entró tras de ellos. Ni él mismo se dió cuenta del espacio de tiempo que, asombrado, extasiado, contempló cómo aquellos hombres hacían poco á poco brotar de los entrepaños de la nave ó de las pechinas del ábside hermosas figuras y lindos follajes de vivos y variados colores.

El padre del muchacho, que nunca lo tenía lejos de sí, pasó muy inquieto aquel rato, y le reprendió vivamente cuando volvió. Pero al día siguiente Antonio le suplicó tanto que le dejase entrar en la iglesia, que el buen hombre, sosegado por otra parte al saber con certeza dónde estaba su hijo, consintió en ello.

Como, mirando estampas, con un lápiz y un papel en la mano, había aprendido á dibujar, mirando cómo decoraban los pintores aquel templo, aprendió Antonio á pintar. Aprendió también, al propio tiempo, á venerar la iglesia. «Casa de Dios debe ser – decía para sí – la que con magnificencia tal adornan los hombres.»

Un comisionista, que solía suministrar al viejo Alegre lápices y papel baratos (lo cual era una secuela de su industria de libros y estampas), llevó por acaso un día una de esas paletas de cartón con pastillas de colores que, para entretenimiento infantil, y á muy poco coste, fabrican en Francia. Alcanzó á verla Antonio, y fué tal y tan vehemente su deseo de poseerla, que el comisionista, amable de suyo, se la regaló. Antonio, loco de contento, imaginó que le entregaban en un haz los siete colores del iris...

Entonces, recordando lo que en la iglesia había observado, empezó á teñir con aquellas pálidas tintas las figuras que copiaba de los grabados. El primer día que lo hizo experimentó ese dulce sentimiento de vanidad que experimenta una madre pobre al vestir con ropas nuevas y vistosas á su niño.

Así creció Antonio; así pasó de los quince años. No conocía el mundo; no conocía la vida; no conocía siquiera Madrid. Sus pies recorrían únicamente los tres lados del pequeño triángulo, cuyos vértices eran su casa, el puesto y la iglesia. Oía distraidamente, por lo común, las conversaciones callejeras que se suscitaban cerca de él; leía alguna que otra vez libros de los estantes de su padre, y prestaba mucha atención á las músicas, ya de bandas que pasaban, ya, con más frecuencia, de un piano vecino. Y sin explicarse por qué, ni engolfarse en raciocinios para explicarlo, cuando leía versos armoniosos y correctos, recordaba los contornos gentiles de las ninfas del Correggio ó de Rafael, y cuando escuchaba la música, parecíale – y no le parecía mal – que las notas graves eran tonos oscuros, las agudas, tonos brillantes, y las notas medias, medias tintas, formando todo ello en su oído la misma deleitosa impresión que en su vista producían las pinturas.

Así, decíamos, creció Antonio y pasó de niño á hombre. Para él, á pesar de su situacion precaria – pues no había podido salir de la buhardilla por vivienda y del pucherete por comida, – no ofrecía la existencia grandes colores. No dormía sobre cojines, mas tampoco sobre espinas. Además, soñaba despierto.

III

Una mañana despertó Antonio con terrible despertar. Un hecho inopinado y brutal le hirió como un rayo. Su padre murió, y murió de repente. Cuando el médico examinó el cadáver, ante los vecinos que, por caridad los menos, por curiosidad los más, habían acudido, dió científica y detallada explicación de la causa de aquel imprevisto fallecimiento. Antonio no entendió la explicación, ni la recordó nunca. Para él, que en nada conocía rodeos ni intermediaciones, no había más que una cosa: su padre muerto. Lo único que preguntó al doctor, y con tal acento que nadie osó reirse, fué si existía algún medio de revivir un cadáver. Cuando oyó que no lo había, se acercó al difunto, cogió su diestra, la besó, le miró de hito en hito, tan pálido y tan frío como él, se apartó á un rincón, hundió la cabeza en las manos, y permaneció así veinticuatro horas, sin moverse, sin hablar, sin sollozar... pudiera decirse que sin vivir.

Al día siguiente la señora Tomasa le obligó á irse al puesto. La señora Tomasa, portera de la casa donde Antonio vivía, era una mujer entrada en años y en carnes, de genio pronto y de corazón excelente, dispuesta á reñir por todo, á reirse por todo y por todo á apiadarse. Era viuda; no había tenido más que un hijo, que murió de pequeño, hacía veinte años. Y como era de esos seres que no pueden existir sin querer, y el cariño que rebosaba en su pecho habíase quedado sin objeto y la ahogaba, como el exceso de sangre en ciertos temperamentos, apeló á una sangría, según decía ella, para no morirse, y fué trasladar á Antonio todo el afecto que hubiera dedicado á su hijo.

Obedeciendo, pues, á la buena portera, que, tanto por distraerlo de su pesar como por inclinarle á cuidar de su hacienda, lo empujaba hacia la calle, Antonio marchó á la librería y empezó á regentar el puesto.

Desde el primer momento aborreció el oficio. Dábale profunda tristeza, por una parte, no ver junto á sí á su padre, que tres días atrás estaba allí sano y fuerte; enojábale, por otra, haber de entenderse en las disputas y regateos de la compraventa; acongojábale, por último, no disponer apenas de tiempo para pintar.

Transcurrieron así algunos días. Uno de ellos, poco después de haber arreglado Antonio triste y perezosamente su estantería, oyóse un tremendo ruido y un clamoreo extraño en una calle que venía á desembocar casi enfrente del puesto. Un *break* de probar, arrastrado por dos caballos desbocados y enfurecidos, llegó, con la violencia de un huracán, á estrellarse contra la librería de Antonio.

Pudo éste evitar el choque, mas no así su menguada tienda. Agolpóse la gente; sobrevino, *casi* á tiempo, la policía; recogieron al cochero, sin sentido á consecuencia del golpe, á los caballos, lisiados y aturdidos, y al coche, roto y destrozado; y, habiendo rogado Antonio á los agentes de orden público que se marchasen, quedó él solo junto á un montón de tablas desquiciadas y de libros diseminados y maltrechos.

Permaneció así un rato, sin dar muestras de aflicción ni de cólera; después rogó en una tienda inmediata que cuidasen de las ruinas del puesto; se alejó, volvió á poco con otro librero de viejo, é *incontinenti* y sin regatear apenas, le vendió libros y estantería.

Tomó el dinero, y al irse le dijeron los de la tienda citada:

– ¿Sabe usted de quién era el coche que causó tanto estropicio? Del marqués de Campo-Bélico.

Antonio movió ligeramente los hombros, se despidió y se fué. Aquel nombre, sin embargo, quedó fijo en su memoria, como el del cirujano que, tras dolorosa operación, le hubiese devuelto la salud.

Antonio compró en el acto caballete, paleta, caja, colores, pinceles, lienzos y tablas; lleváronselo todo á su habitacion, lo instaló convenientemente, y se puso á pintar. En sus labios vagaba la primera sonrisa después de la muerte de su padre.

Al siguiente día un mayordomo del marqués de Campo-Bélico se presentó en el puesto de libros que había sido de Antonio, para entregar al librero, de parte de su señor, dos billetes de 500 reales, á título de indemnización por los daños que produjo el coche.

El nuevo poseedor de la blibioteca de lance dió mil gracias por su generosidad al marqués, en la persona de su mayordomo, y, sin decir nada á nadie, se guardó los cincuenta duros.

IV

El sotabanco que ocupaba Antonio estaba alquilado á la señora Tomasa, quien lo realquiló, en su tiempo, á Alegre, el padre. Cuando éste murió y el muchacho quedó huérfano, solo, pobre y sin recursos, á causa del accidente referido, la buena mujer dispuso que Antonio continuara ocupando la buhardilla, á condición de no pagar nada por ella. Hizo más: subió algunos muebles y trebejos, que, según dijo, le estorbaban; lavó y planchó unas cortinas blancas de percal, para adornar con ellas la ventana del pintor, y le arregló, en suma, el cuarto con un aseo y un orden que era un encanto. Antonio, sin pronunciar palabra, dió á la señora Tomasa un abrazo muy apretado. Pero este abrazo la compensó á ella con usura de todo cuanto había hecho.

Nuestro héroe vivía, pues, pintando, como al empezar dijimos. Llevaba algunos meses esta vida, hasta que un día de mayo – tanto más luminoso y risueño cuanto que el invierno, y aun el mes de abril, habían sido nublados y lluviosos – Antonio se levantó temprano, como de costumbre, preparó sus avíos de pintar, arrimó á la luz el caballete, y atraído por el dulce encanto de aquella mañana primaveral, se asomó á la ventana. Lanzó una exclamación y se echó atrás, pálido el rostro.

Había visto una mujer; mejor dicho, la mujer; aun mejor, *su* mujer.

V

El cuarto de Antonio, aunque abuhardillado, era bastante claro y bastante grande. La casa era muy antigua, de las de dos pisos solamente; de suerte que la ventana de Antonio, con ser de piso tercero, estaba baja.

El sotabanco no daba á la calle; el edificio á que pertenecía lindaba por las espaldas con el jardín de un caserón viejo, con honores de palacio, cuyo jardín, exento de servidumbre de luces, no podía ser curioseado por ningún vecino, á excepción de Antonio y una planchadora de edad madura que habitaban las dos buhardillas de la casa frontera.

Pero estos habitantes no molestaban á los del palacio, que apenas se daban razón de su existencia. Además, muy rara vez habían aparecido en las ventanas; la planchadora, por ocuparla dentro sus tareas, y los Alegre, padre é hijo, porque no estaban más que de noche en su buhardilla. Era aquella la vez primera que Antonio se asomaba á la ventana y fijaba su atención en el jardín.

Avanzando sobre éste, y arrancando del caduco edificio, había una galería ó terrado con recia balaustrada de mármol y corpulentos jarrones con plantas en flor. Al extremo de la galería, muy cerca, por lo tanto, de la ventana de Antonio y á no gran diferencia de nivel (pues, como sabemos, el sotabanco era bajo y la galería subía al primer piso), veíase, apoyada en el antepecho y perdida la mirada en las copiosísimas flores del jardín, una mujer joven y bella, y muy bella, muy joven y muy mujer.

No había, en efecto, en su semblante un solo rasgo que recordase el tipo masculino. Las líneas todas se dulcificaban en él; su color tenía la blancura arrebolada y delicadísima de las perlas rosa; el óvalo se disfumaba en suaves tintas, como en las cabezas de Andrea del Sarto; en los labios no había apenas las leves rayas que cortan la epidermis, y eran á la vez rojos como el fuego y frescos como el rocío; los cabellos, tan finos que trazaban como una aureola en torno á la frente, eran castaños á la sombra y rubios á la luz; las cejas, más oscuras, se arqueaban sobre los párparos, grandes, porque eran grandes los ojos, y en la pupila de éstos, de intenso azul, lucía un punto negro, donde titilaba siempre un átomo de sol... Pero estos ojos parecían templar su brillo con las pestañas, que caían apaciblemente velando á medias la pupila, como transparente cortinaje sobre una ventana abierta al fulgor de Mediodía... Ceñía el cuello de aquella mujer – de aquella niña de diez y siete años – una rizada gola de encajes, los cuales, después de dar vuelta á la garganta, bajaban hasta el borde de una bata de seda rosa, por el cual



ALEGORÍA DEL MES DE MARZO, por Enrique Lefler

avanzaba una puntiaguda chinela de igual tela é idéntico color. El encaje reaparecía luego al extremo de la manga, oprimiendo cariñosamente el arranque de una mano que parecía tallada en ese ónix de Méjico, diáfano y pulido, donde las vetas azuladas serpentean trazando sombras de líneas sobre el fondo nacarado.

Esto era el cuerpo, la estatua. Lo que la animaba y trocaba en mujer era un andar entre indolente y vivo; unos ademanes de tal suavidad, que semejaban preparar siempre una caricia; una voz más melodiosa que vibrante, como los cantares del Norte; una mirada de niña jovial y una sonrisa de mujer dichosa.

Antonio quedóse como si hubiese contemplado fijamente al sol; cerró los párpados, y aun después de cerrados veía resplandores. Los volvió á abrir y los fijó con hambre, esta es la palabra propia, en la bellísima aparición del jardín. Entonces, tras la sensación de los ojos, vino la del alma. ¿Qué sintió?...

Refiere la leyenda artística que Correggio, adolescente todavía y cuando germinaban en él, aunque sin darse cuenta de ello, los bríos de un gran pintor, hallóse un día, por acaso, ante un portentoso lienzo del divino Rafael: *Santa Cecilia*. El mancebo lombardo quedó extático, mudo, poseído de asombro é inflamado de súbito amor. Al cabo, rompiendo el éxtasis y adivinándose á sí mismo, exclamó: *¡Anch'io son pittore!* («¡También yo soy pintor!»)... Y lo fué.

Lo que á Antonio Allegri con la figura pintada, aconteció á Antonio Alegre con la figura viva: sintió que, al choque de una mirada, como al golpe de la vara de Moisés, se abría en su corazón un venero abundantísimo, en que bebían con afán sus sentimientos; sintió como si de improviso hubiesen libertado de ataduras sus sentidos y de una venda sus ojos; sintió un dolor que, aunque agudo, le deleitaba y un placer que, por momentos, le martirizaba como fiero dolor; sintió muchas cosas: cuanto hubiera podido sentir en veinte años lo sintió en pocos minutos. Y no sus labios, ni su conciencia, ni él mismo, sino una voz interna, desconocida, le hizo gritar como al pintor de Parma, pero gritar para adentro:

«¡También yo amo!»

. . . .

Al oscurecer, Antonio salió, de su casa primero, y de la ciudad después, en demanda de aire y de soledad. Al cruzar por la portería se acercó á la señora Tomasa y le preguntó que quién vivía en la casa del jardín. La portera, un tanto sorprendida de la pregunta, le contestó:

– El marqués de Campo Bélico.

LUIS ALFONSO.

(Se continuará)



LA PRIMERA IMPRESIÓN, cuadro de Carlos Arnold

LA CUENCA DEL ALTO NÍGER (1)

Al salir de Bammako, atraviésase una primera cuenca habitada por los bambaras sometidos antiguamente á un solo caudillo y hoy divididos y obedeciendo á diferentes rivales que se han creado principados con los restos del imperio tuculeur de Segú, cuya capital estaba en grave aprieto cuando se firmó el tratado de Ahmadú. La lucha de los bambaras con los tuculeures y las rivalidades de los jefes bambaras son otros tantos obstáculos á la libertad del comercio en esta cuenca, existiendo hoy únicamente en Nyamina y Sansanding, habitadas por los sarakoleses, algunas huellas de un tráfico, en otro tiempo floreciente, con Timbuktú y Dienné.

Más allá de Sansanding, sin embargo, se encuentran los Estados de Boroba por donde se hace un comercio de tránsito de una á otra orilla, de Suala á Fatigné, Si, Barota, San y el Bendugú. Los diulas siguen esta vía desde que el estero de Diaka ha sido abandonado por su antes numerosa población á consecuencia de las guerras de Tidiani.

Por Diafarabé se penetra en el vasto país del Macina gobernado por un jeque tuculeur cuya población, en gran parte sometida por la guerra, se compone de elementos diversos y levantiscos, tales como peulhes, bambaras, sontays, etc. Como decía pintorescamente Tidiani, el jeque de Macina lleva á cuestas dos odres, Dienné y Timbuktú, polos del comercio por el río, de los que el primero le pertenece en propiedad y el segundo depende de él por lo que toca á la manutención. Además, el camino de caravanas que arranca de Haussa atraviesa el Macina, pudiendo decirse que el jeque de este país es el verdadero dueño del comercio de Timbuktú.

Algunos de los productos que alimentan el tráfico de esta última ciudad, como el marfil y las plumas de avestruz, proceden de la Doventza, del Hombori, del Djilgodi y del Libtako, Estados dependientes del Macina, en donde se obtienen gomas de distintas clases, cautchú, karité, algodón y añil y crecen en abundancia el mijo, el arroz, el maíz y el trigo, y en donde los rebaños de bueyes y de carneros se cuentan por millares y la cría caballar se practica en grande escala.

No lejos de Timbuktú termina el Macina y empieza el país de los tuaregs del que en realidad aquella ciudad depende y en cuyo interior reina la anarquía á causa de la lucha de los partidos bamas, kuntahs, peulhes y comerciantes. Timbuktú no es más que un depósito, una plaza de cambio de los productos negros, como la goma, el oro, las pieles, las plumas de avestruz y el marfil, por telas y pacotillas europeas.

Difícil es calcular el comercio de Timbuktú, pero es lo cierto que enriquece á los moros y satisface la codicia de los tuaregs y que el cónsul francés en Mogador estima en 600.000 ó 700.000 francos lo que lleva una sola caravana procedente de aquella ciudad. Si Francia arrebataba á Marruecos, ó mejor á los ingleses, el monopolio de las plumas de avestruz, del marfil, del oro y de las pieles de lujo, mercancías que ocupan poco sitio y son susceptibles de soportar los elevados gastos de transporte, el resultado sería sobrado remunerador para la nación francesa. Pero no son estos los únicos productos que pueden ser explotados sino que en primer lugar merecen colocarse las gomas de Timbuktú que hoy van á Marruecos en donde las compran los ingleses, existiendo motivos para creer que no todas encuentran salida. Después de la goma puede citarse el cautchú, el añil, el algodón, la lana, las pieles comunes y el karité.

La República Argentina nos ofrece un maravilloso ejemplo de lo que puede producir la industria pecuaria y la fertilización de tierras vírgenes por la cría de grandes rebaños de bueyes. En el Macina no falta ganado, y que su suelo es mejor que el de las Pampas lo demuestra el hecho de que en él viven ya los carneros cuando en aquéllas es para ello preciso que preceda una estercoladura natural hecha por los bueyes.

La manteca de karité, para producir buenos rendimientos en Francia, debería venderse en ésta á 70 céntimos el kilo, como se vende en Sansanding, pero si el consumo aumentase, su precio disminuiría, pues el árbol de la manteca crece natural y rápidamente en las orillas del Níger y si hoy escasea es á consecuencia de los incendios que los indígenas prodigan más de lo necesario. Con la desaparición de los bosques transfórmase la naturaleza del clima y del suelo, mas allí donde el hombre no ha hecho uso del hacha ni del fuego, la vegetación es espléndida, aunque el terreno sea pedregoso, como sucede en el desfiladero de Balú. Además, el karité puede dar por medio de incisiones, guttapercha, producto hoy raro en los mercados europeos.

Tales son los principales productos que podrían alimentar el comercio en el alto Senegal á cambio de objetos europeos que importan Marruecos y Trípoli ó tienen curso en Sansanding: lo difícil es hacerlos llegar allí por la costumbre que tienen los indígenas de ir á Timbuktú. Un tratado con ésta es cosa difícil de conseguir dada la anarquía que en ella reina y no ofrecería garantías suficientes ni destruiría la competencia de los marroquíes y tripolitanos. Establecerse por la fuerza de las armas en Timbuktú es para los franceses una empresa poco fácil, á causa de la inaccesibilidad de los tuaregs, pero hay para ello un medio más pacífico y más digno de la civilización, cual es entenderse con el Macina, puesto que el jefe de este país puede á la vez rendir por hambre á dicha ciudad é impedir que vayan á ella las caravanas y las piraguas. Cuando yo estaba en el Macina, el jeque Tidiani se negaba á aceptar el protectorado francés y proponía un tratado de comercio en condiciones inadmisibles: reemplazado por Munirú que nos debe la vida y el trono, será más fácil una inteligencia para firmar un tratado de comercio y de amistad. No le pidamos, por de pronto, el protectorado, verdadera abdicación que ahora no admitiría y que despertaría la desconfianza de las poblaciones, pero exijamos de él el compromiso de dirigir los productos negros hacia nuestras posesiones y de comprar á nuestros comerciantes los géneros europeos, obligaciones muy comunes entre los negros, tanto que el mismo Tidiani exigía en su tratado que no comprásemos caballos más que en Bangara.

(1) Extracto de una memoria presentada al Congreso Colonial por Mr. E. Cooton, teniente de navío.

Hecho el tratado, el camino de Bammako debe quedar libre y nuestros protegidos, los tuculeures y los bambaras, han de dejar pasar sin obstáculos por sus territorios á los diulas, para lo cual es preciso acelerar el término de la lucha entre los bambaras y Segú. Caminando éste hacia su ruina y no siendo Ahmadú bastante fuerte para gobernar los bambaras y á las poblaciones del alto Senegal, nos interesa precipitar la caída de los restos del imperio tuculeur.

Donde más tendrán que ejercer los cañoneros la policía del río es en la cuenca del Diafarabé. La expedición del *Níger* hasta Timbuktú ha demostrado que un pequeño buque se basta á sí mismo en las más difíciles circunstancias. Cuando tendremos en el río varios cañoneros de un tipo conveniente, fácil será ejercer la policía en la época de la navegación de las piraguas, y castigar á los indígenas que hubiesen delinquido durante la estación seca. Los cañoneros, además, explorarían los afluentes del Níger creando en ellos nuevas salidas al comercio, visitarían el Macina, el país de Timbuktú, descenderían por el río hasta donde pudiesen y resolverían de paso muchos problemas científicos y geográficos.

Nada habríamos hecho, sin embargo, con abrir el Níger á la navegación libre hasta Bammako si á la par no trazábamos un camino fácil entre Kayes y Bammako, de cuya construcción puede decirse que depende toda la cuestión económica del Sudán francés, y que siéndonos más necesario á nosotros que á los indígenas, tendrá por principal objeto disminuir los gastos de ocupación, pudiendo aprovecharse de él el indígena si lo desea.

Desde el origen de la ocupación del Sudán francés se había pensado en construir un ferro carril entre Kayes y Bammako, proyecto que luego se abandonó por excesivamente costoso y porque había de pasarse mucho tiempo antes de ponerle en relación con el material y mercancías que debía transportar. No obstante, el coronel Gallieni con los primeros materiales adquiridos y con los créditos de entretenimiento votados cada año, ha conseguido hacer llegar la vía férrea hasta Bafulabé en una extensión de 130 kilómetros, faltando 312 para llegar á Bammako.

De Bafulabé á Badumbé (90 kilómetros) el Bakhoy es fácilmente navegable (1): de los datos tomados resulta que 17 toneladas transportadas en 6 días han costado 2.000 francos ó sean 118 francos por tonelada y 90 kilómetros; de modo que si los 442 kilómetros de Kayes á Bammako pudieran recorrerse por el río, el precio sería 118 multiplicado por 5, es decir, 590 francos, que es casi la cuarta parte de lo que costaba en 1887. Resultaría, pues, que la vía fluvial es económica y mejorando las presas, construyendo una esclusa debajo de Bafulabé, organizando un servicio de piraguas y estableciendo un Decauville en Diubeba, en tres días se iría de Bafulabé á Badumbé.

Entre Bammako y el vado de Tonkolo el camino ofrece algunas dificultades á causa de las montañas y de los esteros y el transporte por el mismo se hace hoy con mulos, asnos, pequeños carros y aun con faquines; medios todos costosos é imperfectos que no permiten transportar objetos pesados y que hay que abandonar lo más pronto posible, bien construyendo una vía empedrada, bien sentando un ferrocarril de 50 ó 60 centímetros.

El camino cuya construcción se impone, además de facilitar el transporte de víveres para el cuerpo de ocupación y los movimientos de éste, suprimiría los faquines, corbea insoportable para los indígenas, que les mueve á huir de la línea de los puestos franceses y les impide cultivar las tierras, hasta el punto de que las columnas no encuentran á su paso los víveres necesarios. El mijo, base de toda alimentación, prosperaría allí tan bien como en otras partes si no fuera por la falta de brazos.

Construída la vía de comunicación entre Kayes y Bammako y derivado hacia nuestras posesiones el comercio del Níger, el presupuesto de ocupación del alto Senegal disminuiría considerablemente, resultado que parecerá poco halagüeño para aquellos que pretenden que las colonias produzcan beneficios en seguida. Pero ¿cuáles son las colonias que se encuentran en este caso? ¿Por ventura la historia de la colonización no demuestra que las mejores han necesitado una serie más ó menos larga de esfuerzos? ¿Debemos considerar como estériles los sacrificios que por el Sudán hacemos ó hemos de reservar nuestro juicio para el porvenir?

Se ha dicho que la población del Sudán no era suficientemente densa y en parte convengo en ello: tal sucede en nuestra línea de apostaderos, despoblada por las causas antes mencionadas. En el Níger, en la cuenca de Bammako á Diafarabé (450 kilómetros), puede estimarse la población en 90.000 habitantes; de Diafarabé á Mopti (100 kilómetros) no hay más que 5.000, á consecuencia de los actos de Tidiani; entre Mopti y el lago Dheboé (80 kilómetros) las inundaciones obligan á los habitantes de las aldeas á emplazarlas en el interior, á pesar de lo cual puede calcularse en 8.000 el número de indígenas que pueblan las orillas de aquél; entre Sa y Dar-Salam hay á lo menos 30.000 habitantes junto al río; á partir de Dar-Salam es preciso llegar hasta Timbuktú para encontrar una gran aglomeración; los campamentos que de cuando en cuando se encuentran en los sitios que ocuparon las aldeas destruídas por Tidiani, cuentan, en junto, 6.000 almas.

De suerte que sólo ateniéndonos á las márgenes del Níger, en una extensión de 1.200 kilómetros de largo por 6 de ancho, ó sean 7.200 kilómetros cuadrados, existe una población de 139.000 almas, es decir, un término medio de 19 por kilómetro cuadrado. Podría objetarse que los ríos están más poblados, pero en el Sudán no siempre sucede así: el estero de Diaka, por ejemplo, ha sido completamente abandonado y sus habitantes han sido conducidos al interior del Macina, mientras que el Beledugú, que sólo toca al Níger por uno de sus extremos, es la población más densa de todo el Sudán francés. La verdad es que la raza negra es muy prolífica, que se multiplicaría rápidamente si no fuese por la guerra, la esclavitud, el hambre y la falta de higiene, y que donde quiera que existen condiciones suficientes de paz y de bienestar, se encuentran con seguridad aglomeraciones.

(1) Hay actualmente un ferrocarril Decauville que este año llegará á Badumbé.



EL GENERAL CAPRIVI
Nuevo canciller del Imperio alemán

Otro reproche más fundado que se hace á los negros es la pereza, hija de sus pocas necesidades; pero esto que en otro tiempo era cierto en los bordes del Senegal, no lo es tanto ahora, pues el negro trabaja allí de distintos modos por el afán de lucro y para satisfacer las nuevas necesidades que le ha creado nuestra civilización. La misma transformación se operará en el alto Senegal y en las orillas del Níger y aun puede decirse que ya ha comenzado en las inmediaciones de nuestros apostaderos.

En cuanto á la poca fertilidad del suelo, sólo tiene un valor relativo por lo que hace á las plantas exóticas, pudiendo afirmarse que son susceptibles de cultivo el trigo, el guayabo, el limonero, el naranjo, el papayo, el café, el árbol de kola, la vid, el tabaco, el plátano, la piña, y algunas legumbres de Europa.

La insalubridad del clima y la imposibilidad de que los europeos permanezcan muchos años seguidos en el país hacen que el Sudán sólo pueda ser una colonia de comercio y explotación. Pero las causas principales de la mortalidad de europeos en el alto Senegal son la falta de comodidad y de higiene, los malos alimentos y las marchas al sol: con la paz y con buenos caminos, muchas de estas causas desaparecerían.

La transformación del Sudán francés ofrece grandes dificultades, pero confiamos en un porvenir próximo hoy que la paz ha quedado restablecida. Después de los sacrificios hechos, Francia no puede abandonar el Sudán, pues, aun dejando á un lado las consideraciones económicas, es imposible que la nación que posee en Africa la Argelia y el Senegal, no siga la marcha de las demás naciones europeas que se reparten el continente africano, en cuyos territorios vírgenes cifran grandes esperanzas para el porvenir. Francia debe tender á unir la Argelia con el Sudán francés no con empresas grandiosas y prematuras, sino por medio de una radiación inmediata progresiva y continua, dirigida á la vez desde el Sur de la Argelia y de Bammako al centro del Africa y á las costas del Atlántico, so pena de que una nación rival le corte el camino.

Desde el punto de vista de los intereses de la civilización, creo fundadamente que las poblaciones negras no son refractarias á nuestra cultura, tanto más cuanto que con ésta quedaría suprimida la trata de esclavos. Esta, sin embargo, habría de desaparecer progresivamente á menos de emprender expediciones costosísimas y quizás inútiles, pues una revolución social, aun en el Sudán, no duraría si para ella se empleaba la violencia, y por querer ir demasiado de prisa se correría el riesgo de comprometer una gran obra.

Creo que la Francia cumplirá en el Sudán como en todas partes su misión civilizadora.

E. Cooton.

TRANVÍA INGENIOSO

Lo es sin duda el instalado en la magnífica ciudad de Ontario: hace el servicio de las afueras de dicha ciudad y atraviesa las colinas que alrededor de la misma se alzan y en las cuales hay grandes pendientes que salvar.



Tranvía de Ontario (California) bajando una pendiente

Un par de mulas arrastra el vehículo en los trozos llanos y en las cuestas, pero en las bajadas el tranvía y el tiro verifican el descenso á impulsos de la propia gravedad del primero, según puede verse en nuestro grabado, para lo cual se coloca á las mulas en una especie de plataforma provista de frenos que gobierna el conductor. Cuando aquéllas han de volver á encargarse de la tracción, se baja el enrejado de la plataforma, la cual desaparece debajo del tranvía. Esta maniobra y la inversa se verifican casi instantáneamente.

Con este sistema se ahorra fuerza animal; se da á las mulas algún reposo y se obtiene una velocidad que con éstas no se podría alcanzar.

(De *La Nature.*)

Imp. de Montaner y Simón



AÑO IX — BARCELONA 28 DE ABRIL DE 1890 — NUM. 435

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

PRIMAVERA, cuadro de O. Bernard, grabado por Bong

SUMARIO

TEXTO. – *Nuestros grabados.* – *Los nervios*, por D. F. Moreno Godino. – *El marco negro* (continuación), por D. Luis Alfonso. – *Las mujeres de Rubens*, por D. A. Danvila Jaldero. – *La Exposición de Tokío* (Japón).

GRABADOS. – *Primavera*, cuadro de O. Bernard. – *La estación del ferrocarril en Bombay* (de fotografía). – *Retrato de Mme. F.* por Francisco Flameng. – *Triste jornada*, cuadro de H. Laurent-Desrousseaux. – *Miércoles de ceniza*, cuadro de L. Da Ríos. – *El general Andrés A. Cáceres*, Presidente de la República del Perú. – SUPLEMENTO ARTÍSTICO: *Retrato de Rembrandt pintado por él mismo.*

NUESTROS GRABADOS

PRIMAVERA

cuadro de O. Bernard, grabado por Bong

Los poetas le han dedicado sus más inspiradas estrofas y los pintores han buscado, para reproducir los espectáculos que ella nos ofrece, los más vistosos colores y las más armoniosas tintas de sus paletas. ¡Bien lo merece! La primavera es la expresión de la belleza, de la alegría, de la vida; es la estación de los más íntimos afectos; es, en fin, el símbolo del vigor y de la juventud en sus más hermosas manifestaciones.

Así ha querido expresarlo el notable pintor Bernard en el cuadro que reproducimos y á la verdad el éxito más feliz ha coronado sus propósitos. El simpático grupo formado por la hermosa niña cuyos años cuéntanse todavía por abriles y la juguetona cabra que con fruición devora las pintadas florecillas que se escapan del delantal en que aquélla las ha reunido, armoniza á maravilla con la naturaleza del paisaje que lo rodea y en el que árboles y flores, hierbas y arbustos ostentan los primeros frutos del amoroso beso en todos los seres de la creación depositado por la primavera.

LA ESTACIÓN DEL FERROCARRIL EN BOMBAY

Se podrá con más ó menos razón censurar los procedimientos á veces algo violentos de los ingleses para ensanchar su poderoso imperio colonial, pero lo que nadie podrá negar es que Inglaterra trata á sus colonias más que como siervas explotables como hijas á quienes ayuda á utilizar sus riquezas para que éstas, debidamente aprovechadas, contribuyan á mantener y aumentar el lustre y el esplendor de la madre patria. La metrópoli no perdona medio alguno para fomentar el bienestar de sus colonias por apartadas que estén y por insignificantes que parezcan, lo cual al fin y al cabo redunda en beneficio de su propio bienestar.

La magnífica estación del ferrocarril que reproducimos es una prueba de la solicitud con que los ingleses atienden á cuanto puede hacer prosperar sus posesiones coloniales y es también demostración de que no siempre el utilitarismo inglés está reñido con la estética. La grandiosidad del edificio y las bellezas arquitectónicas que lo hermosean son dignas de la ciudad de Bombay que por su población (770.000 habitantes) y por su comercio (más de 1.300 millones de pesetas al año) figura como la capital más importante de las Indias inglesas.

RETRATO DE Mme. F.

por Francisco Flameng, grabado por Baude

Tratado de una manera elegante y con una gracia esencialmente parisiense y moderna, el grupo encantador formado por esa joven madre y sus dos hijos es debido á una inspiración del corazón del artista. La familia tan admirablemente retratada es la del propio pintor Mr. Flameng quien, por lo mismo, merece los más sentidos plácemes como esposo y padre feliz y los más entusiastas elogios como artista de excepcional mérito.

TRISTE JORNADA

cuadro de H. Laurent-Desrousseaux

Los dramas del mar han proporcionado asuntos en abundancia á los pintores que han encontrado en ellos materia para grandes manifestaciones así del sentimiento como del arte.

Laurent-Desrousseaux, ateniéndose á los preceptos de la moderna escuela ha procurado obtener el efecto por la verdad y por la sobriedad, y gracias á su talento ha conseguido pintar uno de los más hermosos cuadros que en este género se han producido. El contraste de afectos que ofrecen el dolor mudo del rústico marino al contemplar el inanimado cuerpo del amigo náufrago, la desesperación de la infeliz mujer que llora perdido al amante esposo y la indiferente curiosidad de los dos niños á la vista de un hombre muerto satisface las exigencias del sentimentalista más puro, al paso que el modo de ser concebido el cuadro y la ejecución así del conjunto como de los acabados detalles responden á los gustos del más ferviente adepto de las tendencias realistas.

MIÉRCOLES DE CENIZA, cuadro de L. Da Ríos

Atraída por los placeres que el Carnaval brinda á la gente moza y queriendo apurar el dulce cáliz hasta las heces, ha abandonado por unas horas el hogar paterno y envuelta en blanco dominó se ha entregado por entero á la alegre fiesta. Mientras, los infelices padres ignorantes del paradero de su hija han pasado la noche llenos de angustia corriendo de un lado á otro en su busca temerosos de una desgracia y sin sospechar que la desaparición pudiera obedecer á un devaneo nacido de la irreflexión de los pocos años y fomentado por los deseos que en toda alma joven despierta el bullicioso período carnavalesco.

Pero bien cara paga su escapatoria: cuando, al amanecer, vuelve á su casa descompuesto el rostro por el cansancio y la vigilia y en desorden el traje, mudo delator de su falta, tiene que sufrir la tremenda filípica de los pobres viejos que nunca pudieron imaginar en ella tan casquivanas intenciones y que á fuerza de reflexiones y de reproches quieren llevar á su alma el arrepentimiento.

Tal es la situación con tanto acierto reproducida por L. Da Ríos, en cuyo cuadro no falta interés dramático, á pesar de la sencillez de la escena, y abundan los primores de ejecución sobre todo en lo que se refiere á la actitud y expresión de cada una de las figuras.

EL GENERAL ANDRÉS A. CÁCERES

Presidente de la República del Perú

Hombre dotado de gran patriotismo y de cualidades militares nada comunes, el general Andrés Avelino Cáceres fué el verdadero salvador de la república del Perú y el restaurador de su independencia poco menos que perdida á consecuencia de la guerra con Chile.

Durante el primer período de ésta, ó sea hasta 1879, tomó parte activa en todos los hechos de armas, y después de la derrota completa del ejército peruano, reorganizó en 1881 la resistencia y fué herido junto á Lima cuando esta capital cayó en poder de los chilenos. Alma de la defensa nacional, personificación de todas las aspiraciones levantadas, supo Cáceres combatir al enemigo con rápidos movimientos y con atrevidas estratagemas.

En diciembre de 1885, gracias á un golpe de mano habilísimo, recuperó Lima, derribó al gobierno que en 1883 Chile había impuesto á los peruanos y puso con ello fin á tan larga y ruinosa guerra. Pocos meses después, el país agradecido nombrábale Presidente.

Con su valor y con su talento ha conseguido ver restablecido el crédito del Perú y consolidada su posición económica y política, merced al impulso dado á las instituciones privadas y públicas, á la instrucción, á la agricultura, á la industria, á la colonización y á las comunicaciones interiores, base principal de todo progreso.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

RETRATO DE REMBRANDT PINTADO POR ÉL MISMO

Fragmento de un cuadro existente en el Museo de Dresde

El hermoso retrato de Rembrandt que publicamos como Suplemento artístico es una de las obras maestras del célebre grabador, Mr. Baude, premiado con medalla de honor en el último Salón y condecorado con motivo de la reciente Exposición Universal de París.

No insistiremos sobre el mérito de este grabado de una factura tan moderna como imprevista: Mr. Baude reproduce en él con arte magistral la potente expresión de esa figura típica cuya alegre sonrisa ilumina el rostro del joven pintor y cuya mirada límpida produce la ilusión de la vida real.

En cuanto á la pintura, su apología queda hecha por el voto unánime con que ha sido reconocido como una de las mejores obras del pintor holandés que por la magia del colorido, por el vigor de su pincelada y por la frescura y vida de sus carnaciones se conquistó uno de los primeros puestos entre sus contemporáneos y adquirió indiscutible derecho á la admiración de las generaciones que le sucedieron.

LOS NERVIOS

I

Hace algunos años todavía se trabajaba algo en las oficinas del Estado. Los empleados eran exactos, entraban temprano y salían tarde, y durante seis ó siete horas, apretaban bien las clavijas, como suele decirse.

Ahora el progreso ha traído varias modificaciones, y los funcionarios de las dependencias de la Nación, sin necesidad de huelgas y otras zarandajas, han conseguido disminución de tareas y aumento de sueldo, supuesto que se les ha disminuído el descuento.

Sólo falta que se les declare inamovibles.

Como don Martín, pertenecía á aquellos tiempos de atraso, trabajaba á más y mejor la mayor parte del día, en las oficinas del Ayuntamiento de la villa y corte de Madrid en las que estaba empleado; de suerte que volvía rendido á su casa, y rara vez salía de noche, exceptuando los días festivos, si hacía buen tiempo, en los que se permitía dar un paseíto en compañía de su bien amada consorte Doña Potenciana, y aun en alguna ocasión, entrarse á tomar un vaso de leche *amerengada* en el antiguo y acreditado café de Pombo.

Ordinariamente pasaba las veladas en su casa, en compañía de su señora, y del teniente cura de San Luis, leyendo y comentando *La Esperanza* y otros periódicos de la misma comunión política, pues tanto el sacerdote como don Martín eran carlistas furibundos.

Pero transcurrieron los años, y don Martín pidió su jubilación, ó hiciéronsela tomar por fuerza, que de esto no estoy enterado, y se dió el caso de que el antiguo empleado pasó de un trabajo asiduo á un *dolce far niente*, al que sin embargo tardó algún tiempo en acostumbrarse.

Don Martín no había tenido hijos y sólo este requisito faltó á su felicidad conyugal, pues por lo demás, ni con un candil que se buscara, pudiera hallarse un matrimonio más bueno, cariñoso y mejor avenido. Doña Potenciana era un alma de Dios, y en ella sólo desdecía el nombre, un tanto altisonante y que parece cuadrar más bien á una mujer alborotada y dominante.

Pues como iba diciendo, quedó jubilado el bueno de don Martín, y como es ya entrado en años, y no le gusta andar, y tiene pocas relaciones, se aburría en su casa. Además, se sentía pesado y pletórico, y un médico amigo suyo de la infancia le aconsejó que no se apoltronara é hiciese ejercicio. Además, murió el teniente cura de San Luis y faltóle á aquél tan amable contertulio. Además *La Esperanza* había muerto también y los modernos periódicos de su partido, desalentaban la suya, divididos como están en bandos y opiniones; y además ¿quién sabe si don Martín inconscientemente paga tributo á las costumbres modernas? Lo cierto es que un día dijo á su cónyuge:

– Potenciana, desde esta noche voy á salir un ratito al café.

– Que vas á salir? – exclamó admirada la buena señora.

– Sí, hija, sí. Parece que los fríos han pasado ya y don Lesmes, el médico, me ha aconsejado que haga algún ejercicio.

– Pues hazle de día.

– ¡De día! ¿y quién puede andar de día, estando torpe y pesado como yo? Este Madrid es una Babel de coches, carros, organillos y velocipedistas, que sin contar la gente, le atropellan y le zangolotean á uno. De noche ya es otra cosa...

– Pero...

– El bajar y subir la escalera y el corto trayecto que tengo que andar me sentarán bien, y luego el ver caras nuevas, algún amigo que encontraré quizá, el saber noticias frescas, en fin, que esto me dará cuerda, y no que ahora tú y yo parecemos dos empajados de casa de Severini. Si quieres puedes acompañarme.

– ¿Yo? ¡Dios me libre!

– Sí, casi es mejor que te quedes, porque al café donde pienso ir no van señoras de esas que se estacionan. Tú puedes bajar un rato al principal, doña Eladia no sale nunca y te agradecerá que le hagas compañía. Yo volveré antes de que cierren la puerta de la calle, te recojo, nos subimos y *laus Deo.*

– Haz lo que quieras, pero me temo que te va á pasar algo.

– ¡Pero, mujer! que quieres que me pase desde la calle del Clavel al Suizo? He elegido este café como el más tranquilo de Madrid.

– Te repito que hagas lo que quieras como siempre lo has hecho.

II

No anduvo descaminado don Martín al elegir el café Suizo, y al calificarle del más tranquilo de Madrid. Desde los tiempos del inolvidable y amable don Román, el famoso establecimiento ha decaído algún tanto, pero siempre conserva sus buenas tradiciones y es el primero de Madrid. Allí la atmósfera siempre está despejada y nunca hace frío ni calor, y todo cuanto se toma es de primera calidad. Los camareros son atentos y bien criados y la concurrencia apacible y bien educada, porque los precios un tanto elevados ahuyentan á la *furriela*. En aquel recinto se está *fuera de cacho* de mendigos, vendedores ambulantes y otros excesos: en suma el café Suizo es el prototipo de los cafés.

Don Martín eligió un sitio en la segunda pieza, donde hay dos ó tres mesas en hilera y un ancho y cómodo diván. La primera noche nada le sucedió de particular. No tuvo vecinos de mesa, tomó café, leyó *La Correspondencia de España* y volvió á su casa satisfecho.

El segundo día sentóse en el sitio de costumbre. Momentos después un caballero ocupó la mesa inmediata, pidió ponche, y cuando el camarero se le trajo, hizo que éste le trasladara el servicio á otra mesa más distante de la en que estaba don Martín, al cual miró de un modo particular. Notó éste el incidente, pero no le dió importancia, distraído como estaba en leer *La Correspondencia.*

Pero el tercer día la cosa se *acentuó*, como dicen los que saben idioma.

Llegó el ex-empleado al café. Junto á la mesa que él solía ocupar, estaban una señora y un caballero sentados en el diván. Acababan de tomar y el caballero saboreaba un cigarro. A los pocos minutos de instalarse don Martín, notó que sus vecinos de mesa le miraban y cuchicheaban y luego tomando sus abrigos con algún apresuramiento, se fueron, no sin lanzarle una postrera mirada.

Quedóse mi buen hombre pensativo y preocupado: era la segunda vez que por casualidad ó pensadamente, se alejaban de su lado los que estaban cerca. Se miró y remiró para ver si en su traje había alguna inconveniencia, pero hallándose correcto, no acertaba á explicarse la causa de aquellos efectos.

La lectura de *La Correspondencia* le distrajo de aquella cavilación, que volvió á preocuparle durante el trayecto del café á su casa. Cuando se halló en ésta, á solas con su mujer, le preguntó:

– Díme, Potenciana, ¿huelo yo mal?

– Que si hueles mal?

– Sí, mujer, bien claro te lo pregunto.

– ¿Y porqué has de oler mal? – repuso la buena señora admirada. – ¡Bah! ¿empiezas ya á chiflarte, desde que vas al café?

– Tengo mis razones para preguntártelo...

– Yo no he notado...

– Ni yo tampoco. Pero generalmente nadie se huele á sí mismo, y á tí puede sucederte lo que á los extranjeros que no sienten el tabaco. De todos modos, y por si acaso, en vez de una, me lavaré el cuerpo y me mudaré de ropa interior dos veces á la semana.

Pero aunque el meticuloso don Martín adoptó estas y otras precauciones, como por ejemplo, echarse algunas gotas de agua de Colonia en el pañuelo, en dos ó tres noche más adquirió la triste convicción de que cuantos en el café se sentaban próximos á él, ó se desviaban ó se marchaban. Una noche sucedió más: un militarote mal encarado, que estaba á su lado, levantóse violentamente, y al irse le dijo: «¡Es usted un ser insoportable!»

Quedóse tan atónito mi buen don Martín, que no halló palabras para pedir una explicación, y se marchó del café antes de la hora de costumbre, resuelto á no volver más. Pero aquella esfinge le atraía, como todo lo desconocido, y quiso aclararla á toda costa.

Entró, pues, en el Suizo, á la noche siguiente, se sentó, pidió café y esperó á que ocupase alguien la mesa próxima, que estaba solitaria, para ver si se reproducía el fenómeno de las noches anteriores. Pero la casualidad se complacía en atormentarle; leyóse *La Correspondencia* de cabo á rabo, llegó la hora en que acostumbraba á marcharse, y la mesa continuaba desocupada. Resuelto á descubrir el arcano, decidió estarse allí hasta la consumación de los siglos, si era necesario, y por fin, ya tarde, llegó un joven con gafas y aspecto impertinente y se sentó en el diván, próximo á don Martín.

A los pocos momentos la misma historia. El recién llegado miró á su vecino de mesa é hizo ademán de levantarse, pero el ex empleado que le observaba con el rabillo del ojo, le detuvo diciéndole:



LA ESTACIÓN DEL FERROCARRIL EN BOMBAY (de una fotografía)

– Oiga usted, caballero.
– ¿Qué se ofrece?
– He creído notar que me miraba usted y que se aleja de mí intencionadamente.
– Pues ya lo creo.
– ¿Por qué?
– Porque usted ha hecho más que todos los sabios que han buscado y buscan el movimiento continuo: usted es el movimiento en carne y hueso.
– ¿Qué dice usted? No comprendo...
– Que se mueve usted continuamente, hasta el punto de que parece que en este diván hay un terremoto. ¿Padece usted de hormiguillo?
– Pero, caballero, ¡por Dios! explíquese usted, porque supongo que no habla en broma.

El joven miró al ex empleado, entre burlón y compasivo, y comprendiendo que éste no se daba cuenta del efecto que producía, repuso:

– Desde que comenzó el *trembleterre*, como dicen los franceses, y el diván se estremecía, haciéndome casi saltar de mi asiento, traté, como es natural, de investigar la causa...
– ¿Y bien?...
– Y averigüé que la causa estaba en usted. Usted se apoya en la punta del pié derecho, como *Frascuelo* cuando quiere alegrar al toro; imprime usted un *movimiento continuo* á la pierna, y de aquí proviene el que el diván se estremezca, y el que se pongan rígidos los nervios de los que tienen la malaventura de sentarse cerca de usted...

Todo estaba aclarado.

¡Pobre don Martín!

III

No sé quién ha dicho que «los nervios son los agentes de la imaginación,» y yo me inclino á tener este axioma por verdadero. Una debilidad orgánica ó adquirida del cerebro, ó una excitación imaginativa, pueden producir los múltiples movimientos corporales que se observan en algunas personas. El caso de mi buen don Martín, es un caso nimio, si se compara con otros, puesto que aquél sólo movía una pierna (hablo en pasado porque ahora ya mueve las dos) y hay quien mueve todo el cuerpo y *ainda mais*.

¿Quién no ha tropezado con algún nervioso, que le deshace el nudo de la corbata, ó le desabotona el chaleco ó el gabán, ó le tira de las solapas, ó le golpea en el pecho con el bastón, ó quiere persuadirle á codazos?

Yo tengo un amigo, á quien conoce en Madrid mucha gente, que está continuamente quitándose y poniéndose el sombrero, ó metiéndose el dedo grueso en la boca como los niños en lactancia, ó golpeando á cuantas esquinas y guardacantones encuentra á su paso.

Las manifestaciones de las *neurosis* son tan varias como las de la imaginación y por eso...

Pero vuelvo á don Martín.

Quedóse este buen señor estupefacto y sumamente entristecido, al conocer la enfermedad, vicio, defecto, ó llámese como se quiera, que le aquejaba. Era de por sí meticuloso y recto, y se hizo cargo de que los prójimos á quienes molestaba tenían razón al huir de él; cosa rara y que demuestra buen carácter en don Martín, pues generalmente somos demasiado indulgentes con los defectos propios.

Trató, pues, de corregirse, poniendo una gran fuerza de voluntad en tener inmóvil aquella pierna suya, que se movía incesantemente, pero sólo pudo conseguirlo á medias. No bien se distraía de su propósito, volvía la pierna á bailar, y estos intervalos de quietud y de movimiento eran aun más incómodos que el movimiento continuo para cuantos se hallaban cerca del bueno de don Martín, que se desesperaba como todo el que lucha contra un imposible.

Por aquellos días llegó á Madrid una sobrina carnal de doña Potenciana, cuyo marido, empleado en Cuenca, había sido trasladado á la villa y corte, y se alojaron provisionalmente en casa del ex empleado de Ayuntamiento. Era un matrimonio joven y tenían un precioso niño de diez y nueve meses de edad. Don Martín adoraba á los niños como todo el que es bueno y no ha tenido hijos; así es que se pasaba largos ratos al lado de la cuna de aquel angelito, contemplándole y tratando de hacerle mimos; y digo tratando, porque á los pocos instantes de acercarse á él, prorrumpía á llorar desaforadamente. El lector habrá adivinado la causa: era la pierna, la maldita pierna de don Martín, que moviéndose, hacía trepidar al pavimento de madera, y desazonaba al rorro, transmitiéndole el efluvio nervioso.

El ex-empleado, que comprendía la causa, se apartaba de la cuna, exasperado, y maldiciendo de aquel estigma pedestre, que le vedaba sus expansiones, y ponía tanto ahinco en corregirse de su defecto, que llegó á ser en él una preocupación, próxima al paroxismo.

Y sucedió en esta neurosis de don Martín, lo que suele suceder con otros vicios ó defectos arraigados, en los que media una especie de fascinación magnética, que les hace crecer cuanto más se trata de corregirlos; por lo cual, creo, como he apuntado antes, que la imaginación está en íntima relación con los nervios y otros excesos. ¿A quién no le ha sucedido esforzarse para no mirar á una persona ó cosa, y no poder conseguirlo? ¿Por qué atraen el agua y los abismos?

Y fué el caso (no extraño por cierto) que la tensión de voluntad, y la perenne preocupación de don Martín para curarse de su neurosis, produjeron un efecto contraproducente. Parece como que su pierna derecha contagió á la izquierda, y ambas á dos comenzaron á moverse simultáneamente, y no ya sólo cuando los pies se apoyaban en alguna cosa, sino que también estando en vilo ó en postura horizontal.

Era aquello una tarantela continua: parecía que el pobre hombre estaba azogado.

Como todo cónyuge chapado á la antigua que propende á que *el lecho nupcial* no sea un mito, y sí una verdad casera, don Martín ha dormido siempre con su mujer, desde los felices tiempos de la luna de miel hasta la presente. Ese rato que antecede al sueño es uno de los más sabrosos para todo matrimonio bien avenido.

Entonces, en la intimidad de las sábanas (y de las mantas si hace frío), los esposos se comunican sus impresiones, forjan proyectos, conciben ideas para salir de alguna situación apurada, y se reconcilian, si han tenido alguna pequeña riña conyugal. El bueno del ex-empleado era más sensible que otro cualquiera á los goces íntimos del susodicho rato; entre otras razones, porque desde el dichoso día en que conoció á doña Potenciana en la *Fuente de la Teja*, hasta los nuestros; no obstante los años y las arrugas, la ha amado y la ama con una ternura nunca entibiada ni desmentida.

Júzguese, pues, de la cruel sorpresa del pobre don Martín, cuando una noche en que ambos se hallaban en el lecho nupcial, exclamó de repente su mujer:

– ¡Jesús, hombre, estate quieto: estremeces toda la cama!

¡Y tanto como la estremecía! hasta el gato que solía acurrucarse á los pies de ambos esposos, nervioso como todos los de su especie, no pudo resistir al movimiento continuo de las piernas de su amo, y de un salto se puso en salvo de aquella trepidación.

Don Martín trató de aquietarse, ¡imposible! Ni aquella noche ni en las sucesivas lo consiguió. Su preocupación aumentaba el movimiento: no conseguía dormirse, y si lo conseguía, despertábase sobresaltado dando saltos de trucha.

Doña Potenciana, mujer muy prudente si las hay, fué mártir resignada del desequilibrio de su esposo, hasta que éste se convenció de que aquella situación estremecedora no podía ni debía seguir.

Y he aquí porqué estos buenos y viejos compañeros de vida, que se aman entrañablemente, han tenido que hacer rancho aparte, como suele decirse, y ahora duermen á la moderna.

IV

¡Pobre don Martín! está desesperado y su irritación aumenta su neurosis. Desde que ha leído *La Cabaña India*, de Bernardino de Saint Pierre, se ha puesto un apodo á sí propio: se llama «el *Pária* de los afectos humanos.»

Y no es esto lo peor, sino que su amigo el médico don Lesmes, teme que esta neurosis persistente invada la parte superior del cuerpo: entonces... ¡oh! entonces no tendrá nada de particular el que el mejor día (ó noche) el desgraciado don Martín dé qué hacer á los vigilantes del viaducto.

F. MORENO GODINO.



RETRATO DE Mme. F., por Francisco Flameng, grabado por Baude

(Salón de París de 1889)





RETRATO DE REMBRANDT PINTADO POR ÉL MISMO

Fragmento de un cuadro existente en el Museo de Dresde, grabado de M. Carlos Baude, premiado con medalla de primera clase en la Exposición Universal de París (1889)



TRISTE JORNADA, cuadro de H. Laurent-Desrousseaux

EL MARCO NEGRO

(Continuación.)

VI

Aquella noche apenas durmió Antonio; un enjambre de pensamientos, á manera de diminutos Cupidillos, zumbaba en sus oídos con tal pertinacia que le privó del sueño. Levantóse el despuntar el alba, y fuése á la ventana presuroso. Una vez allí, se rió de sí mismo. A aquella hora, ¿cómo había de salir *nadie*? Esperó, sin embargo, pacientemente, como esos cazadores que, agazapados en un hoyo, aguardan, transidos de frío y en tan incómoda postura, la llegada del ave al reclamo.

Esperó, sí, de pie é inmóvil, más de dos horas; su constancia obtuvo recompensa. Cecilia (así se llamaba la hija del marqués de Campo Bélico) apareció en la galería; hizo algunos mimos á los canarios, jilgueros, cardenales, pitirrojos y otras lindas avecillas que gorjeaban dentro de espaciosa pajarera; acarició alguna de las flores que, al llegar Cecilia, parecían levantar la corola y estirar el tallo para acercarse á ella; revoloteó cual blanca mariposa – iba de blanco aquella mañana – entre flores y aves, y vino á posarse... á apoyarse queríamos decir, en la balaustrada; al propio tiempo bañaron la galería los rayos del sol Levante.

Una vez allí, levantó por acaso los ojos y vió á Antonio, que *la adoraba* con los suyos.

Antonio contaba á la sazón veinte años; no era muy alto, pero sí esbelto; su cabello, ondulante y lustroso, y el bigote, que sombreaba sus labios, eran negrísimos; los ojos, claros como la verdad, eran también muy negros; su tez daba en pálida y su semblante en triste; pero ni aquélla era la palidez morbosa, ni ésta la tristeza hipocondriaca.

Antonio, ya lo dijimos, era hermoso, con la hermosura clásica, no de los griegos, mas sí de los italianos. Recordaba el San Sebastián pintado por Guido Reni ó el Angel del mausoleo de María Cristina esculpido por Canova. La gracia juvenil, la elegancia ingénita, la blanda armonía de la forma, caían sobre la cabeza de Antonio, recorriendo todo el cuerpo, como el agua de un bautismo de belleza...

Y, sin embargo, el brillo de sus ojos quedaba siempre apagado y oculta siempre la blancura de sus dientes, porque Antonio nunca reía.

En su espíritu, al culto á lo bello, de que ya tenemos noticia, se unía el culto á lo verdadero. No ha existido rectitud mayor que la de Antonio: ni lo que se llama conveniencias sociales atajaba su sinceridad. Además, como había siempre vivido aparte del mundo, ignoraba cuanto en el mundo se aprende. Carecía de opiniones, de creencias y de vicios. Con algunos brotes de arte y de poesía se había él mismo, como el gusano de seda, labrado su cárcel y vivía en ella á sus anchas. Esta cárcel tenía una claraboya no más, estrecha y reducida, mas por ella miraba Antonio á lo infinito.

En su andar y en su vivir parecía algo sonámbulo; diríase que había llegado dormido del germen purísimo de todos los seres, y que en la tierra, ni las salpicaduras del lodo ni las punzadas de las espinas le habían despertado. Amaba lo bueno y lo bello como una misma cosa. No aborrecía nada.

Su existencia en el momento en que le vemos apoyado en el alféizar, con la mirada fija en la encantadora hija del marqués, estaba distribuída en su ánimo con matemática precisión de este modo: el pasado, su padre; el presente, la pintura; el porvenir, Cecilia.

Pero Antonio no pensaba en que su padre era un humilde librero de viejo, él un pintor desconocido y pobre y Cecilia la hija única del millonario capitán general, marqués de Campo Bélico. No pensaba en que, aun siendo hermoso como Ganimedes, no podía esperar que bajara del Olimpo el águila para remontarle hasta los dioses.

VII

Al reparar Cecilia en Antonio, mostró, primero sorpresa, en seguida curiosidad y rubor al cabo. Bajó los ojos y no miró al vecino. Luego descendió al jardín, correteó por él, charló con el jardinero y con un chiquillo de éste, volvió á subir á la galería, volvió á alzar la mirada y volvió á encontrar los ojos de Antonio fijos, siempre fijos en ella.

Cecilia frunció las cejas ante una tenacidad que daba en impertinente; pero la expresión del joven era tan sumisa y á la vez tan apasionada, y Cecilia era, por naturaleza, tan opuesta al enfado, que desvió la vista, pero sonriéndose.

En aquel punto apareció un hombre, anciano ya, á juzgar por sus cabellos y sus bigotes blancos, aunque fuerte, robusto, de buen color, de andar recio, de suelto ademán y con todos los signos de militar retirado. Se acercó quedo y con cautela á Cecilia (que, á pesar suyo, había vuelto á levantar la cabeza para contemplar á quien, por su hermosura, su melancolía y su mansedumbre, destacaba del denegrido marco de la ventana como un San Luis Gonzaga en un cuadro antiguo), y echándole de improviso los brazos al cuello, la obligó á dar un grito, que acabó en un beso.

La niña, después de regañar á su padre, que no era otro el recién llegado, por el susto que le diera, y de pasearse y platicar con él algún tiempo, se entró, también con el general, hacia las habitaciones y no volvió á salir.

Antonio permaneció una hora más, esperando siempre, y viendo á Cecilia con la imaginación, ya que no con los ojos. Lo trajo á la realidad y al interior de su aposento la señora Tomasa, que le subía el almuerzo y un poco de conversación.

Antonio la hizo versar exclusivamente sobre la vecina. Supo su nombre, su edad, su jerarquía y su riqueza. Que el marqués, siguiendo sus hábitos militares, se levantaba temprano, y su hija lo propio; que adoraba en ella y satisfacía todos sus gustos, lo cual era bien merecido – afirmaba la señora Tomasa, – porque la niña bonita como la Virgen, era como la Virgen en lo buena.

Antonio oyó embebecido todo esto. Parecíale escuchar una música cuyas notas, al salir, caían, hechas colores, sobre la tela de su caballete y trazaban allí un retrato, todo armonía.

VIII

La señora Tomasa había conseguido, no sin esfuerzo, que Antonio pintase en lienzos de pequeñas dimensiones Vírgenes y Santos, que ella vendía á un mercader de pinturas por muy poco, y que el mercader revendía á mejor precio. Pero en estas obras, hechas con arreglo á pauta, ajenas á la inspiración y hasta á la voluntad, sucedía como en los rosarios que por la noche se rezan en los pueblos: las palabras del rezo son en sí expresivas y piadosas, pero nadie les da el sentido propio, ni siquiera piensa en ellas mientras con voz soñolienta y monótona las pronuncia.

Antonio exhalaba siempre un suspiro de satisfacción cuando terminaba una de aquellas figuras, invariablemente vestidas de azul y carmesí, con gran nimbo, apiñadas nubes y sendos atributos. Luego se entregaba con delicia á las figuras ideales, á las poéticas composiciones, á los lindos bustos, donde podía, á su antojo, realzar la belleza femenina. Sus pinturas eran un himno constante á la mujer.

De estos cuadros, unos los colgaba de las paredes de su estancia, otros los borraba para pintar encima otra cosa; ninguno salía de allí. Los propietarios holandeses, que cifran su ventura en producir raras y bien olientes flores en su jardín, no piensan jamás en desprenderse de ellas, aunque se las paguen á elevado precio: las quieren para sí; quieren recrearse en su hermosura. Antonio hacía lo mismo.

Mas por aquellos días le acometieron escrúpulos extraños. Al entregarse al místico deleite (que así podía llamarse) de pintar *sus ideales*, le pareció que había como traición, que significaba infidelidad, pensar en otra cosa, consagrarse á otra cosa, amar á otra cosa que no fuese Cecilia.

Permaneció casi días enteros con el caballete abierto, el bastidor colocado en él, todo preparado, y sin pintar; pero sintió en algunos momentos pena, en otros desaliento, tedio en algunos. Creyó que para siempre le habían abandonado aquellas visiones hechiceras que desde los cielos radiantes de la fantasía bajaban, como lluvia de flores vivas, sobre el lienzo.

¿Qué hacer?

De pronto, una sonrisa de triunfante júbilo apareció en sus labios. Había dado con el modo de fundir en uno el amor y la pintura, de amar todo el día á Cecilia sin dejar de pintar. Y el modo era muy sencillo: pintar á Cecilia.

Se apercibió, pues, para el retrato, como un cruzado para la conquista de Jerusalén.

IX

Al asomarse la mañana siguiente á la galería la hija del anciano general, hubo de notar que en algo extraño se ocupaba el vecino junto á la ventana. Se fijó, movida por la curiosidad, y conoció de lo que se trataba al momento. No pudo reprimir una sonrisa. Antonio la recogió en el aire, como un mendigo una moneda.

Quiso persuadirse Cecilia de que era mucho atrevimiento en el joven retratarla y mucha desenvoltura en ella el consentirlo; pero aunque llegó, en efecto, á persuadirse, no se movió.

Después, sin darse cuenta, por supuesto, de lo que hacía, se pasó la mano por el pelo y la bajó hacia la falda, á cuyos pliegues dió ligero impulso; y – sin mirar de modo alguno á la ventana – se reclinó indolente y descuidada en el antepecho lateral, quedando al descubierto y de modo que diese la luz color al semblante y reflejos á la cabellera... Así estuvo, casi inmóvil, largo rato.

Era la vez primera que Antonio copiaba la belleza del natural; aunque no hubiese amado á Cecilia como la amaba, hubiera sido aquel día para él el primer día de fiesta de su vida. Despejóse de toda nube el cerebro poderoso del artista; adquirió su mano soltura y firmeza; auxiliado por la intuición maravillosa que le había hecho adivinar en pintura cuanto en ella existe, los colores se diluyeron y combinaron en proporción justa; las sombras tendieron su oscuro velo con tal suavidad, que los claros lo notaron apenas, y los términos se alejaron ó acercaron por sí mismos, creando la perspectiva. Como á los nacientes destellos de la aurora va la naturaleza destacando de las tinieblas – dibujándose al principio confusamente, fijándose y determinándose después, adquiriendo proporción y tonos más tarde, estallando, si cabe decirlo así, por último, á la claridad fulgurante del sol, en tonos, matices, contornos, relieves, luces y colores, – así, poco á poco, de la blanquecina tela fué brotando y creciendo la gentil figura de Cecilia...

Salió en esto á la galería el general; acercóse á su hija sin reparar en lo que pasaba; notó ella, en sí misma, un movimiento de contrariedad; ambos entráronse á poco en las habitaciones, y allí acabó la primera sesión de retrato.

El resto del día lo empleó Antonio en ampliar, modificar y corregir el esbozo, lo cual fué para él deliciosa tarea.

Al día siguiente volvió el modelo á su sitio y el artista al suyo. Así pasaron días y días. Antonio estaba poseído de un ardor febril que le devoraba, pero que al propio tiempo inundaba su alma de ventura. A pesar de las exhortaciones de la bondadosa portera, no pintaba ya Santos, y, por consiguiente, no ganaba dinero. La señora Tomasa pugnó por hacerle comprender cuál era su locura abandonando aquel sencillo medio de procurarse recursos por dedicarse al retrato de una desconocida, retrato que no sería ni agradecido ni pagado. Luego, barruntando que había dentro de todo aquello una locura mayor aún que la visible, enderezó un extenso y sensato sermón al joven, el cual sermón escuchó Antonio como si fuese el *negro*...

No hacía más que replicar «sí... sí...» distraidamente, y luego, abrazar una y otra vez con grandes transportes á la portera, exclamando:

– ¡Soy muy feliz, muy feliz!...

La señora Tomasa le miró como á un niño caprichoso é incorregible, suspiró, se encogió de hombros y murmuró al marcharse:

– Con pocos meses de tanta felicidad nos moriremos de hambre.

X

El retrato tocaba á su fin. Habíase hecho muy lentamente. Cecilia no siempre podía acudir con igual puntualidad á *la cita*.

Algunos días subía muy pronto su padre, y era forzoso abandonar la *posición*. Además, Antonio, por una parte, no consideraba nunca bastante corregida y perfeccionada la pintura; por otra, no se saciaba jamás de contemplar á su bellísimo modelo.

Ella habíase acostumbrado á aquel mudo coloquio diario. Sin discernir el hecho, había columbrado el amor de Antonio, y al darse á sí propia la noticia, no la había acogido mal. Cecilia, empero, lo único que con certeza sabía era que le agradaba ver aquel mozo tan apuesto y de tan linda cara contemplándola con arrobamiento y trabajando con afán sin límites por reproducir su figura.

El retrato era de cuerpo entero y tamaño natural. Componían el fondo grandes arbustos y plantas en flor; de aquel tapiz y dosel de verdura, y sobre la blanca superficie del pavimento de la galería, destacaba la figura de Cecilia. Su rosado vestido, que servía de contraste, por claro al follaje, y por oscuro al suelo, iba á perderse por lo más largo de la falda en unas plantas vecinas, y subía suelto y airoso hacia la cabeza, ondulando en torno á un talle flexible y esbelto, á un seno que se redondeaba para perderse al punto en la línea de la garganta, como ola que se rompe en la playa, y por último, en torno á los brazos, uno de los cuales se ensanchaba un poco al ser oprimido contra la piedra, mientras que el otro, un tanto extendido, dejaba la mano pendiente, contrastando apenas sus tonos marfilinos con la blancura azulada del mármol.

En cuanto á la cabeza, que se dijera dibujada por Rafael y colorida por Ticiano, era la más bella pintura del más bello rostro.

Antonio se recreaba en su obra; la amaba poco menos que á Cecilia.

A pesar de la ingenua castidad de sus pensamientos, cuando pasaba suavemente el pincel por los labios del retrato, sentía algo semejante al placer de un beso.

El cuadro había menester un marco, aun antes de concluído. Los pintores ajustan el tono definitivo de su obra al tono de la moldura que la limita, la completa y la realza á un tiempo. Antonio carecía del dinero necesario para comprar un marco de aquella magnitud; vaciló, y tras largas reflexiones, determinó, como el hidalgo de Cervantes con la celada de su casco, suplir con la industria la falta de materia. Para ello cortó, unió y dispuso, con la mejor traza posible, cuatro tablas, que encuadraron el lienzo, y después, á fuerza de color y hábiles toques, las pintó de suerte que fingían á maravilla un marco de ébano tallado.

Aquella faja negra hacía resaltar con vigor extraordinario la figura. Dijérase que la tabla inferior era el umbral de una puerta, sobre el cual iba á poner su piececillo la joven para avanzar sonriente hacia el pintor.

Y en realidad, en algo de esto pensaba la linda modelo. Acabado debía de estar el retrato: ¿por qué no lo había de ver?

Cecilia satisfacía siempre sus antojos. Su padre y Marcial, el mayordomo, antiguo asistente del marqués y de los mismos años que éste, se complacían en complacerla. Pero ¿cómo decirles que quería subir, para ver su retrato, á la buhardilla de un desconocido? Era preciso, entre otras cosas, confesar que había dejado que el desconocido la retratase.

Antonio no se cansaba, al parecer, de aquella situación; Cecilia tenía menos paciencia, y resolvió confiarse á Marcial y procurar el modo de ver su artístico trasunto. Sin saber por qué, hubiera jurado que era copia fiel y obra acabada.



MIÉRCOLES DE CENIZA, cuadro de L. Da Ríos

La suerte la favoreció anticipándose á sus deseos. La planchadora de Cecilia era la que habitaba pared por medio de Antonio. Un día manifestó grande empeño en hablar á la marquesita, y no bien lo consiguió, le dijo con cierto misterio:

– Señorita, he visto el retrato de usted más hermoso que puede hacerse en el mundo.

– ¿Dónde? – preguntó anhelante Cecilia.

– En mi misma casa, en el sotabanco de al lado, donde vive un pintor muy joven y muy guapo, pero muy pobre y muy triste.

– ¿Y cómo está mi retrato allí? ¿Cuándo lo ha visto usted? – tornó á preguntar, tratando de ocultar su emoción, la heredera de Campo-Bélico.

– Lo ha pintado él... No puede ser otra cosa sino que desde su ventana ha estado acechando á la señorita cuando sale al jardín, y la ha copiado, tal como es, y con las plantas y las flores de la galería. Le aseguro á usted, señorita Cecilia, que se alegraría mucho, muchísimo en verlo. Yo lo ví por casualidad un día que bajó Antonio á la portería y dejó abierto su cuarto, y me quedé encandilada...

– ¿Y podría yo verlo también? – interrogó, casi á pesar suyo Cecilia.

– ¿Por qué no? – repuso la planchadora.

– ¿Cómo haríamos?... ¿Llamarle? – balbuceó la joven.

– No; es muy encogido, no querría venir. Además ¡pobrecillo! no tiene ropa para hacer una visita. Cuando él no esté, pediré yo la llave á la señá Tomasa, la portera, que lo quiere y lo cuida como á un hijo. Le diré que puede proporcionársele una buena fortuna al muchacho. Usted, señorita, pasa en un momento con Marcial y conmigo, ve usted el retrato, volvemos, y nadie se entera.

A pesar de lo temerario é inconveniente del proyecto, Cecilia, vencida por su curiosidad y por un vago é inexplicable anhelo, aceptó. Llamó á Marcial, le conquistó para que fraguase y realizase el plan con ellas, y acordaron llevarlo á efecto á los tres días.

Iba, pues, á suceder lo que, ni soñando, había esperado Antonio. Cecilia entraría en su cuarto...

Mientras suceso tan feliz se avecinaba, Antonio subía taciturno y sombrío á su aposento. La señora Tomasa era presa de un ataque apoplético, que la amenazaba de muerte, y á él le escaseaba ya el dinero para comer.

LUIS ALFONSO.

(Continuará)

LAS MUJERES DE RUBENS

Contadas serán las personas que habiendo gozado el placer de contemplar los cuadros del incomparable artista flamenco, que atesoran los museos de Europa, especialmente, si los lienzos representaban asuntos mitológicos ó alegóricos, no hayan creído de buena fe la afirmación vulgar, de que las exuberantes formas y encantadoras fisonomías de las divinidades y heroínas del paganismo en ellos figuradas, eran ni más ni menos que el retrato exacto de la esposa é hijas del pintor que, poco escrupuloso en este punto, no dudó en exhibir de tal suerte ante el mundo entero las gracias naturales de las personas más queridas á su corazón.

Algunos cicerones, ya ejerzan este ministerio por oficio, ó simplemente por amistad, presumiendo de eruditos en materias artísticas, no contentos con una indicación general, sobre lo que se ha dado en llamar las *Mujeres de Rubens*, designan luego con la misma seguridad que si las hubieran conocido y tratado, los nombres y hasta el carácter de cada una de aquellas damas, tan ligeramente vestidas y tan superiormente pintadas. Las vulgaridades más ó menos estupendas que con este motivo se escuchan, son de primer orden, y si con ellas puede satisfacerse la curiosidad del espectador ignorante, no acontece lo propio con el verdadero *dilettanti* que desearía saber qué verdad encierran las anécdotas que oye referir y si en efecto *Las Gracias*, *Ceres y Pomona*, *Diana y Calixto*, etc., etcétera, son algo más que unos modelos italianos ó flamencos.

Desgraciadamente los catálogos de las pinacotecas extranjeras no descienden á tales detalles, y en cuanto á nuestro riquísimo Museo del Prado, los amantes de la pintura aguardan con impaciencia la terminación del *Catálogo descriptivo é histórico* que en 1872 comenzó á publicar en Madrid D. Pedro de Madrazo, habiendo visto la luz tan sólo la parte dedicada á las escuelas italiana y española. Privados de tan poderoso auxilio, para dar satisfacción á la curiosidad, es preciso estudiar el asunto por cuenta propia, y el resultado de estas investigaciones es el que ofrecemos al lector en este modesto artículo.

Según puede verse en cualquier biografía de Rubens, dos veces contrajo el sagrado vínculo matrimonial: una con Isabel Brant y otra con Elena Fourment ó Forman, pues de ambos modos escriben los autores su apellido. La primera, hija de un ilustrado secretario de la ciudad de Amberes, era, al desposarse con Rubens en octubre de 1609, un tipo de elegancia y distinción, reuniendo, como dice Javier de Reul, á la gracia más aristocrática, unas líneas tan finas, un porte tan noble y una ingenuidad tan natural, que se creería tener ante la vista un personaje de Memling. Así aparece, en efecto, representada en los retratos que se exhiben en las pinacotecas de Munich, el Haya y los Oficios de Florencia, Galería imperial de San Petersburgo y en la riquísima colección de Sir B. H. Owen, de Londres. Diez y siete años duró este matrimonio, cuya felicidad completa encomió el mismo Rubens en carta dirigida en 15 de julio de 1626 á un amigo suyo llamado Dupuy, en la que á propósito del fallecimiento, entonces reciente, de su esposa, dice: «En verdad que he »perdido una excelente compañera; se podía y se debía »quererla por razón, porque no tenía ninguno de los de»fectos de su sexo, nada de humor desagradable, nada de »las debilidades femeninas, nada más que bondad y deli»cadeza, sus virtudes la hacían querer de todo el mundo »durante su vida; después de su muerte han causado »duelo universal.»

Durante un lustro, el gran artista flamenco, entregado por completo á la ejecución de sus maravillosas concepciones, con fecundidad pasmosa interrumpida sólo por los viajes que en concepto de embajador realizó á las cortes de España é Inglaterra; no pensó en contraer nuevos lazos hasta que á su vuelta á Amberes, en 1630, seducido por las gracias de Elena Fourment, hija de un acaudalado comerciante, decidió casarse de nuevo, efectuándose la ceremonia el 6 de diciembre, en la iglesia de Santiago, donde diez años más tarde habían de ser sepultados sus restos.

Elena Fourment, robusta jóven de exuberantes formas y voluminosos contornos, pero de arrogante apostura y bellísima fisonomía, realzada por unos ojos negros, brillantes, con todo el fuego de la primavera de la vida, realizaba el tipo de la hermosura femenina en Flandes, país poco aficionado á remontarse á las esferas idealistas y muy propenso en cambio á entretenerse en todo lo material y terreno. Esto explica la fama universal de belleza de que gozó en su época una mujer de quien un poeta contemporáneo dijo: «Que sus encantos hubieran sobrepujado á los de la esposa de Menelao ante los ojos de París.» No anduvo reacio el poseedor de tan celebrada hermosura en reproducirla, ejercitando su talento de retratista, y por ello abundan en los museos los lienzos en que figura, ya sola, ya acompañada de un paje, ó formando pintoresco grupo con su esposo é hijos; así puede verse en las galerías pú

blicas de París, Viena, Florencia, Munich, San Petersburgo, Dresde, Hampton-Court y en las colecciones particulares de Schamp, en Gante, Malbourug, en Bleuheim, y Van der Hoop, en el Haya.

El crítico francés Mr. Jean Rousseau, comparando el escaso número de retratos que Rubens ejecutó de su primera esposa con los muchos que se complació en hacer de la segunda, supone que ésta debió ser la más querida de las dos. En nuestro concepto esta afirmación es completamente infundada; la explicación de esta singularidad no estriba en la mayor ó menor suma de cariño, sino en la diferencia psicológica del mismo. Rubens, al obtener la mano de Isabel en 1609, contaba sólo treinta y un años; al contraer segundas nupcias, 1630, frisaba ya en los cincuenta y cuatro. La hija de Juan Brant fué amada con toda la pasión de un alma juvenil, egoísta de su felicidad y por ende enemiga de la ostentación de los tesoros de que era y quería ser único poseedor. En cambio la segunda consorte, joven de diez y ocho años, de arrogante apostura y sensual continente, que contrastaba con la delicada belleza de su antecesora en el tálamo nupcial, recibió el afecto de un artista materializado por largos años de vida fastuosa, y que si no era un viejo decrépito, era por lo menos un hombre gastado y más propenso siempre á ver las cosas á través del prisma naturalista que por el idealista. Rubens, pues, orgulloso con la posesión de una belleza, tan encomiada por propios y extraños, y que por otra parte respondía al ideal que él se había forjado de la hermosura femenina, no tuvo inconveniente en multiplicar las efigies de su cara esposa para que el mundo entero envidiase su felicidad.

Esto, que puede afirmarse en cuanto á los retratos, se comprueba al estudiar las numerosas composiciones alegóricas, históricas, religiosas y profanas en que incluyó á sus esposas. Isabel Brant ora representa á la Magdalena, como en la *Crucifixión* del Museo de Amberes ó en el incomparable *Descendimiento* de la Catedral de la misma ciudad, ora figura aristocrática dama como en el *Jardín del Amor* ó en el famoso cuadro de Gante: *San Bavon repartiendo limosnas;* aparece siempre vestida con los trajes que exige el personaje que figura, su actitud es digna, graciosa y honesta, pues no se ha probado aun que su esposo se atreviera jamás á convertirla en desenvuelta bacante ó descocada divinidad del Olimpo, como hizo con Elena, ni mucho menos á reproducir sus contornos con la despreocupación que revela el retrato titulado *Hat Pelsken* (la pequeña pelliza) que se conserva en el palacio del Belveder de la capital de Austria. En síntesis, y á más de la carta anteriormente citada, otros muchos datos lo confirman; Isabel fué para Rubens la elegida de su corazon, Elena el más bello de sus modelos.

En cuanto á las hijas del pintor nada permite suponer que sirvieran de modelo á su padre, á no ser en los casos en que éste tuvo el placer de retratarlas. Conviene tener presente que de su primer matrimonio tuvo Rubens dos hijos varones, Alberto y Nicolás, y sólo una hija llamada Clara, que según la autorizada opinión de Paul Mantz, no figura en ningún cuadro del maestro. En cuanto al segundo enlace, aun cuando de él quedaron cinco descendientes, dos de ellos pertenecieron al sexo fuerte, – Francisco y Pedro, – y de las tres muchachas que completaban el número, las mayores, Clara Juana é Isabel Elena, apenas contaban ocho y siete años de edad al fallecer el artista en 1640, y la más pequeña, Constancia Albertina, vino al mundo algunos meses después. Queda con esto demostrado lo absurdo de afirmar, por ejemplo, que el cuadro de *Las Gracias* – número 1591 del Museo del Prado – representa las tres hijas de Rubens.

Descartadas, pues, de los modelos cuotidianos del inmortal autor sus hijas é Isabel Brant, veamos si es posible conjeturar en dónde se inspiró aquél para el tipo femenino que caracteriza sus obras. Indudablemente Rubens no lo tomó de sus modelos sino que amoldó éstos á aquél, informando sus creaciones en el concepto propio y sui géneris que tenía de la belleza mujeril. Gustábale en ella la ampulosidad de la forma, la ostentación de la fuerza, la salud y la robustez, y á trueque de la vida exuberante y sensual que se muestra en el predominio de la materia, transigía con la falta de gracia y elegancia que se nota en el exagerado desarrollo de los contornos y la actitud pesada y barroca de las heroínas de sus cuadros. Tan cierto es esto que como hace notar el crítico belga Mr. A. J. Wauters, Rubens presintió el tipo de Elena Fourment de tal suerte que en muchas composiciones podría afirmarse que existe su retrato si no constara que fueron pintadas cuando la hermosa flamenca no habia salido aun de la infantil edad. Así nada de particular tiene que á partir de 1630 el artista, poseyendo el modelo que realizaba su ideal, le multiplicara hasta lo infinito, siempre que hallaba ocasión para ello, y ciertamente éstas no escaseaban en aquel estudio de Amberes, de donde salían á centenares los cuadros para todas las naciones de Europa. Mas no se crea por esto que la vida de Elena se reducía á estar de continuo desempeñando el enojoso y pesadísimo oficio de modelo; aparte de que los documentos nos revelan que su existencia podía compararse en cuanto á distracciones y opulencia con la de una princesa de su tiempo; y haciendo caso omiso del número de hijos que dió á luz durante los diez años de matrimonio, basta examinar los lienzos pintados por su esposo que se conservan en los museos para advertir que en pocos de ellos se ve el verdadero retrato de aquélla: en la mayor parte sólo se reconocen reminiscencias y variantes que indican la persistencia del tipo en la mente del artista, tipo que éste alteraba á capricho, pero del cual no podía desprenderse por completo. Y esto no le sucedió á Rubens solo, ha acontecido y acontecerá á la mayoría de los artistas, y cualquiera que tenga algunos conocimientos técnicos, distinguirá perfectamente el tipo favorito de un autor, ya se llame este Rafael ó Tiziano, ya se apellide Goya ó Pradilla; todo lo cual permite suponer que en el estudio de Rubens, lo mismo en Italia que en Francia ó los Países Bajos, tenían cabida cuantos modelos aceptables se presentaran, los que corregidos por el artista con arreglo á sus gustos y sentimientos, se transformaban en un tipo concreto y casi convencional á pesar del naturalismo que informaba todas sus obras.


EL GENERAL ANDRES A. CÁCERES, PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DEL PERÚ

Un análisis detenido de la correspondencia de Rubens y de la multitud de documentos de todo género que en los últimos años se han publicado en el extranjero, especialmente en Bélgica, permitiría ampliar y esclarecer cuanto queda expuesto, designando los modelos femeninos que en cada época fueron trasladados al lienzo por el ilustre corifeo de la escuela flamenca. Pero tal empresa requiere un espacio y un tiempo de que no podemos disponer y por ello habrá que limitarla á algún caso concreto que afirme la demostración de nuestras conjeturas.

Una de las obras más famosas de Rubens consiste en la colección de 24 grandes composiciones alegóricas referentes á la *Historia de María de Médicis*, que esta soberana mandó ejecutar para su palacio del Louvre. Aun cuando el artista ideó los bocetos en su patria y pintó allá la mayoría de los lienzos, algunos fueron ejecutados en París, utilizando modelos de las orillas del Sena. El mismo maestro nos lo dice en una carta dirigida á un agente suyo, llamado Ferrari, en la que se lee este párrafo: «Os ruego que comuniquéis á Mr. Juan Sauvages lo que sigue: Ved de apalabrar por mi cuenta para de aquí á tres semanas á las señoras Capaio de la calle de Vert-bois, y á su sobrina Luisa, porque espero hacer de gran dor natural, tres estudios de sirenas, y estas tres personas me serán de un gran socorro tanto por la soberbia expresión de sus fisonomías, cuanto por sus magníficas cabelleras negras que se encuentran difícilmente en otra parte.»

Parece también que ilustres damas de la corte francesa no tuvieron inconveniente en seguir el ejemplo de su reina y prestarse á ver reproducidas sus facciones, figurando en concepto de figuras alegóricas ó deidades olímpicas en las grandiosas composiciones del «príncipe de los pintores,» como le llamaban en su tiempo; llevando su complacencia hasta el extremo de desempeñar el mismo papel para cuadros que no habían de quedar en poder de la Casa Real de Francia. Así lo afirma J. Rousseau al ocuparse del lienzo denominado *Diana y Calixto* que existe en el Museo del Prado, número 1592.

En los últimos años de la vida de Rubens, figura también en muchos de sus cuadros la interesantísima Mademoiselle Lunden, inmortalizada por el célebre retrato de la *National Gallery* de Londres, conocida con la denominación de *El sombrero de paja.* Algún biógrafo poco escrupuloso ha supuesto relaciones ilícitas entre el pintor y la hermosa amiga de su esposa, pero todo ello es una especie calumniosa brillantemente refutada por Alfredo Michiels; siendo además casi indudable que de la señorita Lunden como de otras muchas, Rubens sólo copió el busto, supliendo el resto con modelos de profesión cuando se trataba de figuras desnudas.

Y con esto damos hoy por terminado este trabajo, que tal vez algún día ampliemos con mayores datos y nuevas observaciones; en esta ocasión basta con lo dicho para dejar probado que no es lícito bautizar á las *Mujeres de Rubens* con la ligereza que acostumbran algunos cicerones atrevidos que á trueque de aparecer enterados, no vacilan en acoger y propagar las mil y una anécdotas apócrifas que se atribuyen á todos los artistas de algún renombre y mucho más á los que, como Pedro Pablo Rubens, brillan en el cielo del genio como estrellas de primera magnitud.

A. Danvila Jaldero.

LA EXPOSICIÓN DE TOKÍO EN EL JAPÓN

El grabado que reproducimos representa el edificio principal de esta Exposición que los japoneses han organizado en el hermoso parque de Oueno (Tokío) y que si no por otra cosa merecería llamar la atención por ser la primera tentativa que en este sentido han hecho los pueblos de Oriente. Las salas de este edificio contienen diferentes museos en donde se acumulan riquezas incalculables é infinidad de objetos de gran valor histórico. De los edificios anexos los más importantes son el de la mineralogía japonesa y el de la navegación y pesca en el Japón.

La Exposición de Oueno promete ser tan interesante como instructiva para los japoneses y los europeos.


La Exposición de Tokío, en el Japón, en 1890 (De una fotografía)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO IX — BARCELONA 5 DE MAYO DE 1890 — NÚM. 436

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



VESTAL, cuadro de Gabriel Max, grabado por Bong

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

VESTAL

cuadro de Gabriel Max, grabado por Bong

Con razón merece Gabriel Max el título de pintor de las testas hermosas. En efecto, pocos como él se han dedicado con tanta constancia á reproducir en sus cuadros los más bellos bustos y no tememos pecar de exagerados si decimos que poquísimos, quizás ninguno ha logrado aventajarlo en esta especialidad.

Pero no se limita el genio de Max á trasladar al lienzo lo que pudiéramos llamar belleza terrenal de las mujeres por él copiadas ó concebidas, sino que buscando el ideal artístico en más elevadas regiones sabe imprimir en ella un sello poético, algo espiritual que infunde vida y sentimiento á sus acabadas pinturas.

De ello podrá convencerse cualquiera que contemple, por ejemplo, la *Vestal* que en el presente número reproducimos: examinándola, la vista se recrea ante una corrección de líneas sin tacha, la imaginación se exalta en presencia de unas facciones admirablemente bellas, pero más que en todo ello gózase el alma en la expresión de aquella dulcísima mirada, reflejo de afectos purísimos, revelación de ardientes esperanzas y manifestación clara de un pensamiento que se lanza á los espacios infinitos y de una voluntad que anhela penetrar en el más allá en donde el espíritu le dice que han de verse satisfechas sus indifinidas aspiraciones.

EN ACECHO

cuadro de Juan Muzzioli

Quién es Muzzioli y hasta qué punto son estimadas sus obras en su patria y fuera de ella sábenlo nuestros lectores por lo que hemos dicho acerca de este artista con ocasión de publicar sus cuadros *Los funerales de Británico* y *¡Al fin!* en los números 404 y 422 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

De factura elegante y graciosa, bien sentido y no menos bien ejecutado, su cuadro *En acecho* que hoy reproducimos confirma nuestro juicio en anteriores ocasiones emitido acerca de su autor y acredita á éste como uno de los más afortunados en la pintura de género que tantos cultivadores y aficionados tiene hoy en el mundo artístico.

IDILIO

cuadro de H. Jochmus

Este antiguo idilio pastoril que tantos atractivos ha ofrecido á los artistas de todos los tiempos, ha tenido un excelente intérprete en el joven pintor Harry Jochmus, ex alumno de la famosa escuela de Dusseldorf.

Mientras los rebaños descansan en la risueña playa, el pastor entona melodiosas notas que se confunden con el suave murmullo de las cercanas olas y la bella pastora, fijos los suyos en los ojos de su amado, escucha embebecida las dulces cantilenas, no tan dulces, sin embargo, como los amorosos coloquios en que tantas veces se han confundido sus corazones.

El tono general del paisaje pródigamente embellecido por los encantos primaverales se ajusta de una manera admirable al carácter idílico de la plácida escena y hace nacer cierta melancolía en el ánimo del espectador al considerar que aquella feliz Arcadia sólo puede existir en la mente de los poetas y en los lienzos de los pintores.

¡MI MARIDO!...

cuadro de Mr. Vail, grabado por Baude

(Salón de París de 1888)

¡Mi marido! Tal es el grito de alegría que se escapa del pecho de la esposa del pescador cuando, después de algunos minutos de angustia, largos como siglos, ve desembarcar sano y salvo á aquel por quien ha temblado cuando luchaba contra el furor salvaje de las olas. Y sin cuidarse de la furia de los elementos, lánzase con su hijo en brazos al encuentro de la pobre barca que una vez más ha salido vencedora de la terrible prueba y ha arribado felizmente á seguro puerto.

Esta escena parece haber sido arrancada de la vida real por el reputado pintor Mr. Vail que ha sabido reproducir con raro acierto todos los detalles de la misma y dar al conjunto un movimiento tan justo, una sinceridad tan intensa que fácilmente se explica el éxito obtenido por este cuadro en el Salón de París de 1888, en donde fué objeto de general admiración.

DE COMÚN ACUERDO

cuadro de Leopoldo Schmutzler

¿Qué es lo que se han propuesto conseguir de común acuerdo las dos amigas del cuadro de Schmutzler? ¿marear, como vulgarmente se dice, al mancebo que las acompaña? Pues si es así, no cabe duda alguna de que á la postre lograrán su propósito, porque el hombre más frío y más dueño de sí mismo (y no creemos que sean estas las cualidades que más brillen en el joven de *autos*) sería incapaz de resistir el fuego graneado de diabólicas miradas, enloquecedoras sonrisas y chispeantes palabras de las dos hermosas jóvenes. Pero sospechamos, y el cuadro mismo nos da sobrados indicios para sospecharlo, que al fin y al cabo se compadecerán de su víctima y que la que se recata detrás de su compañera y con poco disimulo le apunta se rendirá á las instancias del obstinado asediador, sin perjuicio de contar esta aparente *derrota* en el número de sus más brillantes victorias.

El cuadro sobre este asunto compuesto por Leopoldo Schmutzler contiene bellezas de no poca valía, entre las cuales sobresalen, á nuestro modo de ver, la elegante sencillez de la composición y la naturalidad con que está concebido y ejecutado el grupo de los tres simpáticos interlocutores.

Facsímile de una fotografía de la luna obtenida en el Observatorio del monte Hamilton

El Observatorio fundado en 1874 por el rico americano Mr. J. Lick é instalado en la cumbre del monte Hamilton (California) constituye, por la pureza del cielo y de la localidad en donde ha sido construído, uno de los más favorecidos lugares de estudio. Recientemente se han obtenido en él, gracias al telescopio ecuatorial que es el instrumento más grande y más potente de su especie en el mundo entero, hermosas fotografías de la luna, una de las cuales es la que reproducimos. En ella aparecen marcados con limpieza suma los relieves topográficos de nuestro satélite que, debidamente agrandados (como ya con algunos lo ha hecho Mr. Holden, el director del Observatorio) han de permitir á los selenógrafos obtener resultados importantes para el estudio á que se dedican.

En la sección americana de la Exposición de París de 1889 figuraban algunas pruebas aumentadas en papel al gelatino-bromuro, varios clichés lunares y vistas detalladas del colosal telescopio, que fueron regaladas, al cerrarse aquélla, al Observatorio de París en una de cuyas salas pueden admirarlas los numerosos visitantes del grandioso establecimiento científico de la capital de Francia.

EL BANCO DE AFRICA, JOHANNESBURG tal como era en 1887 y tal como es en 1890

El rápido incremento que de poco tiempo á esta parte ha tenido Johannesburg, ciudad del Transvaal, se demuestra con sólo contemplar los dos grabados que representan tal como era hace tres años, y tal como es ahora el edificio que allí tiene el Banco de Africa, sociedad domiciliada en Londres y con sucursales en los principales puntos del Africa meridional. En 1887 la sucursal de Johannesburg era poco más que una cabaña construída con planchas de hierro ondulado; en la actualidad es una construcción magnífica hecha con piedra y madera, emplazada en uno de los mejores sitios de la ciudad y distribuída interiormente con gran acierto así para la conveniencia del público como para la comodidad de los empleados.

El último censo de Johannesburg acusa una población de 40.000 habitantes.

EL MARCO NEGRO

(Conclusión)

XI

La señora Tomasa sucumbió al ataque; al día siguiente murió. Antonio se afligió poco menos que al morir su padre, y poco menos se asombró de encontrarse de nuevo con la muerte arrebatándole un ser querido. La ley natural de extinción de la vida, y más natural aún cuando recae en persona de edad avanzada, no le parecía á Antonio ley, sino delito.

La portera, buena hasta el postrer instante, legó su humilde peculio á Antonio. Este pudo vivir. Con el dinero heredado pagó por dos meses su habitación, compró algunos enseres y alguna ropa nueva (¿para qué? él mismo no lo sabía, y no obstante, le parecía esta compra indispensable); con lo que restaba, fué comiendo. Bernarda, la planchadora, le guisaba el escaso alimento que consumía. En la portería había entrado gente extraña.

El lúgubre suceso mencionado desbarató por el momento los designios de Cecilia. Antonio Alegre, más que nunca triste, estaba siempre en casa. Había empezado á componer un cuadro, que le sugirió un drama que había leído por aquellos días: una hermosa castellana escuchando las amorosas frases de un doncel. Ocioso es decir que la dama sería Cecilia; cuanto al doncel, ¿quién sino él mismo?

No pintaba ya, sin embargo, cuando ella salía al terrado. Prefería deleitar sus ojos mirándola sin tregua.

En breve plazo el poco dinero que Antonio guardaba se acabó. No lo notó al punto, porque Bernarda seguía dándole de comer sin recibir el importe de la comida; pero al notarlo manifestó, ya que no cólera, porque la cólera en él no cabía, tal vergüenza y tal dolor, que la planchadora prometió no fiarle en lo sucesivo.

Cogió Antonio algunos pocos cuadritos que andaban revueltos en su pobre taller; fuése á la tienda de un chamarillero cercano – no conocía ningún comerciante de pinturas, ¡no conocía siquiera Madrid! – y los vendió por lo que al prendero le plugo darle.

Con aquello comió unos cuantos días.

Después vendió otros cuadros, muebles, efectos... hasta el lienzo de la dama y el galán, que borró con lágrimas en los ojos, y donde pintó apresuradamente un Santo. No le quedaba ya más que la cama, dos sillas, alguna ropa, los avíos de pintar y el retrato de Cecilia. La miseria iba instalándose en aquel aposento como en su albergue propio.

El único consuelo de Antonio era ver á Cecilia en el jardín. Entonces olvidaba cuanto padecía – como aquellos mártires que en medio de los tormentos sonreían, columbrando en su agonía la gloria eterna.

Una mañana se asomó á la hora de costumbre; aguardó; pasaron horas: Cecilia no salió.

Al día siguiente, lo mismo, y al otro y al otro.

– ¡Dios mío! – sollozó más que clamó Antonio. – ¿No la veré ya más?

Aquel día, por la pena no comió. Bien le avino; aunque hubiera querido comer, no hubiera podido. Ya no tenía con qué comprar comida.

XII

Un hombre de facha vulgar, con ribetes de tosca y grosera – según todas las apariencias, un lugareño rico, – entróse de rondón en la desmantelada vivienda de Antonio, donde éste yacía muriéndose de amor más aún que de pobreza.

– Es usted el Sr. Alegre, uno de esos que pintan santos, ¿verdad? – preguntó rudamente el desconocido.

– Sí, señor, – repuso un tanto sorprendido Antonio, aunque sin salir de su abatimiento.

– Pues mire usted, yo vengo porque me ha enviado el tío Ambrosio, el prendero de la esquina. Busco por encargo del Ayuntamiento de allá, del pueblo – yo soy concejal, – busco quien nos pinte un San Silvestre, que es nuestro patrón. Lo queremos muy grande, así como esa santa tan guapa que hay ahí entre flores, – y señalaba el retrato de Cecilia. – Y queremos gastar poco. ¿Conviene?

Antonio se estremeció de esperanza; aquel hombre le traía medios de vivir por algún tiempo; esto es, de seguir viendo por algún tiempo á Cecilia.

– Sí, señor, acepto, – dijo.

– Muy bien. ¡Es que ha de estar pronto y con colores finos! Le pagaremos á usted veinte duros en plata, á toca teja. ¿Estará dentro de cuatro días? No puedo aguardar más tiempo. ¿Estará?

– Sí, señor, – contestó resueltamente Antonio.

– Ea, pues, hoy es martes; hasta el viernes.

Y el rústico concejal dió un apretón de manos al artista, después de hacerle varias recomendaciones impertinentes ó sandias, y se marchó.

Antonio no oyó sus últimas palabras; oía, sí, por la puerta abierta que en la del lado un lacayo decía á Bernarda que previniese la ropa, porque la señorita Cecilia iba á volver de Aranjuez al día siguiente.

De modo que si durante aquel tiempo no la había visto era por estar ausente, no por otra cosa. ¿Y por qué *otra cosa* había de ser? Ni lo sabía, ni quería saberlo.

Cobró ánimos con la noticia, pensó que la vería al día siguiente, y se dispuso á pintar el San Silvestre encomendado.

Pero al ir á coger los pinceles palideció, dobló la cabeza y cayó, más que se sentó, abrumado en una silla. Tenía aún colores y pinceles, pero no lienzo, á no ser el del retrato.

¿Qué hacer en tan angustioso trance?

En balde fatigó su pensamiento para resolver el conflicto. Solo, desconocido, sin crédito, sin recurso alguno, ¿dónde y cómo comprar la tela que necesitaba? Y no adquirirla, no pintar, no percibir el importe de su trabajo, era morir... no, era no ver más á Cecilia.

El infortunado joven miraba al retrato, altar de su amor, fruto de su alma, y al mirarlo, antojábasele que Cecilia le sonreía en él... Luego miraba en torno y veía la miseria cruel é implacable, que con su mano descarnada, verdadera mano de esqueleto, tiraba de él con la violencia y el frío de unas tenazas.

Antonio se asomó á la ventana. El día estaba nublado y no entraba el sol; la esperanza tampoco.

Se levantó, procuró serenarse, y contempló cara á cara el dilema terrible que se erguía ante él.

O no pintar y morir, ó pintar y borrar el retrato.

Asió bruscamente la paleta, mojó en ella una brocha y se acercó al lienzo... pero al ir á manchar tan peregrino rostro, paleta y pincel cayeron, y él mismo cayó ante el lienzo sollozando...

Así llegó la noche. Antonio no durmió y tuvo fiebre; la debilidad de su cuerpo, falto de alimento veinte horas hacía, y el padecer de su espíritu acalenturaron su cabeza. Un cerco morado oscuro rodeaba sus ojos; la palidez de su rostro era cadavérica. Estaba, sin embargo, hermoso, con la hermosura de un San Francisco de marfil, esculpido por Alonso Cano.

Se asomó al jardín, nadie; miró en torno, nadie; se acercó á la buhardilla de Bernarda, nadie. Solo en su cuarto y solo en el mundo.

Con la faz torva, la mirada fija, el ademán brusco y violento de un loco, asió de nuevo el pincel, y de un solo trazo de color pardo y sucio borró la gentil cabeza de Cecilia...

Pero no pudo seguir; sintió el mismo horror, el mismo que hubiese experimentado cortando una cabeza humana á cercén con un cuchillo... Corrió á la puerta, la abrió, se precipitó, sin cerrarla, por las escaleras, ganó la calle, corrió más, y no paró hasta que, ya en el campo, arrojóse contra el suelo, mirándose espantado las manos. ¡Creía tener sangre en ellas!...

XIII

Cecilia acababa de llegar de Aranjuez. Estaba de tal modo impaciente, que apenas atendía á lo que le hablaban... No, harto había esperado, no quería padecer más; vería el retrato aquel día, costase lo que costase. De muy mal grado había salido de Madrid y marchado al Real Sitio, obligada por negocios de su padre, que no la dejaba nunca; pero ahora ya no consentía más retardos.

Al entrar en su casa, el general cambió de traje y echóse á la calle desde luego.

Cecilia se encaminaba á la galería, cuando entró, acompañada de Marcial, la planchadora, y le dijo con gran premura:

– Señorita... esta es la ocasión: el pintor ha salido, contra su costumbre, y ha dejado abierto...

– Sí, sí, – afirmó Cecilia, nerviosa, – subamos.

Y sin escuchar las advertencias de Marcial, que disputaba con Bernarda, envolvióse la cabeza con una mantilla, tiró del viejo asistente, empujó á la planchadora, salió de casa, dió la vuelta hasta entrar en la calleja donde vivía el artista, cruzó el portal como una flecha y subió con tal prisa y tal fuerza juvenil los escalones, que aun estaban en el primer tramo Marcial y Bernarda cuando llegaba Cecilia á la puerta del aposento de Antonio.

La empujó, no sin ligera zozobra; entró, y sin reparar



EN ACECHO, cuadro de Juan Muzzioli

en nada fuése hacia un gran bastidor que de espaldas á la puerta y de frente á la ventana había. Aquel era, sin la menor duda, su retrato. ¡Por fin! Pero al llegar á él vió lo que no podía imaginar: el retrato, sí, pero con la cabeza grosera y brutalmente embadurnada por una gran mancha parduzca.

Cecilia sintió asombro, luego pena; se le saltaron las lágrimas... La ira las secó. Con la prontitud é irreflexión propias de una niña mimada, herida en lo más vivo por primera vez, tiró de un pedazo de papel, cogió un lápiz, escribió en él rapidísimamente dos líneas, se arrancó de la cabeza un agujón de oro en forma de daga, que llevaba siempre, y clavó el papel, como un cartel de desafío, en el pecho de su propia imagen.

Hizo esto con tal celeridad que, cuando Marcial y Bernarda, que habían subido lentamente, llegaron al cuarto de Antonio, Cecilia salía ya de él roja de furor, echaba la puerta tras sí y gritaba á sus atónitos acompañantes, que la siguieron sin obtener explicación ninguna:

—¡A casa! ¡á casa!

. . . .

Una hora después Antonio cruzaba los umbrales de la suya. Caminaba despacio y más sereno; el sacrificio horrendo estaba consumado. ¿Qué más le podía suceder? Subió la escalera, pues, casi tranquilo, y entró en su aposento, casi resignado. Nada reparó de extraordinario en él. Mas al acercarse, no sin llevar el pañuelo á los ojos, á lo que consideraba como el cadáver de un retrato, vió aquel agudo puñal de oro, que reconoció al punto, vió aquel escrito, que al punto adivinó, y leyó estas palabras, que más benignas le parecerían á un reo las de su sentencia de muerte:

«*La osadía pudo obtener indulgencia; la grosería sólo desprecio.*»

Antonio permaneció algunos instantes de pie, lívido el semblante, los ojos muy abiertos y sin vida—como aquel á quien una estocada ha clavado contra un muro;—después, sin pronunciar palabra, cayó desplomado al suelo.

XIV

Transcurrió más de una hora. Nadie acudió en socorro del pintor. Bernarda, su única vecina, no estaba.

Recobró al cabo el sentido; se levantó trabajosamente; llegóse, casi arrastrando, hasta el fementido lecho, y se acostó en él. Diéronle allí nuevas congojas, llantos amarguísimos, accesos de furia, delirios espantosos... y ¡solo siempre! Al cabo cedió la crisis y Antonio se aquietó. Entonces meditó un rato, con su apacibilidad y dulzura ordinarias. Había ya resuelto el problema; había decidido morir al día siguiente, y se quedó tranquilo. Aquella noche durmió.

A la otra mañana se levantó y acercó el caballete, no sin trabajo; carecía de fuerzas Habíase cerrado con llave y habíase negado á abrir y á hablar á la buena de la planchadora, que acudía, muerta de curiosidad, á ver si Antonio le explicaba lo que no había querido explicarle Cecilia.

Antonio llegó al retrato, arrancó cuidadosamente el agujón, sacó de él la hoja escrita, la besó, la dobló y la guardó en el pecho; después cogió un trapo de la caja y arrancó toda la masa de color que había puesto sobre la cabeza de la figura. Como la cabeza estaba ya seca y la mancha tierna todavía, no fué la operación difícil, y el rostro de Cecilia reapareció tan bello como antes.

Eran convenientes, sin embargo, algunos retoques, y Antonio se entregó con ardor á esta tarea. Al cabo de poco el retrato destacaba, más luminoso que nunca, de su marco negro.

El artista cogió una cortina de percal que, á guisa de cubrecama, le pusiera en otro tiempo la señora Tomasa, y envolvió cuidadosamente con ella el cuadro, de manera que no se pegase al color reciente.

Tomó después papel y lápiz y escribió una carta á Cecilia. La carta revelaba la sencillez de un niño y la abnegación de un mártir. Limitábase á referir por qué había pintado el retrato, por qué había empezado á borrarlo y por qué lo había restaurado después Sólo por ver á Cecilia había querido vivir; pero si ella le despreciaba, era inútil que viviese... La carta terminaba así:

«No tengo que legar nada, ni á quien legarlo. Solamente poseo una cosa: el retrato de usted. Permítame usted que se lo envíe; de usted es, y á usted debe ir. Permítame usted también que guarde la daga de oro; quiero morir *de ella*. Me será muy dulce sentirla en el corazón. Allí encontrará á su dueña...»

Firmó y cerró el papel en un sobre.

Después se asomó al jardín. Bien sabía que á aquella hora, y mucho más *aquel* día, no habría *nadie*. Permaneció, no obstante, algunas horas en la ventana, con la fisonomía apacible y melancólica que le era habitual.

Más tarde, y tras ligera vacilación, sacando fuerzas de flaqueza, salió de casa, fuése frente á la del general, se recató en un portalillo oscuro, y esperó. Oyóse al cabo de un rato estrépito de cascos de caballos y ruedas de coche, y apareció una carretela, llevando en sus asientos al marqués y á su hija.

Antonio volvió á su buhardilla, llamó á Bernarda y le suplicó que con un mozo de cuerda llevase aquel cuadro á casa del general, y que ella misma entregase á Cecilia aquella carta; todo cuando volviesen de paseo. Habló á Bernarda con tal acento de tristeza, con tal aspecto de desolación y de amargura y al propio tiempo con tal suavidad, que la planchadora ni se atrevió á preguntarle lo que deseaba saber ni le replicó, y fuése, llevándose papel y retrato.

Antonio quedó solo otra vez. Tenía más de dos horas ante sí; las que emplearía Cecilia en el paseo. Cogió el agujón de oro, y del mejor modo que pudo le aplicó, con palos de pincel y trapos, una empuñadura. Todo él quedaba como hoja y podía clavarse entero. Salió otra vez á la ventana; desde allí miró mucho rato el sitio donde solía Cecilia pararse; aun había una maceta desviada, porque Cecilia la había apartado con el pie para colocarse mejor delante del artista...

Antonio pensó luego en su padre, en su madre, que no había conocido, en la portera... Este viaje del espíritu hacia la región de los muertos hacía más ligero y más grato el que él mismo iba á emprender. Entróse dentro, fuése hacia la cama y asió el puñal... En esto sonaron pasos muy recios junto á la puerta y dieron en ella con un puño repetidas veces. Antonio, contrariado como amante cuya boda se interrumpe al dar principio la ceremonia, fué á abrir. Era el concejal lugareño, y venía á ver cómo andaba el *San Silvestre*.

Antonio, sonriendo, le señaló la estancia sin cuadros de ninguna especie, y añadió blandamente que no pintaría más.

El hombre se desató en gritos y en denuestos: voceó, alborotó, soltó enorme carga de sandeces, y después de un cuarto de hora de hablar solo, pues Antonio no le contestaba ni apenas le oía, salió dando un portazo y echando demonios por la boca.

Antonio, al que la inanición dominaba ya y del que se apoderaba el plácido delirio del desvanecimiento, no pudo llegarse á cerrar la puerta. Pero en la misma cama alzó el brazo cuanto pudo y dejó caer la punta de oro sobre el pecho: la sangre brotó al golpe, y Antonio quedó sin sentido.

. . . .

XV

Cecilia, por disimular, había salido á paseo. Pero estaba desde el día anterior tan desazonada, que el mismo empeño que ponía en ocultar su disgusto alteró más todo su ser. Así es que de súbito, y cuando entraba el coche en el Retiro, exclamó:

—Papá, volvámonos; me encuentro mala...

Su padre, alarmado, dió la orden de regresar y le hizo varias preguntas. Cecilia contestó que sin duda le había sentado mal un queso helado tomado en hora inoportuna. Cecilia decía siempre la verdad, pero en aquella ocasión la verdad era indecible.

Al entrar en su cuarto para echarse en la cama—después de tranquilizar con palabras y caricias á su padre,—deseando más que todo hallarse sola, y, como ella decía, «rabiar á gusto,» quedó estupefacta. Frente á la puerta, y sostenido por dos sillas y la pared, se alzaba su retrato sin mancha que alterase su hermosura.

La doncella, que para desnudarla la había seguido, le explicó que Bernarda había traído el cuadro y un papel; que había dicho que no pudo negarse á traerlo y que se había marchado por si la señorita se enojaba.



IDILIO, cuadro de H. Jochmus



¡MI MARIDO!... cuadro de Mr. Vail, grabado por Baude

Nerviosa é impaciente tomó Cecilia la carta, la abrió, la leyó aceleradamente, y...

–¡Papá! ¡Papá! ¡Marcial! ¡Corred! ¡Venid!... ¡Oh, Dios mío! – gritó pálida, trastornada, sin poder alzar la voz cuanto quería, corriendo en busca de los que llamaba, que, asustados, corrían á su vez hacia ella. – ¡Ve en seguida, pero en seguida! – clamaba desesperadamente al mayordomo. – ¡Que se mata, que se habrá matado ya!

– Pero ¿quién? – preguntaron á un tiempo general y asistente.

–¡Antonio, el pintor! ¡Por mi culpa! ¡Oh, Dios mío! ¡Si lo hubiera sabido!... ¡Fué por necesidad, por no morirse de hambre!... ¿Y ahora? ¡Ay, Virgen Santísima!...

Los circunstantes la miraban alarmados; creían que desvariaba. Sólo Marcial sacó algo en claro.

– ¿El pintor vecino se mata por culpa de usted?

– ¡Sí, sí, corre!... ¡Dejadme todos! – mandó á la servidumbre, que á las voces se había reunido en la sala. – ¡Mira!... ¡Lee! – siguió cuando se marcharon, y alargó á su padre la carta de Antonio.

La leyó el marqués; comprendió prontamente el caso, y volviéndose á Marcial:

– ¡Sí, sí, corre! – dijo. – Acaso llegues á tiempo de impedir semejante atrocidad. De todos modos, envío por el médico para que vaya.

– ¡Oh, bien, papá, muy bien! ¡Qué bueno eres! – exclamó Cecilia, mientras el antiguo soldado corría á cumplir las órdenes y un criado corría en busca del doctor. – Ven – siguió – y sabrás el talento que tiene este pobre muchacho (¡ay, quién sabe si habrá que decir *tenía!*). ¡Sabrás también cuánto me quiere! – y tirando de su padre, llevóselo al cuarto de ella y le enseñó el retrato.

Absorto y cautivado quedó el marqués ante obra tan peregrina, y decretó en su corazón premiar al autor de ella... si aun era tiempo.

XVI

La indisposición de Cecilia y la visita del palurdo habían salvado la vida á Antonio: ésta retrasó el suicidio; aquélla permitió socorrerle á tiempo. La herida era leve, porque al brazo, como ya dijimos, le faltaba vigor; la debilidad había hecho más que la herida; pero si Antonio hubiera seguido solo y abandonado, la hemorragia hubiera acabado con las pocas fuerzas que quedaban en su cuerpo.

Cuando volvió en sí, su asombro fué extraordinario. Tenía junto á la cama á Marcial, á un caballero desconocido (el médico) y á un criado del marqués. Le dió ánimos el primero, y el facultativo, á más de atender la herida que, según queda expresado, no ofrecía gravedad, le recetó tónicos y reconstituyentes, y le prohibió que hablase y se agitara.

Antonio, joven y sano al fin, se rehizo pronto. Apenas estuvo en disposición de andar, preguntó si podía dar las gracias á su bienhechor. El médico, que no ignoraba que, tanto ó más que los medicamentos, curan las impresiones gratas, y que estaba prevenido por el padre de Cecilia, accedió á ello.

Fué Marcial á la buhardilla del pintor para acompañarle, y éste, apoyado en el asistente, anduvo con forzada lentitud la corta distancia que le separaba de casa del general, y entró temblando en ella.

Dejáronle solo sentado en un sillón y en el despacho del marqués, y á poco se abrió una puerta, y la respetable figura del anciano militar apareció en el dintel.

Antonio pugnó por levantarse, por hablar. El asombro, la gratitud, el pesar, la vergüenza, todos los sentimientos reñían en su ánimo combate tan encarnizado que amenazaba destruir el campo de batalla. El general le detuvo con un gesto de autoridad que tenía algo de paterna, y dijo:

– Esté usted quieto; cálmese usted; no se acongoje. Hay que curarse... Sé cuanto hay que saber. He averiguado la vida de usted y sus antecedentes, todo; hasta que mi coche destruyó cierto día el patrimonio de usted... Sé que es usted buenísimo, que tiene usted mucho talento como pintor y que es usted muy modesto. Cediendo á la voluntad de mi hija, que manda en mí como yo mandaba en los «muchachos» (los muchachos eran los soldados para el general), había emprendido la obra de un *hotel* que se ha de decorar. Soy algo acaudalado, y había contado gastar unos 30.000 duros en decorarlo; pero como á todos nos gusta hacer un negocio, si la ocasión se presenta, daré á usted 20.000 únicamente; pero ha de pintar usted solo los techos, las sobrepuertas, los entrepaños y los *panneaux* de la casa... ¡Quieto, quieto! No he concluído. Usted es pobre, muy pobre, pero, lo repito, con talento. Yo era menos que usted: era un patán, con algún valor, según decían, que empuñó el fusil para pelear contra los facciosos, y que á fuerza de tiros y de cuchilladas y de matar gente – lo cual, á la postre, es una barbaridad – he llegado á capitán general, á marqués, á senador, á gran cruz y á qué sé yo cuántas zarandajas. *Item más:* me casé con una rica heredera, y cátame rico. Ahora bien, lo que he hecho yo con un sable, puede usted hacerlo con un pincel; mejor mil veces, porque usted, en vez de sangre, derramará bermellón... No tiene usted que agradecerme nada. Todavía queda sin pagar el retrato, y sin cobrar la indemnización por el destrozo que hizo mi *breack.* En justicia le soy deudor. Pero todo se satisfará en su día... Y no digo más porque aquí llega quien dirá lo que falta...

En efecto, del marco de ébano de una puerta (el despacho tenía zócalo, friso y moldura de la negra madera ya dicha, con tapicería de terciopelo rojo de Utrecht), de aquel marco, decíamos, como del que había pintado Antonio á su cuadro, destacaba la figura de Cecilia, sonriente y ruborosa.

Antonio, que creía soñado lo que había oído, creyó más soñado aún lo que veía. No. ¡Tanta, tan inmensa ventura no podía ser realidad!

Mas la figura, en vez de permanecer inmóvil como la de su cuadro y la de todos los cuadros del mundo, movió los pies, adelantó, sonriendo siempre, aunque cada vez más enrojecida, y cogiendo y besando una mano de su padre y mirando al pintor, murmuró, sin que pudiera saberse á cuál de entrambos se dirigía, ó si se dirigía á entrambos:

– ¡Gracias!

Al propio tiempo Antonio había cogido la otra mano del general, la besaba también y repetía con voz ahogada lo mismo.

El general, además del calor del beso, sintió el de algunas lágrimas.

. . . .

...Y así como del negro marco trazado con pobres tablas destacó un día pintada la figura gentil de Cecilia, y así como del marco de ébano de aquella estancia había destacado la figura viviente y aun más gentil, por tanto, de la misma Cecilia, así del tenebroso marco que había cerrado hasta aquella hora la existencia triste de Antonio Alegre destacó la esperanza con tan claras y risueñas tintas como si fuese la felicidad...

Luis Alfonso

EL HOMBRE DEL VIOLÓN

I

– Daniel: ¿quieres que juguemos la cena al *bezigue?*

– ¿Tienes deseos de jugar, ó de cenar?

– De ambas cosas.

– Pues si prescindes del primero de esos deseos, me comprometo á satisfacer el segundo.

– Gracias, pero no se trata de eso. Da lo mismo que me convides que ser yo el que convide. Lo que quiero es demostrarte que al *bezigue* no puedes luchar conmigo.

– Pues dalo por demostrado y pide de cenar para los dos.

– Es muy temprano para cenar, no son más que las dos; por eso te proponía que jugáramos.

– Estoy tan aburrido, que se me caerían las cartas de las manos. Mañana jugaremos á lo que quieras; hoy te agradecería que cenaras conmigo, que bebieras mucho y me hicieras beber más, y quizás espantaría la mala mosca que me ha picado.

– Dios los cría y ellos se juntan. Si á tí te ha picado una mala mosca, á mí me ha picado un alacrán. Si pudiera jugarse al *spleen* te demostraría que si al *bezigue* te venzo, al fastidio te revenzo. Y lo más notable es que si me preguntan por qué me aburro, sólo podría contestar: Porque me aburro.

– Idem de lienzo, chico. Hace unos días todo me está saliendo bien. Hice las paces con mi tía, quien me pagó una deuda, que no diré que me quitaba el sueño, pero que me molestaba. He ganado al *bacarrat* no sé cuántos papeles de á mil. Después de tres meses de espera y de haber empleado toda clase de reclamos, sin que la pieza se pusiera á tiro, por fin cayó cuando ya desesperaba de alcanzarla y había abandonado el puesto; pero en vez de la pasión que buscaba, sólo encontré comercio, y esto que en cualquier otro momento no me hubiera sorprendido, pues sé que el amor se vende á plazos y al contado, me produjo gran desencanto, pues esperar tres meses lo que después ha de pagarse, es demasiada espera cuando se tiene dinero para adquirir apenas se desea.

– Veo que al menos tienes una causa para sentir hastío, pero ¿y yo, que me aburro sin saber por qué?

– Resumen de la discusión; tú con causa y yo sin ella, es el caso que nos aburrimos. Esto lo tenemos ya averiguado; por lo tanto, no discutamos ni hablemos más de ello y busquemos el remedio á nuestro mal. Comeremos poco y beberemos mucho. El vino nos hará dormir y mañana... mañana... Mañana quizá nos aburriremos más. Algunas veces creo que el haber nacido rico es una desdicha de clase extra. Yo no sé trabajar, no sé hacer nada útil y puedes creer que lo siento. Algunos días cuando voy á casa á acostarme á las diez de la mañana, después de haber ganado ó perdido, perdido las más de las veces, algún dinero al treinta y cuarenta, ó á cualquier otra cosa, y veo á las gentes que van á trabajar, los unos á su oficina, los otros á su taller ó almacén, los miro con envidia y me indigno al suponer que á su vez ellos me envidian, y entonces siento...

– Sueño: te vas á la cama, duermes como un lirón y al despertarte á las cuatro de la tarde, tus ideas se han modificado y ya no piensas en que el trabajo sea una virtud, ni envidias al oficinista, ni al hortera, ni al obrero, y te explicas cumplidamente que ellos á su vez te envidien. Pero mira, déjate de filosofías que no entendemos y hazme el favor de oprimir ese timbre para que venga el mozo.

Hizo Daniel lo que su amigo le decía, que (entre paréntesis, es hora de decir que respondía al nombre de Joaquín) y un mozo del Veloz (pues en él se hallaban los hastiados jóvenes que hasta ahora han hablado, si no por pluma de ganso, por pluma de acero), un mozo de negras y bien cortadas patillas, ofreció sus servicios á aquellos niños mimados por la fortuna, á la que con razón pintan ciega.

Pidieron y se les sirvió la cena, y cuando á cenar comenzaban entraron en el gabinete en que estaban Daniel y Joaquín, otros mozalbetes de su mismo género, especie y familia, es decir género neutro, especie zánganos, familia gomosos *pschut.*

Saludáronse afectuosamente los sietemesinos que entraban y los que se hallaban en el casino.

Al verlos, ni Linneo, ni Blainville los hubieran clasificado en la especie *homo sapiens. Homo,* haciéndoles gran favor; pero *sapiens* en manera alguna. ¿Cómo habían de figurar en el mismo grupo que los Fernández de Córdoba, los Hernán Pérez del Pulgar, los Albas, los Tendillas; aquellos engendros enclenques y enfermizos? Y sin embargo, los apellidos de los grandes capitanes de España los lucían aquellos catirrinos y titís. *Sic transit gloria mundi.* La llegada de aquellos elegantes de la *highestlife* que de la *high* es poco, pues de la más alta crema eran, fué ruidosa. Sonaron voces, gritos, carcajadas, se pronunciaron palabras necias, palabrotas y soeces groserías.

Al rededor de dos mesas formáronse dos grupos, y si en el uno la conversación era frívola, en cambio en el otro era murmuradora; y cuando en uno de los grupos dejaba de ser murmuradora hacíase frívola, y así cambiando, cambiando, pasaban las primeras horas de la mañana aquellos afortunados seres, dignos ciudadanos y grandes de España; de España, país de los viceversas, según dijo no sé quién.

Eran ya las cuatro de la madrugada y decaía la conversación y cesaban las voces y el griterío.

Parecía que el fastidio que padecían Joaquín y Daniel era contagioso.

Durante un instante callaron todos. Al fin interrumpió el silencio un caballerete á quien llamaban Cucú y que era un parásito de aquellos ricos señoritos, á quienes servía de hazmerreir, pero haciéndoles pagar sus carcajadas á subido precio.

– Conde, dijo el llamado Cucú dirigiéndose al que hasta ahora conocemos por el nombre de Daniel, y que efectivamente tenía el título de conde de la ***; ayer al volver de Aranjuez, adonde fuí con Pepe Prena, ví desde el tren una magnífica posesión que tienes en V... ¿Cuándo nos llevas allá y nos das un almuerzo?

– Cuando me demuestres que tienes asegurada la comida por espacio de un mes.

– Pues entonces dispón para mañana la partida.

– ¿Te ha tocado la lotería, ó has heredado á algun tío que tenías en Indias?

– Nada de eso, pero estoy seguro de que si lo necesitara no te negarías á darme de comer, no digo durante treinta sino sesenta días, y tengo esto por tan seguro que doy por ganada la apuesta y espero que muy en breve veré tu finca de V...

– Bien por Cucú, dijo uno.

– Ole, ole, añadió otro, te pescó en tus redes, Daniel.

– Y no tienes más remedio que llevarnos á V..., dijo Joaquín.

– Pues me queda un recurso que me resultará doblemente lucrativo, contestó Daniel; jurar que en la vida volveré á convidar á Cucú, con lo cual me ahorraré muy buen dinero y habré ganado la apuesta.

– Cierto estoy de que ese juramento no le harás, repuso el desvergonzado Cucú, porque tus cuatrocientos abuelos se estremecerían en sus tumbas, y además porque ¿qué sería de tí si yo te abandonara, desdichado? Tú que por desgracia estás solo en el mundo, sin padres, sin hermanos, sin tíos.

– Tíos? tengo uno, dijo Daniel.

– Uno sí, y que te ama como un padre. Yo, yo soy tu tío, y tu padre, y tu tutor, y tu hermano, y tu consejero, tu guía.

– Y mi pesadilla.

– No seas embustero, Daniel; si á quien más quieres en el mundo es á mí, más que á... ¿lo digo? No, no lo digo, que no hace al caso. Y al quererme no haces más que lo que debes. ¿Acaso porque yo no tenga ni la fortuna que tú tienes, ni un nombre distinguido, ni un título nobiliario, no soy digno de aprecio? ¿Hemos hecho ninguno de los dos nada para ocupar las posiciones distintas que ocupamos? Ni tú elegiste la madre que había de darte el ser, ni yo la elegí. A tí te enseñaron á gastar el dinero que tenías; á mí no me enseñaron á ganar el que me hacía falta. A tu buen juicio dejo decidir quién tiene mayores méritos.

– No puedo fallar en este pleito, porque soy á un mismo tiempo juez y parte.

– Yo fallaré por tí, pero advirtiendo que me llamo á la parte. Cucú tiene razón. En él hay más méritos que en nosotros. Y su trabajo no deja de ser penoso. – ¿Qué esfuerzos hacen el albañil, el peón, el cargador para ganarse la vida? Esfuerzos materiales. La inteligencia no trabaja ni es necesaria para colocar ladrillos, para destripar terrones, ni para cargarse al hombro un baúl mundo. En cambio, ¿cuánto ingenio no se necesita para obligar á un sastre á que haga un frac á quien no tiene domicilio conocido? ¿Cuánto talento no se necesita para vivir en una fonda durante meses y meses sin pagar al fondista? ¿Qué derroche de fósforo no es preciso para...

– Encender un cigarro del estanco, interrumpió Cucú. Y advierto que no digo esto tan sólo porque el tabaco nacional sea incombustible, sino porque procurarse un cigarro de medio real, cuando se carece de ese medio real, es obra de romanos, hallar el fósforo que ha de encenderlo, difícil es, pero ya con el cigarro *oficial,* encenderlo es tarea ciclópea.

Al concluir Cucú de pronunciar estas palabras sonaron

palmadas y bravos. Como en la tierra de los ciegos el tuerto es el rey, entre aquellos caballeretes, el ingenio escaso pero desvergonzado de Cucú, resultaba verdaderamente peregrino.

Durante unos minutos produjose un verdadero alboroto: hablaba Daniel, gritaba Joaquín, chillaba Cucú, alborotaban todos. Por fin uno dotado por la naturaleza de voz tan potente como la de Neptuno cuando pronunció el *Quos ego!* impuso silencio con estentórea voz y decidió de pleno la cuestión diciendo:

– ¡Caballeros si lo sois, oidme! Joaquín comenzó el juicio haciendo la defensa de Cucú, yo si me hacéis el honor de proclamarme juez, voy á sentenciar. ¿Me dais atribuciones para ello? Guardáis silencio, por lo cual recordando el refrán que dice que: Quien calla otorga; me doy por otorgado y pronuncio la siguiente sentencia. Suprimo los resultandos y considerandos y paso al fallo. Fallamos que debemos condenar y condenamos á D. Daniel Orsay, conde de la ***, á tres días de destierro en el vecino pueblo de V... y al pago de las costas por temerario, entendiéndose que las costas equivaldrán al viaje de los presentes al sitio de su destierro y al pago de todos los gastos que su estancia allá ocasione. Pueblo, ¿apruebas mi sentencia?

– ¡Aprobada! ¡Aprobada!

– Y tú, ¿qué tienes que alegar? dijo el juzgador al juzgado y sentenciado.

– Que no apelo de la sentencia y cumpliré la pena. – Prometo llevaros á V... y esta será mi venganza, pues tanto habéis de aburriros que de jueces pasaréis á reos. La sentencia me proporciona un placer. Estoy aburrido hasta tal punto que en V... he de distraerme, si no de otro modo gozándome en vuestro daño. Y para no retrasar mi africana venganza, mañana mismo ha de empezar á cumplirse. Señores y caballeros, Cucú inclusive, mañana á las tres os espero aquí. A las cuatro parte el tren para V... Mañana por la noche comienza mi venganza. ¡Buenas noches! hasta mañana. Cucú, vente conmigo y me acompañarás á mi casa, y si esta noche no tienes dónde dormir, en mi casa hallarás un rincón en que acogerte.

– Voy contigo y acepto el rincón, y luego, si te atreves, dí que soy rencoroso. Te he ganado en tal combate tres días de vida en V... y esta noche dormiré en tu casa y mañana iré á V... y dentro de cuatro días todo te lo habré perdonado.

Aun duró algún rato la conversación.

Por fin se despidieron Cucú y compañeros mártires, quedando en reunirse al siguiente día.

Quedáronse solos los criados del Casino. Maldijeron un rato de aquellos señoritos viciosos á cuya costa y sin gran trabajo vivían.

– ¡Vaya unas horas de retirarse! dijo uno de los criados.

Quitóse el mandil. Cogió su bastoncillo y su gorra y murmurando entre dientes de la vida licenciosa que llevaban aquellos *duqueses*, *marqueses* y *condeses*, se fué á una taberna próxima en donde le esperaban algunos compañeros para jugar al mús la cena, unas cuantas *tintas* y las pesetas que había recibido de propina durante aquel día.

No dejan de tener interés los siguientes detalles. El mozo murmurador perdió la cena, las *tintas* y las pesetas, después de lo cual y á pesar de lo cual, fué bastante alegre á su casa, pero sin un cuarto en los bolsillos; pegó dos *chuletas* á su mujer, y después, cuando ya hacía algunas horas que el sol se paseaba por los espacios que él veía, se acostó diciendo: ¡Pero qué señoritos tan viciosos!

PEDRO TALAVERA.

(Continuará)



DE COMUN ACUERDO, cuadro de Leopoldo Schmutzler

LOS DERIVADOS DEL PETRÓLEO

A cada momento ofrece la industria nuevos productos, de singulares propiedades y susceptibles de muchas aplicaciones, al punto mismo de su descubrimiento, extraídos, la mayoría de las veces, bien del carbón, bien del petróleo. Ya es la *parafina*, mezcla de variadas substancias, ya la *sacarina*, extraño azúcar apenas soluble en el agua pura, pero que la endulza sobremanera, ya la *vaselina*, materia grasa cuyo uso se extendió al instante, ya los aceites y éteres del petróleo ó los variadísimos é innumerables colores preparados con los productos de la destilación seca del carbón de piedra. En ambos casos ofrece la Naturaleza la primera materia, abundante en determinados parajes, y al hombre toca beneficiarla en sus más inmediatos usos y transformarla luego, obteniendo de ella diversos productos, que exigen operaciones y artificios muy varios, aunque el fundamento de todos ellos estriba en el mismo principio, á saber: demostrado, en virtud del análisis, que los materiales naturales son mezclas ó combinaciones de productos, casi siempre líquidos y desigualmente volátiles, el calor puede separarlos cuando se emplee de modo adecuado, teniendo averiguada la temperatura á que cada cuerpo destila, y he aquí de qué suerte las destilaciones fraccionadas, de tan frecuente uso en los laboratorios, aplícanse á lo grande y sirven para extraer de los petróleos brutos de los pozos americanos la gasolina y el petróleo refinado que tantos usos tiene y muchos otros productos, á la par objeto de las más pacientes, atentas y curiosas investigaciones y de adelantadas y modernas industrias. La Naturaleza con sólo los elementos del agua, del aire y del ácido carbónico parece haber puesto todas sus energías en formar y constituir la más complicada y heterogénea mezcla y el hombre, ayudado de tan poderoso agente como el calor, pone toda su solicitud é invierte su ingenio en separar lo estrechamente unido, rompiendo los lazos que la afinidad forjara, destruyendo alianzas y combinaciones, formando otras nuevas, quizá más estables y produciendo, después de una labor verdaderamente anárquica, las formas de mayor belleza y las manifestaciones de mayor gallardía, dentro del inmenso é indefinido cuadro de las apariencias que reviste la perenne é indestructible energía en su continuo mudar.

Quien busque ejemplos singularísimos de sus operaciones más sublimes, quien indague cambios y transformaciones de una misma substancia, asistiendo, por decirlo así, á sus metamorfosis más esenciales y características y el que pretenda, ejercitando y poniendo en práctica sus varios procedimientos, conocer el maravilloso alcance de los métodos de la Química, cuando se aplican á investigar los elementos de los compuestos de mayor complejidad y se utilizan en la obtención de nuevos derivados, á cada punto extraídos de los primitivos materiales ó de substancias y cuerpos de ellos formados, hallará el cumplimiento de sus deseos, encontrará el término de sus anhelos y afanes y el campo más amplio que á los estudios de todo género pueden ofrecer de consuno la ciencia y la industria, en los derivados del petróleo, en aquella serie de cuerpos aislados cuando se destila la nafta, que pródiga y generosa nos ofrece la Naturaleza, sobre todo en ciertos terrenos de la afortunada América, constituyendo admirable fuente de riqueza.

Cuanto la aventurada hipótesis pudo prever tratándose de metamorfosear los compuestos de carbono, añadiendo elementos ó grupos de ellos á los cuerpos primitivos, á la continua binarios, formados de hidrógeno y carbono, ó substituyendo el primero conforme á ley bien conocida por otros elementos ó grupos de elementos nombrados radicales, todo se ha realizado al destilar la hulla y el petróleo, sometiendo luego cada uno de los cuerpos aislados á la acción de los reactivos, y he de advertir cómo respecto de la nafta natural ella misma contiene ya formados muchos de sus derivados y puedo citar la parafina



Facsímile de una fotografía de la luna obtenida en el Observatorio del monte Hamilton (California)
(Prueba directa sin aumento)

entre los menos volátiles y los éteres de peligroso manejo, que hierven á cuarenta y cinco grados. Siendo el petróleo, tal como se extrae de los pozos de América ó de los lagos del Cáucaso, una mezcla de muchos compuestos de carbono é hidrógeno, se comprende bien cómo sus derivados han de ser hidrocarburos, cada vez más ricos en carbono, hasta venir á parar en aquella especie de cok ó residuo carbonoso que queda al fin de las operaciones en los aparatos en que se destila la nafta. Examinemos ligeramente los productos obtenidos del petróleo cuando sobre él actúa el calor hasta la temperatura de quinientos grados y verémoslo confirmado.

Es la nafta, ya la natural, ya la extraída de betunes y asfaltos, un aceite oloroso que contiene muchas materias extrañas y á ellas debe su color obscuro. Fórmanla, según va dicho, gran variedad de hidrocarburos, casi todos de la serie á que sirve de tipo el formeno ó gas de los pantanos, unos – y son los más sencillos – gaseosos ó tan volátiles que al punto se utilizan, en los mismos parajes donde brota la nafta, y sirven para la calefacción y el alumbrado, al igual del gas de la hulla. Vienen luego las esencias del petróleo, los aceites empleados en las lámparas, los aceites pesados y los residuos, y he de observar que cada uno de estos productos es una mezcla de muchos otros, todos compuestos de carbono é hidrógeno en diferentes proporciones, distinguiéndose, á veces, sólo en el punto de ebullición, tan próximo en ocasiones que apenas parece haber diferencia alguna. En uno de los periodos de la destilación de la nafta se obtiene el nombrado aceite mineral, producto que purificado de manera conveniente es el petróleo que da la industria, útil para arder produciendo buena luz y no dejando al quemarse el menor residuo.

Al calentar el petróleo bruto, privado ya de los compuestos gaseosos, destilan, desde la temperatura de cuarenta y cinco grados hasta la de setenta, los llamados *éteres del petróleo* que son mezclas de hidrocarburos, sobre todo de los hidruros de amileno, hexileno y heptileno y forman aceites muy ligeros y volátiles, al punto de poseer gran tensión de vapor á la temperatura ordinaria. Por eso fácilmente se inflaman y su manejo es peligroso; no obstante su cualidad de disolver muchas substancias y la misma facilidad con que pueden eliminarse ya destilando á temperatura baja, ya por mera evaporación espontánea, hace que los éteres de petróleo reciban cada día nuevas aplicaciones y que en no pocos casos substituyan con notable ventaja al mismo alcohol, y bastará recordar su papel en cierto género de análisis, cuando trátase de separar bases orgánicas, y cómo intervienen cuando se preparan en grande los alcaloides llamados naturales.

A su vez los productos más volátiles obtenidos de la nafta originan importantes derivados, que por ser cuerpos incompletos se recombinan constituyendo los términos de aquella serie de carburos pirogenados que estudió Berthelot. Cuando el vapor de los éteres del petróleo atraviesa un tubo de hierro enrojecido al fuego se produce el fenómeno de la disociación: los elementos de los hidrógenos carbonados que los constituyen rompen los lazos de la afinidad y, á lo menos en parte, se separan pudiendo tener al cabo productos sin descomponer y productos descompuestos, gozando los elementos de los primeros de tal suma de energía que pueden contraer en un punto nuevas alianzas, y así se comprende que pasada la temperatura de disociación y continuando el calor, se constituyan los carburos pirogenados de una parte y de otra los que puedan resultar de condensaciones y combinaciones bien de los mismos, bien de los cuerpos no disociados. Del primer género, que es una verdadera síntesis, es la formación del antileno, el etileno, el amileno y el propileno, y al segundo corresponden, por ejemplo, las diversas combinaciones del antileno con otros hidrocarburos como el etilantileno y el propilantileno.

En cuanto la temperatura pasa de setenta grados y hasta que alcanza ciento veinte, se obtiene en la destilación de la nafta el líquido nombrado *esencia de petróleo*, también mezcla de hidrógenos carbonados ya más ricos en carbono. Producto oloroso y volátil emite vapores á la temperatura ordinaria; se emplea en el alumbrado llamándose *gas mill* usando lámparas de esponja, y la propiedad que tiene su vapor de mezclarse con el aire dando un producto inflamable, que arde con llama blanca muy luminosa y sin humo, es causa de que se emplee, substituyendo al gas de la hulla, á cuyo fin se carga el aire de vapor de la esencia del petróleo y se conduce por tubos, á la presión necesaria para que pueda inflamarse en los mecheros.

Desde ciento cincuenta á doscientos ochenta grados destílanse de la nafta hidrocarburos superiores, ya mucho menos volátiles, cuya mezcla no emite vapores ni con facilidad se inflama. Este producto – el más importante de cuantos el petróleo contiene – se trata primero con ácido sulfúrico, luego con lejía de sosa, cuerpos que le privan de las impurezas y substancias extrañas, y filtrado, más tarde, constituye el aceite mineral ó petróleo de tan frecuente uso en el alumbrado y cuya preparación es el objeto principal de las industrias americanas que explotan los pozos de nafta.

No para todavía en esto la destilación de tan curiosa materia. Hasta la temperatura de cuatrocientos grados produce hidrocarburos, á cada paso más ricos en carbono y de consiguiente más cercanos del residuo carbonoso, *aceites pesados* que si no sirven para arder, se utilizan para lubrificar las máquinas: fórmanlos productos sólidos y entre ellos se encuentra buena proporción de parafina.

Los residuos de tantas operaciones calentados al aire libre mientras desprenden humos de olor acre y decolorados con carbón dan, al fin de varios tratamientos, esa substancia blanca é inodora, verdadera grasa mineral, inalterable y sobremanera útil é importante, la *vaselina*. De los restos de ella cabe todavía obtener nuevos productos gaseosos combustibles y al término de la destilación sólo queda en la retorta amorfa masa carbonosa, que bien puede considerarse límite de la serie numerosa de hidrocarburos aislados.

Cuando se recoge la masa viscosa, que resta de la nafta después de extraído el *aceite de petróleo* empleado en el alumbrado, y se destila á fuego desnudo, además de quedar en los aparatos un carbón parecido al cok de la hulla y desprenderse diversos gases y cuerpos bastante volátiles, prodúcese el *petroceno*, curiosísimo cuerpo sólido de color verde obscuro, denso, mezcla de hidrocarburos asimismo sólidos, muy condensados y tan ricos en carbono que algunos contiénenlo en la proporción de noventa y siete por ciento. Añádase á los cuerpos enumerados la *parafina*, sólida y blanca, que sirve, entre muchas otras cosas, para fabricar bujías, aislada de las materias que destilan entre trescientos y cuatrocientos grados, y se tendrá ligera idea del número y variedad de los derivados del petróleo natural.



El Banco de Africa, Johannesburg, tal como era en 1887



El Banco de Africa, Johannesburg, tal como es en 1890

Bien puede decirse que constitúyenlo por entero combinaciones de hidrógeno y carbono, desde las de mayor sencillez hasta las más condensadas. Aquellos dos elementos primordiales de toda substancia orgánica halláronse presentes un punto y la Naturaleza formó con ellos, agrupándolos en variadas cantidades, los productos gaseosos que se eliminan solos apenas se descubre la nafta, los éteres y esencias, la vaselina y la parafina y los cuerpos muy fijos, casi todos carbono, que forman el petroceno. Cuando se formó el petróleo bruto realizóse en verdad una magnífica obra y las energías naturales produjeron uno de sus más admirables y complicados productos; pero no es menos bella y grandiosa la obra humana consistente en separar, mediante el solo empleo del calor, lo unido y mezclado, logrando aislar en los momentos ó puntos singulares de su hermosa labor, buena copia de productos cuyas propiedades aseguran la satisfacción de muchos deseos y el goce del bienestar que proporcionan los mejores descubrimientos.

JOSÉ RODRIGUEZ MOURELO

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

AÑO IX — BARCELONA 12 DE MAYO DE 1890 — NÚM. 437

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES DE MADRID



LA MUERTE DE SERTORIO, fragmento de un cuadro de D. Vicente Cutanda

SUMARIO

Texto. – *Nuestros grabados.* – *La remolienda* (costumbres chilenas), por Eva Canel. – *El hombre del violín* (continuación), por D. Pedro Talavera. – *Obras hidráulicas en San Diego de California.* – Física sin aparatos: *Fuerza centrífuga.*

Grabados. – *La muerte de Sertorio,* fragmento de un cuadro de don Vicente Cutanda. – *Los rapazuelos,* cuadro de José M. Marqués. – *La pradera,* cuadro de Julián Dupré. – *El secreto sorprendido,* cuadro de E. Meisel. – *Exposición de objetos procedentes de África.*

NUESTROS GRABADOS

LA MUERTE DE SERTORIO

fragmento de un cuadro de D. Vicente Cutanda

(Exposición Nacional de Bellas Artes)

Veíase la poderosa Roma amenazada de perder la tan preciada provincia hispánica y el anciano y prudente Metelo y el joven y arrogante Pompeyo eran impotentes para vencer al valeroso Sertorio que había logrado hacerse suyos á los españoles é implantar en España instituciones análogas á las que en su patria regían. Pero lo que esos generales romanos no consiguieron en buena lid, fiáronlo á la traición, y el éxito más completo coronó su proyecto inicuo. Perpenna, el amigo y segundo de Sertorio, envidioso de la gloria por éste alcanzada y creyendo que, desaparecido el rival, poco había de costarle ocupar su puesto y ser el continuador de sus victorias, tramó una conspiración y atrayéndole por medio de un engaño hizo asesinar infamemente al noble caudillo, que tuvo un asesino en el que él había nombrado su heredero y sucesor.

El conocido pintor valenciano D. Vicente Cutanda ha reproducido la sangrienta escena en el hermoso cuadro enviado á la Exposición Nacional de Bellas Artes que actualmente se celebra en Madrid. Sorprende en el fragmento que del lienzo publicamos el sentimiento dramático del conjunto, la expresión enérgica que en sus rostros y en sus actitudes revelan el infeliz Sertorio y sus implacables asesinos y el vigor de la pincelada que se adivina en los menores detalles y que imprime un sello de grandiosidad en todo el grupo.

Por todo ello merece su autor los más sinceros elogios y merécelos también por haber consagrado su indiscutible talento á una obra de un género que no porque algunos lo califiquen de pasado de moda deja de ser digno de estudio y admiración y que puede luchar sin desventaja con los que hoy prevalecen en el mundo del arte.

LOS RAPAZUELOS, cuadro de José M. Marqués

Nuestro querido colaborador ha dado con este cuadro una prueba más de lo que tantas veces hemos ensalzado en él, á saber: de su buen acierto en la elección de temas, de la delicadeza con que una vez elegidos siente sus bellezas y del arte con que al sentirlas las reproduce. La naturaleza llena de encantos, el alma rebosando sentimiento artístico y el estudio nunca interrumpido y encaminado siempre hacia el más allá que el pintor jamás debe perder de vista, tales son los elementos con que cuenta Marqués para sus deliciosas composiciones y que se revelan en el paisaje que hoy reproducimos. La frondosa arboleda que en el fondo se distingue, la casa de labranza que á la sombra de ella se levanta, las flores que esmaltan el ribazo, el cielo que límpido se refleja en las murmuradoras aguas del arroyo en donde entretienen sus ocios los dos lindos rapazuelos, todo infunde en el ánimo del espectador un apacible bienestar y hace nacer en él, si es que no los siente ya, vivos deseos de disfrutar de la placentera calma del campo.

El pintor que, como Marqués, logra con un cuadro este resultado puede darse por satisfecho tanto más cuanto que los tiempos que corremos no son los más á propósito para inclinar al alma hacia esas que más de uno llama rancias sensiblerías.

LA PRADERA

cuadro de Julián Dupré, grabado por Baude

(Salón de París de 1889)

La firma de Julián Dupré no es desconocida para nuestros lectores, pues hace algún tiempo, en el número 397 de la Ilustración Artística, publicamos del mismo autor el cuadro *La forrajera.* Como en el de entonces admírase en el de ahora una plausible y marcada tendencia á buscar la belleza en el naturalismo campestre, exento de todo artificio hasta el punto de ser casi copia exacta de una de esas escenas que tan profusamente nos ofrece la vida rural y que, inadvertidas quizás por los profanos ó por los poco aficionados á la sencillez de los campos, atraen con razón al artista y le inspiran obras tan bellas como *La pradera,* muy celebrada en el Salón de París de 1889.

EL SECRETO SORPRENDIDO

cuadro de E. Meisel, grabado por Bong

Al fin han podido más las dulces insinuaciones del enamorado doncel que el propósito que la joven se había hecho de guardar oculto lo que desde tanto tiempo tenía conturbada su alma. El amoroso secreto ha sido sorprendido y la dulce sonrisa de ella demuestra que él ha puesto el dedo en la llaga. Algo más nos dice el bonito cuadro de Meisel y es que el adivinador no ha tenido que esforzar mucho el ingenio para descubrir lo que harto le hacían suponer las miradas, los rubores y esa corriente misteriosa que se establece entre dos corazones que se quieren, pero cual si quisiera vengarse de la incertidumbre en que la *ingrata* se ha complacido en mantenerle, gózase ahora en prolongar la turbación de ésta hasta lograr que los labios repitan lo que de sobra han expresado los ojos.

Exposición de objetos procedentes de África

La Exposición recientemente inaugurada en la Galería Victoria es una de las más interesantes que actualmente puede visitarse en Londres. Compónese de retratos, reliquias, mapas, pinturas y curiosidades de toda clase que, representando la historia de las exploraciones africanas, desde los tiempos de Ptolomeo á los de Stanley, reproducen gráficamente la «tragedia de África» que bien puede llamarse así por el sinnúmero de vidas que en tantas y tan arduas empresas se han sacrificado.

Los grabados que en la página 599 publicamos son copias de algunos de los principales objetos expuestos.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

LAS LAVANDERAS

cuadro de Mr. Lhermitte, grabado por Baude

La nueva obra de Mr. Lhermitte es digna del autor de la magnífica serie de los *Meses* tan conocida en Francia y en la cual el ilustre pintor ha sabido reproducir con tanto vigor como sinceridad la impresión de las estaciones en su incesante marcha y la diversidad de espectáculos que en cada mes ofrece la campiña. A la campiña nos transporta también en *Las lavanderas,* á uno de estos sitios recogidos y bañados de luz en que tan perfectamente sabe colocar sus grupos; y es tal la magia de su pincel que de una escena vulgar, como la de esas rústicas mujeres entregadas á una faena prosaica, ha sabido hacer un verdadero poema lleno de poesía, no pensando alto, pero sí sintiendo hondo y pintando claro.

LA REMOLIENDA

(COSTUMBRES CHILENAS)

Miradla requebrándose incitante; llevando y trayendo á su pareja del uno al otro lado de la estancia; cogiendo apenas con la punta de los dedos de su mano izquierda la falda de apretados frunces y levantando graciosamente su derecha, en donde revolotea un pañuelo que parece el banderín de enganche de las mujeres sandungueras.

Es la *huasa* chilena, la hija de un *chacarero* (labrador) la que arrogante, con el cuello erguido, las mejillas echando lumbre y los ojos despidiendo chispas, aguarda que acaben los alborotados compases que de introducción sirven á la *Zamacueca* y á que comience la copla para contonearse arrullando á su pareja, tan pronto rozándole la mejilla con el juguetón pañuelo, como obligándole á seguirla jadeante, en fuerza de tantos quiebros y de tantas guiñadas.

El *huaso* (campesino), buen mozo, que de frente la mira, es un pretendiente con más estampa que fortuna; pues la ingrata de sus ilusiones, suele darle los más negros celos que jamás un corazón pudieran haber torturado.

Es *Antuca* (Antonia) una mocita caprichosa y coqueta, de talle esbelto y de cintura más cimbreadora que las palmeras del coco, ni alta ni baja, apretadita de carnes, de color tostado y de cutis suavísimo que exhala por todos los poros el perfume cálido de una sangre hirviente y pastosa.

Cucho (Agustín), su pretendiente, es el mayordomo de la *chacra,* elevado casi á la categoría de dueño, pues el *patrón* padece una parálisis que le imposibilita para ocuparse de sus tierras, consistentes en una legua de terreno, bien cultivado, con cuyo producto viven con holgura y algo queda para obsequiar, siguiendo la hospitalaria costumbre americana, á todo el que echa pie á tierra en los dominios del hacendado, pidiendo un plato de *cazuela* para él y un pienso para su caballo.

Aspiraba el mayordomo á la mano de Antuca, sin otros títulos para merecerla que su figura no despreciable de huaso *leío* y *escrebío* que por algo sus difuntos padres le habían mandado de niño al colegio para que *deprendiese* lo que sabía.

Era trabajador y formal, bebía razonablemente, quiere decir, que ni perdía el aplomo ni se *tomaba* (emborrachaba), por lo cual conservaba siempre la serenidad, de que tanto gustaba su patrón, y no miraba éste con malos ojos que el amor hacia su hija, de día en día sentase con más arraigo sus reales en aquel corazón indomable á la par que ternísimo.

La caprichosa mocita cuidábase poco de que la traidora duda fuese causa de que despidiesen fulgurosos relámpagos las negras pupilas del *huaso,* cuando un golpetazo imprevisto sonaba cruel en la puerta medio entornada de sus esperanzas.

La noche que les vemos, uno frente á otro, mirándose, él á ella con pasión y á él ella con lánguida y traidora coquetería, celebrábase en la *chacra* el santo de Antuquita con una remolienda de las que empiezan en Chile, cuando menos se piensa, sin que al empezarla pueda nadie asegurar la hora ni el día que ha de tener término.

Gozaba el padre de Antuca fama de rumboso, y la verdad era que cuando en su hacienda se *remolía* arroyaban la chicha y el aguardiente y no se daban punto de reposo las *arpistas* y *cántaras,* hasta que al rayar el alba se descansaba para reparar las fuerzas con el exquisito *charquicán.*

Es este guiso chileno un caldo con tropezoncitos de *charqui* (cecina), tan gustoso y agradable que sabe á gloria después de una noche de *remolienda,* de señores ó de *huasos,* que para los efectos del charquicán viene á ser lo mismo, y reanima los desmayados cuerpos disponiéndolos á continuar *remoliendo* hasta que las reuniones se deshacen por ausencia de los unos y de los otros, pero nunca por cansancio ni menos por insinuación de los dueños de la casa.

Si la fiesta se prolonga por algunos días, allí se almuerza y se come, haciendo cada cual como si en la propia casa estuviera, seguro que no ha de molestar, pues que á tanto se prestan la cordialidad y las costumbres benditas del mundo de Colón.

Alguien ha dicho que los chilenos no son hospitalarios y esta es una calumnia como un templo: son tardos para franquear sus puertas, porque desconfían del amigo improvisado, pero una vez franqueadas conviértense en esclavos del huésped, como las leyes de la hospitalidad tienen desde tiempo inmemorial prescrito.

San Antonio había llevado á la hacienda del padre de Antuca á todos los *huasos* vecinos, y también á tres ó cuatro elegantes jóvenes de la ciudad cercana, que gustaban de la gracia y donaire de la *huasa* y bebían por ella los vientos.

Trataba á todos Antuca con el propio despego, no obstante recibir con sin igual complacencia los regalitos que solían llevarla los *jútres* (señoritos), y esta facilidad de la mocita para dejarse querer sin compromiso, constituía el martirio de muchos y la desesperación de Cucho, que se sublevaba cada vez que su novia, pues que lo era, admitía obsequios de algún hombre.

Eran las diez de la noche y estaba el baile en su apogeo.

Tres arpas lanzaban al unísono compases de *cueca* y otras tantas *cantaoras* turnaban en las coplas, que por turno también bailaban las animadas parejas.

– ¡Venga! – dice una voz cuando la *cantaora* se dispone á soltar los gallos y *jipíos* con que la cueca de buena ley, sin mistificaciones artísticas, debe ser cantada.

Y la cantadora dice:

Que si de vidrio fueran
¡Ay, mamita! los corazones:
Ay qué claritas se vieran
¡Ay, mamita! las intenciones.

Y aquí comienzan los concurrentes á corear con palmas y frases criollas, mientras la cantadora repite tantas veces como la ordenanza prescribe:

«¡Ay! ¡ayayay! ¡ay, mamita! las intenciones, etc., etc.»

Y no continúo porque tiene la música indígena algo que ni se expresa ni se copia ni puede reflejarla el que no la ha escuchado, cuando en la cuna le arrullaban con ella; se oye y se siente, la mente y el alma la recogen y la cantan para sí, pero no le *resulta* al profano que quiere repetirla creyendo entusiasmar con la copia como á él le hubo entusiasmado el original.

Terminan Cucho y Antuca su ronda compuesta de dos coplas y suena una salva de aplausos. Ella corre á sentarse serena y arrogante con su triunfo, entre dos *jútres* que le ofrecen asiento en un banco, y él con menor precipitación, se retira á un extremo de la estancia recostándose sobre uno de los caballetes que sostienen monturas y arreos, chapeados de plata.

La sala en donde el baile se celebraba era más larga que ancha y muy espaciosa. La puerta exterior comunicaba con un gran patio empedrado, en donde estaban las cuadras, cocina, cuartos de mayordomo y peones, con las demás dependencias necesarias á una hacienda, que si no era de las mejores no era tampoco de las más malas.

En las dos cabeceras de lo que, por su tamaño, debiéramos llamar salón, estaban los dormitorios de Antuca y su padre, cuyas entradas, apenas cubiertas con cortinas de percal recogidas á ambos lados de las puertas, dejaban ver el interior de aquéllos, limpios y hasta elegantes para lo que esperarse pudiera de una hacienda de *huasos.*

A las claras se echaba de ver que el dormitorio de la izquierda era de Antuca. La cama tenía colgaduras de percal igualito al de las cortinas y tenía también tocador, mientras su padre se conformaba con un tres pies de hierro para sostener la jofaina de hoja de lata, y veíanse en las paredes algunas estampas encerradas en marquitos de madera ó en medias cañas doradas.

El salón, llamémosle así, hacía las veces de tal y también de comedor, á la vez que en él se guardaban las monturas y los frenos, para librarlos de algún aficionado á las cosas buenas, y era el tal salón ó comedor un conjunto abigarrado de objetos muy diferentes entre sí, colocados sin la menor noción de la estética, pero con el instinto del orden y del bien parecer.

De algunas escarpias que agujereaban la pared más de lo conveniente al yeso que la blanqueaba, pendían dos *vihuelas,* instrumento indispensable para la vida del *huaso,* y unos cuantos marcos sosteniendo grabados de novelas por entregas y retratos de prohombres chilenos.

Un José Miguel Carrera, de litografía, amarillento ya y salpicado de puntos que acusaban la presencia de asquerosos bichejos alados, era de mayor tamaño que sus compañeros de época, como si al destacarse en aquellas humildes paredes, quisiese recordar á los que le contemplaban que mayores habían sido también su grandeza y sus infortunios.

La gran mesa, tosca, renegrida y antiquísima, labrada con arabescos que parecían hechos á *punta de cuchillo romo,* había sido arrimada para dejar más espacio á los bailadores y veíase ocupada por una batería de vasos, copas, botellas de aguardiente y jarros de *chicha.*

Tres caballetes ó burros de madera cargados con monturas, frenos y jáquimas, hacían *pendant* á la mesa, y las sillas y bancos por acá y acullá repartidos estaban ocupados por *huasas,* jóvenes la mayor parte, aunque no faltaba alguna madre de buena *vitola* que echaba su vuelta con más gracia y donaire que la mocita que mejor lo hiciese.

En un rincón apiñábanse arpistas y cantadoras con el apéndice de un *vihuelista* que tocaba polkas y valses, por si á algún *jútre* le daba la gana de pedirlos.

Eran las *arpistas* ya entradas en años, y las cantaoras jóvenes todavía, pero viéndolas nadie podía presumir que se convirtiesen en grillos mal mantenidos ó en gatas escaldadas cuando lanzaban los chillidos inevitables por la muy alta tesitura en que la cueca se canta.

¡Qué resistencia de gargantas!

Imposible competir con ellas en dureza de laringe,



LOS RAPAZUELOS, cuadro de D. José M. Marqués

ni menos prescindir de sus gritos; sin éstos, ni el baile estaría en carácter, ni produciría los entusiasmos que produce.

He dicho que Cucho se había arrimado á uno de los caballetes que sostenían las monturas: era precisamente el que tenía la de Antuca, una silla muy mona de terciopelo *punzó* (encarnado) bordada con hilo de plata que no había más que pedir, pero entonces estaba cuidadosamente cubierta con una funda de ante.

Puso el *huaso* su mano derecha sobre el gancho y por unos segundos se quedó contemplando el asiento que tantas veces había sostenido á la intrépida jinete que le robaba el alma.

Antuca, que hablaba con los dos *jútres* acaramelados que le chicharreaban en ambos oídos, miraba á su amante con el rabillo del ojo y comprendía que aquella noche, como otras muchas, lo atormentaban los celos, cosa que á la *huasa* llenaba de orgullo, porque más que de quererlos gustaba de que la quisiesen los hombres y sobre todo de que pasasen fatigas por sus pedazos.

Volvieron á oirse preludios de música; esta vez era la *vihuela* que templaba sus cuerdas para acompañar á las *niñas* cantaoras algunas tonadas de aquellas dulces y cadenciosas, que tienen su origen en la viveza de pasiones del campesino chileno.

Antuca se levantó; encaminóse á su cuarto, y pudo ver Cucho que mirándose al espejo alisábase un poco el cabello y componía las dos largas trenzas que por la espalda se le desmadejaban.

Terminado que hubo su sencillo retoque reapareció en la sala y fuése derecha á donde Cucho estaba recostado.

–¿Qué *hacis* aquí tan *callao*? – le dijo, clavando sus traidores ojos en los apasionados de su amante.

– Mirándote *pú* (contracción de pues).

– ¿Y qué me miras?

– Lo que estás mostrando.

– ¿Y qué es lo que muestro?

– Pues, que no me quieres.

Antuca soltó una carcajada que fué para el *huaso* más cruel mil veces que si la punta de un hierro candente penetrase en sus carnes.

– ¿Con que no te quiero?

– ¡Mo!

– ¿Y en qué lo has *conosío*?

– En que tienes el *tiemple* (el amor) en otra parte.

– ¿De quién hablas? de aquellos dos *jútres*?

– ¿De aquellos? Mo.

– Pues no te entiendo.

– De sobra que sí que me entiendes, pero no quieres darte por *entendía*.

– Te *igo* que no.

– Pues dime si no echas de menos alguno.

– Yo no echo de menos á *naide* cuando tú estás á mi *vera*.

– Entonces ¿por qué *aguaitas* (miras, espías) de vez en cuando como si esperases ver *dentrar* alguno?

– Pues *ay* verás tú.

– Contesta: cualquiera diría que *tas quedao múa*.

– Sí, *pú, múa*.

– Pues, *múa*, ¿por qué no contestas?

Efectivamente, Antuca aguardaba que le diese Cucho celos con los dos petimetres que le calentaban los oídos, pero no estaba preparada para una pregunta que le llegaba á lo vivo. Era verdad que había mirado á la puerta varias veces y hasta que había *parado la oreja*, fingiéndose distraída, escuchando si sonaban pisadas de caballo sobre los morrillos del patio, pero no creyó que su novio pudiese penetrar su pensamiento ni sus miradas.

– Vaya, Antuquita, confiésame que algo te *farta*.

– A mí no me falta *naita*, que *too* lo tengo.

– Yo sí que lo tengo *too*, ingratona, cuando sueño que tú me quieres; pero mira, niña: hace ocho días que no duermo pensando en un hombre que en mal hora ha *venío* á esta casa para llenarme el alma de congojas.

– ¿Y *pues* de quién hablas?

– ¿Mo te lo has *figurao*? del que no ha *venío* hoy, de ese buen *moso* santiaguino, á quien Dios confunda.

– Tú *tás* vuelto loco, Cuchito. ¿Piensas que una persona como esa había de querer casarse con una *huasa*?

– Casarse no, pero pienso que está *templao* contigo (enamorado de tí) y que no te disgusta su *temple:* ya lo creo, ¡como es tan *guapaso*!

– ¿*Sabis*, Cucho, que *estais mú cargoso* (cargante)?

– Lo que estoy es loco; tan loco, que sería capaz de matar á ese hombre si tú le correspondieses.

Antuca se puso pálida; envolvió á Cucho en una mirada, centelleante primero y graciosa después, en una mirada de las que apaciguan las tempestades de celos, y le dijo:

– Porque sabes que te quiero te pones así, pero *sábete* al *mesmo tiempo* que si por celos tocas á ese señor... ó á otro, jamás de la vida me casaré contigo y llegaré á tenerte tanto odio como amor te tengo en el día.

– ¡Ay, niña! pues no será mucho.

– *Geniaso* diablo, no me des penas, cuando no pienso más que en divertirme.

Y Antuca se dirigió á ocupar una silla junto á las *cantaoras* á tiempo que éstas decían:

Una mujer y una liebre
¡Ay, por Dios!
Se apostaron á correr
¡Ay de mí, qué haré yo!
Y como el premio era un hombre
¡Ay, por Dios!
Se lo llevó la mujer.
¡Ay de mí, qué haré yo!

Tremenda algazara siguió á la copla con la cual dió fin la tonada.

Los vasos de chicha corrían de mano en mano; las copas del aguardiente tampoco estaban en reposo, y cada cual brindaba con la persona de sus simpatías, siguiendo la costumbre de América, en donde nadie bebe sin invitar á otro para que lo acompañe.

– *Tomaremos* (beberemos) por esto, decían unos; *tomaremos* por aquello, respondían otros; por Antuquita; por la niña *regalona* (mimada) por su *paire* (padre); – y libación tras libación iban las cabezas desvaneciéndose, los pechos caldeándose, y ya se escuchaban frases apasionadas, se pescaban miradas tiernas, y se advertían contactos y cuchicheos íntimos y recatados.

Y es que el chileno, cuyo carácter difiere en mucho del resto de los americanos, no se muestra expansivo hasta que un agente cascabelero y entusiasta se le apodera del cerebro, dando al traste con la seriedad de que reviste todos sus actos.

Comienzan los compases de otra cueca y se oyen piafar caballos en el patio.

Antuca, apercibida antes que nadie, corre hacia la puerta y ve dos jinetes que echan pie á tierra: no cabe en sí de orgullo y de gozo; es el caballero santiaguino, es el buen mozo, que tantos celos inspira al mayordomo, que no se ha olvidado de su santo patrón.

Cesó la música porque todo el mundo se agolpó á la puerta para ver quiénes eran los recién llegados, pero Cucho que no necesitaba verlos para saber que allí estaba su rival, continuó inmóvil con la mano puesta sobre el gancho de la montura, los ojos fijos en el suelo y el oído atento á los golpes con que á su corazón llamaban los celos despiadadamente.

– ¡Cucho! – gritó Antuca – recoge éstos caballos.

Una bofetada traidora que le hubieran dado, á él, que no aguantaba desmanes de nadie, no le hubiera producido ira más reconcentrada que la que aquel mandato le producía.

– ¿Qué *hacis*, Cucho? ¿no oiste? *Recogéi* estos caballos.

Cucho dió un paso, pero volvió á quedar inmóvil. Por fin, ejerciendo fuerte presión sobre su orgullo indomable, adelantó hasta la puerta; llamó con un grito á un peón y le transmitió la orden que había recibido, volviéndose inmediatamente al lado de la silla de montar que parecía objeto aquella noche de sus amores y de sus ilusiones.

Los recién llegados, después de saludar al amo de casa fueron con Antuca hacia la mesa llena de vasos, copas y botellas, brindando con la joven que con una copita de *mistela* acompañó las de aguardiente que tomaron ellos.

Ambos eran jóvenes y guapos, pero Ramón Llamas, el odiado rival del mayordomo de la *chacra*, era la más bella figura que un escultor pudiera elegir para modelo de masculina corrección.

Quizás en un salón del gran mundo no fuese tipo de suprema elegancia; pero en el campo, con el pintoresco traje de montar, en aquella atmósfera saturada de galantes requiebros, de amores apenas velados, y de confianzas que estaban muy lejos de ser licencias pero que seducían por el arrebatado desorden de la autonomía individual, era Ramón algo como una tentación diabólica que atraía las miradas de las mujeres y hacía con las suyas que la sangre de las impresionables *huasas* circulase por las venas cual ardiente lava por los calcinados surcos de las montañas ígneas.

– Creí que no venía V. á felicitarme, – díjole Antuca bajando los párpados con más cortedad de la que hablaba á su mayordomo.

– ¿Me echaba de menos, niña?

– ¡Y cómo no!

– ¿Es decir, que se acordaba de mí?

– ¡Qué gracioso! ¿Y no había de acordarme?

– Se lo agradezco: pues *tomemos* por ese recuerdo.

– Tomemos.

Esta libación era casi un pacto; y Cucho que los había visto beber brindando por algo que no comprendía,



LA PRADERA, cuadro de Julián Dupré, grabado por Baude
(Salón de París de 1889)



LAS LAVANDERAS



S, cuadro de Lhermitte, grabado por Baude



EL SECRETO SORPRENDIDO, cuadro de E. Meisel, grabado por Bong

pero por algo al fin, tuvo impulsos de interponerse y de arrebatar de la mano de Llamas la copa, antes que pudiera llevarla á sus labios. Reparó también ¿y cómo no repararlo? que habían bebido mirándose con fijeza, diciendose con la mirada lo que no puede traducir el humano lenguaje, y él sabía que esta manera de brindar era valor entendido entre enamorados que no necesitan balbucear frases para saber por lo que brindan y por lo que hacen votos.

He dicho que vestía Ramón Llamas el traje de campo y debo explicar en qué consistía.

Del pantalón poco puedo decir: desaparecía bajo las botas de cuero encarnado, que se prolongaban hasta el muslo, y una americana de terciopelo negro bajaba hasta tocar con la caña de la bota. El poncho de vicuña, corto, como en Chile se usan, habíalo recogido sobre el hombro derecho para más libertad del brazo, y un finísimo sombrero de castor, de anchas alas, sombreaba su rostro, prestando á la figura irresistible atractivo.

Ramón Llamas, vestido de aquel modo, estaba pidiendo á gritos el pincel de Van Dyck.

Cucho acumulaba todas las penas del infierno dentro del pecho, y clavaba las uñas en las palmas de las manos sin que los dolores del alma diesen permiso á la carne para sentir el martirio.

Ramón y Antuca fueron á sentarse juntos, muy juntos, y el santiaguino que en los primeros momentos pudo haberse mostrado poco expansivo, se transformaba á los ojos del huaso, que le parecía ver en él un demonio de siniestra hermosura, ante cuya presencia sentía flaquear su valor, porque era tan hechicero aquel hombre, que casi encontraba justificable la infidelidad de su amada.

La *cueca*, que se interrumpiera con la llegada de Llamas y de su compañero, comenzó de nuevo, y Cucho, sin meditarlo, obedeciendo seguramente al deseo de apartar á su niña de aquel satán fascinador, se dirigió á ella resueltamente y la invitó á bailar.

Antuca le contestó con bastante aspereza: – Después. Ahora voy á bailar con el caballero.

Sintió el huaso el desaire en medio del alma y sin replicar retiróse al sitio que parecía tenerlo encantado, pero rebosando odio por todos sus poros.

– Vamos á bailar esta copla, – dijo Antuca levantándose, sacudiendo su pañuelo y saliendo al medio de la sala seguida de Ramón que también se aprontaba para ponerse en facha.

La fisonomía de Antuca no brillaba con los fulgores de la coquetería y de la gracia, como cuando requebrándose juguetona se había puesto frente á Cucho. Estaba más pálida: sentía un desasosiego que jamás había sentido y por vez primera en su vida tenía necesidad de que se acabase la *remolienda* y hubiera querido quedarse sola con el hermoso forastero para que sin testigos le repitiese las palabras que acababa de decirle.

Cucho la devoraba con los ojos.

Comenzó la copla y comenzó el paseo de los bailadores.

La cantaora decía desgañitándose:

Y siempre dando y cavando
Contra tu propia existencia.

Las figuras habían comenzado y Antuca no parecía la misma: no mareaba á este compañero como había mareado al anterior; no le incitaba acercándosele para huir y obligarle á seguirla; por el contrario: se le pegaba tanto que en algunos momentos confundíanse sus alientos y la mocita aspiraba con la nariz dilatada, los ojos entornados y los brazos caídos un perfume embriagador que laxaba su espíritu y ponía en traidora tensión su sistema nervioso. Antuca no flameaba el pañuelo y esto era imperdonable en bailadora que tan á maravilla solía pasarlo rozando la frente del hombre.

Ramón contagiado por la languidez de Antuca cuidaba más de fascinarla que de ganar fama en el baile, pero la concurrencia que no podía conformarse con que los bailarines se acariciasen solamente con la mirada, comenzó á soltar frases de las que en tales casos se estilan:

– *Echale guaras*, – dijo una voz, y esto vale tanto como decir al hombre: «hazle quiebros y monadas.»

La cantaora repetía:

Y siempre dando y cavando
Contra tu propia existencia:
Si no *hallais correspondiencia*
¿Por qué te *estais* aguantando
¡Ay! ¡ayayay!
Que porqué te *estais* aguantando...

– ¡Aro! ¡aro! – gritó uno de los señoritos saliendo en medio de la estancia con una copa de aguardiente en cada mano, ofreciéndolas á los bailadores.

Las arpas y la cantaora cesaron, y por Dios que sin presumirlo fué oportuno el interruptor, pues ya por las pupilas de Cucho pasaban oleadas de sangre, y ni un segundo más hubiera dejado transcurrir sin lanzarse furioso en medio de la estancia para abofetear al hombre que le robaba su amor y su dicha.

La palabra ¡aro! pronunciada cuando se baila la zamacueca, supone interrupción del baile para beber, volviendo á reanudarlo una vez que se han apurado las copas.

Cucho salió al patio.

La cueca comenzó de nuevo y Ramón y Antuca volvieron á colocarse el uno frente al otro.

Ella miró recelosa á todas partes porque no estaba el huaso en su rincón, pero no alcanzó á verlo.

Cuando en la segunda vuelta comienzan las palmas de los concurrentes á jalear, animando á los bailadores, creyó oir Antuca que desde el patio los jaleaban también y le pareció que eran aquellas las palmas del mayordomo.

– *¡Echale guaras!* – dijo una voz ronca que la joven reconoció ser la de Cucho, y un frío glacial recorrió entonces sus miembros, pues no la inspiraba confianza aquella frase que venía del patio indudablemente y que estaba alterada tan perceptiblemente, que la joven tuvo miedo al huaso por vez primera desde que le conocía.

Entusiasmado Ramón, obedeció la voz de mando y se acercó á su pareja tanto, que se le vió posar sus labios sobre la cabeza que Antuca inclinaba más que de costumbre.

Una explosión de aplausos animó más y más al fogoso bailarín, y el entusiasmo de la concurrencia llegaba al colmo.

«¡Ay! ¡ayayay! – seguía *jipiando* la cantaora. – *Que porqué te estais aguantando...*»

Llamas imprudentemente arrastrado por las ardientes miradas que Antuca le dirigía desde que él la animaba con sus escarceos y por la proximidad del rostro que la *niña diabla* casi le abandonaba, iba á posar de nuevo sus labios no sobre el cabello sino sobre la mejilla incitante de su pareja, en el momento que un tiro de rifle sembró el terror y el espanto en aquella mansión de alborotada felicidad y el hermoso santiaguino cayó al suelo con el cráneo hecho pedazos.

. . . .

Cucho desapareció de la *chacra* sin que lograse verle jamás ninguno de sus conocidos ni la policía pudiese dar con él, pero mis lectores volverán á encontrarlo en un episodio de mis viajes.

Eva Canel

EL HOMBER DEL VIOLÓN

(Continuación.)

II

Ninguno de los invitados faltó á la cita.

A las cuatro de la tarde se hallaban todos reunidos en el vestíbulo de la estación del Mediodía; el criado de Daniel, que se había adelantado de parte de su amo, había tomado billetes para todos y sin detenerse entraron en el andén y con bulliciosa algazara tomaron por asalto un departamento de primera.

Daniel, aunque un poco soñoliento, no parecía muy aburrido; de vez en cuando asomaba á sus labios una son risa entre plácida y burlona, contemplando á sus amigos. Estos se entregaban á las más variadas manifestaciones de júbilo. Joaquín canturreaba á media voz motivos de Mefistófeles; ponderaba otro el mérito de un soberbio *ponney* que acababa de comprar por diez mil francos; y Cucú haciendo los honores del *waghon*, interrumpía á todos presentándoles bien una raja de exquisito salchichón de lenguas de Vich, bien un rico sandwiche, bien (y esto con más frecuencia) una copa de Málaga seco, ó de Jerez oro.

De este modo y entre risotadas, blasfemias, murmuraciones y cantares, recorrieron el trayecto que separa á Madrid de V... á donde llegaron una hora después de haber salido. Era á primeros de octubre, pero el tiempo era apacible y templado. En la estación de V... tomaron un grande y desvencijado coche tirado por tres flacas mulas enganchadas á la calesera, é instalándose Daniel en el pescante, empuñó riendas y tralla, y azotando con mano fuerte á las pobres bestias, arrancaron éstas con tan inusitado brío, que en poco estuvo, al dar una vuelta de cerrada curva, necesaria para tomar la carretera, que no diesen en la arena el vehículo y sus ocupantes.

Gritaron éstos lo que no es decible, increpando al improvisado mayoral, pero éste sin hacer caso continuó arreando á las mulas y en menos de diez minutos salvó la distancia de media hora larga que separa la estación de la finca del conde. Después de atravesar por una hermosa puerta de hierro con que se remata y cierra la elegante verja que rodea el espacioso jardín en cuyo centro se halla edificada la casa de campo, el coche se detuvo en una ancha plazoleta, frente á la puerta principal del edificio. Allí se apearon todos. Joaquín, á quien decididamente le daba aquel día por la música, subido sobre el *perron* entonó el *Eccome al fine in Babylonia*, que en verdad nadie escuchó, sino fué la casera que, habiendo salido á recibir á su señorito, se había quedado aturdida ante aquella avalancha de locos.

Cucú, siguiendo en su empeño de ahorrar molestias al anfitrión, comenzó á dar órdenes á los criados, y después de haber visitado hasta los últimos rincones de la casa, á hacer la distribución de alojamientos para los convidados.

A las siete se sirvió la comida, y después de una larga sobremesa, Cucú que había averiguado que en V... se estaban celebrando las fiestas del pueblo, propuso ir á dar unas vueltas por la feria. Por aclamación fué aprobado el pensamiento, y poco después, los siete amigos hablando, riendo y alborotando como veinte, cruzaban á pie enjuto los arroyos y veredas que encontraban en el camino de atajos por donde el conde los llevaba á través de barbechos al pueblecillo de V...

III

¿Para qué hacer la descripción de éste? Todo el que haya visto un pueblo cualquiera de los alrededores de Madrid puede formarse una idea exacta de lo que es V... En torno, la monotonía de una inmensa llanura, la tristeza del desierto, la melancolía de la aridez, hecha más sensible por la presencia de unos pocos árboles, raquíticos y envejecidos sin desarrollo, y desnudos de hojas por una prematura caducidad otoñal.

En el interior calles anchas pero desniveladas y sucias; casas bajas y pobres, ennegrecidas por el humo, alternando con espaciosos pajares y graneros. La casa del pueblo, que parece una lonja, la iglesia encogida y como helada, hablándole al oído á la mezquina torre del campanario, que parece que, como los árboles, se ha quedado á medio crecer. Los habitantes todos de aspecto taciturno, de facciones abultadas, de andar pesado, de movimientos toscos, de voz gruesa, de maneras rudas, de inteligencia escasa y de limpieza negativa. El conde y sus amigos ya estaban acostumbrados al aspecto y modo de ser de los pueblos de Castilla, y no paraban mientes en estas circunstancias; ellos iban derechos á su objeto de divertirse á costa de aquellos baturros y así se encaminaron directamente á la plaza de la Fuente que era donde se hallaba instalada la feria.

No tenían las casetas que la formaban mucho peor aspecto que las que constituyen la de la Coronada Villa, corte de las Españas. Las mismas estacas, las mismas esteras, las mismas lonas y hasta los mismos géneros de venta. Sólo se diferencian ambas ferias, en que la de V... es más reducida y menos bulliciosa.

Daniel y sus amigos, después de haber paseado por el recinto de la plaza, echando chicoleos á todas las muchachas, y de haber provocado las celosas iras de más de un zagalón, se dedicaron á visitar, uno por uno, todos los barracones de monstruos, fenómenos y figuras de cera que constituían el atractivo más estridente y ruidoso de la feria.

Retirábanse después de haber dado bastante qué hacer en todos aquellos barracones, cuyos dueños perdonaban los pellizcos á la pantorrilla de la mujer gorda, la perdigonada á la cabeza del enano parlante y los cachetes al polichinela en gracia á la prodigalidad con que los *señoritos* pagaban sus entradas, cuando habiendo Cucú fijado su atención en un cartel pegado á la pared exclamó:

– ¿Queréis que vayamos al teatro?

– ¿Cómo? ¿Hay teatro en V...?

– Sí, contestó el conde: un remedo de teatro; el antiguo pósito del pueblo, un almacén destartalado en uno de cuyos extremos han hecho un tablado, y con unos bastidores y unas bambalinas pintadas por aficionados del pueblo, hágote teatro.

– ¿Y qué compañía trabaja? preguntó uno.

– Calvo y Vico, seguramente, contestó otro.

– No, replicó Cucú, que había estado leyendo el cartel: es una *aplaudida* compañía de la legua, dirigida por el *inteligente* primer actor y director de escena Juan Fernández, y de la que forman parte la distinguida primera dama Rosita Gómez, y el chistosísimo gracioso Benito Pérez.

– ¿Pérez, Gómez, Fernández? ¡Hombre! esos apellidos me suenan, dijo uno.

– Huelen á artistas á la legua, repuso otro.

– A artista de la legua querrás decir, observó un tercero.

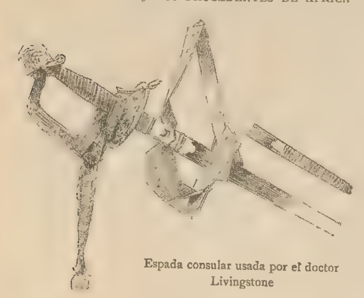
– ¡Al teatro, al teatro! gritaron todos, é inmediatamente se dirigieron á la calle del Pósito, en donde se hallaba el edificio que antiguamente servía de tal y que con pocas modificaciones en él introducidas, se halla hoy convertido en teatro. El aspecto exterior, aunque vetusto, no llamaba la atención, pues armoniza perfectamente con el general de las demás edificaciones del pueblo. Sobre la puerta se ve pintado un letrero de almazarrón que dice: «Teatro.» A la izquierda de la puerta hay otro, sobre una ventana, donde se lee: «Despacho de billetes;» éstos se dan á través de los barrotes de hierro que forman la reja de aquella ventana, y al acercarse á tomarlos el conde con sus amigos, ya pudieron oir algunos de los gritos que daba uno de los actores, sin duda el gracioso, pues el público hizo coro con estrepitosas risotadas. El despacho de billetes sólo estaba separado de la *sala* por un biombo, que servía al mismo tiempo de cancela para establecer una especie de vestíbulo.

Entraron nuestros jóvenes en la *sala*, y todos á un tiempo, casi instintivamente, sacaron sus pañuelos perfumados para defenderse del mal *olor de carne humana* (como hubiera dicho el ogro del cuento) que allí se sentía; pues, hacinados como sardinas en banasta, ocupaban el primer tercio del teatro como unos doscientos espectadores de *entrada general*. Una fuerte barra de madera los separaba de los palcos y lunetas: éstas eran de madera sin forro ni mullido alguno, y aquéllos eran una especie de grandes cajones colocados en fila á uno y otro lado de la *sala* y sobre un entarimado que á la par que defendía de la humedad del suelo, establecía mayor altura. El público en estas localidades de preferencia era escaso.

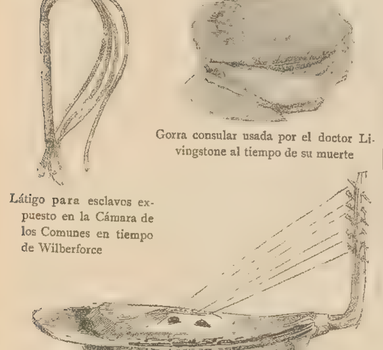
Los madrileños ocuparon los dos palcos más próximos al escenario; y su entrada algo bulliciosa distrajo por un momento la atención del público y actores. El que de éstos se hallaba hablando, equivocó tres palabras en una frase de cinco, y el que le había de contestar, sólo á la tercera llamada del apuntador volvió á estar en escena.

Terminóse á poco el primer acto entre los aplausos, voces y alguno que otro silbido con que el público demos-

EXPOSICIÓN DE OBJETOS PROCEDENTES DE AFRICA



Espada consular usada por el doctor Livingstone



Gorra consular usada por el doctor Livingstone al tiempo de su muerte

Látigo para esclavos expuesto en la Cámara de los Comunes en tiempo de Wilberforce

Una *para:* instrumento de seis cuerdas de la tribu de los djukos de Donga, río Benué

IV

Al comenzar el segundo acto, se hallaba en escena la dama. Era ésta de diez y ocho á veinte años, rubia, alta, bien formada; su vestido escotado y de manga corta, permitía apreciar la morbidez de su pecho y hombros, lo torneado de su cuello y brazos, lo blanco y fino de su piel. Su andar era sumamente gracioso, su talle se cimbreaba, y todos sus movimientos eran naturalmente elegantes y distinguidos. Su boca pequeña y roja, sus dientes blanquísimos y diminutos; sus ojos grandes y azules, largas y sedosas sus pestañas, arqueadas y finas sus cejas, sonrosada su tez, dulce su voz: un conjunto de encantos todo su ser.

No consiente el decoro á la pluma reproducir las frases atrevidas, los conceptos groseros, los deseos sensuales que allí se dijeron y expresaron: cualquiera puede imaginárselo con sólo recordar que eran los observadores de aquella hermosura, jóvenes viciosos, y pervertidos, y ricos, y que era el objeto de su atención una pobre cómica de la legua.

De cómo representaron ésta y sus compañeros la obra caída en sus manos, tampoco hay para qué decirlo. ¿Quién no ha visto alguna vez á esos desdichados *roedores* del arte á quienes sólo inspira la musa del hambre, si es que el hambre tiene musa? Alguien creyó descubrir en Rosita condiciones naturales para el teatro, que bien cultivadas y desarrolladas, podrían hacer de la inexperta niña una excelente actriz; pero sin que lograse fortuna este tema de discusión, todos convinieron por unanimidad en que como mujer, era la muchacha lo que se llama *bocato di Cardinale*.

Durante el entreacto pasaron los *señoritos* al escenario á visitar á los actores, y especialmente á Rosita. El cuarto de ésta se hallaba formado por un pequeño tabique de tablas que tendría unos siete pies de altura y que no llegaba por tanto á la alta bóveda que formaba el techo del local. En vez de puerta, había una cortina de percal á flores. Una pequeña consola con un espejito bastante empañado, una percha de hierro y dos sillas de Vitoria componían todo el mueblaje del cuarto, que era alumbrado por una candileja de petróleo sujeta á la pared por una escarpia.

Rosita, que no gastaba afeites ni postizos de ninguna especie, estaba mucho más hermosa de cerca que de lejos; la ingenuidad de su conversación, unida al encanto de su voz, no sólo hacían atractivo su trato, sino que imponían cierta respetuosa consideración á quien hablaba con ella.

Esto, más que la presencia de la madre – verdadera – de la joven, mujer ordinaria y de pocos alcances á quien la vista de tantos jóvenes ricos, todos nobles y elegantes, tenía turbada y confusa, fué lo que impidió que tuviese desarrollo más de una frase inconveniente y más de un concepto nada respetuoso. Los atrevimientos de aquellos jóvenes acostumbrados al trato de mujeres tan impúdicas como frívolas, expiraban ante la candorosa mirada inocente con que la inexperta actriz de ocasión interrogaba el sentido de algunas palabras que, de haberlas entendido, habrían teñido de púrpura sus mejillas.

No encontrando allí lo que buscaban, acortaron la visita, que se iba haciendo grave y por lo tanto fastidiosa para ellos, y con el mismo desatento bullicio con que habían entrado salieron del escenario y del teatro.

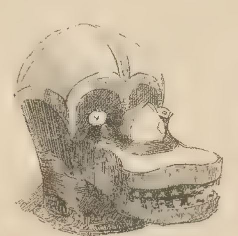
Después de haber pasado un rato en el casino del pueblo y de haber visitado á tres ó cuatro familias principales que agasajaron al conde y sus amigos, regresaron todos á la casa de campo donde aun prolongaron la velada hasta cerca de las tres de la mañana. En este tiempo hicieron variados y vivos comentarios sobre el pueblo, sus habitantes, la feria y el teatro, y por sabido se calla que fué la sátira el alma de la conversación, y que más que ingeniosa fué grotesca, más que delicada grosera, más que espiritualista sensual.

V

Al siguiente día se levantaron nuestros hombres casi á la hora de almorzar, y después de haberlo hecho opíparamente, pues el anfitrión era espléndido, salieron á dar un paseo por la finca del conde que era verdaderamente encantadora. Aunque ya la vegetación amortecía y las hojas amarilleaban, todavía se observaba la frondosidad de la



Tambor del territorio de Nupé



Idolo cubierto con piel humana. Las tres señales que se ven á un lado del cráneo son el distintivo de la tribu



Silla con ruedas perteneciente á un magistrado de Egové



Vaso nupcial de bronce del territorio de Nupé



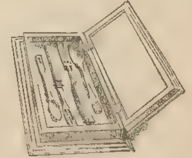
Vasija de tierra del Níger



Cántaro de bronce y cobre del territorio de Nupé



Pequeño tambor de Saraji, Yurubaland



Tenedores y cucharas para te usadas por el doctor Livingstone en sus viajes

arboleda que había detrás de la casa, la espesura de un bosquecillo de pinos que cubría una colinita, y sobre todo, la lozanía de un hermoso y bien cuidado jardín en donde los jazmines y aromas embalsamaban el ambiente con sus florecillas blancas y amarillas, y las dalias de variados colores atraían con la maravillosa combinación de sus matices. En un soberbio invernadero veíanse naranjos enanos, variedad de palmeras, cactus, azaleas, ficus y otras muchas plantas de difícil vida en este clima. En otro lado, protegida por un bosquecillo de álamos, había una gruta de rústico aspecto exterior, pero alhajada por dentro con ricos tapices y mullidos cojines orientales y taburetes turcos; á pocos pasos de la gruta brotaba una corriente de agua que iba á morir en un pequeño estanque donde nadaban dos cisnes blancos y un tropel de pececillos rojos, blancos y dorados.

Caprichosamente dispuestas se veían en varios parajes estatuas de Piquer, Vallmitjana, Pons, Gandarias y otros notables escultores representando dioses ó héroes mitológicos; después del jardín venía el parque y en él se hallaban, á un lado las caballerizas y cocheras, á otro el establo de las vacas suizas. Más allá la casa de labor, con el corral bien provisto de aves, corderos y lechones; y por último una especie de castillo feudal con sus torres, foso y rastrillo, era el palomar donde se albergaban unas trescientas palomas que cuando volaban en bandada eran el entretenimiento y regocijo de aquellos aldeanos.

El marquesito de Lapé quiso montar un potro todavía no domado que le estaban recriando á Daniel, y en poco estuvo no pasara el título al inmediato sucesor. Después ocurrió á Cucú la idea de verificar una becerrada en el mismo picadero, y poniéndola por obra, hizo llevar al anillo un novillo que, aunque no muy bravo, por fortuna dió bastante juego revolcando por la arena á tres ó cuatro de aquellos señoritos, con gran risa y alborozo del concurso, compuesto de gañanes, mozos de cuadra, mozos de labor, el mayoral de la finca, el picador, el ayuda de cámara de Daniel y toda la servidumbre, incluso la cocinera y la maritornes, que atraídas por el bullicio habían acudido, dejando en banda sus peroles y cazuelas.

Todo esto no impidió que la comida estuviese á punto cuando llegó la hora, y que los comensales la comiesen con apetito é hicieran los honores á un número no escaso de botellas de Jerez, Chablis, Borgoña, Burdeos, Málaga y Champagne; apurado el rico moka, y dado el necesario reposo á la comida, entre el aromático humo de excelentes vegueros de la Vuelta de Abajo, la compañía se dispuso para asistir á un baile *de sociedad*, que se celebraba aquella noche en el salón de sesiones de la casa del pueblo, por ser el único capaz para el caso.

Se habían colocado al rededor del salón (de donde habían desaparecido la mesa presidencial y los sillones de los ediles) unas doscientas sillas; suspendida del techo había una araña de cristal, propiedad de una cofradía que la llevaba á la iglesia el día de la fiesta de su santo titular;

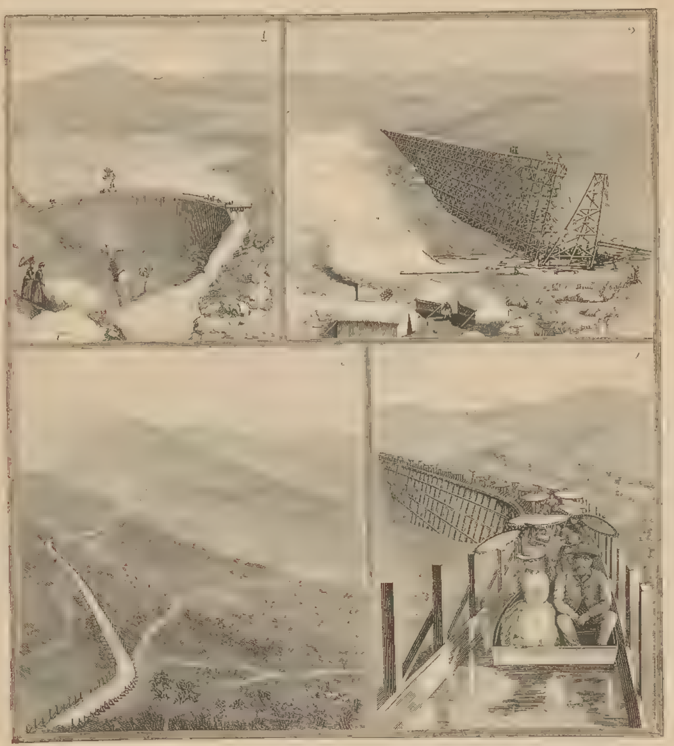
Cuchillo fabricado y regalado por un caudillo indígena al doctor Livingstone: llevado á Inglaterra por Mr. Stanley

traba su alegría. Entonces la *orquesta*, ó mejor dicho el *quinteto*, pues se componía de cinco *profesores*, se puso á tocar un vals de Strauss con tan pícaro disimulo, que sólo el ejercitado oído de Joaquín pudo entre todos reconocerlo. Mientras los amigos de Daniel pasaban revista á los pocos ejemplares del bello sexo que en alguno que otro palco, pues en las lunetas no había más que hombres, llevaban aquella noche la representación de la buena sociedad de V...; él, presa nuevamente del fastidio, dejó caer su mirada indiferente sobre el grupo de *musicantes* que estaban con sus desacordes y desafinaciones ahuyentando á todos los espectadores y espantando á todas las ratas del local.

El que tocaba el contrabajo fijó su atención: era un hombre de rostro pálido, de barba roja, espesa y como apelmazada lo mismo que las cejas y el pelo; tenía los ojos pequeños, apagados y de un azul verdoso; llevaba unos anteojos de lente tan convexa que recordaban los faroles de un coche. Era delgado, de estatura mediana, iba vestido de negro pardo, con una corbata que, por insubordinación sin duda, se había montado sobre el cuello de la camisa, ocultándolo por completo. Ni en la muñeca flaca y huesosa de la mano con que oprimía los bordones del contrabajo, ni en la de la que manejaba el arco, se veía señal alguna de puño de camisa. Tenía los ojos fijos en el papel puesto sobre el atril, y parecía tan poseído del espíritu artístico, que nada de cuanto le rodeaba era bastante para distraerle. Por esto mismo no se enteraba de los frecuentes descarríos de los violines, que ni los golpes de batuta del director, ni las sonoras notas graves del violón tenían poder ni eficacia bastantes para atraerlos y retenerlos en el concierto común.

– ¡Vaya un tipo raro! pensó Daniel.

OBRAS HIDRÁULICAS EN SAN DIEGO DE CALIFORNIA



1. Derivación de la presa. – 2. Construcción del Canal de conducción. – 3. Vista general del Canal. – 4. Paseo de visitantes

en las paredes se habían clavado las candilejas mismas que alumbraban la sala del teatro, pues aquella noche no había función. Sobre la plataforma de la presidencia estaba colocada la música, compuesta del mismo personal é instrumental que *amenizaba* los entreactos la noche anterior.

Cuando los madrileños llegaron al baile, ya éste se hallaba en el máximo de su animación. El bello sexo no estaba allí mal representado, pues la frescura y lozanía de muchos rostros jóvenes animados y alegres hacía olvidar la falta de transparencia del cutis, de delicadeza en las facciones, de suavidad en los contornos y de elegancia en los movimientos.

En los hombres no se podía admirar otra cosa que la robustez de su complexión y lo varonil de su continente. Se veían algunas levitas de anticuado corte, pero lo general era la chaqueta. Por ser el baile de *sociedad*, no llevaban puestos los sombreros, y á fe que no les embarazaba poco este chisme para el baile.

Cuando los madrileños entraron en el salón se estaba bailando una habanera, y tuvieron que esperar junto á la puerta á que terminara la danza, pues no era posible romper la muralla humana que les cerraba el paso. Al cesar la música, toda aquella gente allí parada se desparramó por el local, y entonces nuestros jóvenes pudieron penetrar en él. El conde, separándose de sus compañeros, fué á saludar á Rosita que con el rostro encendido y el pecho todavía agitado, acababa de tomar asiento junto á su madre, conducida por el caballero que le había servido de pareja.

– ¿Se divierte V. mucho, Rosita?

– Sí señor, bastante: está muy animado esto.

– ¿Tiene V. comprometidos muchos bailes?

– No: en cuanto hemos entrado me han venido á buscar para la habanera que se acaba de bailar, y V. es el primero con quien después he hablado.

– Entonces, me va V. á permitir un ruego.

– ¿Cuál?

– El de concederme todos los restantes números del programa.

– ¡Oh! no; me hace V. demasiado favor, y yo se lo agradezco; pero comprenderá V. que si yo accediera á su deseo, daría lugar á suposiciones inexactas.

– ¿Qué suposiciones?

– Podrían creer que entre V. y yo mediaba algo.

– No; eso no. Nadie puede suponer que yo la conociera á V. antes de venir á este pueblo, y menos aún que desde que la ví anoche, y sólo un momento, haya podido hacer con V. otra clase de relaciones que las de la más pura cortesía. Verdad es, ¿por qué negarlo? que su hermosura ha hecho en mí una impresión extraordinaria, y que desde anoche es V. el objeto constante de mis pensamientos.

– ¡Ay, Dios mío! ¿Y piensa V. que me lo voy á creer? Un caballero como V., acostumbrado á las hermosas y elegantes damas de Madrid, había de venir á sentirse impresionado por los atractivos de una artista como yo? Me va usted á hacer sospechar que trata de burlarse de mí.

– Juro á V., á fe de caballero, que la hablo con toda sinceridad; me precio de conocer el mundo, y desde el primer momento he adivinado en V. cualidades especiales de talento y de virtud, que la colocan muy por encima del nivel propio de la clase en que, tal vez por casualidad, la veo á V. colocada.

– Efectivamente, ha acertado en esto último...

– Perdone V. que la interrumpa: suena el preludio de un vals: ¿quiere V. ser mi pareja?

– Con mucho gusto.

PEDRO TALAVERA.

(Continuará.)

OBRAS HIDRÁULICAS EN SAN DIEGO

DE CALIFORNIA

El reciente desastre de Hassayampa (Arizona) ha llamado la atención sobre los procedimientos de riego de las desoladas llanuras faltas de lluvias de las regiones orientales de la América del Norte por medio de presas y acueductos.

El más perfecto y grandioso trabajo de este género es, quizás, el acueducto de San Diego, há poco terminado, construído con el objeto de surtir de agua á la ciudad y de regar las *mesas* circunvecinas, hasta hoy páramos estériles en donde prosperaban únicamente el cactus y el grosellero silvestre, vegetación cuyos días están contados, y que antes de poco se convertirán en hermosas praderas.

San Diego está situado en el extremo límite Sud de California en una espléndida bahía del Océano Pacífico: su población, que era de 3.000 almas en 1881 cuando se estableció allí el primer ferrocarril, alcanza en la actualidad la cifra de 35.000 habitantes; su puerto no tardará en adquirir enorme importancia, pues, distante 500 millas de San Francisco, está más cerca que éste de la Australia, de la América del Sud, del canal de Nicaragua y de un gran número de islas de aquel Océano. Pero el país, como toda la provincia de California, es pobre de aguas; para remediar esta causa de inferioridad se ha construído el acueducto que vamos á describir. El agua suministrada á San Diego se toma á una distancia de 50 millas (90 kilómetros), en las elevadas cumbres del Cuyamaca en donde las lluvias son abundantes y alcanzan de 30 á 40 pulgadas (hasta 1 metro) al año. El agua fluye continuamente y es conducida por medio de una serie de conductos subterráneos y canales de madera dispuestos de modo que de ellos resulten una pendiente de 4'75 pies por milla y una velocidad de 4 millas por hora. El depósito de distribución para el servicio de la ciudad está situado á 630 pies sobre el nivel del mar, siendo esta diferencia de nivel que se ha querido conseguir causa de los importantes trabajos de canalización que han debido llevarse á cabo. En el depósito se filtra el agua que, procedente del depósito de Cuyamaca emplazado entre montañas y á 5.000 metros sobre el nivel del mar, es desde allí distribuída á la ciudad en un tubo de 15 pulgadas de diámetro.

La capacidad del depósito de Cuyamaca es de 3 739.000 galones (16.825.500 litros), pero elevando la altura de la presa podría doblarse y aun triplicarse este volumen de agua en caso de necesidad.

La presa de este depósito tiene 720 pies (219 metros) de longitud, 35 (10'60) de anchura y 140 (42'50) de espesor en la base y 16 (5) en la parte superior. El agua, al salir de este depósito, se desliza fácilmente por el lecho natural de una estrecha garganta llamada Rowlder Creek, á unas 12 millas de la presa de derivación (fig. 1).

Esta presa, magnífica construcción de granito y cemento, tiene una longitud de 450 pies (137 metros), una altura de 35 y un espesor de 16 en la base y de 5 á 7 en la parte superior. El agua llega finalmente al gran acueducto (fig. 2) de 35'6 millas de largo por 6 pies (1'85 metros) de ancho y 16 pulgadas (0'40 metros) de profundidad. Este canal, cuyos costados podrán en caso de necesidad elevarse hasta 4 pies, se compone de planchas de *redwood* (madera encarnada en la que el agua no causa los mismos efectos de destrucción que en las otras) de 2 pulgadas (0'05 metros) de espesor asentadas sobre andamios sólidamente enramblados.

El acueducto, del que la figura 3 representa una vista en perspectiva, se divide en 325 secciones de las cuales la más importante es la de Los Cochos, de 56 pies (17'02 metros) de altura por 1774 (539) de longitud. El paseo en barcas sin quillas por este acueducto (fig. 4) constituye una excursión agradable é interesante. Otras secciones del acueducto forman túneles abiertos en el granito de algunos centenares de metros de largo.

El proyecto de esta gigantesca distribución de aguas fué concebido, hace tiempo, por Mr. Van-Dyke, pero los trabajos no comenzaron hasta 1886, habiendo sido preciso construir caminos especiales para el transporte de maderas en el que se han empleado 100 vagones y 800 caballos. A fin de evitar transportes inútiles, las maderas eran cortadas y trabajadas en el puerto de llegada de San Diego. Se calcula que este acueducto, cuya construcción ha costado 1 millón de dollars (5.250.000 pesetas), además de asegurar á San Diego una magnífica distribución de agua, permitirá regar de 40 á 100.000 acres de tierra. En caso necesario podrá aumentarse el caudal del depósito de Cuyamaca tomando agua de algunos ríos próximos.

FISICA SIN APARATOS

FUERZA CENTRIFUGA. – Si á los postres de una comida tomáis una botella de vino recién vaciada y después de haber dejado caer hasta la última gota preguntáis á los compañeros de mesa cuántas gotas creen que pueden salir aún de la botella, ninguno se aventurará á afirmar que algunos centenares. Apostad entonces por esta última afirmación, al parecer absurda, y cuando todos os contemplen con burlona é incrédula sonrisa, fácil os será demostrar la verdad de vuestro aserto. Para ello no tenéis más que colocar sobre una mesa una hoja de papel secante, inclinar la botella para que se vea que está completamente vacía y hacerle describir violentamente en el aire y por encima de aquél un arco: la fuerza centrífuga proyectará un gran número de gotitas que en el papel aparecerán innumerables. Repetid el experimento y cada vez se marcarán en el secante nuevas gotas.

Este experimento produce mejores resultados colocando el papel secante en el suelo y moviendo á pocos centímetros de él y del modo indicado la botella con las dos manos, con el cuerpo inclinado y las piernas abiertas.



Experimento sobre la fuerza centrífuga

(De *La Nature.*)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO IX — BARCELONA 19 DE MAYO DE 1890 — NÚM. 438

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

UNA LECCIÓN DE ANATOMÍA

cuadro de Rembrandt

existente en el Museo Real de La Haya

He aquí un cuadro triste por el asunto, pero admirable por el modo cómo supo tratarlo el ilustre pintor flamenco. Sobre la mesa de disección yace el cadáver de un hombre herido por la muerte en la flor de su vida: murió pobre y en el hospital y su cuerpo sirve para los experimentos anatómicos. El profesor ha empezado ya su tarea y, acompañando á la práctica la teoría, explica una de aquellas célebres lecciones que inmortalizaron al famoso Dr. Tulp, que es el que ha representado Rembrandt en la figura del protagonista de su cuadro.

Ocioso sería enumerar las bellezas que la pintura atesora: quien se haga cargo de la situación no podrá menos de quedar absorto ante ese grupo formado por el sabio maestro en cuyo semblante resplandece el genio y por sus oyentes en cuyos rostros se pinta por modo maravilloso la atención y el interés con que siguen las observaciones del egregio anatómico.

Pedir más vida y más verdad en un cuadro sería pedir punto menos que un imposible y en cuanto al color, que el grabado no puede reproducir, queda hecho su mayor elogio con sólo pronunciar el nombre del autor del lienzo, de ese coloso del arte que supo cual ninguno dominar los efectos de luz y sombra y ofrecer en sus obras una serie de contrastes que se juzgarían problemas irresolubles si él no los presentara admirablemente resueltos en sus asombrosas creaciones.

Alemania.—Estudiantes de los suburbios esperando el tren que ha de conducirles á la capital

Que el hombre se crece cuanto más elevados son los fines que persigue, pruébanlo los estudiantes que, habitando en los suburbios de Berlín, asisten á las escuelas de la capital. Estos niños han dado siempre, en sus viajes diarios, pruebas de precoz formalidad: ¿cómo, sino, consentirían los padres que sus hijos de seis y siete años viajaran solos en ferrocarril? Por centenares se cuentan los estudiantes que cada mañana se reunen en la estación; algunos han tenido que levantarse antes de la aurora y no pocos han recorrido á pie largas distancias. Mas no se tema que se rezaguen: á la hora oportuna todos esperan el tren que ha de conducirles á la ciudad, y no falta quien aproveche el rato de espera para dar un repaso á la lección del día ó la última mano á los deberes escritos.

Tal es la escena que con toda fidelidad ha reproducido el reputado artista alemán C. Koch, escena llena de movimiento y que da una idea exacta del alto nivel que en Alemania, como en otras naciones extranjeras, ha alcanzado la instrucción, base de la prosperidad de los pueblos y exigencia ineludible para aquellas sociedades que, por fortuna para ellas, consideran como el peor de los males públicos el de la ignorancia.

PEONIAS

cuadro de Alfredo Agache, grabado por Baude

Salón de París de 1889

Cuenta Homero en su inmortal *Odisea* que Plutón fué curado de una herida que le había causado Hércules por un médico llamado *Pæan*, con la planta que por esta razón se denominó *Pæonia*. Respecto de las cualidades de estas flores, sostienen algunos naturalistas que sus emanaciones producen mareos. Ignoramos si Mr. Agache tenía noticia de todo esto cuando pintó el cuadro que tan perfectamente reproduce el precioso grabado de Baude; pero como en punto á interpretación de una fantasía de un pintor (que de fantasía puede



UNA LECCIÓN DE ANATOMÍA, cuadro de Rembrandt

(Existente en el Museo Real de La Haya)

calificarse la obra de Agache) debe reinar toda la libertad compatible con el sentido común y, hasta cierta medida, con la lógica, se nos antoja, aun á riesgo de pecar de visionarios, que el autor al ofrecer tan hermosas en su pintura las peonías que sirven de adorno á un busto elegante y distinguido, quizás quiso significar que si aquella joven es capaz de marear á cualquiera, puede ser también bálsamo curador de amorosas heridas.

BUSTO DE Mr. BONNAT

por Pablo Dubois. Grabado en madera

Salón de París de 1890

No hemos de analizar el mérito del busto de Mr. Bonnat, modelado por el insigne escultor francés Mr. Pablo Dubois, pues sobre ser una obra que por sí sola se ensalza, no se trata de ella sino del magnífico grabado de Mr. Baude que la reproduce y que actualmente está siendo objeto de la admiración de cuantos visitan el Salón de los Campos Elíseos de París. ¿Y qué diremos de esta nueva producción del celebrado grabador? Fíjense en ella nuestros lectores y, sin necesidad de que nosotros las apuntemos, apreciarán desde luego las muchas bellezas que contiene y comprenderán que casi no puede irse más allá en el arte del buril, que á tanta altura ha sabido colocar nuestro distinguido colaborador.

Torre colosal proyectada en Londres

La proposición de sir Eduardo Walkin para erigir en Londres una torre inmensa que pudiera competir con la torre Eiffel fué muy pronto aceptada por varias personas notables que se apresuraron á organizar una Sociedad con el fin de llevar á cabo el proyecto y en 1.° de noviembre del año último abrieron un concurso ofreciendo dos premios, uno de 500 y otro de 200 guineas (13.000 y 5.000 pesetas). Las condiciones del concurso eran: que la altura de la torre debía ser, por lo menos, de 1.200 piés, que ésta había de subdividirse en varios pisos capaces para restaurants, cafés, etc., que la ascensión fuese directa desde el suelo á la cumbre ó que pudiera hacerse por tramos, que de piso á piso hubiera, además, escaleras. Indicábase como material preferible el acero, pero se dejaba al proyectista en libertad de adoptar otro. Los cálculos sobre la cantidad y el peso de los materiales de construcción y sobre el coste de ésta habían de remitirse por todo el día 14 de marzo último junto con los planos y dibujos. El día 1.° de mayo se abrió la exposición pública de los proyectos recibidos por el comité, que ascienden á ochenta, y de los cuales copiamos en nuestro grabado cuatro considerados como los más notables.

EL HOMBRE DEL VIOLÓN

(Conclusión)

El conde se hallaba verdaderamente emocionado, sólo de mirar y escuchar á Rosita. Parecíale esto poco, y cogió con avidez la ocasión que el vals le ofrecía de estrechar su mano y cintura; pero con esto se aumentó la llama que le ardía en el pecho, y verdaderamente avasallado y rendido, su lenguaje dejó de ser el de la astuta y experimentada galantería para ser el del amor apasionado y sincero.

Todas las pasiones son contagiosas, y lo es más que todas la pasión del amor, sobre todo si el paciente es distinguido, rico y de noble alcurnia, y la persona expuesta al contagio una niña sin experiencia ni malicia, y para quien el lenguaje de los afectos sensuales era todavía un misterio. Influido todo su ser por las vibraciones afectivas del conde, sintió ella nacer en su corazón la más viva simpatía, y como consecuencia una súbita y expansiva confianza.

Era hija de un modesto empleado en las oficinas de Hacienda de Zaragoza, en cual ciudad había visto ella la luz; allí quedó huérfana hacía cosa de dos años, y sin derechos pasivos, ella y su madre se vieron casi en la miseria. Los compañeros de oficina de su padre, que le apreciaban mucho por su honradez é inteligencia, hicieron una suscrición, encabezada por los jefes, en favor de la viuda, y con su producto pudieron comprar el luto y vivir algún tiempo. Fueron luego vendiendo y empeñando algunos objetos de relativo lujo, hasta que, por fin, encontraron trabajo para coser en su casa con destino á un almacén de confecciones.

El afán de producir mucho para realizar economías con que sacar las prendas empeñadas, las hacía trabajar día y noche, y produjo al fin una oftalmía á la madre que, sobre tenerla muchas semanas privada de trabajar, y estorbarla á ella mucho, consumió todos los ahorros hechos y aun les hizo contraer nuevas deudas.

En tal situación su primo Juan Fernández, que hacía algunos años se hallaba dedicado al teatro, fué á verlas y les habló de que estaba formando una compañía para ir á dar funciones por los teatros de los pueblos.

– ¿Por qué no te vienes con nosotros? la dijo.

– ¿Yo? ¡qué locura! contestó ella. Si en mi vida me las he visto más gordas.

– No importa; yo te enseñaré unos cuantos papeles; precisamente me hace falta una dama, pues mi pobre mujer ya sabes que se quedó afónica desde el último parto.

– Y ¿qué voy ganando?

– Pues mira: yo retiro cuatro partes como director y primer galán, tú tres.

– ¿Y eso es mucho?

– Hay noches que no se saca ni para el petróleo, pero en cambio otras tocamos á tres y cuatro duros por parte. Desde luego, más que cosiendo sí que ganarás.

Al cabo de algunas sesiones, y no sin discusión, preguntas, reparos, vacilaciones y dudas, por fin madre é hija se habían decidido á probar fortuna, y hacía dos meses que Rosa era actriz, y aquel el tercer teatro en que trabajaba. Hasta entonces no les salía la cuenta hecha por su primo, y ni un céntimo había podido economizar, yéndose todo cuanto ganaba en gastos de posadas y viajes y alquiler de vestuario. Tan apurada estaba, que la daban tentaciones de abandonar la escena, y ya que tan cerca estaba de Madrid, irse allí á vivir y volver á su antiguo oficio de coser para tiendas y almacenes.

Animóla en este propósito el conde y la ofreció ¡naturalmente! su ayuda y protección. Hízola reflexiones sobre los peligros que una joven honrada y pura, inocente y virtuosa, corre en esa vida del teatro, llena de azares y contingencias, y más cuando se va de pueblo en pueblo, teniendo que sufrir las groserías y los atrevimientos de los señoritos de aldea, tan viciosos como soeces. En Madrid, decía el conde, se sabe apreciar el mérito donde quiera que se halle, y sin mirar á la posición social del que lo tiene, sobre todo tratándose de mujeres. Entre una mujer y un hombre nunca hay desigualdad de clases, ni de fortuna, con tal que ella sea hermosa y distinguida. El amor borra todas las diferencias y anula todas las distancias. En Madrid, además, se adquiere con sólo vivir allí, una distinción de maneras, una sutileza de ingenio que vanamente se buscaría en provincias.

– Yo poseo, añadió, algunas casas con habitaciones modestas; no dejará de haber alguna desocupada. Llamaré á mi administrador y me informaré; le daré orden de que se ponga á disposición de Vds. acompañándolas á ver los cuartos que haya vacíos, y Vds. escogerán uno que sea alegre y no esté muy alto, ¿eh? Así podré hacerlas á ustedes alguna visita. El alquiler lo fijarán Vds. mismas y lo pagarán cuando puedan; el casero no será con Vds. exigente.

Y con efecto; ocho días más tarde se hallaban Rosa y su madre instaladas en un cuarto segundo de la calle de las Huertas, modesta pero coquetamente amueblado *á crédito*, bajo la garantía del conde. Así á lo menos lo creyeron las interesadas.

VI

Al principio fué Daniel muy parco en sus visitas, y aunque se hacía suma violencia, procuraba no hacerlas ni muy largas, ni diarias. Puso á Rosa en relación con el camisero más afamado de Madrid, de quien era parroquiano, y de este modo la proporcionó desde los primeros días trabajo abundante y bien retribuído.

Pero, poco á poco, el amor fué sobreponiéndose á la prudencia y las visitas haciéndose cada día más largas y más frecuentes. La asiduidad del conde, la sinceridad de su afecto, la elocuencia con que lo sabía pintar y demostrar que el amor todo lo iguala, citando mil ejemplos vivos, en apoyo de su tesis, concluyeron por rendir de tal suerte el corazón de Rosa, que llena de confianza y de pasión le entregó sin reservas ni escrúpulos todo su amor, confiándose á él en cuerpo y alma.

¿Cómo correspondió Daniel á esta confianza? Fácil es de adivinar. No diremos que el conde hubiese procedido desde el principio con dolo; no era su ingenio bastante para preparar una trama de desenlace fatal, pero no violento, sino lógico y natural, y á larga fecha. Su amor por Rosa había sido verdadero; si ella, con menos candor y más codicia, hubiese sabido imponer condiciones, el conde habría llegado hasta hacer, no sólo el sacrificio de su fortuna, sino que también el de su libertad y su nombre, uniéndose á ella en matrimonio. Pero ¿qué se puede esperar del gavilán cuando voluntariamente se pone la paloma entre sus garras?

El día en que trémula de amor, durante una breve ausencia de su madre, había caído Rosa delirante de pasión en los brazos de Daniel, cuando éste, completamente feliz por primera vez en su vida, triunfante, transfigurado, salía á la calle, y dirigía sus miradas todavía impregnadas de deleite y sus sonrisas todavía húmedas de placer hacia el balcón en que asomada Rosa le despedía casi con lágrimas en los ojos y besos en los labios, andaba él con la cabeza vuelta y dió de pechos contra un hombre que, parado en la acera, enfocaba sus anteojos hacia el balcón mismo á que miraba el conde. Iba éste á murmurar una excusa, cuando al reparar en el individuo con quien había tropezado, se estremeció sin saber por qué.

Era el hombre rojo, que tocaba el violón en el teatro de V...; con el mismo traje negro, la misma corbata encubridora del cuello de la camisa y los mismos anteojos de farol de coche.

VII

Los amores de Rosa y Daniel continuaron algunos meses con el mismo fuego y los mismos encantos; pero, así como al hambriento una vez ahito le causa tedio y hasta repugnancia el manjar que antes excitaba su codicia, así con la posesión fueron calmándose los furores de la pasión, y con la saciedad se apagaron hasta los simples estímulos del deseo. Hubo un período de calma, en que se gozó del amor sin transportes, luego vino el descenso y al fin de la pendiente la indiferencia. Pero esto sólo con relación á Daniel, pues en Rosa había sido más lento el proceso de la pasión, y fué por lo tanto ésta mucho más sólida y duradera. Al entregar ella su corazón á Daniel fué para siempre é irrevocablemente.

Así, aunque el conde fué paulatinamente disminuyendo y acortando sus visitas, dejando pasar algunos intervalos, cada vez mayores, so pretexto de viajes y ocupaciones, é interrumpiéndolas, ó mejor dicho, haciéndolas cesar del todo, al fin, el amor de Rosa no se enfrió lo más mínimo ni su confianza se debilitó, ni jamás perdió ella la esperanza de que el conde volvería á su lado.

Sin embargo, digna y honrada en medio de su desgracia, nunca dió ningún paso para acercarse á él ni para recordarle sus juramentos y promesas. Ni por casualidad pasó una vez siquiera por delante del hotel donde él vivía y en que habían gozado ambos horas tan felices.

Y eso que la desventurada había quedado en un estado que la daba, al par que motivos sobrados para lamentarse y llorar, derechos indiscutibles para reclamar el amparo y protección del autor de su desdicha.

Llegó un día en que la madre de Rosa tuvo que saberlo todo, y el dolor y la vergüenza pudieron en ella más que la resignación. Cayó gravemente enferma y al cabo de algún tiempo murió.

Por cuidar á su madre tuvo Rosa que devolver el trabajo que no podía desempeñar, y negarse á tomar el que de nuevo la ofrecían en la camisería. Aun no seco el llanto de su orfandad, surgió otro acontecimiento más temido que inesperado, que retuvo á la desventurada joven en casa y en cama bastantes días más, y cuando por fin, todavía convaleciente y débil, se resolvió á pedir trabajo en la tienda, fué con tal desabrimiento recibida, que bien comprendió se le había cerrado para siempre aquella puerta.

Desesperada y llena de confusión volvía á su casa, cuando ya cerca del portal oyó una voz que con acento tímido y afectuoso decía: «Rosa.» Volvióse y vió delante de sí al hombre del violón, con sus ojillos verdes, sus lentes convexos, su barba roja, sus cejas apelmazadas y su traje negro.

– ¡Calle! ¿es V., señor Crispín?

– Sí, yo soy, Rosa; quisiera que me permitiera V. subir; he de decirla á V. alguna cosa...

– ¿Sabe V. que murió mi madre?

– Sí, por eso... y... por otra cosa quisiera...

Rosa se puso encarnada como una amapola, y bajando la cabeza, dijo con voz apenas perceptible:

– Suba V.

VIII

Despertado, por su trato con Rosa, el corazón del conde al verdadero sentimiento del amor, disgustáronle ya para siempre aquellos fáciles deleites que con dinero se compran y como mercancía se tratan. Si las preocupaciones de raza y de clase no hubieran vuelto á levantar en él su repugnante cabeza en cuanto pasó la obsesión amorosa que le había hecho proclamar con sinceridad transitoria la igualdad como dogma, es de creer que Daniel se hubiera fijado, no ambicionando más dicha que la de amar á Rosa y ser amado por ella.

Mas no fué así, y lo que la desdichada huérfana no había podido lograr, consiguiólo la hija de los marqueses de Agata, ilustre y rica familia americana poco tiempo hacía llegada á Madrid.

La niña era un ángel de hermosura y de bondad, y la elección de Daniel era la única justificable después del abandono de Rosa.

Las bodas se celebraron pronto y con gran ostentación, y cuando después del acostumbrado viaje de novios volvieron éstos á Madrid, fué durante algún tiempo la condesa el encanto y la admiración de los salones más aristocráticos.

Pero aun no se habían extinguido los resplandores de la luna de miel, cuando la desgracia se cebó en aquellos amantes esposos. Su amor había dado fruto: una pequeña niña cuyo nacimiento dió ocasión á una fiesta espléndida, había venido á estrechar los lazos que unían sus corazones. La recién nacida fué bautizada con toda solemnidad, pero la entrada en la comunión católica le valió un pasmo del cual murió á las tres semanas justas de su primer vagido.

Cuando le dió el ataque, el médico, que había sido llamado á toda prisa, recetó un medicamento que reclamó con urgencia. Daniel, no fiándose en la ligereza de los criados, corrió él mismo á la botica á buscarlo; al entrar tuvo que esperar algo, no obstante su angustiosa prisa. El farmacéutico estaba despachando á otro parroquiano llegado antes que él.

Daniel le miró lleno de ira y al verlo palideció.

Era el hombre del violón con sus pelos rojos, su traje negro y sus anteojos de farol de coche.

Lleno de tristes y fatídicos presentimientos volvió el conde á su hotel, y cuando llegó, la niña había muerto en brazos de su madre, que no había consentido se la arrancaran mientras conservó un soplo de vida.

La escena fué desgarradora. La condesa, que todavía no había abandonado el lecho por complicaciones sobrevenidas propias de su estado, sufrió una tifoidea que puso al médico en alarma, y no sin razón. A ella sucedió un desarreglo nervioso, de tal intensidad, que al cabo de dos meses de estar luchando entre la vida y la muerte, quedó por ésta la partida, dejando á Daniel en el más horrible desconsuelo.

Celebráronse los funerales con toda pompa, y pasados algunos días comenzaron á presentarse los recibos de la fúnebre fiesta, que pagaba el mayordomo del conde. Este permanecía encerrado en sus habitaciones sin recibir á nadie más que á algunos amigos íntimos, entre los cuales el más asiduo era Cucú. Hallábanse sentados una mañana éste y el conde en dos cómodas butacas junto al balcón del comedor que daba al patio, y en el balcón de la antesala vió aparecer, á través de los cristales, la figura, para él siniestra, del hombre del violón.

– ¡Mal rayo! gritó Daniel. ¡Otra vez ese hombre!

– ¿Quién?

– Ese espectro negro y rojo que me vengo encontrando en cuantas ocasiones forman época en mi vida. ¿A qué habrá venido? ¡Pedro! ¡Pedro!

Apareció el ayuda de cámara.



ALEMANIA.-ESTUDIANTES DE LOS SUBURBIOS ESPERANDO EL TREN QUE HA DE CONDUCIRLES Á LA CAPITAL
dibujo del natural de C. Koch

– Señorito?

– Averigua qué quiere ese hombre que está en la antesala.

Salió el criado, volviendo á poco con la siguiente respuesta:

– Es el músico que viene á cobrar la cuenta de la orquesta en los funerales de la señora condesa.

– Dile que entre.

Con su traje pardinegro, su corbata insurrecta, su pelaje rojo apelmazado, sus ojillos verdes detrás de los convexos lentes, su aire tétrico y taciturno, apareció en la puerta el hombre del violón.

Al verlo, el conde, presa de un arrebato inexplicable, se abalanzó sobre él, gritando:

– ¿No había otro que viniese á cobrar la cuenta más que V.? ¿No sabe V. que me revienta?

– Señor, no sé nada. Soy yo quien acostumbra á pasar los recibos.

– Y ¿qué hacía V. en la botica aquella noche que quizá por su culpa se me murió mi niña?

– Señor, no sé nada, no recuerdo haberle visto á V.! Yo fuí á la botica hace algún tiempo por una medicina para el niño de Rosa.

– ¿Qué Rosa? exclamó el conde, á quien un recuerdo súbito dejó aterrado.

– Rosita Gómez, una pobre huérfana abandonada por su amante, y que á no ser por mí habría muerto cien veces de dolor y de miseria.

– ¿Y dice V. que tiene un hijo?

– Sí.

– Pero ¿murió?

– No, vive.

– ¿Y ella cómo está con V.?

– Como una hermana. Yo la adoro como á una santa y la venero como á una mártir. Si viera V. cuánto sufre la pobre, llorando siempre sobre la cabeza rubia de aquel hermoso niño sin padre, cuyo porvenir es tan incierto y tenebroso!

– ¿Y la madre de Rosa?

– Murió de dolor poco tiempo después de conocer la deshonra de su hija. El remordimiento que le causa este recuerdo, es lo que más acibara su existencia. Ella cree que sólo cabe una redención, pero la juzga imposible.

– ¿Cuál?

– El retorno de su amante y el cumplimiento de los juramentos que la hizo para perderla.

– ¿No sabe qué ha sido de él?

– Ella no.

– Y V. ¿le conocía?

– Yo... ¡sí!

Y al pronunciar estas palabras el hombre tétrico, que parecía impasible espectro, inclinó la cabeza, cubrióse el rostro con las manos y prorrumpió en sollozos.

Llevósele Cucú de allí, y el conde cayó desplomado sobre la butaca viendo alzarse ante su vista todo su pasado, y sintiendo en su corazón una impresión dolorosa que le llenaba el pecho y le subía á la garganta. Los recuerdos de su mujer y de su hija muertas, tomaban mayor viveza, pero juntamente con ellos se le representaba dulce, tierna y tristemente severa la imagen de Rosa, que le miraba fijamente, teniendo entre sus manos y apretando contra su seno la cabeza rubia de un hermoso niño, cuyos grandes y puros ojos azules se clavaban en él con expresión indefinible.

De pronto surgió en su cerebro una idea que le hizo estremecer, y que agrandándose y fijándose acabó por dominarle y ahuyentar todo otro pensamiento. Sí, era indudable. Su desgracia presente era una expiación: Dios había querido dejarle entrever las dichas y los inefables goces del puro amor conyugal y las delicias de la paternidad, para hacerle comprender al arrebatárselos bruscamente, la enormidad de su pecado para con Rosa, y la tortura de esta infeliz por él abandonada.

Entonces, débilmente, con la tenue claridad del crepúsculo, comenzó á apuntar en él la consoladora esperanza de la redención por el camino del arrepentimiento y de la reparación.

– Con tal que haya permanecido honrada!... se dijo.

. . . .

. . . .

. . . .

. . . .

Un año después, tiempo de duelo que Daniel quiso conceder á la memoria querida de su mujer, Rosa pasaba á ser condesa de *** y su hijo encontraba á la vez padre y nombre.

El mismo día concedía Daniel una pensión de seis mil reales anuales al hombre del violón, pero pocos meses la disfrutó, porque la pena de verse separado de Rosa para siempre, le produjo una violenta ictericia que le llevó al sepulcro.

PEDRO TALAVERA.

EL AGUA DE LA FLORIDA

POR N. HAWTHORNE

I

Hubo años há un cierto Dr. Heidegger, tan sabio como el mayor de su tiempo, de traza singular y de singularísimo carácter, cuyo traje guardaba siempre relación perfecta con su persona, el cual doctor, al decir de las gentes, era muy perito en las ciencias ocultas. Ahora bien, es el caso, que entre los pocos amigos íntimos á quienes favorecía de vez en cuando, permitiéndoles asistir á sus ensayos de física, parecían en primera línea tres caballeros de provecta edad y una dama, no menos entrada en años que lo esta ban ellos: eran éstos, para llamarlos por sus nombres, Mr. Medbourne, el coronel Killigrew y Mr. Gascoigne, y la dama, la señora viuda de Wycherley, siendo muy oportuno dejar consignado, antes de pasar más adelante, que si bien los cuatro tenían mucho por qué dolerse de su mala ventura, ninguna de cuantas desgracias les habían sobrevenido se les antojaba tan insoportable como el estrago que iban haciendo los años en sus personas.

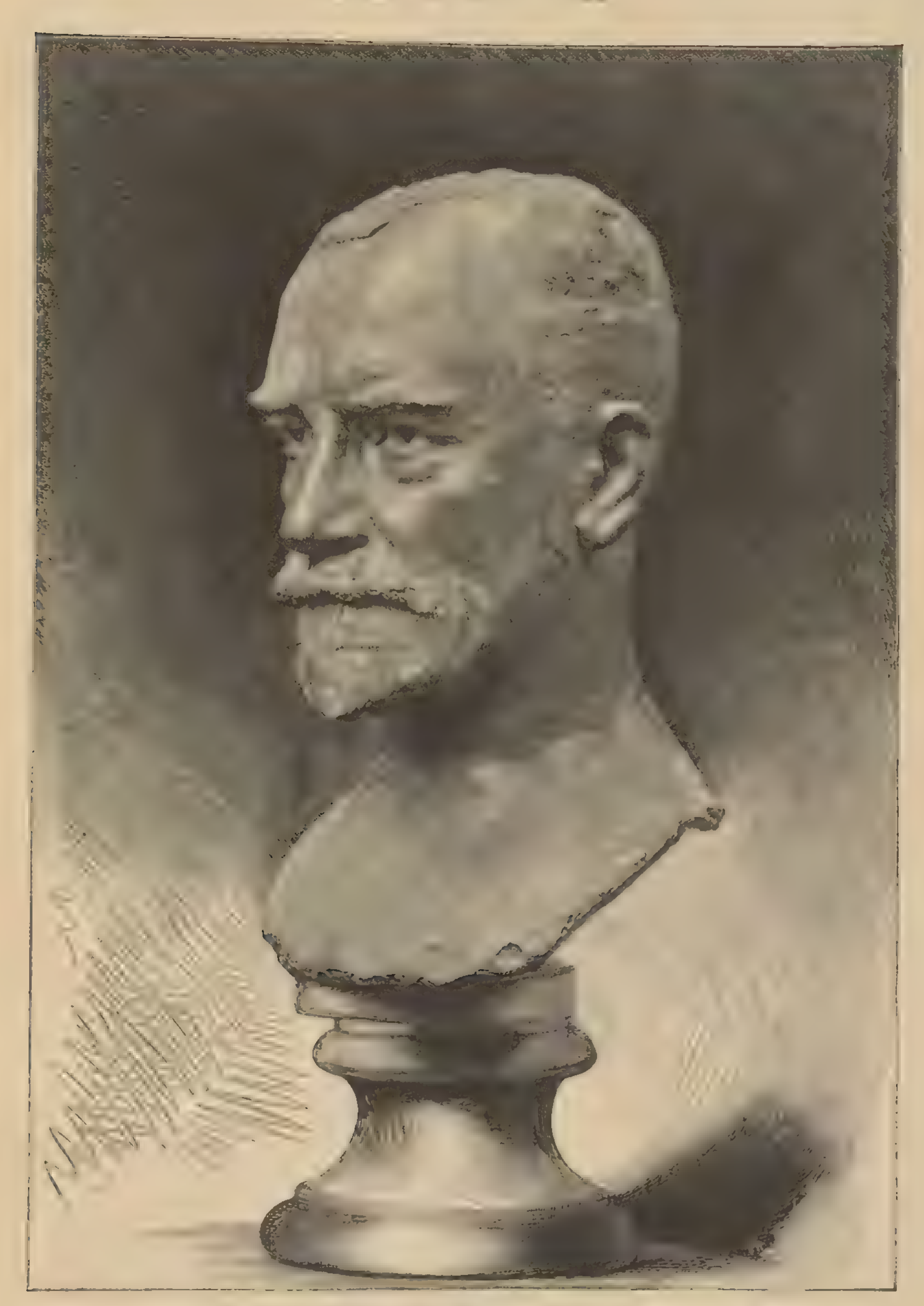
Por lo que á Mr. Medbourne respecta, bien será decir, para la mejor inteligencia del suceso, que en otro tiempo había estado al frente de una gran casa de comercio; pero que, á fuerza de reveses y desgracias, hubo de retirarse de los negocios, reducido casi á la indigencia. En cuanto al coronel, también había tenido mermas y quebrantos muy considerables, pues disipó en los años juveniles, además del patrimonio heredado de su abuelo, el caudal de su salud, á fuerza de calaveradas, conservando sólo en los momentos que lo presentamos á nuestros lectores, una muy escasa renta, la gota y algunas honrosas cicatrices ganadas en los campos de batalla, combatiendo como bueno por la patria, y en el llamado campo del honor, peleando como paladín en defensa de las damas. Mr. Gascoigne había representado en política el papel de los camaleones, y gozado por ende fama no nada envidiable, hasta el día mismo en que puso punto final á sus locas esperanzas é hizo que se olvidara el recuerdo de sus transmigraciones, apartándose de la muchedumbre de sus correligionarios de todos matices para consagrarse al silencio y á la soledad. Y, finalmente, la historia de la viuda de Wycherley era muy parecida, sino igual, cosa que tampoco tiene nada de particular, á la de muchas otras viudas, esto es, que

SALÓN DE PARIS DE 1889

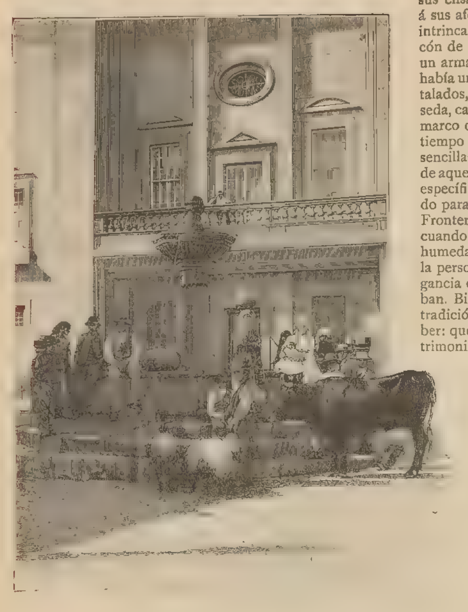


PEONIAS, cuadro de Alfredo Agache, grabado por Baude

SALÓN DE PARÍS DE 18[illegible]



BUSTO DE Mr. BONNAT, por Pablo Dubois. Grabado en madera expuesto por Mr Baude



FUENTE DE LA CATEDRAL DE LAS PALMAS (Pilar nuevo)

había llamado mucho la atención de las gentes por su hermosura cuando joven, y que hacía vida retirada y casi ascética entonces, ó, lo que es lo mismo, que se había recogido á vivir cristianamente cuando ya no podía vivir á la diabla. Si hemos de dar crédito á la crónica escandalosa de la ciudad, ¿y por qué no, tratándose de mistriss Wycherley? allá en la época de sus coqueterías, tanto el coronel, como Mr. Gascoigne y Mr. Medbourne fueron pretendientes de sus gracias, hasta el punto de que todos á porfía se hubieran sentido capaces de las cosas más inverosímiles, por ser objeto de una mirada compasiva de sus ojos, por todo extremo hermosos y expresivos.

Tampoco estará demás decir que las personas enumeradas y el Dr. Heidegger, por añadidura, tenían el carácter tan raro y caprichoso como acontece á la generalidad de los viejos que al recuerdo de mejores tiempos, pasados para no volver, asocian la triste idea del porvenir sin esperanza.

II

Fácil será formarse idea del estudio de nuestro doctor, donde se veía desparramada infinita variedad de objetos dispuestos desordenadamente por suelo y paredes, si bien faltaban el cocodrilo clásico pendiente del techo, el no menos clásico murciélago, el buho disecado y los otros elementos fundamentales de la magia, porque conviene saber que él los despreciaba, reputándolos por medios vulgares, indignos de la ciencia verdadera, y propios solamente de los hechiceros y brujos de oficio. Era la cámara de grandes proporciones, y así le servía de sala, comedor y alcoba, como de laboratorio; cubrían los testeros macizos armarios de roble, cargados de libros en los entrepaños, y en lo alto, por encima de las cornisas, de redomas, retortas é instrumentos de formas varias y raras; entre dos ventanas encajaba una mesa enorme, sobre la cual yacían hasta cincuenta cuerpos de libros, encuadernados en carcomido pergamino y cubiertos de tan espesa capa de polvo, que quien fuera osado á poner mano en ellos sin tomar antes las debidas precauciones, corría peligro de morir ahogado en él; telarañas ennegrecidas colgaban de todas partes, y lo demás de la vivienda guardaba relación con lo descrito, siendo el conjunto tan pintoresco y abigarrado, que ni el mayor artista hubiera podido nunca imaginarlo. Al fondo de la sala veíase un horno, cuya boca negra y profunda parecía esperar abierta una ración de leña, y al lado, un fuelle colosal, que le servía de aparato digestivo, descollaba entre un escuadrón de alambiques de varios tamaños, de hidrópicas retortas y de angostos tubos y serpentinas que ocultaban á medias sus largos cuellos en la campana de la chimenea. En este horno y bajo esta campana era donde el Dr. Heidegger hacía los ensayos que debían ser asombro de las academias, y cuidaba de la cochura de su modesta comida, la cual por esta causa se guisaba en compañía de sutiles venenos y de filtros peligrosos.

Sobre uno de los estantes de encina se destacaba en el fondo ahumado de la pared un busto de Hipócrates, que parecía ser el dios protector de aquel lugar, donde toda tizne, polvo, telaraña y vetustez tenía su natural asiento, y así era en efecto, porque á él recomendaba el éxito de sus ensayos el doctor en los casos difíciles, y merced á sus aforismos solía resolver con frecuencia los más intrincados problemas científicos. En el más oscuro rincón de la cámara que vamos describiendo y dentro de un armario alto y estrecho, á manera de caja de reloj, había un esqueleto humano; entre dos escaparates acristalados, cuyo contenido velaban sendas cortinillas de seda, campeaba un gran espejo empañado de polvo, con marco de penacho y vislumbres de haber sido en otro tiempo dorado, en el cual espejo, al decir de las gentes sencillas del lugar, se aparecían al doctor las imágenes de aquellos en quienes hicieron más efecto sus drogas y específicos, y que acudían expresamente del otro mundo para que los viese, cada vez que se miraba en él. Frontero del espejo había un retrato de mujer, y aun cuando su rostro y vestido estaban deteriorados de la humedad y del tiempo, se adivinaba la hermosura de la persona en ciertos rasgos de la fisonomía, y su elegancia en los restos de brocado y raso que aun quedaban. Bien será repetir á este propósito lo que decía la tradición acerca de la joven cuyo era el retrato, á saber: que hacía cosa de medio siglo debió contraer matrimonio el original con el doctor; pero que, como se sintiera indispuesta la futura esposa el mismo día de firmarse los esponsales, y su novio, después de haber consultado á Hipócrates, su oráculo, le administrase una poción calmante, murió ella luego al punto.

Para completar el inventario razonado de los objetos contenidos en el laboratorio, réstanos todavía dar cuenta del principal de todos ellos y que más llamaba la atención, esto es, de un enorme libro parecido á un misal ó Biblia de grandes dimensiones, encuadernado en tafilete negro, cerrado con broches de plata maciza y escrito en caracteres tan misteriosos é indescifrables, que sólo podían ser obra del demonio ó de algún mago muy avezado en las ciencias ocultas. Y se decía con ocasión del *in folio* descrito, que la última criada que tuvo el doctor Heidegger, hacía muchos años por más señas, pues ninguna quiso después entrar á su servicio, huyó despavorida de la casa porque, como tratara un día de moverlo para sacudirle el polvo, el esqueleto se salió del armario, la joven del cuadro saltó al suelo, aparecieron rápida y sucesivamente multitud de cabezas en el espejo, y frunció el entrecejo el impasible busto de Hipócrates, lanzando una mirada centelleante de sus ojos de mármol.

III

Así era, ni más ni menos, el gabinete del Dr. Heidegger, y así estaba la hermosa tarde de verano en que pasó el suceso cuya relación nos proponemos hacer sin añadir ni quitar punto ni coma.

Gracias á dos grandes ventanas que daban al jardín, y por las cuales penetraban los rayos del sol, apenas quebrados en los pliegues de unas descoloridas y maltratadas cortinas de damasco, jugaba la luz en las facetas de un elegante vaso de cristal tallado, que, lleno hasta los bordes de cierto licor trasparente, se veía sobre una mesa redonda, negra como el ébano, y colocada en medio de la habitación. Sentados alrededor de la mesa, estaban, con el doctor, los cuatro personajes que ya dimos á conocer á nuestros lectores, y, ¡cosa singular! al reflejarse los rayos del sol que se bañaban en el moviente líquido del vaso en los rostros de los congregados, parecía envolverlos á todos en un vapor luminoso. Delante de cada uno, excepto del sabio, estaba una copa vacía; y en tanto que el coronel, y la viuda, y el político, y el comerciante, aguardaban con curiosidad el momento del ensayo prometido, Heidegger los consideraba con la superioridad del profesor cuando contempla desde las alturas de la cátedra á sus discípulos congregados en el aula, ó del predicador que prepara rayos místicos para lanzarlos del púlpito sobre la grey atemorizada.

– Queridos y antiguos amigos, dijo el doctor, al fin, empleando su fórmula de costumbre, necesito de ustedes para un ensayo.

Es indispensable que abra un paréntesis para no interrumpir más en lo sucesivo la relación de esta historia, ni distraer el ánimo de quien lee, y diga sin tardanza, que las excentricidades del doctor Heidegger fueron parte á que se le atribuyesen multitud de consejas fantásticas é inverosímiles; que acaso muchas de ellas, lo confieso con sinceridad y vergüenza, las inventó mi fantasía, y que si después de esta mi declaración me compara el lector con la criada del sabio que fué testigo de un terrible espectáculo, y se muestra incrédulo á medida que va entrando en materia, su falta de fe en mí será el justo castigo reservado á los forjadores de patrañas y embelecos. Y con esto cierro el paréntesis.

IV

Al oir los tres casi venerables caballeros y la dama no menos venerable que les anunciaba el sapientísimo doctor un ensayo, ni les sorprendió, porque así lo decía la esquela circular que habían recibido, ni tampoco sospecharon cosa ninguna extraordinaria, como no fuera el martirio de algún ratoncillo cerrado herméticamente bajo la campana de la máquina neumática, ó el examen de alguna telaraña por medio del microscopio, pues que á esto se reducían por regla general los espectáculos científicos con que obsequiaba el doctor á sus huéspedes, el cual reservaba para los sabios las grandes pruebas ó las grandes revelaciones que arrancaba á la naturaleza martirizándola.

Sin añadir Heidegger más palabras á las dichas, se levantó y cruzó la cámara pausadamente, asió con no menos solemnidad el libro mágico de los broches de plata, y poniéndolo sobre la mesa, cerca del vaso cuyo líquido pareció espumear entonces, lo abrió por un registro, tomando de entre sus folios, no sin grandes precauciones, una flor disecada que debió ser rosa, pero cuyas hojas y pétalos aplastados y descoloridos amenazaban convertirse en polvo al contacto del aire.

– Esta rosa, dijo con voz apagada, y como si temiera destruir la flor con el aliento, y acaso también porque la emoción no le consintiera en aquel caso hablar más alto, abrió su capullo hace más de medio siglo.

Y dirigiéndose, después, al averiado retrato que tenía enfrente, y extendiendo hacia él ambas manos temblorosas, prosiguió de esta manera con voz dolorida:

– Tú me la diste, Silvia, mi amada prometida, la víspera de nuestro casamiento, y la colocaste con tus propias manos en la solapa de mi casaca, sobre este corazón que siempre te ha sido, es y será fiel y consecuente; y el mismo día que debió ser de nuestros esponsales, siéndolo de nuestra separación eterna, la puse aquí entre las hojas del libro que ves, donde ha pasado hasta hoy.

Las palabras tan sentidas del doctor, cuyo lenguaje usual era frío y algún tanto mordaz, produjeron más impresión en sus oyentes, que si la imagen del cuadro contestara; de tal modo, que ninguno de ellos, incluso el atrevido coronel, que, á ser necesario, habría expuesto aun su pecho á las balas, hubiera osado en aquel punto volver la cabeza, temeroso de que algo sobrenatural estuviera pasando á sus espaldas.

Un tanto repuesto el doctor de su emoción, prosiguió con voz y ademán más enérgicos:

– Si yo pudiera ¡oh Silvia! restituirte á la vida, del propio modo que voy á devolver la lozanía y el perfume á esta flor seca desde hace medio siglo, ¡cuán feliz sería!

Estas palabras, aunque pronunciadas con patética solemnidad, destruyeron el efecto de las primeras, y restitu-



PLAZA DE LA DEMOCRACIA EN LAS PALMAS



MUELLE EN CONSTRUCCIÓN EN EL PUERTO DE LUZ (Gran Canaria)

yeron á la viuda de Wycherley, que casi se había desmayado minutos antes, la calma y locuacidad necesarias para exclamar:

– ¡Doctor! ¿Y por qué no hacer conmigo ese milagro? ¿Acaso nosotros, añadió mirando á los tres comensales, somos de peor condición que esa flor? ¿Para eso nos ha hecho V. venir?

Pero, no era el doctor de los sabios que hablan una hora para explicar aquello que puede mostrarse fácilmente, y que, á vueltas de palabras, quitan á sus oyentes hasta el deseo de la sorpresa que les preparan, sino que discurría lo menos y demostraba lo más posible, dejando siempre á la ciencia el cargo de impresionar con sus efectos al concurso. De aquí que, sin hacer alto en la pretensión de la viuda, dijera:

– Vean Vds. ahora.

Y levantando la tapa del vaso, puso en el líquido la rosa. La cual flotó al principio en la superficie, como si no fuera susceptible de absorber humedad; mas, luego comenzó á notarse cierto extraño fenómeno en ella, y fué que su tallo, sus pétalos y sus hojas, aplastados y secos, parecieron hincharse y recobrar color, cual si volviesen á la vida, y por tal modo, lenta, pero seguramente, pocos minutos después vieron todos con asombro, que aquella flor de medio siglo, resucitaba tan fresca y lozana como estuvo el día que Silvia la regaló á su prometido, esto es, entreabierta, nacarada, y con dos ó tres gotas de rocío en los bordes de su cáliz.

– ¡Qué portento! exclamaron los amigos del doctor sorprendidos, pero no maravillados del suceso, pues habían visto en su casa fenómenos de física recreativa y de prestidigitación más extraordinarios aún que la resurrección de una flor.

Entre tanto, Heidegger, sin preocuparse del efecto que hubiera producido en los cuatro el espectáculo, aspiraba con voluptuosidad el suave perfume de la rosa, en la cual recordaba que su prometida depositó un beso ternísimo antes de dársela.

El comerciante, la viuda, el político y el coronel, sin preocuparse tampoco á su vez de lo que hacía el doctor, parecían abstraídos y meditabundos, pensando acaso, si nada más decía Heidegger, en proponerle que ampliara el experimento, haciéndolo extensivo á sus personas.

V

– ¿Habéis oido hablar alguna vez, les dijo entonces el doctor, como si estuviera en la cátedra, de la fuente de la Juventud? El aventurero Ponce de León se propuso descubrirla...

– ¿Y la encontró? interrumpió la viuda de Wycherley, que sólo conocía la fuente de reputación.

– No, señora, no la encontró, porque dirigió mal sus exploraciones; se perdió en el camino, y pasó de esta vida sin ver realizadas sus esperanzas; pero, si son exactas las noticias que acaba de suministrarme un viajero, la famosa fuente de la Juventud está descubierta ya, y mana en un lugar cuya situación tengo señalada en un plano topográfico que poseo, y que se halla en la parte meridional de la península de la Florida, cerca del lago Macaco, así como se penetra en un bosquecillo de magnolias antiquísimas; las cuales magnolias gozan de perpetua frescura y lozanía, gracias á la maravillosa virtud de sus aguas que las riegan. Este viajero, amigo mío y persona sapientísima, conociendo mi afición al estudio de la naturaleza y de sus maravillas, llenó en el mismo manantial una botella de su agua, me la trajo, y es la que veis en ese vaso.

– ¡Bah! murmuró el coronel con manifiesta incredulidad. ¡Vive Dios, que quisiera ver algo que me demostrase la eficacia del agua de la Florida sobre la naturaleza humana!

– Puede V. experimentarla por sí consigo mismo, mi coronel, le contestó el doctor sonriendo: en casos como el presente, la duda es lícita; pero aconseja la prudencia, que cuando tenemos en la mano el medio de convencernos ó de convencer, no lo dejemos, pues sólo así llegamos al conocimiento de la verdad. Haga V. la prueba, y de sus efectos deduzca si en realidad puede ó no el agua de la Florida restituir al ser humano la fuerza vital de la juventud perdida con los años... De mí sé decirle que, sometida el agua que tiene delante, al análisis químico, no contiene sustancia ninguna peligrosa para la salud, y que puede, por tanto, beberla sin cuidado. Y como yo amo la ciencia por ella misma y por las ventajas que reporta sin utilizarlas en mí, y, además, como me ha costado mucho trabajo envejecer, y estoy muy escarmentado de la vida para que quiera empezarla de nuevo, digo que de esa agua no beberé, y que sólo deseo ser testigo de sus efectos en el prójimo.

Y al mismo tiempo iba llenando el doctor con un cucharón las copas de sus oyentes del agua de la Juventud, la cual, á medida que caía en ellas, formaba pequeñas burbujas de gas que salían á la superficie. Suave y penetrante aroma perfumó la atmósfera, instando á beber, y entretanto los cuatro viejos, sin saber qué hacerse, se miraron unos á otros, queriendo acabar de persuadirse con la vista de las copas llenas, de que todo cuanto el doctor había dicho era verdad, y de que allí dentro estaba brillante y espumoso el principio vital y regenerador, hasta que al fin debieron convencerse, porque simultáneamente, y como si obedecieran á una señal, fueron los cuatro á tomar sus copas.

– Ténganse un momento, dijo el doctor. Debo hacer presente á Vds., que procure cada uno aprovechar el caudal de su experiencia para precaver los escollos y los peligros de la juventud antes de engolfarse en ella; cosa tanto más fácil cuanto que sólo necesita buena memoria. Reflexionen Vds. que van á ser los primeros seres humanos que posean la ventaja inapreciable de reunir al conocimiento práctico de las cosas, propio de los viejos, el encanto de la juventud, y que deben, por tanto, dar ejemplo de juicio, de discreción, de prudencia y de virtud.

– ¡Ah! doctor, no se preocupe V. de eso; que la experiencia que tenemos nos ha costado harto cara para olvidarla, contestaron á coro los cuatro viejos.

– No aventuraré mi caudal en operaciones dudosas, dijo el comerciante.

– Simpática viuda, murmuró el coronel irónicamente al oído de la Wycherley; prepárese V. á romper contra mí el fuego de sus lindos ojos.

– Confieso mi pecado, exclamó el camaleón político. En lo sucesivo, me propongo perseverar en la misma línea de conducta para lograr mis fines.

– Volveré á las andadas, pensó la viuda; pero seré más cauta.

– Ahora, beban Vds., dijo el doctor, pues veo con gusto que acerté al marcarlos para mi ensayo del agua de la Florida.

VI

Los viejos no se hicieron repetir el convite, y llevándose las copas con sus trémulas manos á los labios, apuraron de un trago el licor que contenían. A decir verdad, si el agua de la fuente de la Juventud tenía eficacia para remozar á los viejos, no podía emplearse mejor, porque hubiera sido muy difícil, sino imposible, hallar personas más menesterosas de restauración.

No bien dejaron sus copas sobre la mesa, quedaron los cuatro transformados; y por tal modo, los carcamales que hacía un minuto parecían no haber sido jóvenes nunca; las estantiguas acartonadas, raídas, calvas y caducas, que segundos antes apenas tenían fuerzas para llevarse una copa á los labios sin verter su contenido por el camino; aquellas visiones, en fin, verdaderas caricaturas de la vejez, cada una por su estilo, de repente se tornaron en adultos de rostro hermoso y sonrosado. Miráronse y quedaron suspensos contemplándose mutuamente al ver que la maravillosa virtud del agua de la Florida había borrado por completo en ellos el estrago de los años. La viuda de Wycherley arregló maquinalmente su sombrero al sentirse joven, y cediendo todos á un impulso simultáneo alargaron sus copas, exclamando:

– ¡Otra, doctor admirable; incomparable doctor, otra; otra copa, doctor sublime; otra, queridísimo doctor! ¡Otra copa; que aunque ya no somos viejos, todavía no somos verdaderamente jóvenes!

VII

El doctor contemplaba impasible los resultados que iba dando su ensayo y el fenómeno que se desarrollaba entonces á su vista, pues la transformación moral seguía inmediatamente á la física; como que los cuatro ex-viejos hablaban, se movían y miraban cual si fueran jóvenes en la plenitud de la vida, y que se habían levantado con las copas puestas en alto, y haciendo tanto ruido, que más no podía ser.

– Paciencia, dijo Heidegger, con su calma de costumbre; no anticipemos los sucesos, ni contrariemos las leyes de la naturaleza Den Vds. el tiempo necesario á la sangre para que fermente y circule con impetuosidad, difundiendo nueva vida por todo el organismo, y no expongan aparatos gastados á romperse, imprimiéndoles de improviso movimientos que aun no tienen fuerza para resistir. ¿Será posible que no tengan Vds. la paciencia de aguardar media hora para volver á ser jóvenes, cuando han tardado tantos años en ponerse viejos?... Sin embargo, ahí está el agua, beban si les place.

Los convidados acogieron las palabras del doctor con respetuoso silencio, y permanecieron inmóviles un espacio; mas, de allí á poco, no pudiendo reprimirse, llenaron por segunda vez las copas, apurándolas de un trago, á tiempo que comenzó el gas que contenían á entrar en ebullición. Instantáneamente se produjo de nuevo el fenómeno, y cual si un mágico hubiera pasado su varilla por sobre las cabezas de todos, de tal modo, que hasta echaron pelo nuevo en un abrir y cerrar de ojos, y que la mesa del doctor Heidegger se halló rodeada de tres caballeros



PLAZA DE LA CATEDRAL EN LAS PALMAS

en lo mejor de la edad y de una dama por extremo hermosa y gentil.

—¡Querida viuda, exclamó el coronel, enamorado ya de la Wycherley; está usted admirable! Y, en efecto, lo estaba, porque así como los primeros albores del día disipan las tinieblas de la noche, así desaparecían los últimos vestigios de la vejez del rostro y del cuerpo de la requebrada, la cual, prefiriendo el testimonio de sus ojos á los cumplidos de su galán, y para cerciorarse por sí misma del fundamento que tuvieran, se levantó y fué á mirarse al espejo, no sin detenerse antes indecisa, temerosa de quedar burlada; pero viendo transformado al inválido Killigrew en el hermoso capitán de otros tiempos, se atrevió y quedó suspensa, contemplando en la tersa superficie del cristal una mujer lindísima que la sonreía, luciendo de paso dos filas de apretados y menudos dientes, iguales y blancos, que asomaban por entre unos labios de coral.

Y en tanto que la viuda se consideraba en el espejo, demostraban los tres caballeros, con su actitud, que acaso tenía el agua de la Florida, sobre las propiedades sobrenaturales que ya se han apuntado, la de subirse á la cabeza de sus bebedores, á no ser que la alegría que mostraban fuera producida por la idea de su resurrección. Porque, por una parte, disertaba extensamente Mr. Gascoigne acerca de política antigua, contemporánea y futura, y de principios inmutables, de tiranos y de víctimas, del patriotismo y de la felicidad de los pueblos, cuando diez minutos antes ni aun á media voz se hubiese atrevido á decir la menor cosa con palabras tan audaces, ni á manifestar opiniones tan subversivas, mientras que á la sazón explanaba sus teorías regeneradoras con voz tribunicia y ademanes teatrales; por otra, echaba de menos el coronel sus arreos bélicos, y entonaba canciones más alegres que decentes, con los ojos puestos en la cara picaresca de la viuda, y acompañándose con un cuchillo en la copa; y por otra, finalmente, Mr. Medbourne vagaba por los espacios imaginarios, acariciando el proyecto de proveer de hielo á las Indias orientales, sirviéndose de un bando de ballenas como medio de transporte barato para cargarlo en las regiones polares; negocio que, segun él, debía de producir muchos miles de duros.

La viuda no podía quitar los ojos del espejo, y se sonreía, llena de complacencia y de íntima satisfacción, al saludar en su imagen á la mejor amiga que tuvo jamás. Examinaba prolijamente los detalles de su belleza con amoroso éxtasis, convencida de que había recobrado sus perdidos encantos, y pensando satisfecha en los malos ratos que, á causa de ellos, pasarían otras, volvió á la mesa, valsando ligera como una sílfide.

—Otra copa, doctor, dijo con voz más dulce y agradable que la música más armoniosa.

—Las copas están dispuestas, beban Vds. cuanto quieran; pero cuidado con volver á la infancia.

—No, no, señor Heidegger; yo no beberé más que lo preciso para quedarme entre los quince y los diez y seis. Con eso me doy por satisfecha.

Traducido por M. Juderías Bender

(Concluirá)



PESCADERÍA Y MERCADO DE LAS PALMAS

LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

en 1885 y hoy

Cuando, en diciembre de 1885, me embarqué en Liverpool para el Congo, parecióme oir hablar por primera vez de Las Palmas, segunda escala del interminable itinerario de mi viaje. Muy pocos vapores tocaban á la sazón en aquel puerto que era poco conocido en Europa; y de cuanto había yo leído ó visto acerca de las Canarias, sólo recordaba la magnificencia del Pico de Tenerife, los canarios, la *Colomba laurivora*, célebre por las observaciones de Darwin, y el nombre extraño de los aborígenes, los guanches, nombre que ya no podré olvidar después de haberlo usado allí como sinónimo ó mote de seres feos y raros para distinguirles de las hermosas Hespéridas actuales, que compiten en gracia y donosura con las legendarias habitadoras de aquellas islas, cuando se las llamaba «Afortunadas» y ofrecían manzanas de oro al Hércules tirreno.

El viaje de Inglaterra á Las Palmas de Gran Canarias duró más de lo acostumbrado y fué pródigo en percances: en el canal de San Jorge salimos ilesos de un choque con un bergantín que por desgracia se fué á pique; y apenas entramos en el Atlántico, corrimos un temporal que ocasionó algunas averías al vetusto casco del buque que gobernaba trabajosamente, arrastrándonos entre olas amenazadoras y procelosas.

Mas si al partir nos sorprendió aquel temporal que nos obligó á echar mano de toda clase de abrigos, en cambio encontramos una estación primaveral once días después en la amenísima rada de Las Palmas. El mal tiempo acompañó muchos días á nuestro *Laudana*, días que nos parecieron interminables por lo molestos; por fin, cuando el mar empezó á sosegarse, el viento impetuoso y frío á tornarse céfiro blando y templado, y el cielo, serenándose, pareció de un azul purísimo, divisamos varios grupos de aves, y un bando de gaviotas salió á nuestro encuentro anunciándonos la proximidad de la tierra.

En efecto, poco después arribábamos á la isla «de la Madera,» así llamada ya en los portulanos del siglo XIV. Cuando el *Laudana* ancló en el puerto de Funchal apenas quedaba una hora de día, y solamente esta hora nos detuvimos en aquella playa encantadora, á la orilla de ese jardín delicioso de Madera, tierra poética que, según la leyenda, fué descubierta por dos amantes, y que visitan constantemente seres deseosos de vivir ó de morir entre flores y en el beso del amor.

Las impresiones que sentí fueron tan varias y fugaces que únicamente las recuerdo como un ensueño. Conservo sin embargo en la memoria, con toda la melancólica grandiosidad del paisaje circunstante, el aspecto que iba tomando Madera á medida que, al anochecer, nos íbamos alejando de ella con rumbo á las Canarias: aquella isla amenísima, que poco antes parecía inundada de una lluvia de oro y resplandecía de luz y de colores vivísimos, oscureciéndose y como aplanándose bajo la extensión ilimitada, sombría y silenciosa de las ondas, me parecía un astro inmenso eclipsado que se ocultaba misteriosamente detrás del Océano infinito.

Al día siguiente divisamos la isla de la Gran Canaria, entre nubes rojas y plomizas que se condensaban en el horizonte al ocaso. Hubiéramos podido llegar aquella misma noche si nuestro *Laudana*, de feliz recordación, hubiese sido menos viejo y estado menos cansado de la travesía. Tuve, pues, que renunciar aquella noche al placer de dormir en tierra y me retiré á mi mísero camarote confiando en poder descansar con más tranquilidad cuando de allí á una ó dos horas entrásemos en el puerto; pero, transcurridas aquellas dos horas, noté que seguíamos marchando, aunque más lentamente, y que á menudo virábamos, como si el capitán no tuviese prisa de llegar.

Y en efecto, impresionado éste todavía por el naufragio de que, aunque involuntariamente, había sido causa, estaba receloso hasta el punto de juzgar arriesgado el fondear de noche, y en una noche de luna, en el segurísimo puerto de la Luz, y por esto esperaba el día de aquel modo... haciéndome renegar y dar vueltas toda la noche en mi litera.

Al rayar la aurora estaba el *Laudana* dando bordadas todavía en la parte Sur de la Gran Canaria, y sus albores vinieron á regocijar mis ojos cuando empezaba ya á cansarme de mirar en la oscuridad y estaba impaciente por ver tierra. Vestíme apresuradamente y subí á cubierta poco después que el *Laudana*, emprendida su marcha normal, se acercaba al puerto directamente.

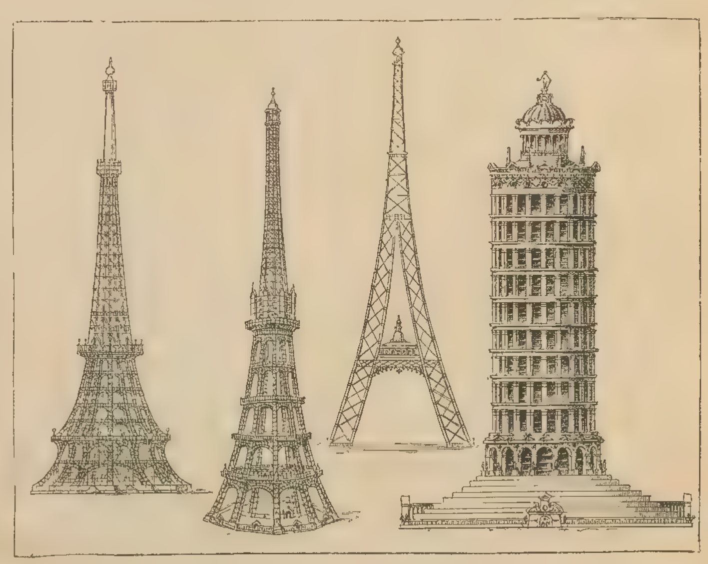
Grandiosa se ofreció á mi vista, destacándose á la sazón con azuladas tintas, la mole de la isla que surgía ante nosotros; pintorescas las cumbres que, desplegándose á modo de inmenso abanico, forman un grupo majestuoso; extraños los picachos en que aquéllas terminan y los dorsos en que se rompen, proyectando sombras oscurísimas á medida que el sol naciente iluminaba con matices purpurinos sus denticuladas crestas; alegres aquellos campos verdes, diseminados por las laderas que, á los rayos del sol, parecían enrojecerse y abrasarse como por efecto de erupciones recientes; animado el aspecto de aquellos conos volcánicos erguidos en los flancos de las colinas, que, sobresaliendo de las gargantas centrales, bajan hasta el mar, donde terminan junto al puerto, formando un ancho terraplén, en una zona de huertos y de playas.

Un grupo de cráteres y de lavas, la «Isleta,» surgía en medio del mar, enfrente de nosotros, formando con el angosto y corto brazo de tierra que le une con la isla que costeábamos, el puerto de la Luz, que desde la noche anterior era la meta de mis aspiraciones.

Estábamos ya delante de la ciudad de Las Palmas; pero el *Laudana*, sin cuidarse de su antiguo y poco practicable fondeadero, seguía inmutablemente el rumbo hacia el nuevo de la Luz, y por esto mis miradas pasaban rápidamente desde la hermosa playa á las cimas de los montes, por aquellas peñas, aquellos campos y aquellos picos, no fijándose en la ciudad, que, vista desde donde yo me encontraba, no atrae ni seduce sino al que busca impaciente en una de sus innumerables y blancas azoteas á un ser adorado ó desea avivar el recuerdo de un pasado amor.

En tanto, dejamos atrás Las Palmas, ciudad que se presentaba lanzada en el mar sobre una lengua de tierra, besada por las azuladas y espumosas ondas y rodeada de grupos de plátanos y de elevadas y esbeltas palmeras.

(Continuará)



Cuatro de los principales proyectos presentados en Londres para la construcción de una torre de 1.200 pies

Imp. de Montaner y Simón

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO IX — BARCELONA 26 DE MAYO DE 1890 — NUM. 439

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



MONUMENTO ERIGIDO Á LA MEMORIA DE CUAUHTEMOC.-MEXICO

(De una fotografía)

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

MONUMENTO ERIGIDO Á LA MEMORIA DE CUAUHTEMOC

El nombre de Cuauhtemoc, que significa *Aguila que descendió*, ocupa un lugar tan importante en los fastos de la conquista de México llevada á cabo por los españoles al mando de Hernán Cortés, que traspasaríamos los límites que en esta sección tenemos trazados si quisiéramos relatar, por somero que fuese el bosquejo, lo que significa ese héroe mexicano en la historia de las Indias y las heroicas hazañas que realizó para salvar la independencia de su patria. Baste saber que el emperador Cuauhtemoc, el último y más grande de los Aztecas, fué nombrado rey á los 25 años y demostró desde los primeros momentos de su reinado su valor, su acendrado patriotismo y su indómito carácter dictando enérgicas providencias, encaminadas todas á oponer á los españoles una resistencia formidable, fortificando la ciudad, organizando su ejército y proveyendo á todas las necesidades que demandaban las difíciles circunstancias en que se hallaba su nación. A pesar de todo, la suerte le fué adversa: sitiado por Cortés en la ciudad de México-Tenuchtilán, último baluarte de su imperio que defendió heroicamente, no quiso rendirse ni aun ante la promesa del caudillo español de confirmarle en su autoridad de monarca. Pero el vigoroso asedio de los españoles y los horrores de la peste y del hambre que sobre los sitiados se habían desatado, obligaron á Cuauhtemoc á abandonar la plaza para proseguir la lucha en la calzada del Norte. Apresada la canoa en que se había embarcado con su familia y conducido á presencia de Cortés, desenvainó la daga que éste llevaba al cinto y le dijo: «Toma este tu puñal y mátame, pues no he podido morir en defensa de mi pueblo.» Cortés procuró consolarle, elogió su valor y sus esfuerzos en defensa de su patria y ordenó que le llevasen á su esposa y á las personas que en su fuga le acompañaban. Más tarde, puesto en el tormento por los españoles para que revelara dónde tenía escondidos sus tesoros, ni una palabra, ni una queja exhalaron sus labios, y sólo contestó á los lamentos del rey de Tlacopán, que, como él, había sido echado sobre carbones encendidos, con la sublime frase que la historia ha conservado: «¿Y estoy yo, acaso, en un deleite ó baño?» Cortés le perdonó la vida; pero habiendo intentado al cabo de algún tiempo escaparse, le hizo colgar de un árbol en 1525.

Los mexicanos, queriendo honrar la memoria del que supo derramar la última gota de su sangre por defender el imperio que le legara Motezuma, han erigido en el magnífico paseo de la Reforma de la ciudad de México el magnífico monumento que, tomándolo de una fotografía, reproducimos y que en la actualidad constituye una de las más interesantes bellezas de la rica capital mexicana.

LA PRIMAVERA, cuadro de Otón Strutzel

Otón Strutzel es uno de los pintores alemanes que más delicadamente han sabido reproducir los encantos de la naturaleza de su patria. Nacido en Düsseldorf, fijó hace muchos años su residencia en Munich, cuyos alrededores, llenos de atractivos, facilitáronle á granel temas preciosos para sus lindas composiciones.

Bien ha demostrado su inspiración y su talento artístico en su cuadro *La primavera:* la poesía, la dulce calma del campo se reflejan hasta en los más pequeños detalles de la sencilla escena que el autor nos presenta. Aquellos dos niños entretenidos en contemplar las maravillas del libro profusamente ilustrado, aquella pradera en que lucen sus primaverales galas las modestas florecillas silvestres, aquel florido árbol cuyos botones recién abiertos prometen abundante fruto para el estío, aquella luz brillante que inunda la campiña sólo pueden ser tan magistralmente reproducidos por quien como Strutzel ha hecho de la naturaleza la principal fuente de sus inspiraciones y el objetivo primordial de sus estudios.

EL SUEÑO DE LA VIRGEN MARÍA cuadro de Bramtot, grabado por Baude

(Salón de París de 1890)

¡Cuánta poesía se exhala de este hermoso cuadro! Pintura sobria, austera, sencilla en el colorido, de factura delicada y llena de dulzura, es indudablemente una de las que más llaman la atención en el actual Salón de París. La Virgen se ha sentado á trabajar á la puerta de su casa; reclinado el cuerpo en la pared, el sueño ha cerrado sus párpados y sus manos han dejado caer el huso mientras su espíritu le hace entrever un ángel arrodillado que le presenta el Hijo que de ella ha de nacer y que aparece envuelto en una aureola vaga, ideal, en admirable armonía con la luz del crepúsculo que apenas ilumina la escena y el paisaje.

Mr. Bramtot ha terminado su educación artística en la Academia francesa de Roma: el cuadro que reproducimos es elocuente prueba de lo que este pintor vale y de lo que de él puede esperarse para gloria del arte.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

LA FIESTA DE LAS FLORES cuadro de costumbres españolas de principios de este siglo, de L. Alvarez

Existía aún á principios de este siglo en algunas poblaciones del Mediodía de España la costumbre de celebrar de una manera sumamente poética la llegada del mes de mayo. El día 3 de mayo, fecha en que la Iglesia conmemora la Invención de la Santa Cruz, levantábanse en las principales calles improvisados altares cubiertos de sedas y cintas de vistosos matices y adornados con profusión de flores: colocada sobre el altar una hermosa muchacha, cuyas blancas ropas contrastaban con los brillantes colores de los objetos que la rodeaban, hacíase con sus sonrisas y dicharachos rendir homenaje y pagar tributo por cuantos pasaban delante de ella, mientras varias compañeras asediaban al transeunte hasta arrancarle el óbolo para el fondo destinado á la comida campestre que se disponía como término y fin principal de aquella fiesta tan acertadamente bautizada con el nombre de fiesta de las flores.

Alvarez, algunos de cuyos cuadros conocen ya los lectores de La Ilustración Artística, ha tomado pie de este pintoresco asunto para pintar un precioso cuadro de carácter genuinamente español, en el que todo nos transporta á esas hermosas regiones de Andalucía, tan fértiles en naturales productos como fecundas en artísticos temas, que aun no han podido agotar, con ser tantos, los poetas y pintores que han cantado y trazado en el lienzo las maravillas de su suelo, la diafanidad de su aire, el incomparable azul de su firmamento, la gracia y belleza de sus mujeres y la alegría y los encantos de sus costumbres.

Dígase lo que se quiera, los espectáculos como *La fiesta de las flores* son los verdaderos espectáculos nacionales, los que han de despertar el entusiasmo de los extranjeros por nuestra patria, como entusiasmados están ya con nuestros buenos artistas, entre los cuales figura dignamente el autor del cuadro cuya reproducción ofrecemos hoy en nuestro Suplemento Artístico.

EL AGUA DE LA FLORIDA

POR N. HAWTHORNE

(Conclusión)

VIII

Comenzaba el sol á ocultarse en el horizonte, y la cámara donde se hallaba el Dr. Heidegger iba quedando envuelta en sombras; pero del vaso dispuesto en medio de la mesa y que aún tenía bastante agua de la Florida, se desprendía una manera de resplandor parecido al de la luna, que bañaba con su luz dulce y suave los rostros de todos los presentes. Y la fisonomía del doctor, que, sentado gravemente en un sitial de encina, con sus canas y sus arrugas, contemplaba impasible á sus amigos rejuvenecidos, mirándolos de hito en hito, antojábase la cara del Tiempo, cuyos estragos había vencido con el agua de la fuente de la Juventud. Mas cuando se preparaban á beber por tercera vez los convidados las copas de agua, y ya iban á llevarlas á los labios con ademán de brindar por la vida, quedáronse suspensos y aterrados, viendo la expresión misteriosa del doctor que, pálido, inmóvil y silencioso, no apartaba sus ojos de ellos.

Al propio tiempo sintieron que circulaba por sus venas un cierto calor que fué subiendo de punto gradualmente y difundiendo por todo su organismo una temperatura olvidada ya de los cuatro, y que les hizo comprender con sus efectos la verdad del fenómeno verificado en ellos, pues en su virtud no sólo parecían jóvenes, sino que lo eran en realidad. El espumoso licor había demostrado su eficacia, y la vejez y sus naturales consecuencias sólo eran ya para los amigos del doctor como el recuerdo de una pesadilla interrumpida de grato despertar; ¿qué más? hasta el buen juicio y la serena razón, atributos de la edad, habían desaparecido con las arrugas y las canas, de tal modo que, así llenos de vigor y fuerza saludaban el advenimiento de la nueva era de su existencia, como eran incapaces de reprimir y avasallar la muchedumbre de sus desordenados y subversivos pensamientos, y de domar las impetuosas pasiones que se agitaban en sus pechos. Por tal modo, locos de alegría comenzaron á gritar:

– ¡Ya somos jóvenes! ¡Ya somos jóvenes! ¡Viva la juventud!

La escena que se representó entonces en el laboratorio del doctor, fué por demás interesante y singular. Los cuatro resucitados á la juventud se movían en todas direcciones é iban de una parte á otra con la volubilidad propia de los pocos años, riendo á carcajadas cada vez que recordaban las dolencias y achaques de otro tiempo, burlándose de sus largos chalecos y amplios gabanes, y de la cofia y de la saya de la interesante y ya indefinible viuda; y para sacar mejor partido de sus trajes y adornos vetustos, mientras uno remedaba las contorsiones de un cojo viejo, se ponía otro un par de anteojos, y con la gravedad más cómica tomaba el libro de los caracteres indescifrables, y hacía que leía en ellos recetas amorosas y coplas alegres, y el otro se acomodaba gravemente en un ancho sillón de brazos y copiaba la postura del doctor. En una palabra, más que jóvenes, parecían niños revoltosos y alborotadores que hubieran convertido el estudio de su abuelo en teatro de diabluras infantiles.

Entre tanto, la viuda de Wycherley (con perdón sea dicho, y á falta de otro nombre que la dé á conocer á nuestros lectores, porque á la sazón estaba más joven aún que cuando se casó) se apoyó con delicada coquetería en el respaldo de la silla del doctor, y sonriéndole de la manera más agresiva, le dijo:

– Doctor, ¿me negará V. un favor que quiero pedirle? Heidegger se volvió hacia la joven, la cual añadió:

– Pues quiero que me saque V. á bailar.

Fácil es suponer la risa que produjo en los demás muchachos la pretensión de la viuda doncella, y aun más todavía el gesto que hizo el doctor al oirla.

– Hija mía, le contestó el anciano con indulgencia, dispensa; pero esas cosas pasaron para mí. Ahí tienes, prosiguió, señalando á los tres restaurados, tres buenos mozos, y con ellos, ya que no conmigo, podrás bailar cuanto gustes. ¿Qué más querrán ellos? ¿No es verdad? preguntó en voz alta, dirigiéndose al grupo.

– ¡Sí, sí, conmigo! dijo el coronel.

– ¡No, no, conmigo! interrumpió el camaleón político.

– Cuarenta y cinco años hace, añadió el especulador, que me prometió una gavota que no se ha cumplido todavía.

Y queriendo cada cual ser el preferido, y obstinándose la Wycherley en no preferir por aquella vez á ninguno, dió lugar con su coquetería á que todos la pusieran cerco: éste la tomaba una mano, aquél la asía por la cintura, esotro trataba de librarla de ambos, y mientras, ella, encendida y agitada, pugnaba por librarse de los tres, entre risueña y severa, según lo requería el caso. No es posible imaginar un cuadro cuyas figuras formen combinación más artística que la de aquel grupo de muchachos disputándose la conquista de una joven que se ofrecía sin darse como premio al vencedor; y, ¡cosa extraña! al reflejar la polvorienta luna del espejo los cuatro personajes, cual si se burlara de ellos, representaba las imágenes de cuatro viejos, porfiando por una vieja; y como ésta y aquéllos tenían movimientos de gente moza, la escena resultaba más ridícula y absurda todavía.

Pero, fuera del espejo eran jóvenes de todo en todo, agitados de impetuosas pasiones, y estimulados, además, de la encantadora coquetería de la improvisada doncella, que atizaba el fuego en que se abrasaban sus adoradores, fingiendo dejarse alcanzar de los tres sin rendirse á ninguno. Así fué, que presto sintieron el aguijón de los celos, y comenzando por mirarse con enojo, acabaron por insultarse unos á otros. Bien será decir que la primera injuria partió de labios del coronel. A las palabras siguieron las demostraciones agresivas, y á éstas la batalla, repartiéndose los contendientes grandes puñadas y puntapies y marcando por suyos cada cual varios muebles, para enviarlos á guisa de proyectiles á las cabezas de sus contrarios. Pero, cuando faltaba muy poco para que la vivienda del doctor se convirtiera en campo de Agramante, se suspendió la lucha como por encanto, y quedaron inmóviles los agresores

IX

Sucedió, pues, que en lo más reñido de la batalla tropezaron y dieron en tierra con la mesa, quebrándose al caer el vaso de cristal donde había puesto el doctor el agua prodigiosa de la Florida, verificándose un fenómeno entonces, que pasó inadvertido para los causantes del desastre, por efecto de la sorpresa que les causó.

Es el caso que una mariposa de anchas y pintadas alas que, atraída del calor del sol, había salido á volar por el jardín, como después de ir peregrina de flor en flor entrase por una de las ventanas del laboratorio y cayese al suelo presa de súbito letargo en ocasión precisamente que rodaba la mesa y se rompía el vaso de agua de la Florida, le salpicaron algunas gotas, y sin más tardanza volvió en sí, cobró nuevo vigor y se lanzó al espacio, acabando, después de muchas vueltas y revueltas aéreas, por posarse en la tersa y limpia calva del doctor, que permanecía inmóvil.

– Calma, señores; siéntese V., señora; sosiéguense todos, había dicho el doctor cuando vió rodar y romperse la vasija. Esto es un escándalo, y no consiento que se haga tanto ruido en mi casa.

X

La voz tranquila y el aspecto reposado del anciano, volvieron en su acuerdo los turbados ánimos de los contendientes, mientras él levantaba con religioso respeto de entre los tiestos la rosa que le dió Silvia la víspera de su casamiento. Entonces les pareció haber oído la voz del Tiempo que les reprendía por su falta de formalidad y su sobra de locura, y volvieron á sentarse alrededor de la mesa entre confusos y abatidos, y cual si estuvieran preocupados de algún triste é indefinible presentimiento.

– Ese vaso que han roto Vds. con sus locuras, les dijo el doctor, tomando asiento también, contenía líquido suficiente para rejuvenecer á todos los viejos de una ciudad populosa, y tal ha sido la catástrofe, que ya no queda ni una gota siquiera para reanimar la rosa de mi pobre Silvia, que va secándose por momentos al contacto de mi mano.

En efecto, la rosa fué palideciendo, marchitando y secándose rápidamente hasta volver á quedar en el mismo ser que tenía cuando el doctor la sacó de entre los folios del libro negro.

– Después de todo, así me gusta más, prosiguió bajando la voz y besándola con tristeza; que la flor marchita parece mejor en el anciano que no la fresca. Tú eres testigo, Silvia mía, exclamó dirigiéndose al retrato de su prometida, que no he intentado siquiera retardar un instante la hora de nuestra cita.

Y al concluir estas palabras, la mariposa, que se había posado en su cabeza, batió las alas como agitada de una convulsión, y cayó al suelo sin vida.

XI

Entonces los cuatro convidados sintieron indecible malestar y rara sensación en todo su ser, pareciéndoles que un frío glacial entumecía sus miembros y paralizaba su sangre en las venas; que caía sobre sus hombros un manto de plomo, y que invadía su cerebro algo que lo entorpecía...

Pocos minutos después, la mesa del doctor Heidegger estaba rodeada de tres viejos y una vieja.

La de Wycherley, que había vuelto á ser viuda, cediendo á un impulso de coquetería, último instinto que pierde la mujer, cubrió con su cofia la calva cabeza; que las aguas de la Florida sólo tenían virtud momentánea, y de la pasajera embriaguez que produjeron en quien las bebió, quedó sólo triste recuerdo, el más triste acaso de todos: los pedazos del vaso roto, esparcidos por el suelo y que daban testimonio de la realidad de las cosas, probándoles que no habían sido víctimas de ilusiones forjadas de la fantasía.

– ¡Cuán pronto hemos vuelto á ser viejos! exclamaron con voz dolorida.

– ¡Sí, por cierto! La naturaleza y el tiempo han reanudado el hilo de su discurso. Por lo que á mí toca no lo siento; pues, aun cuando la fuente de la Juventud estu-



LA PRIMAVERA, cuadro de Otón Strutzel

viera en el jardín de mi casa y oyese yo correr sus aguas al pie de mi ventana, no bebería nunca de ellas, siquiera me hiciesen eternamente joven. Esta resolución es el fruto del ensayo que acabo de hacer con Vds.

XII

Dijo, y los cuatro viejos se levantaron lentamente y en silencio, y sin añadir más palabras se despidieron del huésped. Pero, después que hubo pasado algún tiempo, supe que los cuatro habían emprendido una peregrinación á la Florida, en busca de la fuente de la Juventud.

TRADUCIDO POR M. JUDERIAS BENDER

EL ANILLO DE SESOSTRIS

(CUENTO ENTRE ARÁBIGO Y EGIPCIO)

«El gran príncipe Ramsés IV, nieto del gran rey Sesostris (1), ocupó el trono de Egipto, el año 1214 antes de la venida de Jesucristo.

»El reino estaba amenazado en todas sus fronteras.

»Una inmensa conjuración de príncipes asiáticos, ayudados por los libios y muchas tribus independientes del Asia menor, dió por resultado caer todos á la vez sobre el Egipto, aguijoneados por el afán de saquear los riquísimos tesoros acumulados durante el floreciente reinado de Sesostris el Grande.

»Vencido Ramsés en tremenda batalla, se retiró á Bulaq, y temeroso de que sus enemigos atacasen la ciudad y la saqueasen, decidió ocultar su tesoro en sitio seguro.

»Escogió unos cuantos prisioneros nubios y les ordenó abriesen un subterráneo en un punto próximo á la ciudad.

»Concluída la obra, que se efectuó con gran misterio y sigilo, mandó trasportar á la cripta todas sus riquezas y además un gran número de *ureus* ó serpientes sagradas, símbolo de la majestad real.

»Después los envenenó á todos para que guardasen el secreto.

»Poco después el ejército invasor saqueó la población. La redujo á cenizas y bajo sus escombros quedó sepultado el tesoro de los Sesostris.»

Esto decía un gran librote manuscrito en caracteres arábigos sobre pergamino, y que leía con mucho interés un viejo moro, en cuya fisonomía se reflejaba la codicia al recorrer los últimos renglones del escrito.

La escena pasaba en Bulaq, antes populosa ciudad, hoy pequeño barrio, próximo á la moderna Ismailia, en una casa de un solo piso, de paredes lisas, más ó menos blancas, sin ventanas, con sólo una puerta baja y estrecha. Unida á esta vivienda había otro edificio pintarrajeado con fajas alternadas rojas y blancas, flanqueado por dos alminares que dominaban un callejón fangoso, estrecho y sucio como conviene á toda población árabe, un gran huerto guardaba las espaldas de ambos edificios.

Allí habitaban el moro Ben-Abdalah, su hija única Fátima y la nodriza de ésta, vieja nubia, apergaminada y seca, añeja y arrugada, sustentadora de una cabeza muy semejante á una azofaifa.

El moro, aunque á primera vista no tuviera grandes atractivos, á pesar de esto, era imán de la mezquita próxima á la casa.

Sus compatriotas le profesaban gran respeto por su sabiduría. Era astrólogo, naturalista; pero su verdadera afición consistía en el estudio de las épocas antiguas de su país. Tenía una colección de libros y de objetos arqueológicos que no enseñaba á nadie, pero que se suponía de gran valor.

Sus gustos y costumbres eran más europeos que árabes. Enviudó de una mujer única y educó á su hija casi á la europea. La enseñó á leer y escribir el árabe antiguo y moderno, y le servía de khodja ó escribiente.

Era avaro y usurero, condición que casi completaba sus tendencias europeas lejos de contradecirlas.

Pasaba largas horas del día estudiando ó trabajando en una habitación, cuya llave no abandonaba jamás, y cuya entrada había prohibido terminantemente á su hija y á la nodriza.

Tenía de 78 á 80 años y representaba más de 100.

Hacía 18 años que adoraba á su hija.

Fátima, hermosísima mora con su poquito de judía por lo correcto de la nariz, la blancura de la tez y la intensa negrura de sus magníficos ojos, vegetaba entre aquellas dos ruinas vivientes, sin más conocimiento del mundo que el deducido de aquellos papelotes y pergaminos que su padre de vez en cuando le hacía copiar ó leer.

Era una fragante rosa que crecía y vivía entre dos berenjenas marchitas que la aprisionaban, aislándolala del resto de la creación.

Su único recreo consistía en bajar á la huerta y cuidar sus flores.

Un pariente cercano de Ben-Abdalah, cadí de una de las kabilas del Atlas, murió como suelen morir los cadíes.

Un día le encontraron cerca de un pozo, abierto el vientre, relleno de guijarros y cosido cuidadosamente después.

Tenía un hijo ya mozo. Este buscó á los asesinos. Destripó á los que pudo, y un pie tras otro, porque perdió el caballo en la refriega, vino á refugiarse en casa de su tío el imán.

Este le recibió muy mal: como que por todo viático traía una espingarda que, bien vendida en el rastro de por acá valdría hasta dos duros; un zurrón de piel donde entre dátiles y granos de arroz guardaba un puñado de ochavos morunos y una hermosa piel de leopardo que tuvo la suerte de matar en el camino, piel que se apresuró á regalar á su pariente.

Mucho dudó Abdalah en si debía ó no dar hospedaje á su sobrino, pero al fin suplió en él á la voz de la sangre la necesidad de un hombre que cuidara de la huerta.

Encargó de esta faena á Abd-el Djebar, y le alojó en el fondo del jardín en una especie de establo.

Abd el-Djebar era joven, buen mozo, fino de cuerpo, como lo son en general los árabes de buena raza. Tenía la elegancia, la elasticidad y la robustez de los felinos, sus paisanos.

Fátima, curiosa como todas las mujeres, buscó las vueltas á su padre y á la negra y bajó á la huerta con el objeto de conocer al nuevo huésped.

Claro que se flecharon.

Entre los dos no reunían 38 años. Él, buen mozo y gallardo, aunque con mala ropa.

Ella, hermosa y encerrada entre las cuatro paredes de su casa, como en un hipogeo.

Pocos días tardaron en decirse de viva voz lo que sus ojos no se cansaban de significar cada vez que se veían, que eran bien pocas por cierto.

Una tarde, mientras el viejo imán se desgañitaba en gritar á los cuatro vientos desde el minarete, moviendo los brazos como aspas de molino, que Allah-akbem, Allah-akbem (que Dios es grande), etc., y la nodriza rezuqueaba acurrucada en el rincón más oscuro de la casa, Abd-el-Djebar saltó la tapia que aislaba la parte de edificio habitada por Fátima, se acercó á su ventana y allí los dos conversaron de este modo:

EL. – Por tu amor, Fátima, soy capaz de todo, hasta de reconciliarme con los asesinos de mi padre (cosa que le hubiera sido difícil, pues los había matado á casi todos). Pensaré en ti aun entre las mujeres de nuestro paraíso.

(1) Así llamado porque todas las mañanas se desayunaba con seis ostras. (Herodoto.)



EL SUEÑO DE LA VIRGEN MARÍA, cuadro de A. Bramtot, grabado por Baude



LA FIESTA DE LAS FLORES, CUAD



...ORO DE COSTUMBRES ESPAÑOLAS DE PRINCIPIOS DE ESTE SIGLO, DE L. ALVAREZ



VISTA PANORÁMICA DE LA GRAN CANARIA. (De una fotografía)


ISLAS CANARIAS. – ALDEA DE SANTA BRIGIDA

ELLA. – Te creo. No dudo de la firmeza de tu amor.

Seré tu mujer, y la condición que te impongo es que seré tu mujer única, como lo fué mi madre de mi padre.

Tu sangre es noble; aunque sin fortuna hoy y perseguido, puedes recuperar un día tu rango y tu hacienda.

Mi padre es rico, avaro, es verdad, pero me idolatra y no te negará mi mano. Háblale hoy mismo, nuestras entrevistas no pueden continuar sin peligro de que se aperciba, y entonces dudará de nosotros y nos separará.

EL. – Tú serás mi único amor, como fuiste el primero; lo juro por Allah; y si tu padre pone por obstáculo la pérdida de mi hacienda, volveré al Atlas y yo solo la conquistaré ó moriré como murió mi padre.

ELLA. – Exijo de ti una obediencia ciega como la que las cristianas dicen que obtienen de sus maridos.

No debes dar un paso sin advertírmelo.

En la fachada de la casa que da al Oriente hay un tragaluz á la altura de un hombre; cuando necesites hablarme acércate á él y tira de una cuerdecita que encontrarás por la parte interior.

Nuestro enamorado habló aquella noche con el padre. El resultado de la conferencia fué que á las diez de la noche se encontró de patitas en la calle con su zurrón y su espingarda, cruzándole el cerebro, como saetas envenenadas, las palabras de pordiosero, ambicioso, traidor, etc., que le prodigó su señor tío por toda contestación á su demanda.

No creía hacer tan pronto uso del tragaluz.

Decir lo que lloraron y se desesperaron aquellas infelices criaturas es cosa imposible.

Abd-el-Djebar, con la dulzura de carácter propia de sus paisanos quería matar al padre, prender fuego á la casa, sacar de entre las llamas á su amada y achicharrar á la vieja en el incendio.

Fátima le hizo jurar otra vez que la obedecería en todo.

Le ordenó la calma, que buscara trabajo para vivir y que esperase.

Pasaron algunos días. Abd-el Djebar encontró colocación en un molino y todas las noches acudía presuroso á hablar con su amada por el tragaluz.

Una noche en lo más triste de sus lamentaciones acerca de su suerte, de repente Fátima, dándose una palmada en la frente, exclamó: – Aguarda un instante; y penetró en la habitación.

A poco volvió, y mostrándole un aro de sortija le dijo: – Mañana irás á casa Roboam, el judío, y le encargarás una copia exacta de este aro. En cuanto esté me lo traes y te diré lo que debes hacer con él.

A los ocho días estaba hecho el aro exactamente igual al modelo.

Procúrate una víbora pequeña y viva, dijo Fátima á su amado, pásale este aro por la cabeza de manera que se sujete en el cuello. Enciérrala después en una caja y entérate de los cuidados que le son precisos para que viva y crezca.

Si cumples mi encargo al pie de la letra, antes de un año estaremos unidos para siempre.

– Pero ¿estás segura que lo que dices pueda tener relación con nuestra felicidad?

No entiendo cómo podamos con esto vencer la resistencia de tu padre.

– Ni hace falta que lo entiendas: muy por el contrario, es preciso que lo ignores todo para el logro de nuestra empresa. Sólo te diré que tengas por seguro que conseguiremos nuestro objeto.

Al llegar Abd-el-Djebar á su alojamiento miró y remiró la sortija, vió que era de oro, que sobre el aro aparecía grabada una especie de procesión de mujeres y hombres, algunos con cabeza de pájaro, figuras parecidas á las que alguna vez había visto toscamente labradas en las piedras de algunas ruinas.

Encontró la víbora, y el mismo que se la vendió le dió instrucciones para su manutención.

Esta crecía tan de prisa, que á los seis meses el aro había desaparecido por completo, formando una estrangulación en el cuello, del que rebasaba una carnosidad deforme que, rodeando la cabeza del reptil, le convertía en un monstruo terrible y repugnante.

– He aquí mis órdenes, dijo Fátima á su amante: Con un alambre grueso golpearás la cabeza del animal en su unión con el cuello. Una vez muerto te presentarás á mi padre y le dirás lo siguiente: «He conocido, en mejores tiempos para mí, su afición al estudio de los animales raros. Habiendo muerto éste y creyéndole curioso por su forma me ha ocurrido traérselo.»

Probablemente te preguntará, con vivísimo interés, dónde lo has hallado, y á eso contestarás con firmeza que no lo puedes decir.

El insistirá, y entonces le declararás que la única condición que te puede hacer hablar, es la de que autorice nuestra unión, y que después de verificada, le llevarás al sitio donde mataste la víbora.

No cedas ante sus promesas, ni te dejes vencer por nada de lo que diga ó haga; pues de lo contrario, somos perdidos y habremos de renunciar á nuestros sueños de felicidad.

El admirado moro rompió el silencio, diciendo: – Cada vez entiendo menos esta intriga, pero tengo confianza en ti y haré cuanto me ordenas.

Ben-Abdalah al ver entrar á su sobrino frunció el ceño, y ya levantaba el brazo y extendía un dedo para señalarle la salida, cuando éste, sin decir palabra, sacó del zurrón la víbora y la colocó delante del viejo.

El tío al ver este monstruo, después de contemplarle unos instantes, preguntó qué significaba aquello.

Punto por punto repitió el triste enamorado su lección; y como había previsto Fátima, el asombro del anciano no tuvo límites al descubrir bajo aquel pliegue de carne una sortija de oro.

De un tajo separó la cabeza del reptil y recogió el aro.

Mudo y tembloroso, descompuesto el semblante por la admiración, pasó á una pieza vecina y volvió con otro anillo igual y una lente de aumento.

Estudió durante un rato las dos sortijas, y volviéndose á su sobrino le preguntó dónde había encontrado aquella serpiente.

Contestó Abd el-Djebar lo que había recomendado su amante.

El viejo rogó, casi con lágrimas en los ojos.

Trató de ablandarle, sin obtener respuesta del pobre moro, poco seguro de su papel, pero firme.

Este por fin se atrevió á imponer la condición que tanto anhelaba, casi seguro que volvería á repetirse la escena de su primera declaración.

Con gran admiración suya, el viejo no se alteró gran cosa. Trató éste de disuadirle, pero convencido de que nada alcanzaría, le dijo:

– En realidad, el obstáculo de la pobreza para tu casamiento no es tan grande que por él cause la infelicidad vuestra.

Yo soy rico. La mitad de mi fortuna es tuya; pero sólo consentiré esta boda si tú me abandonas toda tu fortuna y todo lo que puedas adquirir de aquí en adelante.

Inútil es decir que el sobrino aceptó con entusiasmo.

Se casó.

Fátima le explicó entonces todo aquel misterio.

– Mi padre, dijo, me enseñó á leer el árabe antiguo. Le servía de secretario, y aunque no más me daba á leer y traducir ciertos libros, de vez en cuando yo leía otros que me ocultaba.

Mi padre se rodeaba de cierto misterio.

A veces salía de casa llevándose herramientas de la huerta; volvía muchas horas después, cansado, lleno de tierra, y le acometían grandes tristezas.

Pasaba días enteros sin salir de una habitación, cuya entrada me estaba prohibida.

Me devoraba la curiosidad de saber qué se ocultaba tan severamente en aquel cuarto.

Un día olvidó mi padre la llave, que nunca abandonaba, y me apresuré á satisfacer mi deseo.

La llave no pudo abrir, y sin embargo, estaba segura de que era la misma que él usaba.

Escondida esperé que abriese esa puerta por ver si empleaba otra llave y vi que se acercó á la cerradura y con mucho cuidado tiró como de un hilo invisible, y después introdujo la llave y abrió. Al salir hizo también maniobras con el hilo, después de sacar la llave.

Estudié al día siguiente la cerradura y descubrí su mecanismo.

Una pequeña gota de cera pegada en un sitio oculto de la cerraja sujetaba un pelo, que venía á introducirse dentro del ojo de la cerradura: con mucho cuidado tiré de él y salió un perdigón grueso que aprisionaba la otra extremidad del pelo entre los dos lados de una ranura que le dividía en dos partes.

Se me presentó otra ocasión de disponer de la llave, y sacando el perdigón abrí como abría mi padre esa cerradura que el perdigón convertía en cerraja inviolable.

Aquel cuarto encerraba su tesoro. Allí amontonaba todas sus joyas. El oro y la plata abundaban en forma de jarrones, coronas, cadenas y chapas groseramente grabadas. En cajones superpuestos había inmensa cantidad de monedas de oro y plata. Entonces supe todo lo ricos que éramos.

Sobre una mesa había un inmenso libro de pergamino, estaba abierto, me acerqué á él y me enteré del secreto de mi padre.

Buscaba con afán el tesoro de Sesostris. Confirmaron esta idea los planos, notas, dibujos, etc., que cerca del libro estaban.

Sobre la mesa había varias alhajas egipcias y entre ellas el anillo que conoces. Fué de mi gusto y lo coloqué en mi dedo.

La noche que te lo entregué se me ocurrió todo un plan destinado á excitar la codicia de mi padre y arrancarle por este medio su consentimiento á nuestra unión, ¡Allah me perdone! y el plan se ha realizado.

Ahora es preciso que continuemos el engaño, aunque de veras me repugne. Es necesario que le señales en las ruinas próximas al pueblo un punto cualquiera en el que dirás viste la víbora. –

Abd el-Djebar cumplió la palabra dada al anciano.

Le llevó á las ruinas, y cerca de un sendero le indicó un hueco entre unas rocas como el sitio de donde vió salir el áspid.

A instancias del viejo volvieron al lugar con azadones, y después de muchos días de trabajo, lograron descubrir una especie de alcantarilla muy baja.

Enardecido Abdalah con este descubrimiento, sin escuchar las observaciones de su yerno, se introdujo á gatas por aquel agujero y se perdió de vista.

Cansado de esperar el moro, entró en la cueva y á los pocos metros se paró, con gran fortuna suya, en el borde


ISLAS CANARIAS. – ALDEA DE ATALUYA HABITADA POR TROGLODITAS



ISLAS CANARIAS.—MUJERES DE ATALAYA FABRICANDO VASIJAS DE BARRO

de una sima por la que seguramente había desaparecido su desgraciado tío.

Desconsolado volvió á su casa y contó á la infeliz Fátima lo ocurrido.

Se registró minuciosamente y con insistencia aquella cueva, pero nunca se logró llegar al fondo de la sima.

Después que el tiempo hubo atenuado su dolor, la mora, aficionada á las lecturas que su padre la imponía, quiso enterarse de aquel librote, causa á la vez de su desgracia y de su felicidad.

Con gran asombro leyó hacia el final del libro un párrafo que decía, que aquel tesoro fué hallado por el Emín-al-Moumenin, el sultán de los almoravides, el príncipe de los creyentes, en el siglo XII.

Al desgraciado Ben-Abdalah le había sucedido lo que á muchos de nuestros sabios: había leído el libro á medias, y en vez de valerle una poltrona de académico con pingües rentas, le valió la muerte.

Una gran parte de los objetos preciosos que se habían encontrado, cuya lista estaba también al final del libro, los había ido adquiriendo el pobre Abdalah en los 60 años que dedicó á coleccionar preciosidades egipcias, y los heredó Abd-el-Djebar, y además el otro tesoro inapreciable para él, el amor de Fátima.

A veces son más ciegos los afortunados y los desgraciados que la fortuna misma.

CARLOS EDO.

EL CONTRASTE ESPONTÁNEO

Parece ley propia de todo lo vivo, y por consecuencia de lo psíquico y propiamente mental, determinar ó producir la múltiple serie de sus elementos componentes, según coordenación ó asociación sistemática. Así se observa, por ejemplo, que la diversidad de elementos constitutivos de un organismo vivo conspira ó tiende toda ella á un fin ó resultado común, de que son ejemplos bien claros el buen estado de salud ó el de la depresión de las fuerzas, y en lo mental, el concurso de todos los determinados pensamientos, que en un momento dado formamos, á una idea común ó concepto capital.

La finalidad intrínseca que se descubre en todo lo vivo y la racionalidad característica de todo lo mental son resultantes efectivas de esta ley de coordenación sistemática, que es por sí misma norma de nuestra propia voluntad.

Como consecuencia de esta ley, cuando el proceso incesante de hechos, estados y fenómenos produce en nuestra propia existencia desórdenes parciales, especie de *disociación* de los elementos antes asociados, tales factores no flotan indefinida y arbitrariamente en el curso de la vida, sino que por su propia naturaleza tienden de nuevo á asociarse con otros elementos, los más próximos á los más homogéneos, para constituir nuevas coordenaciones, dentro de las cuales se traduzca, siempre lo más adecuadamente posible, la finalidad de lo vivo y la racionalidad de lo mental.

Así se explica que en medio del desorden exista un cierto principio de orden, por la tendencia ingénita en todo elemento vivo, aun disociado de sus congéneres, á coordenarse con otros. Es una especie de hábito inconsciente, en virtud del cual interrumpida la serie, rota la cadena, los términos de la serie y los eslabones de la cadena tienden por virtualidad en ellos implícita á coordenarse de nuevo con los términos que encuentran más próximos, ó con los que hallan más preponderantes en aquel caso y momento. Semejante á la obra reparadora en lo orgánico mediante la cicatrización, tiende la perturbación de lo vivo ó de lo mental á reconstruirse en un nuevo aspecto.

Y en estas asociaciones rápidas, nuevas, en ocasiones imprevistas, surge el contraste como oposición relativa de los elementos preponderantes con los que de momento se coordenan. Así implica el contraste un desorden instantáneo y una recomposición definitiva.

En lo predominantemente literario y humorístico se observa, por ejemplo, casos prácticos de lo que indicamos con el contraste, con la ocurrencia y con el *calembour*. Cuanto más relieve adquiere y más puntos salientes revela el contraste, mayor gracia resulta de esta relativa oposición que, determinada dentro de límites racionales (los que vagamente señala la discreción), deja entrever con el placer estético que produce (y su consiguiente manifestación en la risa), la posible coordenación en sistemas más complejos de aquellos elementos en la apariencia opuestos.

De este modo, se reconoce base suficiente para distinguir en el contraste y aun en la gracia lo que se llama forzado y violento, de lo que es propiamente natural y espontáneo, fenómeno que todos observan en la vida usual, diferenciando con gran prontitud al que se esfuerza por ser gracioso (sin lograrlo en el mayor número de casos) del que lo es natural y espontáneamente. Igual procedimiento, indicado por especie de avisos de una conciencia sorda, pero en cierto modo infalible, se sigue al apreciar el contraste y la gracia que naturalmente se desprende de las cosas ú objetos de que se trata, y aquella otra pretendida y violenta dialéctica que las saca, como vulgarmente se dice, de quicio y al término del anhelado humorismo se da con una grosería, rayana en la indecencia.

Se encamina lo que dejamos indicado á mostrar que no debe solamente buscarse lo natural, huyendo de lo alambicado y de lo violento, en las grandes síntesis, es decir, en el drama, sino que también en las síntesis parciales, en los episodios se impone necesariamente lo natural, y cuanto más intentemos evitarlo, con más relieve y fuerza procurará tomar relieve por la ley misma del contraste.

Requiere, por tanto, la variedad, que sirve de acicate al contraste y que es condición obligada de toda obra bella, ser indagada y aun directamente contemplada (para expresarla más tarde de una manera plástica) en la realidad misma, en lo que existe y vive, y de ello y de su complexión educir después de modo reflexivo, si se quiere, pero con esta base de sustentación, el símbolo en que expresemos la impresión personal que sentimos y que en los demás queremos provocar.

Aunque conocido desde un principio el procedimiento usado por Gœthe en su preciosa novela *Las afinidades electivas*, procedimiento quizá exagerado por repeticiones incesantes, siempre resulta bello y natural, real y vivo, el símbolo con que expresa el contraste entre dos almas que se apasionan una de otra, comparado con la afinidad según la cual se atraen por leyes químicas átomos de cualidades diferentes. Fuerza es por tanto reconocer que si se quiere ser ameno, gracioso, sin declinar en lo chabacano, humorista, buscando el contraste, hay necesidad de que preceda á todas estas cualidades una condición previa, la de la espontaneidad, observando la realidad y la vida en su unidad y en su complexión, que en ambas aparece, bien estudiada, como un hermoso drama (con sus toques trágicos) uno y complejo en sí y en todos sus episodios.

U. GONZÁLEZ SERRANO

LAS PALMAS DE LA GRAN CANARIA

(Conclusión)

El aspecto de alegría y de seducción que allí se notaba era sorprendente; parecía una ciudad surgida de pronto y como por encanto del fondo del mar, alrededor de las dos altas y oscuras torres de la catedral, que venían á ser los únicos testimonios de todo lo antiguo que pudiera haber entre aquellos centenares de blancas y vistosas casas.

Pasamos al pie del castillo del Rey que domina á la ciudad, edificado en la costa en que se escalonan las últimas filas de sus viviendas más pobres, mitigando al aspecto severo de aquella roca con el ambiente de artística y al parecer bien hallada miseria que traspira de aquellas paredes blanquísimas y de los innumerables y abigarrados andrajos que por todas partes se ven sobre los oscuros peñascos que amenazan ruina y los escasos matorrales que entre ellos crecen como trabajosamente.

Llegados á las aguas de la Luz, á los pies de la Isleta, los médanos de amarillenta arena adosados, hacia el puerto, á la alta explanada litoral, parecían un río de arenas de oro que bajase por las pendientes desembocando en el mar; y el istmo de la isla majestuosa, que no me cansaba de contemplar, llevaba en la fresca atmósfera primaveral de aquella poética playa una como reminiscencia del vecino y abrasado desierto del Sahara. Solamente vimos anclados otro vapor y una goleta; mas un principio de muelle bien basado y un gran número de cubas de cemento situadas geométricamente en un anchuroso espacio, daban á conocer que de allí saldría un gran puerto. Muy pocas eran las casas que aquel año se divisaban desde alta mar; pero las cartas marinas mostraban cuán oportunamente se había elegido aquel punto para hacer de él el puerto de refugio del archipiélago y con cuánta previsión habían obrado los que empezaban ya á establecer grandes depósitos de carbón.

Desembarcamos al poco rato de fondear, mas ya fuese porque creíamos que en Las Palmas no había nada que ver ó ya porque me acosaba el deseo de explorar dondequiera que me encontraba, el capitan Rove y yo pasamos dos largas horas en el camino que va del puerto á la ciudad, él cogiendo lagartos entre las matas que forman la margen de los invasores médanos y yo pescando anfípodos y cangrejos en las charcas dejadas en la pedregosa orilla por la marea, con gran asombro del cochero que nos esperaba para llevarnos á la ciudad y que recelaba tener que conducirnos á un manicomio, y con gran impaciencia de otro compañero de viaje, el cual prestaba benévola atención á un grupo de mozalbetes que nos aseguraban que encontraríamos en la ciudad de Las Palmas un verdadero paraíso de Mahoma. Por último, subimos al carruaje, y en menos de veinte minutos llegamos á Las Palmas, pasando por el lindero de los médanos y luego por una larga calle de arrabal con casas blancas, pobres y uniformes á uno y otro lado, las cuales reflejaban los rayos del sol, y tenían un aspecto de desolación mucho mayor que los arenales aridísimos que dejábamos atrás. Al ruido producido por el carruaje, asomaban á las ventanas abiertas junto á las puertas risueños rostros de mujeres, ó bien salían á nuestro encuentro enjambres de chiquillos medio en cueros, que nos pedían *chelines*, palabra de que se valen para pedir dinero á los ingleses.

He visitado otras veces la Gran Canaria; pero desde entonces me he apresurado todo lo posible á llegar á la ciudad, á la graciosa y bonita Las Palmas; después me quedaba tiempo para pensar en los anfípodos y en los cangrejos; pero al menos no llegaban á mi oído las importunas demandas de aquellos ganapanes, ó por lo menos nadie me pedía porque ya debían conocerme.

¡Qué diferencia entre el aspecto soñoliento que presentaba aquel año la playa de la Luz y el que tenía el verano



ISLAS CANARIAS.—ALDEA DE ARUCAS

pasado cuando para atracar tuvo mi goleta que maniobrar hábilmente entre diez y ocho grandes vapores que estaban anclados embarcando ó desembarcando carbón, y una infinidad de embarcaciones menores que surcaban las aguas en todas direcciones! ¡Y qué diferencia entre el escaso movimiento que tiempo atrás había de carruajes, carros y gente en el camino que va del puerto á la ciudad, y el tráfico continuo que hoy se nota, creando un nuevo y populoso barrio en la Luz, sosteniendo un tranvía en construcción y poblando de casas, quintas y posadas aquel mismo camino!

En aquella playa, á la que arribaron las atrevidas carabelas de Colón, casi no se conocía en 1885 nuestra bandera tricolor; hoy ondea con frecuencia en el tope de nuestros grandes vapores transatlánticos, y cuando allí arribé por última vez, tuve la gran satisfacción de saludar y ser saludado por nuestra hermosa bandera, al encontrarme en alta mar con el grandioso vapor *Duquesa de Génova*.

¡Extrañas alternativas de la vida! Al partir para el Congo, abandoné los tranquilos estudios del laboratorio por las aventureras investigaciones de las expediciones lejanas; pero si dejé de ver en el campo del microscopio los diminutos animales marinos, siguiendo las evoluciones maravillosas de aquellos huevecillos transparentes, he podido presenciar, con cariño de ciudadano, ya que no con entusiasmo científico, el rapidísimo incremento del puerto de la Luz, del cual dije en un principio que en breve sería la principal escala del Atlántico, como ya lo ha llegado á ser, y que sería testigo del comienzo de una nueva era de prosperidad para aquel país encantador y hospitalario.

ENRICO STASSANO

LOS AUTÓMATAS DE MR. JORGE BERTRAND QUE ACTUALMENTE FUNCIONAN EN EL TEATRO ALCAZAR DE PARÍS



Fig. 1. – El encuentro (escena primera)



Fig. 2. – El encuentro (escena segunda)



Fig. 3. – Bailarina automática (Fotografía instantánea)



Fig. 4. – Vistiendo á una bailarina (Fotografía instantánea)

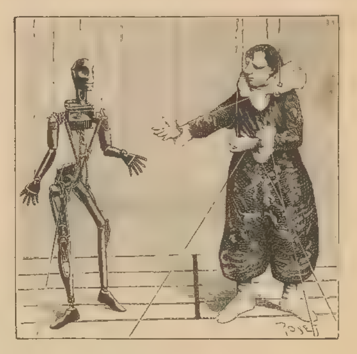


Fig. 5. El clown Tom Minor y su esqueleto

LOS AUTÓMATAS DE Mr. J. BERTRAND

La construcción de autómatas ha excitado en todos tiempos el interés y la curiosidad. Aunque muy confusos, encontramos sobre este particular algunos datos en autores antiguos; mereciendo citarse la paloma de madera del mecánico griego Archytas de que habla Aulo Gelio. Posteriormente Kircher, Porta, Scott y Salomón de Cans en sus notables obras describen unos autómatas que bebían y tocaban diversos instrumentos; célebres son también las piezas mecánicas de Vaucanson, una de las cuales puede verse todavía en el Conservatorio de Artes y Oficios de París.

Uno de los pintores franceses más distinguidos, Monsieur Jorge Bertrand, hace funcionar actualmente en el *Alcázar* de París unos títeres, ó mejor dicho, autómatas de su invención, á los que con razón ha dado el nombre de *maquettes* animados, pues realmente producen el efecto de figuras dotadas de vida.

En la imposibilidad de reproducir todos los *artistas* de esa compañía, damos á nuestros lectores las reproducciones de algunos de ellos, tomadas de fotografías instantáneas.

Empecemos por las escenas de *El encuentro*, uno de los mejores números del espectáculo (figs. 1 y 2). ¿Quién negará que las dos escenas son dos cuadros deliciosos? Cuando los personajes aparecen, andan y se acercan uno á otro, la ilusión es completa: los autómatas no parecen muñecos que funcionan mecánicamente, sino verdaderos actores que representan.

El héroe de la representación de Mr. Bertrand es un pequeño violoncelista que saluda, da colofonia al arco y toca la marcha de Rakoscy con maravillosa maestría: nada se echa de menos en él: el movimiento del brazo que mueve el arco y el de la mano que recorre las cuerdas son de un efecto prodigioso; la gravedad con que saluda cuando le aplauden, el modo cómo su pecho se ensancha al recibir las ovaciones y el aire de satisfacción con que prosigue su concierto son la expresión exacta del orgullo que siente todo el que ve su talento recompensado.

No menos sorprendentes son las bailarinas: la actitud de la reproducida en la fig. 3 no puede ser más natural.

Ya se supondrá que no habíamos de contentarnos con ver la representación de los autómatas animados: somos demasiado aficionados á las curiosidades de la física y de la mecánica para poder resistir al deseo de conocer los procedimientos de que se vale Mr. Bertrand. Así es que suplicamos á éste que desmontara una de sus figuras para ver *qué había dentro*. Mr. Bertrand con singular amabilidad, accedió á nuestra pretensión y nos abrió los bastidores de su teatro en miniatura, pudiendo con este motivo sorprender á una de las primeras bailarinas en el momento en que se estaba reparando el desorden de su traje (fig. 4).

Esos autómatas, de unos 80 centímetros de alto, están suspendidos de la parte superior del escenario por medio de delgados alambres fijados en un resorte de cautchú; de suerte que abandonado á sí mismo, el muñeco queda colgado á un metro sobre el nivel del suelo. Para retenerlo en éste llevan unos hilos atados á los pies, que maneja un operador colocado debajo del escenario y que permiten, según se tiren ó aflojen, que el autómata ande, salte y baile. Otros hilos fijos en las manos y movidos desde los bastidores dan movimiento á los brazos.

Pero el secreto de la verdad del aspecto y de los movimientos de los autómatas está en el cuidado con que han sido estudiados y construídos. Mr. Bertrand ha observado atentamente las actitudes de los seres animados y, además, conoce á fondo la anatomía humana: gracias á esto ha podido crear sus admirables autómatas merced á una notable síntesis. Cada muñeco se compone de un esqueleto hábilmente esculpido (fig. 5), en el que los huesos fundamentales del cuerpo humano aparecen reproducidos en madera y las articulaciones imitadas con resortes de acero; de aquí que cuando se hace bailar en la escena este esqueleto de madera, su actitud es la de una persona animada y todas sus articulaciones funcionan por sí solas con flexibilidad perfecta.

Cubierto de estopa y convenientemente vestido, el esqueleto reviste exteriormente la forma humana, y cualquiera que lo mueva puede comprobar la exactitud de los movimientos de todos sus miembros. Este resultado se debe á la hábil construcción del esqueleto.

Al lado del armazón de madera (fig. 5) hemos representado al clown *Tom Minor* que, al levantarse el telón, recita las estrofas del Prólogo.

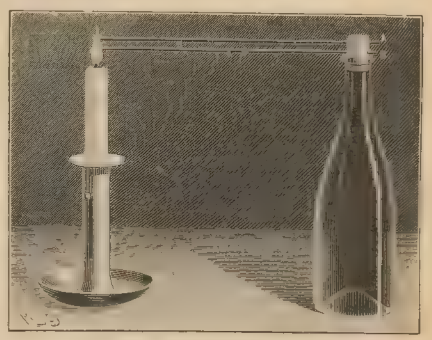
Digamos para terminar, que si los autómatas de Mr. Jorge Bertrand deleitan á los espectadores, es porque ha sabido poner en su obra el sentimiento del arte y de la ciencia, sin el cual en ningún género puede producirse nada que merezca el dictado de notable.

GASTÓN TISSANDIER

(De *La Nature.*)

FÍSICA SIN APARATOS

EXPERIMENTO SENCILLO SOBRE LA CONDUCTIBILIDAD DE LOS METALES. – Con facilidad suma puede demostrarse la conductibilidad de los metales. Tómese para ello un alambre de hierro ó una aguja de hacer calceta y un trozo de hilo de cobre de igual longitud y poco más ó menos del mismo grueso, y caliéntense en la llama de una bujía pasándolos por la superficie de ésta, y dejándolos enfriar en posición vertical, de modo que queden cubiertos de una ligera capa de ácido esteárico solidificado. Colocados entonces horizontalmente en un tapón de corcho sostenido por una botella, como lo indica el grabado, pónganse á calentar los extremos libres: á medida que el calor se propaga, el ácido esteárico se derrite y forma una pequeña gota que corre á lo largo de los dos hilos ó alambres. Con este experimento se verá que la gotita corre más de prisa en el alambre de cobre que en el de hierro, lo cual prueba que aquél conduce el calórico mejor que éste.



Experimento sobre la conductibilidad de los metales

(De *La Nature*)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



AÑO IX — BARCELONA 2 DE JUNIO DE 1890 — NÚM. 440

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EN EL BALCÓN, cuadro de Lancerotto, grabado por Baude

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

EN EL BALCÓN

cuadro de E. Lancerotto, grabado por Baude

Venecia es para los artistas manantial inagotable de belleza. Su historia, rica en hechos gloriosos y en acontecimientos dramáticos; sus antiguas costumbres, propicias á las aventuras misteriosas en las que el amor y la venganza desempeñan los principales papeles; sus monumentos, resto de un inmenso poderío y de una civilización brillante, todo subyuga al que, rindiendo culto al arte, acude á la ciudad de las lagunas en busca de inspiraciones. Mas no se crea que sólo estos recuerdos de la antiguedad ofrecen ancho campo al genio artístico; hay todavía en Venecia una cosa que ni ha desaparecido con aquellas costumbres y aquella historia, ni como los monumentos acusa la mano destructora del tiempo: nos referimos á la hermosura de sus mujeres, tipo perfecto de esa belleza que únicamente se encuentra en los países meridionales y en las razas por cuyas venas circulan algunas gotas de la ardiente sangre africana.

En el cuadro de Lancerotto que reproducimos y que está pintado con la gracia y la maestría que á propósito de *Las dos coquetas*, del mismo autor, hicimos notar en el número 407 de esta Ilustración, puede verse la confirmación de nuestro aserto; teniendo en cuenta que como la que el pintor italiano presenta, con esos ojos de fuego y de mirar provocativo, con esa boca entreabierta descubriendo entre dos rojos labios una línea de menudos y blancos dientes, con esa nariz en donde se adivina la voluptuosidad, con ese rostro de líneas perfectas, con esa cabellera abundante, negra y ondeada, y con esa actitud de abandono en todo el cuerpo; como esa mujer, decimos, son la inmensa mayoría de las venecianas.

LA CONSAGRACIÓN DEL FUEGO

cuadro de Guillermo Riefstahl

La escena ocurre en el cementerio de una aldea de los Alpes en la mañana del sábado de Gloria: en la tarde del Viernes Santo se apagaron todas las luces de la iglesia, en señal de duelo, y al día siguiente bendice el sacerdote el nuevo fuego en que se habrán de encender los cirios, y con cuyos tizones arderán las hogueras que han de atraer sobre los campos las bendiciones del cielo.

El autor de este bellísimo cuadro de costumbres alpinas nació en Neustrelitz, en 15 de agosto de 1827, y á los diez y seis años entró en la Academia de Berlín, con bien poco favorables auspicios, por cierto; pues en vista de sus escasas disposiciones para el arte, sus profesores le aconsejaron que en vez de pintura aprendiera un oficio manual. No se descorazonó por esto; antes bien, redoblando sus esfuerzos, consiguió, al poco tiempo, hacer variar de opinión á sus maestros; resultado tantó más meritorio, cuanto que Riefstahl, á la par que á sus estudios tenía que atender á los medios de subsistencia. Su primer cuadro obtuvo gran éxito en una Exposición de Berlín, y desde entonces su carrera fué una serie de triunfos que le permitieron, por de pronto, consagrarse á su pasión, el estudio del campo y de los aldeanos.

En 1869 hizo su primer viaje á Roma, y en 1870 fué nombrado profesor de la Escuela de Artes de Carlsruhe, cargo que renunció en 1873 para hacer una nueva excursión á la ciudad eterna. Dos años después era director de la citada Escuela de Carlsruhe; pero su genio artístico se avenía mal con los deberes de profesor, que cumplía con escrupulosa conciencia y que, por lo mismo, eran poderoso obstáculo á su actividad y le impedían consagrarse por completo á sus artísticas inspiraciones; así es que en 1878 abandonó Carlsruhe y se trasladó á Munich. De la estima en que aquí se le tuvo son buena prueba el hecho de que siempre fué miembro del Jurado en las Exposiciones internaciones de Bellas Artes que en la capital de Baviera se han venido celebrando y el sentimiento que produjo su muerte, acaecida en 11 de Octubre de 1888.

Entre sus principales cuadros merecen ser citados en primera línea: *El alto valle de Santis*, que fué objeto de general admiración en la Exposición Universal de Viena de 1873; *Entierro en el Passier*, *Entierro de un niño*, *Pastores del Passier rezando en el campo*, que le valió una medalla de oro y que figura actualmente en la Galería Nacional de Berlín; *Procesión de monjes en el convento de capuchinos de Merán*, que le conquistó otra gran medalla de oro; *La bendición de los Alpes*, el *Pantheon*, que pintó cuando su primer viaje á Roma y que hoy se encuentra en la Galería de Dresde, y *La consagración del fuego*, que ha sido la última obra del gran artista.

EL REGRESO DEL HIJO PRÓDIGO

cuadro de C. Feudel, grabado por Bong

Entre las distintas escuelas pictóricas que hoy prevalecen en el mundo del arte, vuelve á estar en predicamento la que prescindiendo de los detalles de indumentaria y de arquitectura, reproduce los hechos históricos ó legendarios tal como al pintor le place; resultando el acontecimiento ajustado más á la idea y al sentimiento en él predominantes, que á la verdad y á las exigencias de lugar y tiempo.

Este procedimiento siguieron grandes maestros de todas las épocas, y por esta razón no puede censurarse al pintor alemán Feudel por haberlo adoptado en su cuadro *El regreso del hijo pródigo*, tomado de la conocida narración bíblica, cuyas figuras, tanto en detalle como abarcadas en el conjunto de la obra, están bien sentidas y artísticamente presentadas.

ANTES DE LA PRIMERA COMUNIÓN

cuadro de Escipión Vanutelli

¡Quién no recuerda la emoción con que se acercara por vez primera á la sagrada mesa á recibir el Pan Eucarístico, y aquella poética y solemne ceremonia embellecida por las flores que embalsamaban el ambiente, por los cirios que derramaban sus vivos destellos sobre dorados altares, por los cantos armoniosos que llenaban el aire de melodiosas notas y santificada por las plegarias que brotaban de tantos labios trémulos rindiendo gracias al Todopoderoso! ¡Quién, aun de entre aquellos en quienes al inocente fervor del niño ha sucedido el frío indiferentismo del hombre, no siente humedecidos sus ojos y conmovida su alma al traer á su memoria aquellas dulces lágrimas de una amorosa madre que cubría de ardientes besos su rostro y el emocionado semblante de un cariñoso padre que le estrechaba entre sus brazos!

Los que todo esto recuerden comprenderán cuán feliz ha estado el famoso pintor italiano Vanutelli, al reproducir este acto solemne de la vida, en que por virtud de divino misterio recibe la humana criatura el cuerpo de su Redentor. Son tantas las bellezas que el espíritu descubre en esta obra, que á su lado palidecen las muchas que el arte ha sabido poner en ella y que á los ojos del artista y del crítico forman un conjunto encantador, cuya contemplación recrea la vista, tanto como el sentimiento que las inspirara deleita el ánimo.

EN LA FERIA DEL PAIN D' EPICE

Dibujo de Vogel

Mr. Vogel ha sabido dibujar tan acertadamente el animado espectáculo de la renombrada feria que con el nombre de *Pain d'Epice* se celebra anualmente en París, que sin los artísticos toques que acusan la mano del dibujante inteligente, pudiera cualquiera creer que se trata de una fotografía instantánea. El aspecto del barracón en donde se anuncia la representación *El Noventa y tres*; los actores que se disponen á *ejecutar* el conocido drama del inmortal Víctor Hugo y los grupos que no se atreven á apechugar con el espectáculo que á son de tambor y trompeta anuncia el desgarbado *clown*, ó que más por falta de recursos que de ganas se contentan con recrearse contemplando los incitantes cartelones y los vistosos trajes y escuchando las gracias del payaso y el relato de las maravillas que saldrán á la escena, todo está tomado, y bien tomado, de la realidad misma, y da una idea exacta de la animación que en las afueras de las grandes ciudades reina con motivo de una de esas ferias populares.

LOS DESEOS DE CASIANO

Casiano era el fruto de los amores de Tiburico y de Vicenta, amores que durante catorce años fueron estériles, y que al décimoquinto produjeron un retoño tal, que más hubiera valido no visitaran ciertas aguas medicinales, casi milagrosas, Vicenta y Tiburcio. Pero fueran virtudes de las aguas, ó voluntad de Aquel que todo lo gobierna y dirige, es lo cierto que vino al mundo Casiano, y cierto es que por lo largo de su viaje, puesto que tardó quince años en venir, llegó á la tierra tan estropeado y maltrecho que necesitó el jugo de doce ó trece amas de cría, el de una robusta cabra y los continuos cuidados de sus papás.

Casiano era enclenque; sus padres le encontraban robusto como un Hércules.

Casiano era feísimo; sus papás le encontraban hermoso como un Apolo.

Era Casiano pesado y torpe de entendimiento; sus padres aseguraban que era un Merlín.

El niño Casiano era voluntarioso y de malos instintos; sus padres hacíanse lenguas de su docilidad y de sus bondades.

Era Casiano perezoso é indolente, y sus padres elogiaban su actividad y diligencia y caíaseles la baba viendo en su vástago una maravilla, un dechado de perfecciones, un conjunto de virtudes y de gracias.

Presentado el retrato de esta familia, sin gran esfuerzo pudiera cualquiera imaginarse cómo transcurrirían los años de la infancia y de la pubertad de Casiano y cuál sería la educación que recibiría.

Toda su ciencia se redujo á hacer su voluntad siempre y á ser el tiranuelo de sus padres. Mas su suerte fué tal, que los tiranizados por él, no sólo no se dieron cuenta de la tiranía, sino que con la sonrisa en sus labios, la flexibilidad de la blanda voluntad y la alegría en el alma, obedecieron y cumplieron los caprichos más extravagantes del niño.

¡Pobrecito! Era tan débil, que la menor contrariedad le hacía llorar con tal amargura que desgarraba el corazón oirle.

¡Angelito de Dios! Era tan monísimo y pedía con tal mimo lo que deseaba, que fuera preciso tener un alma de cristal de roca para no complacerle.

¡Inocente corderillo! Era tan sagaz é inteligente, que sabía ganarse cuanto pedía.

Con tales condiciones se crió Casiano muy á gusto de sus padres y sobre todo muy á gusto suyo.

Felizmente para él, sus padres gozaban de una fortuna que les permitía complacer á su tardío niño en cuanto se le antojaba, y estas complacencias hicieron que en el alma de Casiano no hubiera más que deseos, que otro había de satisfacerle, pues él carecía de toda clase de energías.

Durante los primeros años de la vida de Casiano, se manifestó éste en algunas ocasiones cruel y duro de carácter; pero afortunadamente para él y para los que le rodeaban, desapareció aquella crueldad, y no vino á quedar más que una pereza sin ejemplo y una propensión á desearlo todo. Mientras sus deseos se redujeron á dulces y juguetes, sus padres se encargaron de satisfacérselos, pero con el transcurso del tiempo fueron otros sus deseos y tuvo que renunciar á verles realizados; pues que la voluntad de sus padres era impotente para ello, y además si su deseo era grande y antojadizo, su alma era flaca y desencayada. Así que no hallando manera de alcanzar las cosas distintas y extrañas que ansiaba, no tuvo otro remedio que renunciar generosamente á ellas.

Contaba Casiano veintitantos años cuando en el espacio de muy pocos meses murieron sus padres y vino á quedar dueño de una regular fortuna que aquéllos habían creado á fuerza de trabajos y privaciones.

La suerte dió á Casiano resuelto el problema de la vida descansada; es decir, el problema de vivir sin trabajar; y á vivir sin trabajar se dedicó con toda la *actividad* del que tiene un hermoso apetito, un sueño envidiable y unas grandes ganas de no hacer nada y de descansar después de haber hecho esto.

Cuando cesó la pena que le causó la muerte de sus padres, que no fué muy grande por cierto, pues al cabo de cinco minutos de llanto ya los párpados se le caían del cansancio, y una vez caídos, le faltó fuerza para abrirlos y se durmió, se encontró Casiano independiente y sin tomarse ni aun el trabajo de acompañar á sus padres durante algunas horas, teniendo que comer con ellos, sufrir sus preguntas y otras impertinencias, no muy de su agrado.

Abandonóse, pues, á la pereza, pecado al cual era muy inclinado, como ya se ha dicho, y sin más ocupación que la de dormir desde las ocho de la noche hasta las ocho de la mañana en un lecho, y desde las ocho de la mañana á las ocho de la noche tumbado boca arriba en el suelo sobre una mullida alfombra de verde y fresca hierba, y á la sombra de una copuda higuera en verano, y sobre unas blandas pieles y al sol en invierno.

Cierta tarde en que según costumbre hallábase tendido descansando de las fatigas que le había producido dormir durante doce horas entre finas sábanas, esforzábase en alejar de su pensamiento todo deseo molesto, pues era de imposible realización.

Iba ya á conciliar el sueño y habíanse cerrado sus ojos, cuando sintió sobre su frente un ligero picotazo.

Abrió asustado los ojos y vió parada sobre su hombro izquierdo una golondrina.

Quiso Casiano ahuyentarla dándola un golpecito con su mano derecha; mas la golondrina, sin hacer caso de aquella indicación algo ruda y haciéndole con su linda cabecita un gracioso y elegante saludo, le dijo con voz clara y aguda como el chillido que es propio de esta clase de pájaros:

– ¡Hola, amigo Casiano! ¿Cómo te encuentras?

Casiano abrió desmesuradamente los ojos, sorprendido al oir hablar á una golondrina.

Sin embargo, su sorpresa no fué tanta como pudiera imaginarse, pues corrían entonces los tiempos de Esopo; esto es, aquellos felices tiempos en que los animales hablaban y daban á los hombres prudentes y sabios consejos.

Pasado el primer momento de sorpresa, Casiano contestó entornando los ojos:

– Gracias. Bastante bien. – Al decir esto cerró por completo los ojos sin preguntar siquiera á la golondrina: ¿Y tú cómo te hallas?; pregunta que exigía la más primitiva cortesía.

La golondrina, después de un instante de silencio y viendo que su interlocutor comenzaba á roncar:

– No duermas, le dijo; Casiano, tengo mucho que hablar contigo, y créeme, que te interesa muchísimo lo que he de decirte. Ya sabes, Casiano, que soy una golondrina.

– ¡Caramba!, contestó Casiano; ya lo veo, y si todo lo que tienes que decirme es tan interesante como eso, más valdría que no me hubieses interrumpido en mi primer sueño.

– Espera, no te impacientes; no solamente soy una golondrina, sino que has de saber que además soy un hada poderosa.

– ¡Oh!, dijo Casiano, que había oído hablar de hadas, cuando su madre le dormía, refiriéndole cuentos meciéndole en su regazo.

– Soy un hada, continuó la golondrina, y cada huevo que pongo dará á aquel que lo posea el poder de realizar un deseo, rompiendo el huevo contra el suelo. He de advertir, sin embargo, que no puedo dar á un protegido más de diez huevos. En este momento tengo ese número precisamente. Tu felicidad es completa, puesto que te ofrezco manera de que realices diez deseos.

Apenas había callado la golondrina, cuando Casiano, desechando su pereza, se puso en pie y dijo:

– Guíame al sitio en que se hallan esos huevos milagrosos.

– No tenemos que alejarnos mucho: allí junto á aquel rosal los tienes; ve y cógeles, tuyos son.

Corrió Casiano en dirección al sitio que le había indicado la golondrina, llegó junto al rosal señalado y halló á sus pies los huevos que habían de realizar sus deseos Cogió con gran viveza uno de ellos y se dispuso á arrojarlo al suelo.

– Espera, espera Casiano, dijo la golondrina; antes es necesario que desees algo, pues de no hacerlo así estropearás un huevo.

– Es verdad, contestó Casiano; es preciso que yo desee algo, y á la verdad que en este momento nada se me ocurre. ¡Oh, qué desgraciado soy; yo que antes todo lo deseaba, ahora nada deseo!

– Piensa bien, replicó la golondrina.

– Nada, nada. ¿Habráse visto mayor infelicidad? ¡Tener la dicha en la mano, y no saber ni pedirla siquiera!

– ¿Tan muerto está tu deseo?

– Muerto, sí; muerto del todo. Pero ya dí con una idea feliz:

Amiga querida, añadió, ¿qué te parecería si deseara ser general?

– Aprobaría tu deseo: un general es un personaje importante, manda en muchos soldados, todos le respetan y...

Casiano, sin dejar concluir á la golondrina, cogió un huevo y lo arrojó contra una piedra.

Estalló el huevo, y digo estalló, porque al romperse parecía como si disparara una batería de cañones.

Terrible fué aquel ruido y aun se aumentó más.

Era el estampido de muchos cañones, efectivamente.

Casiano, vistiendo uniforme de general, vióse en medio de un ejército que libraba una formidable batalla, las balas pasaban silbando muy cerca de su cabeza.



LA CONSAGRACIÓN DEL FUEGO, cuadro de Guillermo Riefstahl

Acercóse á él un oficial y le dijo:

– Mi general, el enemigo se acerca, nos atacan á la bayoneta; estamos perdidos. ¿Qué ordena V. E?

Casiano vió muy cerca de sí al enemigo. Aun cuando vestía uniforme de general latía en su pecho un corazón cobarde.

Creyóse muerto, recordó su casa de campo, y creyendo que ya no podría salvarse (tan cerca estaba el enemigo), cogió otro huevo, lo arrojó desde su caballo al suelo y apresuradamente dijo:

– Quiero ser Casiano, no quiero ser general.

En el momento en que prefería este deseo, una bala se llevó el plumero del casco de Casiano.

Creyóse éste muerto, y durante un momento permaneció en la posición en que estaba; pero no oyendo ya ruido alguno, se aventuró á levantar la cabeza y á mirar á su alrededor. Vióse entonces tendido sobre la hierba cerca de su granja, y á su lado vió á la golondrina que le miraba sorprendida.

Hizo Casiano un esfuerzo, se incorporó, enjugó el sudor que corría por su frente, humedeció sus labios secos por el humo de la polvora y sobre todo por el espanto que había pasado, y cuando se hubo tranquilizado, dijo riendo de sus pasados temores:

– ¡Cuán necio he sido! Debí comenzar por el principio. En la tierra los seres más poderosos son los reyes. Casquemos otro huevo, y lo pasado, pasado: quiero ser rey.

En un abrir y cerrar de ojos se verificó la transformación, y Casiano se halló en un suntuoso salón, con un cetro en la mano, una pesada corona de oro sobre sus sienes y colgado de sus hombros un manto de púrpura y armiño.

Para aliviarse del peso de la corona inclinaba la cabeza, y entonces el manto regio le hacía doblarse por los riñones: quería sostener con sus manos el pesado manto, pero las necesitaba para empuñar el cetro, que era un hermoso lingote de oro.

Durante algún tiempo estuvo haciendo pírricos y grandes maravillas de equilibrio para no dar con su real persona en el suelo.

No se hallaba solo Casiano.

El regio salón estaba lleno de cortesanos que pasaban por delante de él haciéndole ceremoniosos saludos, á los cuales tenía el improvisado rey que contestar.

Cada saludo que hacía era un verdadero martirio, pues al inclinar la cabeza, con el peso de la corona, parecíale que se le iba á romper el cuello.

Un siglo le pareció el tiempo que emplearon sus cortesanos en saludarle.

Era día de recepción, y en verdad que no recibió mala broma el rey Casiano.

Con el ejercicio se le despertaron al monarca unas grandísimas ganas de comer, y dirigiéndose al servidor que más cerca tenía, le dijo:

– Ordena que me sirvan inmediatamente el almuerzo.

– S. M. ha olvidado sin duda, le contestó el cortesano, que hoy tiene banquete y que habrá de esperar al cuerpo diplomático.

– Pues si pronto no llega el cuerpo diplomático, pronto caerá desfallecido mi regio cuerpo, pensó el rey; y añadió: pues mientras llegan esos señores, ¿no sería posible que me trajeran algo que comer? Un poco de queso y un pedacito de pan..., cualquier cosa.

– S. M. quiere sin duda chancearse; los ministros esperan á V. M. para celebrar consejo.

Con más hambre que un maestro de escuela de la bendita tierra española, fuése S. M. á presidir el consejo de ministros.

Habláronle allí de mil cosas de las cuales no entendió unas, y las otras le importaban tanto como si á su vecino le hubieran sacado el chaleco corto; cosa que, como es sabido, no importa sino al corregidor de Almagro.

Terminó por fin el consejo y llegó la hora de almorzar.

Dirigíase Casiano al comedor, cuando se le acercó su ministro de la Gobernación, quien todo asustado le dijo:

– Enciérrese S. M. en sus habitaciones, si quiere conservar su preciosa vida.

– ¿Qué ocurre?, preguntó Casiano.

– Acabo de descubrir un complot terrible contra V. M.

– ¿Tú lo has descubierto?

– Yo, sí.

– ¿Y quién eres tú?

– ¡Oh, qué sereno y tranquilo es V. M! En momentos tales, aún tiene ganas de bromas. S. M. me conoce perfectamente, puesto que me eligió para desempeñar el alto puesto que ocupo, aunque indignamente, y no por mis méritos, sino por voluntad de V. M.

– Conque dices que has descubierto un complot. ¿Y qué piden los conjurados?

– La vida de V. M.

– ¡Caramba! Eso es lo único que no puedo darles.

– Treinta conjurados se han reunido esta noche, y han jurado que no escaparéis de su furor. Si el puñal no es bastante, acudirán al veneno; si éste no basta, alojarán una bala en el cerebro de V. M.

– Pues hay que decirles que en mi cerebro no puedo dar alojamiento á nadie, están todas las habitaciones ocupadas, y respecto al puñal y al veneno es preciso convencerles de que si bastan para acabar con mi preciosa vida, no son de mi agrado.

Apurado el rey, pensó en su consejera la golondrina.

Volvió la cabeza y la vió á su lado.

– ¡Ah! mi querida amiga, dijo Casiano, ¿qué piensas de todo esto?

– Pienso, contestó la golondrina, que es muy apurada la situación en que te hallas, á menos que todo eso del complot no sea una invención de tu ministro.

– ¿Y á qué objeto obedecería la invención de semejante fábula?

– ¡Qué inocente eres!, replicó la golondrina: con el objeto de hacerte creer que sus servicios te son necesarios. He conocido muchos ministros de la Gobernación que para sostenerse en su puesto inventaban una conspiración cada quince días y no cesaban de hablar á su monarca de la hidra revolucionaria y de que tenían bien cogidos los hilos de la conspiración.

– ¡Ay! ¡ay! ¡ay!, dijo Casiano: veo que el peor oficio que puede tenerse es el oficio de rey.

A mi granja me vuelvo: ¡allá va otro huevo!

Y al decir esto, arrojó uno contra el suelo y nuevamente se vió convertido en Casiano el labrabor.

Cuando se hubo borrado de su memoria el recuerdo de sus pasadas desdichas, cierto día en que se hallaba al pie de su granja y tendido á la sombra de una higuera, recordó que aún tenía en su poder seis huevos, que podían realizar otros tantos deseos, y que uno solo de ellos bastaría para hacerle completamente feliz, si acertaba á saber qué es lo que le convenía pedir.

Reflexionó durante algún tiempo, y por fin, dándose una palmada en la frente, exclamó:

– A fe que he sido torpe; sólo el amor suele dar la felicidad; quiero ser hermoso, apuesto, galán, seductor irresistible; quiero ser amado por todas las mujeres.

Convencido de que la realización de este deseo había de procurarle la felicidad ansiada, rompió el décimo huevo.

JUAN ROA

(Concluirá)



REGRESO DEL HIJO PRÓDIGO, cuadro de C. Feudel, grabado por Bong



LA PRIMERA COMUNIÓN, cuadro de Escipión Vanutelli

LA MÚSICA INSTRUMENTAL

Y LOS TRES REINOS DE LA NATURALEZA

I

¿Qué tienen que ver los instrumentos músicos con los animales, los vegetales y los minerales?......

He ahí la pregunta que, al leer el título con que se encabeza este artículo, se le ocurrirá á gran parte de los lectores en cuyas manos caiga este papel; no se ofendan éstos, pues, si los tacho de algo precipitados al haber formulado semejante juicio, pues si se dignan acompañarme en la excursión que voy á emprender, salir han muy en breve de su ofuscación.

Dejando á un lado la voz humana, instrumento músico por excelencia, vengamos á considerar ahora primeramente, por vía de preliminar, cómo obra el sonido en nuestro sér.

Sabido es que los diferentes nervios de que se compone el cuerpo humano tienen su origen en el cerebro, y que, por lo tanto, el cerebro es el asiento y base de la sensación. Cuando nos lastimamos en alguna parte del cuerpo, los nervios que se relacionan con la parte dolorida vienen á ser como los emisarios que anuncian inmediatamente al cerebro la nueva ocurrida; y tan cierto es ello, que si fuera dable cortar en aquel momento esos nervios conductores, cesaría de repente dicha molestia. Todo concurre á hacer creer que al *movimiento* se debe semejante comunicación; y con efecto, el movimiento excitado por la miel en los nervios del paladar, es el que, transmitido al cerebro, produce en él la sensación de dulzura que es característica á dicho manjar, así como, por el contrario, es el amargor el resultado del acíbar ó de la quina; el movimiento ocasionado en los nervios del olfato por medio de los efluvios de una rosa ó de una flamenquilla, es el que se anuncia en el cerebro con una misión respectivamente grata ó nauseabunda; y, para no cansar al lector, el movimiento comunicado á los nervios ópticos por la acción de los rayos solares despierta en el cerebro la sensación de la luz, en tanto que un movimiento semejante, impelido hacia otros nervios, se traduce en calor en ese maravilloso órgano de la percepción.

No se trata aquí de un movimiento de traslación por parte del nervio, sino de una vibración ó de una especie de temblor de las moléculas ó partículas infinitamente pequeñas de que se compone.

Los diferentes nervios son adecuados á la transmisión de las diversas suertes de movimientos moleculares; así es que los nervios del paladar, por ejemplo, no son aptos para transmitir las vibraciones luminosas, como tampoco lo es el nervio óptico para servir de conductor á las vibraciones sonoras: éstas requieren un nervio especial, llamado *auditivo*, que pasa del cerebro á una de las cavidades del oído, donde se ramifica en multitud de filamentos. Ahora bien: el movimiento impreso á ese nervio auditivo es el que, trasladado al cerebro, se convierte en sonido. Pero á todo esto, ¿cuál es el principio ó la causa generatriz del sonido?...... Eso es lo que pretendemos demostrar.

***

Hase dividido la república de la orquesta en tres grandes distritos, en cada uno de los cuales se hallan acantonados cierto número de instrumentos que forman entre sí una especie de familia; á saber:

Primeramente, el grupo de los *instrumentos de cuerda* (ya sean éstas frotadas, punteadas, ó heridas).

Después, el de los *instrumentos de viento* (ora sean de madera, ora de metal).

Y últimamente, el de los *instrumentos de percusión* (siquiera tengan sonido apreciable, siquiera neutral). Tal es la división que de estas tres grandes familias tiene establecida la ciencia musical.

Pertenecen á la primera, el violín, la guitarra, el piano, etc.

A la segunda, la flauta, la trompa, etc.

Y á la tercera, el timbal, y los platillos, respectivamente, en unión de ese número sin número de objetos que, golpeados, dan por resultado un sonido más ó menos estridente, más ó menos estruendoso, y que, aun cuando sólo produzcan ruido, como el bombo ó la campana chinesca, no por eso dejan de ser computados en el número de los *instrumentos de percusión*, siquiera sólo caiga bajo la jurisdicción de la Música el sonido, y en manera alguna el ruido. Y he aquí ya cómo los *tres reinos de la Naturaleza* concurren *pro rata* á la formación del sonido, engendrando respectivamente las tres diversas clases de *cuerpos sonoros*, y dedúzcase luego, en lógica consecuencia, existir más analogía de lo que á primera vista parece, entre la *música instrumental* y los *tres reinos de la Naturaleza*, animal, vegetal y mineral.

Es lástima que, al establecer la ciencia esa triple categoría de instrumentos, no haya parado mientes más que en el modo de tocarlos: colocándose, por ende, en el punto de vista estrecho del ejecutante, siquiera maestro, siquiera aficionado, y sí hecho caso omiso de consideraciones más elevadas, por lo científicas. Con razón se lamenta de semejante descuido Mr. Albert de Lasalle, cuando exclama á este propósito: «¡Cuánto más racional no sería darse cuenta de la materia empleada por el artífice, esto es, del cuerpo sonoro mismo; estudiar su procedencia, su constitución molecular, su valor acústico, y luego, dada esa base positiva, erigir un sistema de categorías instrumentales que respondiese de un modo más satisfactorio á las exigencias! ¿Qué nos importa, en efecto, el procedimiento empleado por el ejecutante para hacer que suene la trompeta ó el violín? El sonido obtenido es lo que nos cumple considerar en su esencia, y luego analizar el modo con que obra en nuestro interior al poner nuestros órganos en comunicación con la materia vibrante que lo produce.»

Sería proceder en infinito el acumular aquí todos los agentes que concurren más ó menos directamente á la formación y propagación del sonido; pero, como algo tenemos que decir acerca del particular, contentarémonos con apuntar los siguientes, siguiendo el orden de la clasificación preestablecida, si bien observando tal vez cómo en más de una ocasión se aunan dichos heterogéneos elementos en un mismo supuesto.

Y volviendo á la primera categoría, fijémonos en el violín. Sus cuerdas, puestas en tensión, deben su origen á las tripas ó intestinos de algún carnero, cabra, ó gato; el arco con que se tocan lo forman una gran porción de cerdas sustraídas á la cola del caballo. Pero esas cerdas no harían la debida insistencia sobre aquellas cuerdas, si una materia resinosa, y por lo tanto vegetal, llamada *colofonia*, no les saliere al encuentro para prestarles su ayuda, así como tampoco se obtendría la debida resonancia sin la intervención de la caja armónica, hecha de una ú otra madera.

Si paramos mientes ahora en la guitarra, advertiremos que algunas de sus cuerdas son entorchadas, esto es, compuestas de hebras de seda y retorcidas de finísimo alambre; ó sea, que la causa generadora del sonido en esta ocasión se debe al reino vegetal y al mineral, así como al animal en el resto de las cuerdas que, como las del violín, son hechas de tripas.

Pues vengamos á considerar la flauta. De ellas las hay hechas de madera, v. g., de boj, de granadillo, ébano, etc., y ya de plata, de cristal, ú otras materias.

En cuanto á los instrumentos de percusión, á los tres reinos naturales deben diferentemente su respectivo sér, como el tambor á la piel de la vaca ó del caballo, la carraca á la madera, y el triángulo al acero.

Existe un instrumento que, por su grandiosidad, por el volumen y diversidad de sus sonidos, y por el objeto á que preferentemente se halla destinado, asume el dictado antonomástico de *rey de los instrumentos:* este es el *órgano*. Su teclado lo constituyen la madera y el marfil; sus caños, que el vulgo bautiza indiferentemente con las denominaciones de *cañones*, *trompetas*, *flautas* y *pitos*, son, ya de madera, ya de metal; esto es, del producto de la combinación del plomo con el estaño en partes proporcionales, y para que el reino animal tenga en él una parte bastante activa, no hay más que decir cómo suena impulsado por uno ó más fuelles, los cuales, como es sabido, se componen de unas tablas delgadas, llamadas *costillas*, que se unen entre sí, para formar el *abanico*, por medio de la piel de que fué tributaria la gacela.

Hoy por hoy, el piano es, igualmente que el órgano, deudor á dichos tres reinos; su primer ascendiente, ó séase el *clave*, también lo fué; pero con la particularidad de que otro animal, y no cuadrúpedo, por cierto, sino perteneciente á la región del aire, pagaba, aun en vida, contribución á su naturaleza: hablo de las plumas con que se herían sus cuerdas de alambre, que por lo regular pertenecían á la familia corbina.

Pero basta ya de consideraciones de este género; pues, como queda sentado arriba, sería proceder en infinito el pretender agotar la materia que nos ocupa, y pongamos ya fin á nuestra tarea con la exposición del antes citado escritor Mr. Lasalle; exposición que podríamos llamar fisiológica, y de la que disentimos en algún que otro punto que oportunamente haremos notar. Dice así, refiriéndose á los tres órdenes ó jerarquías que acabamos de contemplar:

«El primer grupo es, en efecto, el de los instrumentos superiores; de aquellos, como se suele decir, *que hablan al alma*, y parecen estar dotados de una vida animal. El violín, la viola y el violoncelo, especialmente, se injertan en el instrumentista que los estimula, llegan á hacerse parte integrante del mismo, y obedecen á los más íntimos impulsos de su pensamiento.

»Vienen después, en orden secundario, los instrumentos de madera, primeros que se inventaron, y cuya historia se remonta al tiempo de los pueblos pastores, conservando de su rústico origen cierta invencible propensión á la égloga. Cantan naturalmente la tranquilidad de los bosques, la melancolía de la caída de una tarde de otoño, y en general los esplendores de esa naturaleza extrapoética que Teócrito y Virgilio poblaron con sus pastores, verdaderos recursos, en último resultado, de un paisajista. A mayor abundamiento, ¿quién no diría que los sonidos que exhalan esas notas tan llenas, tan claras, y, sin embargo, de timbre tan agradable, evocan la idea de verde por influjo de simpática analogía? A pesar de todo, su potencia expresiva es inferior á la de los instrumentos de la primera serie, por cuanto no se contemplan enaltecidos al igual de esa voz conmovedora y flexible, amorosa y dócil, que descubre en ocasiones acentos casi humanos.

»Podémos, pues, sacar en conclusión, sin aventurar demasiado, que los instrumentos animales y vegetales, como hechos de sustancias orgánicas, salen de su adormecimiento bajo la impulsión del sujeto hábil que los maneja, y, por decirlo así, *dan señales de vida* en virtud de un galvanismo especial. Por otra parte, ¿quién podría asegurar que ese pedazo de haya transformado en oboe, ó ese intestino de gato convertido en prima, han muerto completamente? Cierto que han sido arrancados de su centro de acción natural, y no podemos menos de convenir en que parte de sus propiedades ha tenido que perecer de resultas de tan súbita mudanza; pero la descomposición, prueba inequívoca de la muerte, no les ha alcanzado, y su constitución molecular sigue siendo la misma.

»En la ejecución de los instrumentos de arco hay que considerar además la producción de un fenómeno físico bastante notable, y que (al menos en este caso particular) ha pasado inadvertido hasta el día de hoy, cual es el no habérsele ocurrido á nadie preguntar si la colofonia con que se unta el arco obra ó no sobre las cuerdas de una manera muy eficaz y mediante otro conducto que por el de la adherencia.

»Es la colofonia una mixtura de base resinosa; ahora bien: es cosa demostrada que la resina que se somete á una fricción desprende electricidad. Hágase, si no, el experimento poniendo en una mesa unos cuantos flequillos de papel; tómese luego una barra de lacre común, frótese unas quince veces contra un pedazo de tela (si es de lana, mejor), acérquese luego á las tirillas de papel, y se verá cómo empiezan por agitarse, hasta acabar por precipitarse sobre la barra, cual si fueran atraídas por un pedazo de piedra imán.

»El punto de contacto del arco y de la cuerda es, pues, un foco eléctrico que estimula al instrumento por completo, y puede muy bien comunicarle una chispa de vida que opere en él el milagro de una resurrección parcial.

»Corresponden al tercer grupo los instrumentos de materia inanimada, tal como el cobre, el latón, el acero... Excepto algunas notas de la trompa, poseen acentos salvajes que á veces rayan en brutalidad. Su energía declina fácilmente en cólera, aplicando nosotros esta palabra á las cosas que tienen por nombre *huracán*, *cataclismo*, *caos*, dado que nada humano vibra en ellos. Hasta el piano mismo pertenece á esta categoría inferior, puesto que es de metal; y si llega á disimular su humilde origen, es debido á un mecanismo auxiliar que le permite dejar oir varias notas á la vez, alucinando de ese modo mediante el prestigio de la armonía. Pero despójesele de esa prenda meramente ocasional, trátese de sacar de él una simple melodía destituída de acompañamiento, como si se tratara, v. g., de un cornetín de pistón, y entonces se verá hasta dónde alcanza su impotencia y su inercia.

»En resumen, nuestra teoría de la clasificación de los instrumentos músicos se basa por completo en este enunciado: el poder expresivo de un instrumento se halla en razón directa de la superioridad del reino de la naturaleza, á que debe su sustancia.»

Como quiera que pretendemos ver algunos supuestos erróneos, y, por ende, consecuencias falsas, en la teoría acabada de transcribir, vamos á apuntar á continuación los reparos que nos ocurren acerca del particular.

Pero esto, para ser tratado con la debida extensión, requiere artículo aparte.

JOSÉ MARÍA SBARBI

LA CUESTIÓN DE LAS MISIONES

Y EL TRATADO DE MONTEVIDEO

Mientras llega el día venturoso, pero quizás lejano todavía, en que Europa se convenza de que las armas de repetición y las pólvoras sin humo no son los elementos más á propósito para asegurar la paz y la felicidad de los pueblos, América trabaja para establecer en su continente una paz cierta y duradera, oponiendo al *Si vis pacem para bellum*, que aún nos esclaviza, la máxima algo más exacta del *Si vis pacem para pacem*.

El tratado de las Misiones, firmado el día 25 de enero del corriente año en la ciudad de Montevideo entre el Brasil y la República Argentina, constituye indudablemente uno de los hechos que más habrán contribuído á coronar la obra pacífica del Nuevo mundo. Este acontecimiento, que ha pasado inadvertido ó poco menos entre nosotros, será una página de oro en los fastos, no sólo de la historia, sino también de la civilización; pues habrá estrechado las relaciones de amistad entre dos países, destruyendo la causa que, un día ú otro, había de ponerles necesariamente frente á frente con las armas en la mano.

Tanto interés encierra este asunto, que quisiéramos reproducir la historia de las muchas fases y peripecias, á menudo sangrientas, por que ha tenido que pasar ese maravilloso territorio de las Misiones, en donde los jesuítas, antes de su expulsión, fundaron la primera república – esta es la verdadera palabra – que surgió en el continente sud-americano.

Llamados en 1580 á catequizar á los indios que poblaban ese territorio, los Padres de la Compañía de Jesús supieron establecer en esa región un gobierno verdaderamente patriarcal. Las mujeres ocupábanse exclusivamente en hilar y tejer las telas de algodón que debían servir para sus trajes; los demás oficios eran ejercidos por los hombres, y los productos del trabajo común eran encerrados en un almacén general y distribuídos á los miembros de la comunidad en proporción á sus necesidades. Los ancianos, las viudas y los huérfanos eran alimentados y cuidados como el resto de la población. En una palabra, reinaba allí en todo y para todos la igualdad más absoluta. ¿No era este un gobierno capaz de dar envidia á los comunistas y socialistas de nuestros días?

Este sistema de gobierno dió á los jesuítas una omnipotencia que había de serles fatal. En 1620, los *mamelucos* portugueses, atraídos por el cebo de la ganancia, sa-



El doctor E. Ceballos, ministro de Negocios extranjeros de la República Argentina

quearon las Misiones, durando esta guerra de rapiña hasta 1642, fecha en que los jesuítas obtuvieron del gabinete de Madrid autorización para armar á sus neófitos á fin de poder rechazar aquellas incursiones. Puede afirmarse que de entonces data la creación de los primeros batallones escolares, puesto que los hijos de los indios eran instruídos por los Padres en el manejo de las armas de fuego.

El resultado de esta educación militar que las circunstancias imponían fué que los jesuítas pudieron rechazar á los mamelucos y trabajar en pro del desenvolvimiento de su colonia.

Portugal y España, espantados ante los progresos prodigiosos que con su sistema de gobierno conseguían los Padres de la Compañía, y temerosos de que la influencia de éstos se extendiera á otras regiones, se aliaron y destruyeron, no sin tener que vencer grandes dificultades, el país de las Misiones, conseguido lo cual firmaron en 1750 un tratado de límites.

Por desgracia, una equivocada fijación de fronteras fué causa de una serie de reclamaciones recíprocas, que pusieron más de una vez en peligro las buenas relaciones entre España y Portugal, siendo inútiles cuantas negociaciones se entablaron para llegar á una inteligencia, ni siquiera cuando el Brasil y la Argentina se convirtieron en naciones independientes.

Al presente, aun cuando el tratado no sea más que provisional, ya que para producir todos sus efectos necesita la sanción de las futuras Cámaras brasileñas, puede decirse que todo temor de conflicto entre el Brasil y la Argentina ha desaparecido por completo. A la amabilidad de D. Pedro S. Lamas, el conocido economista y director de la *Revista Sud-Americana*, debemos el poder reproducir los retratos de los plenipotenciarios, cuyos nombres son, comenzando por la izquierda: el teniente coronel Rohde; el coronel Cerqueira, jefe de la comisión brasileña; el coronel Garmendía, jefe de la comisión argentina; el mayor Belarmino Mendoza; don Enrique B. Moreno, ministro argentino en el Brasil; Quintín Bocayuva, ministro de negocios extranjeros del Brasil; el teniente Adolfo Penha, del ejército brasileño; el doctor D. Estanislao S. Ceballos; don Ricardo J. Pardo, secretario, y el barón de Alencar, ministro del Brasil en la República Argentina.

Entre los hombres cuyo nombre va unido á este gran acontecimiento sud-americano, merece especial mención el Dr. Estanislao Ceballos, ministro de Negocios extranjeros de la República Argentina que, á pesar de su juventud, está dotado de la madurez de juicio, del tacto y de la penetración que por regla general sólo son patrimonio de los hombres aleccionados por los años y por las enseñanzas del tiempo. A la vez periodista, abogado, militar, literato é historiador, ha sabido poner, con habilidad suma, todas las energías de su inteligencia al servicio de su patria. No es fácil tarea la del hombre de Estado en los países jóvenes como la República Argentina, en donde para merecer ese nombre es condición indispensable la multiplicidad de talentos, porque hay que tratar asuntos financieros, económicos, industriales y militares que pueden presentarse de improviso por el hecho mismo del modo de desenvolverse las fuerzas vivas de la colectividad.

Al buscar y dar solución á un conflicto que, de un siglo á esta parte, amenazaba el porvenir de dos inmensas regiones, los dos ministros de la República Argentina y del Brasil, el Dr. Ceballos y Quintín Bocayuva, habrán realizado una de las obras que más honrarán á la historia de América, pues habrán asegurado á este vasto y rico continente la paz y, por consiguiente, la grandeza y la prosperidad.

JORGE GUILAINE

SALÓN DE PARIS DE 1890

LOS PINTORES EXTRANJEROS EN EL PALACIO DE LA INDUSTRIA

AUSTRIA HUNGRÍA. – MUNKACSY ocupa en esta sección el primer puesto con su *Plafón para el Museo de la Historia del Arte, de Viena*, hermosa alegoría del Renacimiento italiano. A pesar de no estar colocado como debiera, pueden apreciarse en este lienzo colosal la habilidad con que están compuestos los grupos y la agradable tonalidad del conjunto, en gracia á las cuales el público y los críticos perdonan algunos defectos y admiran esa obra de un gran maestro. Su *Retrato de Mme. B....* es, en otro género, una obra interesantísima. DEUTSCH (Luis) ha destruído por completo su efecto de sol en *La Universidad del Cairo*, poniendo el mismo tono y el mismo valor en todos los turbantes blancos de los estudiantes, y FERRARI ha pintado á la manera de Gerome una *Visita del Gran jeque* á dicha Universidad.

ALEMANIA. – Entre los pocos alemanes que han concurrido al Salón, sólo merece mencionarse CORINTH, cuyo cuadro *Pietá* es comparable por su atrevimiento con el del mismo nombre que, firmado por Montegna, existe en el Museo de Milan.

ESPAÑA. – CHECA marcha al frente de los pintores españoles: su *Carrera de carros en Roma* es uno de los lienzos que más atraen desde el punto de vista del movimiento. Delante de la «Spina,» sitio de honor en donde se agrupan los dignatarios de Roma, con el carro que iba á triunfar, las piernas de los caballos se agitan en el aire en revuelta confusión; la segunda cuadriga corre desaforadamente y la tercera está á punto de volcar: hay en este cuadro todo el vigor de una lucha palpitante. Como toque, como distribución de luz y como ciencia de composición ofrece esta obra gran interés. *¡Tunantes!* – gatitos jugando con fósforos – y *Fuera de juego* demuestran en A. SEIQUER excepcionales cualidades de observación y verdadera amplitud de toques. *En el taller*, de ALONSO DE PARYS, es una escena íntima que atrae, sobre todo por un efecto de luz perfectamente tratado. *El contrato de esponsales en el siglo XVIII*, de J. A. GONZÁLEZ y la *Procesión de penitentes españoles*, de MÉLIDA, son algo convencionales.

GRECIA. – *La plegaria antes de la comunión*, de KALLI, es casi lo único notable en esta sección. En este artista, que á la corrección del dibujo junta una simpática nota personal, se adivina el deseo sincero de traducir en toda su verdad é interés los restos de las tradiciones que se conservan en las costumbres de su patria.

PORTUGAL. – SOUZA PINTO y SALGADO se inspiran en los cuadros expuestos, en lo que observan en Francia sin preocuparse de su país de origen.

ITALIA. – RICCI se destaca entre sus paisanos por una factura enteramente moderna. Dejando á Gazzoti Lotus los viejos fondos de las antigüedades, las mujeres desnudas bailando entre pámpanos y pieles de tigre, observa directamente la naturaleza y traduce impresiones exactas, aunque con cierto descuido en la forma, en su *Postulante* y *Retrató*. GRENIER MAULINS muestra iguales tendencias modernistas, y la señorita ROMANI, discípula de Henner, imita concienzudamente á su profesor: *Herodiada* y *Juventud* poseen todas las cualidades de las obras del maestro, menos los errores de dibujo; la primera, sobre todo, ofrece muchas bellezas en el modelado y en la coloración.

ESTADOS UNIDOS. – Los americanos resuelven con facilidad sorprendente los más arduos problemas de luz. El *Ausente*, de MAC EWEN produce la impresión clara y precisa de una aparición sin los artificios de claro-obscuro de que tanto abusaron los clásicos. – Merecen ser citados *Arrestado*, de DUMOND, y *Detrás del dique, una mañana en Holanda*, de BISBING; *En el claro del bosque*, de SHONBORN; *Después de la lluvia*, de GROOS; *Camino de los pastos*, de TRUESDEL y *Extraviados*, de HOWE. No menos talento demuestran los artistas de los Estados Unidos en los estudios de interior. IROING COUSE, entre otros, llega á una intensidad de emoción irresistible con su *Mi primogénito*, sentida escena que representa á una joven madre transida de dolor ante el cadáver de su primer hijo; en *Tarde de verano* hay un delicioso efecto de colorido. Son dignos también de especial elogio las escenas japonesas de WORES; un retrato de VONNOH, el *Retrato de Félix Barrias*, de la señorita V. SINGER; *Vistiéndose para asistir á la romería*, de AMSDEN, y *Una viuda*, de PEARCE. V. Stewart, que domina poco la ciencia de la luz, sabe presentar, en cambio, de una manera notable la gracia de las actitudes y la elegancia de los trajes de la mujer moderna. WHISTLER prosigue estudiando las tonalidades obscuras. ROLSHAVEN obtiene un legítimo triunfo con su *Matinée en el taller*.

CANADÁ. – FORD expone su propio retrato en traje de taller y PEEL un cuadro titulado *Después del baño*: en el primero, la figura del pintor con su blusa azul se destaca admirablemente sobre un fondo blanco; en el segundo, los dos niños secándose delante de una chimenea son una obra maestra.

BÉLGICA. – Julio VAN BIESBROECK, autor del grandioso cuadro *La botadura del Argos*, parece llamado á ocupar un puesto importante entre los más distinguidos artistas belgas. El puesto de honor corresponde sin disputa á VAN HOVE por sus retratos de *Van Maerland* y de *M. R.*, ambos ejecutados con la maestría de los antiguos pintores flamencos, y á VAN BEERS que ha pintado á su modelo con la finura que le es habitual.

En el *Estanque de la Hulpe, en Brabante*, ha reunido WYTSMAN para recreo de los ojos toda la escala de los tonos claros. *Las rocas de Nameche*, de VERHEYDEN, es un paisaje que no carece de interés; VAN DER BOORS con su cuadro *El Heredero* obtiene un éxito legítimo.

De los demás artistas belgas debemos citar á VELGE, MERTENS, HERBO y RICHER.

RUSIA. – Sólo merece citarse la *Marina*, de GRITSENKO, y sobre todo su *Barco*. RICHARD, nacido en Finlandia, toma sus asuntos de la vida francesa. – Polonia está bien representada por la señorita BILIUSKA, que ha retratado al escultor G. B.



LA COMISIÓN ARGENTINO-BRASILEÑA QUE HA CONVENIDO EL TRATADO DE MONTEVIDEO RELATIVO AL TERRITORIO DE LAS MISIONES

NORUEGA. – NORMANN envía, como de costumbre, una marina. GRIMELUND expone dos bellos cuadros, *Mañana de estío* y *Costa de Suecia*. *La comida*, de WENTZEL, es una interesante escena de color.

SUECIA. – Al frente de los pintores suecos marcha GRAF con *Una tarde* llena de sentimiento: el pastorcito, los pequeños carneros y el fuego no están más que bosquejados, y sin embargo encantan á cuantos los ven.

INGLATERRA. – Los ingleses ocupan en el Salón un lugar ínfimo. GUTHRIE ha enviado desde Escocia un retrato de mujer. Los otros cuadros de esta sección están firmados por artistas ingleses residentes en París, tales como SANG, LIEBERT y BELLEROCHE.

HOLANDA. – Los holandeses conservan la supremacía en lo que toca á escenas íntimas, y de ello es buena prueba *El niño enfermo* de BORCH REITZ.

EN LA FERIA DEL «PAIN D' EPICE», PARÍS. - Dibujo de Vogel

LA LONGEVIDAD HUMANA

LOS CENTENARIOS

Entre los más interesantes ejemplos de longevidad humana, bien merecen un lugar distinguido los dos que reproducimos, de Francia el uno y de América el otro.

Mr. Ed. Lamaury, fotógrafo de Gisors, ha retratado á una habitante de su localidad que, á pesar de sus 102 años, se mantiene perfectamente, como puede verse por la fotografía reproducida en nuestro grabado. Llámase la viuda Nourry; nació en 20 de febrero de 1788, y por consiguiente ha entrado, desde 20 de febrero último, en el centésimo tercero año de su existencia; antiguamente era arrendataria y vendedora de quesos, y no hace cuatro años que todavía iba al mercado de Gisors á vender los productos de su hacienda. Desde entonces vive de las rentas del capital que á fuerza de una larga vida de trabajo y de economía logró acumular. Tiene nietos establecidos muy lejos del punto en que ella reside: actualmente habita en Etrepagny (Eure) y en clase de huéspeda en casa de un cordelero llamado Mr. Dublin. Mme. Nourry no permite que nadie más que ella arregle su habitación, tiene excelente vista y para nada necesita anteojos. Cuando cumplió ciento uno y ciento dos años, el Ayuntamiento de Etrepagny, acompañado de la Sociedad musical, le dió dos alboradas, con motivo de las cuales se le regalaron ramos de flores y se bailó en la plaza, tomando parte en el baile la simpática centenaria. Tiene un carácter bondadoso y los años no han alterado su buen humor; conserva toda su memoria y toda su lucidez de espíritu. Cuando el fotógrafo de Gisors le dijo que deseaba retratarla para publicar la fotografía en un periódico, le contestó Mme. Nourry: «Mi belleza ha desaparecido ya; pero puesto que por mí os habéis molestado, no tengo inconveniente en dejarme retratar.»

El segundo ejemplo de longevidad que vamos á mencionar, tomándolo del *Pacific Rural Press*, de San Francisco, es mucho más extraordinario que el anterior, pues se trata de un indio californiano fallecido el día 10 de marzo del presente año en Monterrey que, al decir de sus convecinos, había cumplido ciento cincuenta y un años y á quien se conocía con el nombre de *Old* Gabriel, el viejo Gabriel. Su origen y la historia de su vida conócelos el Padre Sorrentini, que habita en aquel país desde hace cuarenta años y que ha sido siempre amigo del anciano indio. Gabriel nació, según se cree, en el condado de Tulare, en donde, en otro tiempo, había tal vez ejercido el cargo de caudillo: asistió á un acontecimiento histórico de gran importancia, al desembarque de Junípero Serra, verificado hace ciento veinte años, y ya en aquella época Gabriel era abuelo. Se supone que entonces tenía treinta y dos años, y que la fecha de su nacimiento se remontaría, por consiguiente, al año 1739.

El viejo Gabriel tenía un hijo llamado Zachariah, que después de haber visto morir sucesivamente á sus cuatro esposas, falleció hace algunos años, en González, á la edad de ciento catorce años.

Es imposible fijar exactamente los límites de la vida humana. Varios casos análogos al del viejo Gabriel se han referido; pero es de creer que la edad en que éste murió sea el límite extremo de la longevidad, como pretendía Flourens.

Puesto que de longevidad tratamos, completaremos este artículo, que tomamos de la importante revista francesa *La Nature*, con algunos curiosos datos entresacados del censo general de la población de Chile formado en 1885.

Existían en esa fecha en los territorios de la República chilena 484 individuos (211 hombres y 273 mujeres) cuya edad pasaba de cien años. Entre ellos había 69 de 105 años, 91 de 110, 25 de 115, 28 de 120, 2 de 121, 2 de 122, 1 de 123, 7 de 125, 1 de 127, 1 de 130, 1 de 132, 3 de 135, 1 de 138 y 1 de 150. Este último se llamaba, ó quizás se llama todavía, Rafael Muñoz, y nació en la provincia de Curicó.

Las provincias chilenas que poseían mayor número de centenarios eran: Santiago (78), Arauco (41), Valparaíso (38), Concepción (36), Ñuble (35), Talca (33), el territorio de Angol (29), Colchagua (26) y Curicó (23): la única provincia en donde no los había era el territorio de Magallanes.

De estos 484 centenarios, 34 eran solteros (11 hombres y 23 mujeres), 83 casados (53 hombres y 30 mujeres), y 367 viudos (147 hombres y 220 mujeres).

(De *La Nature*)



Retrato de un indio de California, fallecido en 10 de marzo de 1890 á la edad de 151 años, según se cree. (De una fotografía.)



Retrato de la Sra. viuda de Nourry, de 102 años de edad. (De una fotografía.)

Imp. de Montaner y Simón

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO IX — BARCELONA 9 DE JUNIO DE 1890 — NÚM. 441

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



CASTO PLASENCIA

LAUREADO PINTOR

Nació en Cañizar (Guadalajara) en 1846; † en Madrid el 18 de Mayo de 1890 (Según fotografía del Sr. E. Debas)

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

CASTO PLASENCIA

Nació Casto Plasencia en Cañizar (Guadalajara), y niño todavía, quedó huérfano sin más fortuna que el honrado nombre que heredara, ni más amparo que el del cariñoso amigo de su padre el general Sandoval y Arcaina. No quiso el bondadoso protector contrariar las inclinaciones que desde muy joven demostró Plasencia por la pintura, y renunciando á la idea de darle una carrera científica ó literaria, le matriculó en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, viendo recompensada su solicitud con los rápidos progresos que en el estudio del arte hacía su protegido. Veintidós años contaba éste cuando la muerte de Sandoval sumióle en nueva orfandad; al poco tiempo, el ministro de Fomento suprimía la modesta pensión de mil pesetas anuales que su antecesor, el marqués de la Vega de Armijo, le había señalado. Tras unos años de esfuerzos ímprobos y de fatigosos y mal remunerados trabajos, y con ocasión de sacarse á oposición dos plazas de la Academia Española en Roma, que acababa de fundar para bien del arte y con aplauso unánime D. Emilio Castelar, Plasencia obtuvo su primer triunfo consiguiendo que el Jurado por unanimidad le concediera uno de aquellos disputados puestos. Sus envíos desde Roma le valieron las mayores recompensas que otorga el reglamento de la Academia: al tercer año de su residencia en la ciudad eterna, pintó su famoso lienzo *Orígenes de la república romana*, que mereció primera medalla en la Exposición Nacional de Madrid de 1878, y tercera medalla y la cruz de la Legión de Honor en la Universal de París del mismo año.

A partir de aquel punto, la senda del arte fué para Plasencia un camino cubierto de flores y de laureles por donde muy pronto llegó al templo de la Gloria. Imposible tarea sería enumerar las obras, á cual mejor, que de su lápiz y de su pincel salieron: los preciosos retratos, entre ellos el de la malograda reina D.ª María de las Mercedes; los magníficos lienzos para el palacio del marqués de Linares, casi todos inspirados en poéticos asuntos mitológicos; sus preciosas acuarelas y cuadros de género, y sus lindísimas composiciones asturianas fueron el encanto de cuantos los vieron y son el orgullo de quienes han logrado la dicha de poseerlos.

Pero en donde se manifestó más potente su inspiración fué indudablemente en las pinturas murales que embellecen la iglesia de San Francisco el Grande, de Madrid, y en las cuales estuvo trabajando por espacio de cinco años. ¡Cuántos primores, cuántas bellezas derramó en aquellas obras que harán imperecedera su memoria! ¡Cuán bien supo identificarse con la pintura religiosa, armonizando la delicadeza del sentimiento con el vigor de la pincelada, la grandiosidad de los asuntos y de las proporciones de los cuadros con la más pura corrección en el dibujo y con la mayor verdad y vida en el colorido!

Plasencia ha muerto habiendo hecho mucho; en pos de sí deja en el cielo del arte una luminosa estela que nada podrá borrar. ¡Quién sabe lo que su inmenso genio era todavía capaz de hacer! Que todo podía esperarse de quien como él era de los pocos pintores que tan dignamente supieron sostener en la historia del arte el buen nombre de la patria de los Velázquez, Murillo, Zurbarán, Ribera, Viladomat, Goya, Rosales, Fortuny y tantos otros de gloriosa é inolvidable memoria.

El nombre de Plasencia quedará escrito con indelebles letras de oro en los anales artísticos españoles.

¡Descanse en paz el malogrado artista!

EL PINTOR WATTEAU Y SU AMADA

cuadro de Fernando Heilbuth

El rasgo característico de los cuadros de Heilbuth es la elegancia. Adepto entusiasta de la escuela romántica de Robert Fleury, diferenciábase de éste en que prefería lo suave á lo vigoroso, lo poético á lo dramático, lo elegante á lo varonil: de aquí que sus obras por estas condiciones y, además, por la regularidad de su dibujo y lo delicado de su colorido merezcan figurar al lado de las de Cabanel.

Heilbuth, alemán de nacimiento, era un afrancesado en materias de arte. Residente desde su juventud en París, en donde falleció hace poco tiempo, habíase identificado con el modo de ser de aquella sociedad elegante, que tan bien se avenía con sus aficiones y que por su misma frivolidad rebosa bellezas y gracias que difícilmente podrían encontrar en otra parte los artistas del género del que nos ocupa.

El pintor Watteau y su amada es una prueba de las cualidades que hemos señalado como características de Heilbuth: de asunto tierno y tratado con delicadeza suma, produce en el ánimo del que lo contempla una impresión dulce y agradable, superior, si cabe, al sentimiento de admiración que despiertan la naturalidad con que está concebido y á la maestría con que está ejecutado.

LECTURA DE LA BIBLIA Y UNA VISITA AL ANTIGUO HOGAR

cuadros de Davidson Knowles

Aunque de asuntos bien distintos, claramente dejan entrever estos dos cuadros las tendencias de su autor, el reputado pintor inglés Davidson Knowles. Predomina en ambos el sentimiento, más apacible en *Lectura de la Biblia*, algo más dramático en *Una visita al antiguo hogar*; uno y otro están cuidadosamente estudiados y ejecutados con raro acierto: se ve por ellos que Knowles sin descuidar las exigencias de la forma cifra buena parte del éxito de sus cuadros en la grata impresión que puede producir la idea en ellos envuelta. El sentimiento religioso perfectamente expresado en las dos figuras del anciano y de la niña, cuyos rostros revelan la atención y el respeto que les merece la sagrada lectura; el amor al hogar que nos vió nacer, reflejado en la interesante joven, en cuyo semblante se retrata la melancolía producida, quizás, por el recuerdo de los que ya no existen y que en aquella humilde vivienda le prodigaron las primeras caricias: estos dos sentimientos tan intensos en el hombre y tan admirablemente reproducidos por el artista, son demostración de nuestro aserto; es decir, que Davidson Knowles, sin dejar de rendir tributo á la escuela realista, déjase llevar en sus concepciones del sentimentalismo, que ha sido en todos tiempos inspirador de grandes bellezas.

PETIMETRE Y PETIMETRA

cuadros de R. Reinicke

Difícil sería encontrar dos figuras más lindas encuadradas por dos paisajes más hermosos que las figuras y paisajes que en esos dos cuadros nos presenta Reinicke. ¡Cuánta donosura en los dos tipos de los petimetres! ¡Cuánta poesía en los campos, testigos mudos de sus amores! Porque las dos pinturas no constituyen más que una sola composición y de la unión de ambas resulta lo que sin duda se propuso el pintor alemán, una sentida escena amorosa que cautiva el corazón, tanto como las condiciones estéticas de los dos lienzos recrean la vista.

El tema escogido por el pintor no puede ser más simpático. Una declaración de amor será siempre un bonito motivo para un cuadro, porque, aunque los tiempos cambian, ese sentimiento es siempre el mismo; lo que varía en él es el modo de manifestarse, que forzosamente se ha de ajustar á las necesidades, usos y costumbres de cada época. Por esto los novios pintados por Reinicke aparecen más ceremoniosos que apasionados, porque hasta en esos momentos supremos de la vida los impulsos del alma habían de sujetarse á las exigencias de la cortesía y de la severidad (más aparente que real, dicho sea de paso) que presidían en todos los actos humanos en tiempo de nuestros abuelos.

CORONA DE HIERRO

DEDICADA POR BARCELONA Y LA COLONIA ITALIANA BARCELONESA

Á LA MEMORIA DE DON AMADEO DE SABOYA

EX REY DE ESPAÑA

No hace mucho tiempo estuvo expuesta en los escaparates de uno de los principales establecimientos de esta ciudad la magnífica corona de hierro que en nuestro grabado reproducimos y que mereció de cuantos la vieron los mayores elogios.

Digna, muy digna de ellos es la obra de arte salida de los talleres de la casa Masriera y compañía, cuya firma es segura prenda de buen gusto en la concepción y de una ejecución acabada. Elegante en el conjunto y primorosa en los detalles, acusa excepcional habilidad en el artífice que ha sabido sacar todo el partido del metal de que está hecha. Las hojas y las flores que la componen están cinceladas con imponderable delicadeza y son de una verdad admirable.

Barcelona, queriendo honrar la memoria del que en su corto reinado tan gratos recuerdos dejó entre los españoles, y la colonia italiana, deseando rendir un cariñoso tributo al que fué su caballeroso y estimado príncipe, han dado forma á sus nobles sentimientos enviando á Italia una obra cuajada de preciosidades artísticas. Nuestra ciudad, que tantas pruebas de afecto dió en vida al malogrado é inolvidable rey D. Amadeo I, ha probado, con ocasión de su llorado fallecimiento, que sus afectos no se entibian con la ausencia ni se extinguen con la muerte del que tan bien supo granjeárselos.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

NÁUFRAGOS Y SALVADORES

cuadro de A. Morlón

(Salón de París de 1889)

Dos marineros y un grumete, náufragos de un barco de pesca, se han refugiado en una frágil balsa que las olas furiosas amenazan hundir de un momento á otro en los abismos del mar. Horas eternas de suprema angustia han pasado los infelices combatiendo los terribles embates de la tempestad desde su improvisada y débil embarcación; su muerte parece inevitable; de pronto divisase á lo lejos la lancha de salvamento que habiéndoles visto desde la vecina costa acude en su socorro: la caridad, esta hermosa virtud que no repara en peligros cuando de auxiliar al prójimo se trata, arrancará tres nuevas víctimas á la insaciable voracidad del Océano.

La nota dramática domina en todo el cuadro de Morlón: las actitudes de los náufragos, en cuyas caras se adivinan los padecimientos sufridos apenas borrados por la esperanza de una salvación próxima; las siluetas de los salvadores que desde lejos hacen señales advirtiendo su presencia, y la grandiosidad del lugar en que la escena se desarrolla, dan un interés especial á ese hermoso cuadro de Morlón que tan brillante papel representó en el Salón de París de 1889.

LOS DESEOS DE CASIANO

(Conclusión)

En el momento en que hizo lo necesario para el logro de su deseo, una criada que había sido niñera de su madre y que á su servicio estaba, corrió como una loca hacia él; le estrechó entre sus secos brazos, y al mismo tiempo que con su desdentada boca le daba un ardiente beso, le dijo:

– ¡Ay, dueño mío, cuánto te amo!

Grandes esfuerzos tuvo que hacer Casiano para librarse de las caricias que le prodigaba la enamorada vieja.

Cuando de ella se vió libre, se encaminó hacia la más próxima ciudad.

Durante el camino iba pensando en los embriagadores y voluptuosos placeres que le aguardaban.

En una de las primeras calles que pisó se halló frente á frente con una hermosísima mujer.

Le dirigió una mirada incendiaria, la requebró de amores y sus palabras melosas y seductoras fueron oídas.

– Te amo con toda el alma, murmuró al oído de la joven y bellísima mujer.

Esta contestó con voz muy baja y con las mejillas teñidas de rubor.

– También yo te amo.

El corazón parecía que quería salirse del pecho de Casiano al oir aquella dulce confesión.

No pudiendo resistir á los impulsos de sus ardientes deseos, fué á estrechar entre sus brazos á la apasionada joven; mas no contó con la huespeda, ó hablando con más propiedad, con el huésped.

La joven tenía dueño y el joven tenía un brazo vigorosa y poseía un nudoso garrote.

Quiso la mala suerte de Casiano que pasara en aquel momento por allí; y al ver que alguien se disponía á abrazar á su mujer, enarboló el palo y lo dejó caer sobre las espaldas de Casiano con todas sus fuerzas.

Dió éste un grito de dolor; y sin pensar en nuevas conquistas amorosas, emprendió una veloz carrera, que no dió por terminada hasta que se vió á la puerta de su granja.

Allí le recibió su horrible criada, quien nuevamente le ofreció su amor, y estrechándole entre sus brazos con fuerza impropia de sus años, y que le daba sin duda la pasión, estuvo en poco que no le ahogara.

Libróse de ella Casiano, se dirigió al lugar en que tenía los huevos, y arrojando con gran rabia uno de los que quedaban contra la pared, gritó:

– ¡Maldita sea mi suerte! Quiero que ninguna mujer me ame.

Cualquiera creería que después de todos estos percances, Casiano rompió sus huevos sin desear nada y ¡que se dijo: Si antes no logré lo que deseaba, en cambio ni oí silbar las mortíferas balas junto á mi oído, ni fuí apaleado, ni lo demás que me pasó: conque váyanse los huevos al infierno, y Casiano nací y Casiano me hallo.

Esto hubiera aconsejado la prudencia á cualquiera; pero Casiano no era un cualquiera, sino un imbécil de marca mayor de clase extra, y no se le vino á las mientes semejante idea.

Para él no se había escrito el refrán que dice: «De los escarmentados nacen los avisados»; así que poco tiempo después de la última aventura, púsose á pensar en un nuevo deseo.

Pensó y pensó, y reflexionando en todo lo que había sido vino á caer en la cuenta de que para ser feliz no necesitaba más que ser rico; pues que el dinero tiene el poder de realizar todos los deseos, con lo cual para nada necesitaba los huevos.

– Uno solo me basta, dijo: romperé los otros para no caer en la tentación de cambiar de estado.

Después de bien madurado este proyecto, se fué en busca de los huevos milagrosos, que encerrados tenía en un antiguo arcón, en el cual guardaba también su ropa de los domingos.

No había tenido el cuidado de contar los que había roto, así es que no le extrañó ver sobre sus chaquetas de negro y fino paño tres huevos tan sólo.

Los cogió, y sin pensar en más, los arrojó contra el suelo diciendo:

– Quiero ser rico, muy rico.

Su deseo fué cumplido.

Casiano fué poderosísimo.

En la cueva de su casa halló cién tinajas llenas de monedas de oro.

Con aquel dinero compró Casiano, casi todas las tierras de su provincia y fué el mayor hacendado de cuantos había á mil leguas á la redonda.

– Al fin acerté, se dijo; y por algún tiempo los hechos vinieron á darle la razón.

Todos sus gustos los satisfacía.

Comía opíparamente.

Dormía en mullido lecho.

Todos le respetaban y saludaban, con lo cual veía satisfecha su vanidad.

Si hablaba, sus necedades eran celebradas.

Un día pensó en que para ser completamente feliz, no le faltaba sino el amor de una mujer. Solicitó á la más linda del pueblo y fué correspondido por ella.

Creyóse amado y disponíase á casarse, cuando cierta noche se le ocurrió ir á rondar la casa de su novia á una hora á que no acostumbraba á *hacer el oso*, de esa manera; que de otra, lo hacía á todas las horas del día y de la noche.

Al llegar al extremo de la calle en una de cuyas casas habitaba su prometida, le pareció ver al fin de la reja un bulto.

Acercóse cautelosamente, y ocultándose en el quicio de una puerta próxima á la reja, oyó que su novia decía:

– ¿Y qué he de hacer, Sebastián mío? Yo soy pobre, tú lo eres también; mis padres y la necesidad me obligan á casarme con el bruto de Casiano, á quien aborrezco; pero ¡qué importa que me case si siempre seré tuya!

Casiano no quiso oir más, y naturalmente, renunció al matrimonio por aquella vez y para siempre; pues ya desde entonces imaginó que cuantas mujeres le decían amores, codiciaban sus tesoros, pero no su persona.

Con gran dolor renunció al amor, y por la misma razón renunció también á la dulce amistad; pues su suspicacia le hacía ver codiciosos en cuantos se le ofrecían como amigos.

Su vida fué, por lo tanto, triste, muy triste.

Agrióse su carácter, y de comunicativo y risueño que era se convirtió en tosco y sombrío.

Huyó de todo el mundo, y todo el mundo huyó de él.

La soledad y el despecho le hicieron cruel.

Trataba á sus criados con dureza. Si alguien se acercaba á solicitar de él un favor, no tan sólo se lo negaba, sino que le miraba con desprecio y le despedía con malos modos.

Esta conducta había de producir sus consecuencias naturales.

El rico Casiano fué odiado por todo el mundo.

Un día hallábase encerrado en el cuarto en que estaba el antiguo arcón, en el cual había guardado los huevos causa de su desdicha, y pensando en ella, lloraba amargamente y maldecía de aquellos huevos que á tal estado le trajeron.

De pronto sintió unos golpecitos en los cristales de una ventana que la habitación tenía, golpecitos que se repitieron varias veces.

Quiso saber quién los daba, se levantó, acercóse á la ventana y vió que una golondrina era la que con su pico repiqueteaba en los cristales.



EL PINTOR WATTEAU Y SU AMADA, cuadro de Fernando Heilbuth

Al punto la reconoció Casiano.

Era la golondrina que le diera los huevos que cumplieron sus deseos.

Abrió Casiano la ventana y entró la golondrina.

– Quise hacerte feliz, dijo, y te dí medios sobrados para ello.

Hoy, teniendo cuanto deseaste, lloras y te quejas de tu suerte.

Mereces lo que te pasa.

– ¿Y qué daño hice yo?, preguntó Casiano, ¿por qué el genio que quiso protegerme, en lugar de darme unos huevos que causaron mi desdicha, no me inspiró el medio de ser feliz?

– Gracias á Dios, replicó la golondrina, que al fin una vez hablaste con discreción. Voy á referirte la causa de tus males.

Poseías cuanto en la tierra se necesita para ser feliz, un cuerpo sano y vigoroso, una ascendencia honrada, una conciencia limpia y una modesta hacienda. A pesar de poseer todos estos bienes inapreciables, te creías desgraciado porque todo lo deseaste. ¿Y sabes por qué nacieron en tu alma tan necios deseos? Porque vivías entregado al ocio.

Hubieras trabajado, y tus únicos deseos hubieran sido descansar después del trabajo y obtener los frutos de tu actividad.

– Razón tienes, golondrina amiga. La pereza fué la causa de mis desventuras. Si hoy poseyera uno de aquellos huevos, ¿sabes lo que pediría? Hallarme como antes de tenerlos, sin estos desengaños y amarguras en el alma. Pediría más fuerzas de las que tenía, y trabajando sería feliz. Golondrina amiga, ¿por qué no me das un huevo de aquellos?; uno solo, yo te lo suplico, y tú verás cómo cumplo lo que prometo.

– Es inútil que ruegues; el genio á quien obedezco no permite que te haga nuevos favores; mas si como dices serías diligente si tuvieras un solo huevo, trata de serlo, piensa, recuerda y quizá logres lo que deseas.

Dijo esto la golondrina, y saliendo por la abierta ventana emprendió rápido vuelo y en breve desapareció de la vista de Casiano.

– ¡Que piense! dijo éste, ¡que recuerde! ¿Y qué he de recordar? ¡Mis desdichas! Voy á recordarlas todas. ¿Qué empleo dí á los huevos? Uno para ser general, otro para dejar de serlo; para ser rey, el tercero; para no serlo, el cuarto; para ser amado por todas las mujeres, el quinto; para no serlo, el sexto, y tres que rompí para ser rico: seis y tres nueve. Pues está mál la cuenta. Volvió á repetirla y no salían más que nueve.

– ¿Qué hice yo del otro huevo?, se preguntó.

– ¡Ah! ¡Qué idea! Comprendo lo que quiso decirme la golondrina. Sí, esto debe ser. Y presurosamente buscó en el arcón y halló el huevo que faltaba y que estaba oculto entre la ropa de Casiano, que éste dejó de usar cuando se vió rico.

Casiano besó una y mil veces el huevo.

Al fin se decidió y dijo:

– Quiero ser el Casiano que fuí, pobre como era, vigoroso como era, y prometo desechar la pereza. ¡Rómpete huevo y hazme feliz!

Y como por ensalmo vióse tal cual había sido, y para que nada variara, tendido en el suelo á la sombra de la higuera.

Levantóse con presteza, y habiendo cumplido su promesa fué feliz, como en este momento lo es el autor que después de escrito este cuento se dispone ahora á descansar y espera obtener el premio de su trabajo, premio que será muy sobrado si llega á saber que es del agrado del lector.

JUAN ROA

DOS OCASOS

I

Subió á todo correr la estrecha vereda que, retorciéndose entre pinos, conduce á la cima de Montoto, y al llegar á lo más alto, detúvose un momento para descansar de aquella carrera desatinada que había puesto en completo desorden los ya no muy ordenados cabellos rubios, y había teñido con los colores de la amapola su carilla sonrosada y morena. Después, respirando fatigosamente, pero sin amenguar en nada el paso menudo y rápido, deslizóse, más bien que bajó, por la pendiente del montecillo, y en vez de seguir la carretera que, describiendo curvas y más curvas, llega hasta la puerta misma del palacio de Amenilla, internóse en los maizales, sirviéndole de camino uno de los surcos que allá, en la época de la siembra, había trazado la reja del arado.

Y corriendo siempre, casi oculta por las verdes cañas del maíz, que al ser azotadas por el cuerpo de la rapazuela, producían chasquidos como de espadas que se quiebran, llegó al extremo del plantío, saltó por un vallado de mal unidas piedras á la carretera, y entró en el portalón del palacio.

La viejecilla flacucha y menuda que servía de portero á los condes de Amenilla, llegóse á Carmela, y antes de que ésta preguntase nada, empezó á referirle en voz queda, muy queda, – cuidando sin duda de que aquellos sonidos temblones que emitía su escuálida garganta no traspasasen los límites del portalón y fuesen á alterar con su ruido el silencio profundo que reinaba allá arriba, – el drama terrible que se desarrollaba en el palacio, drama que la señora Manuela describía con lágrimas más que con palabras.

– El señorito se moría... D. Ramón, el médico de Ceneira, había dicho que quizás antes de la noche...

No: no concluyó la frase, ni era necesario, pues bien la entendió Carmela, que rompió á llorar desconsolada. Y la señora Manuela, entre sollozos, continuaba refiriendo aquel drama doloroso, como si gozase en hacer partícipe de su pesar á la pobre aldeanilla.

– El médico, D. Ramón, estaba en la alcoba de don Luis desde por la mañana temprano... Había comido en el palacio, lo mismo que el señor Cura, que aguardaba á que el médico dispusiese la administración del último sacramento al moribundo... La señora ¡pobrecilla! blanca como una difunta, no hacía más que llorar, llorar, sin que todos sus esfuerzos fuesen bastantes á contener aquel río que de sus ojos desbordaba... ¿Y el conde? Allá, en el gabinete contiguo á la alcoba del señorito Luis, podía encontrársele, paseando muy de prisa, la cabeza caída sobre el pecho, fruncido como nunca el ceño... Algunas veces deteníase en sus paseos, fija la mirada en un punto con fijeza extraña; después, pasábase la mano por la frente, apretando ésta con movimiento convulsivo, y volvía á aquel andar rápido, nervioso, incansable... ¡Dios tan sólo podría decir quién de aquellos dos seres sufría más: si el hombre que, al recibir el golpe en mitad del corazón, manteníase enhiesto, sin exhalar una queja, terrible en su sombrío silencio, ó la mujer que, abandonándose á su inmensa pena, creía encontrar algún alivio con aquellas lágrimas de fuego, que ¡ay! más que aliviarla, la abrasaban el pecho con su ardiente rescoldo!

Entre tanto, en la alcoba extinguíase lentamente, sin convulsiones, ni dolores, una vida... ¿Quién sabe por qué?... La ciencia, por boca de su representante el médico de Ceneira, habíase declarado impotente, no tan sólo para vencer el mal, pero también para conocerlo y determinarlo... Y el señorito moría sin que ni sus padres ni D. Ramón pudiesen atinar con lo que le mataba. ¡Terrible incertidumbre que hacía más cruel el dolor de los condes, á quienes, por una de esas ilusiones que la esperanza forja en el corazón humano, figurábaseles que de ser conocida la enfermedad de Luis, no fuera difícil encontrar un medio de detener á aquella muerte implacable, que avanzaba lenta, pero seguramente, marcando con su dedo siniestro el rostro del joven heredero!

Tendido entre las blanquísimas ropas que cubrían el pesado lecho de palo santo, hallábase el hijo de los condes. Bien podía leerse en su faz, casi amarilla, en los círculos violados que rodeaban sus ojos, y sobre todo en aquella respiración fatigosa, intermitente, y tan débil que apenas agitaba las sábanas de finísima holanda, el triunfo de la muerte sobre una naturaleza joven y viril, triunfo arrancado casi por sorpresa, y de consiguiente sin esas luchas prolongadas que sostiene el organismo robusto antes de declararse vencido. Breves días habían bastado para que aquel señorito de ojos dulces y rostro de corte y matices femeninos, rostro cuya delicadeza contrastaba con el vigor del cuerpo, de musculatura acerada, cayese rendido por los golpes seguros de una dolencia desconocida, que se insinuó traidoramente hasta apoderarse por completo del organismo, y aun entonces no se dió á conocer, cual si temiese perder su presa descubriéndose.

No la perdió, no. Que aquella misma tarde, á la hora en que el sol plegaba su manto de grana y oro, iluminando con los pálidos colores de un ocaso otoñal el palacio de Amenilla, otro ocaso, el de una vida que parecía estar en su cenit, sumió en densas obscuridades el corazón de los condes. De los montes, tras los que el astro diurno había ocultado su rojo disco, empezaban á descender sobre el valle las tinieblas de la noche. En medio de ellas, pronto brillarían como diminutas partículas de un inmenso sol, desparramadas por el azul del cielo, las estrellas de luz titilante y dulce: ¿qué estrellas podrían brillar ya en los corazones á quienes la muerte había arrebatado, con la vida de un hijo único, toda esperanza de consuelo?...

II

Murmuraron los labios quedamente el último *pater noster*, y la pesada losa de mármol cayó sobre el nicho que encerraba los restos mortales de Luis Amenilla. Aquella losa parecióle á Carmela que caía también sobre su corazón, ahogándole; sintió una ola de angustia que subía, subía, pecho arriba hasta llegar á la garganta, y aquí deteníase un momento amenazando asfixiar á la pobre niña, y al fin llegaba á los labios rompiéndose en un



LECTURA DE LA BIBLIA, cuadro de Davidson Knowles



NÁUFRAGOS Y SA

(Salón d



LVADORES, CUADRO DE MORLON

París de 1889)



UNA VISITA AL ANTIGUO HOGAR, cuadro de Davidson Knowles

sollozo interminable, grito de agonía de una alma desgarrada por las punzas agudísimas de una pena sin consuelo!...

No: nunca había sentido una cosa como aquella. Es cierto que al morir su madre, lloró mucho, mucho!... pero no lágrimas tan amargas como las que ahora abrasaban sus mejillas. Las que lloró por su madre habían ido aliviando su corazón poco á poco: éstas caían sobre él atravesándole, como menudas y copiosas gotas de lluvia de fuego, y concluyendo al fin – á Carmela al menos así le parecía – por rompérselo en mil pedazos. Y esto con dolores tales en el cuerpo y en el alma, con tan terribles sacudimientos de la carne, que sin duda era preferible la muerte á aquel sufrimiento sin medida.

¿Y quién podría aliviar la hondísima pena que laceraba el pecho de la rapazuela? Por primera vez en su vida sintió Carmela las angustias inacabables que la soledad produce. ¡Y ella estaba sola! Sin padres desde los primeros años de su vida; viviendo gracias á la caridad de los vecinos que tomaron sobre sí el cuidado de sostener á la rapacilla misérrima; creció, creció como crecen las alondras, sin más ansias que cruzar el campo con sus ligeras alas, y entonar himnos de gratitud al autor de todas las cosas, y saludar al sol y á las flores con trinos dulcísimos de armonía jamás aprendida, y no por eso menos grata.

¡Cómo recordaba ahora la primera vez que el hijo de los condes de Amenilla y ella se hablaron! Fué en Montoto. Encontrábase él sentado en una piedra que la Naturaleza había colocado en la falda del monte, sin duda para que los niños fatigados encontrasen reposo en su loco juguetear de volubles mariposas.

Disponíase ella á merodear por las numerosas zarzas que bordaban la falda de Montoto, en busca de aquellas negrísimas moras que la tentaban con sus colores aterciopelados. Y no se atrevió ya. Quedóse contemplando con sus ojazos negros muy abiertos á aquel niño blanco y rubio, de cabellera rizada y ojos azules, de mirar dulcísimo, impregnado de melancolía impropia de sus años. El á su vez clavó la vista en Carmela, y ambos recelosos, sin atreverse á salir de cualquier modo de la situación embarazosa en que se encontraban, permanecieron en muda contemplación un buen rato. ¡Buenas ganas que se le pasaban á Carmela de huir, á campo travieso, á todo el correr de sus delgadillas y ligeras piernas! Pero para ello necesitábase más valor que para subir á los altos picachos de Montoto en busca de nidos, y por otra parte la simpática fisonomía de Luisito atraía insensiblemente á Carmela, y al fin... No recordaba quién había sido el héroe de aquella jornada; pero sí que al regresar á Amenilla el futuro conde y la andrajosa aldeana, eran dos amigos tan íntimos, como si en toda su vida hubiesen hecho otra cosa que saltar juntos, y juntos descansar sobre la alfombra suave, tupida, con que el campo les brindaba.

Desde entonces lo hicieron. La planta de invernadero de colores pálidos y piel finísima, aterciopelada, unió sus ramas y sus perfumes con la rústica mata del campo, fresca, de color brillante y con la piel llena de las asperezas que le habían comunicado los elementos que libremente la combatieron. Pero no lastimaron tales asperezas á la sensible compañera. ¿Dónde encontró la ignorante hija del campo aquellos matices delicados, aquellas suavidades que supo desplegar en tal sazón, con tal oportunidad, que envidiaría el más pulido cortesano? Nadie podría decirlo: porque ¿qué sabemos nosotros de esas cosas, si ni la misma Carmela se daba cuenta de ellas?

Y todo pasó... ¡Pasó! La adolescencia con sus pasiones y sus instintivos poderes, y ¡ay! también con sus recelos, vino á turbar los sueños dorados y tranquilos de la infancia. Afirmó el cariño en el corazón de Carmela, pero comunicóle también suspicacias que mataron aquella franqueza de antaño.

Por entonces, Luis, en quien la pubertad, respetando la delicadeza del rostro blanco y lleno, había afirmado las severas líneas del cuerpo, y dado á éste una robustez que convirtió la planta de invernadero en vigoroso arbusto, empezó á ausentarse de Amenilla todos los inviernos. Iba á Samposte á estudiar, y no regresaba hasta los últimos días de junio. Y estas ausencias, lejos de entibiar el cariño en el corazón de Carmela, arraigáronle más y más con esa firmeza que las contrariedades prestan á los afectos verdaderos. No sucedió lo mismo con el hijo de los condes. En el corazón de éste trocóse el cariño de antes en un sentimiento de simpatía y lástima hacia la compañera de la infancia, sentimiento que no ahondó mucho en el pecho de Luis, ni inspiró al mancebo inquietudes ni recelos. Sufríalos, sí, Carmela, que con su poderoso instinto de mujer y amante, comprendía bien que no era el querer de Luis aquel querer de ella, único, absorbente, y que sólo podía satisfacer sus ansias considerarse dignamente correspondido por otro afecto de la misma naturaleza ¡Cuánto lloró entonces la pobre huerfanilla!

Y al recordar aquella época de dolores y torturas, la conciencia de su actual situación, un momento obscurecida por las memorias de tiempos que tan lejanos le parecían ahora, surgió en la mente de Carmela, clara, con una claridad de luz meridiana. Miró en torno suyo y tuvo miedo. Hallábase sola, completamente sola, en la morada de los muertos, y los sauces que cubrían con su sombra la bendecida tierra, murmuraban con el vientecillo que blandamente azotaba el frondoso ramaje terribles leyendas de almas en pena, que Carmela oía allá dentro de su cerebro, agitado por tantas y tantas emociones y recuerdos. Salió á todo correr del cementerio, y sin descansar un punto llegó á Amenilla...

Allí se detuvo contemplando el silencioso palacio de paredes negras. ¡Qué bien cuadraba aquel color sombrío á las tristezas que dentro del palacio habían hecho su asiento para jamás abandonarlo!

El sol hundióse lentamente tras los picachos de Montoto, y su luz otoñal prestaba á la sombría mole colores de palidez de muerte. A aquel ocaso del rey de los astros acompañaba otro: ¡el de las ilusiones que morían en el corazón de Carmela! Las tinieblas que comenzaban en aquel momento á tender sus fúnebres paños por el valle, disiparíalas al día siguiente la aurora: ¿qué aurora podría deshacer en el corazón de la sencilla hija del campo las sombras que sobre él acumuló la muerte del único ser amado, del único por quien ella había sentido ese cariño que, aun sin ser correspondido, encuentra en la vista, en el trato de la persona amada, goces y dulzuras de que la muerte privó para siempre á la doncella?...

Salvador Cabeza León



PETIMETRE, cuadro de R. Reinicke

BELLEZA POSTIZA

Afán ha sido siempre de la mujer realzar su natural belleza, pareciéndole que la que, *gratis data*, le otorgó naturaleza, no alcanzaba todos los quilates que vislumbraba su imaginación, y en todos los tiempos ha tenido la pretensión de enmendar la plana á Dios con afeites, jalbeques y menjurjes.

Tal vez alguna piense que, como

Cualquiera tiempo pasado
Fué mejor,

según nos aseguran moralistas cejijuntos, enamorados de lo viejo, el pintarse y embadurnarse es efecto de la depravación del siglo que corre á su fin, y que en los anteriores las damas presentaban su rostro á cureña rasa, sin otro adobo ni realce que la suavidad de su cutis, el carmín de sus labios y la blancura de su epidermis; pero á fe, á fe que no fué así; antes al contrario, hubo tiempo en que dieron quince y falta las damas al uso á las que hoy se sirven de cosméticos, cremas y vinagrillos.

Pasemos, si no, una rápida revista por los tocadores de los siglos XVI y XVII y podremos henchir las medidas con las observaciones que habremos de recoger á manos llenas las lectoras y yo.

Como las costumbres han sido distintas con los tiempos, no era entonces en las *perfumerías*, aunque no dejaba de haberlas á la usanza en la corte, donde las damas se surtían de confecciones varias con que acicalar su rostro y manos.

Había mujeres que á ello se dedicaban yendo de casa en casa, y como las tales solían ser no nada reservadas, un tantico chismosas y algo y aun algos correveidiles, amén de terceras, con puntas y collares de zurcidoras de voluntades, constituían el objeto del odio y animadversión de padres, hermanos y maridos, que en más de una ocasión tuvieron razón sobrada para abominar de ellas.

Prototipo de las tales fué por largos años, supuesto se dió á luz en el de 1499, la célebre *Celestina*, cuyo nombre desde entonces significó por antonomasia lo más que había que ser en el chisme, enredo y tercería.

Ella, según escribió el autor del libro, «hacía solimán, afeites cocidos, argentadas, bujeladas, cerillas, lanillas, melenillas, lustres, lucentores, clarimentes, y otras aguas de rostro...», y no copio sus demás gracias, porque no podrían ciertamente sufrirlas vuestros púdicos oídos; pues eran tales, que ella misma conocía que «si con el hurto era

tomada, nunca de muerta ó encorozada faltaba, á bien librar.» (Actos I y IV.)

Eran también llamadas estas tales *quitadoras de vello*, porque habían inventado la más diabólica ocurrencia que imaginar se puede para alivio y mejoría de aquellas damas á quienes la naturaleza había hecho harto hombrunas y un si es no es bigotudas y vellosas.

Aunque hoy parezca cosa inverosímil, era lo cierto que las tales usaban para rapar á las que aquellas sobras debían á la naturaleza, no navajas ú otros acerados instrumentos, sino casquillos de vidrio, con los que las pacientes sufrirían algo parecido al martirio de San Bartolomé; pero era por su gusto, y con su pan se lo comían.

Describiendo esta operación un escritor del siglo XVII (1), dice: «Siéntase muy á su gusto (la rapadora) y saca una cestilla de *vidrios quebrados*...... Coge luego entre sus manos una pretendiente á la hermosura, y sobre sus faldas la acomoda la cabeza. Vala quitando el vello y el bozo, si tiene cañones le echa un hilo, con que la va repelando, que se puede creer que sufre por gusto lo que no hiciera por penitencia.»

Confirma esta costumbre el donoso dicho de Quevedo, cuando refiriéndose á tales sabandijas domésticas, escribía en uno de sus romances:

Quito mujeres que *rapan*
Con orinales mejillas,
Aunque hay rostro que de *bello*
Tiene sólo el que le quitan.

Que tales mujeres entraban en las casas como á hurto, lo demuestra asimismo un pasaje de cierta comedia, cuando viendo un galán salir una mujer tapada de casa de su amada, se expresan así amo y criado:

LISARDO

¿Quién esa mujer será?

HERNANDO

¡Qué sé yo! Alguna criada
De una amiga, *una que quite*
Vello, una que mudas haga,
Una que muela cacao,
Una que destile aguas,
Una que venda perfumes,
Una que aderece enaguas, etc.

(Calderón: *Antes que todo es mi dama.* Jor. I, esc. XIII.)

Cervantes atribuyó también á tales mujeres las mañas que apuntadas quedan, cuando por boca de la condesa Trifaldi expresó: «Que puesto que hay en Candaya mujeres que *andan de casa en casa á quitar vello* y á pulir las cejas, y á hacer otros menjurjes tocantes á mujeres, nosotras las dueñas de mi señora por jamás quisimos admitirlas, porque las más oliscan á terceras, habiendo dejado de ser primas.» (Parte II, cap. XL.)

Los untos y drogas para embellecer eran entonces llamados en general *mudas*, vocablo hoy enteramente perdido en esa acepción.

Jugando del vocablo, decía Tirso de Molina, encarándose con las mujeres:

Son *mudables*, ¿qué queréis
Si, en señal deso, os ponéis
En la cara tantas *mudas*?

(*El Vergonzoso en palacio.* Act. I, esc. IV.)

El mismo poeta hace decir á una aldeana, aludiendo á las damas de la ciudad:

SANCHA

¿No somos acá personas,
Aunque andemos sin valonas,
Libres las caras de *mudas*,
Y sin sayas campanudas,
Como aquesas fanfarronas?
¿Ella á mí me había de honrar
Porque *trae una botica*
En la cara que alquilar,
Y se remilga y achica
La boca cuando ha de hablar?

(*Averígüelo Vargas.* Act. I, esc. I.)

(1) Francisco Santos: *Día y noche de Madrid*, Discurso VIII.



PETIMETRA, cuadro de R. Reinicke

El pobre Sancho Panza, cuando para volver la existencia á Altisidora, hubo de pasar por las *mamonas* y *pasagonzalos* de tanta y tanta dueña, á que el redomado escudero tenía tanta ojeriza como el boticario toledano, se desquitaba con decirles: «Menos cortesías, menos *mudas*, señoras dueñas, que por Dios que traéis las manos oliendo á vinagrillo.» (Parte II, cap. LXIX.)

De las manos de cierta buscona dijo Quevedo:

Que á quien las mira son nieve,
Y *jaboncillos* y *mudas*
Cuando de cerca las huele.

(*Romance.*)

Con más ingratos olores hallaba semejanza Don Francisco á los ungüentos y redomas del jalbeque, con que tropezó al ocultarse en el camarín de una moza del agarro:

Sin luz, entre trastos
De jarros y ollas,
Al infierno vine,
Dejando la gloria:
La nariz olía
Una misma cosa,
Entre los servicios
Y entre las redomas.

Entre esos jaboncillos entonces en uso, ocupaba lugar privilegiado el *Jabón Napolitano*, y con una redonda pella del mismo fué jabonado gentilmente don Quijote por mano de la desenvuelta Altisidora, á poco de llegar al castillo de los duques.

Por cierto que justifica el gran predicamento en que aquel jabón era tenido, que hoy es el día que en la Biblioteca Nacional se guarda la receta para confeccionarle (Códice L. – 126), según la cual se componía de jabón de Valencia rallado, salvado de trigo y agua de cisterna, en la que aquellos y otros ingredientes debían de cocerse.

Y ¿qué diré del *Agua de Angeles*, preconizada también por Cervantes, y más conocida entonces que hoy pueda serlo la de Colonia del mismísimo Juan María Farina?

Con razón echaba de menos Sancho Panza que los maleantes pícaros de cocina del palacio de los Duques no la empleasen en sus barbas, en vez de la *lejía de diablos*, con que se empeñaban en lavárselas, (Parte II, capítulo XXXII.)

En *El casamiento engañoso* mentó asimismo Cervantes el Agua de Angeles, cuando decía el alférez: «Que sus camisas, cuellos y puños eran un nuevo Aranjuez de flores, según olían bañadas en la *Agua de Angeles* y de azahar que sobre ellos se derramaba.»

También de este perfume se guarda fórmula en la Biblioteca Nacional (L. – 128), según la que entraban en su composición, rosas encarnadas y blancas, trébol, espliego, madreselva, azahar, azucenas, tomillo, claveles y corteza de naranja. Por cierto que esta y otras recetas de afeites y golosinas se atribuyen á muy principales damas, de las cuales algunas son de catalana estirpe, como Doña Catalina de Cardona y Doña Isabel de Centellas.

Pero no extrañará que las mujeres que vivían en el mundo y sus devaneos tuviesen cuidado de saber destilar por sí mismas estas confecciones destinadas á embellecerlas, cuando sepamos que las vírgenes recluídas en el claustro, las monjas de entonces, en una palabra, llevaban fama de ser destrísimas en preparar aquellas quintas esencias del *vanitas vanitatum*.

A este propósito decía un escritor contemporáneo:

Lejía de cabellos, de rasuras,
Y de mil otras cosas, ¿quién, hermanas,
Hacer como vosotras ha sabido?
¿Quién las aguas del rostro soberanas,
Serenadas, coladas, limpias, puras,
Que cristal me parecen derretido? (2).

Hasta las *reverendas viudas*, dice un cierto fraile que escribió un libro nada menos contra los *detestables abusos de los afeites* (3), se perfumaban con ámbar, almizcle ó algalia, olores entonces muy del gusto de las gentes de cuenta.

Oler bien denotaba ser persona de cierta categoría; así Sancho Panza no podía convencerse de que fuesen diablos los que habían enjaulado á Don Quijote, sobre todo uno de ellos, «porque, según se dice, todos huelen á piedra azufre y otros malos olores, pero éste huele á ámbar de media legua»; y añade por su cuenta el buen Cide Hamete: «Decía esto Sancho por Don Fernando, *que como tan señor*, debía de oler á lo que Sancho decía.» (4)

Zabaleta, en su *Día de fiesta por la tarde*, hace mención de un triste aprendiz de guantero, que al salir para la romería metió los dedos en el almizcle y limpióselos en el vestido, para que el perfume le autorizase, y de ese modo, como dice el autor, «lleva un olor consigo *venerable* y agradable.»

Una de las drogas de que más echaron mano las mujeres, en especial las morenas, para embadurnar su semblante, fué el albayalde, que vulgarmente se decía *solimán*, y como se llamó así, ó á lo menos se castellanizaba con el nombre de *Solimán*, el que llevó el famoso emperador de

(2) Antología que existe manuscrita en dos volúmenes en la Biblioteca universitaria de Zaragoza.
(3) El Padre Tomás Ramón, en su *Premática de Reformación*. Zaragoza, 1635.
(4) Parte I, cap. XLVII.



CORONA DE HIERRO DEDICADA POR BARCELONA Y LA COLONIA ITALIANA BARCELONESA Á LA MEMORIA DE DON AMADEO DE SABOYA, EX REY DE ESPAÑA

Fabricada en los talleres de los señores Masriera y compañía

Constantinopla, competidor de Carlos V, no quisieron más los poetas para jugar del vocablo y revolver un solimán con otro.

Así dice Quevedo:

Que no tenga por molesto
En doña Luisa don Juan
Ver que, á puro *solimán*,
Traiga medio *turco* el gesto,
Porque piensa que con esto
Ha de agradar á la gente,

Mal haya quien lo consiente.

En la comedia *El privilegio de las mujeres* (1), hablando de la pragmática contra los afeites, dice:

Las morenas, que afectando
Blancura añadida, hicieron
Constantinopla su cara
Del *bajá Solimán perro*,
Ya salieron tapetadas, etc.

(Jor. I, esc. V.)

En la comedia de don Francisco de Rojas *El desafío de Carlos Quinto*, contendiendo á chistes el gracioso y la graciosa, dicen:

MARI – BERNARDO

Yo traeré el turco primero
Que me hallare más á mano,
Y traeré, si no le encuentro,
Turco que aún no esté engendrado,
Traeré al mismo *Solimán*.

BUSCARUIDO

El *solimán* he pensado
Que para tu mala cara
No te ha de hacer mucho daño.

(Jor. II, esc. II.)

Muchos más ejemplos de tales equívocos podría aducir, si no temiera ser prolijo, y larga tarea pudiera seguir llevando sobre afeites femeniles de este tiempo que relato, pero hay que colgar la pluma en la espetera, en vista de las dimensiones que este escrito ha tomado y porque lo ya apuntado basta para que las lectoras se convenzan de que no es nuevo, ni tampoco más excesivo que antaño, el empleo que hoy hacen de la mano de gato para realzar sus gracias ó falsificar las que les negó la, para las feas, madrastra Naturaleza.

JULIO MONREAL.

(1) De tres ingenios, uno de ellos Calderón.

MÁQUINA PARA CALCULAR

DE MR. LEÓN BOLLÉE

Todas las máquinas para calcular hasta ahora inventadas fundábanse en el método diferencial. Supongamos, por ejemplo, que había que multiplicar 756'48 por 98'7; pues bien: la máquina tenía que sumar primero 7 veces el número 756'48, luego – después de llevar el índice á las unidades, – hacer 8 veces la suma del mismo número, y finalmente repetir otras 9 veces la operación para las decenas: total, 24 operaciones.

La máquina de Mr. León Bollée hace el mismo cálculo en tres operaciones, porque procede por multiplicaciones directas, calculando las centenas antes que las decenas, éstas antes que las unidades, y el número que debe llevarse antes que la cifra que ha de escribirse. Otra ventaja no menos importante de esta máquina es que cuando el número es decimal la comilla aparece puesta automáticamente en el resultado.

Consta de dos partes muy distintas, el calculador y el receptor, el primero colocado en la parte delantera é inferior del aparato. En nuestro grabado está indicado con la letra B. Consiste en una especie de caja metálica, en cuya cara superior hay 10 ranuras con muescas numeradas, desde 0 á 9, donde pueden introducirse unos botones fijos en 10 planchas calculadoras, contenidas en el interior de la caja metálica. Cada una de estas planchas es una representación en relieve de la tabla de multiplicar, siendo cada eminencia proporcional á una de las cifras de esta tabla.

El calculador puede correr á lo largo de las reglas AA por medio de un manubrio M, que gira sobre un cuadrante dividido en 10 partes que llevan las cifras 0 á 9. Además, la rotación del manubrio P recibe un movimiento vertical de unos 3 centímetros de amplitud.

El transmisor se compone de pequeñas sondas de acero colocadas por series que ponen en comunicación el calculador con los cuadrantes, sobre los cuales obran por medio de piñones y cremalleras.

Los cuadrantes, en número de 40, están colocados en dos hileras y sus ejes corresponden á los botones que se ven en el grabado (uno de ellos marcado G), y sobre los cuales hay otras tantas ventanas. En éstas aparece uno de los 10 números grabados en cada cuadrante. La línea superior representa un producto, un dividendo, etc., según los casos: en la inferior se inscribe el multiplicador ó el divisor, según que se trate de una multiplicación ó de una división. Cada vez que un cuadrante pasa de 0 á 9 ó de 9 á 0, el aparato de las retenciones aumenta ó disminuye en una unidad la cifra del cuadrante colocado á su izquierda. Por último, la palanca E sirve para poner á 0 los cuadrantes superiores y la E' los inferiores.

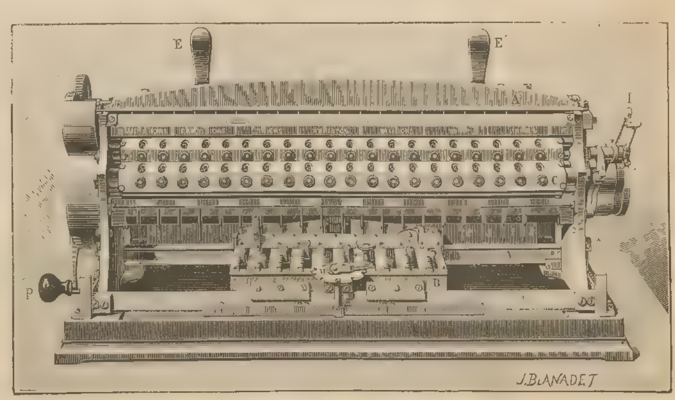
Veamos ahora cómo funciona la máquina y tomemos para ello el citado ejemplo; es decir, 756'48 multiplicado por 98'7. Por medio de los botones del calculador se forma la cifra 756'48 cuidando de empujar la corredera V hasta ponerla delante de la cifra 6 de las unidades; luego, por medio del manubrio M, se escribe el multiplicador, haciendo parar aquél en las muescas 9, 8 y 7, pasando cada vez por encima del 0 y moviéndolo de izquierda á derecha. Después de cada parada se da una vuelta al manubrio P. El producto queda inscrito en los cuadrantes superiores al mismo tiempo que la cifra 987 se inscribía en los inferiores. Entonces se desliza la cinta D de modo que su comilla quede colocada después del 8 de 98'7, y de este modo el resultado se encuentra dividido en grupos de tres cifras, enteros los unos, decimales los otros, cuyos nombres basta leer en la cinta D.

Por medio de varias combinaciones, la máquina procede también á las sumas, restas, divisiones, cuadrados de números, progresiones y cuentas de intereses.

La extensión de los resultados permite hacer todas las operaciones de la práctica, puesto que en los productos pueden resultar quintillones, y recíprocamente dividir quintillones por billones. Este resultado se obtiene con un 95 por 100 de economía de tiempo sobre el más hábil calculador.

Los que conozcan las antiguas máquinas para calcular, podrán comprender que la que hemos descrito, y cuya solidez es á toda prueba, está fundada en un principio absolutamente nuevo.

(De *La Nature*)



Nueva máquina para calcular, inventada por Mr. L. Bollée

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



AÑO IX — BARCELONA 16 DE JUNIO DE 1890 — NÚM. 442

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EXPOSICIÓN DE LA SOCIEDAD NACIONAL DE BELLAS ARTES EN EL CAMPO DE MARTE, PARIS

TARDE APACIBLE, cuadro de Mr. Muenier, grabado por Baude

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

TARDE APACIBLE
cuadro de Mr. Muenier, grabado por Baude

(Salón del Campo de Marte, París, 1890)

Conocida es la escisión que surgió recientemente entre los pintores y escultores franceses con motivo de la Exposición que anualmente se celebra en la capital de Francia, y que se designa con el nombre de Salón de París. El fallo del último Jurado, en el que algunos quisieron ver una parcialidad para ellos molesta, movió á un grupo de pintores capitaneado por el incomparable Meissonnier á separarse del Salón de los Campos Elíseos y á constituir una Sociedad Nacional de Bellas Artes, cuya primera Exposición se abrió hace poco en el Campo de Marte.

Tal es el hecho relatado en breves palabras. ¿Cuáles serán sus resultados? Difícil es preverlo: la competencia y el estímulo son dos grandes factores del progreso humano en todas sus manifestaciones, y ateniéndonos á esta verdad palmaria podría predecirse desde luego que el Arte nada había de perder y, por el contrario, podía ganar mucho con esa disidencia de los pintores franceses. Pero como ésta no arranca de causas poderosas sino más bien de malas inteligencias y de rozamientos y susceptibilidades de poca importancia, no sería de extrañar que el dualismo desapareciera y que en el próximo Salón volvieran á hallarse unidos los *meissonnieristas* y *bouguereauistas*, demostrando cuán firmemente arraigado está en los artistas de la vecina República el sentimiento de fraternidad que tantas maravillas ha realizado en el mundo del Arte.

Al Salón del Campo de Marte pertenece el cuadro de Mr. Muenier, *Tarde apacible*: el cuadro, sencillo y sencillamente pintado, nos transporta á esos hermosos paisajes iluminados por el sol poniente que, una vez vistos, no se borran jamás de la imaginación, y nos presenta una de esas escenas de la vida de familia ante las cuales se extasía el que siente en toda su intensidad los purísimos afectos que sólo despierta el hogar doméstico. Mr. Muenier ve bien y expresa con sinceridad, y estas condiciones le han granjeado envidiable fama entre los cultivadores del arte pictórico, y aprecio general entre los aficionados.

HOJAS CAÍDAS, cuadro de L. Doyen

(Salón de París, 1890)

Todo entristece en el cuadro de Doyen: las sombrías tintas en que aparece envuelto el paisaje; los desnudos árboles, cuyas últimas hojas arrancadas por los fríos vientos otoñales cubren el suelo que en los meses de primavera y estío protegieron con su grata sombra; y, sobre todo, la interesante figura de aquella mujer caída, que no sentada, en el rústico banco, cuyo demacrado rostro y afiladas manos acusan la mortal enfermedad que va minando su existencia y presagian para los primeros fríos el desprendimiento de una hoja más en el árbol incesantemente renovado de la vida, llenan el alma de melancolía. Pero ¡cuán poética resulta esta tristeza! ¡cuánta verdad en esa naturaleza muerta y en esa joven moribunda!

La impresión del cuadro es desgarradora; y sin embargo, ¿quién no se deleita ante las inumerables bellezas por el genio concebidas y por el arte maravillosamente ejecutadas, que endulzan la amargura producida por la contemplación de tan tétrico asunto?

El artista que logra conmover puede vanagloriarse de haber obtenido un gran triunfo, y nadie negará que *Hojas caídas* pertenece al número de los cuadros que conmueven á quien los mira.

TRÍO CAMPESTRE
cuadro de Mr. Debat-Ponsan, grabado por Baude

(Salón de París, 1889)

Los que recuerden la *Escena campestre* de este mismo autor que publicamos en el núm. 399 de nuestra ILUSTRACIÓN, y lo comparen con el *Trío campestre* que damos en el presente, notarán entre ambos grandes analogías. Y es que Mr. Debat-Ponsan, enamorado de la poesía de los campos y de los sentimientos que anidan en el corazón de los honrados y humildes aldeanos, se deja seducir completamente por una y otro, y así llevan impresas sus obras un sello que algunos amantes del efectismo tacharán de monótono, pero que la mayoría de los inteligentes calificará de eminentemente artístico.

El *Trío campestre* es propiamente un *dúo*, puesto que en él no intervienen como personajes principales más que dos actores. El pacífico animal medio oculto entre las altas hierbas no parece ocuparse para nada de la gentil pareja que departe amorosamente en el delicioso paisaje en donde la fantasía del artista ha querido presentar su bellísimo idilio.

Este cuadro, lleno de primaveral frescura, distínguese, además, por las raras cualidades de ejecución; gracias á estas condiciones fué una de las notas salientes del Salón de París de 1889.

LA LUCHA
cuadro de Mr. Friant, grabado por Baude

(Salón del Campo de Marte, París, 1890)

Las bellezas de este cuadro, hijas de una composición bien entendida, de un dibujo correcto y elegante, y de una verdad admirable en el colorido, hacen olvidar por completo los pequeños lunares que en la obra de Mr. Friant han observado algunos críticos. Los dos contrincantes luchan de veras, y en sus actitudes, cuidadosamente estudiadas, y en la expresión de sus caras, se refleja el empeño con que los dos rapaces se disputan la victoria; el agua del arroyo es de transparencia inimitable, la campiña rebosa frescura, y el fondo se aleja presentando una perspectiva que produce toda la ilusión apetecible.

Todos estos primores permite apreciar el grabado de Baude, precioso como todos los que salen del buril de tan renombrado artista.

SUSANA Y LOS VIEJOS, cuadro Mr. Brouillet

(Salón de París de 1890)

No se trata de la casta Susana ni de los procaces viejos que, escondidos, admiran las gracias de la que descuidada se baña ajena á las codiciosas miradas de que es objeto, ni hay aquí espionaje en los unos y recato honesto en la otra, á bien que tampoco la situación de la protagonista de ésta es tan comprometida como la en que fué sorprendida la heroína de aquella antigua escena.

En el cuadro de Brouillet la buena armonía y el mutuo acuerdo reemplazan al engaño y á la violencia de la antigua fábula. Dos viejos verdes, no despreciables ni física ni económicamente (esto último sobre todo, á juzgar por las apariencias), han encontrado en un café cantante á una hermosura de las que están más en moda en el *demi-monde* parisiense, y con ella pasan agradablemente la velada gozándose en el presente y quizás trazando planes para el porvenir.

Las tres figuras están ejecutadas con mucho arte, y por su naturalidad forman un grupo bien dispuesto y eminentemente simpático. El conjunto tiene todo el carácter picaresco propio de un episodio de la vida galante de las grandes ciudades.

LA CENIZA EN LA FRENTE

No es la ceniza más que el residuo que dejan los cuerpos combustibles después de la carbonización, y, sin embargo, representa en el mundo un importante papel; como que todo se convierte en ella.

La tierra no es más que un inmenso cenicero, si bien se mira.

En el centro del planeta debe haber una cantidad exorbitante de ceniza.

Abrumadas y cubiertas, con muchos metros de espesor, por la ceniza, desaparecieron las ciudades de Herculano y de Pompeya en un rapto de mal humor del Vesubio.

Encenizan á lo mejor las faldas de los Andes los volcanes de la gran cordillera americana, y el día que éstos se pongan de acuerdo con los de Islandia, Sicilia, Asia y Oceanía, hemos concluído envueltos en ceniza, como pescado que se reboza en harina para que se fría en regla.

El cuadro final del mundo entonces corresponderá á la predicción plutoniana, y los que piensan que el frío va á ser quien determine el cataclismo de la tierra se van á llevar chasco.

A la humanidad le debe ser indiferente. Entre morir tiesa, hecha un sorbete, ó perecer achicharrada en el manto polvoriento de la ceniza del horno central, allá se va todo.

La Iglesia consagra un día, miércoles por cierto, centro de la semana, para recordarnos á todos que somos tierra; menos que tierra, polvo, y en polvo nos hemos de convertir; y para que lo entendamos mejor nos pone el sacerdote la ceniza en la frente.

Los antiguos incineraban sus cadáveres. Los indios de los pasados y los presentes tiempos han solido, y suelen, hacer lo propio; y para no aburrirse de fastidio en la hoguera que en ceniza los ha de convertir, hacen que sus mujeres *vivas* les acompañen de paso: medio no adoptado en Europa todavía, y que debe dar por resultado que las mujeres cuiden mucho de la salud de los maridos.

Algunos modernos les imitan ahora en Europa y América en lo de quemar á los difuntos, para recoger y guardar cuidadosamente las cenizas, sin que por ello corran las viudas el peligro de ser asadas.

El mundo universal deja, con la escoria, las cenizas de los metales.

Para la flora de todos los países no hay más porvenir que la hoguera. El rayo que quema un bosque entero; el hacha del leñador que derriba una encina para carbonearla; el ganadero que prende fuego al monte para renovar los pastos, son los agentes de la destrucción y los factores de la ceniza.

Hasta aquí todo lo que respecto á cenizas se refiére en el mundo físico.

En el mundo moral, en la sociedad en que vivimos, todo es ceniza, por no llamarle otra cosa peor.

Cenizas son en la vejez las ilusiones de la juventud.

Arde el corazón al principio de la vida con la llama del amor, con la más brillante todavía de la gloria, con la más ardiente de la ambición; y cuando la vejez ha quemado una por una todas sus fibras, convirtiéndolas en ceniza inerte, ha desaparecido el fantasma de la gloria, el espejismo del amor, y la ambición aparece extemporánea y ridícula. Un faro, el de las esperanzas, luce en el horizonte todavía, pero tenue, lejano é inabordable.

Este faro lejano y esta remota esperanza lo son:

Para el que sólo ansía el vivir mucho, los casos de longevidad que relatan los periódicos.

Para el pobre, la lotería.

Para el condenado, la libertad.

Para el enfermo, la panacea que buscan en vano la ciencia y el empirismo.

Mas estos locos deseos no son más que espectros y fantasmas construídos con ceniza, que al menor contacto con el aura de la realidad se deshacen, dejando un sinnúmero de decepciones en el alma.

En tiempos de más piedad que los que corren, los reyes penitentes y los anacoretas se cubrían la cabeza con ceniza. La ceniza entonces se ostentaba al exterior: ahora no; ahora está por dentro, y por dentro hace el estrago.

Se cree cándidamente en la amistad. Mientras que no se somete á prueba, todo va bien: confianza omnímoda; abandono, el que la misma confianza produce: nada de suspicacia ni de recelo. Pero llega el momento; es preciso utilizar la amistad, y ésta desaparece: la suplanta la indiferencia, esto es, la ceniza.

Como el crédito mercantil, que sirve de mucho cuando no se necesita, y cuando hace falta y se le quiere emplear se pierde por completo.

El genio ¡ah! lo que es el genio se inflama como el ramaje seco del bosque. Sube la llama, innunda de viva claridad el espacio, después se amortigua, decrecen sus fulgores, quedan arenas en el suelo todavía; pero á poco, si se quieren remover, sólo se encuentra ceniza y el hogar está frío como la muerte.

Como la muerte... Cuando el genio sabe morir á tiempo, menos mal. Murillo, precipitado de un andamio por ver el efecto de su última obra pictórica; Gayarre, cantando la romanza de los *Pescadores de perlas*, acabaron bien y á punto. Sentir que se turba la vista como al pintor Esquivel; que la voz conmovedora y vibrante de otros tiempos se apaga, como sucedió á Tamberlik, es ser el hombre de genio doblemente desgraciado.

Napoleón el Grande, muerto después de Jena y Austerlitz, ó entre las llamas del kremlim de Moscou, una gran cosa; muerto de pesar en Santa Elena, un desdichado.

Napoleón el Chico, muerto después de Magenta, Selferino ó Sebastopol, un genio. Después de Méjico un fracaso; después de Sedán, ceniza: la ceniza del olvido en tierra extraña.

La historia no es más que un vastísimo panteón; un libro de ceniza de pueblos, de reyes, de héroes y de magnates, cuyas páginas están cubiertas por el polvo de los siglos.

Ceniza son en la edad madura los juguetes de la niñez, los alientos de la juventud y el ardor de sus placeres. Despiadado el positivismo, descarnado y escueto, se le presenta en la vida al hombre cuando va avanzando en ella, y después de afanarse por mejorarla, por obtener satisfacciones para el amor propio, y dar cabida en su pecho á la ambición y aun á la avaricia, no queda más que polvo sutil al cabo de la jornada; porque como se desdeñaron los juegos infantiles y las empresas amorosas, también se desdeñan á su vez honores y posición, que ya no hacen latir el corazón como cuando se deseaban; porque el corazón, á fuerza de agitarse y arder en medio del volcán de las pasiones, se va convirtiendo en ceniza.

Pero dejándonos de filosofías, el caso es que la ceniza debe ser cosa mala cuando nadie quiere que se la pongan, y menos en la frente. Sólo la Iglesia tiene privilegio para ello, y nosotros la recibimos como acto de religiosa humildad.

De cualquiera á quien le sueltan una desvergüenza que le deja pegado á la pared, se dice que le han puesto la ceniza en la frente.

Cuando una niña casadera despacha á un pretendiente que no le gusta, se dice también que le ha dado calabazas; pero si la presunta suegra es la que se entiende con él, le pone á su sabor la ceniza en la frente.

Si un empleado del Gobierno recibe, cuando más celoso se encuentra en el cumplimiento de su deber, el oficio de cesantía, que en el *argot* burocrático se llama la *papela*, no es la *papela* lo que recibe, sino que como el ministro necesita aquel puesto para un ahijado, tiene necesidad de poner al desventurado *sudatinta* la ceniza en la frente.

De lo que resulta que la ceniza en la frente, de un modo ó de otro administrada, significa escarnio, vilipendio, chasco ó decepción. Un poco de polvo inofensivo al parecer, que con una punta del pañuelo mojada en agua se quita; y, sin embargo, ¡qué simbólico es! Se siente á su contacto algo terroso y frío como la muerte, y desfallece el alma del que lo recibe.

Memento homo nos dice el cura en latín, sin duda para dorar la píldora, como hacen los boticarios: aun si dijera *Memento mulier*... Pero lo peor es lo que sigue: que somos polvo y en polvo nos hemos de convertir.

Diz que los trapenses, cuando se encuentran, se saludan entre sí de este fúnebre modo:

– Morir tenemos.
– Ya lo sabemos.

Para lo cual, y puesto que lo sabemos de sobra, mejor fuera no encontrarse á nadie, si es que á los laicos les diera por saludar como lo hacen los venerables hermanos de la trapa.

Más de una vez, y aun de cinco y de diez, ponen la ceniza en la frente los matuteros á los guardas de consumos, sin que sea primer día de cuaresma; y otras tantas la sufren todos los chasqueados y los sorprendidos *infraganti* en cualquier gatuperio económico administrativo, así como las numerosas víctimas del procedimiento del timo y los *entierros* de caudales imaginarios.

Algunos testadores incoercibles se la ponen también desde ultratumba á los que se creen ser presuntos herederos; pues que el notario les entera, en su día, de que el pariente á quien lloran les ha puesto la ceniza en todo el cuerpo y principalmente en el estómago.

Lo mismo que un comerciante quebrado á sus acreedores.

Y el respetable público suele hacerlo con artistas cantantes y declamantes, y con autores de meollo de secano que no aciertan á darle gusto.

Persuadido de la importancia del recuerdo, este Gobierno, el otro Gobierno, todos los Gobiernos, le ponen la ceniza al país; pues bueno es que los contribuyentes se persuadan de que son polvo, y en polvo se han de convertir, al fin y al cabo, ellos, los contribuyentes, sus casas, sus cortijos y sus industrias, así como su dinero también.



HOJAS CAÍDAS, cuadro de L. Doyen

(Salón de París, 1890)

El inolvidable *Fígaro*, el crítico sin par de nuestras costumbres, D. Mariano José de Larra, dijo un día, y dijo bien: «Todo el mundo es máscara, todo el año es carnaval.»

Parodiando el pensamiento, bien debiéramos decir nosotros: «Todo el año es cuaresma, y todos los días de la semana son miércoles de ceniza.»

Nuestro libre albedrío en este asunto no nos sirve para maldita de Dios la cosa. Si no vamos espontáneamente á que nos la pongan, si no nos resignamos á recibirla, si queremos en nuestro orgullo luchar temerariamente contra el destino, no ha de faltar quien en el mundo y en la sociedad en que vivimos nos ponga, en toda regla, la *ceniza en la frente*.

Agustín González Ruano

LO QUE NO DIJERON LOS PERIÓDICOS

I

Los diarios de Madrid publicaron la siguiente noticia: «A las dos de la madrugada de ayer y en una casa de huéspedes de la calle de Atocha, número **, se suicidó de un pistoletazo en la frente un joven llamado Lorenzo N. Según nuestros informes, dicho sujeto no gozaba de muy buenos antecedentes, y era hombre de carácter pendenciero; parece que en el mismo día de ayer había sido llevado á la prevención por desacato á la autoridad. Entre los papeles del suicida se ha encontrado una credencial, para Cuba, extendida recientemente á nombre del mismo. Se cree que un repentino acceso de locura, producido acaso por el abuso del alcohol, haya sido la causa del suicidio.»

Yo he conocido á los personajes de este drama, y voy á ampliar la noticia transcrita.

Comenzaré por don Procopio, primer eslabón de la cadena por donde fué descolgándose el desgraciado Lorenzo, hasta que, faltándole uno de los anillos, fué á dar con su cuerpo y se rompió la crisma en los tenebrosos abismos del suicidio.

Iba yo con alguna frecuencia á la casa de huéspedes de la calle de Atocha, número **, á visitar á mi amigo F. Llegué un día á la hora de comer, y, por ser yo de confianza, me pasaron, como otras veces, al comedor. Antes de llegar á él, llamaron mi atención fuertes voces y golpes dados sobre la mesa, como en el calor de encarnizada disputa. Hallábanse allí hospedados por aquel tiempo, además de mi amigo, periodista de profesión, dos cursantes del último año de la carrera de Derecho, un médico que aspiraba al grado de doctor, un empleado de Hacienda y un comisionista de géneros catalanes. Al entrar en el comedor, me encontré, además de los mencionados, con un nuevo huésped: don Procopio. Eran sus compañeros de hospedaje – sobre todo los abogaditos y el médico – gente descreída y zumbona, partidarios del *determinismo*, de la *teoría de la evolución* y de otras zarandajas por el estilo. Al encontrarse en su compañía con un provinciano que respiraba cierto olorcillo á sacristía, intentaron tomarle el pelo, como vulgarmente se dice, poniendo á discusión el tema de la infalibilidad pontificia. El bendito del recién llegado, á falta de mejores razones (que no se le ocurrían indudablemente por ofuscarle la inteligencia el religioso celo de que se hallaba poseído), los llamaba herejes á grandes voces y con la cara más encendida que un tomate. Afortunadamente llegué yo en ocasión de poder terciar en la contienda, y tuve la suerte de hallar un medio de conciliar tan opuestos pareceres. Como yo no estaba acalorado por la discusión, y miraba las cosas con serenidad de juicio y como quien ve los toros desde la barrera (permítaseme esta metáfora taurina), les dije que aquella cuestión no era para discutida en serio por personas que no poseían los indispensables conocimientos teológicos. Jamás hubiera yo esperado éxito tan completo. Los estudiantes de Derecho y el médico convinieron inmediatamente conmigo en que el asunto no era para discutido por ellos en serio. En cuanto á don Procopio, al ver que yo apoyaba de una manera tan decidida su causa, se le saltaron las lágrimas de puro agradecido, y hasta creo que estuvo á punto de abrazarme. Desde aquel día, mi amistad con él quedó asentada sobre sólidos cimientos.

¡Qué verdad es que la cara es el espejo del alma! El que vea á don Procopio y contemple la franca y abierta fisonomía de aquel sencillo provinciano, no tiene más remedio que decir: «hombre honrado á carta cabal y bueno hasta la pared de enfrente.» Y si llega á tratarlo, tendrá muy pronto ocasión de convencerse de que aun se había quedado corto.

¡Y lo que sabe! De chiquirritín, fué monaguillo en su pueblo y aspirante á sacristán: por su piedad y por los disciplinazos que se daba ante las devotas, la Alcaldesa lo mandó á estudiar al seminario más próximo; pero *Procopinpinillo* tenía tan desarrollado el amor al campanario de su pueblo, que se escapó del seminario y se volvió á la sacristía, donde pidió de rodillas perdón á la Alcaldesa, que acababa de enviudar; luego se metió á alpargatero; después, compadecida la viuda, lo colocó de escribiente en el Ayuntamiento, y allí el diablo del chicuelo se daba tan buenas trazas en los expendientes de quintos, que los padres de los que no salían soldados le daban algunos regalitos, con los cuales se hizo destajista de una carretera que jamás se llegó á terminar. La Alcaldesa, que tenía guardado un buen gato de onzas de oro, ayudaba al mozuelo en los negocillos que éste se agenciaba: todo desinteresadamente, por supuesto, y sin los motivos que suponían las murmuraciones; porque ella era fea, viejecilla y beata, y él, á pesar de su franca y abierta fisonomía, era más feo que un jimio y con ribetes de devoto. ¡Malas lenguas! Pero ¡anda! que poco les duró la murmuración; porque la pobre de la Alcaldesa viuda se murió de escarlatina, dejando por heredero de un colmenar que tenía muy bueno al malogrado seminarista; y aun se susurró que el gato de las peluconas estaba en poder de Procopinpinillo al ocurrir el fallecimiento de su protectora

El heredero se dedicó al negocio de la cera y de la miel, y mientras más miel despachaba y en más negocios de carreteras se metía, más meloso se hacía su carácter y más se veía retratada la honradez en aquella cara de ángel, aunque fea.

Y ¡lo que es no deberle nada á nadie! *Procopinpinillo*, á los pocos años, era ya *Procopio*; y en menos años todavía llegó á ser *D. Procopio* y cacique carlista de su pueblo. No había paliza dada á los liberales que no se le atribuyese; pero ¡ca!; todo eran puros enredos; porque él en nada ostensiblemenre se metía.

En aquel corazón, que Dios ha amasado sin duda con almíbar y pasta de almendra, no caben más que sentimientos de amor y caridad; alma mil veces bondadosa, siempre dispuesta al sacrificio, si necesario es, en favor de sus semejantes. Y al mismo tiempo, ¡qué firmeza de carácter y qué atlética robustez! Según he sabido por algunos de sus paisanos, es hombre que derriba un toro con facilidad prodigiosa, y tirador de tal naturaleza, que donde pone el ojo pone la bala. Por tan raras cualidades fué solicitado en más de una ocasión durante la última guerra civil para capitanear una partida carlista; pero él rechazó siempre con indignación semejantes proposiciones. Una vez desapareció del pueblo y no se supo su paradero durante algunos meses, habiendo coincidido por extraordinario azar su desaparición con el levantamiento de una partida facciosa en la provincia vecina. Pero cuando aquella partida fué disuelta, D. Procopio reapareció en su pueblo, y contó que había sido secuestrado por unos bandidos; aunque él nunca quiso delatar este hecho á las autoridades, porque no persiguieran á los *pobrecitos bandoleros*, como él decía. Pues así y todo, no se ha visto libre de los ataques de la calumnia. El mismo D. Procopio me ha confesado á mí que, entre otras causas, se vino á Madrid huyendo del cura de su pueblo, que le había tomado mucha tirria, engañado á su vez por la más malévola de las calumnias. Propalaron *sotto voce* las malas lenguas del



TRÍO CAMPESTRE, cuadro de Mr. Debat-Ponsan, grabado por Baude

(Salón de París, 1889)



LA LUCHA, cuadro de Mr. Friant, grabado por Baude

(Salón del Campo de Marte, París, 1890)

pueblo que cierta manda religiosa por valor de algunos miles de reales que había recibido nuestro buen Cerero para misas de San Gregorio, no había ido á parar á manos del cura. ¡Qué indignidad!

II

Lorenzo tuvo la suerte de tropezar durante su vida con la gente más buena del mundo. Si alguna vez experimentó disgustos y sinsabores, puede decirse que fué porque á él le dió la gana. Desde muy corta edad reveló grandes dotes intelectuales; á los nueve años no cumplidos sabía ya los números romanos y decía de memoria la lista de los reyes de España: verdad que algunas veces colocaba á Felipe II entre los reyes godos y á Chindasvinto en la casa de Austria; pero ¿qué es eso en edad tan tierna? El padre de Lorenzo, que se había roto el alma cultivando aranzadas y más aranzadas de tierra para dejar á su hijo fortuna con que vivir desahogadamente, no quiso que se esterilizaran tan felices aptitudes: no era cosa de que un talento tan precoz se consagrara á las rudas y bajas tareas de la labranza. A la edad de once años fué enviado Lorenzo á estudiar el bachillerato en el Instituto de la capital de la provincia. Si el honrado labrador no hubiese muerto casi repentinamente á los pocos meses de esto, quién sabe adónde habría llegado Lorenzo en punto á instrucción. Pero el chico había nacido con buena estrella; y si perdió al autor de sus días, le quedó tutor cariñosísimo y albacea integérrimo en D. Procopio el Cerero. Observó éste que los aires de la capital no sentaban bien al muchacho, y arreó con él para el pueblo más que de prisa. La ciencia es vanidad mundana, y antes que todas las vanidades del mundo están la salud del alma, en primer lugar, y, en segundo, la del cuerpo

No tuvo ya Lorenzo que quebrarse la cabeza para nada en todos los días de su vida: mesa abundante y sana, traje adecuado para cada estación, y hasta su jaquita para pasear: á todo proveía el Cerero, quien (hay que decirlo en honor suyo) se cuidó ante todo de dar al chico una sólida educación cristiana.

Hora es ya de decir que Lorenzo había tenido siempre, desde muy pequeño, un defectillo que, andando los tiempos, había de acarrearle desastrosas consecuencias. Lorenzo había padecido desde niño de alucinaciones. Tal vez la misma viveza de su imaginación fué causa de ese desarreglo cerebral. Recuerda D. Procopio que, recién vuelto al pueblo Lorenzo, después de la muerte de su padre, se empeñó el diablo del muchacho en que un carnero blanco muy hermoso que tenía una de las sobrinitas del Cerero era un borrego que él había criado, y que tuvo naturalmente que dejar en su casa cuando le enviaron á estudiar. Dios y ayuda costó disuadir al chico de su error.

– Pero ven acá, hombre, como le decía el excelente D. Procopio; si el tuyo era un borreguito, y éste es un carnero grande, ¿cómo han de ser uno mismo?

¿Pues y otra vez que se empeñó en que el reloj de oro que llevaba puesto el Cerero era el de su padre?

– Pero, chiquillo, ¿no te fijas en que el reloj de tu padre estaba unido á una cadena de oro muy gruesa, y éste va sujeto solamente con un cordoncito?

Y otras mil locuras á este tenor, y que denotaban ya la predisposición al extravío que había en aquel cerebro.

Tras no pocos años de holganza y ciertos disgustillos de unos amores en un principio contrariados, deparó el cielo á Lorenzo una felicidad tan grande, que todavía á estas horas debe estar acordándose de ella en el otro mundo, por donde se coló tan inopinadamente y sin permiso de nadie.

¡Qué hija le había dado Dios al registrador de la propiedad de aquel partido! En punto á prendas físicas, era Pilar el conjunto de todos los bienes sin mezcla de mal alguno. No seré yo por cierto quien intente hacer el retrato de criatura tan perfecta. ¡Vaya unos ojos y una boca y unas manos y unos pies y...! En fin, el lector se imaginará todas aquellas cosas que yo por necesidad me callo. ¿Qué de extraño tiene que Lorenzo se enamorase tan perdidamente de ella? No demostró sino muy buen gusto, y yo soy el primero en alabárselo.

El registrador, y aun la registradora, que soñaba siempre con volver á vivir en Madrid, su pueblo natal, no veían con malos ojos aquella amorosa y honesta inclinación de Lorenzo, quien, á decir verdad, no carecía de buenas prendas personales y poseía además unos sentimientos muy delicados, juntamente con la hacienda necesaria para levantar las cargas de la familia.

Un suceso inesperado vino á entibiar aquellas felices disposiciones. Durante ciertas elecciones muy reñidas para diputados á Cortes, el candidato oficial, personaje importantísimo y que ocupaba uno de los más altos puestos en la política española, fué al pueblo: ¿y dónde había de hospedarse? En casa del registrador. Añadid á esto que aquel gran personaje se había dignado dirigir no se qué chicoleos á Pilarita, y se comprenderá sobradamente el legítimo orgullo de la familia y el disculpable desvío con que desde entonces se vió tratado Lorenzo. Pero el Dios de Israel que envió las siete plagas de Egipto y que abate los imperios más poderosos, había decretado también allá en sus inescrutables designios la más negra de las desgracias para aquella familia por tantos conceptos dichosa.

¡Cólera del año 85! ¿por qué cortaste el hilo de la vida del registrador de la propiedad?

Ya se ve, para una persona de mundo, la conducta de los padres de Pilar nada puede ofrecer de censurable. ¿Qué han de desear unos padres para su hija? Pues lo mejor, y no hay que hablar una palabra más. Pero Lorenzo era un muchacho sin experiencia, que había visto el mundo por un agujero, y enamorado además de Pilar hasta la medula de los huesos. Así es, que consideró como desaire á su persona lo que no era más que laudable interés personal, y dejó, no sólo de visitar á los registradores, sino hasta de pasar por la calle en que vivían.

¿Cuál no sería la sorpresa de Lorenzo cuando, al tropezarse un día de manos á boca con Pilar y con su madre, ambas de riguroso luto, se sintió detenido por la registradora, que le disparó á boca de jarro el siguiente saludo, entrecortado por grandes sollozos y limpiándose incesantemente los ojos con el pañuelo?:

– Hombre, parece mentira que habiendo sido tu padre tan amigo de mi difunto y queriéndote yo tanto que ni que fueras mi hijo, no te hayas dignado poner los pies en mi casa, para que tuviéramos siquiera ese consuelo en medio de nuestra desgracia. *Esta*, que es un alma de Dios, me ha hablado muchas veces de tu despego con lágrimas en los ojos.

Extático, perplejo y hasta yo no sé cómo se quedó Lorenzo al escuchar tales palabras, que lo bañaban en felicidad, y llegaban á sus oídos como música bajada del cielo. *Aquélla*, entre tanto, muda y como avergonzada, miraba al suelo con aquellos ojos tan grandes y tan hermosos que Dios le había dado. Y qué retebonita que estaba con su vestido negro y con su manto de luto. Al separarse de ellas Lorenzo, pensaba para sí:

– Pero qué animal he sido al figurarme que Pilar y su madre me despreciaban. ¡Mire usted que no haber yo conocido!... ¡Cuidado que he sido alcornoque!

Si á él lo hubieran dejado, á los tres días se casa con Pilar; pero la registradora le paró los pies diciéndole que nada precipitado y de trompón ha salido nunca bien, y que á él le convenía ante todo asegurarse una posición social fuera de los reducidos límites de su pueblo, y darse á conocer en el mundo, á lo cual había de contribuir poderosamente aquel tan gran personaje amigo del difunto.

El mismo día de esta conversación manifestó Lorenzo á D. Procopio su inquebrantable propósito de hipotecar sus tierras y marcharse á Madrid. Convencido el buen Cerero de que todos sus sermones serían inútiles para hacer desistir á Lorenzo de sus planes, entró en otro género de explicaciones.

– Yo nunca he querido darte disgustos, porque mientras yo viva y el Señor me dé salud y fuerzas, nada ha de faltarte á ti en el mundo; pero hoy es ya necesario que sepas que tu fortuna no es tanta como hayas podido imaginarte. Tengo que decirte que el mismo año en que murió tu padre, á quien Dios tenga en su santa gloria, devastó un huracán todo el olivar nuevo; al año siguiente, una tremenda riada, que desoló la comarca, se llevó una partida de cerdos que importaban más de tres mil duros; un pedrisco destruyó á los pocos meses casi toda la cosecha, y la langosta se encargó del resto. Y no quiero hablarte de los estragos producidos por la filoxera, ni decirte una palabra de las contribuciones, que son la peor de las plagas para el pobre labrador.

Atónito y estupefacto se quedó Lorenzo al saber que durante su niñez habían andado tan furiosos y desbarajustados los elementos. Hasta en esto había tenido suerte aquel pícaro de muchacho. Desde que él había llegado á ser mayorcito y á poder apreciar las cosas, habían cesado tan tremendos cataclismos en el planeta.

El tutor continuó:

– Si te pones en manos de los usureros, te dejarán sin camisa. Yo tengo, aunque pocos, algunos ahorrillos, y gracias á Dios algún crédito para conseguir lo que me falte hasta completar la cantidad de tres mil duros, que nadie te daría por la hipoteca, y que yo voy á darte. Claro es que si yo fuera solo, toda formalidad estaba de más entre nosotros; ¡pues no faltaba otra cosa! Pero como somos mortales, y como tengo esta caterva de sobrinos que tú ves, y el día que yo cierre el ojo no sé lo que va á ser de los pobrecitos de mi alma, extenderemos nuestra escriturita y se harán todas las cosas como Dios manda. Quiere decir que por lo pronto te entregaré mil duros al hacer la escritura, y después te iré dando el resto conforme te vaya haciendo falta; porque, si te lo entrego todo junto, yo sé lo que son los muchachos y lo que es la falta de experiencia.

Pasada una semana, Lorenzo recibía la bendición de su tutor D. Procopio el Cerero, que lo despidió llorando á lágrima viva, y se trasladaba á Madrid en compañía de la registradora y de su hija, aquella Pilar tan adorada, verdadero pilar en que se asentó un día todo el edificio de su felicidad, que, al faltarle tan firmísimo asiento, se vino á tierra; lo cual nada tiene de particular, en atención á que siempre le ha pasado tres cuartos de lo propio á todo edificio al cual le faltan los cimientos.

III

– Buena la hechos hecho, decía la registradora repantigada en una butaca. Al mismo demonio se le ocurre venirse á buscar á un personaje en Madrid durante el verano; en la estación de irse á tomar baños y aguas.

– Mientras nada nos falte, como hasta aquí, bien podemos aguardar á que vuelva, contestó Lorenzo mirando apasionadamente á Pilar, que se hallaba sentada junto á él en un canapé.

Tenía razón la registradora. Al mismo demonio se le ocurre venirse á buscar á un personaje en Madrid durante el verano. Frescos estarían los tales personajes si se quedaran en este achicharradero. ¿Pues para qué se ha hecho el mar, y para qué han de servir tantas divinas aguas azoadas, carbonatadas, sulfurosas, etc., etc., sino para que los personajes se humedezcan y refresquen por dentro y por fuera?

En realidad, el contratiempo no era muy grande, toda vez que en la fonda les daban admirablemente de comer y los trataban á cuerpo de rey. Casi estoy por decir que aquello fué una felicidad. ¡Qué paseos tan grandes dieron, en coche, á pie, en tranvía, de todas maneras, y qué dichoso fué Lorenzo aquella temporadita! Durante la primera semana de permanencia en Madrid se gastó nada menos que diez mil reales en alhajas para su amada; esto, sin contar los vestidos, sombreros y otras mil cosas á cual más bonitas y que sentaban admirablemente á Pilar.

Había ya notado Lorenzo que el fajo de los billetes iba disminuyendo mucho; pero él no daba á aquello importancia ninguna; hasta que, al ir un día á sacar dinero para pagar la fonda y comprar algunas menudencias, se encontró ¡oh desdicha inesperada! con que poseía por todo capital un billete de veinte duros. Haciendo de tripas corazón y como Dios le dió á entender, manifestó Lorenzo á Pilar y á su madre la precaria situación á que habían llegado.

– ¡Pero eso es una atrocidad!, dijo ásperamente la registradora al recibir tan tremenda noticia; y algo más repuesta continuó: – Mira, hijo mío, de muy buena gana empeñaría yo las alhajas que tú le has comprado á *ésta*. Pero esos son recuerdos de cariño, y sería herir tu amor propio el proponértelo siquiera. Nosotras somos muy delicadas, y de ninguna manera queremos ofenderte. Yo he oído decir que á un hombre de energía y de talento no le faltan nunca recursos en Madrid. Ya ves, nosotras no tenemos aquí más calor que el tuyo.

La registradora terminó su discurso cubriéndose el rostro con ambas manos y rompiendo á gimotear ruidosamente, en lo cual no tardó su hija en hacerle el más lastimoso dúo. Fué aquella una escena para hacer llorar á las piedras. ¡Qué no le pasaría á aquel pobre enamorado!

Dios mejora sus horas, y aquel mismo día, cuando Lorenzo vagaba como un loco y próximo á la desesperación por las calles de Madrid, cátate aquí que lo abrazan.

– Pero muchacho, ¿es posible que ni siquiera te hayas acordado de ponerme dos letras diciéndome dónde parabas? ¡Quince días en Madrid, sin dar contigo por ninguna parte!

Lorenzo se apresuró á contar á D. Procopio lo que le ocurría. El buen Cerero interrumpía sólo de vez en cuando la relación con esta frase.

– Qué demonio de muchachos... qué demonio de muchachos...

La noche de aquel mismo día, Lorenzo, Pilar y la madre de ésta quedaban instalados en la casa de huéspedes de la calle de Atocha, donde paraba el tutor, quien tuvo, por de contado, que pagar una semana vencida en la fonda y un mes adelantado, por los tres, en la casa de huéspedes. Verdad que al día siguiente se vió Lorenzo precisado á firmar un pagaré por valor de media talega; pues su tutor, al venirse del pueblo, no había podido prever aquella contingencia, y el buen hombre tuvo que echarse á buscar dinero á premio para sacar del atolladero á toda aquella pobre gente.

IV

Volvieron por fin á Madrid las personas que habían salido á veranear, y con ellas el personaje tan ansiosamente esperado. Pero entonces comenzó para nuestros conocidos un nuevo género de obstáculos; el de obtener una audiencia ó entrevista. Allá para fines de octubre consiguieron Pilar y su madre allanar esta dificultad. En cuanto á Lorenzo, se quedó en casa aguardando el resultado, pues la registradora se opuso terminantemente á que las acompañase, diciéndole:

– Mira, hijo mío, nuestra posición ha venido muy á menos, y las personas cambian mucho. Yo no sé cómo nos recibirá ese señor; y si á nosotras nos hacen un feo, no quiero de ningún modo que te lo hagan á ti.

Sólo vagas esperanzas y promesas no bien definidas trajeron de aquella primera visita y de otras muchas que se verificaron en días sucesivos. Eso sí, lo que habían conseguido era que el despacho del referido personaje estuviera abierto para ellas á todas horas, lo cual era desde luego un excelente augurio según el Cerero. Pero Lorenzo andaba, sin saber por qué, mohino y cabizbajo, y la registradora tuvo al fin que transigir en que las acompañase, si bien se quedaba siempre aguardándolas, á veces hasta dos horas, en la calle. Una sola vez subió hasta la portería, pero desde allí se volvió á su acostumbrado sitio de espera. Mucho debían interesarse por él aquellas dos mujeres y sostener conversaciones muy acaloradas, cuando tanto duraban las visitas, y porque Pilar salía siempre del despacho de aquel gran personaje con el color más sonrosado y bonito que darse puede.

En uno de aquellos días ocurrió un lance bastante desagradable. ¡Otra alucinación del pobre Lorenzo! Cansado ya de dar paseos por la calle, y habiendo subido á sentarse con los porteros junto á la mampara del despacho, entreabrió distraído y sin darse cuenta de ello dicha mampara; por azar, estaba levantado el portier situado detrás de aquélla, y para colmo de casualidades, también se ha-

llaba medio corrido otro portier colocado sobre la puerta de un gabinetito muy cuco allá en el fondo del despacho. Yo no sé lo que la mirada, en un principio distraída, de Lorenzo pudo ver en aquel gabinete (ó mejor dicho, lo que creyó ver; pues aquello, según don Procopio, fué el síntoma más alarmante de la locura de Lorenzo). Inyectados en sangre los ojos y con los puños crispados iba ya á lanzarse Lorenzo al interior del despacho, cuando fué advertido todo aquello por los porteros. Precipitáronse rápidamente sobre él, á tiempo de impedir tamaño desafuero, y volvieron á cerrar la mampara; pero no pudieron estorbar que el primero que se acercó á Lorenzo, y que llevaba un galón dorado muy ancho en la gorra, rodase por el suelo de un furioso puñetazo en la frente. Quiso la desdicha de Lorenzo que se hallasen allí, no sé por qué ni para qué, unos agentes de la ronda secreta, los cuales la emprendieron á estacazo limpio con el pobre alucinado, y no le dejaron hueso sano. Y para ribete de empanada, en medio de aquel diluvio de garrotazos, el del galón de oro, ya de pie y repuesto de su aturdimiento, echó mano á un tintero de pedernal que había sobre una mesa, y lo disparó con tanto acierto en el paroxismo de su dignidad porteril ultrajada, que fué á darle en un pómulo al infeliz Lorenzo, levantándole allí acto continuo un verdugón amoratado que daba miedo verlo. Y gracias á que no le saltó un ojo, porque le dió de plano. No hay que decir cómo lo puso de tinta desde los pies á la cabeza.

Cuando Lorenzo pudo volver á ser dueño de sí, se encontró en la prevención, siendo ya muy cerca de la media noche. Al hacerse cargo de su situación, sacó un billete de cinco duros, y lo ofreció á quien le facilitase recado para escribir una carta y la llevase después de escrita á su destino. No se había dirigido á sordos ni á personas exentas de sentimientos caritativos. Un desinteresado guardia de orden público que nada quería admitir, pero que al cabo no tuvo más remedio que guardarse el billete, se apresuró á satisfacer ambos deseos. Por aquella carta fué sabedor de las desdichas de Lorenzo el excelente don Procopio, quien se apresuró á ir á sacarlo de allí. Algo más sereno y refrescada su cabeza con el ambiente de la noche, refirió Lorenzo por la calle á su tutor lo que había creído ver en el gabinetito de marras.

–¡Pero, hijo mío, que siempre hayas de padecer esas alucinaciones!

El buen Cerero le exhortó, como era natural, á que no diese nunca albergue á malos pensamientos, por ser este un pecado muy grande, que el Señor castiga mucho; y en prueba de ello iba ya á añadir que Dios en aquella ocasión lo había castigado sin palo ni piedra, cuando la vista del tremendo cardenal en el pómulo y el estado de Lorenzo, que apenas podía andar de puro molido, contuvieron en sus labios aquel saludable proverbio religioso. Por supuesto, que D. Procopio se guardó muy bien de decir á Lorenzo que la registradora y su hija no habían parecido todavía á aquellas horas por la casa de huéspedes.

Una vez en su domicilio, el buen tutor no quiso retirarse á descansar hasta dejar á Lorenzo en su cuarto y con la luz encendida, exhortándole una vez más á que no se dejase llevar en lo sucesivo de alucinaciones ni de malos pensamientos. En el momento de ir á marcharse de allí, sacó del gabán una pistola de dos cañones, y la colocó sobre la mesa de noche, diciendo á Lorenzo:

–He estado ya un ciento de veces para dejar esto aquí, y siempre se me ha pasado. Ya tú la conoces; es la pistola que suelo llevar allá en el pueblo cuando voy al campo, para defenderme de los perros de los cortijos. Como me has hecho salir hoy á la una de la noche, y como en Madrid hay tanto tunante, me la eché al bolsillo. Pero no quiero que nadie me vea esto encima. Guárdala tú ahí hasta que yo te la pida.

Dicho esto, dió las buenas noches á Lorenzo, y se retiró á su habitación.

Había echado Lorenzo agua en la jofaina, y se disponía á lavarse cara y manos, ridículamente pintarrajeadas de tinta, cuando se presentó la criada y le entregó dos escritos que habían traído para él aquella misma noche. Una vez solo y cerrada la puerta, se apresuró Lorenzo á mirar ambos sobres: uno de ellos tenía el sello del ministerio de Ultramar; el otro era de letra de Pilar. Lorenzo rasgó con mano febril el segundo, y aproximándose á la mesa de noche, en donde estaba ardiendo la bujía, leyó la siguiente carta:

«Vien sabes tú que yo y mi madre somos muy delicadas. Ahí tienes una credensial para Cuva, que te ha sacado el personaje que mira por nosotras, y que dise que te acenderá cuando pueda. Con que ya tienes pagado lo que as echo por nosotras. No pienses en bolber á ver nos, porque nosotras somos mui delicadas.»

Cuando Lorenzo acabó de leer esta carta, dejó caer una mano sobre la mesa, y tropezó con la pistola.

. . . .

D. Procopio, que siempre que me ve me habla del pobre Lorenzo con lágrimas en los ojos, me decía desconsolado no hace aún muchos días:

–¡Mire usted que haberle yo dejado aquella noche la pistola!... Créame usted, lo que más me duele es haber tenido que heredar forzosamente á aquel pobrecito mío. Pero yo aplicaré todo su dinero á sufragios para su alma. Yo se lo pagaré todo en misas de San Gregorio.

JOSÉ TORRES REINA.

LAS MUÑECAS FONOGRÁFICAS DE EDISSON

La fonografía de Edisson ha dado origen en los Estados Unidos á una nueva fabricación en extremo curiosa. El célebre inventor ha concebido la idea de aplicar su maravilloso invento á la confección de muñecas parlantes. Una muñeca encierra, disimulado dentro de su cuerpo, un pequeño fonógrafo en donde una niña con su voz infantil recita una máxima ó un cuento corto que aquélla está siempre dispuesta á repetir. La idea es original y encantadora, y las muñecas de Edisson, dejando muy atrás á las que sólo decían *papá* y *mamá*, tendrán en el viejo mundo el mismo éxito extraordinario que han logrado en Nueva York.

Esta fabricación, organizada en Orange, en el establecimiento de Edisson, está instalada en una porción de edificios anejos especialmente destinados á la fabricación del fonógrafo según dos modelos: el primero es el aparato comercial; el segundo, mucho más pequeño, sencillo y barato, es el de las muñecas parlantes, que vamos á examinar.

Una gran parte del mecanismo necesario á la muñeca parlante se construye en el establecimiento destinado á la fabricación del fonógrafo ordinario, pero el ajuste de piezas y la preparación de los cilindros que han de contener el relato que la muñeca ha de referir se hacen en un edificio especial.



FABRICACIÓN DE LAS MUÑECAS FONOGRÁFICAS DE MR. EDISSON, EN NUEVA YORK

La muñeca terminada que se ve á la izquierda tiene el aspecto de una muñeca común: su cuerpo de estaño encierra el aparato, como puede verse en la muñeca desnuda de la derecha.

El aparato está de tal suerte colocado, que su volante aparece en la parte interior del cuerpo de la muñeca: el cilindro del fonógrafo está montado sobre un eje, y puede, por medio de un manubrio, volver á su posición primitiva terminada la audición. En el mismo eje de rotación una polea, provista de una pequeña correa de transmisión, pone en comunicación el cilindro del fonógrafo con el volante destinado á mantener una velocidad rotatoria uniforme. El mecanismo propiamente dicho está representado en la última sección de nuestro grabado. Con ayuda de una llave puede remontarse el aparato, es decir, colocar el punzón reproductor allí donde empiezan los surcos impresos en el cilindro para producir otra vez los sonidos de las palabras registradas.

La trompetilla acústica que en el fonógrafo ordinario amplifica el sonido está dispuesta en la parte superior del cuerpo de la muñeca, que tiene el vientre debidamente perforado. Dando vueltas á un manubrio, un niño puede hacer funcionar el aparato y recitar el cuento ó entonar la canción que le es dado reproducir.

El almacén de embalaje y de expedición de esta ingeniosa industria está representado en la parte inferior de nuestro grabado: encima de él se ve á una de las niñas empleadas que registran las palabras en el cilindro de cera del fonógrafo.

Esta industria recientemente establecida exige, no sólo gran habilidad mecánica, sino también instrumentos especiales y sumamente ingeniosos. Los ingenieros que se encuentran al frente de la misma se ocupan incesantemente en buscar nuevos medios que faciliten la fabricación.

El establecimiento tal como hoy está montado puede producir diariamente 500 muñecas parlantes. En él, como en todas las fábricas de las grandes ciudades americanas, la división del trabajo impera hasta en los menores detalles y todas las piezas que de las máquinas salen están sujetas á un minucioso examen y á una comprobación rigurosa que permiten montar las muñecas con la mayor exactitud y el más perfecto ajuste.

SINGULARIDADES DE GRANDES HOMBRES

Dice Suetonio que durante el invierno el emperador Augusto usaba siempre cuatro túnicas debajo de una gruesa toga, poniéndose además una camiseta de lana interior, y preservando sus miembros no menos cuidadosamente. En verano quería dormir siempre con todas las ventanas y puertas abiertas, y ofendíale tanto el calor, que tenía un esclavo solamente para abanicarle. No podía resistir el sol, ni aun en invierno.

Fernando II, Gran duque de Toscana, que murió en 1670, era esclavo de su salud. «Yo le he visto, dice el abate Arnauld en sus Memorias, paseándose en su cámara arriba y abajo entre dos grandes termómetros, en los cuales tenía fija la vista constantemente; y mientras tanto, se ponía y quitaba diversos gorros de diferentes grados de calor, según la temperatura.»

El abate de San Martín, que en el siglo XVII se hizo tan ridículo con sus pretensiones y manías, usaba nueve casquetes á la vez, los cuales cubría con una peluca á fin de preservarse bien del frío en la cabeza: también llevaba nueve pares de medias. Su cama era de ladrillos, debajo de los cuales colocábase un brasero construído de modo que no comunicara sino el necesario grado de calor. Para llegar á esta cama había una pequeña abertura, por la cual se introducía el abate al retirarse por la noche.

El jesuita Ghezzi, escritor del siglo XVIII, usaba siete casquetes debajo de la peluca.

Fourier, el distinguido matemático francés, había vuelto de Egipto acosado de un persistente reumatismo y de una continua sensación de frío, y padecía mucho cuando se hallaba bajo una temperatura de 20° Reaumur. Durante los últimos años de su vida, exhausto de fuerzas á consecuencia de un asma que había padecido desde su



SUSANA Y LOS VIEJOS, cuadro de A. Brouillet

(Salón de París, 1890)

juventud, veíasele siempre, cuando escribía, ó hablaba con sus amigos, encerrado en una especie de caja que no podía desviar de su cuerpo, dejando sólo en libertad la cabeza y las manos.

Donatello, el célebre escultor florentino, que murió en 1466, tenía la costumbre de guardar el dinero en una cesta colgada de un clavo en la pared de su habitación, sus trabajadores y sus amigos solían tomar de ella cuanto les parecía.

Beethoven, el compositor, estaba dominado por dos manías: una de ellas era cambiar de casa continuamente, y la otra pasear sin descanso. Apenas se instalaba en alguna nueva habitación, descubría al punto algún defecto, por insignificante que fuese, y comenzaba á buscar otra.

Todos los días después de comer érale preciso salir á pasear á pié, bien lloviera ó nevara, ó bien hiciese excesivo calor, y no ponía término á su paseo hasta estar completamente rendido.

El astrónomo francés La Caille había contraído la enojosa costumbre de leer y escribir solamente con un ojo, pues reservaba el otro para sus observaciones telescópicas. Por este medio, no obstante, obtuvo interesantes resultados; así, por ejemplo, podía reconocer con facilidad y precisión la altura de las estrellas sobre el horizonte del mar, observación generalmente muy incierta á causa de la dificultad de distinguir bien el horizonte en la oscuridad de la noche. No parece, sin embargo, que ningún astrónomo haya tratado de acostumbrarse á tan difícil práctica.

Shelley, el poeta, complacíase en hacer de continuo barquitos de papel para hacerlos flotar en el agua, y este infantil pasatiempo parecía fascinarle. Cuando se le acababa el papel que tenía á mano; servíase de los sobres de sus cartas y hasta de éstas. Asegúrase que cierto día, hallándose á orillas de un río, se le concluyó el material para hacer sus barquitos; no le quedaba más que un billete de Banco, y vaciló mucho antes de servirse de él; al fin pudo más su manía, é hizo flotar el costoso esquife.

Verneuill.

TORPEDO AUTOMÓVIL HOWEL

El torpedo Howel, gracias al principio giroscópico en que se funda, conserva de una manera absolutamente automática su dirección inicial: desde el momento en que es lanzado, toma también automáticamente, por medio de otro sistema especial, la profundidad para que está regulado y se mueve en un plano vertical. Su marcha en un plano horizontal es recta é independiente de la acción de las fuerzas desviadoras. Bajo la acción de las fuerzas exteriores transversales se inclina simplemente, en uno ú otro sentido, en vez de cambiar de dirección hacia la derecha ó hacia la izquierda, como sucede con los demás aparatos similares actualmente conocidos.

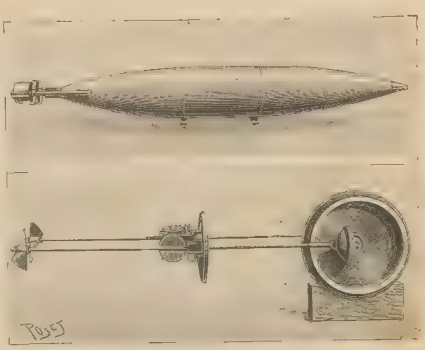
La inclinación que esas fuerzas imprimen en el torpedo obliga al regulador de éste á dar una serie de ligeros impulsos á los timones verticales, lo cual produce un movimiento, resultante del torpedo, contrario al que le ha comunicado la fuerza exterior desviadora. Finalmente, el torpedo, inclinado por la fuerza de ésta, vuelve á su posición normal, gracias á la acción automática de los timones, de suerte que la primitiva dirección de su trayectoria no sufre modificación alguna. La fuerza directriz, que es también la potencia propulsora, está almacenada en un volante de acero al que se imprime una gran velocidad de rotación por medio de una máquina fijada en el tubo de lanzamiento, al cual se encadena á voluntad del operador. La fuerza acumulada en el volante se transmite directamente á dos hélices propulsivos. El volante giroscópico comunica al torpedo una fuerza mecánica de dirección efectiva é inversible y al propio tiempo acumula una potencia de propulsión más considerable en un espacio menor y con mucho menos peso que el que ocasionaría cualquier otro procedimiento realmente práctico.

La rotación del volante se consigue por medio de un motor de vapor, eléctrico, de aire comprimido, etc., etc., según las exigencias especiales del servicio; pudiendo en dos ó tres minutos producirse la velocidad de rotación necesaria, que luego se conserva fácilmente hasta el momento de lanzar el torpedo. El mecanismo de éste es sumamente sencillo y comprende: el volante giroscópico con su eje, sus coginetes y su engranaje; los dos árboles propulsores, unidos al volante por medio de un engranaje; el regulador automático de inmersión, los timones horizontales y los timones verticales. El cuerpo del torpedo es de bronce de manganeso; todas sus demás partes son de bronce fosforoso, excepto el volante y los árboles de hélice, que son de acero. La carga explosiva, de un peso superior al de otros torpedos de igual desplazamiento, está encerrada entre los compartimientos del martillo de percusión y del volante.

Para los tiros de ejercicio el torpedo está dispuesto de manara que se para en un punto cualquiera de su recorrido y sube á la superficie del agua. También puede hacerse que al término de su marcha se hunda ó que flote con el percutidor desarmado. El torpedo está siempre á punto de ser lanzado sin necesidad de nuevo arreglo: no exige otra preparación que la soldadura de la válvula que pone en movimiento al motor auxiliar que, á su vez, comunica al volante el movimiento de rotación necesario. El volante da unas 10.000 vueltas por minuto; las hélices dan 5.000 en igual tiempo. Por su longitud relativamente corta, el torpedo Howel es de fácil colocación y maniobra á bordo: el que figuraba en la última Exposición Universal de París tenía 2'890 metros de largo y 0'356 de diámetro, y pesaba 60 kilogramos: el peso del volante era de 210 kilogramos y el de la carga explosiva de 50. La velocidad media en un recorrido de 400 metros era de 28 nudos.

El torpedo Howel puede ser disparado con cualquier aparato de lanzamiento que permita la instalación de un motor auxiliar destinado á imprimir al volante el necesario movimiento giratorio; el lanzamiento puede hacerse indistintamente por la proa ó por los costados del buque. Fuera de la adición del referido motor, pocas é insignificantes son las modificaciones que deben introducirse en los tubos actualmente empleados para el lanzamiento de los torpedos Whitehead y Schwarzkopf para que puedan disparar el torpedo Howel. El aparato de lanzamiento puede disponerse para disparar el torpedo por medio del aire comprimido ó de una substancia explosiva.

(De *La Nature*)



Torpedo automóvil Howel. – Mecanismo de propulsión, de dirección y de inmersión

Imp. de Montaner y Simón



AÑO IX — BARCELONA 23 DE JUNIO DE 1890 — NÚM. 443

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



COQUETERÍA, dibujo de Rejchan

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

COQUETERÍA, dibujo de Rejchan

Las gracias naturales, el medio ambiente en que se vive y las circunstancias de tiempo y de lugar son factores importantísimos de este que siendo vicio feo, en sentir de los que han sido víctimas de sus estragos, es atrayente virtud en concepto de los que en un momento dado se embriagan con sus fugaces deleites.

La mujer que Rejchan nos presenta en su primoroso dibujo, hecho con todo el arte y con todo el *chic* del que está familiarizado con el gran mundo, es indudablemente hermosa (¿quién se atrevería á dudarlo aunque la figura esté de espaldas?), y en ella la hermosura va unida á otros encantos no menos estimables que están á la vista; su aspecto demuestra que su existencia se desliza en medio de esa sociedad elegante y frívola, tan favorable al desarrollo del defecto que sirve de título al dibujo, y las circunstancias en que la escena se desenvuelve, así en lo que respecta al apuesto interlocutor como por lo que toca á los atractivos del lugar, convidan á hacer uso de esa arma, una de las más temibles del arsenal femenino.

Sentadas esas premisas, la consecuencia se impone; es decir, la beldad tan artísticamente dibujada por Rejchan tiene que resultar por necesidad coqueta y el episodio amoroso, tal como se nos ofrece, sólo puede caracterizarse por la palabra empleada por el artista: *coquetería.*

EL MUSEO DE ARTE Y DE INDUSTRIA de Saint Etienne

Se ha inaugurado en Saint Etienne un nuevo museo que ofrece gran originalidad y constituye una innovación interesante en materia de colecciones públicas.

Saint Etienne es el centro de dos grandes industrias artísticas, la fabricación de cintas y la de armas: el Ayuntamiento de esa villa, inspirado por el periodista Mr. Mario Vachon, ha creído que podría ser útil para ambas industrias fundar una gran institución que proporcionara á los obreros, á los amos y á los dibujantes todos los elementos de estudio necesarios para perfeccionar su educación técnica y artística, y que facilitara, á la par, modelos de buen gusto y de ejecución irreprochable á las demás industrias locales, tales como la ebanistería, la quincallería, el decorado interior de las casas, etc., etc. Ese proyecto se ha realizado y un vasto palacio sirve de albergue al museo municipal de Arte y de Industria, que ocupa doce salones y 300 metros de desarrollo de vitrinas.

La galería de cintas contiene colecciones de las más notables muestras de los talleres que en la villa han prosperado durante los siglos XVIII y XIX; hay en ella, además, tapicerías modernas de los Gobelinos y de Beauvais con sus modelos en pintura, y cuadros y acuarelas de flores que pueden servir de documentos de trabajo á los dibujantes. En el centro aparecen colocados telares antiguos y modernos, unos originales y otros reducciones. Uno de los ejemplares curiosos de esta preciosa colección es un taller de tejedor lionés construído para Luis XVI cuando niño, según los dibujos de Vaucansón, y cuyas piezas son todas de marfil.

En la sección de armería tres vastas galerías contienen: la primera, varias colecciones tecnológicas de cañones y fusiles sin pulir, horadados y probados; la segunda, todos los modelos típicos de fusiles de guerra, de caza y de tiro, desde el más antiguo arcabuz con ruedas hasta el Lebel y el Greener; y la tercera, armaduras y armas antiguas de carácter histórico ó de gran valor artístico, procedentes, en su mayor parte, de la colección del mariscal Oudinot.

Otras galerías y salas están destinadas á las colecciones de orfebrería, cerámica, cristalería, esmaltes, maderas esculpidas, cerrajería y herrería artísticas, sedas lionesas y telas orientales antiguas.

El Ministerio de Instrucción Pública y de Bellas Artes ha prestado al Museo objetos por valor de más de medio millón de pesetas, figurando entre ellos obras de arte, tapicerías antiguas y modernas de los Gobelinos y de Beauvais, porcelanas de Sevres, etc., etc., y la Unión central de artes decorativas y varios coleccionistas particulares, colecciones importantes de orfebrería, hierros artísticos, armas, etc.

A las colecciones del Museo va aneja una biblioteca de arte y de industria.

La galería de pinturas comprende 200 cuadros.

En el segundo piso del palacio hay instalado un museo de historia natural, que es uno de los más ricos que existen en las provincias.

El presupuesto anual del Museo se eleva á 35.000 pesetas.

Además de las dos galerías más interesantes del nuevo Museo, reproducimos la vista exterior del monumento y la hermosa escalera de honor que conduce al primer piso.

El palacio es un hermoso edificio pintorescamente situado al pie de la colina de *Sainte-Barbe*, en una especie de anfiteatro natural plantado de árboles y arbustos que forman un marco encantador y original del Museo. En la gran escalera hay dos grandes frontones de yeso, que representan el remate del Palacio de Justicia de Saint Etienne, obra de Merley, y un fragmento del decorado del Louvre, de Bonnassieux.

UN CONCIERTO EN MARRUECOS
cuadro de G. Simoni, grabado por Mancastroppa

El reputado artista italiano da en este cuadro evidentes pruebas de saber apreciar y reproducir con singular talento los rasgos fisonómicos y los caracteres expresivos del sentimiento íntimo individual reflejado en las líneas del rostro. Nadie que tenga alguna noción del modo de ser especial de cada una de las razas que pueblan el globo dudará, al ver a los músicos que pinta Simoni, de que son israelitas, y á pesar de los trajes no los confundirá con los verdaderos islamitas africanos; en efecto, en vez de la fiereza propia del semblante de éstos, hay en las fisonomías de aquéllos cierto abandono y afeminamiento propios del pueblo enemigo de las armas y de la violencia, y toda la dulzura y mansedumbre de una raza inteligente que ha aceptado resignada, como regla inevitable de su existencia, una opresión invencible, y que vive exclusivamente consagrada á sus negocios y á los tranquilos placeres de la vida doméstica.

El cuadro, además, está bien compuesto y hábilmente rota la monotonía de la fila de músicos y cantores, cuyas actitudes perfectamente estudiadas y cuyas caras sumamente expresivas contribuyen al mayor efecto de la pintura.

Simoni con *Un concierto en Marruecos*, *La mezquita de Tlemecen* y otras obras de este género se ha conquistado el título de inspirado pintor de tipos y escenas de la vida africana.

DESTRONADA, cuadro de J. A. Clark

La intensidad del sentimiento en una edad en que la razón no está bastante desarrollada para dirigir y rectificar los impulsos del alma, producen en el niño sinsabores que no por ser más infundados amargan menos. Riámonos de los que consideran la infancia como el periodo más feliz de la vida: entre el disgusto del rapaz que no obtiene el deseado juguete y el desconsuelo del mancebo que no logra el amor que codicia, podrá haber y hay indudablemente diferencia de calidad y de duración; pero en cuanto á cantidad, quizás este último esté por debajo del primero. La ineludible ley del sufrimiento acompaña al hombre desde que nace hasta que la muerte le arranca de este valle de lágrimas, y las heridas por ella producidas son siempre igualmente dolorosas; que si en la niñez la espina es menos aguda, en cambio el corazón en que se clava está menos avezado á padecer.

Dígalo, si no, la protagonista del cuadro de Clark: antes dueña única y absoluta del amor de su madre, se ve relegada en segundo término con el nacimiento de un hermanito. Anunciadle que mayores tristezas le esperan en el curso de su existencia; explicadle con las palabras más persuasivas que el amor maternal es de tal naturaleza, que puede difundirse sin perder un átomo de su fuerza; tratad de hacerle comprender que, si no mayor cariño, hay que prodigar mayores cuidados y atenciones al ser más débil. ¿Creéis que tales razones serán bastantes á convencerla y á consolarla? ¡Qué podréis objetarle cuando con los ojos arrasados en llanto y entrecortada la voz por los sollozos, os replique: todo cuanto me estáis diciendo es para mí incomprensible, yo sólo sé que antes era reina única y ahora hay quien me arrebata mi exclusivo imperio; yo sólo veo que en los brazos de mi madre, que eran mi trono, hoy se sienta un usurpador, siquiera sea éste mi propio hermano; yo, en una palabra, sólo entiendo que he sido destronada!

Hechas estas consideraciones, digan nuestros lectores si Clark ha estado ó no afortunado al reproducir ese sencillo y sentido drama de familia.

EL TRIUNFO DE DIÁGORAS, cuadro de A. Rosier

Los hijos del anciano Diágoras han obtenido el premio en los juegos olímpicos, y corren impacientes á comunicar tan grata nueva á su padre, que en el templo suplica á los dioses le concedan el placer más grande de su vida. Las coronas que ciñen la frente de los dos vencedores le indican que sus deseos se han cumplido: los dos jóvenes le levantan en hombros y le pasean triunfalmente por la ciudad, entre las aclamaciones de la gente que saluda con entusiasmo á los luchadores y colma de felicitaciones al dichoso padre que ha podido presenciar su victoria.

Tal es el asunto del cuadro de Rosier, obra llena de vida que retrata admirablemente una época y un pueblo, presentándonos uno de los episodios más característicos de aquella sociedad en que el culto de la belleza y de la fuerza se hallaba consagrado por la religión y tenía sus personificaciones en dos divinidades olímpicas.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

UN DÍA DE BARNIZADO
EN EL SALÓN DE LOS CAMPOS ELÍSEOS
cuadro de Mr. Rixens, grabado por Baude

En la Exposición que la Sociedad nacional de Bellas Artes ha organizado en el Campo de Marte, de París, llama la atención, así por el asunto como por el modo como éste está tratado, el cuadro de Mr. Rixens, que damos como *Suplemento Artístico*. Sabido es que el día de barnizado en el Salón de los Campos Elíseos ha constituído siempre la verdadera inauguración oficial del certamen y que con tal motivo se reunen cada año en el palacio de la Exposición todas las notabilidades que en bellas artes y literatura encierra la capital de Francia, y las damas más elegantes de la sociedad parisiense, luciendo preciosas toilettes, expresamente confeccionadas para tal solemnidad, y que los modistos y modistas han bautizado con el nombre de *toilettes de jour du vernissage.*

El espectáculo que con tales y tan distinguidos elementos ofrecen en dicho día los salones de la Exposición, es animadísimo, y Mr. Rixens, al trasladarlo al lienzo, ha dado pruebas de buen gusto, originalidad, talento y espíritu de observación. El cuadro de Mr. Rixens tiene, además, el aliciente de los admirables retratos de las más ilustres personalidades del mundo artístico y literario de París, con lo cual el pintor ha hecho subir de punto el valor de su obra que, aun sólo como pintura de género, no lo tiene escaso.

JUAN GUILLERMO MOOR

(PERFILES PERUANOS)

Han transcurrido doce años, y sin embargo, contemplo aún aquella majestad del marino y del *Gentleman*, con que nos hacía los honores de su palacio flotante en la espaciosa rada de Ancón.

Amoldábase á su elegante talle el vistoso uniforme, cual si un dibujante lo hubiera diseñado para que manos de hadas interviniesen en la confección.

Era joven (cuarenta y un años) y había hecho su carrera brillantemente, sin que en su hoja de servicios constase la más pequeña falta ni hubiese tomado parte en sublevaciones que de consuno rechazaban su honor y su educación.

Hijo de un noble caballero escocés y de una dama peruana, habíale dado la naturaleza el continente altivo, á la par que sereno y valeroso, de aquellos héroes que luchaban y morían por su hermosa María Estuardo, y la sangre apasionada y ardiente de los impetuosos Incas.

Finalizaba el año 1877: el puertecito ó caleta de Ancón había sido elegido para veraneo de la Fragata *Independencia*, con cuyo motivo habían acudido más familias que de costumbre á bañarse en aquella playa cuyas bondad y belleza no creo que tenga rivales conocidos.

Fuimos invitados á un almuerzo á bordo, y á las diez de una mañana limeña, vale decir de una mañana que no puede describirse, saltábamos en el andén de la estación de Ancón, en donde por encargo del primer comandante nos aguardaba el segundo de la *Independencia*, otro arrogante marino, Eugenio Raigada, que nos condujo al muelle acto seguido.

Tomamos posesión de la *pequeña capitana*, que nos estaba aguardando con sus bogas vestidos de gala y la enseña del comandante flameando en la popa: á la voz de *avante*, partió como una flecha en dirección al gran buque de la escuadra peruana; Raigada me ofreció los elegantes cordones de la caña, después de haber declarado otras señoras de más edad y respeto que yo que no sabían manejarlos, y aceptélos resueltamente, valiéndome el atrevimiento al llegar al pié de la escala el aplauso más galante de Guillermo Moor.

Nos acompañaba el capellán del buque, un adorable frailecito de la orden del sublime *maniqueo* Agustín, y mientras éste daba los últimos toques al risueño altar levantado en la popa de la *Independencia*, nos conducía Moor á su elegante cámara, adornada con exquisito gusto y tapizada aquel día con las más fragranciosas flores de los jardines limeños.

– La honra que mi humilde aposento recibe hoy, – nos dijo Moor con su natural galantería, – será la mayor gloria que puede caberme en mi carrera.

Excuso decir que todas contestamos á un tiempo, aunque ninguna con frases que pudieran elevarse hasta el nivel de favor tan señalado.

– La brisa del mar es enemiga de la *velutina*, – añadió encantándonos con su previsión, – están ustedes ya; aunque frescas y bellas, como si no se hubiesen dado polvos: en mi tocador encontrarán lo necesario para reponer los desperfectos del airecillo marino. Aplaudimos este sencillo permiso para revolverlo todo, y le preguntamos qué ángel había dispuesto las cosas en aquella forma.

– Carmen, – nos dijo.

– ¿Quién es Carmen?

– Mi esposa.

—¿Y por qué no está aquí?

– El porqué lo comprenderán cuando la conozcan: nos aguarda á comer y le he prometido que se quedarán ustedes.

– Pero el tren marcha á las cuatro y media.

– Todo está previsto: se irán, si es que no quieren quedarse en Ancón esta noche, en tren extraordinario: ya está pedido el *caballito.*

El *caballito* era una preciosa máquina pequeñita que parecía un juguete y que arrastraba vagones construídos *ad hoc.*

– Por mi parte gustosísima, – dije; – pero ¿por qué no ha venido su Carmen?

– Porque se marea; porque es una criatura muy delicada de salud, y porque nadie en el mundo puede convencerla de que no siendo indispensable su presencia, debe dejar á sus ancianos padres y á sus dos hijitos. – Aquella es tu casa, – me dijo; – haz en ella los honores del almuerzo, y yo haré después en la mía los de la comida.

Salimos al comedor, en donde nos aguardaban el bitter, el koctell, el Vermouht y todos los aperitivos del repertorio.

Una vez que cada cual hubo tomado la indispensable *ganzúa* del apetito, el *acólito* avisó que estaba el padre con el alba, el cíngulo y la estola puestos, aguardando solamente nuestra presencia para echarse la casulla y comenzar el sacrificio de la misa.

No nos hicimos esperar y subimos.

¡Qué sublime espectáculo se presentó á nuestros ojos! Bajo el toldo estaban la tripulación y las tropas: la música saludó la investidura de la casulla y nuestra presencia con un acorde estruendoso, y la misa comenzó al propio tiempo que la banda daba principio á una pieza de concierto.

Estaba la *capilla* adornada con plantas y flores que despedían aroma embriagador, sombreada por blanquísimo toldo de lona y cubierta por mullida alfombra de terciopelo.

De terciopelo rojo eran también los cojines sobre los cuales nos arrodillamos. El atril que sostenía un misal admirablemente empastado era de marfil, y los ornamentos sagrados acusaban el gusto más exquisito, unido á la riqueza y al gusto que las filigranas de la elegancia suponen.

¡Momentos sublimes aquellos!

Inmóvil la gallarda fragata que á tan desgraciado fin estaba sentenciada, apenas acariciando nuestras mejillas la suave brisa que ni oscilar hacía la llama de los cirios, aspirando el aroma de profusión de jazmines del Cabo, diamelas, claveles, rosas y magnolias; escuchando la voz del sacerdote y saturando la mente con las melodías idílicas de un *yaraltí serrano*, creíme transportada á otro mundo mil veces superior al nuestro, y hubiera querido no despertar jamás de un sueño cuyo recuerdo va siempre unido á la para mí piadosa y eterna memoria de Guillermo Moor.

¡Oh, lector, que paras mientes en estos renglones!, ten por rigurosamente exacta hasta la última palabra de las que aquí consigno, y si fuese mi pluma impotente para darte idea exacta de tanta grandeza, de infortunio tanto, transpórtate tú por medio de un esfuerzo del sentimiento á la patria donde resplandece la figura inmortal del héroe, y hasta los pájaros en sus trinos te dirán dónde ha muerto aquel que yo te presento rodeado de dicha, para que así puedas mejor apreciar el temple de su alma en las desgracias.

Dió término la misa y comenzó el almuerzo.

La entrada del reverendo Agustino, cuya sola presencia aguardábamos discurriendo alegremente por el comedor, motivó una salva de aplausos.

Estaban los sitios designados, y cada cual dirigióse al suyo sin vacilaciones, prueba evidentísima de que antes había sido bien inspeccionada la mesa.

Era yo, como antes he dicho, la más joven, aunque no la más traviesa de las concurrentes: dirigióse Eugenio Raigada para conducirme á mi puesto, que estaba á su lado, y le dije:

– Aguarde V. un poco, no puedo almorzar sin descargar la conciencia.

Quedóse parado al oir mi respuesta, mucho más cuando me vió acercarme al buen fraile y hacer la demostración humilde de postrarme á sus plantas.

Riéronse todos de lo que parecía genialidad ó travesura de muchacha mimada al oirme decir con voz compungida:

– Padre, absuélvame V.

– ¡Angel! ¿Pues en qué has pecado?, – respondió el fraile poniéndose á la altura de las circunstancias.

– En que he dudado de la existencia de otro cielo más alto que la cubierta de este buque.

– Allí estaba Dios, hija mía, y también aquel era el Cielo.

– ¡Ah, sí, lo he sentido, *mi* padre!; pero me ha disipado tanto el pensamiento, que no he podido adorarle porque volaba mi espíritu por otras regiones.

– Pues *ego te absolvo*, – dijo con humana sonrisa y pagándome la confesión con una caricia precedida de la correspondiente bendición.

¡Cuánto siento que en el *maremágnum* de mi desgraciada memoria se escabulla el nombre de aquel simpático Agustino! Y sin embargo, también su figura está reflejada en el revuelto lago de mis infinitos recuerdos.

¡Para qué hablar de la esplendidez con que fuimos tratados por el comandante de la *Independencia!*

Los platos más raros, los vinos más exquisitos, sazonado todo con derroches de ingenio, con oleadas de gracia criolla, con frases galantes, con anécdotas, cuentos, historias y versos, dieron al almuerzo un carácter de alegre expansión que eléctricamente nos comunicábamos los unos á los otros.

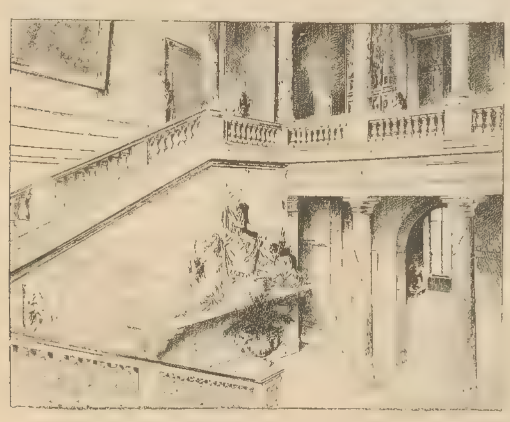
A las tres de la tarde humeaba al costado nuestro la lancha de vapor de la *Independencia*, y los sirvientes trasbordaban á ella lo necesario para el *lunch* que, algunas millas más afuera, debían servirnos.

¡Delicioso paseo el que dimos!, abarcando con los anteojos la costa, y con la fantasía la inmensidad del mundo físico que íbamos surcando.

EL NUEVO MUSEO MUNICIPAL DE ARTES É INDUSTRIAS CREADO EN SAINT ETIENNE (LOIRE) (De fotografías)



EL MUSEO. – VISTA EXTERIOR



LA ESCALERA DE HONOR



LA GALERÍA DE ARMAS ANTIGUAS

El balanceo entornaba la lancha con fuerza, y de vez en cuando cabeceaba ésta hasta hundir la proa en el agua, pero nadie quería rendirse al mareo.

La espuma del champagne mezclábase á ratos con la que salpicaba de las cabrillas blancas y rizadas que con apariencias de enojo venían á estrellarse contra nosotros; pero tal era el entusiasmo de que estábamos poseídos, que no pensábamos regresar á tierra.

El comandante se impuso á nuestras locuras: ordenó virar en redondo.

Eran las seis y se acercaba la hora de la comida en el *rancho* del general Medina, padre de la esposa de Moor.

Desembarcamos á la caidita de la tarde.

La colonia veraniega se agolpaba para vernos, y entre las muchas mujeres hermosas que nos contemplaban descolloba una de tan peregrina hermosura, que ni antes había yo visto, ni después he vuelto á ver criatura que se le pareciese.

Mi caballero había sido Eugenio Raigada desde la mañana, y apoyada en su brazo recorría yo el largo muelle por entre las dos filas de lindas curiosas: se había establecido, por consiguiente, entre nosotros cierta confianza, tanto más sincera, cuanto los dos nos mostrábamos sin artificio moral y con la propia sencillez que Dios nos había criado.

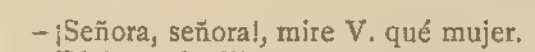
Oprimió mi brazo obedeciendo á una sensación profunda, y al propio tiempo me dijo, lleno de amoroso entusiasmo:

– ¡Señora, señora!, mire V. qué mujer.

– Divina, – le dije.

– ¿No es verdad, señora, que se puede venir á Ancón por ver esos ojos?

Y saludó á la hermosa quitándose su elegante gorra.



Lo mismo hicieron los demás caballeros de la comitiva.

Yo era recién llegada á Lima y no conocía sino cierto número de señoras.

– ¿Puedo saber quién es esa mujer?, – pregunté al marino.

– Fulana de tal. (Aquí un nombre muy conocido.)

– Es hermosísima.

– ¡Oh! No es posible que haya podido V. apreciar bien su belleza: se necesita mirarla mucho... No: mirándola mucho se vuelve uno loco.

– Amigo mío, está V. enamorado.

– Estoy ciego, señora.

– ¿Y es V. correspondido?

– Pues si no lo fuera el hombre que amase á esa mujer, ¿cree usted que pudiera vivir donde ella vive?

– Le felicito cordialmente.

– Gracias.

Aunque haga una pequeña digresión, no puedo sustraerme á la tentación de decir dos palabras acerca de la singular hermosura que tenía medio loco al segundo comandante de la *Independencia*, y como el tipo es auténtico, voy á copiarlo tal y conforme se me apareció en el muelle de Ancón.

Era una mujer que contaría de veinticinco á treinta años, más bien alta que baja, de formas redondas y correctísimas, blanca, de boca chiquita y ojos grandes, muy grandes y muy negros; cejas arqueadas suavemente, nariz regular y apropiada al resto de las facciones, con las fosas nasales un tanto dilatadas, y barba tan graciosa y tan



LA GALERÍA DE LAS CINTAS



UN CONCIERTO EN MARRUECOS, cuadro de Gustavo Simoni, grabado por Mancastroppa



Falguière. Mme Bartet. Pâris. Rodin. Mme Samary. Bouguereau. Dagnan. Puvis de Chavannes. Mercié. Henner. Bailly. Bonnat. M. et M

UN DÍA DE BARNIZADO EN EL SALÓN DE

Sociedad Nacional de Bellas Artes (Salón



Mme Lecreux. Alejandro Dumas. Roll. Gérôme. Julio Breton. Mme Demont-Breton. Carlos Durán. Demont-Breton. Harpignies M. et Mme Claretie.

LOS CAMPOS ELÍSEOS, cuadro de M. Rixens, grabado por Baude

.

del Campo de Marte, de París, 1890).



DESTRONADA, cuadro de J. A. Clark

redondita, que no se concebía mirarla sin sentir impulsos de pasar por ella la mano.

Tenía el negro cabello tendido, señal de que se había bañado hacía poco tiempo; vestía una bata entallada de nansuk, adornada con encajes de punto inglés, de larga cola, guarnecida de ancho volante, escote cuadrado que dejaba apreciar su maravilloso cuello de garza, y mangas que sólo hasta el codo le cubrían, adornadas con voleado encaje y sujetas con lazos de terciopelo rosa.

Largos mitones de seda, color de rosa también, completaban este ropaje admitido en aquel puertecito, único en donde las señoras podían permitirse salir á la playa con el traje de casa y con el pelo suelto.

Ni quito ni pongo pincelada al retrato: los lectores dirán si el distinguido marino podía estar cuerdo cuando me decía radiante de gozo que aquella mujer lo amaba.

Llegamos á casa del general Medina sin que dejase Raigada de hablarme de su bella. Una vez en el seno de aquella familia, se respiraba tan dulcísimo encanto, que desaparecía de la mente cuanto la hubiese herido antes de traspasar los umbrales de un hogar que rebosaba dicha.

Allí nos aguardaba Carmen Medina, la fiel compañera de Guillermo Moor, la heredera única de la virtud y la honradez de sus ancianos padres; la madre de dos que rubines bellísimos que deben ser hoy dos apuestos caballeritos.

A las claras se veía que Carmen estaba ciegamente enamorada de su esposo. Los elogios que de su galantería le hacíamos reflejábanse con destellos de pasión infinita en sus grandes ojos, y su fisonomía enfermiza animábase con fulgores de vida, oyéndonos decir que le envidiábamos á su Guillermo.

Los maridos presentes aseguraban que teníamos razón. ¡Si podría Carmen estar orgullosa!

Tomamos el *rancho* por asalto; yo me acosté en una riquísima hamaca de seda de vivos colores, acompañada de los dos pequeños, que al momento se hicieron mis grandes amigos, y hasta que no me fueron á buscar para llevarme á la mesa, no dejé de charlar con los que estaban destinados por la fatalidad para ser hijos de un mártir.

. . . .

Ha transcurrido año y medio, poco más ó menos.

Amaneció el 21 de mayo de 1879, y á la vista de Iquique, puerto peruano, bloqueado á la sazón por los chilenos, aparecieron en son de combate los dos mejores buques de la escuadra peruana, la fragata *Independencia* y el monitor *Huascar*, comandados ambos por Juan Guillermo Moor y por el inmortal Miguel Grau, cuyo nombre basta por sí solo para engrandecer la historia de un pueblo.

Bloqueaban Iquique los barcos chilenos *Esmeralda* y *Covadonga*, el primero de los cuales apresara al segundo el año 1866, cuando la corbetita española hacía el servicio desde Panamá á Valparaíso conduciendo la correspondencia de nuestra escuadra. Era la *Esmeralda* un buque de viejas cuadernas, pero de alma joven, y el alma éralo su comandante, otro bravo marino, Arturo Prat, que pereció en ese encuentro. Comenzó el ataque dirigiéndose el *Huascar* á la *Covadonga* y la *Independencia* á la *Esmeralda;* pero pronto cambiaron de táctica, y el *Huascar* atacó á la *Esmeralda* con su poderoso ariete, mientras la *Independencia* perseguía á la *Covadonga*, que buscaba en la fuga su salvación.

Avanzaba la goleta forzando la máquina y ciñéndose á la costa de modo que los fuegos de su perseguidora no pudieran herirla, y seguíala ciegamente la fragata peruana; entre tanto en la rada de Iquique se dedicaba Grau, con aquella bondad de sentimientos propios del hombre grande, á recoger los náufragos y heridos del buque que acababa de echar á pique con el espolón de su Monitor.

En aquellos momentos en que dos naciones jugaban casi al azar su existencia, cuando se desarrollaba el prólogo de la siniestra hecatombe que tan generosas vidas costó á tres naciones del pacífico, el ángel de la desgracia cernía sus negras alas sobre la frente de Carmen Medino, de la esposa enamorada y amante que, postrada de hinojos, elevaba su matutina plegaria á la Virgen, pidiendo la vida y una página de gloria en el libro de la patria para el amoroso padre de sus hijos.

Moor, sereno, impávido y arrogante, no perdía de vista á la fugitiva corbeta, á la que hubiera querido apresar sin detrimento alguno; pero la pequeña nave salvaba, gracias á su poco calado, los arrecifes de Punta Gruesa, mientras la gallarda fragata sufría el horrible traumatismo que debía sepultarla en lo profundo del grande Océano.

Una roca desconocida fué el enemigo peor que tuvo el Perú en su guerra con Chile: si la *Independencia* no perece aquel día, la guerra hubiera terminado antes: no cabe dudarlo.

Equilibradas casi las fuerzas de mar, se hubieran sucedido los combates parciales, y las hostilidades continuadas habrían acabado por debilitar á los combatientes; las paces se hubieran impuesto por las circunstancias, y la humanidad nada habría perdido con que así sucediese.

Pero estaba escrito.

El estupor aterró en los primeros momentos á los tripulantes de la *Independencia.*

Juan Guillermo, rehaciéndose y elevando su alma grandísima sobre el inmenso infortunio, que más le dolía por ser de la patria que por ser suyo, da las primeras órdenes, con serenidad imperturbable, para aplicar una mecha á la Santa Bárbara.

La *Covadonga*, apercibida del desastre, vira en demanda de la fragata náufraga y le presenta combate. Moor, desafiando las balas enemigas, se pasea de un lado al otro de la nave, sintiéndola hundirse, con gozo y sin intentar siquiera salvarse.

Otro marino, á quien estaba reservado un puesto en el templo de la inmortalidad, Enrique Palacios, quedaba á bordo con Moor. El arrojado Palacios, que tantas pruebas de valor había dado, y que reservaba la última para el día de su gloriosa muerte, fué á nado á buscar un bote y regresó al costado de la fragata para salvar al comandante que, con el alma volando hacia Lima, y el corazón desangrándose como se desangraba la patria, seguía paseando sin dar muestras de terror ni de espanto al ver cómo el agua bañaba ya sus elegantes botas.

El *Huascar* apareció y la *Covadonga* emprendió de nuevo la fuga.

Antes de continuar dedicaré un recuerdo entusiasta al reverendo Agustinó, de cuyo nombre no puedo acordarme.

Cumplió su santo ministerio bendiciendo á los moribundos, y una vez terminado cogió un rifle, diciendo: «He cumplido con Dios, ahora soy de la patria.»

Y disparaba como el más experto de los soldados, y como si al ministro de paz y concordia hubiera sucedido rencoroso guerrero.

Moor se declara responsable de aquella catástrofe; reconoce que un momento de entusiasmo, que la sangre de su madre, dominando á la del autor de sus días, fue ron causa del desastre que la patria llora; pero corazón grande, alma privilegiada, no abriga la cobarde intención de encargar al cañón de su revólver la dichosa tarea de aplacar sus tormentos.

Tres días después desembarcaba en Arica, en donde estaba el presidente de la República, general Prado. Va á comenzar su calvario, á cargar la cruz pesadísima que la ira y el encono de la patria herida echarán sobre sus hombros y á esperar el instante de probar al mundo que no es merecedor del odio ni de las reconvenciones con que amarga más y más su existencia.

Apenas supe la desgracia de mi pobre amigo, corrí á visitar á Carmen.

Al verme, y cuando yo llorando con ella la estrechaba entre mis brazos, no acudieron á los labios de la esposa otras palabras que aquellas que debía tener sujetas al pensamiento con clavos candentes.

–¡No estaba la roca en la carta! ¿Lo ha leído V.? – me dijo anhelante.

¿Hay algo más elocuente en el lenguaje del amor infinito?

Se trataba, no ya de la vida; se trataba de la honra de su Guillermo, de su ídolo; el caballeroso, el grande de corazón, el de alma templada al calor de todas las virtudes, veíase injuriado por el patriotismo herido de unos pocos, y culpado por la desesperación y el dolor del Perú entero.

¡Qué grandiosa revancha debía tomar dando á sus detractores, con la vida, el mentís más solemne!

Ni una queja, ni una disculpa, ni una frase por la cual pudiese nadie creer que trataba de sincerarse.

Un año duró el martirio de Moor; un año que debió parecerle un siglo, sin ver á su esposa, sin besar á sus hijos; trabajando sin descanso en las fortificaciones del puerto y del Morro de Arica; ejemplarizando con su valerosa resignación, y preparando con risueñas esperanzas el día de la reivindicación de su honra, mancillada por la desgracia.

Intentó una vez hostilizar al enemigo, acaso porque sentía la necesidad de acabar con sus tormentos, y pidió una lancha-torpedo al general Prado; éste se la negó. ¡Negativa cruel para soportarla con resignación, sin flaquear en el propósito de vivir para inmortalizarse!

El 7 de junio de 1880 atacan los chilenos el puerto de Arica por mar y por tierra. Juan Guillermo Moor era jefe del Morro, de aquel baluarte regado con la sangre preciosa de un puñado de héroes, que contestaban á las intimaciones del enemigo que pelearían «hasta quemar el último cartucho», y así lo cumplieron sin que ninguno faltase al solemne juramento.

Defendía Moor el terreno palmo á palmo y con tenacidad asombrosa.

Dijéronme poco tiempo después los que le habían visto, que estaba magnífico, sublime, con la espada en la diestra, empuñando con la siniestra el revólver y haciendo prodigios de valor y de arrojo.

Había llegado el suspirado momento.

La patria le contemplaba de hinojos, pidiéndole perdón por sus agravios, y Moor, perdonándola, le daba su vida antes que rendir su espada á los hombres, ya que á la fatalidad había rendido su barco.

Un riflero chileno le hiere de muerte, y Moor, antes de caer, se hiergue por unos instantes, levantando al cielo los ojos en actitud arrogante y llenando de asombro á los que le contemplaban.

Cayó, pero cayó majestuosamente; desplomado, correcto, hermoso como cuando la felicidad le sonreía.

¡Pobre Carmen!

Una sola vez la he visto después: bajaba yo de la Sierra en un tren, y ella subía en otro acompañada de sus hijitos.

Iba envuelta en su fúnebre manto, y apenas tuvimos tiempo para reconocernos.

No pude hablarle, pero indudablemente remontaba las alturas buscando oxígeno para sus débiles pulmones.

¡Quién sabe! ¡Quizás esté ya en la mansión de los justos en compañía del esposo adorado!

Los restos de Moor fueron conducidos á Lima y depositados en la Catedral. Sólo cadáver volvió á entrar en la ciudad que había abandonado lleno de patriótico entusiasmo.

¡Qué radiante debe ser el puesto reservado en el empíreo á los que en la tierra fueron buenos, héroes y mártires!

Eva Canel

LOS AMANTES DE LA PLAZA DE LA CEBADA

Como Diego de Marsilla amó á Isabel de Segura, Abelardo á Eloísa y Romeo á Julieta, así Andrés amó á Petra, por más que ni como Diego fué valiente, ni como Abelardo sabio filósofo, ni como Romeo de noble alcurnia. Mas todos somos iguales ante el amor, sin que haya sido precisa ninguna Revolución francesa para proclamar esta igualdad; y Andrés ignorante, villano y prudente supo amar á Petra como fueron amadas Isabel, Eloísa y Julieta; es decir, con una pasión tres veces mayor que la inspirada por cada una de éstas.

Andrés era hijo de un rico carnicero de la plaza de la Cebada, apellidado Montero.

El padre de Petra era carnicero también y apellidábase Carreño.

Montero era gallego.

Carreño asturiano.

Sus puestos estaban en la misma galería del mercado, uno á la derecha y otro á la izquierda.

Con todos estos motivos era natural que Montero y Carreño se odiaran, y odiábanse, en efecto, como hombres, como carniceros y como gallego el uno y asturiano el otro; pues aunque se dice que gallegos y asturianos todos son hermanos, es lo cierto que el cariño fraternal que se tienen parécese mucho al que Caín sintió por Abel.

Si entre los vendedores de la plaza de la Cebada hubiese habido alguno que conociera el drama de Shakespeare, seguramente hallara ciertas analogías entre Capuletos y Montecos y Monteros y Carreños.

Las analogías no fueron vistas, pero existieron, y fueron tantas que la plaza estaba dividida en partidarios y enemigos de Montero y amigos y partidarios de Carreño, y por fin Andrés, el hijo de Montero, adoraba á Petra, la hija de Carreño.

¿Por qué será tan frecuente el caso de que se amen los hijos de enemigos irreconciliables? Averígüelo Vargas, gran averiguador de cosas ocultas; que aquí importa nada saber el por qué se amaron Petra y Andrés, pues con decir que se amaron basta.

Como uno y otro sabían los odios irreconciliables que separaban á sus padres, les ocultaron sus amores con gran cuidado; ¿mas quién si ama ordena á su alma que no se asome á los ojos y diga á voces su amor?

Los ojos de Andrés le delataron; mas no fueron sus padres los que primero conocieron su pasión. Quien lo adivinó fué la madre de Petra.

Era ésta una mujercilla pequeña de cuerpo, de avinagrado rostro, seca, de ojillos pequeños, pero muy vivos, con una mirada que denunciaba su carácter duro. Su boca era de labios finos de pálido color y algo hundidos, y su nariz fina, picuda é inclinada hacia la boca semejando el pico de un pájaro.

Del raquítico, miserable y finísimo cuerpo de la *señá* Isidra parecía imposible que hubiera nacido la arrogante, espléndida y maciza Petrica, como así la llamaban en la plaza de la Cebada.

Era Petra una muchacha morena, pero de un moreno claro y con cierta palidez que dejaba ver en sus sienes, frente y garganta los tonos azulados de sus finísimas venas. Sus labios eran rojos, muy rojos; mas no por eso comparables al coral, que el coral es frío y seco y los labios de Petra eran húmedos y tenían el rojo caliente de la vida, el que da un temperamento apasionado cuando no se ha vivido más que diecisiete primaveras y se ha nacido y crecido recibiendo los rayos del sol de España.

Los ojos de Petra... ¿quién pudiera describirlos? ¡Si aquello no eran ojos! Si eran dos tentaciones. Si poseían todos los atractivos del cielo y hacían nacer todos los deseos del infierno. Si al mirarlos dudábase si eran obras de Dios ó del ángel malo. Si esos ojos me miraran con amor, pensábase al contemplarlos, por no perder su mirada, con gusto sufriera todos los martirios que Diocleciano hizo sufrir á todos los cristianos; mas si me miraran con odio, tal daño causarían que las penas del infierno dantesco parecerían miel sobre hojuelas.

Como antes se ha dicho, el puesto de los padres de Petra hallábase situado frente al de los padres de Andrés, así que éste tuvo siempre ante sus ojos el rostro tentador y divino de Petra. Sin amarla hubiera sido preciso ser de estuco para no mirarla de continuo, y amándola imposible evitar que el amor se denunciara.

La *señá* Isidra conoció, pues, el amor de Andrés á su hija, y en el primer momento sintió una salvaje alegría; pues en su odio á Andrés y á todos los suyos vió en aquel amor un motivo de tortura para su enemigo.

–¡Conque la quieres, se decía! Bien claro lo veo en tus ojillos de cochino; pues rabia y rabia y rabia, que no ha de ser mi Petra para el hijo de ese gallegote.

Mas pasó algún tiempo y conoció la *señá* Isidra que á las miradas de Andrés respondían las miradas de su hija Petra.

Dióse desde entonces á observar y á vigilar á su hija, y un día la encontró junto á la puerta de la Iglesia de San Andrés en amorosa plática con el odiado hijo del galle

gote, como ella le llamaba.

Quiso reprimir su cólera, mas no pudo, y en plena calle y delante de las gentes que salían de misa dió á su hija dos terribles bofetadas, y con los verduzcos ojos impregnados en sangre, contraída la boca y verde de coraje, dijo, dirigiéndose á Andrés:

—Estas *gofetaas* se las doy á mi hija porque no te las *pueo* dar á ti; pero haz cuenta que es lo *mesmo* que si te las diera, y además toma esto *pa* ti y *pa* los tuyos.

Y dando una rabotada escupió en la cara á Andrés.

—¡Dios! gritó Andrés é hizo un ademán como para lanzarse sobre la vieja; pero conteniéndose de pronto, añadió: —¡Es V. mujer y además madre de Petra, que si no!...

—No mates más, hombre; quita el pistón, que se te va á disparar...

Petra puso fin á aquella escena obligando á su madre á alejarse de Andrés.

Aquel mismo día supo toda la plaza de la Cebada lo que había ocurrido, y no faltó un amigo juicioso que se lo refiriera á Montero, el padre de Andrés.

La paz que hasta entonces había reinado en las casas de Carreño y de Montero huyó, y huyó para siempre; mas no por esto dejaron Petra y Andrés de amarse. Ni nadie pone puertas al campo, ni hay puertas que no abra el amor.

A pesar de las infinitas precauciones que tomaban los padres de una y otro amantes, siempre hallaban éstos ocasiones de verse y hablarse.

El amor de Andrés no necesitaba estímulos de ninguna clase para crecer, pues lo infinito no admite aumento; pero el amor de Petra, que en un principio no fué sino ligero devaneo, llegó á convertirse en pasión; que siempre la prohibición fué causa de apetito.

Los padres de Andrés eran ricos, poseían en dinero una fortuna que ascendía á unos ocho ó nueve mil duros. Con este dinero pensó Montero que podía dedicarse á un negocio más lucrativo que el de la compra y venta de carne al por menor, y para librarse de la presencia aborrecida de los Carreños, vendió su puesto de la plaza de la Cebada y se dedicó al comercio de ganado vacuno.

Al desaparecer la competencia ganó en importancia el puesto de Carreño, aumentó su parroquia, y lo que hasta entonces no había logrado lo consiguió en tres ó cuatro años. Carreño se redondeó y llegó á verse poseedor de doce ó trece mil duros.

No sopló así la suerte á Montero; desde que vendió su puesto, la fortuna le volvió la espalda; sus nueve mil duros se redujeron á tres mil. Cuando se hallaba en esta situación, hizo sociedad con cierto extremeño, quien le propuso un negocio que en poco tiempo había de resarcirle de las pérdidas sufridas y aun hacerle más rico de lo que antes era. Puso Montero en manos del extremeño los restos de su fortuna, y un día el extremeño se escapó á Buenos Aires, llevándose hasta el último real de su socio. El ahorrativo gallego, el que había amontonado nueve mil duros cuarto á cuarto, dando carnes malas á precios de buenas y sisando cuanto podía en el peso, no pudo resistir aquel golpe y fuése al otro mundo á dar cuenta á Dios de los engaños y sisas que hizo á los compradores que le enriquecieron.

Lloró Andrés la muerte de su padre y se dolió de la pérdida de su fortuna, mas no por el dinero, que en esto no se parecía á su padre, sino porque la pobreza era un motivo más para alejarle de su Petra del alma.

Como nunca el mal viene solo, según reza el refrán, á la pérdida de su fortuna y á la muerte de su padre siguió una larga y costosa enfermedad de su madre.

Andrés conocía bien el oficio de cortador y entró de mozo en una carnicería. Pudo así mantener á su madre, pero llegó un día en que los médicos dijeron que era preciso que ésta tomara los baños de mar.



EL TRIUNFO DE DIÁGORAS, cuadro de A. Rosier

Todos los recursos se habían agotado en su casa; las ropas y las alhajas de los tiempos de opulencia estaban en el Monte de Piedad; todo lo había consumido la enfermedad de su madre.

Cierta tarde en que logró avistarse con Petra conoció ésta que alguna grave pena afligía á su novio. Le preguntó con gran cariño lo que ocurría y supo que la madre de Andrés no podía ir á los baños que la ordenaban por no tener cuarenta ó cincuenta duros.

Algunos días después volvieron á verse los novios, y cuando iban á separarse dijo Petra:

—Andrés, ¿me reñirás si te digo una cosa?

—Por una sola cosa te reñiría; que me dijeras que no me quieres.

—Por eso no has de reñirme nunca.

—Pues entonces, di lo que quieras.

—Andrés... Yo... Yo quisiera que tu madre fuera á los baños. Pobre viejecita: la quiero como si fuera mi madre; ¡qué digo como si fuera!, como á mi madre que es, como que lo es tuya.

—Dime pronto lo que hayas de decirme, y déjate de esas cosas, que me haces llorar, y en un mozo como un castillo y en esta cara de bruto no sientan bien lagrimitas.

—Pues mira, yo quiero que tu madre vaya á los baños, y como quiero, irá; toma.

Al decir esto alargó á Andrés dinero envuelto en papel de estraza:

—¿Qué es esto Petra?, contestó Andrés sin tomar el dinero que su novia le daba.

—¿A qué tanto *riquilorio*? Clarito: estos son cincuenta duros que he *sisao* del cajón y del *apartijo* de mi padre. Tú los tomas, y punto concluído. Y sin dar lugar á que Andrés replicara le metió el dinero en el bolsillo de la chaqueta y dijo, echando á correr:

—¡Adiós! Ya *tavisaré* cuando podamos *golver* á vernos.

Andrés se quedó contemplando á Petra, que se alejaba; sintió humedad en sus mejillas, alzó los ojos al cielo para ver si llovía, y al ver que en él no había ni una nube, murmuró entre dientes:

—No es el cielo el que llueve, son mis ojos los que han *llovío*. ¡Ay, cuánto te quiero, Petra mía! Yo te pagaré esta deuda.

Después con el revés de su mano, dura y callosa, secó sus lágrimas y tomó el camino de su casa.

La generosidad de Petra fué inútil. La madre de Andrés murió á los pocos días de llegar á los baños.

Aun no habían terminado las desdichas de Andrés. Llegó entonces la quinta de los veintitrés á los treinta y cinco años, y Andrés fué soldado, y peleó primero contra los realistas en el Norte y después tuvo que ir á Cuba á pelear contra los filibusteros.

Dos meses le faltaban para cumplir su compromiso con la patria, y hasta seis ú ocho meses antes había tenido noticias de su Petra.

Un día recibió una carta de un primo suyo diciéndole que Petra se había casado.

En el batallón conocían todos los soldados y todos los jefes el vivísimo deseo de Andrés de dejar el servicio y regresar á España, y vieron con asombro que al darle la licencia se reenganchaba por cuatro años.

Diéronle el premio de reenganche, que dejó depositado en la caja del regimiento. Concluyó la guerra de Cuba y en un hermoso día del mes de Junio entró en Madrid Andrés.

Eran las seis de la mañana cuando se apeó del tren, y desde la Estación del Mediodía se encaminó á la plaza de la Cebada. Llegó á la galería en que estaban el puesto de Petra y el que había sido de su padre. Desde el extremo de la galería vió á Petra, hermosa, más hermosa aún que la había dejado al partir. La vió dando el pecho á un niño. Sólo Dios sabe lo que sentiría el alma de Andrés; en su rostro no se pintó ni amor ni odio. Adelantó hasta colocarse frente á Petra, que al verle dió un grito y ocultó á su hijo entre sus brazos.

Andrés sin que un músculo de su cara se moviera sacó de sus bolsillos unos puñados de duros los arrojó sobre la mesa de Petra y dijo:

—Perdóname si he tardado en pagarte esta deuda: este dinero es el premio de mi reenganche: de esto estamos ya en paz; veremos si arreglamos otras cuentas. Después volvió la espalda, y sin decir una palabra más se fué.

El marido de Petra era celoso en extremo y sabía los amores que con Andrés había tenido su mujer. Petra nada le dijo de la llegada de su antiguo novio; pero él lo supo, pues la venida de Andrés fué un verdadero acontecimiento.

—Ella lo sabe y lo calla, pensó el celoso. ¿Si le querrá todavía?

Transcurrieron varios días, Andrés iba todos los días á la plaza de la Cebada, pasaba por delante del puesto de Petra, le dirigía una mirada de expresión inexplicable y sin saludarla ni dirigirla la palabra se alejaba hasta el siguiente día.

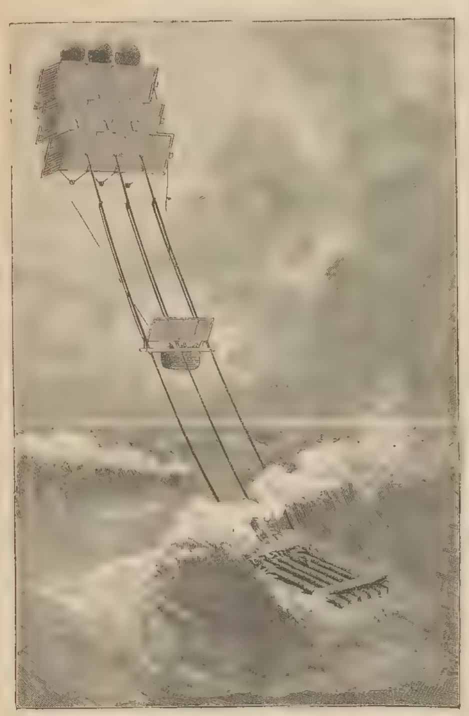
Estos paseos por delante de su puesto excitaron hasta tal punto los celos del marido de Petra, que llegó éste á creer que los antiguos novios habían llegado á ponerse de acuerdo.

Una tarde fué Andrés á casa de Petra; ésta hallábase sola sentada junto á la cuna de su hijo. Al ver á Andrés dijo incorporándose:

—¿Qué vienes á hacer aquí? ¿No te basta con hacerme desgraciada?

—¡Desgraciada! ¡Desgraciada tú! ¡Calla, calla! ¡Ya no eres la Petra que yo quería; pero aun así te quiero; ya no serás de nadie, de nadie! Ven, ven conmigo. Y al decir esto la agarró con fuerza por las muñecas y la trajo hacia sí.

—¡Andrés! ¡Andrés! ¡Por Dios, déjame!



NUEVO SISTEMA DE NAVEGACIÓN AÉREA

Los gritos de Petra despertaron al niño que en la cuna dormía y asustado empezó á llorar.

Una lucha terrible se entabló entre Petra y Andrés, Petra por fin logró evadirse, y corriendo hacia la cuna de su hijo lo estrechó entre sus brazos.

Andrés, ciego de cólera y de venganza, sacó un puñal y se abalanzó hacia Petra, volvió á cogerla del brazo, la arrancó el niño, que dejó caer sobre la cuna, é iba á clavar el puñal en el pecho de Petra; pero detuvo el movimiento al oir que ésta decía, despreciando el puñal que la amenazaba y volviéndose de espaldas para abrazar á su hijo que había caído desmayado:

– ¡Bárbaro, bárbaro, has matado á mi hijo! ¡Y yo que creí que aun te quería! ¡Te aborrezco, te odio!

– ¿Me amabas, me querías aún, y me odias y yo tengo la culpa? Quiero vengarme.

Al concluir esta frase se clavó el puñal en el corazón. Vaciló unos momentos y cayó sobre un sofá que había detrás de él.

Al verle Petra le abrazó, gritando: – ¡Andrés, Andrés mío!

Pasaran unos segundos y volvió á oirse la voz de Petra que gritaba: – ¡Jesús!

Doblóse su cuerpo y cayó al pie del sofá envuelta en sangre. Sangre de Andrés en su rostro y manos, sangre suya en todo su cuerpo, sangre que manaba de una horrorosa herida que tenía en la espalda.

Un niño y un hombre presenciaban aquella escena, el hijo y el marido de Petra. Este había penetrado en la habitación en el momento en que su mujer abrazaba el cadáver de Andrés; no pudo imaginar lo que había pasado, sintió la pasión de los celos y clavó una enorme cuchilla en el pecho de su mujer.

¿No le parece al lector digna de ser referida la historia de los amantes de la plaza de la Cebada?

Laureano Ordoñana

NUEVO SISTEMA DE NAVEGACIÓN AÉREA

Aunque en todos tiempos el hombre ha tratado de aprovechar la fuerza del viento para mover y dirigir los aerostáticos, nunca como ahora se ha desarrollado la inventiva para encontrar la solución de este problema. El grabado que reproducimos representa una de las más recientes tentativas que en este terreno se han hecho: la del americano Dr. David Thayer, de Boston (Massachusetts). El pensamiento que sirve de base al invento consiste en impulsar cualquier vehículo terrestre ó marítimo por medio de un aparato á propósito para funcionar y moverse en el aire. La acción deseada del aparato resulta de la combinación del impulso oblicuo del viento sobre superficies dispuestas según el principio de los cometas de papel y de la resistencia que opone la carga que ha de arrastrarse y que está unida al aparato aéreo por medio de tres cables conductores. Para el experimento se preferirá un coche ó trineo completamente ocupados, ó una gran lancha ó una armadía, según que se trate del transporte terrestre ó del marítimo. Las superficies que han de recibir el impulso del viento pueden ser en número indeterminado, y para que se mantengan en el aire en tiempo de calma van provistas de pequeños globos aerostáticos. A ambos lados están colocadas una especie de alas, con cuerdas fijas en los bordes, para dirigir el aparato dándoles mayor ó menor inclinación. La cesta en donde van los pasajeros está suspendida de los cables conductores entre el aparato aéreo y el bote ó armadía, puede subir ó bajar á voluntad y tiene en su proa una vela que permite colocarla á la altura que se desee. Este aparato ascensor lleva una especie de acial para fijar la cesta en los cables á la elevación que se crea conveniente.

***

NUEVO APARATO PARA IMITAR LA ASCENCIÓN Á UNA MONTAÑA

La actividad muscular es de la mayor importancia para la conservación de la salud; por esta razón, las personas que por sus ocupaciones llevan una vida sedentaria, sienten con sobrada frecuencia perturbado su organismo y se ven precisadas á destruir el mal ó á aminorar sus efectos por medio de un ejercicio proporcionado. Entre los movimientos corporales cuya aplicación metódica más se recomienda como medios higiénicos, figura en primera línea la ascención á las montañas, porque en ella trabajan también los músculos de la parte superior del cuerpo y los pulmones, cosa que no se consigue con el simple paseo. En vista de los excelentes resultados obtenidos por este medio en las enfermedades de los pulmones, del corazón y de la circulación de la sangre, los médicos han reconocido la necesidad de proporcionar á todos aquellos que no pueden pasar algunos meses en la montaña, una gimnasia de salón que imite lo mejor posible los movimientos deseados. A este objeto se han inventado una porción de aparatos, siendo uno de los más modernos el de Federico Muger, de Lubeck, que reproduce nuestro grabado, y que por su ligereza y sencilla operación es de gran conveniencia para el uso doméstico: ocupa poco sitio y es de fácil manejo, de modo que sin dificultad puede trasladarse de una habitación á otra ó al aire libre. Consiste en dos pedales unidos por medio de dos cuerdas, de tal manera, que todo lo que uno sube baja el otro: dos muelles en espiral pueden ser regulados de modo que el esfuerzo resulte mayor ó menor, según la prescripción facultativa. Los pedales ponen también en movimiento los brazos por medio de los dos palos que se ven á los lados del aparato, y al propio tiempo una respiración profunda desembaraza los pulmones y ensancha la cavidad torácica. Como el aparato permite una graduación del peso, pueden usarlo así los niños como los adultos y los ancianos: combinando con él el respirador de Wolf, se hace posible respirar el aire del exterior dentro de la habitación en donde funciona el aparato.

(De la *Illustrirte Zeitung*)

LOS PROBLEMAS DEL PORVENIR

Con ocasión de conmemorar el primer aniversario de su fundación el *Thomson Scientific Club* de Lynn (Massachusetts), el profesor Elihu Thomson, excusándose por haber tomado como tema de su discurso un asunto que ofrece ciertos puntos de semejanza con las profecías, ha desarrollado recientemente algunas consideraciones sobre el porvenir de las aplicaciones de la ciencia, que creemos pueden interesar á nuestros lectores.

Los progresos futuros, ha dicho el célebre sabio americano, son esencialmente una cuestión de opinión personal, y todas las previsiones están expuestas á ser desmentidas por los hechos. Difícil es prever qué vía tomará la ciencia para realizar esos progresos; pero es muy probable que los más importantes descubrimientos se realizarán en la esfera de la electricidad, pues aun cuando un gran número de problemas eléctricos han tenido ya su solución, quedan, sin embargo, muchos todavía por resolver.

Sin la menor dificultad se construyen actualmente máquinas eléctricas de 300 y de 500 caballos, que hubieran parecido gigantescas cuando se consideraban como las más potentes las de 50 y 60; esto no obstante, está próximo el día en que será preciso construir generadores eléctricos de muchos millares de caballos para transmitir la fuerza motriz en grande escala y alimentar importantes alumbrados eléctricos con una sola estación central. El sistema ideal de distribución es el que permite proporcionar la ley, el trabajo y el calórico, por medio de una sola canalización.

Es más fácil decir en qué dirección deben modificarse la construcción y las disposiciones generales de los generadores eléctricos de gran potencia, que prever los descubrimientos que han de cambiar el actual procedimiento de producción. Es de esperar que algún día podrá obtenerse directamente la energía eléctrica por la combustión del carbón; pero los hechos realizados no son bastantes para poder precisar por qué medios se llegará á este resultado. La pila termoeléctrica es aún un aparato de transformación de tan escaso rendimiento que la industria tiene que apelar á un motor de vapor y á un dinamo, á pesar de lo complicado que resulta este procedimiento de transformación, siendo necesarios todavía grandes estudios para que la energía de combustión del carbón se convierta en energía eléctrica.

En el porvenir todos los ferrocarriles serán de tracción eléctrica, no sólo los tranvías de las grandes ciudades y las líneas secundarias, sino también las líneas más importantes, y es casi seguro que se obtendrán velocidades mucho mayores que con el actual sistema de vapor: las actuales locomotoras constan de un gran número de piezas de movimientos alternativos que han de moverse, pararse y volverse á mover en sentido inverso muy rápidamente, mientras que la locomotora eléctrica sólo exige un movimiento de rotación compatible con un gran aumento de velocidad. Con las máquinas estacionarias y las locomotoras eléctricas podrá lograrse la velocidad de 160 kilómetros por hora, y si se tomaban precauciones especiales para mantener con seguridad el tren sobre la vía, sería posible viajar con una velocidad de 240 kilómetros por hora. Esta cifra representa, en sentir de Mister Thomson, la velocidad de los trenes dentro de un siglo, pues los problemas que se han de resolver para obtenerla no ofrecen dificultades insuperables.

Otro campo no menos fértil es el de las aplicaciones electroquímicas. Conocidos son los servicios que presta la electricidad en la extracción y purificación de los metales. Cada operación química no es más que un cambio de afinidad ó de encadenamiento entre las partículas que constituyen un cuerpo; y como la electricidad ejerce su acción sobre estas afinidades, es evidente que todas las operaciones químicas pueden ser dirigidas por una corriente eléctrica. Muchas investigaciones pueden hacerse sobre este particular, pero es difícil dar con una persona que sea á la vez un químico notable y un consumado electricista. Es más, dice el sabio americano: como todas las operaciones, incluso el crecimiento de los vegetales, se basan en reacciones químicas, muchas de las cuales pueden ser reproducidas en el laboratorio, los mismos alimentos de que nos servimos podrán ser producidos por la electricidad.

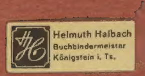
Otras ideas podrán dasarrollarse en el porvenir; por ejemplo, la producción de la luz sin calórico, uno de los problemas cuyo estudio se impone á los físicos y á los ingenieros. Las actuales lámparas incandescentes producen gran cantidad de luz, pero también gran cantidad de calórico: si llegásemos á eliminar esa producción inútil de radiaciones no luminosas y á producir exclusivamente las luminosas, obtendríamos luz á un precio muy módico.



Nuevo aparato para imitar la ascensión á una montaña

Todos estos problemas serán en su día resueltos: al plantearlos, se ve que todavía queda mucho trabajo para el porvenir.

Imp. de Montaner y Simón


Helmuth Halbach
Buchbindermeister
Königstein i. Ts.

GETTY CENTER LIBRARY
3 3125 00620 5575

